

# ***Acratas de Salta***

**Ejemplar de la biblioteca de Juan Farfan, anarquista salteño.**

***La Protesta*. Suplemento Quincenal. Buenos Aires. Año 1929.**

**- Primera Parte -**

<b><i>1929</i></b>	<b><i>14 de Enero</i></b>	<b><i>Año VIII</i></b>	<b><i>N.º 298</i></b>
<b><i>1929</i></b>	<b><i>31 de Enero</i></b>	<b><i>Año VIII</i></b>	<b><i>N.º 299</i></b>
<b><i>1929</i></b>	<b><i>18 de Febrero</i></b>	<b><i>Año VIII</i></b>	<b><i>N.º 300</i></b>
<b><i>1929</i></b>	<b><i>4 de Marzo</i></b>	<b><i>Año VIII</i></b>	<b><i>N.º 301</i></b>
<b><i>1929</i></b>	<b><i>18 de Marzo</i></b>	<b><i>Año VIII</i></b>	<b><i>N.º 302</i></b>
<b><i>1929</i></b>	<b><i>1 de Abril</i></b>	<b><i>Año VIII</i></b>	<b><i>N.º 303</i></b>
<b><i>1929</i></b>	<b><i>22 de Abril</i></b>	<b><i>Año VIII</i></b>	<b><i>N.º 304</i></b>
<b><i>1929</i></b>	<b><i>6 de Mayo</i></b>	<b><i>Año VIII</i></b>	<b><i>N.º 305</i></b>
<b><i>1929</i></b>	<b><i>27 de Mayo</i></b>	<b><i>Año VIII</i></b>	<b><i>N.º 306</i></b>
<b><i>1929</i></b>	<b><i>17 de Junio</i></b>	<b><i>Año VIII</i></b>	<b><i>N.º 307</i></b>
<b><i>1929</i></b>	<b><i>8 de Julio</i></b>	<b><i>Año VIII</i></b>	<b><i>N.º 308</i></b>

**[www.acratasdesalta.wordpress.com](http://www.acratasdesalta.wordpress.com)**



# LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII  
N.º 298

BUENOS AIRES, ENERO 14 DE 1929

20 Centavos  
El ejemplar

PORTE PAGO



## EL DESOCUPADO

### SUMARIO DE ESTE NUMERO:

REDACCION: Pro domo—Teoría y práctica de la revolución—El próximo número del SUPLEMENTO—MAX NETTLAU: Consideraciones sobre la organización y sus límites—LUIS FABRI: Ideas y críticas—E. MALATESTA: La Internacional en Italia—L. F.: La muerte del historiador A. Aulard—CLEMENCIA JACQUINET: La sociología en la escuela—OCTAVIO MIRBEAU: Agronomía—BIBLIOGRAFIA



## PRO DOMO

### AL ENTRAR EN EL OCTAVO AÑO DE VIDA

Hace ya siete años, inspirados por el deseo de ensanchar el círculo de nuestra propaganda, iniciamos la vida de esta publicación, que ha salido con regularidad hasta hoy, durante cinco años como semanario y los últimos dos años y el que iniciamos hoy, quincenario. Los que saben algo de la vida del periodismo anarquista, sobre todo en esta época de crisis de los más nobles sentimientos humanos y de apogeo del autoritarismo más morboso, no necesitan que enarcemos los esfuerzos que esta publicación nos cuesta; pero los que saben algo de esto, justificarán el cariño que le tenemos y el orgullo con que hemos defendido hasta aquí su existencia. Nació esta revista con el optimismo que embarga el ánimo después de una dura prueba brillantemente soportada. A consecuencia de los sucesos más o menos subversivos que se sucedieron durante un tiempo en este país a partir de la semana de enero de 1919, LA PROTESTA, el viejo cotidiano anarquista, tuvo que volver a las sombras de la clandestinidad por un largo espacio de tiempo. Mientras sacábamos clandestinamente y todas las semanas LA PROTESTA, vió la luz un sucedáneo cotidiano, "Tribuna Obrera", pero a pesar de la presión que se hiciera por nuestros perseguidores, no estábamos dispuestos a renunciar a un nombre bien grato al proletariado revolucionario de esta región. En el primer momento oportuno, sin pedir permiso a nadie, LA PROTESTA reapareció a la luz pública cotidianamente, y desde entonces hasta hoy no ha sufrido más que una sola interrupción a causa de una vulgar arbitrariedad policial.

La reaparición pública de LA PROTESTA significó la muerte automática de "Tribuna Obrera". Pero nos pareció que el diario era poco, que hacía falta una tribuna donde se trataran nuestros problemas sin la preocupación del comentario de actualidad, y así surgió este SUPLEMENTO, que es más bien un complemento de la labor del diario, como es un complemento la Editorial fundada casi simultáneamente y que tampoco creemos que haya sido fundada en vano.

Expresábamos en el número pasado nuestra sensación actual de depresión y de cansancio y comunicábamos a los compañeros la necesidad de fomentar un poco la difusión de esta revista, aunque no sea más que para permitirnos mejorarla según nuestros deseos y para volvernos a dar el entusiasmo que se ha ido esfumando en una labor poco menos que agotadora.

En circunstancias en que la prensa anarquista abunda en todos los países, significa muy poco la aparición o la reaparición de un órgano de propaganda. Sin embargo, hoy sería un desastre la suspensión de esta revista, tanto por los inconvenientes de una sustitución en lengua española como por el vasto campo de acción y el prestigio de que disfruta. Además, es tan urgente la dilucidación de una serie de problemas que se vienen tratando en estas páginas por las plumas más reconocidas del anarquismo mundial, que la suspensión de este órgano sería una luz preciosa que se extinguiría en momentos en que tanta falta nos hace la claridad.

Pero no hemos de ser nosotros quienes digamos la última palabra; que sean los lectores, los amigos y compañeros de todos los países que han seguido hasta aquí nuestra labor y saben que aun tenemos mucho que decir, los que pronuncien el fallo definitivo. Para continuar el esfuerzo iniciado, necesitamos más suscriptores y una mayor regularidad en el pago de las suscripciones. No pedimos mucho cuando pedimos un aumento de 2.000 ejemplares en el tiraje. No es una utopía la realización de ese pequeño ensanchamiento del círculo de nuestros lectores. Aquí no hemos hecho nunca más que cuestión de ideas, no de personas. Los anarquistas todos deben reconocerlo y tener la sinceridad de apoyar una obra que redunde en beneficio de la causa.



## TEORIA Y PRACTICA DE LA REVOLUCION

Durante varios años estuvimos prontos a caer de una manera más o menos brutal contra los ensayos revisionistas que surgían en el campo internacional del anarquismo, ensayos que, sobre todo después de la revolución rusa, aparecían para justificar todas las desviaciones, todas las ansias de volver las espaldas a las ideas y convicciones de un tiempo. En particular los intentos de armonizar la anarquía, que es la doctrina de la libertad por excelencia, con un régimen autoritario, efímero o no, velado o franco, estuvieron a la orden del día en los cinco o seis años que siguieron a la revolución de octubre de 1917. Y no nos arrepentimos de esa actitud intransigente, porque reconocemos que, si no hemos hecho progresar espiritualmente al movimiento anarquista, ni hemos enriquecido su caudal ideológico con nuevas afirmaciones, al menos hemos contribuido a conservar la doctrina en sus cauces naturales, sin desviarla del camino y de los medios de la libertad que le son propios.

Pero el confusionismo de la post-guerra ha comenzado a desvanecerse y sería verdaderamente torpe el aferrarnos a la defensa ciega de las viejas modalidades teóricas y prácticas de la anarquía y del movimiento anarquista. Por eso nosotros, los antirevisionistas de ayer, no iremos los últimos en las filas de los que se esfuerzan en los diversos países por infundir sangre nueva en el cuerpo doctrinario del anarquismo y en su actividad cotidiana. Los revisionistas de hoy no son los revisionistas de ayer, y el espíritu que anima los ensayos actuales de revisión no es el espíritu que animaba a los ensayos de hace unos años. Aunque entre nosotros los nombres jueguen un papel secundario, sin embargo un Nettlau, un Roeder, una Emma Goldman, etc., etc., son una garantía de la seriedad y de la responsabilidad del revisionismo a que no vacilamos en adherirnos por la simple razón de nuestro continuo descontento con la restricción de los horizontes intelectuales del movimiento y con las pocas perspectivas que se ofrecen a la penetración de nuestras ideas básicas en la sociedad en que vivimos.

Pensamos que el mal está en una insuficiencia de comprensión teórica y en una insuficiencia de actividad y de experimentación práctica. No decimos, por tanto: "Basta de teoría, lo que nos hace falta es la práctica", ni nos seduce de un modo exclusivo la teoría pura, que podría convertirse en una especulación castradora. La solución queremos encontrarla en un profundizamiento de las ideas y postulados fundamentales y en su adaptación o aplicación a los problemas de la vida diaria en eterna transformación, y en una más amplia experimentación, individual y colectiva, de las ideas.

Teóricamente, nos encontramos a cada paso sin saber qué actitud tomar frente a un problema nuevo o a formas nuevas de viejos problemas; todo lo que sale de la rutina nos espanta y paraliza. Y valen poco para el proselitismo como para nuestra propia conformación, ciertas vaguedades y generalidades que no indican soluciones concretas. Por ejemplo, somos adversarios de la guerra, pero eso, sin la práctica del antimilitarismo y del antiguerrismo en forma eficaz, es muy poco. Y cuando nos detenemos a examinar el problema nos encontramos con que los viejos métodos recomendados para luchar contra la guerra son hoy insuficientes porque la táctica guerrera ha cambiado y en consecuencia, si no sabemos hallar métodos apropiados para resistir a esa plaga, nuestro antiguerrismo irreductible se vuelve puramente platónico e incapaz de inspirar a las grandes masas y de servirles de ejemplo.

Y como frente a la guerra, nos encontramos perplejos, vacilantes y sin saber a qué recursos echar mano frente a otros muchos problemas. Sin ir más lejos, tenemos la gran revolución del capitalismo en los últimos 10 ó 15 años — una revolución que para la gran mayoría ha pasado desapercibida, pero que sin embargo ha inutilizado o vuelto inofensivos casi todos los medios de lucha tradicionales del proletariado.

Se puede decir que las insuficiencias que anotamos no están en las ideas de la anarquía, sino en los hombres que las representan. Y esto



es verdad, porque el anarquismo no es, por esencia, un cuerpo doctrinario cerrado, sino una dirección espiritual y práctica en continua evolución, como la vida misma. Con hombres de pensamiento más alerta y de mayor capacidad, no hablaríamos hoy de crisis, porque el trabajo mental de elaboración, no habría sido interrumpido. En última instancia la crisis actual del movimiento anarquista, aparte de las causas externas que tantas veces hemos señalado, se debe a una paralización de su actividad espiritual, a una dogmatización, a una inclinación a convertir las ideas en sistema perfecto, en una panacea para todos los males, cuando se sabe bien que el estancamiento sería la muerte segura para la anarquía, que no es concebible fuera de la vida.

Si por inactividad mental el anarquismo ha quedado relativamente aislado del pensamiento contemporáneo y de los problemas de todos los días, por el estrechamiento del campo experimental nos hemos apartado de la vida y de una de las fuentes más abundantes de enriquecimiento y de fortificación ideológica. Fuera de las luchas obreras contra el capitalismo y de algunas protestas contra el Estado, la anarquía, el socialismo no tiene ninguna actividad que sirva de base experimental. Y ya hemos dicho que las formas tradicionales de lucha del proletariado han perdido la mayor parte de su eficacia frente al capitalismo moderno.

Todo eso no nos parece suficiente para afirmar una tendencia que quiere reformar la vida social y encauzar la humanidad por nuevos derroteros. Y el mal no está sólo en esta restricción del campo de experimentación de nuestras ideas, sino en la escasa propensión a vivir lo que decimos que es nuestro ideal. El marxismo ha reaccionado contra lo que llamó el "socialismo utópico", que es el socialismo experimental, porque para él bastaban las luchas parlamentarias y en general la pequeña acción reformista dentro del régimen presente. Nosotros queremos transformar la sociedad, no sólo reformar algunas de sus instituciones, principalmente las de naturaleza política; por consiguiente los argumentos del marxismo contra el supuesto "socialismo utópico" no tienen valor para nosotros, que sabemos hasta qué grado es opuesto el marxismo al socialismo y lo ineludible que es para el espíritu científico el dato experimental, la verdad puesta en la piedra de toque de los hechos.

El socialismo "utópico" es el socialismo constructivo, y eso es lo que no ha debido dejar de ser nunca el anarquismo, porque si las hi-

pótesis son útiles en la ciencia, en la sociología y en la vida, una doctrina que no presenta nunca más que hipótesis tiene que perder a la larga el interés y la atracción.

¿Qué hacemos realmente como para demostrar que somos capaces de llevar a cabo nuestros propósitos y de transformar en hechos nuestros anhelos? Nos duele confesar que hacemos muy poco, y que lo que hacemos no presenta para el gran público una garantía de la bondad de nuestros postulados. Es preciso tener en cuenta que el gran público no aprende en los libros sus nociones mentales, sino en la vida, en la realidad, y si un día llegase a nosotros, ha de llegar mucho más por el ejemplo que le demos que por lo que le digamos.

A pesar de toda la propaganda en contra, el concepto jacobino de la revolución no ha desaparecido todavía del ambiente revolucionario libertario. Se entiende el cambio social anhelado como simple fruto de un golpe de audacia, de una gran organización, o de algún milagro improvisado y espontáneo.

Nosotros, en cambio, no creemos en ese catastrofismo, y aunque tenemos en cuenta y prevemos las fases de lucha decisiva y de violencia revolucionaria, pensamos que nuestra revolución debe y puede comenzar desde ahora mismo, en la vida del individuo y en la práctica de las colectividades simpatizantes. Y cuando no fuese posible una acción socialista constructiva en el terreno colectivo, nadie nos negará que el individuo puede desde este momento conformar su conducta a los postulados de la vida superior que entrevé para el mañana. No tenemos fe alguna en los que lo dejan todo, como miembros de una colectividad, para mañana, eludiendo con mil pretextos capciosos la acción inmediata. El mito del mañana se desvanece como todos los mitos en cuanto es sometido a un examen serio. Por grandes que sean las virtudes creadoras de la evolución, no puede transformar de golpe una masa educada en el régimen de autoridad en una masa capaz de comprender la libertad, de sacrificarse por ella y de vivir libre. Por eso quisiéramos desde ahora una mayor inclinación de los revolucionarios al aprendizaje de la libertad, de la vida sin amos legales, sin poderes centrales de dirección y de coacción. Sería para nosotros mismos un aprendizaje sumamente útil y para la humanidad un ejemplo viviente de la bondad y de la eficacia de nuestras ideas.

Vivir la revolución es, para nosotros, esforzarnos constantemente por adaptar nuestra vida individual y colectiva al ideal social y cultural que defendemos. En consecuencia no juz-

LUIS FAEBRI

## IDEAS Y CRITICAS

### ESPIRITU DE LIBERTAD Y ESPIRITU DE AUTORIDAD

Toda doctrina social, aun siendo un complejo de reivindicaciones y de ideales diversos convergentes a un objetivo, contiene siempre una idea dominante sobre todas las otras que le da un carácter específico y la diferencia sensiblemente también de las doctrinas más afines. La idea dominante de la doctrina anarquista es la idea de la libertad.

Entre los factores ideales de la revolución social, como hemos visto ya en algún artículo precedente, el sentimiento y deseo de libertad constituyen uno de los más importantes. Ahora preciso mejor todavía, diciendo que para los anarquistas la aspiración a la libertad, que se traduce en el espíritu de revuelta contra todas las dominaciones, es el factor ideal, los supera a todos, aun permaneciendo adquirida e indiscutible su condición material y económica, según la cual sólo una situación de igualdad social podrá garantizar prácticamente su triunfo definitivo y su estabilidad futura.

La idea de igualdad tiene ya, por sí misma, un valor ideal extraordinario, tal que no se puede absolutamente prescindir de ella en la lucha y en la revolución; pero tiene por punto de partida una necesidad material más que una aspiración espiritual;

gamos que sea lo esencial, lo primero, lo fundamental, el acto insurreccional, la batalla callejera. Se trata de preparar una nueva mentalidad en los hombres y eso no será obra de ningún milagro ni dependerá de los resultados de una guerra civil o de una batalla, como no depende tampoco de los resultados de unas elecciones. Así como los pueblos siguen en el mismo estado mental con respecto a los problemas básicos de su porvenir, cualquiera que sea el balance de una contienda política electoral, prevemos que no han de cambiar mucho por el simple efecto de una victoria o de una derrota de sus rebeliones desesperadas.

Otra cosa sería, con victoria o con derrota, si hubiese una mentalidad revolucionaria bien sólida.

Esforcémonos, pues, por crear, por suscitar, por elaborar esa mentalidad teórica y prácticamente, por la acción individual y por la acción colectiva. Y el porvenir será entonces nuestro.

mientras el ideal de la libertad tiene por punto de partida una necesidad del espíritu, un estado de ánimo que no es concebible sin una más elevada formación de la conciencia humana.

Es fácil, relativamente, hacer aceptar la idea de la igualdad también a las masas poco evolucionadas; es más difícil en cambio hacer elevar a éstas a la comprensión de la libertad, de la libertad en el sentido integral, no sólo de la libertad propia sino de la libertad para todos. Hay sin embargo también en los estratos más evolucionados del pueblo, en los que el estandarte de la libertad es elevado más alto, un sedimento de servilismo y de espíritu de coacción innegable que lo hace propenso al mismo tiempo a la sumisión y a la prepotencia, cuando las circunstancias favorecen su manifestación, y el resurgimiento de los instintos atávicos estimula su desarrollo.

El que ha vivido por algún tiempo en medio del movimiento activo del proletariado sabe por experiencia cuán difícil es incluso a las categorías mejor organizadas y más inteligentes sustraerse a la influencia de esta o de aquella dominación, sea de los poderes públicos, sea de los hombres políticos, sea de los mismos funcionarios de organizaciones elegidos por ellos, y cómo se vuelve igualmente difícil impedir que en el seno mismo de la organización se empleen las armas de la lucha obrera para aplastar la libertad de las minorías y de los individuos de la misma clase.

Este defecto de equilibrio entre el derecho de la colectividad y el derecho individual, es debido, ciertamente, aunque se manifieste en el seno de las masas obreras, a las condiciones generales de la sociedad, y a dificultades inmediatas a que no es posible siempre escapar. Pero no se puede negar que, si en el seno del proletariado estuviese más desarrollado el sentimiento de la libertad, serían menos frecuentes tantos actos de intolerancia y de abuso de que a menudo tenemos que constatar los daños, que turban con tanta frecuencia la buena marcha de una organización o el orden de una asamblea y a menudo arrojan en medio de las masas obreras la semilla de discordias interminables y desastrosas.

¡Cuántas veces hemos sido constreñidos a deplorar en las disidencias que estallan inevitablemente entre obreros y obreros, entre organizaciones y organizaciones, que sin embargo están unidos por un mismo propósito, las condenas y los ostracismos más irracionales, aplicados con un procedimiento que no tiene nada que envidiar a los organismos burgueses, y que alguna vez los supera en el desprecio a toda garantía de defensa y de libertad en la parte en desgracia!

Es verdad que con frecuencia eso hay que atribuirlo a móviles interesados de categorías o de personas, más o menos inconscientes o más o menos disimula-



dos; pero la mayoría de las veces, en los casos menos explicables, eso es la consecuencia de la falta del sentimiento de libertad, lo cual no permitió darse cuenta de las oposiciones adversarias y reconocerles el derecho a manifestarse. Esta es una prueba de cuán necesario es todavía propagar entre la clase obrera, que será el fautor principal de la revolución, el ideal de la libertad y hacerlo convertirse en un sentimiento fuerte y cada vez más dominante y activo.

La historia de las reivindicaciones humanas, de las tentativas de liberación de los oprimidos a través de los siglos, y la historia bien reciente del socialismo mismo nos enseña cómo el concepto de libertad se ha esforzado por imponerse a la atención de aquellos que han combatido por llevar a los hombres un poco más de justicia y de igualdad. Por mucho tiempo y en algunas ocasiones se llegó a creer no sólo que podía haber justicia e igualdad sin libertad, sino que para establecer una igualdad segura era necesario limitar el derecho y la libertad individuales. Correspondía al anarquismo el gran mérito de conciliar los dos términos, en apariencia contradictorios, con la concepción de una organización social basada en la solidaridad y en la libertad, que haga posible, con la negación de la explotación económica y de la dominación política, la realización de la fórmula mazziniana "libertad y asociación".

Las reivindicaciones de índole igualitaria, sea las surgidas de mentes utópicas como Platón, Tomás Moro o Campanella, sea las surgidas de movimientos populares como la antiquísima conspiración de los Gracos o la más reciente de Babeuf, se apoyaban siempre, en el pasado, en el principio de autoridad: era la ley, era el poder (también absoluto, dictatorial, para algunos) lo que debía imponer la igualdad; y llevaban así en su seno la causa del fracaso y de la impracticidad.

El mismo socialismo, en sus comienzos, aun estando animado de un fuerte espíritu liberal, perpetuaba este equívoco. Y antes de la Internacional esta ausencia del espíritu de libertad hizo que las sectas socialistas se apartasen en gran parte del movimiento revolucionario de la primera mitad del siglo XIX, al que habrían podido imprimir un mayor impulso y dar un mayor contenido reformador. Fué tal defecto el que hizo posible por parte de los revolucionarios burgueses contra ciertas fracciones del socialismo, la acusación de connivencia con los reaccionarios y con los monárquicos.

Así se explica, a pesar de que solitarios, como Dejacque, afirmasen ya las mejores verdades del comunismo anárquico, que el primer filósofo de la anarquía, Proudhon, sin embargo, tan profundamente socialista, asumiese una actitud de hostilidad y de crítica violenta contra los que entonces se llamaba socialismo o comunismo. Y así se explica también, en parte, dejando ya a un lado otras razones, la hostilidad al socialismo y al comunismo de aquel grande y sincero revolucionario que fué Giuseppe Mazzini, el cual, a pesar de sus preocupaciones nacionales, estatales y deistas, tenía ciertamente (por lo menos en su período mejor, desde 1830 a 1850 aproximadamente) un sentimiento de la libertad mucho más desarrollado que muchos socialistas de entonces y de después.

Esta tendencia antilibertaria del socialismo de los primeros tiempos se ha perpetuado y dura todavía. Por la influencia de Proudhon y de las revoluciones liberales de 1848, poco a poco el socialismo se con-

virtió también en un ideal de libertad que animó a la Internacional entera del nacimiento a su ocaso. Pero las tendencias autoritarias de un tiempo habían quedado, y fueron ellas las que provocaron la escisión primero y la muerte después de la gran asociación. El socialismo estatal de Luis Blanc, el comunismo autoritario alemán, las tendencias autoritarias de Marx en contraste hasta cierto punto con sus ideas antiestatales de los primeros tiempos, la influencia directa e indirecta del reformismo de gobierno de Lasalle, y en fin la obsesión de la conquista de los poderes públicos, todo esto ha contribuido, después de la muerte de la Internacional y después de la separación de la social-democracia de los anarquistas, a reforzar la corriente autoritaria del socialismo, a quitarle cada vez más el espíritu de libertad, a hacer que la preocupación de la defensa y de la conquista de la libertad individual se convirtiese casi exclusivamente en la característica del anarquismo.

Todo esto contribuyó a explicar cómo la más grande revolución de este siglo, que nos dió el pueblo ruso, aun siendo de un enorme valor histórico y social, haya desilusionado tanto no sólo a los anarquistas sino a todos aquellos socialistas que ponían en la revolución social todas sus esperanzas de libertad.

Naturalmente el hecho, tan descorazonador para nosotros, educados por una historia biseular en la idea de libertad, que la mayor revolución de nuestros tiempos haya culminado en instituciones tan tiránicas como las bolchevistas, se explica con muchos otros factores importantísimos — la guerra de que surgió, el bloqueo del hambre de los Estados capitalistas, el estado atrasado de las masas, etc. — pero no se puede negar que una determinante no indiferente fué la mentalidad autoritaria de las "élites" socialistas que consiguieron tomar la dirección de los acontecimientos, mentalidad creada a través de cuarenta años de educación estatal de la social-democracia.

La actitud autoritaria del bolchevismo ruso, aun que un tiempo fuese absolutamente imprevisible en su realidad actual, ha tenido en el seno de la social-democracia europea no pocos precursores, especialmente en cierto momento, desde 1890 a 1900, antes de la revuelta tendencialmente libertaria del sindicalismo, cuando, por espíritu de contraste con el anarquismo, las tendencias autoritarias del socialismo alcanzaron un grado de extraordinaria acentuación. Recuerdo aun, por ejemplo, un libro de un profesor socialista italiano, Scarabelli, en torno a 1894, libro que la conocida revista de F. Turati, la *Critica Sociale* de Milán, difundía para la propaganda, el cual preconizaba el advenimiento del socialismo como un triunfo de la autoridad, como la instauración de un "gobierno fuerte", provisto de poderes más extensos y enérgicos que los gobiernos de entonces. Y justamente aquellos gobiernos, los gobiernos de Bismarck, de Crispien, de Carnot, de Cánovas del Castillo, etc., no pecaban ciertamente de liberalismo!

Es verdad que las que entonces parecían simples exageraciones doctrinarias, no encontraban demasiado favor ni siquiera entre los socialistas; pero, prácticamente, el socialismo democrático se había puesto en aquella dirección, con la tendencia a atribuir al Estado siempre una mayor ingerencia, una mayor importancia y una más amplia función, sobre todo en relación a los intereses económicos y al movimiento obrero.

Contra aquella tendencia el anarquismo, desde el comienzo, había levantado su bandera de oposición

más enérgica; y después de 1894, hasta hacia 1910, esa oposición alcanzó notables resultados, consiguiendo suscitar en el seno de la clase obrera organizada, con el sindicalismo, un movimiento revolucionario y antiestatal no indiferente. Pero, sin embargo, el sindicalismo, después de un breve florecimiento bajo el primer impulso anarquista, se desvió también de nuevo en sentido autoritario, volviendo al parlamentarismo o estancándose en el peor oportunismo corporativista.

Con el ideal de la libertad no quedaron, como no quedan ahora, más que los adeptos, cada vez más numerosos, es verdad, pero no suficientes todavía para imprimir a los acontecimientos el propio sello característico, que le fué adquirido por la propaganda, por el apostolado, por la acción y por el sacrificio de los anarquistas militantes.

### ¿QUE ES LA LIBERTAD?

Cuando se ha dicho que la característica del anarquismo es la idea de libertad, surge espontánea la pregunta: Pero ¿qué es la libertad?

Discutiendo en 1911 a propósito de la guerra y del patriotismo, con una persona que me es carísima y que hasta entonces se decía y creía anarquista, pero que no supo resistir en aquel tiempo la infatuación guerrillera que invadió a Italia, en ocasión de la guerra líbica, y peor aún, más tarde, cuando estalló la guerra mundial en 1914-18; mientras reconocía, de acuerdo con él, que era necesaria una exaltación y purificación moral por la revolución humana que debería resolver el problema social, sostenía que para tal fin no había necesidad de recurrir a un ideal respetable y comprensible, pero superado, como es el patriotismo. A éste contraponía el ideal de la libertad, que a mí me parece mejor suscitador de verdaderas energías morales y materiales, más conforme con nuestro sentimiento de la dignidad individual y con nuestra necesidad de justicia.

Y he aquí lo que se me respondía: "Sobre la libertad tenemos dos conceptos discordantes; para mí en los hechos sociales el sentimiento de libertad se identifica con el sentimiento de la revuelta y es privado en sí, por eso, de un determinado valor ideal; para ti en cambio es la adhesión a un sistema. El significado de la palabra libertad es, en la evolución, variable: tan pronto equivale a la afirmación de un credo moral como a la simple negación de un determinado dominio político o económico, etc. Tiene mayor importancia como sentimiento individual".

Yo no veo qué satisfacción hay entre estos conceptos. Ciertamente el sentimiento de libertad, cuando se traduce en acción, cuando determina hechos sociales, no puede menos de identificarse con el sentimiento de rebelión contra el dominio. Pero la rebelión puede partir también de un sentimiento incompleto, imperfecto, y por eso falso, de la libertad, en cuanto se puede ser impulsados a rebelarse por un ardiente deseo de sustraerse a la tiranía, sin que a este deseo vaya unido el de libertad, consigo a todos los demás; y hasta con el preconcepto — no importa si confesado e inconsciente — de convertirse a su vez en dominadores, en opresores de los propios semejantes. La rebelión por la libertad alcanza su más completo significado libertador justamente cuando se convierte en algo sistemático: de reivindicación, es decir, no de esta o aquella libertad parcial, no de una libertad de partido o de clase, sino de la libertad para todos.

El hecho que el espíritu de libertad se exteriorice

en la rebelión, sea individual o colectiva, no constituye razón alguna para negar a la idea de libertad un determinado valor ideal. También los patriotas italianos antes de 1860 y 1870 se rebelaron contra los dominadores indígenas o extranjeros de Italia, y por eso su patriotismo se identificó con el sentimiento de revuelta; pero, ¿se habría podido decir por esto que el patriotismo estaba privado en sí de un determinado valor moral? Yo, que sin embargo niego que aun en el pasado el patriotismo fuese una realidad tan fuerte como parece a primera vista, me guardo bien de llegar a tal conclusión.

No es verdad que para mí — o mejor para los anarquistas — el sentimiento de libertad consiste simplemente en la adhesión a un sistema. Es decir, adhesión a un sistema es, cuando se quiere llamar sistema al complejo de ideas que se inspiran en la libertad: la liberación del hombre de todas las dominaciones arbitrarias y coactivas. Pero no es negación de todo dominio político y económico, y como tal es en sus orígenes un sentimiento individual que tiende a transformarse en conciencia colectiva.

Ese sentimiento puede haber sido variable en el pasado, cuando lo contrario de la libertad se veía, no en el hecho del dominio político y económico en sí, sino sólo en un determinado dominio especial. Hoy en cambio el concepto de la libertad tiene un contenido más positivo y real; aun conservando, con esto, todo, el valor moral y altamente espiritual que ha caracterizado siempre, a través de los siglos, la aspiración de los hombres a la libertad, aun cuando esa aspiración animaba luchas y revoluciones dirigidas a combatir más los efectos que las causas, más algunas formas de tiranía que la tiranía en sí misma.

La aspiración de los anarquistas a la libertad, a la liberación del hombre, de todos los hombres, de todo poder coercitivo político y económico, presupone indudablemente una fe, un credo moral: es decir que la solidaridad humana puede sustituir, como medio de cohesión social, a la autoridad; que el acuerdo para la vida puede eliminar cada vez más en las relaciones humanas la lucha por la vida y por tanto la prepotencia y la violencia; es decir que la lucha por la vida se transforma en la lucha de todos los hombres solidarios contra las fuerzas enemigas y rebeldes de la naturaleza, para hacer de ellas mejores instrumentos de alegría y de bienestar; y que también la lucha entre los hombres puede asumir formas y manifestaciones espirituales, tales como para conducir a un mayor refinamiento de la psicología individual y colectiva.

El lema de la abadía de Thelema: "haz lo que quieras", si sintetiza la libertad ilimitada del hombre, presupone en su sentido absoluto que los hombres se compenetren plenamente del sentimiento del deber; que cada cual realice el propio deber como por instinto y por una necesidad más sentida que las otras. Esta sería una perfección inconcebible con nuestra humanidad actual. Pero esta absoluta libertad sintetizada por el lema de Rabelais, si es imposible alcanzarla prácticamente en su grado más absoluto, es imposible aproximarla cada vez más, eliminando poco a poco, por evolución y por revolución, las causas materiales de la explotación y de la tiranía, y educando las conciencias humanas con el sacrificio y con la lucha para una comprensión cada vez más elevada y para una práctica de la solidaridad, para un sentimiento cada vez más justo del deber individual y social. Este es el valor ideal de la libertad, un valor inmenso y apto para suscitar las mejores energías individuales y colectivas.



La libertad es por tanto un ideal más que un sistema; ideal que va más allá y por encima de las frías fórmulas de partido, que puede hacer vital un programa práctico de lucha y de conquista de un partido, pero no es por sí un programa de partido; en este sentido se convierte en religión, en la religión humana que no pone entre los hombres y su objetivo último una tumba, sino sobre la tierra, para nosotros y para nuestros hijos, arroja la semilla fecunda para las mieses de bondad y de justicia que brotarán al sol, como consecuencia y premio de las rudas fatigas de quien desde ahora, con paciencia y con fe procede rompiendo los terrones, arrancando las malezas, suprimiendo las malas plantas del parasitismo y de la prepotencia.

La obra es ciertamente larga e incómoda; y quien la prosigue de cerca, en el trabajo de todos los días, en los pequeños conflictos, sufre dolores y desilusiones innumerables; más que por los golpes del enemigo, a menudo por las pequeñas y grandes perversidades de los amigos, de los correligionarios, de los hombres de poca fe o de mala fe. Y en esto se revela la imperfección de la naturaleza humana: y eso nos advierte sobre el sentido relativo que en la práctica tienen hasta los más soberbios ideales, y nos pone en guardia contra las ilusiones peligrosas. Pero la visión del fin noble y elevado no es oscurecida por todo eso; permanece el faro hacia el cual tienden nuestros esfuerzos, la guía de nuestra obra y de nuestro camino. Este ideal de libertad, mientras no abandona el terreno de la realidad, impide a sus adeptos ser esclavos y peones sumisos de la realidad, anima su espíritu de rebeldía también contra las tiránicas necesidades del momento, y les hace intransigentes en la lucha, hostiles al chato positivismo reformista del *corpo diem*, revolucionarios en el significado más completo de la palabra, de pensamiento y de acción.

Mientras tanto, precisamente porque parte de las sólidas constataciones de la realidad, los anarquistas sienten necesarias las reivindicaciones libertarias contra todas las formas de dominación y de explotación de la sociedad actual. En este sentido su concepto de libertad es positivo, en tanto que niega no la una o la otra forma de dominio político, sino todas las dominaciones políticas; y en cuanto, como base de la libertad, el socialismo hace posible su ejercicio, poniendo a todos los hombres en condición de poder satisfacer las propias necesidades, austrayéndoles a la esclavitud de las necesidades económicas, libertádoles de la preocupación del pan cotidiano, que hoy impide a la gran mayoría de la humanidad elevarse a una vida espiritual e intelectual superior y sentir la más alta necesidad de la libertad.

No se puede concebir un hombre libre sin premiar para él ya resuelto el problema del pan, el abismo ya señalado. Las reivindicaciones libertarias, por sí mismas, por otra parte, no son patrimonio exclusivo de los anarquistas, pues los anarquistas han sido precedidos en las más atrevidas concepciones de la libertad humana por pensadores y filósofos de todos los tiempos y de todas las escuelas. Pero sólo el anarquismo ha dado una base sólida y positiva a la idea de libertad, despojándola con la idea de la igualdad y de la emancipación económica, la cual, por lo demás, es también en el fondo una idea libertaria, dado que tiende a sustraer al hombre a la autoridad patronal, a la esclavitud del salariado. Considerándolo como problema político y moral al mismo tiempo, el anarquismo aparece así, según la feliz expresión

de Pietro Gori, como el coronamiento político del socialismo.

Antes que los anarquistas, todos los afirmadores del principio de libertad descuidaban unos el problema económico y los otros la cuestión del Estado. Así, la libertad se reducía a una concepción abstracta sin posible realización práctica. También la idea de la igualdad sufría entonces la misma suerte; y aun resolviendo algunas dificultades, aun reparando en muchas injusticias, permanecía siempre una mentira. La igualdad frente a la ley fué una conquista de la revolución burguesa; sin embargo, todos vemos hoy cómo esta igualdad deja suscitarse las más horribles, estridentes e injustas desigualdades. La libertad no se concebía más que como un derecho ensanchado, consentido, garantizado y regulado por el Estado. Toda revolución que estalló en nombre de la libertad, por su primer acto pasó a constituir un nuevo gobierno sobre las ruinas del derribado. Así continuó la humanidad en la vana tentativa de conciliar los contrarios, girando en el círculo vicioso de derribar un gobierno para conquistar la libertad y de crear otro, creyendo con eso consolidar la libertad conquistada, peor en realidad cortándole pronto las alas. Y después de algún tiempo, era preciso volver a comenzar de nuevo. Sólo la revolución anárquica deshará el círculo vicioso, garantizando la verdadera libertad, negando todo Estado o gobierno y afirmando la igualdad económica.

La crítica al Estado y la afirmación más absoluta de la libertad individual ha sido hecha magistralmente fuera del campo anarquista, especialmente por escritores individualistas; y a su crítica los anarquistas han tomado gran parte de las propias reglamentaciones. Pero la libertad para aquéllos era un concepto más bien aristocrático que humano, cuando no era más limitado y simplemente democrático. Descuidando el problema económico, la libertad se volvía posible, según sus doctrinas, solamente para pocos privilegiados, y también así resultaba muy limitada, pues ningún individuo puede ser realmente libre mientras otros son esclavos, y la libertad del uno tiene una sólida garantía solamente en la libertad de todos. Los anarquistas, en cambio, lo mismo que, como buenos socialistas que son, reivindican el pan para todos, quieren también la libertad para todos; quieren, para decirlo con una palabra de moda, "socializar" también la libertad.

El concepto aristocrático de la libertad, propio de los individualistas, era menos dirigido a negar el Estado o gobierno que a superarlo u olvidarlo, menos a negar la ley que a vivir fuera de ella y a prescindir de ella. En tal actitud hay también una virtud innovadora y reformadora no descuidable; y los anarquistas la aprueban, sea como medio revolucionario, sea como educación de los individuos y de las minorías revolucionarias en el seno de la sociedad actual; pero lo aceptan, no como fin en sí mismo, sino como tendencia y como medio para alcanzar el fin: una sociedad en que todos los hombres puedan vivir sin autoridad o coacción violenta recíproca.

El anarquismo, por eso, mientras hoy tiende, con la propaganda y con el movimiento, con la educación y con la rebelión, a impulsar el mayor número posible de individuos contra, por encima y al margen de las leyes y del Estado, tiene presente también, a través de los esfuerzos coordinados en una escala cada vez más vasta de los individuos y de las masas, al objetivo último de la abolición de las leyes coactivas y de los gobiernos para todos los hombres, y a la ins-

tauración entre éstos de una organización social libre y sin Estado.

### PATRIOTISMO Y LIBERTAD

La libertad, como hemos tenido más de una vez ocasión de decir, en su significado de independencia de todos y de cada uno de cualquier poder, y por tanto de ausencia de todo poder, presupone, como conquista de hecho, la emancipación económica; que el privilegio económico no constituye un poder menos tiránico que el político. Pero presupone además una educación moral e intelectual, la cual por lo demás también ella es inconcebible, fuera de algunas raras excepciones individuales, sin la independencia económica. Sin una relativa independencia económica es, en efecto, difícilísimo concebir una realización suficiente cualquiera de la libertad, sentir su necesidad, respetarla en los otros, amarla como bien supremo e indispensable.

Está en esto la razón por la cual en la clase obrera, más exacerbada que las otras clases por la necesidad económica, es todavía demasiado poco sentida la preocupación de la libertad, excepción hecha, se entiende, de algunos individuos dotados de una sensibilidad extraordinaria y de algunas minorías más restringidas, ganadas ya por la propaganda para la causa libertaria y educadas en su apreciación a través de la lucha y del movimiento revolucionario. En cambio, sería en vano negarlo, la preocupación de la libertad es más sentida en medio de determinados elementos de las clases cultas, especialmente de las llamadas "clases medias", hasta que éstas al menos son absorbidas y corrompidas mental y psicológicamente por los estratos plutocráticos más repletos de oro y más ávidos de potencia y de prepotencia sobre los propios semejantes.

Tal vez es por esto que Lenin llama "pequeño-burguesa" a la preocupación por la libertad; pero es inútil observar que, si la libertad es un bien, sería bien estúpido rechazarla porque es apreciada más que por otros por una clase determinada. La emancipación del proletariado no consiste sólo en la conquista del pan, literalmente entendido como satisfacción de las necesidades materiales, sino también en la conquista de todas las más altas alegrías del espíritu, entre las cuales la libertad ocupa el primer puesto. Y es natural que la preocupación de la libertad sea mayor en quien, al menos de manera suficiente, ha superado la preocupación material del hambre.

Para demostrar esto, constatamos que en el pasado los más entusiastas afirmadores de la libertad, no importa que haya sido de una concepción libertaria todavía incompleta, parcial e insuficiente, se han contado casi exclusivamente entre aquellos que gozaban ya de un cierto bienestar material; y en las revoluciones burguesas el sentimiento de la libertad era el mayor propulsor y creador de energías, de sacrificios y de heroísmos. Sólo ahora que la clase obrera se levanta contra el privilegio burgués y amenaza y pone en peligro la situación de las clases hoy más cultas, éstas reniegan de sus orígenes liberales y son llevadas a sentir menos la necesidad de libertad, a olvidar en la práctica lo que todavía, en la mayor parte de los países civilizados, van afirmando en los libros.

Pero el hecho queda. Y también entre los socialistas y los revolucionarios, aquellos que más llevan al movimiento socialista y obrero las preocupaciones de la libertad, son precisamente los que vienen de las clases cultas o que, aun siendo obreros, se han elevado económica e intelectualmente, no de improvviso,

por un golpe repentino de la fortuna o por el esfuerzo de una cultura apresurada, sino por una larga educación en la vida y en la lucha. He ahí por qué, además de las razones más inmediatas, los anarquistas colaboran activamente en la obra de organización y de resistencia, de conquista y de elevación, de la clase trabajadora. "Cuando no se tiene nada en el estómago, dice un personaje de un drama de Mirbeau, no se tiene tampoco nada en el corazón". Conquistar una mejor condición económica, aun hoy mismo, por parte de los obreros, significa hacerles posible una visión más elevada de los propios destinos; saciada la necesidad del pan, se despertará en ellos más fácilmente la necesidad de la libertad.

Esa libertad se conquista con la lucha de todos los días, en parte; y se conquistará en el máximo grado posible con la revolución. Por tanto se equivocan aquellos que piden garantías de libertad al Estado, el cual tiende por su naturaleza a limitarla lo más que puede.

La libertad se conquista contra el Estado y no por medio de intermediarios, de representantes, de parlamentarios. Y esa acción directa consiste, además del ataque a los poderes del Estado, en el ejercicio inmediato, lo más amplio posible, de la libertad misma. Tomarse la libertad, ejercitarla, es ya una forma de conquista. Así, en la lucha por ella, se aprenderá también mejor a amarla, no olvidando que el amor a la libertad es uno de los coeficientes morales (lo he dicho ya otra vez) aparte de los materiales, del triunfo de la revolución.

Examinad toda la historia de las revoluciones pasadas, y veréis que la necesidad de libertad, el anhelo de libertad, ha sido siempre y en todos los lugares el motor si no absolutamente y cada vez más importante, ciertamente el más puro y desinteresado, el que llevó a los sacrificios más heroicos, el que impidió, en lo que le fué posible, las desviaciones y la detención del movimiento revolucionario. Toda revolución se ha detenido siempre cuando el espíritu de libertad se debilitaba y adquirían el predominio consideraciones políticas y prácticas de orden secundario y más conciliables con el principio de autoridad.

Tuve una vez ocasión de señalar en otra parte (V. L. Fabbri, *Anarquismo y sindicalismo*, ed. F. Semper, Valencia, 1908) un hecho sobre el cual los historiadores no han insistido bastante, al menos por lo que se refiere a Italia: es decir al hecho que las luchas combatidas en Europa en la primera mitad del siglo XIX en nombre de la patria, las revoluciones patrióticas, eran sobre todo luchas y revoluciones por la libertad. Luego el patriotismo, convertido en una especie de religión oficial del Estado burgués, fué concebido como abstracción en sí, que hizo pasar a segunda línea la idea de libertad. Pero durante el período heroico del patriotismo, en Francia durante la gran revolución y en las revoluciones que le sucedieron, y en Italia hasta 1860, para los idealistas patriotas y revolucionarios, la idea de patria era idéntica a la de la libertad.

"Diremos también (el lector me consentirá repetir lo que escribía entonces) que todos los héroes que hicieron tantos sacrificios y combatieron por la patria, tenían ante los ojos el objetivo de la libertad política y de pensamiento, más todavía que la unidad de Italia. La revolución en todos los pequeños Estados Italianos, en 1848, se hizo para conquistar la libertad. Nadie puede negar que si en aquel año los diversos tiranuelos de Italia hubiesen mantenido la constitución dada bajo el impulso de las insurrec-



ciones, si Austria hubiese concedido un parlamento al Lombardo Veneto o le hubiese consentido además las mismas condiciones que hoy permite al Trentino, a Trieste y a Dalmacia (1), ciertamente la "patria" habría esperado todavía un buen tiempo su unificación. Se puede decir que el patriotismo ha sido más un medio que un fin, el medio para obtener las libertades políticas de otro modo imposibles; e Italia se ha convertido en reino del rey de Piemonte porque éste conservó el Statuto, como habría sido, y más fácilmente, del papa, del gran duque toscano o del borbón, si uno de esos tres hubiese en cambio tenido la hipocresía de mantener la palabra dada y de conservar la constitución.

"La necesidad de libertad es, después de la del pan, la más importante para el hombre. Si todos los hombres tuviesen pan, dirían, y con muy buen derecho: *ubi libertas ibi patria*. El sentimiento patriótico, por lo que tiene de verdadero y de humano, libre de todo lo que contiene de militarista y de estatal, no sólo es de importancia secundaria frente a la cuestión económica, sino también frente a la cuestión de la libertad. Y con el agotamiento de la función liberal de los Estados patrios modernos, se ha agotado también el apego a la patria de parte de los amantes de la libertad.

"Hasta cierto momento, siendo la lucha por la patria también una lucha contra los tiranos, los enemigos de la tiranía eran patriotas. También eran patriotas los espíritus eminentemente socialistas y libertarios de Mario M. Pagano, de Vincenzo Russo, de Filippo Buonarroti, de Montanelli, de C. Pisacane. Pero formado el Estado, y convertida la patria en algo que se debe no ya conquistar, sino conservar, el patriotismo se ha vuelto conservador; y los conservadores monárquicos y los clericales pueden con buena fe llamarse y ser patriotas, pues la diferencia de la patria coincide con la defensa de los propios intereses económicos y políticos.

"Los ciudadanos, los trabajadores, por lo que se refiere a la libertad de pensamiento y de acción individual y colectiva, hallan hoy un obstáculo no ya en el extranjero, sino en el gobierno de la patria. Y como todo aumento de libertad no puede tenerse más que con una correspondiente disminución de autoridad de los gobiernos, es natural para los amantes de la libertad la posición continua de hostilidad contra el gobierno, del mismo modo que para los socialistas es natural la continua hostilidad contra el capitalismo. Para los anarquistas además las dos luchas se confunden en una sola, por una simple razón: que el gobierno es, como se ha dicho tantas veces, el ministro de negocios de la burguesía, y porque, siendo por sí mismo instrumento de conservación, es llevado, independientemente de su función económica, a limitar lo más posible la libertad de los súbditos. La libertad ha acabado así por divorciarse completamente del patriotismo, pues los intereses de la una son divergentes de los del otro, y a menudo son contradictorios" (2).

Pero todo eso, que decía yo hace veinte años, se ha demostrado más verdadero en los hechos, como en ocasión de la última guerra mundial en donde el interés de cada patria, como unidad política nacional, coincidía con el interés político y económico del capitalismo parasitario, del clericalismo y del conservadurismo más reaccionario en cada país, en contraste con los más nobles intereses de la civilización y de la libertad. Pues si el patriotismo ha disfrutado en el pasado y disfruta todavía de tanto prestigio frente

a las ingenuas inteligencias superficiales, es porque está ligado a él el recuerdo de las luchas combatidas bajo su bandera por la libertad, cuya aspiración era su mejor contenido ideal y constituía su mayor valor moral. Separado de la causa de la libertad, el patriotismo reviste un carácter utilitario y mucho menos idealista.

Si se rememoran las luchas por la patria y por la libertad anteriores a 1860 en Italia, se puede constatar una cierta analogía de situaciones con las luchas actuales por el socialismo. Como hoy los socialistas que olvidan demasiado las reivindicaciones de libertad son llevados hacia las degeneraciones del reformismo, así los patriotas de un tiempo que menos se preocupaban del triunfo de la libertad para no ver más que la sola cuestión de la unidad nacional política a resolver, eran aquellos famosos moderados que encabezaba Gioberti antes y después Cavour, los cuales hostilizaban al partido de acción de Mazzini y Garibaldi con la misma acrimonia y con las mismas traiciones que hoy los anarquistas reprochan a los reformistas socialdemócratas y a los comunistas dictatoriales.

Pero, si triunfó la revolución italiana, aunque parcial e imperfectamente, a pesar de los enemigos internos y externos y a pesar de las desviaciones y de las traiciones de los moderados, es porque ha sido sobre todo una revolución animada por el deseo de libertad. Así se puede decir de todas las revoluciones. Así la revolución social triunfará si recibe sus energías de la misma fuente.

Es preciso por tanto despertar cada vez más vivo y alerta el deseo de libertad, la intolerancia de todo dominio, el espíritu de revuelta en el pueblo; es preciso elevarnos nosotros mismos y elevar las minorías revolucionarias a una comprensión cada vez mejor del principio de libertad. Se comprende mejor lo que se ama, pero se ama mejor lo que se conoce. El pueblo llega más difícilmente, a pesar de las apariencias exteriores, a sentir la necesidad de libertad que la necesidad del pan. Pero si llega a concebirla, a desearla, eso se convertirá para él en una pasión indomita que lo arrollará todo a su paso.

Arda, pues, esa pasión de libertad entre las masas irredentas, junto a la sed de igualdad, y haga temblar una vez más al mundo. Ella podrá inspirar la energía para la lucha y para la victoria, y, después de la victoria, hará posible finalmente una sociedad de hombres unidos solamente por los vínculos voluntarios del recíproco acuerdo y de la solidaridad.

(1) Esto lo decía yo en 1908, es decir mucho antes de la primera guerra europea. Hoy Trieste y el Trentino, anejados a Italia, están sometidos a la bárbara tiranía fascista, y no hay necesidad de ser adivinos para decir que sus poblaciones deploran ciertamente la dominación austriaca, no sólo desde el punto de vista económico, sino también desde el de las libertades políticas.

(2) Hoy tal vez no repetiría ya eso en forma tan axiomática. Desde el punto de vista anarquista, naturalmente, lo que decía sigue siendo justo; pero en realidad, en los países que sufren todavía una dominación extranjera, la idea de libertad continúa despertando con una especie de patriotismo. Y eso ocurre también donde la misma dominación nacional es más violenta y se hace, en cierto modo, extranjera en la patria. Por ejemplo, en Italia hablan muchos hoy de la necesidad de "libertar la patria" de la tiranía fascista.

## BELLEZAS DEL CAPITALISMO... O LO QUE SE VETODOS LOS DIAS



Un panadero sin trabajo que empeña sus ropas para comprar pan



Un zapatero sin trabajo que no tiene zapatos



Una obrera textil desocupada, necesita ropa de abrigo



Un albañil desocupado que duerme en los bancos de la plaza por no tener donde cobijarse



E. MAL... STA

# La Internacional en Italia

(Prefacio al libro de Max Nettlau: BAKUNIN E L'INTERNAZIONALE IN ITALIA DAL 1864 AL 1872)

(VEASE EL NUMERO ANTERIOR)

De cualquier modo la Internacional se extendió rápidamente en los centros más evolucionados.

Más que en otras partes en la Romagna y en las Marcas, donde por vieja tradición la lucha política era vivamente sentida y donde el conflicto con los mazzinianos fué más violento. Menos, pero siempre de modo bastante importante, en la Italia septentrional.

Nápoles, donde se encontró reunido un grupo de hombres instruidos que habían estado en contacto directo con Bakunin y donde menos favor encontraba el patriotismo nacionalista y era escasa la influencia de Mazzini y Garibaldi, a pesar de que fuese una de las ciudades más atrasadas del reino, tuvo una Federación importante por la actividad y el número de los adherentes, y fué por un cierto tiempo como el centro intelectual del movimiento.

En cambio en el resto del Mediodía continental e insular, más analfabeto, más oprimido por la miseria económica y embrutecido por la superstición religiosa, el movimiento encontró ignaras e indiferentes a las masas en gran parte rurales, y pudo penetrar poco también en los centros provinciales: se hallaron sólo aquí y allí adherentes individuales, en general estudiantes y jóvenes laureados, que apenas lograban hacer algún prosélito. En Sicilia hubo algunos grupitos de intelectuales, iniciados por el doctor Saverio Frasca, viejo mazziniano llegado al socialismo, que transportado por su temperamento ardiente afirmaban ya ser dueños de la región, pero que en realidad no tenían ninguna influencia sensible sobre las masas, y si tenían algún séquito era debido más al prestigio y a las posiciones personales que a las ideas por ellos profesadas.

Pero por doquiera, donde eran pocos como donde eran muchos, donde se debatían entre la heladora indiferencia del ambiente como donde se sentían rodeados de la simpatía pública, los internacionalistas estaban siempre llenos de entusiasmo, dispuestos a todo sacrificio por la causa e inflamados por las más raras esperanzas. Cada cual daba a la propaganda lo que podía y también lo que no habría podido; y cuando faltaba el dinero se vendían alegremente las cosas de casa, afrontando resignados las represiones de las familias respectivas. Por la propaganda se descuidaba el trabajo y el estudio. ¡Tanto se esperaba que la revolución viniese de un momento a otro a remediarlo todo! A menudo se iba a la cárcel, pero se salía con más aliento que antes: las persecuciones no hacían más que avivar nuestro entusiasmo. En verdad que las persecuciones de aquel tiempo eran cosas como para reír en comparación a las que vinieron después. Entonces el régimen había nacido

recientemente de una serie de revoluciones; y las autoridades, duras con los trabajadores desde el principio especialmente en los campos a quienes trataba como tierras de conquista, tenían en las luchas políticas un cierto respeto a la libertad, una cierta vergüenza de parecerse demasiado a los esbirros borbónicos y austriacos, cosas que fueron desapareciendo después a medida que el régimen se consolidó y se esfumaron los recuerdos de las luchas por la independencia nacional.

He dicho que se confiaba que la revolución estallase de un momento a otro. Sería útil señalar los motivos ideológicos y psicológicos que explican aquellas esperanzas demasiado precoces, y que explican también en parte la naturaleza del movimiento anarquista en que fué absorbida la Internacional.

Dado el ambiente italiano todavía vibrante con los recuerdos de las conspiraciones mazzinianas y con las expediciones garibaldinas, dada la excitación producida por la Comuna de París, dada la influencia predominante de Bakunin, dados el temperamento y las convicciones de los primeros iniciadores, la Internacional en Italia no podía ser una simple federación de asociaciones de resistencia obrera, aunque de tendencias radicales, como fué en otras partes. Asumió desde el principio un carácter decididamente subversivo, que halla una cierta analogía sólo en España, donde el carácter de los habitantes y la situación política eran casi como en Italia, y donde por lo demás el movimiento internacionalista fué iniciado por Fanelli, enviado allí en misión por la Alianza bakuninista.

La Internacional nació en Italia socialista, anarquista, revolucionaria, y por consiguiente antiparlamentaria. Rompió pronto con el "Consejo general", el cual, inspirado por Marx, quería dirigir autoritariamente la asociación e imponerle un programa estatista; y fué esencialmente una asociación hecha con el solo propósito de provocar una insurrección armada, la cual habría debido derribar de un golpe el gobierno, abolir la propiedad privada, poner a la libre disposición de los trabajadores la tierra, los instrumentos de trabajo y toda la riqueza existente y sustituir la organización estatal y burguesa por la libre federación de las comunas y de los grupos productores autónomos.

Se aceptaba el principio fundamental de la Asociación de trabajadores fundada en Londres en septiembre de 1864, es decir que "la dependencia económica de los trabajadores, de los poseedores de las materias primas y de los instrumentos de trabajo es la causa primera de la servidumbre en todas sus formas, política, moral y material"; y por eso se consideraba necesario y urgente abolir la propiedad pri-

vada de la tierra y capitalista mediante la expropiación sin indemnidad de la clase burguesa hecha directamente por la masa explotada y subyugada. Se declaraba el trabajo como deber social para todos y por tanto se consideraba la condición de trabajador como superior moralmente a cualquier otra posición social, incluso la única compatible con una moral verdaderamente humana, y muchos internacionalistas procedentes de la clase burguesa, para ser coherentes con sus ideas e identificarse mejor con el pueblo, se ponían a aprender un oficio manual. Se veía en la clase obrera, en el proletariado de la industria y de la agricultura, el gran factor de la transformación social y la garantía de que ella se haría verdaderamente en beneficio de todos y no daría origen a una nueva clase privilegiada.

Pero la Internacional no fué nunca en Italia propiamente una organización de clase; y en ella sobre los intereses contingentes de la clase obrera prevalecía siempre el ideal de la revolución como hecho que debía iniciar una nueva civilización por la elevación moral y el beneficio material de toda la humanidad. En la Internacional italiana, y por lo demás era así un poco por doquiera, tenía derecho de ciudadanía el que aceptaba principios, de cualquier clase que procediese. Y cuando para conciliar con los hechos el título de asociación de trabajadores se trataba de determinar lo que era un trabajador, se concluía que, para la Internacional, era trabajador "el que trabajaba en la destrucción del orden burgués"; frase que puede parecer una argucia, pero que traducida bien el estado real.

Y en verdad la Internacional había sido introducida en Italia por burgueses que, por amor a la justicia, habían desertado de su clase, y aun en 1872 y después, en muchos lugares, la mayoría, al menos en la parte dirigente y más activa, no era compuesta por obreros, sino por jóvenes procedentes de la pequeña y mediana burguesía.

Se hacía un poco de lucha económica, se provocaba alguna huelga, se incitaba a los obreros a pedir y pretender de los patrones toda suerte de mejoras. Pero eso se hacía sin entusiasmo, sin darle gran importancia, porque se estaba convencido de que los patrones existían debido a que el gobierno les protegía y existirían y triunfarían siempre mientras durase el gobierno. "No se llega al propietario, se solía decir, sino pasando por sobre el cuerpo del gendarme". Tal vez hubiera sido una verdad más completa el decir que "es el gendarme", es decir el que posee la fuerza material, el que se apodera de la riqueza, se hace propietario, y luego pone a sueldo, entre sus víctimas, a gendarmes para hacerse defender y perpetuar en sí y en sus descendientes el privilegio usurpado; pero entonces, sin que ninguno de nosotros hubiese leído a Marx, se era todavía demasiado marxista. Pero dejando a un lado toda disquisición teórica sobre los orígenes de la propiedad, se estaba convencidos de que lo primero que había que hacer era derribar al gobierno, y para eso se pensaba sobre todo en la insurrección.

Ciertamente, confiar entonces en la victoria era una ilusión. Sin hablar de las vastas regiones de Italia donde nuestras ideas eran absolutamente desconocidas, y allí donde éramos más fuertes y numerosos no éramos en substancia más que una infima minoría frente a la totalidad de la población. Y las masas estaban todavía del todo desorganizadas y eran ignoras: salvo nuestras secciones y algunas asociaciones que tomaba el lema de Mazzini, las sociedades obreras existentes eran simples sociedades de socorros mu-

tuos bajo el patronato de los grandes propietarios o de los personajes de los partidos burgueses, cuando no tenían por presidente honorario precisamente al rey... o al prefecto de policía.

Esta era para nosotros una situación paradójica, porque nuestro objetivo no consistía en apoderarnos del gobierno con un golpe de mano (lo que habría sido bien difícil por la exigüidad de nuestras fuerzas, pero no imposible si hubiésemos conseguido arrastrar a los republicanos) para imponer luego nuestro programa mediante la fuerza estatal. Nosotros, ya anarquistas convencidos, queríamos derribar el gobierno existente, impedir que se formase otro, y dejar que las masas libertadas de la presión del ejército y de la policía tomasen posesión de la riqueza y organizaran por sí mismas la nueva vida social.

Pero ¿qué habría ocurrido si las masas hubieran quedado ausentes, o si se hubiesen mostrado ansiosas de someterse a un nuevo gobierno y de esperar de él el propio bien?

Nosotros confiábamos en el descontento general, y como la miseria que afligía a las masas era realmente insoportable, creíamos que bastaba dar un ejemplo, lanzar con las armas en la mano el grito de "abajo los amos", para que las masas trabajadoras se levantasen contra la burguesía y tomasen posesión de la tierra, de las fábricas y de cuanto habían producido con sus trabajos y se les había sustraído. Y además teníamos una fe mística en la virtud del pueblo, en su capacidad, en sus instintos igualitarios y libertarios.

Los hechos demostraron entonces y después (y lo habían demostrado ya en el pasado) cuán lejos estábamos de la verdad. Sin embargo, el hambre, cuando no hay una conciencia del propio derecho y una idea que guía la acción, no produce revoluciones: a lo sumo provoca conmociones esporádicas que los amos, si tienen juicio, pueden domar, mejor que con los fusiles de los carabineros, distribuyendo un poco de pan y arrojando por los balcones algunos cobres a la multitud tumultuosa. Y nosotros, si el deseo no hubiese puesto un velo a nuestra perspicacia, habríamos podido bien juzgar el efecto deprimente, y por tanto antirrevolucionario, de la miseria, por el hecho que la propaganda tenía más éxito en las regiones menos miserables y entre aquellos trabajadores, artesanos en su mayor parte, que se hallaban en condiciones económicas menos desventajosas.

Y en cuanto a los "instintos igualitarios y libertarios" del pueblo, ¡ay, cuánto esfuerzo se requiere para despertarlos! Entonces, y también ahora en aquella gran parte de la masa no tocada todavía por la propaganda, los "instintos", tales como se formaron por la milenaria servidumbre, impulsan a los trabajadores más bien al temor y, lo que es peor, al respeto y a la admiración de los amos, y por tanto a una dócil sumisión.

Era por tanto imposible una victoria fácil y rápida.

Pero, aparte de la cuestión de tiempo, yo creo siempre, después de todo lo que he visto, que nuestras esperanzas no eran vanas y nuestra táctica no era equivocada.

En efecto, nuestra propaganda, si no con la rapidez que habríamos querido, daba también sus frutos: el número de convencidos iba continuamente en creciendo, y en torno a ellos se ensanchaba también el círculo de simpatizantes, es decir, de aquellos que, aun no comprendiendo y no aceptando todas nuestras ideas, sentían la injusticia del presente orden social



y querían contribuir a su cambio. Y las tentativas insurreccionales que hacíamos y nos proponíamos hacer, aun estando entonces condenados a un fracaso seguro, eran medio eficaz de propaganda, y un día, en tiempos más maduros (¿quién puede juzgar antes del hecho cuándo están maduros los tiempos, es decir cuándo un concurso de circunstancias determina el "momento psicológico" en que un pueblo está pronto a levantarse?), un día, digo, tendríamos la chispa que provoca el gran incendio.

Si nuestro trabajo hubiese continuado concorde como durante los siete u ocho años después de la fundación en Rimini de la Federación italiana (1872), muy distinta, creo, sería hoy la situación italiana.

Pero en lo mejor, el desenvolvimiento de nuestro movimiento fué perturbado y detenido por la introducción en Italia del partido socialdemócrata, legalitario y parlamentario según el tipo alemán.

La existencia de otro partido socialista con tendencias diversas de las que tenía la Internacional italiana no habría sido un gran mal, incluso habría podido ser un bien, puesto que habría atraído al socialismo muchos elementos que, aun admitiendo la necesidad de una radical reforma social... no podían por temperamento y por posición ser revolucionarios y no habrían venido nunca con nosotros.

Pero lo malo fué que quien introdujo (al menos con resultados serios, pues había habido alguna otra tentativa sin éxito) en Italia la nueva tendencia salió propiamente de entre nosotros. Algunos de los internacionalistas más influyentes y queridos (no puedo menos de nombrar aquí a Andrea Costa), impresionados por los triunfos aparentes del socialismo en Alemania, disgustados de una lucha que era, o parecía, estéril en resultados inmediatos, y tal vez cansados de las persecuciones que se habían vuelto mucho más serias, prefirieron, contra sus primeros compañeros y contra todo su pasado, una táctica que prometía una relativa tranquilidad y rápidos éxitos personales; y así arrojaron la discordia en nuestras filas y fueron la causa de que lo mejor de nuestras fuerzas fuese deshecho en polémicas y diatribas intestinas, en lugar de dedicarse a la propaganda entre las masas y a la lucha contra el enemigo común.

Los viejos internacionalistas que vieron directamente los daños morales y materiales causados al movimiento por aquella "evolución", y que sufrieron en sus sentimientos profundos por las amistades malamente quebrantadas gritaron a la "traición". Y ciertamente pareció darles la razón el modo hipócrita como se comportaron los nuevos convertidos al parlamentarismo, negando y afirmando, atenuando o acentuando la nueva tendencia según los ambientes y las circunstancias, y arrastrando a los compañeros más ingenuos con el sentimentalismo de las amistades personales y casi sin que se diesen cuenta.

¿Pero fué realmente traición consciente por fines personales y fruto de honesta convicción?

No me compete a mí, parte demasiado interesada en la controversia, dar un juicio definitivo. Y por lo demás estos acontecimientos son algunos años posteriores al período de que se trata en este libro, y no es el caso de profundizarlos y documentarlos aquí. Tal vez el mismo Nettlau, que tiene o puede procurarse el material necesario y que posee aquellas dotes de imparcialidad y de serenidad que quizás en este caso me faltarían a mí, nos narrará un día aquel período crítico de la Internacional italiana en que pasó de llamarse la Internacional y se escindió en partido anarquista y partido socialdemocrático.

Después de lo que he dicho, se comprenderá fácilmente lo que habríamos pensado de un profeta que nos hubiese dicho entonces que después de más de cincuenta años nos habríamos encontrado en las circunstancias en que nos encontramos.

Pero no por eso quiero repetir el común afligido lamento de los viejos decepcionados y ensalzar "mis tiempos".

No, yo no quisiera volver a aquellos tiempos... para rehacer el trayecto y volvernos a encontrar como nos encontramos ahora. Para desearlo sería preciso poder, al volver atrás, llevar consigo todo el resultado de nuestro trabajo cincuentenal y toda la experiencia adquirida en ese lapso de tiempo. Y entonces no serían "mis tiempos".

Hemos cometido muchos errores, hemos visto desaparecer muchas ilusiones, nos hemos engañado burdamente sobre el tiempo necesario para la penetración de nuestras ideas entre las masas, pero en suma, nuestro trabajo no ha sido inútil. Muchas de las semillas que hemos esparcido han caído en la roca desnuda y se han perdido, pero muchas hallaron terreno fértil y han producido, están produciendo y producirán frutos preciosos.

Comenzamos pocas docenas, nos conocíamos todos íntimamente y cuando se hacía un nuevo compañero nos lo escribíamos el uno al otro como un gran éxito alcanzado, aun no siendo legiones, no podemos contarnos ya ni conocernos siquiera en una misma ciudad. Y nuestros jóvenes de hoy tiene el mismo entusiasmo que teníamos nosotros y afrontan valerosamente riesgos y sacrificios en realidad más grandes que los que se afrontaban entonces.

Eramos incomprensidos, y ahora nuestras ideas influyen sobre todo el pensamiento contemporáneo.

Estábamos aislados, en medio de un pueblo que o bien nos ignoraba completamente o nos miraba con indiferencia si no con hostilidad; y ahora sabemos que hay masas en quienes el corazón late al unísono con el nuestro.

Podemos por consiguiente mirar al porvenir con confianza. A pesar de la tristeza de la hora que corre, a pesar de la ola de servilismo y de miedo que en este momento deshonra y paraliza las muchedumbres que se muestran, a pesar del eclipse temporal que oscurece toda luz de libertad y de dignidad, sentimos, sabemos que el huracán se densifica y que un día u otro deberá estallar en lluvia fecunda.

¡Adelante siempre! La victoria será nuestra.

## "LA PROTESTA" (diario)

y el SUPLEMENTO  
(revista quincenal)

Suscripción mensual a ambas publicaciones, \$ 2.50. — Pago adelantado.

Todo importe remítase a Mariano Torrente. — Perú 1537.

MAX NETTLAU

## Consideraciones sobre la organización y sus límites

I I

He tratado de mostrar que lo que se llama *organización* es un instrumento de que no se debe servir uno más que con gran precaución. Toda organización adaptada a las luchas en la sociedad actual debe adaptarse a las condiciones de esa sociedad, que son autoritarias, y será pues autoritaria, quiera o no. Una organización que desea crear la libertad, debe ser del género de las que han sabido ya conquistar libertades, del género de los métodos del pensamiento libre, de la ciencia, del arte, de la moral o conducta libre: debe comprender pues el experimento libre, la tolerancia, la reciprocidad, la solidaridad, la bondad, la espontaneidad, todas las cualidades esenciales de una vida libre. La misma organización, el sindicalismo, no puede tener dos caras vueltas hacia el presente y hacia el porvenir, o se agota en vanos esfuerzos por servir a dos amos y queda sin eficacia real.

El porvenir es de la organización voluntaria que sepa convenir mejor a las exigencias técnicas del trabajo a realizar y, al mismo tiempo, a las disposiciones personales de los que hacen ese trabajo. No es sino la experiencia la que podrá dar esa resultante, que será aun variable según el rol que desempeñe la cantidad de las materias primas, de las necesidades a satisfacer, de la urgencia y de la importancia del trabajo, etc. Prejuizar estas cuestiones es violentar la libertad del porvenir, introducir el principio de autoridad en el nuevo organismo antes aun de que exista: absurdo palpable, como sería el de hacer los cálculos de 1928 según los datos de 1828.

El anarquismo tiene el gran mérito de haber introducido, experimentado y definitivamente establecido una forma encantadora de organización que se diría una visitante llegada del porvenir feliz hacia nosotros: es el *grupo*. Hubo sin duda precedente, principalmente las pequeñas unidades que la necesidad de proteger su secreto creó en las sociedades secretas: la unidad debía ser pequeña para conocerse a fondo, y no demasiado pequeña para hacer posible una acción combinada.

Pero se establecieron jerarquías en los más simples grupos. Entonces la sección, aglomeración de tamaño casi no limitado, pero con una gran posibilidad de jerarquías, de comités, etc., pareció como forma superior, pero también defectuosa, puesto que la dirección caía a menudo en manos fijas y debió mantenerse por un sistema de partido. Es entonces cuando se pasó al grupo libre que, en su forma más pura, comprende los que se entregan a una labor especial, que armonizan entre sí y a los que no se agregan otros más que por consentimiento ge-

neral. Prefieren ver formarse nuevos grupos que tener la ambición de agrandar el suyo. Se ha abandonado a menudo esta base, ensanchando el grupo desmesuradamente, lo que hace que el verdadero trabajo quede en manos de algunos y que los otros hagan la crítica o no hagan nada y se desmenuden o vengán y se vayan: es la vuelta a la sección, al pequeño parlamento, a las rivalidades con otros grupos. Se ha improvisado algunas veces en ocasión otro organismo que se cree superior al grupo: una vaga colectividad local, una reunión de todos los camaradas locales militantes o latentes, que se consideran una instancia suprema, institución que puede ser útil para conocerse y para la discusión, pero que es habitualmente rechazada por los grupos a los que quiere imponer su voluntad, sin participar verdaderamente en su trabajo.

Habría, pienso, mucho bien que hacer, volviendo a llevar los grupos a su forma primaria, lo que implicaría su aumento, la diversificación de sus actividades, y la cesación de inutilidades que se producen cuando se reúnen demasiadas personas para hacer una labor demasiado pequeña. Las inutilidades deberían ser reemplazadas por las actividades, que harán surgir nuevos talentos. El grupo no es el club, que tiene su propia utilidad, pero que difiere del grupo como el ocio difiere del trabajo.

El *sindicato* tiene un carácter excesivamente variado y un origen a menudo muy antiguo. Es para cada oficio y localidad lo que contienen de hombres enérgicos y solidarios con un número de menos capaces que a consecuencias de influencias persuasivas diversas se han unido a ellos, el todo para la defensa natural contra el patronato y también con vistas hacia un porvenir sin explotadores, que dependen de las concepciones y voluntades socialistas de los militantes. El pasado, la antigüedad del oficio, tradiciones locales, formas habituales de organización costean lo nuevo, oficios nuevos, ausencia de tradiciones, tácticas y aspiraciones sindicalistas recientes. Los sindicatos son, pues, en su conjunto, eficacia y mentalidad colectivas de cada sindicato, tan diferentes como los individuos, y como para los individuos hay para ellos un modo de agrupación autoritaria — nivelamiento como para los soldados que componen una formación militar — y un modo de agrupación voluntario, la asociación libre. Se puede cambiar el color de los sindicatos por la propaganda y la persuasión o el prestigio que da un buen ejemplo y un éxito, pero como para los hombres no se llegará tan pronto a una unificación — nunca serán todos autoritarios y por un tiempo enteramente indefinido todos no serán eficazmente libertarios.

Se ha llegado por tanto para los sindicatos como para los grupos de ideas, a la separación con auto-



nomía completa de las divisiones — hoy reformistas, comunistas y anarquistas — y, desde este punto de vista también, me parece de la mayor probabilidad que esa división, establecida tan firmemente en las organizaciones por ideas, como en aquellas para la defensa obrera, segura de existir hasta el día de la revolución, no desaparecerá por arte de magia en el momento de la revolución triunfante, y que sólo por la dictadura entonces *uno solo* de los matices existentes podría predominar y reducir todos los demás a la sumisión o al esfumamiento. Me parece que, como hoy en el trabajo técnicamente perfecto — que será entonces tan necesario como lo es hoy — los obreros de todos los matices socialistas y sindicalistas cooperarán de buen fe, puesto que el trabajo lo exige, sólo que en mejores condiciones y para ellos mismos. Porque si el trabajo disminuye por la ausencia de los parásitos, aumentará también por la necesidad de elevar a los pobres y desprovistos de hoy a un nivel de vida normal y pasará algún tiempo antes de que una abundancia general permita alguna atenuación de los esfuerzos de todos.

Nadie propone en nuestros días una destrucción o descomposición del aparato inmenso de producción que la sociedad capitalista dejará tras ella el día de la revolución. La tierra está demasiado poblada, la interdependencia de los hombres es tan grande como para que un caos producido intencionalmente no traiga aparejado la miseria y formas autoritarias de salvamento que privarían a la revolución de todo ímpetu libertario, de todo reposo de espíritu, y la arruinarían. El aparato técnico, construido en vista del beneficio del capital, sufrirá grandes modificaciones, descentralizaciones, etc., pero ese será un punto de partida, un apoyo precioso e indispensable que sería tan absurdo abismar y descualdar como romper un vidrio para llamar al vidriero a poner otro o dejar deteriorarse un lugar habitable por el frío y la humedad.

Pero al lado de ese trabajo técnicamente perfecto que continuará siendo hecho por hombres diferenciados en ideas, ayer, hoy y mañana, habrá esta otra gran necesidad de la producción: *las materias primas, los combustibles, los víveres, los servicios públicos* (agua, fuerza motriz, iluminación, etc.) sin los cuales el aparato técnico se movería en el vacío y muy pronto no serviría ya para nada y sucumbiría: porque entonces, por falta, se arranca el bosque y se quema, se abandonan las máquinas, todo se desaloca y cae en ruinas, como se ha visto ya. Para impedir eso y sus consecuencias, la miseria y la penuria general, y la creación de organismos autoritarios para organizar los servicios de socorros, será preciso reconocer generalmente que todo eso de que yo hablo, es también una *exigencia técnica indispensable* y será suplida eficazmente, con las modificaciones, como aumento de los trabajos útiles, cesación del trabajo de lujo, eliminación de los engranajes inútiles, etc., que exigirá la situación.

Queda el asunto de la *retribución*, sobre el cual se podría aun entenderse sobre la base de no hacer nada contra la voluntad de una de las partes. Por ejemplo, si las dos partes cambian sus servicios por su voluntad en comunismo, habrá comunismo; si una de las partes exige que se lleven cuentas y se retribuya el trabajo hecho, se hará así. Porque el comunismo es la relación más íntima y si alguno no quiere vivir con nosotros en esa relación, no se puede forzarle a ello, se le paga. De igual modo, si los que viven en comunismo, algunos trabajan verdaderamen-

te demasiado poco y abusan del trabajo de los otros, se les pagará según el trabajo hecho y se estará libres. No hablo aquí de los que desean vivir como individualistas; tendrán el máximo de oportunidad, pero no privilegios.

Quería llegar a mostrar por este vistazo hacia adelante que no importa qué sindicalismo o qué agrupación aislada o conjunto revolucionario hará caer los Estados y los capitalistas, los grandes problemas técnicos de la producción les dictarán siempre una serie de procedimientos necesarios, y que vale la pena darse bien cuenta de ese hecho. Es, por comparación, como si del numeroso personal técnico que trabaja en un gran barco, algunos, por un amotinamiento, se apoderan del barco en alta mar: para servirse de él, para hacerle llegar a algún puerto, deberán restablecer siempre o más bien continuar una gran cantidad de operaciones indispensables de un modo tan perfecto como sea posible — o el barco no irá a ninguna parte y será pronto desmantelado y navegará al azar. Es verdad que algunos podrán dejar el barco en pequeñas embarcaciones y salvarse, pero nosotros no queremos que la nueva sociedad se parezca a un naufragio y comience por una robinsonada de algunos motineros naufragos que sobreviven a una catástrofe, sino que queremos que la riqueza social integral en toda su potencia, valor y belleza, pase de manos de los usurpadores parasitarios a las de la colectividad que trabaja y que cada matiz de esa colectividad se arregle como quiera: vista la interdependencia presente de los problemas, deberá dar a esa interrelación una forma técnica irreprochable, fundando así la libertad de cada uno por su concurso voluntario e inteligente a la obra común que es lo único que puede crear esa libertad. Toda libertad no adquirida por esa cooperación a la causa común, sería privilegio, usurpación, abuso, algo que se toma a expensas de los otros, estado que implica sumisión y explotación y que no puede ser mantenido más que por una nueva autoridad.

En el punto en que nos encontramos, divididos y mutuamente hostiles en ideas y organizaciones, es más que probable, me parece, que se esté dispuesto después de una revolución a continuar la producción necesaria inmediata que a proveer de materias primas, etc.; es decir, el buen sentido general querrá continuar la producción, pero se estará menos dispuestos a alimentar la producción de otros, en otras partes, con materias primas o productos que se les envían. Se manifiesta en estos casos ante todo la preocupación por la vida local, un patriotismo y proteccionismo *locales*, que el temor a caer en la penuria no deja partir nada de la localidad y que trata de acumular más allá de lo necesario los recursos locales, si se tienen cosas útiles que dar en cambio, que se hacen valer muy caras entonces. Eso crea la desigualdad, el desprecio de la solidaridad y hace que nuevas fuerzas autoritarias surjan para domar esos nuevos acaparadores que detentan cosas que todos necesitan. Escribo esto según lo visto desde 1917 y que nos debe servir de lección y hacernos tomar precauciones.

Este escollo no será evitado más que si sobre esta cuestión se forma una mentalidad bien clara y se difunde en el mundo social. No queremos el Estado, y los que dicen: que todo será de la colectividad, la que mediante órganos investidos con su autoridad, decretará y tomará por la fuerza en todas partes lo que no es depositado a la recepción de una orden — expediciones punitivas como la *razzorstka* en la Rusia soviética, tomando el trigo por la fuerza a los

campesinos que no lo depositan en la cantidad ordenada, — esos son dictadores, con los cuales nosotros no tendremos nada que hacer, y que serían nuestros mayores enemigos si pudiesen tomar posesión del poder.

Pero ¿tenemos una opinión definida sobre esta cuestión? Las materias primas y productos agrícolas y las riquezas del subsuelo, que abundan en una localidad, en un distrito, en un país, es decir en un Estado dentro de sus confines establecidos por tratados o guerras, en el momento de la revolución ¿a quién consideramos realmente que pertenecerán entonces? Los capitalistas que los han acaparado, si no son los Estados, regularizan su explotación intensiva, los hacen circular a través del globo, vendiéndolos a aquellos cuyos países están más desprovistos de ellos y que pagan por tanto los mejores precios. Nada más probable que después de la revolución, los trabajadores de esos países ricos en tales sustancias, cesen su producción para la exportación o bien que mantengan el nivel de los precios que la rareza y la necesidad de esas sustancias han permitido a los capitalistas dictar, o bien que los territorios los reclamen como propiedad nacional que facilita el bienestar local reduciendo así el grado de bienestar en los territorios menos favorecidos. Todas estas soluciones serían opuestas a la que el sentimiento socialista inspira: que las riquezas del globo entero son de todos los hombres y que un monopolio local es tan antisocial como cualquier otro.

¿Con qué espíritu se va a resolver tal cuestión, que no sólo será de actualidad para la continuación de la producción, sino que, si es resuelta en el sentido de la perpetuación de las ventajas locales, pondría en la sociedad nueva el primer germen de la desigualdad, de la que se derivaría una ausencia de solidaridad, superioridades e inferioridades, que sólo una nueva autoridad podría mantener en ventaja de los favorecidos contra el descontento de los menos favorecidos, o bien habría rivalidad, lucha y tarde o temprano la guerra. Convendría, pues, afirmar la voluntad de resolver tales cuestiones en el espíritu de la solidaridad humana — ¿pero cuán lejos estamos de hacer eso, cuando hacemos más bien lo contrario!

Somos con muy buen derecho partidarios de todas las autonomías locales, pero deberíamos guardarnos de tratar una cuestión *económica* desde el punto de vista *autonomista*: porque así caeremos en el monopolio o en un desmenuzamiento absurdo, que uno y otros son opuestos al principio socialista, que se deriva de la socialidad humana, que es universal y no conoce ni limitaciones ni divisiones. La propiedad en manos del Estado, de un Estado entre varios Estados, es una tal limitación, la propiedad desmenuzada en manos de los capitalistas, es una tal división; sólo el acceso libre a las riquezas del globo corresponde a las aspiraciones socialistas. No entro en este asunto, que merece ser examinado por todo el que se sienta llevado por su amor a las autonomías a ensalzar las autonomías económicas que son precisamente en su última forma el *jus utendi et abutendi* de la propiedad privada: no queremos sólo al *hombre libre*, sino también la *tierra libre*, la *humanidad libre*, y remito a las palabras de Bakunin en 1870 en sus *Otros de Berna* (Obras, Edit. LA PROTESTA, IV, págs. 253-54): "...La centralización económica, condición esencial de la civilización, crea la libertad; pero la centralización política la mata, destruyendo en beneficio de los gobernantes y de las clases gobernadas la vida propia y la acción espontánea de

las poblaciones"... No llaméis a Bakunin un centralista por haberse expresado así, pero examinad el fondo de su pensamiento, el sentido del gran conjunto que para él constituía la emancipación *integral* del hombre: federalismo, socialismo y antiteologismo, de otro modo, anarquía, colectivismo, ateísmo, y verificad su aplicación a las situaciones de hoy y de mañana.

Pero ¿no estamos muy lejos de todo esfuerzo serio en nuestro triste mundo del presente, que ve esa degradación de lo que se llama en lengua vulgar socialismo (sin prestar atención a los matices) que en este momento, cuando se trata de los asuntos más urgentes de los pueblos de Europa, que piden una paz asegurada, una reducción de los armamentos y la cesación de las amenazas y de las opresiones militares, nacionalistas, aduaneras y tantas otras, se encuentran a la cabeza de los principales Estados del continente, en las posiciones más destacadas, los Briand, Mussolini, Mueller, Pilsudsky, Stalin, en Francia, Italia, Alemania, Polonia, Rusia — *todos* socialistas eméritos? Está entendido que son renegados y peor, pero eso sirve muy poco para dar un nombre o un epíteto a una cosa. Son los precursores de una evolución hacia atrás del socialismo autoritario, que se hace en toda la línea, que opera en el menor de los innumerables elegidos o funcionarios, que las organizaciones producen continuamente y en proporción ascendente, agregando ahora en algunos países de Europa también las formaciones casi militares con sus jerarquías, primeras formas de las futuras milicias bolchevistas o fascistas y de los "ejércitos rojos". Se ha constatado últimamente que la milicia fascista se componía el 1 de agosto de 1928 de 9.895 oficiales y de 289.090 "camisas negras" (251.378 en 1927); diez y veinte años antes la mayor parte de esos 300.000 jóvenes se habrían encontrado en las organizaciones socialistas, republicanas y otras con un objetivo ideal, aunque fuese pequeño. Los 4.600.000 obreros alemanes aproximadamente miembros de los sindicatos moderados (congreso de Hamburgo, septiembre de 1928) cotizaban por año más de 182 millones de marcos oro; gasto anual 129 millones y medio, los cuales 41 para socorros a los miembros, 111/3 para luchas obreras (huelgas, etc.) y más de 77 millones sea para periódicos, agitaciones, gastos de reunión, etc. (34 millones), sea para la administración (más de 43 millones). Para gastar 111/3 millones en huelgas se necesitan, pues, 77 millones, siete veces más, comidos y carcomidos por un enorme personal administrativo y otro, que se digna aun dejar un poco más de la mitad de sus gastos y falsos gastos (77 millones): 43 millones. Se llamaría a ese género de organización más bien una buena especulación por un número siempre creciente de funcionarios que recogen el máximo de cotizaciones y para atraer su público, desembolsan un mínimo en apoyo de huelgas y en socorros. Es una marcha hacia atrás a toda vela y si el terreno de la organización es agotado, se repliega sobre el Estado, formando su administración y haciendo cotizar al pueblo entero entonces por la fuerza armada de la ley, por el impuesto. Hay un asombroso pero inevitable paralelismo entre esa dominación de todo un país por el bolchevismo o por el fascismo o por la socialdemocracia, y lo que el capitalismo no devora y no destruye, esas otras langostas y parásitos lo destruyen y lo absorben a su vez. La humanidad europea es hecha dependiente así por todas partes, y cada cambio aporta otras langostas devoradoras.

Porque la autoridad vuelve a llevar siempre al



mismo extremo, cualquiera que sea el nombre bajo el cual se emplea, y las organizaciones, como he tratado de mostrarlo por su historia, no están separadas de la autoridad más que en su parte voluntaria, que está difundida en las esferas de la ciencia, de las artes y de las actividades especiales, de las ideas humanitarias y libertarias, pero no en las esferas políticas, sociales, nacionales, religiosas y otras parecidas. En estas últimas grandes esferas el organizacionismo está ligado al militarismo, estatismo, fanatismo y hace retroceder infaliblemente a profundidades negras que los crímenes del fascismo, del bolchevismo, de la socialdemocracia, del nacionalismo nos permiten sondear, pero quién sabe qué horrores encierra todavía ese abismo!

Si arrojamus nuestro peso sobre la balanza de la organización voluntaria, es preciso, pues, hacer con eficacia e inteligencia para no permitir a esas asociaciones deslizarse sobre la pendiente fatal que arrastra a los demás. Pero tal esfuerzo exigiría que se desembarace uno de tantos errores que parecen inherentes a toda organización, lo que, si fuese verdad, les llevaría a todas al autoritarismo sin celo. ¿Es realmente así? La organización ¿es siempre un pequeño Estado con su patriotismo, su protocolo, su diplomacia, su mala voluntad contra toda otra organización? Si hay diferencia de opiniones entre organizaciones ¿será siempre asunto de amor propio herido, de prestigio lesionado, destinado a arrastrarse, a perpetuarse, a ser envenenado cada vez más? Si se trata de entenderse sobre algo ¿habrá siempre diplomacia, engaño, compensaciones iguales o más que iguales para aquel que cree tener las mejores cartas? La lentitud, la ponderosidad, las vacilaciones ¿serán siempre reguladas al paso de las cancillerías, de las diplomacias, de las instancias administrativas y judiciales como parece hacerse tan a menudo? En una palabra ¿es fundada la hipótesis de que quizás el ritmo de las operaciones intelectuales de toda una época es aproximadamente el mismo, y que en una edad de gobiernos, de diplomacias amodorradas, tampoco las otras fuerzas intelectuales proceden más que a paso de escarabajo? Ese es sin duda el caso del socialismo autoritario que, creyéndose destinado a ser "el Estado" algún día, ha hecho adquirir gradualmente a sus jefes la mentalidad gubernamental. Pero la humanidad, felizmente, contiene siempre fuerzas alertas y despiertas de la ciencia y de las actividades privadas, no estatistas, que marchan a otro tren. Es hacia ellas hacia las que debe mirar el organismo voluntario, o de lo contrario será infestado por las infiltraciones autoritarias.

El terreno sindicalista está muy expuesto a esas infiltraciones. Sin embargo, se debería comprender que en la situación presente, su acción principal sería establecer entre obreros asociados ese género de relaciones que sería lo contrario de lo que acabo de describir: una franca solidaridad sin preconceptos, cuestión de prestigio, compensación, diplomacia y pérdida de tiempo, una disposición para obrar bajo ese encumbramiento de negociaciones, transacciones, seguros y reaseguramientos que obstaculiza toda movilidad. En caso de revolución cada cual debe dar y no guardar, obrar pronto y no transigir, olvidar el pasado y no rumiar los pequeños papeles y pecadillos de antaño. Y si se quiere triunfar alguna vez, es preciso comenzar desde ahora, desde este momento a arrojar todo este lastre, y mirar hacia adelante.

¿Escoy yo, después de todo lo dicho aquí, en pro o en contra de la organización? La organización técnica no es un asunto de controversia; exige tal gé-

nero de cooperación exacta, y si se obra de otro modo, el trabajo es mal hecho o no se hace. La organización voluntaria por un objetivo especial es aun lo que hay de mejor, si sabe obrar sin derroche de energía, sin acumulación inútil de demasiada energía que queda entonces inactiva. En las organizaciones de pura propaganda tal acumulación de energías se hace inevitablemente: entonces lo que hay que hacer es que todo excedente de fuerza se dé una nueva misión y forme una asociación propia, y así sucesivamente. El sindicato, aglomeración de hombres menos homogéneos o armonizantes que las de los grupos de ideas, corre el gran riesgo de la rutina, de la petrificación, de la retro-evolución autoritaria, pero podrá ser convertido en el terreno de aprendizaje y de experiencia de las relaciones futuras entre productores, relaciones directas, francas, generosas como las que hay entre los hombres libres, y no burguesas, parsimoniosas, malevolentes como las que hay entre Estados y otros organismos autoritarios.

Los anarquistas después de una cuarentena de años han dejado languidecer lo que había en organizaciones derivadas de la Internacional, y no han dado ningún verdadero apoyo a las iniciativas de Malatesta, la de 1889, expresada en su *Appel* de 1889 (septiembre) para la constitución de un partido socialista anarquista revolucionario internacional, y en el proyecto de una Federación Internacional socialista anarquista revolucionaria de 1895, ni a esa Internacional anarquista fundada en el congreso celebrado en Amsterdam en 1907, ni a otras tentativas después. Previendo peligros de autoritarismo y sintiendo también la inutilidad de rodajes administrativos, por débiles y simulados que sean, se ha preferido pasarse sin lo que cada cual sentía individualmente como un estorbo. Muy bien, pero se ha puesto durante esos mismos decenios grandes esperanzas en el sindicalismo, ese ensamblamiento de organizaciones, y los que entraron en él activamente, han debido ver que no podían cambiar si no muy poco, que el engranaje les impedía, que era preciso hacer más o menos como los otros, o irse — y no son ellos los que pudieron cambiar el sindicalismo, al contrario, y estamos ahí todavía. Yo no concluyo en la necesidad de una organización anarquista, pero pienso que menos escepticismo en el primero de ambos casos, más crítica en el segundo, habría podido producir una mayor cantidad de cooperación útil, una base extensa solidamente asentada hoy, que habría podido ser un foco de atracción para todas las tendencias de asociación libre, de protesta humanitaria contra la autoridad. En lugar de eso, permanecemos desmenudados y no sabemos siquiera si el camarada que se dice individualista, debe ser considerado un enemigo o puede ser vagamente tolerado, y no tenemos si no muy pocas relaciones con las otras aspiraciones mencionadas, exceptuados sin duda el sexualismo y el neomalthusianismo, en tanto que hay tales aspiraciones. Tenemos un pie en un sindicalismo que contiene elementos avanzados abnegados, pero que, como yo lo veo al menos, no tiene esa influencia sobre el cuerpo social que es necesaria a una causa verdaderamente viviente y progresiva; hablo aquí según la impresión general, sin detenerme en las excepciones locales. Pienso, pues, que no empleamos bastante bien nuestras fuerzas, que podríamos obrar mejor procurando a las energías radios de acción más precisas; porque muchas buenas fuerzas duermen más o menos. Todos no querrán y no podrán militar, pero podrán hacer mucho más sin embargo.

La infección autoritaria es tan general y profunda que no se escapará de ellas por medidas simplistas, alguna acción destructiva, que sería seguida de una floración espontánea de la libertad. El autoritarismo (el socialismo parlamentario) y al sindicalismo reformista, ha anulado los efectos de la revolución social rusa, ha arrojado a un país lleno de revolucionarios en las garras del fascismo, paraliza todavía a otro gran país, España, fomenta las mentalidades nativas de las mentalidades por el vulgarismo embrutecedor; ¿no es bastante? Contra eso es preciso, como digo a menudo y repito una vez más, que las fuerzas liberales y libertarias, humanitarias y humanas tozcan y creen medios de cooperación libre contra el mal que les amenaza a todas. La rutina no nos sacará a flote, es preciso abrir nuevos caminos de cooperación emancipadora de los elementos vivientes de la humanidad.

23 de septiembre de 1928.

## LA MUERTE DEL HISTORIADOR A. AULARD

Alphonse Aulard, el gran historiador de la revolución francesa, que ha dedicado a sus estudios sobre la gran revolución de 1789-93 casi toda su vida, y ha quedado fiel a los ideales democráticos que triunfaron con aquella revolución hasta el último momento, ha muerto serenamente el 23 de octubre del año ppdo.

Figura integérrima, hombre que permaneció siempre coherente con sus ideas, ha sido uno de los supervivientes sinceros y continuadores del pensamiento republicano democrático, que tuvo su más alto esplendor hacia la mitad del siglo pasado, mientras los partidos democráticos, no llegados todavía al poder, se ilusionaban, en la oposición contra los gobiernos conservadores o reaccionarios de aquel tiempo, presentar ellos solos el progreso de la libertad y de la justicia social. Era todavía el hombre de los tiempos de Victor Hugo y Michelet, de Garibaldi y Mazzini, de Castelar y Ruiz Zorilla, el adorador de la libertad abstracta, de la libertad política y democrática, no demostrada todavía insuficiente por la crítica socialista y anarquista, no demostrada todavía demasiado parcial e injusta, y por tanto falsas, en el contacto con aquella piedra de toque que ha sido para ella el movimiento proletario de la segunda mitad del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX.

Desde 1848 a 1870 la libertad, en cuyo altar quemaban incienso los hombres como A. Aulard, podía parecer todavía susceptible de los más lejanos desenvolvimientos. Tuvo por un instante hasta a Reclus, Bakunin y De Paepe; pero pronto fué superada, en el seno de la Internacional, justamente por el mérito de los nombrados precursores de la anarquía y por otros innumerables compañeros suyos, gracias a un concepto de la libertad más realista y al mismo tiem-

### NUMERO EXTRAORDINARIO DEL "SUPLEMENTO"

El próximo número de esta revista será dedicado a conmemorar y a recordar la gran huelga de la Patagonia en 1920 y a relatar una vez más el gesto de Kurt Wilckens. Aprovechamos la doble coincidencia de la caída del teniente coronel Varela y la presencia en el poder supremo de los mismos hombres que entonces llevaron a cabo friamente la espantosa masacre. Hay cosas que no se pueden olvidar, y la masacre de la Patagonia y el nombre de Wilckens son de ellas.

Los camaradas, grupos y organizaciones que quieran hacer pedidos extraordinarios para la difusión del próximo número de la revista, deben apresurarse a hacerlos lo antes posible, para regularizar el tiraje.

po más amplio: el de la libertad integral del hombre libre de todas las explotaciones patronales y de todas las opresiones estatales. A la democrática "Liga para la paz y para la libertad" sucedió la "Asociación Internacional de los Trabajadores"; y la sangre de los 35.000 comunales masacrados por la democracia burguesa en París en 1870 puso definitivamente un término a todas las ilusiones que hasta entonces eran suscitadas todavía en las mentes y en los corazones por las fórmulas falsamente igualitarias y liberales de los republicanos de un tiempo.

En 1870, cuando se derrumbó el imperio bonapartista, A. Aulard tenía veinte años. Era uno de aquellos jóvenes universitarios de entonces que soñaban, en reacción contra la opresión bonapartista y el obscurantismo católico, el advenimiento de la república democrática, laica, respetuosa de la libertad de pensamiento. Este ideal le inspiró hasta su muerte; y fué su fuerza, porque dió una unidad a su pensamiento y una inspiración elevada a su acción y a sus trabajos, pero fué también su debilidad, porque lo encerró dentro de los estrechos límites de sus fórmulas de que no supo jamás libertarse.

Inició su actividad de trabajador intelectual incansable como literato. Tradujo al francés gran parte de la obra poética de Giacomo Leopardi, y sobre este gran poeta italiano, y más que italiano, humano, Aulard publicó un estudio crítico de notable importancia. Pero pronto se dedicó casi exclusivamente a la historia y con mayor predilección y fecundidad a la historia de la revolución francesa. Dirigió también por largo tiempo la conocida "Revue de la Révolution Française", que ha sacado a relucir tantos documentos y aspectos ignorados de aquel período his-



tórico francés. Por algún tiempo fué su colaborador el antiguo internacionalista libertario James Guillaume. La nómina de sus obras sería demasiado larga: *Estudios y lecciones sobre la revolución francesa*, *El culto a la razón y el culto al ser supremo*, *La Revolución francesa*, *Los oradores de la revolución*, *Los Lunes revolucionarios* (serie de artículos semanales), *Polémica e historia*, *Taine*, *el historiador de la revolución*, etc., etc.

"El mayor mérito de Aulard — decía hace poco de él un admirador suyo, un demócrata italiano —, fué el de librar a la revolución francesa de las envolturas de la ignorancia y de los preconceptos políticos, demostrando que podía y debía ser materia no de discusiones partidistas, sino de estudios científicamente severos. Opuso, por tanto, al lirismo de Michelet y a la animosidad de Taine, el método positivo, es decir verdaderamente histórico, que consiste en la reconstrucción objetiva de los hechos sobre la base de documentos seguros". Y muchos de estos documentos, como he notado más arriba, ha puesto en claro, con la ayuda de un "Comité de estudios sobre la revolución francesa" que había fundado de acuerdo con Jean Jaurés.

Entre las figuras de la revolución francesa, prefería amorosamente la de Dantón, al que dedicó uno de sus trabajos más sentidos. Sus críticas notan, sin embargo, no del todo erróneamente, que para exaltar y defender la figura de Dantón no siguió el método positivo como hubiera debido, porque se hizo demasiado esclavo de su tesis, de su simpatía, de la doctrina política que más le impulsaba a magnificar a Dantón, ese coloso de la revolución, lleno de luces resplandecientes, pero no desprovisto de sombras inquietantes.

La cosa es que, como notaba justamente un escritor comunista, "como la mayor parte de los historiadores de su generación, Aulard no veía en las grandes crisis más que el choque de los partidos y de los personajes". La historia económica no sólo no le interesaba, sino que le parecía imposible. Jaurés, en la introducción crítica a su "Historia socialista", le reprochó con energía "la falta de sentido de la evolución económica de la profunda y movida vida social".

Fué expresamente para darle una cátedra, que la Comuna de París en 1886 quiso que se creara en la

Sorbona — la célebre universidad parisiense — una cátedra de historia de la revolución francesa. Enseñó allí hasta que la avanzada edad se lo impidió.

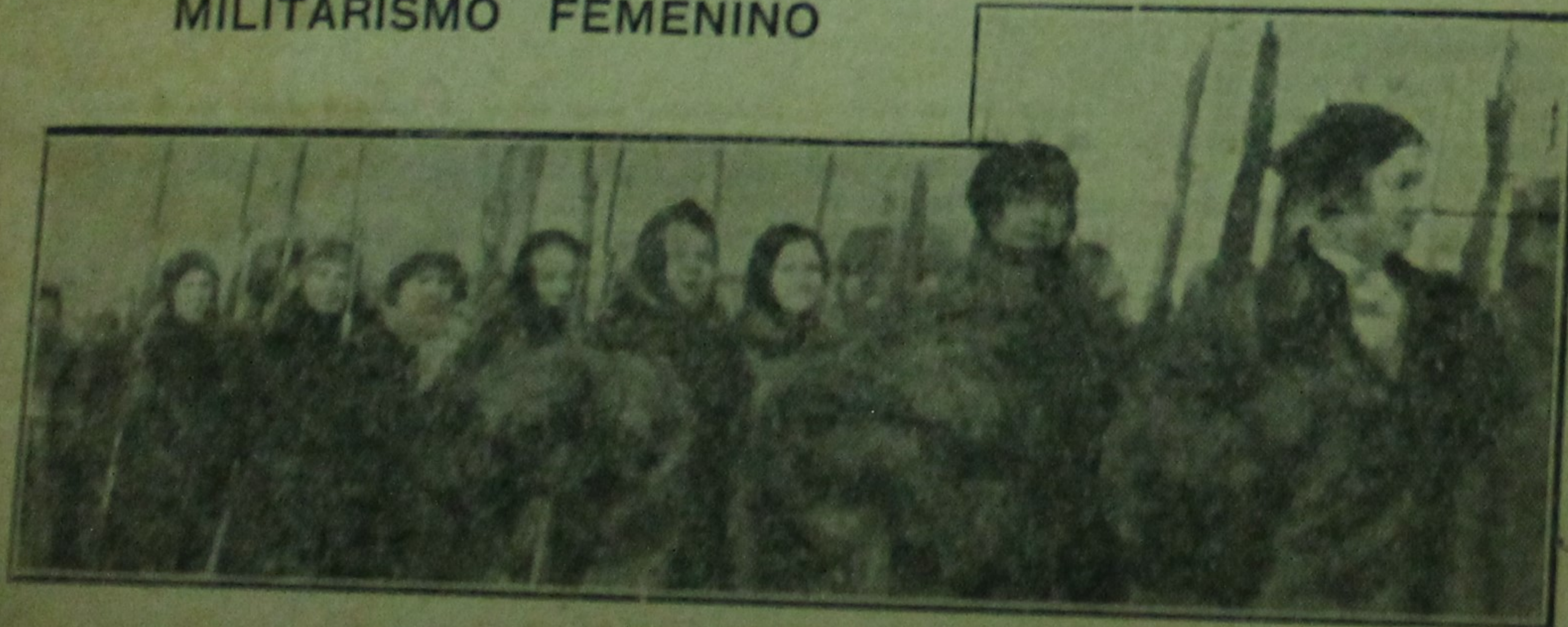
Pero Alphonse Aulard no fué solamente un catedrático y un universitario; no quedó encerrado en la torre de marfil de sus estudios, no se abarrió en una biblioteca contra las tentaciones de las luchas externas. Al contrario, como los intelectuales mejores del siglo pasado, participó en las luchas políticas, fué polemista apasionado. En la época del boulangismo, del asunto Dreyfus, de la lucha contra las congregaciones religiosas, y más recientemente del cartel de las izquierdas, se ha lanzado más de una vez en la contienda. Adepto del partido radical, a lo sumo socialistoide, no era ciertamente de los nuestros. Pero no creo que se haya puesto nunca contra nosotros, contra la causa de los trabajadores, contra los revolucionarios. Al contrario, en más de una ocasión estuvo cerca de nosotros, durante las agitaciones por las víctimas políticas, por la amnistía, por la causa de Sacco y Vanzetti, contra el fascismo, etc. Como era también periodista, en los muchos periódicos en los que, en París y en provincias, daba su prosa, no en vano se ha puesto contra sus mismos amigos llegados al poder, para defender, en la persona de humildes trabajadores y combatientes, la causa de la libertad y de la justicia.

Lo que le horrorizaba sobre todo en estos últimos tiempos era el fascismo. Lo odiaba verdaderamente con toda la fuerza de su noble corazón. Una noche, participando en una reunión de los antifascistas italianos emigrados, como vicepresidente de la Liga de los derechos del hombre, dijo: "Cuando el fascismo haya caído, invítadme a una reunión como esta en la Roma libertada; estuve con vosotros en el dolor, quisiera estar con vosotros en la alegría. No pido más".

Pero su mente selecta, su noble espíritu se han extinguido antes de que su deseo pudiese convertirse en realidad. Y esta realidad parece todavía lejana... ¡No importa! nosotros estamos agradecidos a aquel deseo y a aquel augurio. Y sobre su tumba de adversario sincero, pero no de enemigo, también nuestra negra bandera puede inclinarse en señal de saludo reverente.

L. F.

## MILITARISMO FEMENINO



En la Rusia de los soviets el veneno del militarismo activo ha penetrado hasta en los ambientes femeninos

CLEMENCIA JACQUINET

## La sociología en la escuela

(Conferencia leída en el Centro Fraternal de Cultura, Barcelona, Agosto de 1903)

Queridos compañeros:

Me es imposible hacerme rogar cuando lo que se me pide me place en extremo. Verdaderamente hallo un inmenso placer en venir aquí a hablar un poco con vosotros. Así es, que ni os hablaré de mi escaso mérito, ni del honor que me prodigáis; frases todas de falsa modestia que a menudo ocultan un gran fondo de vanidad.

Digoos, pues, simplemente, fraternalmente: ¿Queréis escucharme? Muy bien; tomo la palabra por cuenta vuestra y a riesgo vuestro.

Permitidme comenzar con algunas reflexiones generales en materia de instrucción.

Está plenamente reconocido desde hace tiempo, que la peor ignorancia no consiste en ignorar, sino en saber mal las cosas.

Los errores más funestísimos son los que nacen de una verdad mal comprendida.

A cada instante tropezamos con dificultades que nacen de un error de apreciación, de un falso punto de partida en la interpretación de una idea o de un principio. ¡Cuántos hay que se dicen adversarios de opiniones que han interpretado mal y de las cuales sacan consecuencias tan absurdas como inesperadas!

Es tan grande el mal que causa la falsa ciencia, que es preferible a ella la ignorancia.

En efecto, no es raro encontrar personas completamente incultas cuyo buen sentido nos maravilla, mientras que estamos rodeados de gentes que han hecho lo que por antítesis se ha dado en llamar, unos buenos estudios, y que son incapaces de la menor iniciativa, cuyo bagaje universitario únicamente les ha servido para desviar la inteligencia del camino recto en que tan fácil y tan agradable es ir avanzando.

¿De dónde viene esa aparente contradicción?

Parecerá que emito una paradoja si os afirmo que nuestro hombre inculto es cien veces más instruido que ese triste fruto seco que sale de nuestras escuelas, y sin embargo, es una verdad. He aquí por qué.

Puede darse muy bien que el hombre entregado a sus propios impulsos no haya pasado indiferente entre su medio vital, que haya observado sus particularidades, establecido ciertas comparaciones entre los hechos y sus causas, en una palabra, que haya recibido de las mismas cosas lecciones de inapreciable valor. Habitado de este modo a confrontar lo real y tangible con sus consecuencias, lo extraño sería que hubiese pasado al lado de la verdad sin reconocerla, por lo menos en el límite del lado utilitario de las cosas, sobre el terreno fatalmente estrecho de los sucesos de su vida vulgar.

Me apresuro a decir que no generalizo con este ejemplo; por desgracia es demasiado verdadero que

la ignorancia es siempre una causa de error y de males de toda clase. He querido simplemente mostrar el poder de la observación como medio educativo.

Pero ¿qué esperar del buen sentido de un hombre que está acostumbrado a tomar siempre fuera de él mismo, la regla de su conducta a causa de la viciosa costumbre de no pensar sino a tenor de sus libros y de sus maestros?

Se ha dicho que los hombres, desde el punto de vista intelectual, se dividen en tres categorías: Unos que comprenden las cosas con el auxilio de sus propias facultades naturales; otros que tienen necesidad de que se las expliquen, y los últimos que no comprenden nunca nada.

En la segunda categoría hay que colocar, a consecuencia de una nefasta dirección de la educación y no por culpa de la naturaleza, a la gran mayoría de los que han frecuentado las escuelas, porque sus cerebros están disciplinados desde el comienzo de los estudios, porque están habituados a recibir la palabra del maestro como una verdad incommovible, porque están habituados a inclinarse ante una autoridad, ahogando de este modo la actividad intelectual que una gimnasia inteligente hubiera desarrollado en ellos.

Sobre el particular estamos todos de acuerdo en principio; únicamente que, por desgracia, pocos numerosos son los que tienen el valor de vencer a la rutina, la cómoda, la deliciosa rutina, para aplicar aquella teoría tan universalmente conocida.

Y sin embargo, no hay opiniones tan sólidas como las que podemos hacer nuestras con pleno conocimiento de causa, y que basándose en la personal observación de los hechos, no sobre abstracciones más o menos vagas, pueden afirmarse y ampliarse por medio de la discusión.

Por el contrario, además de la pérdida de nuestra iniciativa, hay otro peligro que resulta de la educación dogmática. Toda idea que se nos inculque a la fuerza o por sorpresa, cuando nuestro cerebro no está aun en disposición de recibirla libremente, por elección; cuando, sobre todo, esta misma idea ha sido también recibida dócil y superficialmente por el mismo individuo que nos la trasmite, sin haber sido lo suficientemente preparada y dilucidada, esta idea nos entrega sin defensa a los hábiles sofismas de los interesados en llevar la confusión a una inteligencia inexperta y pueden lanzarnos en un camino totalmente contrario al que quería conducirnos.

Estas reflexiones me conducen a la cuestión que me he propuesto estudiar con vosotros.

¿Hay que enseñar, sí o no, sociología en las escuelas?

La respuesta es clara. Si es verdad que el ob-



jetivo de la educación consiste en ayudar a los hombres a formarse, verdad será también que debe enseñarse la ciencia social. Únicamente que hay que entenderse sobre este punto.

Para mucha gente, y desgraciadamente para muchos maestros, la ciencia social está contenida por entero en sus periódicos, en los problemas de emancipación que tan vivamente agitan nuestra época.

Todo su saber consiste en inculcar a sus discípulos sus opiniones preferidas, a fin de que causen en los cerebros una impresión imborrable, que se implanten en ellos y se extiendan ni más ni menos que a semejanza de una hierba parásita.

Todo lo que han podido encontrar mejor para formar libertarios es obrar al modo de los curas de todas las religiones.

No se dan cuenta de que forjando las inteligencias según su modelo predilecto hacen obra anti-libertaria, puesto que arrebatan al niño desde su más tierna infancia la facultad de pensar según su propia iniciativa, ya que nadie ni nada puede asegurarnos que el ideal que actualmente responde a nuestras aspiraciones, será forzosamente el ideal deseado de las generaciones venideras, cuando el medio natural evolucionando haya transformado las condiciones de vida de los hombres futuros. ¿Acaso no es posible que lo que hoy llamamos emancipación sea sino barrera para el porvenir?

No mil veces. La emancipación de la humanidad no consiste en profesar tales o cuales opiniones, sino en buscar el libre y completo desarrollo de los individuos.

Lo que importa es rodear a los jóvenes de una atmósfera en la cual puedan recoger espontáneamente un gran número de impresiones que irán coordinando a medida que sean capaces de reflexionar.

¿Por qué, pues, los maestros, aun aquellos que profesan ideas libertarias, tienen tan poca confianza en la libertad? ¿Por qué temen no haber hecho bastante con apartar el error de la escuela dejando simplemente el campo abierto a la verdad?

Dígnense echar una mirada escudriñadora al pasado. ¿Acaso los cerebros de los primeros que predicaron las reivindicaciones sociales fueron formados expresamente?

Todos, o casi todos los que han fomentado las revoluciones más fecundas y generosas, fueron educados, por el contrario, en las peores tradiciones autoritarias, bajo la doble y deprimente disciplina de la iglesia y del Estado aplicada a hacer de ellos dóciles instrumentos de sus ambiciones por medio de los procedimientos más eficaces para matar la inteligencia. ¿Cómo pudieron por consiguiente, libertarse de ataduras que tan sólidas parecían? Simplemente: rehaciendo ellos mismos su educación por un admirable acto de la voluntad; pasando por el tamiz de la observación inteligente y desinteresada todo lo que habían aprendido.

Por otra parte: si nuestras aspiraciones son justas, si nuestras críticas sociales están fundadas sobre la verdad, es de pensar y es de creer que se desprenderán por sí mismas, inevitablemente, de un estudio sincero, hecho según un método rigurosamente científico, de la naturaleza observada bajo todos sus aspectos, para deducir las consecuencias desde el punto de vista social.

A este estudio eminentemente fructífero se da el nombre de sociología, y este estudio es el que nuestros hijos y aun nosotros mismos tenemos que aprender.

Permitidme algún ejemplo para hacer comprender lo que yo entiendo por sociología escolar.

He oído discurrir a alumnos para afirmar que el dinero es nocivo en la sociedad. Sorprendido de lo superficial de las proposiciones de estos jóvenes sociólogos de 13 a 14 años, quise darme cuenta de la impresión real hecha por esta afirmación sin base, puramente dogmática, en niños de esta edad, y he aquí lo que obtuve:

—¿Qué entendéis, pregunté, por cambio de productos?

—Es el cambio, se me respondió, de una materia sobrante contra otra de que se carece.

—¿Y cómo se efectúa este cambio?

—Muy sencillamente, por ejemplo: el que tiene necesidad de pan da en cambio el vino que posee y le sobra.

Como se ve, los niños no habían traspasado la concepción del cambio individual.

Entonces les hice observar que, primitivamente, los cambios no se hacían de otro modo, que aun son la base del comercio actual, que en nuestros días hay varios pueblos que no tienen otro sistema de cambio que éste, y que, no obstante, en estos pueblos hay ricos y pobres y que su sociedad está tan mal constituida como la nuestra, y que precisamente el dinero fué inventado para facilitar los cambios a grandes distancias.

Los niños me escucharon con gran atención y poco faltó entonces que no me interrumpieran para sacar en conclusión que el dinero es necesario.

Pero como yo tuve empeño en no darle una idea falsa, les hice comprender tan claramente como pude que lo malo es el cambio individual y que este cambio tiene que substituirse por la circulación equitativa de los productos de la tierra y del trabajo.

Y entonces pensé, que si en lugar de hablar prematuramente a los niños de cosas que demandan una ilustración previa, se les enseñara a conocer las regiones naturales de la tierra, su clima, sus producciones y la manera de vivir de los diferentes pueblos que la habitan; si en vez de enseñarles maquinalmente los nombres de los Estados y sus capitales, se les enseñara paralelamente al lujo aparente de las grandes ciudades la miseria que ocultan en su seno y como al lado de los suntuosos edificios de un Londres o de un París hay los tugurios donde vegetan centenares de millares de familias obreras, se habría hecho entonces sociología seria y real al alcance de los niños.

Ninguna necesidad hubiera habido de sacar las consecuencias futuras de esos hechos que, agrupándose a otros hechos procedentes de cada rama de la ciencia, son por sí mismos elocuentes y hablan directamente al corazón entusiasta de los jóvenes, causándoles una impresión tan inolvidable como verdadera, impresión que pueda afrontar cualquier discusión y aun la misma discusión la robustece.

Y si a estos conocimientos geográficos añadimos, no la zoología, la botánica, la física, etc., tomado cada uno en detalle como es costumbre hacer, lo que recarga el programa de una escuela donde los niños por lo general no concurren más de dos o tres años, sino el conocimiento de la materia en sí misma, de su trabajo, de sus condiciones de equilibrio, siguiendo paso a paso las transformaciones de los seres vivos, sus asociaciones por la vida, desprenderíamos los siguientes principios que los jóvenes encontrarían y utilizarían más tarde:

Lo que el equilibrio de las energías entre los se-

res vivientes y el medio exterior reproduce la vida.

2.º Que en una colonia viviente, todos los colonos, es decir, todas las células que la componen, han de poder efectuar integralmente sus cambios con el medio exterior.

3.º Que ningún órgano puede, so pena de muerte, adquirir preponderancia en un cuerpo viviente. La equivalencia del trabajo ha de ser perfecta.

4.º Que cada célula, cada colonia debe traspasar cierto volumen, de lo contrario acarrea la ruptura del equilibrio vital, es decir, la muerte.

Si tocante a historia se enseñara a los niños de qué modo el hombre ha adquirido, al precio de largos siglos de esfuerzos, todo lo que hoy le distingue de los demás animales, incluso la palabra; si se les explicara las primeras sociedades humanas, las clases comunistas en que el hombre adquirió gradualmente todos los sentimientos altruistas que más le honran cuando los practica, y si, de otra parte, se hiciera ver al niño que todos los beneficios que hubiera podido proporcionar a la humanidad la evolución regular del clan, se ha perdido en virtud de las guerras hijas de nuestros Estados fundados en la autoridad; si se les hiciera ver y sondear, siglo tras siglo, el largo y terrible combate entre el poder dominador, militar y religioso, y la civilización hija del trabajo popular, elaborada y sostenida por el proletariado a pesar de todas las miserias, a pesar de todas las matanzas, rompiendo todos los obstáculos, derribando todas las barreras artificiales elevadas por la ambición, el orgullo y el vicio, ¿qué poder tendrían entonces, decidme, todas las razones sutiles, contra esta coraza tan bien forjada por esta enseñanza?

En fin, dejadme insistir sobre una ciencia universalmente omitida en la enseñanza: La de la higiene del trabajo.

Se ha calculado minuciosamente la fuerza de resistencia de las máquinas, la capacidad de trabajo de los animales; pero nadie se cuida de medir la fuerza de resistencia del hombre y de armonizar el esfuerzo que reclama un determinado trabajo con la duración de este esfuerzo. Se ha calculado y se enseña en las escuelas la cantidad de aire necesaria a cada individuo en tiempo ordinario; pero se olvida enseñar igualmente en qué proporciones esta cantidad de aire debe variar durante el trabajo muscular o intelectual, qué clase de alimentación es necesaria según las ocupaciones, qué género de reposo conviene a cada trabajo según su profesión, qué medidas preventivas y combativas es necesario adoptar según los peligros del trabajo, etc., etc.

Si, todo esto se olvida, y sin embargo, es una enseñanza de primera necesidad, infinitamente práctica, como base de las reivindicaciones obreras, y que daría una especial fuerza a los que la poseerían.

Pero para hacer verdadera sociología en la escuela, es necesario que los maestros tengan el valor de trabajar realmente y con perseverancia en instruirse de una manera lógica y rigurosa, que no se paguen de vano y superficial saber, que puedan enseñar algo más que la aritmética, la gramática, y lo que dicen los periódicos.

Es necesario, sobre todo, que conozcan a fondo la fisiología del niño en sus diversas fases de crecimiento a fin de hacer concordar el trabajo cerebral y el trabajo muscular y visceral de los alumnos.

Hay maestros, ciertamente, que no retroceden ante el estudio y consagran sus ocios en investigaciones personales en el campo de la pedagogía. Pero

éstos representan, por desgracia, la excepción. La mayoría de institutores tienen constantemente la palabra ciencia en los labios, la reverencian como a una deidad que está muy alta o muy distante, a manera de ídolo inaccesible, pues como dijo el sabio:

Nada tan conocido como el hombre,  
Nada tan raro como la cosa.

Detengámonos al llegar aquí. Hubiera podido pasar revista a todos los órdenes de conocimientos y enseñar que, prohibiendo en las escuelas toda cuestión de opinión, que es tema de estudio para hombres hechos y no para niños, se puede y se debe enseñar sociología en la escuela; enseñar, en suma, por medio de las fluctuaciones de la evolución natural, los medios de vida que están a nuestro alcance en la misma naturaleza, las causas de muerte que proceden de la ruptura del equilibrio tanto físico como social, dejando para más tarde el aprender lo que ha de ser y los medios de realizar el ideal humanitario.

Mi conclusión, queridos compañeros, será fácil de deducir: todos nosotros debemos emprender una guerra encarnizada contra la rutina, trabajar para instruirnos, primero con nuestra propia experiencia personal y luego perseguir esta misma reforma en la escuela.

Si queriendo construirnos un abrigo contra la intemperie, nos contentáramos con un techo magnífico pero sostenido solamente con cuatro postes, no poseeríamos más que una mala cubierta bajo la cual estaríamos expuestos a todas las corrientes del aire puro o viciado y el menor vendaval se llevaría pronto edificio semejante.

Acordémonos de que para construir un edificio duradero, es necesario primero inspeccionar bien el terreno, hacer luego los cimientos, aportar buenos materiales y elevar sólidamente los muros a fin de que puedan soportar la techumbre que completa el edificio.

Así debemos proceder en materia de educación sociológica.





OCTAVIO MIRBEAU

# AGRONOMIA

I

M. Lechat me esperaba en la estación.

—¡Ah, por fin estáis aquí! — exclamó. — Es una suerte.

—Lo veis — dije — soy hombre de palabra...

—¡Bravo! ¡Me gustan los hombres de palabra a mí!... ¡Por aquí! ¿Y vuestro boleto?... Dadme vuestro boleto... Vamos, apresurémonos, subamos al coche... ¿Traéis equipaje?... No... Tanto mejor... ¡Por aquí!...

M. Lechat cogió un faldón de mi gabán, me hizo atravesar la estación al trote, y me arrastró de ese modo hacia su victoria, estacionada, con otros coches, en una pequeña plaza salpicada de acacias.

—¡Subid, subid, pardiez! — gritóme.

Y dirigiéndose al cochero, ordenó:

—Tú, en marcha y prontamente... ¡Y ya sabes!... si alguno de esos imbéciles pasa delante, te pongo en la calle!... ¡Al castillo, pronto!

Los caballos piafaron, bailaron un instante sobre sus patas delgadas, balanceando la cabeza y el coche voló sobre la ruta. Arrodillado sobre los cojines, inclinado sobre el toldo, M. Lechat vigilaba atentamente a los demás coches que, detrás de nosotros, desaparecían uno por uno y formaban pequeñas nubes de polvo.

—¡Atención! — decía al cochero de tiempo en tiempo — ¡atención, rediós!

Pero marchábamos con presteza. A derecha y a izquierda, la campiña parecía arrastrada en una carrera loca... Al cabo de algunos minutos, los coches rivales no formaban más que un punto gris sobre la blancura de la ruta, y el punto gris mismo se borró.

Tranquilizado, M. Lechat se sentó y lanzó un suspiro de alivio.

—No quiero que ninguno me pase — declaró, poniendo su gruesa mano sobre mis rodillas — no lo quiero... ¿comprendéis eso?

—¡Pardiez! — dije — ya lo creo que lo comprendo.

—¡Hombre, sois franco vos! ¡Bravo!... ¡me gustan los hombres francos, a mí!... Es cierto, también, hay dos o tres hidalguillos que ni siquiera tienen veinte mil francos de rentas, y que querían luchar con mis trotadores... Mira... ¿Lo permites, eh? Mira mis trotadores... Dieciocho mil morlacos, mi viejo, dieciocho mil...

Volvió una vez más la cabeza y no observando nada sobre la ruta, ordenó al cochero moderara el andar de los caballos... M. Lechat me apretó fuertemente las rodillas.

—Escucha, dijo nuevamente, vas a ver... Anteayer... ¡Perd no te molesta que te tutee?... —¡No! Al contrario...

—¡Bravo! Me gusta el tuteamiento, a mí... Anteayer volvía de Saint-Gauburge, por los bosques... El camino es estrecho y practicable sólo para un

coche... ¿Qué veo a cincuenta pasos adelante?... El duque de la Ferté... Un gran tonto... No quiero que nadie me pase y mucho menos el gran tonto del duque de la Ferté... Digo al cochero: "Pasa, rediós". —"No hay sitio", contesta el cochero. — "Entonces, atropella y arrójame duque, coche y caballos en el foso..." No, pero vas a reírte!... El cochero lanza sus caballos... ¡Patatrás!... El duque por un lado, yo por otro y el cochero a diez metros en el soto... ¿Qué mermelada!... No pierdo la chaveta... presto me pongo en pie, desenredo los caballos, levanto el coche y paso... mientras que el duque, con las cuatro patas en el aire... ¡Ja, ja, ja! ¡He ahí cómo los trato a tus duques!... ¿Qué dices de ello?

—¡Es admirable!

—¿No es cierto?... ¡Cáspita, es justo!... Tengo quince millones... ¿Y el duque qué tiene? Apenas dos miserables millones... ¿Y las ovejas? ¡Hay que ver cómo aplasto a las ovejas!... He aplastado también a niños, hijos de pobres... ¿Qué importa?... Pago.

Y M. Lechat se frotó las manos.

—Con precedimientos semejantes, debéis tener una buena popularidad en el país — le pregunté.

—¿Si soy popular? Verás eso en las elecciones, mi pequeño... ¿Sabes cómo se me llama? — añadió regodeándose... Se me llama Lechat-tigre... ¿es lindo, eh?... ¿Lechat-tigrrre? (1).

Durante algunos minutos imitó grotescamente a los gatos coléricos, con los ojos redondeados, los labios apartados y erizando su raquítico mostacho; después me dijo de repente:

—Todo lo que ves a derecha, a izquierda, delante, detrás, todos esos campos, todas esas casas, todas esas praderas, y mas allá todos esos bosques, todo es mío... ¡Y todavía no ves nada! Tengo propiedades en tres distritos, catorce comunas... Tengo seiscientos setenta y siete campos... Por otra parte, verás todo eso sobre mi plano, en el vestíbulo de mi castillo... Se necesitan veintidós horas para dar la vuelta de mi propiedad, veintidós horas... por causa de los recodos... pero verás todo eso sobre mi plano... es sorprendente... Verás también mis vacas, mis cincuenta y siete vacas, verás mis ciento noventa bueyes cotentinos, verás mis viveros... En fin, verás todo... ¡Oh, no vas a fastidiarte!

Se recostó sobre el respaldo de la victoria, alargó las piernas, cruzó los brazos y sonriendo con una sonrisa benta, contempló sus campos, sus praderas, sus bosques, sus casas, que desfilaban, huían tras nosotros. Algunos campesinos, al verlo pasar, levantaban la cabeza, se detenían en sus tareas y saludaban muy bajo; pero M. Lechat no prestaba ninguna atención a ello.

(1) En francés "Chat-tigre" significa gato montés.

—¿No saludáis nunca? — dije.

—¿A esa gente? — contestóme con repugnancia y encogiéndose de hombros. — Mira, he aquí lo que me inspiran, y de una puñada hundiéndose el sombrero en la cabeza maullando ferozmente...

Pequeño, vivo, muy feo, ojos trapaceros, boca floja, tal era físicamente Teódulo Enrique José Lechat, de la antigua casa Lechat y Cía.: Cueros y pieles, casa célebre en todo el oeste de la Francia. Durante la guerra, Lechat había tenido la idea genial de fabricar, para el ejército, cueros con cartón, trapos y esponjas inservibles. Había resultado que, hacia 1872, se retiró de los negocios industriales condecorado con la Legión de honor, con un capital de quince millones y que compró el dominio de Vauperdu para dedicarse completamente a la agronomía, como decía pomposamente.

El dominio de Vauperdu es uno de los más bellos que se hallan en Normandía. Además del castillo, imponente espécimen de la arquitectura del décimo sexto siglo, y las reservas considerables de bosques, herbajes, tierras arables que lo rodean, se compone de veinte granjas, cinco molinos, dos montes y muchas praderas, dando el todo una renta de cuatrocientos cincuenta mil francos.

Después de haber vendido sus tenerías y curtiderías, M. Lechat vino a instalarse en Vauperdu, con la mujer con quien habíase casado cuando no era más que un pobre obrero, de lo cual se arrepentía furiosamente hoy. Mme. Lechat no tenía, al mismo grado que M. Lechat, elegancia, ortografía ni gracias mundanas; pero, bajo la pollera de seda y el sombrero a la moda torpemente llevados, quedaba siempre la campesina sencilla, honesta, de buen sentido, como antes, y M. Lechat sufría mucho, en su repentina transformación de curtidor en hidalgo aldeano — aunque ostentara opiniones republicanas muy avanzadas — por la inferioridad social de su mujer y se irritaba que denotara demasiado su nacimiento vulgar y su pasado de plebeya.

No se poseen en un país cuatrocientos cincuenta mil francos de renta en tierras, sin que se origine una gran notoriedad. Lechat era, pues, el personaje más conocido de la comarca, siendo el más rico, y no pasaba un minuto sin que a diez leguas a la redonda, no se hablara de él. Se decía: "Rico como Lechat". Ese nombre de Lechat servía de punto de comparación forzoso, de medida obligada para designar fortunas hiperbólicas. Lechat destronaba a Cresó y reemplazaba al marqués de Carrabás. Sin embargo, no era querido y aunque los campesinos se apresuraban para saludarlo obsequiosamente, todos se burlaban de él, cuando había pasado, pues era grosero, molesto, fantástico, jactancioso y muy soberbio, bajo apariencias familiares y maneras de buen muchacho que no engañaban a nadie. Tenía una manera de hacer el bien tan alborotadora y torpe, que desconcertaba a las gratitudes, y sus limosnas, inhábiles para disfrazar el tremendo egoísmo del *parvenu*, en lugar de propagar un apaciguamiento en el alma de los pobres, les inundaban de odio, tanto tenían el carácter de continuos insultos a sus miserias. Por lo demás, se había presentado tres veces en las elecciones, y tres veces, a pesar del dinero locamente despilarrado, no había podido reunir más de trescientos votos sobre veinticinco mil. Tales eran los informes que había obtenido sobre M. Lechat, cuyo nombre volvía sin cesar en las conversaciones del país.

Un día, lo encontré por casualidad. Ese día M. Lechat no me dejó y me prodigó todas las vulgaridades de su cortesía. Quería recibirme en Vauperdu, hacer-

me los honores de sus explotaciones agrícolas, y como pretextara de mi salvajismo, mis gustos sedentarios, mis ocupaciones...

—¡Ta!... ta!... ta!... — me dijo golpeándome sobre el hombro... Veo lo que hay... ¿no podéis devolverme la hospitalidad, eh?... ¿Es eso lo que os molesta?... Pues bien, me lo retribuiréis hablando de mí en los diarios!

El tacto exquisito de M. Lechat me había vencido.

El coche rodaba por una ancha avenida de magníficos olmos, a cuyo confin, en el sol, dejaba ver el castillo de Vauperdu sus techos inclinados, de aristas historiadas y su hermosa fachada de piedras blancas, imbricada de rosado.

—¡Ah! hemos llegado, mi viejo — exclamó M. Lechat... Y bien ¿qué es lo que me dices de mi punto de vista?

II

Un hombre viejo, de barba gris, encorvado, tosiedo, que se paseaba a lo largo de la escalinata con las manos atrás, se precipitó a nuestro encuentro. Respectuosamente ayudó a M. Lechat a bajar del coche.

—Y bien, tío la Fontenelle, ¿has ido a buscar el veterinario para la vaca?

—Sí, señor Lechat.

—Ante todo, quítate el sombrero... ¿Acaso en tu mundo se enseña a los domésticos a hablar a los amos con el sombrero puesto?... Muy bien... ¿Y qué te ha dicho el veterinario?

—Ha dicho que era preciso matarla, señor Lechat.

—Es un necio tu veterinario... ¡Matar una vaca de quinientos francos!... Vas a hacerme el placer, tío, la Fontenelle, de conducirla tú mismo, ¿lo oyes bien?... tú mismo, al curandero de Saint Michel... Y en seguida... Vamos, hop, señor conde!

El viejo saludó e iba a alejarse, cuando Lechat volvió a llamarlo con un *pst!*, como se hace a los perros.

—Te permito — dijo — que vuelvas a ponerte el sombrero y hasta tu corona, si no la has vendido con lo demás... Vete ahora.

Y volviéndose hacia mí, el truhán de M. Lechat me explicó que el viejo era su administrador, que se llamaba auténticamente el conde de la Fontenelle y que lo había recogido arruinado, sin recursos, para salvarlo de la miseria.

—¡Sí, mi viejo — concluyó — es un noble, un conde!... ¡Ahí tienes lo que yo hago con tus condes!... ¡Oh! ¡la nobleza está bastante mal parada en mi casa!... Lo cual no impide que ese gran señor me deba la vida, ¡eh!... Entremos.

El vestíbulo era inmenso. Una escalera monumental, adornada de un pasamanos de roble viejo, conducía a los pisos superiores. Las puertas se abrían sobre hileras de piezas, de las cuales se veían los vagos muebles, cubiertos de fundas y las arañas envueltas en gasa metálica. Frente a la puerta de entrada el plano del dominio, enorme mapa teñido de colores vistosos, ocupaba todo un *panneau*.

—¡Hombre! — me dijo Lechat — ahí está mi plano. Mis campos, mis bosques, los ves como si te pasearas dentro... Esos cuadros rojos son mis veinte granjas... Diviértete en mirarlo, mientras voy a avisar a mi mujer... Ya sabes, no te molestes, míralo todo... ¿Quieres despojarte de tu sombrero?... Ahí, a la izquierda, está la percha... no te molestes... No vayas a figurarte que mi mujer es como las damas de París... Es una campesina, te lo advierto, le falta mundo, ¡si supieras!... Es espantoso el perjuicio que me causa... En fin, ya está... Ello es así...



¿Ves ese punto negro?... es mi destilería... ¿Quieres sentarte?... no te molestes.

Había pocos muebles a mi alrededor: grandes armarios de caoba, mesas, sillones de mimbre, banquetas de cuero y algunos cuadros de caza; pero sobre los armarios, sobre las mesas, encima de los cuadros, en todas partes había pájaros embalsamados, en posturas dramáticas, que llevaban, suspendidas en el cuello, placas de cobre en las cuales se habían grabado inscripciones como ésta:

GARZA REAL

muerba por

M. TEODULO LECHAT  
propietario del dominio Vauperdu  
en su pradera de Valdivia el  
25 de Septiembre de 1880

Noté también, en una jardinera de mármol colocada debajo de un gran espejo, zuecos, chinelas, coturnos de caucho, toda una mezcla confusa de objetos extravagantes y horribles.

Lechat no tardó en volver, acompañado de su mujer. Era ésta una persona pequeña, gorda y sonriente que rodaba, más bien que andaba. Tenía ojos a los que no faltaba ni sutileza ni franqueza y un gorro inmenso, coronado por flores amontonadas y cuyas anchas cintas flotaban como alas sobre sus hombros. Mme. Lechat hizo dos reverencias y me dijo con voz un poco ronca:

—Sois muy amable, señor, muy amable por haber venido a visitar a Lechat. ¡Oh! ha debido relataros cuentos y cuentos, pero no hay que hacer caso de lo que dice... No hay hombre más mentiroso ni tan travieso... Eso le perjudica cuando no se le conoce, y en el fondo es mucho menos malo de lo que parece... Es una manía que tiene de hablar a troche y moche... Dios mío, no sabe qué inventar... Cuando está dispuesto, habla, habla, no se detiene nunca...

Lechat mecia la cabeza; se encogía de hombros y me miraba, guiñando el ojo para inducirme, sin duda, a no escuchar por más tiempo las pataratas de su mujer.

—Tenéis — dije a Mme. Lechat, para desviar el giro de la conversación — tenéis una propiedad soberbia.

Mme. Lechat suspiró.

—Es demasiado grande, como veis... No puedo acostumbrarme a tan grandes habitaciones... Uno se pierde... Y después, ¿cuesta todo eso tanto dinero?... Y Lechat, empeñado en cultivar él mismo... No quiere hacer nada como los demás... Todos los días son invenciones nuevas, máquinas a vapor, experimentos! ¡Oh! el dinero que cuesta todo eso, no es para decir... Sé muy bien que el trigo no se vende... nadie lo quiere ya y no es ventajoso sembrarlo... Pero, figuraros que Lechat ha imaginado sembrar arroz en su reemplazo! Dice: "Si el arroz brota en la China, por qué no brotaría en mi dominio?" No ha brotado, como era justo... Y para todo es lo mismo.

Un sirviente entró.

—Y bien, muchacho, ¿está pronto el almuerzo? — Interrogó la mujer.

Y volviéndose en seguida hacia mí me preguntó: —Debéis tener hambre! Desde esta mañana que estáis en marcha... ¡Ah, caramba, en casa es como en familia!... ¡en la guerra como en la guerra!... No es un motivo, porque somos ricos, para no comer sino trufas y derrochar los alimentos... ¡Vamos a almorzar!... ¡Oh, Lechat, ¡el señor bebe sidra, sin duda?

—Ciertamente que bebe sidra — afirmó resueltamente Lechat que me arrastró al comedor, repitiéndome muy bajo, al oído:

—No hagais caso a la patrona; no tiene mundo... ¡Lo que me perjudica!

El almuerzo fué execrable. Se componía sólo de restos acomodados con extravagancia. Noté sobre todo un plato fabricado con pedacitos de carne de vaca antes asada, de ternera antes en salsa blanca, de pollo salido de no se sabe qué lejanos guisados, el todo nadando en un charco de acelga líquida, que me pareció la última palabra de lo arlequinesco. Cinco o seis botellas de vino, casi vacías, estaban en hilera sobre la mesa, ante Lechat, que de tiempo en tiempo las escurría en mi vaso, teniendo cuidado de declarar cada vez, que no "destapaba" el vino fino sino el domingo y sólo en la semana cuando esperaba gente.

Asombrado por lo que veía y oía desde hacía una hora, no sabía, en verdad, qué continente debía presentar. Ante esos dos pobres seres extraviados entre los millones por una inquietante ironía de la vida, una gran melancolía me invadía y, al mismo tiempo, el hedor de la fortuna nociva y sórdida me llenaba el corazón de asco. A ello venía a añadirse el amargo sentimiento de la inanidad de la justicia humana, de la inanidad del progreso y de las revoluciones sociales, cuyo resultado era: Lechat y los quince millones de Lechat. ¡Así, para permitir a Lechat revolcarse estúpidamente en el oro robado, en el oro inmundo, era que los hombres habían lanzado a todos los vientos de los siglos las simientes de la idea y que el rocío sangriento había caído desde lo alto de los cadalsos populares sobre la vieja tierra, agotada y estéril! Y por la ventana abierta del comedor, que encuadraba como en un marco a la suave fuga de las alfombras de musgo del valle y a los macizos de los oquedales azulados, me parecía ver encaminarse, desde todos los puntos del horizonte, las multitudes malditas de los miserables y de los desheredados, que venían a triturarse los miembros y a aplastarse la cabeza contra los muros del castillo de Vauperdu. Quedaba silencioso, ninguna palabra llegaba a mis labios.

De repente, Lechat exclamó: Cuándo seré diputado... Sí, cuándo seré diputado...

Terminó su pensamiento, haciendo girar su tenedor por encima de él. Su mujer lo miró con piedad y se encogió de hombros repetidas veces.

—Cuándo serás diputado — repitió... ¡Diputado tú!... ¡Ah, sí, diputado!... eres demasiado bestia para ello!...

Después, requirió mi testimonio.

—Os lo pregunto, señor... ¿Es razonable decir cosas semejantes? Tal como lo veis, se ha presentado tres veces... ¡Y las tres veces ha obtenido sólo trescientos votos... ¡Hubiera tenido vergüenza, yo, en su lugar, seguramente! Pero ¿sabéis cuánto nos han costado esos trescientos votos?... Seiscientos mil francos, señor, tan cierto como esa botella está ahí! ¡Oh! he hecho la cuenta, sí... Son seiscientos mil francos, ni un céntimo menos... es decir, que un voto por otro cuesta dos mil francos... Y habla de volverse a presentar todavía... Ved, no podríais jamás imaginaros lo que ha inventado para la última fiesta del 14 de julio, como manifestación, según dice... Pues bien, ha hecho pintar de tricolor a todos los troncos de árbol de la avenida.

Lechat sonreía, se frotaba las manos, parecía gozoso de que se recordara uno de sus grandes actos, una de esas ideas superiores, como le surgían a veces

del cerebro. Buscaba en mi mirada, una aprobación, un entusiasmo.

—¡Era buena esa, eh! — me dijo — pero ¿qué entienden las mujeres en la manera como debe conducirse al pueblo?... Escúchame, mi viejo... Esta vez seré electo y no me costará ni un céntimo... Tengo un plan de combate, verás mi plan!... Me presento como agrónomo socialista... Soy el candidato de la agronomía radical... ¡No más ejército, no más justicia, no más recaudadores, suprimo todo eso... No más pobres, todos propietarios!... Verás mi plan más tarde en el momento de las elecciones... No; ¡pero lo que va a escocerles a los curas!... ¡Ah! olvidaba: no más curas tampoco... ¡porque son los curas los que me han impedido ser electo, porque soy libre pensador, yo! ¡porque no me alimento con su Dios, yo!... ¡Ah!... ¡ya reirán con mi plan de combate los clerizantes!

A esta palabra, Mme. Lechat se encolerizó y gritó: —¡Cállate!... Te prohíbo llamar así a los sacerdotes y hablar mal de la religión delante de mí ¿lo oyes?... ¡Dios mío! ¡él, es peor que los niños!... No creáis que es irreligioso, señor... pero cuando se halla en compañía, tiene que alabarse siempre, no puede sofrenarse... Por eso, en seguida como se siente un poco mal, todo está perdido y pronto, pronto un sacerdote! ¡Si se le escuchara, a ese pobre señor, tendríamos siempre el cura en casa, administrándole los últimos sacramentos!

Para disimular la molestia que le causaban los reproches de su mujer, Lechat tamborileaba sobre la orilla de su plato, seguía en el cielo raso el vuelo de una mosca y silbaba indolentemente. Después tosió y cambió bruscamente el giro de la conversación.

—Es una lástima, me dijo, que no hayas venido al castillo, hace quince días... ¡He bailado el cancan! ¡hubieras visto como bailo el cancan! Como en París, viejo!

Y agitando sobre su silla, se puso a lanzar sus brazos adelante y a imprimirles movimientos grotescos.

—¡Ah! te aconsejo alabarte también de eso, suspiró Mme. Lechat, porque es por tu culpa, por tu cancan, que nos faltan nuestras camisas... Os hago juez, señor... Todos los meses recibimos a esos caballeros de la ciudad... Son caballeros muy amables y las señoras también... Mr. Gatinel, sobre todo, el guardián de las hipotecas, es muy jovial... Eso es cierto, sabe hacer reír a la gente... Figuráos que toca el piano con los pies, con la nariz, con todo y toca muy bien... A mí me divierte, Mr. Gatinel... y después todo lo que dice es tan gracioso!... Pues bien, esos caballeros habían venido y sus señoras también, hace quince días... Después de la comida se ha bailado... ¡una idea que les pasó por la cabeza!... Hacía calor, si os acordáis y caramba ellos sudaban, sudaban!... era horrible ver como sudaban... Se había abierto las ventanas, sin embargo... Pero había una gran tempestad en el aire... Y además se agitaban mucho... ¡Era tan bonito!... Cuando se divierte, el tiempo no pasa, no es cierto, y se olvida todo... Habíamos olvidado la hora del tren! Me dije: "Dios mío, vamos a estar obligados a hacer dormir a esa gente en el castillo y no es una bicoca... Aunque haya muchas piezas, son las sábanas que faltan a menudo, y sábanas para dieciséis personas, es como para perder la cabeza... ¡Tanto peor!... Finalmente, bien o mal se arreglaron como pudieron... Solo que no era eso todo... Había que dar camisas a toda esa gente, porque verdaderamente las suyas esta-

ban mojadas, tan mojadas como si saliesen de la colada... Lechat presta las suyas a esos caballeros; yo presto las mías a las señoras. Después hago secar en el horno, durante toda la noche, las camisas de ellos, diciéndome que podrían volver a ponérselas el día siguiente... El día siguiente las camisas estaban secas, como era justo. Pero si hubiérais visto eso, estaban sucias, sucias, todas arrugadas, verdaderos trapos. No había medio, ningún medio... Entonces Lechat volvió a prestar camisas de día a los señores... Y todo el mundo se ha ido, muy contento!... Pues bien, querido señor mío, hace quince días de eso y guardan siempre nuestras camisas!... Diréis lo que queráis, pero yo encuentro que eso no es delicado... Aunque se tenga mucha lencería, dieciséis camisas empiezan a contar en un ajuar...

El almuerzo había concluido. Nos levantamos de la mesa, y Lechat tomando mi brazo me arrastró muy pronto, diciéndome que iba a enseñarme sus explotaciones agrícolas... Y partimos.

••

Desembarazado de su mujer, Lechat se había vuelto nuevamente jovial, expansivo, locuaz y más jactancioso que nunca. Me suplicó no creyera una palabra de todo lo que ella había contado durante el almuerzo y me dió su palabra de honor de que era un libre pensador, que no creía ni en Dios ni en el diablo, y que en el fondo se mofaba no poco del pueblo, aunque era socialista... Me confió también que tenía una querida en la ciudad, en la cual gastaba mucho dinero, y que todas las jóvenes hermosas de la campaña estaban locas por él.

—¡Ah! ¡pobre mujer! — concluyó — como la engaño! ¡como los engaño a todas!

Visitamos los establos, las caballerizas, el corral y no pasó por alto una vaca, ni una gallina, diciendo el nombre de cada bestia, su precio y sus principales cualidades. Al atravesar el parque, quiso hacerme saber que poseía doce mil encinas de alta arboleda, treinta y seis mil pinos, veinticinco mil novecientos setenta y dos hayas. En cuanto a los castaños, había tantos que no podía saber su número exacto. Al fin, desembocamos sobre la campaña.

Una gran llanura se extendía ante nosotros, pelada, sin una brizna de hierba, sin un árbol. La tierra lisa como una carretera, había sido cuidadosamente rastrillada y pasada bajo el rodillo y el viento levantaba nubes de polvo que se retorciaban en rubias espirales y se desmelenaban al sol. Me sorprendí al no aperebir, en pleno mes de Agosto, ni un trébol, ni un campo de trébol...

—Estas son mis reservas — me dijo Lechat — Voy a explicarte... Como lo comprendes, yo no soy un agricultor; soy un agrónomo... ¿Notas bien la diferencia? Eso quiere decir que cultivo como un hombre inteligente, un pensador, un economista y no como un campesino... Pues bien, he notado que todo el mundo sembraba trigo, cebada, avena, remolachas... ¿Qué mérito hay en eso, y en el fondo para qué sirve?... Además el trigo, las remolachas, la cebada, la avena, todo eso es ya muy viejo, muy gastado... Se necesita otra cosa: el progreso marcha, y no es un motivo porque todo el mundo esté atrasado, para que yo, Lechat, yo, castellano de Vauperdu, con una riqueza de quince millones, lo sea también... ¡Se debe marchar con su siglo, que diablos!... Entonces he inventado un nuevo método de cultivo... Siembro arroz, té, café, caña de azúcar... ¡Qué revolución!... Pero te das bien cuenta de todas sus consecuencias?



¡Parece que no comprendes! Con mi sistema, suprimo las colonias, sencillamente; y al mismo tiempo suprimo la guerra!... Estás derribado, eh?... no hubieras pensado nunca en eso, tú?... No hay necesidad de ir a buscar en el fin del mundo todos esos productos... De hoy en adelante, se encuentran en mi casa... Vauperdu, he aquí las verdaderas colonias! Es la India, la China, el Africa, el Tonkin... Solamente, lo confieso, mi cosecha no ha brotado todavía. No... Se me dice: "el clima no vale nada..." Pura farsa! el clima no importa al asunto... Es el abono, y lo busco... Tengo un químico, para quien he hecho construir allá, detrás del bosque, un pabellón y un laboratorio... Es él, quien busca desde hace tres años... No ha encontrado, pero encontrará... Así lo que ves ahí es arroz, todo es arroz... Yo creo una cosa: y es que los pájaros, que han comido bastante trigo desde el tiempo que lo hacen, se han echado sobre el arroz y no han dejado ni un grano... Ahí está lo que creo... Por eso los hago matar a todos... Puedes mirar, no hay ya ni un pájaro en mi propiedad... He sido sagaz; pago dos centavos por cada verdor, cinco por cada curruca, diez por cada ruiseñor, quince por cada jilguero. En la primavera, doy veinte centavos por un nido con sus huevos. Me llegan desde más de diez leguas a la redonda... Si eso se propaga, en algunos años habré destruido a todos los pájaros de la Francia. Vamos... voy a enseñarte ahora algo de curioso.

Y haciendo remolinear su bastón en el aire, se puso a caminar por el arrozal a grandes zancadas, bajándose a veces para arrancar una brizna de hierba, que volvía a arrojar después de haberla examinado, diciendo:

—No, es gramílla.

Al cabo de una hora de marcha sobre la tierra polvorienta y ardiente, llegamos ante un vasto campo todo verde que, saliendo desde la orilla de una carretera, subía suavemente hasta el confin de los bosques... Y semejante a los personajes de las tragedias clásicas quedé estúpidamente extático... Sobre el fondo claro de la alfalfa se destacaban, en el trébol verde oscuro, todas las letras, netamente dibujadas, que formaban el nombre de

#### TEODULO LECHAT

El nombre estaba no solamente legible sobre la loma verde, sino que hasta parecía viviente. La brisa, que mecía la extremidad de las hierbas y las hacía ondular, como las olas, agrandaba a veces las letras del nombre, y a veces las encogía, según su dirección y su intensidad. Lechat, el rostro dilatado, contemplaba su nombre que se estremecía, bailaba y corría, salpicado aquí y acullá de amapolas, sobre la mar de deslumbrante verdura. Gozaba viendo a ese nombre mágico, ostentando a la faz del cielo, expuesto incesantemente a las miradas de los pasajeros que, sin duda, se detenían ante él, lo deletraban y lo pronunciaban con una especie de temor misterioso... Arrojado, encantado, murmuraba muy despacio examinando cada sílaba:

¡Teódulo Lechat! Teódulo Lechat!

Volvía hacia mí su cara radiante de alegría triunfante:

—¿Es una buena idea, eh?... Figúrate que he hecho venir a un jardinero de París para sembrar en este campo, porque puedes pensar bien que nadie aquí hubiera sido capaz de tal rasgo... Es halagador el ver su nombre escrito así, ¿no es cierto?... Se dice enseguida al ver ese nombre: "Ese al menos no

es un mascarón". Además, si todos firmaran sobre sus campos, no habría ya discordia sobre la propiedad... ¡Oh! tengo todavía ideas nuevas más sorprendentes!... Ven por acá.

Costeamos el campo de alfalfa, penetramos en el bosque a través de un corte de castaños y al entrar en una amplia avenida de parque, vimos venir a una pobre mujer cuyo lomo se doblegaba bajo el fardo de un haz de leña seca. Dos niños en harapos y descalzos, la acompañaban. Lechat se volvió purpúreo, una llama de cólera se encendió en sus ojos y alzando el bastón, se precipitó hacia la mujer.

—Mendiga, ladrona — gritó — ¿qué vienes a hacer en mi propiedad? ¡No quiero que se recoja mi leña seca, no lo quiero, miserable vagabunda!... Vamos arroja el haz... ¿Quieres arrojar el haz, cuando lo ordeno?

Cogió el haz por el vencejo que lo ataba y lo sacudió tan violentamente, que la mujer rodó con su carga sobre el camino.

—¿Y quién te ha permitido pisar en mis avenidas con tus pies sucios, dí? ¿crees quizás que las hago raspar para tí, vieja ladrona?... ¿Quieres contestar, me cuando te hablo?

La mujer, siempre en tierra, gemía.

—Mi buen señor, no os hago daño. He recogido siempre la leña... Y nadie, por caridad, nos ha dicho nada... ¡Somos tan desgraciados!

—Nadie te ha dicho nada — replicó el feroz castellano, blandiendo su bastón — ¿Acaso no soy nadie yo? Soy M. Lechat de Vauperdu... ¡Toma ladrona, toma mendiga!

El bastón cayó y volvía a caer sobre la vieja leñadora, que lloraba, se debatía, pedía socorro, mientras que los niños atemorizados lanzaban gritos desgarradores... Y entre los suspiros y sollozos, se oía la voz de la miserable que decía:

—¡Ay, ay! no tenéis el derecho de golpearme, mal hombre... Ay, ay! Os haré condenar por el juez de paz. ¡Ay, ay! lo diré a los gendarmes.

A la palabra de gendarmes, Lechat se detuvo de repente... Sus ojos, inyectados en sangre tomaron una súbita expresión de terror y su rostro purpurado palideció de golpe. Sacó una moneda de oro de su portamonedas y la deslizó, casi suplicando, en la mano de la vieja:

—Ahí tienes veinte francos, pobre mujer — le dijo — Lo ves, son veinte francos. ¡Já! ¡Já!... ¿Es lindo veinte francos, eh?... Además, ya sabes, recoge tanta leña como quieras... Cuando no tengas más, volverás a pedirme, Vamos, hasta la vista.

Volvimos al castillo, silenciosos.

La hora de mi partida se aproximaba. En el momento de subir al coche, Lechat me dijo:

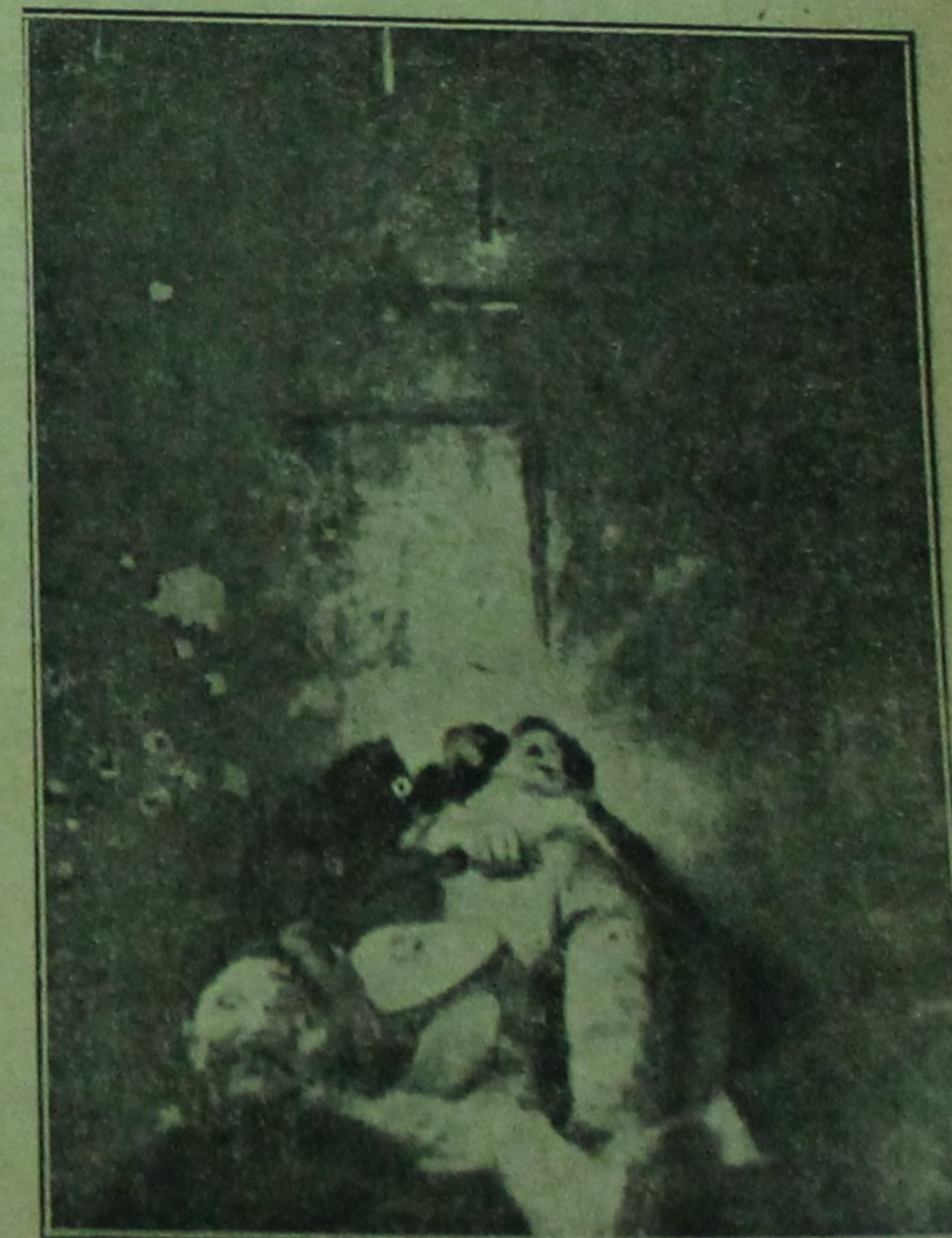
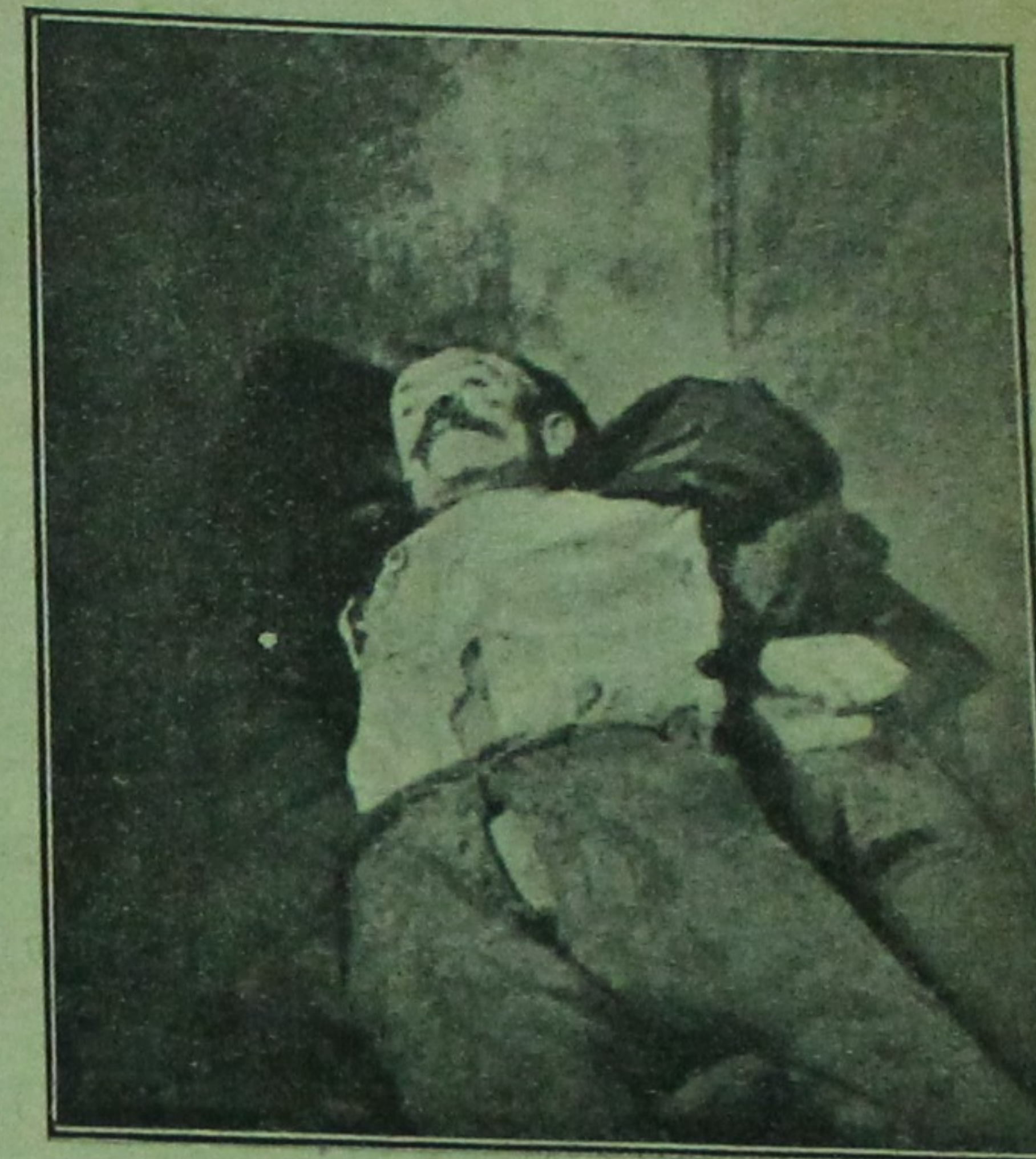
—¿Has visto la vieja del bosque?... Sí... ¡Pues bien, su marido será un voto más para mí en las próximas elecciones!... Qué quieres? Hoy es preciso corromper al pueblo.

Y mofándose con una risa siniestra que dejó sus dientes en descubierta, añadió:

—¡Y apalearlo!

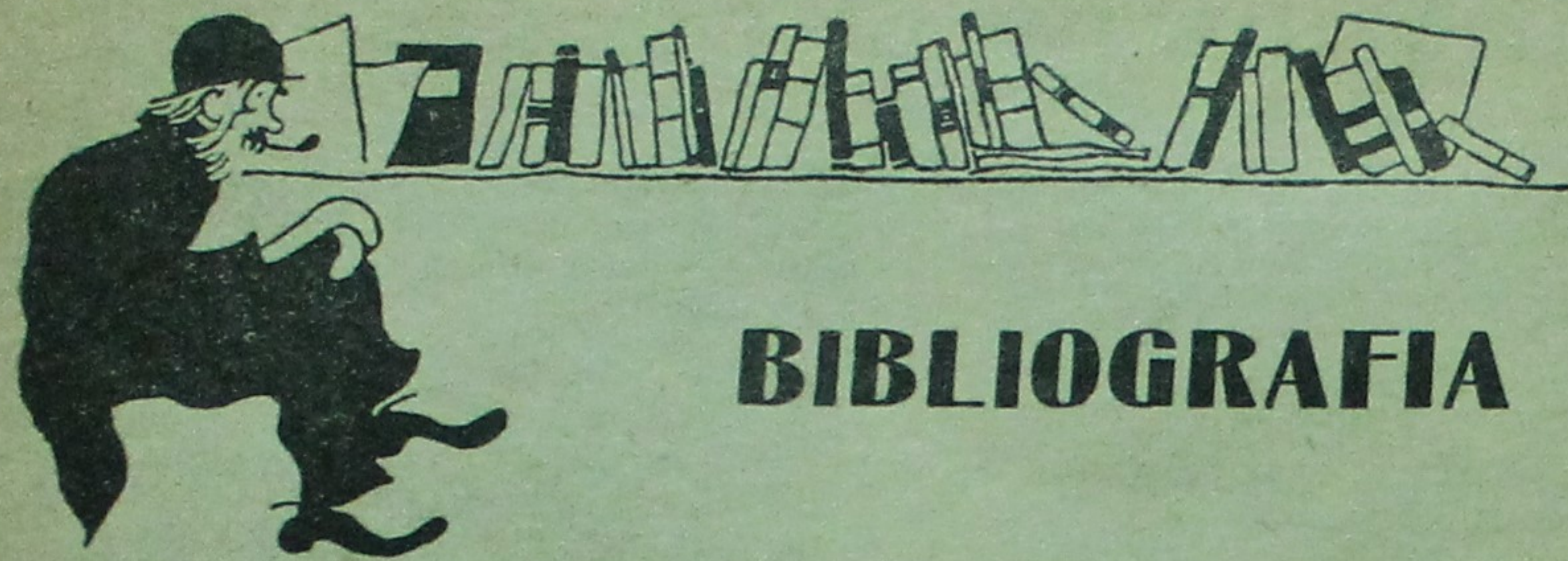


## CUADROS DE LA GUERRA



FUSILADOS





## BIBLIOGRAFIA

**MAX NETTLAU.** — Bakunin e l'Internazionale in Italia dal 1864 al 1872. Con prefazione di Errico Malatesta. XXXI y 397 págs. 8°. Edizione del "Risveglio", Ginebra, 1928.

Hemos reproducido en estas páginas el hermoso prólogo que escribió Malatesta para el libro de Nettlau: *Bakunin e l'Internazionale in Italia dal 1864 al 1872*. A nosotros no nos quedaría por decir sino que su presentación tipográfica, su papel, la nitidez de la impresión no dejan nada que desear. Al leer estas ricas páginas tan repletas de datos exactos sobre los ocho primeros años de la Internacional italiana, una obra que sólo Nettlau habría sido capaz de llevar a cabo, advertimos la justicia del pedido de Malatesta y del *Risveglio* sobre la necesidad de continuar esa historia hasta 1892 por lo menos, época en que se bifurcan definitivamente el socialismo autoritario y el libertario en movimientos distintos. ¿Quién podría, si no Nettlau mismo, escribir una digna continuación de este volumen? Desde 1892 en adelante sería relativamente más fácil seguir el movimiento italiano, pero hasta llegar a ese período nos hace falta un guía tan seguro como Nettlau. ¿Tendremos esa continuación? Actualmente escribe este trabajador infatigable del pensamiento una historia de la Internacional en España, de la que son capítulos detallados el volumen publicado por nosotros, *Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España, 1868-1873* (1925) y otro más, continuación de éste, que pensamos publicar dentro de breve tiempo. Esto por la parte de España; en cuanto a la idea anarquista en general, van publicados ya dos volúmenes bastante grandes y sería una pérdida irreparable que no tuviéramos por lo menos otros dos, hasta llegar a nuestros días. Realmente es pedir mucho a un solo hombre, pero no hay más que un Nettlau y las nuevas generaciones no nos autorizan todavía a decir: Lo que no haga Nettlau hoy, lo haremos nosotros mañana. Por desgracia, lo que no haga Nettlau hoy, quedará sin hacer por muchísimos años, y eso si llega a hacerse realmente.

**PEDRO KROPOTKIN.** — Palabras de un Rebelde. Prólogo de Eliseo Reclus. Un vol. de 219 págs. 8°. Precio \$ 1.20. Editorial LA PROTESTA, 1928.

Hemos querido hacer una edición responsable de este libro de Kropotkin, habiendo proyectado hacer lo mismo con las demás obras del gran revolucionario.

rio. En las ediciones corrientes, bastante cercenadas por cierto, faltaba el hermoso prólogo de Eliseo Reclus. Además, le hemos añadido el capítulo adicional que escribiera en 1919, poco antes de su muerte. Se reparte también por la Guilda de Amigos del Libro.

**GRUPO DE LOS ANARQUISTAS RUSOS EN EL EXTRANJERO.** — Plataforma de organización de la Unión General de los Anarquistas (proyecto). Un folleto de 39 páginas. Ediciones de "Prismas", Beziers (Herault), Francia.

Se trata de una edición española del proyecto de organización anarquista internacional de un grupo de anarquistas rusos en Francia, publicado ya en gran parte de esta revista y que ha merecido toda suerte de críticas en nuestra prensa de todos los países. El proyecto ha sido juzgado como neo-bolchevita y en consecuencia casi generalmente rechazado, no obstante algunas buenas verdades que en él se enuncian.

**RAFAEL BIELSA.** — El cacique en la función pública. Patología política criolla. Un foll. de 22 págs. en 4°. Buenos Aires, 1928.

El profesor Bielsa es una de las intelectualidades más sólidas y de prestigio mejor cimentado en este país. Su especialidad es el derecho administrativo, donde ha sabido marcar nuevos rumbos y asentar principios simpáticamente progresistas y nuevos. En este folleto trata del caciquismo, en el sentido dado por Joaquín Costa a esa palabra; tiene así una oportunidad magnífica para decir unas cuantas verdades de peso sobre la política criolla. Nos sería fácil entre-sacar pensamientos y apreciaciones que coinciden con los nuestros. Pero el nombre de Bielsa nos sugiere una crítica más amplia; sería preciso un libro entero para examinar a la luz de la historia este problema: la normalidad de lo que Bielsa considera patológico y la anormalidad de las abstracciones jurídicas de justicia y de libertad.

La política es como es, como este escritor la pinta en una de sus manifestaciones. No hay nada de anormal en ella; lo anormal sería pedir peras al olmo, o pretender regular la máquina del Estado según las ficciones del derecho. Y permítasenos recordar aquí que una de nuestras más profundas desilusiones sobre las teorías jurídicas la hemos recibido cuando vimos en la práctica a Woodrow Wilson, el profesor y tratadista notable de derecho político; Wilson como

gobernante dejó a la puerta de la Casa Blanca sus teorías, y al estudiar más detenidamente el mecanismo de la política y del Estado, hemos comprendido que no podía obrar de otro modo.

De todas maneras, si el tema de este folleto fuese ampliado hasta transformarlo en un libro, nosotros lo difundiríamos como propaganda antipolítica y le daríamos un título más acertado que el elegido por el profesor Bielsa; le llamaríamos: *Manual del perfecto político*.

**FEDERACION UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES.** — Por la nacionalización del petróleo argentino. 21 págs. 4°. Buenos Aires, 1928.

**CAMPIO PEREZ.** — Los Humillados. Un vol. de 92 págs. Edición J. Samet.

Se trata de una serie de cuatro narraciones novelescas con que el amigo Campio Pérez se presenta al público en un arranque juvenil de entusiasmo. Algunas imperfecciones sintácticas, de origen dialectal, serán subsanadas en lo sucesivo. Lo que importa aquí es el esfuerzo por decir algo a la humanidad y por romper lanzas en pro de un más elevado sentimiento humano.

**SIMON RADOWITZKY.** — La voz de mi conciencia. Ediciones de "Solidaridad", Montevideo, noviembre de 1928.

**JUAN DE DIOS ROMERO.** — Pastoral laica. Un folleto de 16 págs. Bogotá, 1928.

Una enérgica invocación en favor del pueblo colombiano contra la reacción militarista y clerical.

### NUESTRO CANJE

España: *Acción Social Obrera*, publicación semanal, San Feliú de Guixols (Gerona). Hemos recibido algunos números hasta el 14, del 13 de octubre de 1928. Órgano de los sindicatos de la provincia de Gerona adheridos a la C. G. T. — *La Revista Blanca*, publicación quincenal; ciencias, sociología y arte, Guinardó 37, Barcelona. El último número es el 133, del 1 de diciembre. — *La Novela Ideal*, N.º 120, "Los caminos del mundo", por Federica Montseny, N.º 121, "Micaela", por Diego Ramón; a partir de los últimos números viene con tapas en colores, lo que supone un progreso creciente. La misma dirección de "La Revista Blanca".

Bélgica: *L'Emancipateur*, nouvelle serie, N.º 8, noviembre de 1928. (Camille Mattart, rue du Rousseau, 68, Fiemalle-Grande).

Francia: *Le Libertaire*, organe hebdomadaire de l'U. A. C., París. Año XXXIV, N.º 180, del 23 de noviembre. — *Publications de "La Révolte"* et des "Temps Nouveaux", N.º 57, del 30 de noviembre de 1928, bajo la redacción de Jean Grave (Robinson, par Seaux (Seine), rue Ed. About. — *Plus loin*, mensuel, N.º 44, noviembre de 1928. (Librairie Crémieu, 11 rue de Clugny, París, 5e.). — *La Lotta Umana*, ras-

segna bimensile anarchica (72 rue des Prairies, París, XX), llegó a nuestras manos hasta el número 3 del segundo año (24 de noviembre).

Alemania: *Der Syndikalist*, año X, 24 noviembre. N.º 47. (Berlín, Kopernikusstr. 25, II). — *Die Internationale*, Zeitschrift fuer die revolutionaere Arbeiterbewegung, Gesellschaftskritik und soz. Neuaufbau (Berlín, la misma dirección del "Syndikalist"). Año II, N.º 1, noviembre de 1928.

Suecia: *Brand*, Ungsocialistiska foerbuendets organ (Nos. 47 y 48, del 24 de nov. y 1 de dic., respectivamente), Stockholm, 4. — *Arbetaren*, diario, órgano de la Sverges Arbetares Contralorganisation. Recibimos regularmente este gran diario sindicalista revolucionario que va ya por su séptimo año de vida; Stockholm, 1, Box 413. Su redactor principal es ahora Albert Jensen, uno de los más caracterizados anarquistas escandinavos.

Bulgaria: Suprimidos dictatorialmente la revista *Natchalo* y el semanario *Svoboden Rabotnik*, de Sofía; ahora sólo aparece una revista literaria libertaria: *Prostori*, de la cual hemos visto los números 5 y 6, del 15 de octubre y 10 de noviembre, respectivamente (Slavcho Bachev, ul. Pirotska, 134, Sofía).

Inglaterra: *Freedom Bulletin*, N.º 5, nov. y dic., Londres, Freedom Press, Whiteway Colony, Stroud, Glos. Japón: *Jiyn Rengo Shimbum*, órgano de la Federación libre de los sindicatos del Japón, Tokio. Recibimos numerosos periódicos libertarios japoneses, otro, con el título en esperanto, *La krío de laboristo*, en formato de revista.

Estados Unidos: *L'Adunata dei refrattari*, New York; año VII (N.º 44, del 24 de noviembre). — *Cultura Proletaria*, New York (hemos recibido hasta el número 90 (año segundo) de este semanario, correspondiente al 24 de noviembre). — *Il Martello*, año XIII, N.º 45, (24 de noviembre), semanario, New York. — *L'Emancipazione*, mensile libertario del west, San Francisco, Cal. (año II N.º 11, noviembre 15).

Brasil: *Accao Directa* (año I, N.º 2, del 10 de diciembre), Río de Janeiro (Rua do Costa, 102). — *A luta*, órgano do grupo anarquista internacional, Porto Alegre, R. G. do Sul (hemos recibido los tres primeros números, de septiembre, octubre y noviembre respectivamente).

México: *Avante!*, quincenal (N.º 18, del 15 de noviembre), redactado por Librado Rivera, Apartado Postal 11, Villa Cecilia, Tamps.

Paraguay: *Alba Roja*, publicación quincenal, Asunción (N.º 7, del 10 de diciembre).

Uruguay: *Los Nuevos*, Montevideo (N.º 3, diciembre de 1928). — *Luz y vida*, periódico de ideas, crítica y lucha social (año 2, N.º 12), Cerro Carmelo.

Del país: *La Defensa Humana* (Año IV, N.º 10); diciembre de 1928). Villa Cañas. — *Libertad*, del sindicato ferroviario de Laguna Paiva (año I, N.º 4, del 10 de diciembre). — *El Mom'nto*, se reparte gratis y aparecerá cuando pueda, Córdoba (N.º 1, diciembre 10).

Otras publicaciones: *Boletín de la I. M. A.*, órgano de la Internacional del Magisterio americano (Cangallo 2260, Buenos Aires); hemos recibido los números 3, 4 y 5 de esta revista que pugna por sembrar en el magisterio la idea de la agremiación y una más alta conciencia de su misión en los destinos humanos. Establecemos canje. — *El Libertador*, órgano del comité continental de la Liga antitropicalista de las Américas (Apartado postal, 613, México, D. F.), N.º 20, de noviembre de 1928.



## Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

- MAX NETTLAU.**—  
"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873) \$ 0.50  
Edición especial, papel pluma ..... " 1.—  
Encuadrado en tela ..... " 2.50  
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán ..... " 1.20  
Edición especial, papel pluma ..... " 2.—  
Encuadrado en tela ..... " 3.50  
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo" ..... " 0.15
- RUDOLF ROCKER.**—  
"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo ..... " 1.50  
"La maldición del practicismo" ..... " 0.19
- RUDENKO.**—  
"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company ..... " 0.15
- JAMES GUILLAUME.**—  
"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica) ..... " 0.20
- MIGUEL BAKUNIN.**—  
(Obras Completas)  
I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán ..... " 1.50  
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau ..... " 1.50  
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau ..... " 1.50  
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau ..... " 1.50  
Los mismos, encuad. en tela .. " 3.50
- ERRICO MALATESTA.**—  
"Anarquía" ..... " 0.20  
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri .. " 0.30
- PEDRO KROPOTKIN.**—  
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" .. " 0.50  
Encuadrado en tela ..... " 1.50  
"A los jóvenes" ..... " 0.10
- LUIS FABBRI.**—  
"Cartas a una mujer sobre la anarquía" ..... " 0.50  
Encuad. en tela ..... " 1.50  
"Influencias burguesas sobre el anarquismo" ..... " 0.20
- C. LOMBROSO y R. MELLA.**—  
"Los anarquistas" (Estudio y réplica) .. " 1.—
- NIDO, ROCKER y NEMO.**—  
"Nacionalismo y anarquismo" ..... " 0.20
- SEBASTIAN FAURE.**—  
"Mi Comunismo" (La felicidad universal) ..... " 2.—  
Encuadrado en tela ..... " 3.50  
"Temas Subversivos" ..... " 1.50  
También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:  
La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.
- J. DÉJACQUE.**—  
"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus ..... " 0.50
- WILLIAM MORRIS.**—  
"Noticias de ninguna parte" ..... " 1.—
- ELISEO RECLUS.**—  
"A mi hermano el campesino" ..... " 0.10  
"La anarquía y la iglesia" ..... " 0.10
- JUAN CRUSAO.**—  
"Carta Gaucha". 7.ª edición ..... " 0.10
- D. A. DE SANTILLAN.**—  
"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo .. " 0.10
- AGUSTIN SOUCHY.**—  
"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) .. " 0.30
- S. RADOWITZKY.**—  
"La voz de mi conciencia" ..... " 0.10
- VARIOS.**—  
"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.ª, encuadrado en tela ..... " 2.—
- ANSELMO LORENZO.**—  
"El derecho a la evolución" ..... " 0.10
- ANA M. MOZZONI.**—  
"A las hijas del pueblo" ..... " 0.10

# LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII  
N.º 299

BUENOS AIRES, ENERO 31 DE 1929

PORTE PAGO

20 Centavos  
El ejemplar



SANTA CRUZ



# CAUSAS Y EFECTOS

La tragedia de la Patagonia y el gesto de Kurt Wilckens

## I. — RECUERDOS DE SANGRE

Cuando echamos una ojeada retrospectiva al período de la otra presidencia de Hipólito Irigoyen, sobre todo desde los años 1917 a 1922, nos encontramos con una verdadera bacanal sangrienta, que contrasta con las épocas anteriores y con la época que siguió, la de la presidencia incolora de Torcuato Alvear. Hubiéramos querido dejar dormir aquellos recuerdos, tan dolorosos para el proletariado revolucionario, pero la vuelta de Irigoyen y el empleo de los mismos procedimientos de entonces, nos hacen prever sucesos cada día más desagradables si el mundo obrero no penetra de una vez la especial demagogia reinante y no pone una valla al arbitrio de los políticos de la hora.

Tal vez es más justo hablar de *irigoyenismo* que de Irigoyen; Irigoyen quizás no pase de un simple mascarón de proa de un partido, de un nombre al amparo de cuyo prestigio trepan al poder toda suerte de alimañas de la fauna política.

El irigoyenismo tiene sus características que lo distinguen del resto de los partidos. Sabe que no es fácil gobernar fácilmente contra la masa entera del proletariado; en consecuencia se reviste de un tinte obrerista; de ese modo se crea un puntal permanente en el seno del mundo del trabajo. Y en lugar de contentarse con las organizaciones obreras reformistas, como sabe que estas carecen de prestigio popular, se va hacia las coloreadas de cierto revolucionarismo. En el pasado período presidencial del irigoyenismo hemos visto incluso a militantes anarquistas, como Francisco J. García y otros, ponerse a la órdenes de la política obrerista del gobierno. En este período, que recién comienza, vemos los restos de la Unión Sindical Argentina, a una buena parte de sus militantes de Buenos Aires y de las provincias, prestarse a todos los manejos políticos del partido gobernante. Y no son raros los ex-anarquistas que hoy, con el triunfo de Irigoyen, andan por ahí de jueces de paz, de comisarios, de altos empleados, etc., etc. Hasta algún diputado podría nombrarse que no hace muchos años se hacía pasar por anarquista. El irigoyenismo parece ser una buena vaca lechera para todos los ambiciosos y para todos los arrivistas.

Sin embargo, el irigoyenismo es profundamente antiobrero; sobre todo se distingue por su inescrupulosidad y por su autoritarismo. Ensoberbecido por haber triunfado políticamente después de un pasado de conspiraciones subversivas, es brutal como lo son todos los amos advenedizos. Confunde su propio triunfo con un triunfo histórico nacional y no consiente sino a disgusto que haya descontentos y bocas que clamen por pan y por justicia. Supone que su

propia hartura debe bastar al pueblo que trabaja y que la tiranía en nombre de ese partido no debe ser interpretada como tal. Por eso no hace mucho, cuando se dió por los anarquistas la voz de alarma contra los avances del irigoyenismo hacia la dictadura, nuestras palabras molestaron los oídos de los mandarines, que intentaron tomar sus represalias. Quizás era demasiado temprano para amordazarnos. Pero la intención no faltó, y posiblemente no se haya abandonado, porque se sabe que nuestro movimiento no se doblegará con simples promesas ni con engaños y persistirá siendo un dique contra el pensamiento de dictadura y de despotismo de la camarilla reinante.

¡No en vano recordamos bien el otro período de Irigoyen! Además, siendo anarquistas por no querer que nadie mande sobre nosotros, es natural que no querramos mandar sobre nadie; dejamos a los que equivocaron el camino cuando vinieron hacia el ideal de la revolución de la libertad, las muchas probabilidades que se les presentan para saltar desde el pedestal que se formaron entre los trabajadores, a las ubres del irigoyenismo. Cuando se formó la Unión Sindical Argentina, en marzo de 1922, hemos profetizado que terminaría su existencia con un nuevo congreso de fusión y con la desmembración por el politiquero que llevaba en sus entrañas. Y no hemos sido malos profetas, por desgracia. ¡Buena suerte a los que se fueron, a los que se van y a los que han de irse todavía! Nuestro movimiento continuará en su puesto, y nuestras ideas serán una acusación perenne contra el irigoyenismo y contra todos los gobiernos, porque la verdad y la justicia están de nuestra parte.

Pero mencionemos aunque no sea más que de paso los episodios sangrientos más ruidosos del anterior período presidencial del irigoyenismo.

Solamente en el año 1917, según un manifiesto socialista que tenemos a la vista, donde se citan nombres, detalles, lugares, etc., caen 26 obreros muertos por los esbirros de Irigoyen y más de cien heridos. De ese año son los sucesos de Firmat, el asalto policial del 16 de junio contra una manifestación anarquista en plaza Once, etc., etc.

De mucho más grandes proporciones fué la masacre de la semana trágica de enero de 1919. Tuvo este origen: el 7 de enero se produjo un choque sangriento entre los huelguistas de la casa Vasena de Buenos Aires y la policía; resultaron cuatro muertos y una veintena de heridos. Esa matanza, unida a todas las anteriores, coimó la medida de la paciencia popular y suscitó una formidable indignación en todo el país. El entierro de las víctimas del 7 de

enero fué una verdadera movilización del proletariado de la capital. Las provocaciones policíales hicieron que el cortejo fúnebre se convirtiese a lo largo del recorrido en un continuo tiroteo. Los trabajadores respondían a las balas de la policía, hubo asaltos a armerías, armamento improvisado del pueblo y durante una semana la alarma invadió las esferas burguesas, porque los trabajadores, en lugar de soportar pasivamente las masacres policíales, respondían a la fuerza con la fuerza. Después de varios días de escaramuzas, la situación comenzó a normalizarse sobre un tendal de muertos y de heridos. Pero justamente cuando los obreros volvían al trabajo, cuando los ánimos se sosegaban de la indignación sufrida, fué cuando tuvo lugar una matanza a sangre fría, organizada por bandas patrioterías que contaban con el apoyo del irigoyenismo; los mazorqueros, seguros de la impunidad, entraban en los domicilios que les parecían sospechosos, sobre todo de los rusos, y cometían toda suerte de desmanes con las mujeres, asesinando cobardemente a los hombres. El balance fué de cerca de un millar de muertos y de varios millares de heridos. ¿A quién si no al irigoyenismo hemos de atribuir la responsabilidad de aquellas matanzas?

El año 1921 fué también memorable, por la represión sanguiñaria del movimiento obrero de la Patagonia, por los sucesos del 25 de mayo en Buenos Aires, por la huelga de La Forestal, en el Chaco, donde cayeron numerosos obreros muertos por las tropas de Irigoyen. Tampoco puede olvidarse la masacre de Gualaguaychú, el primero de mayo, y sucesos semejantes en todo el país. Baste decir que la intentona de bandas fascistas, que hasta ahora sólo perduran en las zonas portuarias, se hizo con la complacencia del irigoyenismo para tener así milicias listas para defender el Estado y los privilegios de los ricos contra las reivindicaciones proletarias.

Nos parece quedar muy por debajo de la verdad cuando decimos que el pasado período presidencial de Irigoyen ha costado a los trabajadores no menos de 2.000 muertos, si unimos los caídos en la semana de enero, a los de la Patagonia, a los de La Forestal, a los de Gualaguaychú, y a los caídos en los conflictos diarios entre el capital y el trabajo. No contamos los heridos, ni los presos (en ocasión de la semana trágica de enero de 1919 hubo en el país 55.000 detenciones), ni los deportados, que fueron numerosos hasta 1920.

Tratándose de un gobernante demagogo, o de un partido demagógico, el triste balance debiera haber significado una muerte política si el proletariado tuviera algo que ver con los destinos políticos. Pero el proletariado no juega más que un papel de instrumento secundario en la política de un país. De ahí que no haya valido de nada el recuerdo de las tragedias de 1916-22 en las pasadas elecciones, donde el irigoyenismo triunfó por una mayoría aplastadora. Quien pesa en la vida política son las finanzas, la alta industria y el alto comercio, y si el irigoyenismo no fuere un buen servidor de los intereses de los explotadores y de los especuladores, no hubiera vuelto al poder. Eso es seguro.

## II. — EL PODER ECONOMICO

Si no siempre y en todas las circunstancias, por lo menos en los tiempos modernos el poder reside fundamentalmente en la esfera de la economía, no en el campo político. Los que mandan son los grandes industriales, los grandes comerciantes, los gran-

des financieros, no los delegados de estos al Estado político. Es una vieja constatación anarquista, y de ella parte la escisión entre socialistas legalitarios y socialistas libertarios; los primeros sostenían la utilidad de la conquista del poder político para operar luego la revolución social; los segundos han dicho siempre que el poder político no es más que una mentira sin el poder económico; ir al parlamento o a los ministerios en el régimen capitalista es consagrarse, consciente o inconscientemente al servicio de los privilegios de la sociedad presente. Importa poco que en esas instituciones se llame uno conservador, irigoyenista, socialista o comunista.

No nos resistimos a recordar el ejemplo del efímero gobierno socialista de Noruega a comienzos del año pasado. Las elecciones de enero de 1928 al parlamento hicieron del partido socialista noruego la mayor potencia parlamentaria del Storting. En consecuencia fué llamado a formar gobierno, como antes lo había sido tantas veces Branting en Suecia, como había sido llamado Mc Donald en Inglaterra, etc. El ministerio socialista noruego no cayó en gracia a los grandes financieros del país, aunque hubieran debido prever que no habría de tocar ningún privilegio del mundo capitalista. Para derribarlo se hizo caer el valor de la moneda y exportar capitales. En pocos días, el partido más fuerte del parlamento reconoció que se habían llevado a cabo operaciones que amenazaban con una bancarrota nacional y entregó el poder. El ministro de trabajo del gobierno socialista gritó en el parlamento indignado: "El poder no está ya en esta sala, sino en los bancos embusteros, en la Bolsa, en aquellos que huyen con el capital, en los traidores de la patria". ...Indignación inocente, porque a pesar de toda la ciencia marxista, que atribuye tanto valor a los factores económicos, los diputados socialistas son los primeros en desconocer o en hacer que desconocer la supremacía del capitalismo en la vida política mientras tenga en sus manos el poder económico.

Para disputar el poder político a la burguesía hay que comenzar por socavar su poder económico, expropiando todas las riquezas en beneficio de la sociedad que las produce. Si no se llega a eso, ir al parlamento o a los ministerios, repetimos, es ofrecerse como lacayos de verdaderos amos de un país: los capitalistas de la banca, de la industria, del comercio, de la agricultura.

Y lo más notable en el ejemplo del efímero gobierno socialista de Noruega es que fué forzado a votar una ley contra las huelgas, lo que revela bien evidentemente la impotencia parlamentaria y gubernativa de los que quisieran obrar en ese terreno según interés que no son los de la burguesía dominante.

No se necesita ir tan lejos para encontrar ejemplos de esa naturaleza. La Bolsa cerealista de Rosario, en la provincia de Santa Fe, nos ha dado recientemente una prueba bien evidente.

Santa Fe es una zona económicamente dominada por los grandes cerealistas y los grandes latifundistas, que al mismo tiempo intervienen casi por lo general en política, de modo que a parte del poder económico tienen en sus manos o en las de sus amigos y sirvientes el poder político.

Por una reacción popular inesperada contra los atropellos del gobierno de la provincia, que quería asegurarse el triunfo de las elecciones a fuerza de machetazos y de sobornos y amenazas, se le escapó



el poder político de las manos. Es decir, los grandes barones de las finanzas, del latifundio y del comercio de cereales de la provincia de Santa Fe vieron de la noche a la mañana el gobierno provincial, que es también un buen negocio, porque permite a los tirrones financieros realizar brillantes operaciones, en poder de un núcleo casi puramente político, sin base comercial o financiera seria en la provincia.

¡Eso era intolerable! Y la acción obstruccionista de los vencidos en las elecciones, pero dueños económicamente de la provincia, comenzó. La prensa de todo el país inició una campaña unánime de alarma sobre el peligro porque atravesaba la provincia a causa de la subversión obrera y de la impotencia del gobierno para reprimirla. El criterio fué formidable; los grandes diarios alarmaron el país y el extranjero con noticias espeluznantes de la provincia de Santa Fe... y en Santa Fe no ocurría nada anormal. Llegaron las cosas hasta el punto que el gobierno de Irigoyen invade el territorio subversivo, aunque costase la sangre que costó la "pacificación" de la Patagonia. Pero en Santa Fe no ocurría nada extraordinario; las tropas no tenían sobre quien disparar. Además se produjo en una parte sana de la población un movimiento de repudio contra la invasión militar y de condenación de los provocadores de la Bolsa de comercio de Rosario y de otras instituciones análogas. Moralmente ganaron la partida los que se levantaron contra la obediencia de Irigoyen a los dictados de los financistas y comerciantes santafecinos. Pero el ejemplo está ahí para hacernos ver cómo un gobierno que no cuenta con el apoyo y el visto bueno de los económicamente poderosos, no puede sostenerse. Por una parte el gobierno de la provincia de Santa Fe, que todavía sigue en su puesto, ha tenido que hacer concesiones a sus adversarios, y por otro el gobierno de Irigoyen no hubiera vacilado en mancharse nuevamente de sangre para satisfacer las órdenes de los potentados de la provincia en cuestión. Sin la contra-alarma de los que vieron, desde diversos sectores, lo que se avecinaba, las campañas santafecinas hubieran sido teatro de las escenas que ensangrentaron la Patagonia en 1921.

Pero, como anarquistas, queremos reconocer francamente que, si en lugar de Irigoyen está en la presidencia de la república un Mario Bravo, habría tenido que proceder lo mismo o irse a paseo. Recordemos a aquel gran Pi y Margall que fué al poder creyendo realizar desde allí el sueño republicano de su vida; se trataba de un hombre moralmente superior; por eso, en lugar de hacer política y obrar contra su conciencia, renunció al poder. Pero no hubo más que un Pi y Margall...

¿Se preguntará que cómo es posible armonizar el obrerismo irigoyenista con su supeditación absoluta a los intereses de la burguesía? Estos son misterios de la mentalidad popular, resabios tal vez de los milenios de educación religiosa y de servidumbre. Pero un día tiene que llegar el desencanto para todos, menos para aquellos que son voluntariamente ciegos ante los hechos más palpables, porque en esa ceguera está el interés mezquino de su estómago.

### III. — LA LEYENDA DE LOS BANDOLEROS DEL SUR

Como el caso reciente de Santa Fe tenemos en este país una página histórica inolvidable: la de la Patagonia, en 1920-21.

La preparación de aquella infamia tuvo las mismas fases que la formación de la leyenda contra

la provincia de Santa Fe, sólo que tuvo más intensidad, más constancia, y más éxito, debido a la lejanía y a la falta de noticias concretas en los primeros tiempos sobre la realidad. En efecto, Santa Fe está en el centro del país, con comunicaciones diarias y múltiples con Buenos Aires y con todas las provincias; las mentiras no podían tener larga vida. Después de todo cuanto haya podido hacer nuestra prensa en el sentido del restablecimiento de la verdad, el propio jefe de policía de Rosario ha hecho público un memorial interesante donde pone al desnudo las maniobras de la Bolsa de comercio y de la gran prensa para inventar una situación anormal a toda costa a fin de realizar sus planes. En el caso de la Patagonia hubo algunas voces que se levantaron contra las mixtificaciones puestas en circulación para provocar el envío de tropas nacionales contra los trabajadores; pero esas voces fueron fácilmente sofocadas. La gran distancia favoreció los designios macabros del capitalismo del sur.

Se tomó como bandera la guerra contra el bandolerismo. Todos los días, a partir de 1920, aparecían en los grandes diarios de Buenos Aires sendas columnas con el título sugestivo: "Los bandoleros del sur". Hubiera sido interesante una investigación de los hechos denunciados tomando como base las publicaciones periodísticas; jamás se llevó a cabo, y la burguesía entera se opondría furiosamente a una investigación de esa naturaleza porque el 90 por ciento de los hechos denunciados eran imaginarios, y el 10 por ciento restante eran desfiguraciones groseras. Pero como lo que se perseguía era el envío de tropas en abundancia para dar un escarmiento a los obreros que se resistían a la explotación inhumana a que se les sometía, la verdad o la falsedad de las informaciones importaba poco al capitalismo del sur.

Nosotros no sabíamos a ciencia cierta lo que pasaba; teníamos sospechas de la falsedad de las informaciones sobre los famosos bandoleros de la Patagonia, pero no queríamos suponer que se tratase de un simple movimiento obrero huelguista. Cuando llegamos a saber la verdad, era demasiado tarde: la expedición punitiva del teniente coronel Varela había realizado su obra sangrienta.

Aun nos parece estar viendo a Kurt Wilckens preocupado por la campaña de la gran prensa contra los bandoleros del sur. Su experiencia revolucionaria y su fina intuición le hicieron adivinar antes que a nosotros lo que pasaba. Y pocos días antes de que comenzasen a llegar a nuestro poder informes concretos, como el del fusilamiento de Santiago González Díez, a insinuación de Wilckens iniciamos en nuestra prensa la ofensiva, habiendo permanecido hasta entonces en un tono más bien escéptico.

Pero, ya lo hemos dicho, era demasiado tarde. Sin embargo, como la leyenda de los bandoleros del sur ha tenido tantas repercusiones, conviene que nos detengamos en esta narración.

### IV. — LOS FEUDOS PATAGONICOS

En su oportunidad hemos sacado a relucir bastantes documentos sobre el régimen feudal del sur. No queremos hacer ahora más que resumir algunas de aquellas hechas a través del libro de José M. Borrero, *La Patagonia trágica* (un vol. de 306 págs. Buenos Aires, 1928), uno de los testigos presenciales de la vida obrera y comercial en el sur durante algunos años, y el cual, en su calidad de abogado, intervino en más de un asunto relativo a las arbitra-

riedades cometidas contra los trabajadores por los representantes y los defensores del feudalismo patagónico.

La grande y rica región de la Patagonia está en manos de unas cuantas familias, los Menéndez Béhety, los Montes, los Braun y otros, descendientes de los exterminadores de indios y que suponen que, lo mismo que sus antepasados mataban los indios que les estorbaban, así pueden ellos, exterminar a los obreros que no les convienen. El peso de la tradición es grande, y no se explicarían las carnicerías proletarias de estos últimos años si no existiera el precedente de la caza al indio a libra esterlina por pieza, unas décadas atrás.

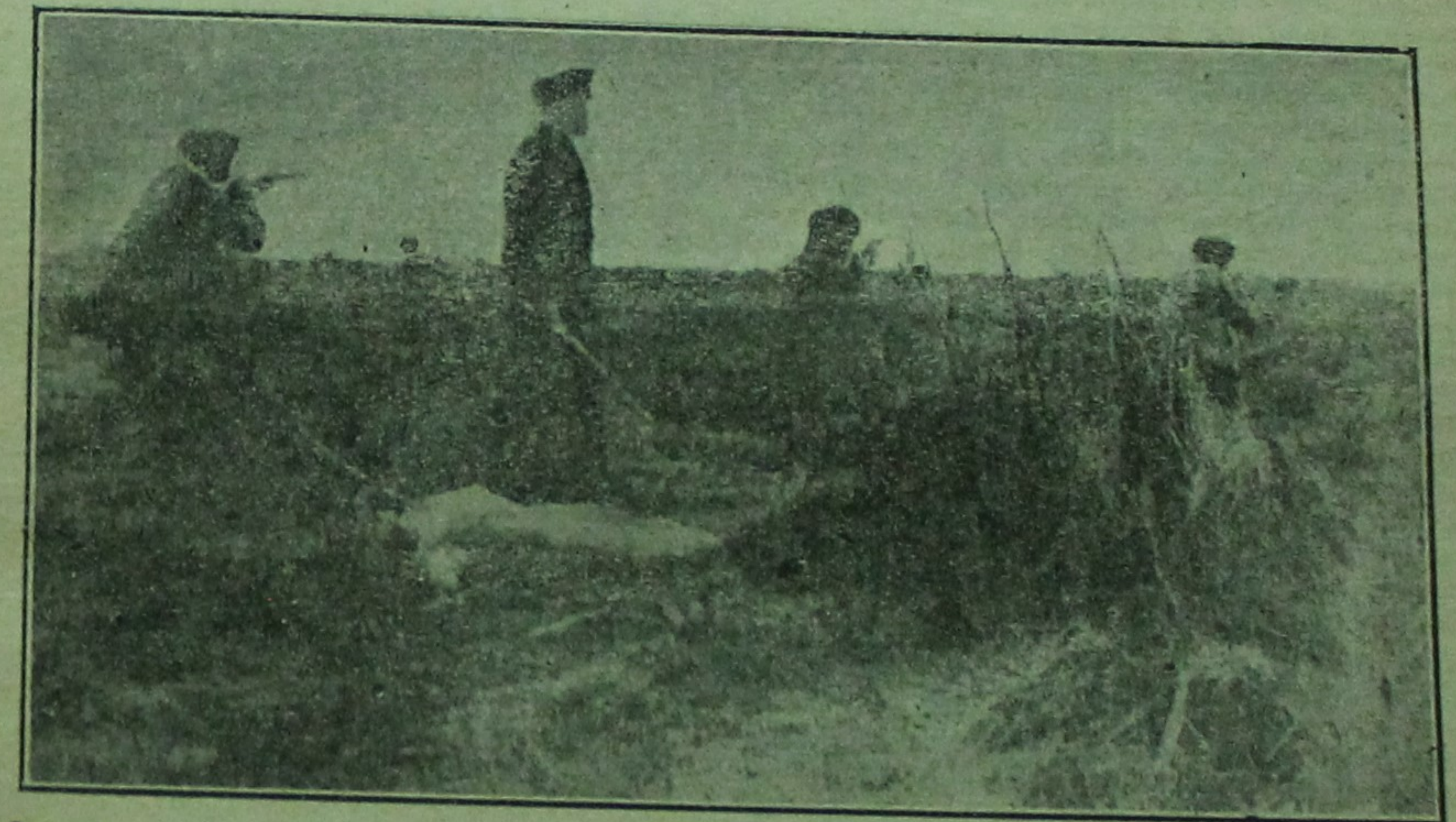
Es algo horroroso, pero no es este el momento de detenernos en esa historia de la entrada de la "civilización" en los territorios del sur. Por lo demás, hoy mismo, el viajero que recorra aquellos parajes, encontrará con frecuencia osamentas de todos los períodos, en donde se mezclan los restos de los indios cazados por los "civilizadores" con los de los obreros muertos en 1921 para "pacificar" la zona. Los caza-

en una investigación seria, que los acusados de criminales prefieren callarse, siempre que se les consienta dominar en sus feudos del sur. De los treinta millones de hectáreas que tiene el territorio de Santa Cruz, veinte millones están acaparados por los latifundistas, por unos cuantos extranjeros que prefieren poblar el territorio de ovejas a consentir que se pueble de hombres.

El doctor J. M. Borrero describe detalladamente la historia de una sucesión hereditaria, la de Donald Munro. Ella sola basta para caracterizar la psicología policial, judicial y periodística de la Patagonia y para pintar de cuerpo entero la catadura moral de los verdaderos bandoleros del sur. El ambiente de piratas y de aventureros que dominan la situación y se abren camino hacia la riqueza sin escrúpulo alguno, se trasluce magníficamente a través de ese relato.

Con los peones, nativos o extranjeros, no hay picardía que no se cometa por los latifundistas. He aquí un botón de muestra:

"Contrataban el jornal a razón de noventa o cien



Cazadores de indios onas y tehuelches en la Patagonia; los mismos procedimientos se pusieron en práctica por el teniente coronel Varela y los latifundistas para exterminar obreros

dores de obreros en 1921 se escudaban en el patriotismo y en la argentinidad (a pesar de ser extranjeros) y gracias a la influencia política, consiguieron que el ejército nacional, no citando ya a la policía, que no disfruta de ninguna independencia en los territorios y tiene por misión exclusiva obedecer a los grandes latifundistas, consiguieron que el ejército nacional, decimos, se cubriese de gloria en aquella matanza de trabajadores inermes e inofensivos.

Los crímenes han sido tan horrorosos que a pesar de haber insistido en nuestra prensa sobre ellos, a pesar de haber hecho circular sus relatos en folletos, a pesar de haberse reflejado en libros terriblemente acusadores, a ninguno de los denunciados como causantes de tantos estragos se le ha ocurrido protestar, pedir el procesamiento de cuantos señalamos las matanzas patagónicas. Son tantos los testigos, son tantas las pruebas dolorosas que podrían exhibirse

pesos mensuales, cantidad fabulosa para el recién llegado; se le internaba en las estancias y cuando al cabo de unos años trataban de arreglar sus cuentas, resultaba que, a pesar de haber trabajado en territorio argentino y creyendo que se les pagaba en moneda argentina, les liquidaban en moneda chilena, y como esta vale tres o cuatro veces menos que la nacional, salían cobrando el fabuloso salario de veinte, veinticinco, a lo sumo de treinta pesos argentino".

Una de las fuertes empresas del sur es la "Compañía Swift", un poderoso frigorífico con establecimientos de San Julián y Río Gallegos. He aquí una muestra del contrato que hacía firmar en Buenos Aires a los obreros que llevaba para sus establecimientos de la Patagonia; dice bastante de la condición de los modernos esclavos:

"Entre Compañía Swift de La Plata, Río Gallegos,



San Julián (en lo sucesivo del presente documento denominada La Compañía), por intermedio de sus agentes en esta ciudad "Compañía Swift de La Plata" y Manuel Pérez (en lo sucesivo del presente documento denominado el contratante) por la otra se ha convenido lo siguiente:

"El contratante entra al servicio de la referida compañía en sus fábricas de Río Gallegos o San Julián en calidad de peón, por lo cual percibirá un sueldo de 0,65 centavos moneda nacional curso legal por hora, manutención a razón de cincuenta pesos por mes, por su cuenta, comprometiéndose a hacer todo el trabajo en cualquier capacidad que le fuere requerido.

"La Compañía anticipará al contratante el pasaje de ida de tercera clase desde Buenos Aires hasta Río Gallegos o San Julián, descontándose el valor de dicho pasaje del sueldo que perciba por el primer mes. La Compañía se compromete a pagar al contratante a razón de cuatro horas por día desde el día que sale de Buenos Aires hasta el día que empieza la matanza y desde el día en que termine la matanza hasta el día que llegue a Buenos Aires en viaje de regreso, exceptuando los domingos y feriados legales, como así mismo demoras por causas ajenas a la voluntad de la Compañía.

"Si el contratante permaneciese en el empleo hasta la terminación de los trabajos, o sea mientras que la Compañía necesitara de sus servicios en cualquier capacidad, le abonará el pasaje de ida y vuelta de Buenos Aires a Río Gallegos o San Julián.

"Si el contratante abandonara el empleo o fuera despedido por mal cumplimiento o ineptitud en el desempeño de sus deberes antes de concluir los trabajos, según el criterio exclusivo del gerente de la Compañía de Río Gallegos o San Julián, perderá el valor del mencionado pasaje, tanto de ida como de vuelta.

"En la calidad de garantía para el cumplimiento del contrato la Compañía descontará treinta pesos moneda nacional mensuales y dicha suma será abonada al contratante a la terminación del contrato, pero si el contratante no cumpliera estrictamente con las obligaciones aquí estipuladas o si contribuyera de cualquier manera que fuera, ya sea directa o indirectamente a disturbios u obstaculizaciones del trabajo, perderá la cantidad así retenida.

"El contratante se compromete a trabajar por el sueldo arriba fijado todas las horas durante el día que le sean requeridas por la Compañía. Así mismo, en el caso que sea requerido cumplimentar trabajo durante medio día de los domingos tendrá que hacerlo. La Compañía se compromete a dar al contratante ocho horas de trabajo como mínimo por día, desde la fecha en que empieza la faena hasta que termine.

"Si el vapor, que lleva el personal a Río Gallegos o San Julián, no saliese o se demorase por causas ajenas a la Compañía, como huelgas, incendios y causas de fuerza mayor, el contrato quedará en suspenso o anulado, a juicio de la Compañía.

"Cualquier reclamo que se suscite contra la Compañía hasta que el contratante deje su fábrica en viaje de vuelta a Buenos Aires, deberá ser presentado para su liquidación al superintendente de la Compañía en Río Gallegos; de lo contrario el reclamo no recibirá atención alguna."

Leyendo atentamente ese ejemplar de contrato se sabe todo lo que es necesario saber, por deducciones lógicas, de la situación de los patios del frigorífico Swift.

Pero si aun quedase duda, se podrían citar boletas de cobro de los obreros, donde en un mes figuran 332 y hasta 385 horas por mes, es decir de 10 a 15 horas diarias de trabajo, incluso los domingos, sacando el pobre paria al fin de esa actividad extenuante de veintiocho a treinta pesos líquidos. De esas boletas hemos publicado algunas en nuestro diario hace siete u ocho años; el doctor Borrero nos da un par de ejemplos en su libro (págs. 287-296).

Elocuente para la descripción de la situación del obrero patagónico es el siguiente pliego de condiciones presentado a los latifundistas por la Sociedad obrera de Oficios Varios de Río Gallegos a fines de 1920:

"1.º—Los estancieros se obligan a mejorar a la mayor brevedad posible dentro de términos prudenciales, que las circunstancias locales y regionales impongan, las condiciones de comodidad e higiene de sus trabajadores, consistentes en lo que sigue: a) en cada pieza de cuatro metros por cuatro no dormirán más que tres hombres, debiendo hacerlo en camas o catres con colchón, aboliendo los camarotes. Las piezas serán bien ventiladas y desinfectadas cada ocho días. En cada pieza habrá un lavatorio y agua abundante, donde se puedan higienizar los trabajadores después de la tarea. b) la luz será por cuenta del patrón, debiendo entregarse a cada trabajador un paquete de velas mensualmente. En cada sala de reunión debe haber una estufa, una lámpara y bancos por cuenta del patrón. c) el sábado a la tarde será única y exclusivamente para lavarse la ropa los peones, y en caso de excepción será otro día de la semana. d) la comida se compondrá de tres platos cada una contando la sopa, postre, y té, café o mate. e) el colchón y cama serán por cuenta del patrón y la ropa por cuenta del obrero. f) en caso de fuerte ventarrón o lluvia no se trabajará a la intemperie, exceptuando casos de urgencia reconocida por ambas partes. g) cada puesto o estancia debe tener un botiquín de auxilio con instrucciones en castellano. h) el patrón queda obligado a devolver al punto de donde lo trajo al trabajador que despi-da o que no necesite.

"2.º—Los estancieros se obligan a pagar a sus obreros un sueldo mínimo de cien pesos moneda nacional y comida no rebajando ninguno de los sueldos que en la actualidad excedan de esa suma y dejando a su libre arbitrio el aumento en la proporción que consideren conveniente y siempre en relación a la capacidad y méritos del trabajador. Así mismo se obligan a poner un ayudante al cocinero que tenga que trabajar para un número de personas comprendido entre diez y veinte, dos ayudantes entre veinte y cuarenta, y además un panadero si excedieran de ese número. Los peones mensuales que tengan que conducir un arreo fuera del establecimiento cobrarán sobre el sueldo mensual doce pesos por día con caballos de la estancia, y los arrendadores no mensuales cobrarán veinte pesos por día utilizando caballos propios. Los campañistas mensuales cobrarán veinte pesos por cada potrero de amanse y los no mensuales treinta.

"3.º—Los estancieros se obligan a poner en cada puesto un ovejero o más, según la importancia de aquél, estableciendo una inspección bisemanal para que atienda a las necesidades del o de los ocupantes, prefiriéndose en lo sucesivo para dichos cargos a los que tengan familia, a los cuales se les darán ciertas ventajas en relación al número de hijos, creyendo en esa forma fomentar el aumento de población y el engrandecimiento del país.

"4.º—Los estancieros se obligan a reconocer y de hecho reconocen a la Sociedad Obrera de Río Gallegos como única entidad representativa de los obreros, y aceptan la designación en cada una de sus estancias de un delegado que servirá de intermediario en las relaciones de patrones con la Sociedad Obrera y que estará autorizado para resolver con carácter provisorio las cuestiones de urgencia, que afecten tanto a los derechos y deberes del obrero como del patrón."

Es un pliego que rezuma todavía un cierto formalismo que no es habitual en las organizaciones obreras de lucha, pero revela que para solicitar esas mejoras, la situación real tenía que ser en extremo penosa.

## V. — EL MOVIMIENTO OBRERO EN LA PATAGONIA

La explotación inhumana en los frigoríficos y en las estancias, por una parte, y por otra el reflejo animador de la revolución rusa de 1917, hicieron a los trabajadores del sur propicios para la idea de organización y de lucha mancomunada en favor de mejores condiciones de trabajo. El centro de la organización y de la propaganda fué Río Gallegos, donde se fundó una Sociedad Obrera de Oficios Varios, la misma que se hizo famosa en ocasión de los movimientos de 1920 y 1921.

Había por el sur algunos simpatizantes de la revolución, había también compañeros nuestros, pero la organización obrera que levantaron fué fruto espontáneo de las necesidades de defensa del proletariado. No se afiló a ninguna ideología y como ante todo era organización de lucha, aunque sus declaraciones no siempre respondan a sus propios instintos, ni a las tácticas consagradas del gremialismo revolucionario. Sin embargo se ha hecho simpática esa Sociedad Obrera y ha conquistado en la historia del proletariado un puesto honroso, a pesar de sus pocos años de vida.

A su amparo tuvieron movimientos triunfales los obreros de playa contra las compañías de navegación, los mozos, cocineros y otros gremios. Eso sentó su prestigio. En la primera oportunidad se compró una imprenta, se instaló una escuela, se publicó un periódico, "1.º de Mayo", se enviaron delegados al campo y se sembró sistemáticamente literatura obrera por todo el territorio de Santa Cruz.

Su secretario fué Antonio Soto.

De las contingencias de la lucha proletaria en aquél territorio, nos dá una idea este relato, de una escena que ha debido ocurrir a fines de 1918 (tomado del folleto de Amador V. González, "El espíritu obrero en la Patagonia, Río Gallegos, 1921):

"A objeto de tomar un acuerdo sobre la deportación de un expulsado de Punta Arenas (Chile) de apellido Puente, que no cometiera delito alguno en este territorio, se llamó a una asamblea de la Sociedad Obrera de Río Gallegos.

"La noche anterior elementos extraños a dicha institución repartieron profusamente unos manifiestos cuya procedencia se desconocía, y en los cuales se aconsejaba la expropiación.

"Noticias oficiales recibidas esos días comunicaban que en Puerto Natales (Chile) los obreros se alzaron en armas asaltando y venciendo al destacamento de carabineros de ese pueblo.

"El día anterior había llegado a nuestro puerto un transporte de la armada portando a su bordo a

Simón Radowitzky, evadido del penal de Ushuala, y a su acompañante Apolinario Barrera.

"Las autoridades policiales, en previsión de imaginarios atentados terroristas, rodearon la manzana en que se hallaba ubicada la secretaría obrera, y en el momento que la asamblea se hallaba sesionando hizo irrupción a su interior el jefe de policía y secundado por un piquete de guardia cárceles armados a maúser, desalojó a culatazos el local, deteniendo a todos los obreros sindicados como elementos perturbadores del orden social.

Inmediatamente se les pasó a la cárcel procesados por un pretendido complot maximalista.

"Se clausuró el local de la Sociedad Obrera. Se allanaron domicilios particulares. Se organizó la guardia blanca. Se detuvo a numerosos infelices. Se habló de una posible invasión de bolcheviskis. Se organizó una expedición para combatir a los nihilistas. Salió esta a Puerto Natales. Volvió. Se alarmó sin fundamentos ni motivos un par de semanas a la población, y uno de los múltiples casos que en esos días de pavora policial se presenciaron, fué el que se deja relatado.

"Tan ridícula parodia, tal derroche y aparatosidad de fuerzas exigía una causa. Y los obreros encerrados gimieron entre rejas hasta que a la llegada de un nuevo juez letrado recobraron su libertad.

"Y pese al enorme farrago de cuartillas emborronadas para dar vida a una conjuración maximalista que se hiciera carne en la impresionista imaginación de las autoridades, nada, absolutamente nada anormal había sucedido en Río Gallegos para que se mandara varios meses a la cárcel a un grupo de obreros sin más delito que ser pobres.

"Y los apaleados, y los presos, y los vejados y todos los que sufrieron las consecuencias de ese excesivo celo policial, agregaron mucho rencor a su desconfianza de clase, ante la injusticia, y ante la sangrienta crueldad de que se les hiciera víctima" (pág. 8-9).

Después de algunos meses de clausura, al recuperar ese grupo de obreros la libertad, fué abierto el local de la Sociedad Obrera y continuó su obra de propaganda, de cohesión proletaria y de lucha por un poco más de respeto a la dignidad humana. Los sucesos de Buenos Aires, sobre todo la semana trágica de enero de 1919, y las noticias alentadoras de varios países de Europa, contribuyeron a despertar en las masas proletarias del sur un ansia de reivindicaciones y de justicia.

Una Sociedad obrera de resistencia en los feudos patagónicos era intolerable para los amos de aquellos territorios. Era preciso obstaculizar su vida y extirpar de raíz su existencia. De ahí que no se dejara pasar ninguna oportunidad de trabar su desenvolvimiento y de provocarla.

Para el primero de octubre de 1920 había proyectado la Sociedad Obrera de Río Gallegos un mitin y manifestación a fin de recordar la vida y la obra de Francisco Ferrer. Con la debida anticipación se solicitó el permiso correspondiente a la policía. El permiso fué negado el 28 de septiembre, sin dar explicación alguna, y cuando ya todos los preparativos estaban hechos.

La Sociedad Obrera recogió el guante de esa provocación y declaró una huelga general de protesta por 48 horas a partir del 30 de septiembre.

Tomamos del folleto citado de Amador V. González la descripción de ese movimiento:

"El día 30 de septiembre amaneció la ciudad en estado de sitio. A pesar de no haber motivos para



adoptar tales medidas ni haberse decretado la ley marcial, no se permitía el estacionamiento de peatones en las calles ni puertas, un derroche de fuerza armada hacía gala de sus maúers por la población, y algunos autos cargados de guardia-cárceles armados de carabinas ponían la alarma en los pacíficos espíritus del vecindario corriente de norte a sur como si de un sitio de guerra se tratase.

"Y mientras tanto la huelga, una huelga serena, sensata y pacífica, se desarrollaba con gran simpatía por parte de todas las personas que no habían visto en la conmemoración pro Francisco Ferrer, otra cosa que la verdad del sentimiento general, es decir, rendir el tributo homenaje a ese infatigable luchador de la instrucción del pueblo español, caído en Montjuich víctima de la clericanalla y de la debilidad de un monarca sin voluntad.

"Siendo aproximadamente las once horas del día el jefe de policía detuvo al secretario de la Sociedad obrera.

"Puesto en libertad el detenido, el estado de sitio continuó por parte de la autoridad y la huelga unida y pacífica por parte del pueblo.

"El día 1 se colocaron centinelas armados en el

autorización a la Sociedad obrera para realizar los actos que tenía proyectados. Con esa satisfacción se dió por terminada la huelga el 3 de octubre.

## VI. — COMO NACIO LA GRAN HUELGA DE 1920-21

La gran huelga patagónica de fines de 1920 y casi todo el año 1921 nació indirectamente de la frustrada conmemoración del fusilamiento de Francisco Ferrer.

He aquí cómo:

Para contrarrestar el ascendiente de la Sociedad obrera se formó una Liga del comercio e industria de Río Gallegos, una asociación eminentemente fascista de los grandes comerciantes y latifundistas locales. El primer acto de esa Liga fué boicotear a un periódico, *La Gaceta del Sud*, que había aplaudido la actitud de los trabajadores en la huelga de protesta contra la policía.

La Sociedad obrera, por su parte, acordó boicotear a tres comerciantes de la Liga, habiendo llegado a esa medida como acto de represalia por el boicot de ésta contra el periódico nombrado.



Un grupo de ovejeros de Santa Cruz

local de la Sociedad obrera y a medida que cualquier transeunte quería pasar por la calle en que la Sociedad está situada, se le obligaba a hacer alto y cambiar de dirección. ¿Por qué motivo? ¿Con qué derecho? ¿Respondiendo a qué razón?

"Se clausuró la secretaría de la Sociedad obrera, el domicilio particular del secretario y del tesoro; ¿en virtud de qué ley?

"La Sociedad obrera dispuso como medida previa la suspensión de los actos a realizar y dió a la huelga general carácter de permanente hasta tanto las autoridades competentes no reconocieran el error en que incurrió la jefatura de policía al oponerse con medidas extremas a una conmemoración pacífica y de orden." (pág. 15).

El juez letrado revocó el decreto policial y dió

Al día siguiente el comisario local citó a los obreros que se encontraban en la sede de la Sociedad obrera para que concurriesen a la comisaría; habiendo intervenido un abogado y sabido que el propósito de la policía era poner en contacto a los obreros con la Liga de comercio e industrias, se hizo saber que no era la comisaría lugar apropiado para esas entrevistas.

En respuesta, el comisario de maras hizo poner guardia en el local de la Sociedad obrera para impedir que nadie saliese de allí. Luego el jefe de policía, acompañado de numerosos guardia-cárceles, acudió al local, lo hizo desalojar brutalmente, haciendo que los obreros formaran fila en la calle, registrándoles y llevándoles a la comisaría bajo escolta con bayoneta calada.

Los presos fueron luego internados en la cárcel local y puestos a disposición del gobernador interino para su deportación.

La Sociedad obrera recogió otra vez el guante de la provocación y declaró la huelga general hasta que los presos recobrasen la libertad. El paro fué completo. Se despacharon emisarios a la campaña, con el siguiente manifiesto:

"Compañeros trabajadores del campo. Salud.

"La policía de ésta ha detenido a un grupo de obreros a quienes se niega a poner en libertad a pesar de haberlo ordenado el señor juez letrado, doctor Ismael P. Viñas.

"Tal arbitrariedad nos ha obligado a decretar y continuar el paro general, por cuya razón os invitamos a dejar el trabajo y a venir a esta capital como acto de solidaridad, y hasta que nuestros compañeros recobren la libertad.

Os saluda,

La Comisión"

Ese manifiesto está fechado el 21 de octubre.

De los primeros días de la huelga dice Amador V. González: "Durante los días de huelga la actitud asumida por los huelguistas no pudo ser más correcta y culta, dando con ese motivo una alta nota de ejemplo de civismo y de tolerancia, al soportar con una paciencia rayana en sacrificio los vejámenes, insultos, provocaciones y golpes con que la autoridad policial pretendía derramar sangre para así dar margen a cumplir los premeditados designios de quienes, traicionando las investiduras de sus cargos, querían vengar odios personales sin caer bajo la sanción penal.

"No fué lo mismo el procedimiento observado por la autoridad policial, quien se encargó por todos los medios posibles de provocar un choque sangriento a fin de evidenciar la necesidad de adoptar las medidas de rigor con que procedió durante dos semanas.

"Se allanó el Hotel Castilla sin motivos para ello, la imprenta de don Diego León Meneses, donde se estaba imprimiendo 'El antártico'.

"Se detuvo a conocidos comerciantes inofensivos y cuya actuación durante largos años en esta localidad era una gran garantía de sí mismos.

"Se apaleó a comerciantes establecidos en esta plaza.

"Se apeló a los procedimientos más ruines, más denigrantes para lograr la irritación general con el fin de aseverar tanta barbarie.

"Se amenazó con destierros a granel". (pág. 15).

Otro manifiesto, del 23 de octubre, dice:

"A los obreros:

"Compañeros: nuestro triunfo se avecina a pasos agigantados. Ya han sido puestos en libertad quince de los compañeros presos. Quedan aun doce, de ellos ocho son los que el señor gobernador interino y secretario de la Sociedad rural, alzándose contra las leyes, se niega a poner en libertad, desobedeciendo hasta las órdenes terminantes e imperativas del poder ejecutivo nacional, pero ya llegará su hora y la justicia triunfará por sobre el capricho.

La huelga continúa lo mismo que el boicot, ni una ni otro cesarán mientras no estén en libertad todos nuestros compañeros. No hagáis caso de las mentiras que hacen circular muchos enemigos, porque ellos no reparan en medios para obtener lo que no pueden conseguir por las vías legales que violan abiertamente.

"La marcha de la huelga os la daremos a conocer

por medios adecuados, y las noticias que os comuniquemos, buenas o malas, serán la expresión fiel de la verdad. Estamos dispuestos a obrar así porque tenemos conciencia de la responsabilidad que hemos contraído.

"Se pretende hacer de nuestra justa actitud una cuestión de nacionalidades.

"Compañeros, rechacen semejante absurdo, porque los obreros no ven un enemigo en aquél que no sea un connacional, sino una víctima del capital que todo lo corrompe y avasalla. Los hombres, sean donde sean nacidos, somos todos iguales y por eso no puede haber entre nosotros diferencias de nacionalidades.

"Adelante, pues, hasta conseguir nuestro justiciero triunfo. Permanezcamos unidos que esto nos hará vencer las dificultades que nuestros enemigos nos crean.

"Prosigamos como hasta aquí, siempre dentro de la legalidad. Respetemos a las personas que invisten autoridad, sean quienes sean. Ya llegará el día de exigir responsabilidades.

"La comisión de huelga".

La última recomendación es la que ha primado en casi todo el desenvolvimiento de la huelga. Si entre aquellos obreros hubiese habido claridad de ideas, más experiencia gremial y de lucha, no hubieran tenido que reír los feudales del sur ni las tropas del ejército hubieran podido llevar a cabo tan impunemente la espantosa masacre. Transcribimos esos documentos para que se vea en cuerpo y alma a aquellos obreros pintados por la prensa mercenaria del revolucionarismo más rojo, cuando en realidad no hacían más que defender sus derechos a la vida y a la dignidad, respetuosos de la ley. Por eso el crimen de la Patagonia es doblemente criminal aun desde el punto de vista del capitalismo.

Es admirable la solidaridad instintiva de aquellos proletarios no avezados a las luchas contra el capitalismo; pero no tenían de su parte más que esa solidaridad; les faltó la idea de una ofensiva general que hubiera podido, en aquellas condiciones, ser una chispa de incalculables alcances.

El 30 de octubre se distribuyó por la comisión de huelga de la Sociedad obrera el siguiente manifiesto:

"A los obreros y al público en general:

"Ayer han sido libertados los ocho obreros detenidos arbitrariamente en la cárcel por el capricho del señor gobernador interino y secretario de la Sociedad rural.

"Quedan presos todavía los compañeros Francisco Muñoz y José Traba, ambos alevosamente apaleados y heridos por la policía el día 23 del corriente, y desde esa fecha hasta ayer que fueron pasados a la cárcel, han permanecido encerrados en inmundos calabozos con el fin de ocultar sus verdugos el brutal e inculcable atropello.

"Pues bien, mientras estos compañeros continúen detenidos, la huelga seguirá sin desmayos ni vacilaciones. Por tanto, compañeros, os rogamos que procuremos hacer cesar las faenas del campo haciendo llegar estas resoluciones hasta las estancias.

"El triunfo es nuestro, porque a nosotros nos acompaña la razón, fuerza que se impone pese a quién pese.

"Nuestros enemigos caerán por el solo peso de sus crímenes como cae la fruta podrida del árbol que la crió y sustentó.

"Prosigamos como hasta aquí respetando a todo



el mundo, chicos y grandes, y particularmente a las personas que se hallan revestidas de autoridad. "La hora de exigir responsabilidades se acerca y cuando ella suene sabremos cumplir con nuestro deber."

La comisión directiva".

He ahí el mismo sonsonete, la recomendación a la tranquilidad, a la legalidad. Y eso fué justamente lo que los perdió, porque como el designio de exterminar todo conato de organización obrera era evidente, el enemigo aprovechó precisamente esa actitud ordenada y pacífica de los trabajadores para hacerse fuerte y triunfar al fin.

Respondiendo al llamado de la Sociedad obrera de Río Gallegos, numerosos obreros de las estancias llegaron al pueblo como acto de solidaridad, haciendo abandono del trabajo. Aprovechando esa oportunidad se elaboró un pliego de condiciones, el que ya hemos transcrito más arriba, y fué presentado a los latifundistas. Todos, de común acuerdo ya, se rehusaron terminantemente a aceptarlo. Entonces no quedaba más remedio que hacer frente a la situación y declarar el paro general del campo. Para atender a los más necesitados, se instaló una olla popular en Río Gallegos, activando la propaganda en los feudos del interior.

He aquí fragmentos de un manifiesto "al mundo civilizado", del mes de noviembre de 1920:

"El paro general del campo ha sido decretado, este será total, absoluto: desde la fecha no se realizará ninguna de las faenas, incluyendo las de acarreo y transporte relacionadas con los trabajos de explotación de la ganadería, única fuente de recursos en el territorio; ignórase todavía cuáles puedan ser las consecuencias de este paro y las proporciones que pueda alcanzar, mas si se tiene en cuenta que los trabajadores del pueblo están firmemente dispuestos a secundar con todas sus energías la actitud de sus compañeros del campo, solidarizándose con ellos en justa reciprocidad y apoyándolos en sus más que justas y legítimas aspiraciones; por ello y en previsión de ulteriores acontecimientos, así como de futuras eventualidades, la Sociedad obrera de Río Gallegos quiere descargar a sus componentes de toda responsabilidad, haciendo recaer esta sobre los estancieros de la zona sur del río Santa Cruz, quienes, con excepción honrosa de los señores Clarn Hermanos y Benjamín Gómez, están demostrando la más supina ignorancia o la maldad más refinada junto con la absoluta carencia de sentimientos de humanidad y altruismo y de ideas de justicia y equidad, al pretender seguir tratando a sus obreros asalariados en la forma brutal que hasta hoy lo hicieron, conculcándoles con los hombres de la gleba y de la esclavitud, y convirtiéndolos en nuevo producto de mercados renegantes, en los que la cotización del hombre no alcanza para sus explotadores a la cotización del burro, del carnero y del caballo, ya que hoy por hoy los estancieros consideran que un hombre se sustituye por otro sin costo alguno, y en cambio cualquiera de los irracionales mencionados se sustituye por otro que cuesta una suma determinada a pagar, lo cual es para ellos más doloroso que sentir la pérdida de un semejante o acompañar a una familia en su desgracia."

"Es vergonzoso tener que hacer tales manifestaciones en pleno siglo XX, pero como ellas son verdades al alcance de cualquiera que visite las estancias del territorio, aun las más próximas al pueblo de Río Gallegos, es de todo punto necesario hacerlas como las hacemos para todo el que se considere hombre

civilizado, dejando que el oprobio y la vergüenza de ellas caigan sobre sus causantes".

Así hablaban los "bandoleros del sur" en defensa de sus derechos contra el despotismo y la avaricia patronales.

## VII — LA HUELGA. — ATROPELLOS POLICIALES. — COMPLICIDAD DE LA PRENSA GRANDE

La huelga de las campañas patagónicas fué un exponente hermoso de solidaridad. Por todas partes se hacía abandono del trabajo y se reconocía a la Sociedad obrera de Río Gallegos como el centro natural de gravitación de todo el proletariado militante del sur. En las luchas del proletariado industrial raramente se tropieza con un espíritu tan solidario y tan abnegado como el que demostraron aquellos trabajadores, rebeldes e independientes por naturaleza, pero no azeados a conflictos colectivos con el patronato.

La policía, mientras tanto, no quedaba inactiva. Hostilizaba de todas las maneras a los obreros, los insultaba, los apaleaba y pretendía hacerlos volver al trabajo mediante amenazas y sablazos. Pero el movimiento era firme, y los procedimientos de la policía lo que hacían era exacerbar el conflicto.

De un periódico de Río Gallegos, *La Verdad*, del 8 de enero de 1921, reproducimos estos botones de nuestra:

"...Tenemos a la vista una correspondencia a cuyo pie hay varias firmas auténticas y respetables... La lectura de esa correspondencia, que no publicamos íntegra por su extensión, crispa los nervios de toda persona decente y excita la indignación de quien sepa lo que es dignidad y lo que significa de coro. En ella se nos da cuenta de cómo el 17 de diciembre (1920), siendo las siete y media de la mañana, y alojándose siete obreros en un puesto del campo fueron sorprendidos por el citado jefe (de policía), a quien acompañaban nueve agentes, y a quienes servían de guía dos estancieros vecinos, cuyos nombres reservamos por el momento."

"Entre interjecciones soeces, palabras mortificantes e insultos groseros, que no respetaban madre ni patria, intercalando los palos y garrotazos, que parecen ser la prolongación de la policía de este territorio, se hizo salir fuera del puesto a los siete obreros, algunos de ellos medio desnudos por encontrarse durmiendo y en pleno campo se les robó..." (todo lo que llevaban consigo, ropa, dinero, etc.)... "Inmediatamente después se les hizo buscar los caballos y con amenazas de muerte los despidieron exigiéndoles que se marcharan a Chile o a sus respectivos países".

Otro hecho policial fué la detención del delegado de la Sociedad obrera de Río Gallegos, Manuel Rivas, enviado al Lago Argentino en misión de propaganda, siendo brutalmente maltratado y torturado.

En el Lago Argentino había un empleado policial llamado por apodo "el malo", que se encarnizó en los apaleamientos e insultos y robo a los trabajadores, sin exceptuar a las mujeres y a los niños. De tal modo se había convertido en el terror de los huelguistas que estos decidieron abandonar la zona del Lago Argentino y dirigirse hacia Río Gallegos en busca de sus compañeros de movimiento, so pena de declararse vencidos y volver al trabajo. En el trayecto, al llegar al paraje denominado "El Cerrito" la policía que les venía siguiendo desde Lago Argen-

tino y la que salió al encuentro desde Río Gallegos, tomaron a la caravana de huelguistas entre dos fuegos ¿Qué hacer? Tuvieron que defenderse. En el tiroteo que siguió hubo muertos de ambas partes y heridos. La prensa burguesa elevó ese choque en que la policía hizo de provocadora a la categoría de una batalla formal entre bandoleros que sembraban el terror en la Patagonia, y las fuerzas policiales.

Tanto ruido se hizo en torno a ese y otros hechos de esa naturaleza, de que los obreros no tenían culpa alguna, siendo los provocados a muerte por los mercenarios del capital, que la Sociedad obrera de Río Gallegos salió al palenque con este manifiesto, que el periodismo venal no se dignó tomar en consideración:

"Por los fueros de la prensa. Al pueblo vilipendiado y a los hombres de sano criterio y amantes de la verdad."

"¡Salud!"

"No obstante nuestra declaración de principios, un semanario editado en esta localidad, aparece endilgándonos unos epígrafes indignos de ser refutados. Achaca a la S. O. la situación actual; calumnia, ultraja y pretende acallar la voz de los trabajadores, sin mirar el pasado y el presente."

"¿No han visto los señores redactores nuestra actitud pacífica y tranquila?"

"Creemos que sí, más aún, lo aseguramos. En prueba de ello releen los manifiestos dados a la publicidad para así quedar más convencidos."

"Pero como se trata de infundir alarma y llevar el pánico a los pobladores, es por ello que cometen un craso error."

"No obstante las manifestaciones expuestas, llamamos nuevamente la atención a los hombres públicos del país para que, hiriendo con la saeta envenenada a los que investidos de autoridad atropellan a los trabajadores, procedan al castigo de los gobernantes del territorio, únicos culpables de los luctuosos sucesos ocurridos."

"Los trabajadores, limpios de sentimiento y palabra, han dado prueba de tener patria potestad: Mirad esas madres postradas que, con el corazón sangrando, imploran de la justicia divina y soberana, el cese de lo que se puede evitar con tiempo; oíd de una vez por todas que los trabajadores de esta zona árida, poseídos de capacidad moral y cultura, hemos dado pruebas inequívocas de ser amantes de la tranquilidad y bienestar generales."

"Por estas razones, llevando por emblema la verdad y la razón, despreciamos la prensa que engendra odios y lleve la alarma al hogar donde se sufre lo indecible."

"Entretanto, trabajadores de la ciudad y el campo, obreros intelectuales y materiales, como medida de previsión, serenidad y mucho amor a la causa."

"Salud, unión y armonía."

Los hechos de "El Cerrito" hicieron que los trabajadores, en quienes desgraciadamente, no había desaparecido del todo la confianza en las autoridades y en la justicia estatal, se prepararan más a la defensa de su vida. He aquí unos párrafos del folleto citado de Amador V. González:

"Exasperados los ánimos de los obreros por la intransigencia patronal, exacerbados por el nepotismo policial e irritados justamente ante la prolongación de ese paro, prolongación debida solamente al capricho de los altivos hacendados, se produjeron en los establecimientos reacios algunos actos de sabotaje que consistieron en destruir los alambrados, arrear caballadas, dispersar los piños de animales e incen-

diar algunos puestos y galpones, hechos estos que alarmaron en forma tal a los estancieros que no vacilaron en procurar una pronta solución al conflicto creado y sostenido sólo por la egoísta actitud de los fuertes estancieros que ante el carácter pasivo del movimiento pretendieron vencerlo por el hambre."

"Es indudable que estos hechos no pudieron individualizarse y sólo a los intransigentes patronos se les debiera culpar de que se tuviesen que emplear esos medios de violencia para demostrar que el pueblo del trabajo también tiene el derecho de ser respetado y atendido en sus reclamaciones de clase."

"Inmediatamente los huelguistas se organizaron en legión para oponer su fuerza a la del capital. Se armaron y apoderándose de los empleados policiales que antes los habían ultrajado, los retuvieron como rehenes hasta la solución del conflicto".

Los que recuerdan la campaña periodística de 1920 1921, recordarán cómo ha sido interpretada y explotada la legítima defensa de los trabajadores del sur. Nunca ha sido mayormente calumniada una huelga, nunca se hizo en tal grado tanto ruido en todo el país para forzar el envío de tropas nacionales y justificar un escarmiento sin nombre."

Entre los principales cómplices de la gran masacre patagónica, la prensa mercenaria ocupa el primer lugar."

## VIII. — LA PRIMERA EXPEDICION DEL TENIENTE CORONEL VARELA

El teniente coronel Varela hizo dos expediciones a la Patagonia con fuerzas nacionales. La primera vez desembarcó a mediados de enero de 1921, con fuerzas de marinería y de caballería.

Si se quiere una muestra de la ingenuidad de los trabajadores, he aquí cómo fueron recibidas la primera vez las tropas nacionales. El 16 de enero de 1921 la Sociedad obrera de Río Gallegos publicó el siguiente manifiesto:

"Al pueblo y a los trabajadores."

"Salud."

"La llegada de fuerzas del ejército y de la armada nacional nos devuelve la tranquilidad y las garantías que los atropellos de la policía nos habían quitado."

"Hoy estamos seguros de que nuestros derechos de ciudadanos han de ser respetados con la presencia de estas fuerzas, y por consiguiente hemos de mantener el paro decretado con más energía que hasta la fecha."

"No importa que algunos patronos, confiados equivocadamente en que el ejército nacional se ha de poner incondicionalmente al servicio del capitalismo hayan resuelto, coincidiendo con la llegada de éste, despedir a sus empleados y obreros, estos patronos sufren un gran error, porque la presencia de los elementos militares que hacen un culto del honor y de la verdad, será el mejor contralor de la conciencia y la educación de los obreros de Río Gallegos y del respeto que siempre han guardado a la constitución y a las leyes."

"Nuestra actitud es hoy más firme y enérgica que nunca y se afianza nuestro espíritu de solidaridad al considerar la contradicción que aparece en la conducta del Sr. Edelmiro A. Correa Falcón, prohibiendo por una parte como gobernador interino las reuniones públicas y el tránsito por las calles después de las nueve de la tarde y convocando por otra como secretario gerente de la Sociedad rural por medio de



publicaciones hechas en los periódicos a una reunión de estancieros de todo el territorio, que para mayor sarcasmo se verificará hoy mismo, mientras que a los obreros les prohíbe desde hace tres meses celebrar una sola asamblea general.

"Creemos que este solo hecho revela más que ningún otro sobre quien tiene la culpa de cuanto sucede y sobre la justicia de nuestra causa y de nuestras pretensiones.

"Recomendamos al público que tome nota de estos hechos y a nuestros compañeros que cada vez tengamos más unión y más confianza en nuestro triunfo definitivo."

Es un manifiesto ingenuo. Algunos aventureros de la política inspiraban esa actitud sumisa ante el poder nacional. Y esa confianza fué funesta, como se verá. Las tropas no justificaron la acogida que les dispensara la Sociedad obrera de Río Gallegos; cometieron atropellos tras atropellos y en realidad hicieron lo que había hecho hasta aquí la policía del territorio. Pero el nombramiento del nuevo gobernador, capitán Iza, por una parte, y la solidaridad completa de los trabajadores, por otra, crearon una situación favorable al éxito de la huelga. El nuevo gobernador, de común acuerdo con el teniente coronel Varela, trabajó en favor de una terminación del conflicto. Los capitalistas aceptaron el pliego de condiciones y en enero mismo se dió por terminado el paro. A pesar de los abusos de las tropas, la intervención del teniente coronel Varela no dejó una impresión de repudio esta vez entre los trabajadores. Pero tuvo de funesto lo que tiene siempre el desvío de la táctica consagrada de la acción directa: que ninguna conquista obtenida así llega a consolidarse.

## EDITORIAL "LA PROTESTA"

### NUEVAS EDICIONES

- Eliseo Reclus: LA ANARQUIA Y LA IGLESIA . . . . . 0.10
- Anselmo Lorenzo: EL DERECHO A LA EVOLUCION . . . . . 0.10
- Juan Cruso: CARTA GAUCHA, séptima edición . . . . . 0.10
- P. Kropotkin: A LOS JOVENES L. Fabbri: ¿QUE ES LA ANARQUIA? . . . . . 0.10
- D. A. de Santillán: LA JORNADA DE SEIS HORAS, tercera edición . . . . . 0.10
- Ana María Mozzoni: A LAS HIJAS DEL PUEBLO . . . . . 0.10
- Eliseo Reclus: A MI HERMANO EL CAMPESINO . . . . . 0.10

De estos folletos hay ediciones económicas a \$ 2, 2.50 y 3 el cien para la distribución gratuita por grupos, sindicatos y compañeros.

## IX. — EL TENIENTE CORONEL VARELA Y SU SEGUNDA EXPEDICION

Apenas se habían retirado las tropas nacionales, los estancieros del sur volvieron a la carga, con provocaciones y campañas periodísticas, desconociendo el pliego de condiciones firmado, etc., etc. Se quería que los obreros volvieran a la huelga para quitarles por algunos años toda veleidad de rebeldía y extirpar todo vestigio de organización que el movimiento de noviembre de 1920 a enero de 1921 había fortificado. Para mayor desdicha de los trabajadores, la peste del camaleonismo sindical, por medio de un tal Santiago Lázaro y algunos otros vividores, hizo irrupción en la Patagonia.

Como quiera que sea los obreros no pudieron tolerar los nuevos abusos más tiempo y volvieron a declararse en huelga. La campaña contra "los bandidos del sur", no contra los verdaderos, los exterminadores de indios, los grandes estancieros, sino contra los trabajadores, arreció en todo el país. Irigoyen volvió a enviar al teniente coronel Varela, que esta vez reveló en cuerpo entero sus instintos de hiena. Pero dejemos la palabra a un testigo presencial de aquella época, que narra la tragedia en esta forma (v. *La Patagonia trágica*, folleto editado por la Federación Obrera Local Bonaerense en 1922, págs. 9 a 27):

Pueblo Natales, (Chile), Enero 20 de 1922. — Mi querido compañero y amigo: ¡Salud!

Te dirijo la presente para que sepas de mi vida, que he estado a punto de perder, y también para que tengas algunas noticias de la horrible masacre que han hecho con nosotros los estancieros y el "glorioso" ejército argentino, que se ha cubierto de perfumados (con sangre de mártires) laureles, llevando la "paz" al "desdichado" territorio de Santa Cruz que estaba azotado por "terribles bandas" de foragidos, asesinos y ladrones, al decir de la prostituida prensa capitalista y de los bondadosos, compasivos y caritativos ventrudos acaparadores de las nueve décimas partes de aquel territorio; ventrudos que han tenido que saciar su tremenda sed con la sangre inocente de cientos de obreros cuyo honrado sudor no les era suficiente para saciarla, desde que sus difíciles digestiones de millares de libras esterlinas les producen fiebres enormes que las heladas brisas de estas regiones no consiguieron mitigar.

Puede que con todo el torrente de sangre bebida con fruición, y con las glaciales temperaturas del próximo invierno consigan aliviar sus males y obtener un tranquilo sueño reparador, de voraz boahortada...

Bueno, aquí me tienes en este hospitalario pueblo chileno, desde mediados de diciembre, curándome de las dos heridas recibidas en la "formidable" batalla de Punta Alta; pero antes de entrar en detalle te voy a explicar los motivos de la huelga que tan trágicamente ha concluido. Podría decirte simplemente: "se nos provocó", pero quiero que sepas cómo fué y que conozcas algunos antecedentes para que te formes acertado juicio de nuestro "criminal" proceder.

En el mes de septiembre, tres o cuatro elementos de mal vivir, enemigos del trabajo y amigos de lo ajeno, pero que querían echárselas de trabajadores y de celosos de los derechos obreros, se propusieron engañar a la masa obrera del campo y arrastrarla a una aventura revolucionaria, mejor dicho, de robo y saqueo en beneficio único de aquellos "entusiastas

## SUPLEMENTO QUINCENAL

cabecillas". Para tal fin, convocaban para una asamblea que debía tener lugar en un paraje a orillas del Lago Argentino, región en que yo trabajaba de ovejero. La Federación de Río Gallegos tuvo conocimiento de aquellos manejos y propósitos y envió varias comisiones con la orden de recorrer todas las estancias de la región y aconsejar a todos los trabajadores que no respondieran a las incitaciones de aquellos malos y peligrosos elementos; que se sujetaran al pliego de condiciones firmado con los estancieros a principios del año, y que sólo donde no lo cumplieran había hacer huelga parcial, pues para una general no había motivos. El trabajo de esas comisiones del Lago y la tranquilidad reinaba en todo el campo. Nadie pensaba en huelgas y menos en revueltas. Pero, según se ha visto después, los estancieros si pensaban, no estaban conformes con la tranquilidad; el pliego firmado no era de su agrado, y había que anularlo, había que provocar a los obreros (que ya el año anterior habían demostrado ser rebeldes), llevarlos a la huelga general y darles un castigo ejemplar, un castigo horroroso que por el terror matase todas las rebeldías, todos los derechos, todas las ansias de lucha justiciera. E idearon el plan, por cierto bien preparado y mejor secundado por las autoridades todas de aquel territorio. Mientras la Federación llevaba la tranquilidad al campo, ilustrado a los trabajadores con conferencias distintas zonas, distribuyendo un sin número de folletos anarquistas y que tanta falta hacían y hacen en esta región, la policía de Río Gallegos, con el pretexto, en algunos casos, de sumariar a varios compañeros que tuvieron participación en la huelga de diciembre y enero de 1920-21 (ocho meses después de terminada), empezó a tomar presos obreros por docenas, y sin previo sumario y aun sin tomar declaraciones, a "deportar" para Buenos Aires. Y lo mismo hacían las demás policías de toda la costa. Ante esta clara y desvergonzada provocación ¿qué habíamos de hacer? ¿Cruzarnos de brazos, dejar, impasibles que los compañeros de las poblaciones sufrieran solos, encerrados en las mazmorras las inhumanas palizas que a diario les daban a muchos, y demás vejámenes de toda clase? No. Así que bastó que se insinuase el paro general, para que los trabajadores del campo respondiésemos como un solo hombre. Nuestra idea fué sólo cruzarnos de brazos, pero los estancieros no permitieron que nos mantuviésemos así; contando con los crumiros del libre trabajo que habían traído, nos echaron de las estancias como a perros inservibles. Y empezó el peregrinaje por los campos, en grupos que cada día se hacían mayores, sin saber qué hacer ni dónde ir. En estas circunstancias, sin trabajo ni esperanzas de conseguirlo sin una vergonzosa claudicación, se resolvió jugar el todo: provocar el temor en el ánimo de los estancieros, para ver de conseguir así que influyeran ante las policías para que cesasen en las prisiones y deportaciones y pusiesen en libertad a los inocentes que martirizaban y mantenían presos. Se arrearon las caballadas, como si se fuese a hacer una revolución, y se tomaron a los estancieros y administradores que se pudo, todo sin que hubiera que lamentar un solo grave incidente personal. El grupo de la zona norte del Río Santa Cruz, en número de 450 compañeros, más animosos, tomó sin la menor violencia el pueblo de Paso Ibáñez. En posesión del pueblo y con un crecido y "valioso" número de prisioneros a quienes se les decía que si no había arreglo se les llevaría en calidad de rehenes y garantía

contra el fuego de las tropas (ya llegadas) se intentó llegar a un acuerdo que terminara con tal estado de cosas. Se propuso volver al trabajo a condición de que fueran puestos en libertad todos los presos por cuestiones obreras y reintegrados a sus hogares los que tan injustamente habían sido deportados.

El chagal, digo coronel Varela, contestó que los obreros pusieran en libertad a los rehenes y que él, a su vez, haría otro tanto con los detenidos en la comisaría de Puerto Santa Cruz y que inmediatamente entrarían en vías de arreglo; que él había venido a arreglar pacíficamente, no a masacrar a nadie.

Al día siguiente, los trabajadores ponían en libertad los estancieros y Varela hacía otro tanto con los presos en Santa Cruz. Pero no bien hubieron llegado los patronos al pueblo, el chagal volvió a encarcelar a esos mismos trabajadores, y empezó a avanzar hacia Paso Ibáñez con todas las fuerzas de caballería y marinería del "Almirante Brown".

Los compañeros, que a pesar de no conocer la estratagema, empezaron a desconfiar de la sinceridad del coronel, la misma noche, después de puestos en libertad los estancieros, se pusieron en marcha hacia la Cordillera, eludiendo en esta forma un encuentro con las tropas, puesto que no había el propósito de resistirse y ni tenían armamento suficiente para una emergencia de esa naturaleza.

Aves de rapiña locales y no locales aprovecharon aquel estado de cosas e hicieron de las suyas. ¡Como es natural!... tiene que recaer sobre nuestros lomos, que siempre soportan todas las culpas. Pero volvamos a una fecha anterior, dejemos por un momento a estos compañeros en marcha hacia el interior, marcha que para la mayoría fué hacia el más allá desconocido...

Era el 11 ó 12 de noviembre. En las soledades patagónicas muy pocas veces sabemos en qué día se vive. Un grupo de compañeros (6) me encuentra recorriendo "mi" sección (44 leguas de campo) en las primeras horas de la mañana. Me informan de lo que ocurre y de la resolución de hacer paro general y me invitan a plegarme. Como tengo corazón y sentimiento de hombre, no tuvieron que esperar mi respuesta afirmativa. Al atardecer nos incorporamos a un grupo de 70 compañeros acampados en el bajo de una serranía, a orillas de un pequeño chorillo. Las protestas por las injustas prisiones y la resolución de no volver al trabajo hasta que no los libertasen, eran generales. En los tres días siguientes se continuó recorriendo estancias y puestos, distribuidos en varias comisiones e invitando a los compañeros que aun seguían en el trabajo, los más por ignorancia de los sucesos, y arreando las caballadas que se encontraban. Al cuarto día quedó suspendida la labor. Acampados a la espera de una comisión que había retardado su regreso, fuimos sorprendidos, casi todos a pie y lejos de la caballada, por una fuerza del 10 de Caballería compuesto de unos 30 conscriptos, al mando de la hiena capitán Viñas Ibarra y varios policías. Un compañero, para informarse de si eran los compañeros de la comisión, según la seña convenida, hizo un disparo al aire. Bastó esto para justificar nuestro bandolerismo y los asesinatos que en seguida y días siguientes cometieron. Apresuraron su llegada las tropas y sin decir agua va, abrieron un nutrido fuego sobre nuestro campamento. No sé cuántos cayeron en esos momentos de terrible confusión. Por más que hubiéramos podido resistir a revólver y boleadoras (no tenemos más que tres winchesters) dado nuestro nú-



mero muy superior al de ellos, y presentar una resistencia que se justificaba por la bárbara actitud de las tropas, no lo intentamos porque no entraba en nuestros propósitos: se había acordado rehuir todo encuentro con las tropas para evitar la efusión de sangre, y porque no era contra ellas que iba dirigida nuestra lucha; se quería hacer simples correrías que molestasen a los estancieros impidiéndoles hacer los trabajos de la época, marcación y esquila, a fin de que amedrentados por las pérdidas que ello ocasionaría, consiguiesen la libertad de los compañeros presos. Pero estábamos muy equivocados en nuestros cálculos, los estancieros habían decretado nuestro exterminio y tenía que llevarse a cabo a todo trance. La consigna de masacrarnos había de cumplirse irremisiblemente, con razón o sin ella. No es de extrañar hoy, pues, que los jefes y aun la tropa ¡conscriptos, obreros e hijos de obreros!, se despojaron de todo sentido humano y se ensañaron ferozmente con hombres indefensos y rendidos y que no habíamos hecho la menor demostración de resistencia. Cuando les pareció que ya habíamos caído bastantes, y convencidos de que estaban a salvo de todo peligro, cargaron a sable. Soy incapaz de pintar el horrible cuadro. Puedes representártelo dándole los tintes más macabros, y aun resultará muy pálido. Te aseguro que pueden haber quedado satisfechísimos del prólogo de su valiente obra; ésta y el epílogo no desmerecen nada la brillantez de aquél. El programa de ahogar en sangre las rebelías y derechos obreros, amasado en Buenos Aires, con ligamento de muchos miles de esterlinas, entre los Menéndez Behety, Braun, Montes y demás latifundistas patagónicos, y el Gobernador del Territorio y el coronel Varela, empieza a cumplirse a las mil maravillas. No pueden mostrarse desconformes los cotizantes de la masacre.

Los que quedaron vivos y en pie fueron hechos prisioneros. Los caídos, aun con vida, fueron ultimados a tiros y sablazos: según los gustos de los verdugos. Yo, herido de bala en el codo derecho y costado igual del pecho, al ver la obra de aquellas hienas enfurecidas, tuve la feliz idea de simularme cadáver, lo que habría llegado a ser si me notan señales de vida, pues no valían clamores, ni súplicas, tal era la ferocidad de aquellas panteras con figura de hombres. Entre el montón de cadáveres pasé el resto del día, hasta que hecha la noche y notando tranquilidad en el campamento, empecé a arrastrarme con todo sigilo y logré llegar sin ser sentido hasta una reboleda de matas; descansé algo de las fatigas y di una pequeña tregua a los tremendos dolores que me producían las heridas, aumentados por el dificultoso arrastre. Sacando fuerzas de flaquezas y sufriendo, me parecía, aún más, tanto que me recriminaba no haberme hecho ultimar, seguí arrastrándome hasta que llegué a un terreno más bajo, una pequeña hondonada, donde me incorporé a medias, para seguir agazapado. No sé si la fiebre o el terror me infundieron la seguridad de que de todos lados me velan, y así, aterrorizado, debilitado y casi exánime seguí huyendo sin saber hacia donde, buscando los parajes más sombríos y quebrados. Cuando la luz del nuevo día comenzó a dissipar la débil oscuridad reinante, me trajo a la mente, casi extraviada, la necesidad de buscar un buen escondite. Por suerte, me encontraba al pie de unos pedreros, y a unos ochenta metros de altura hallé unas grandes piedras con muchos huecos que deben haber sido o son buenas cuevas de leones. Me instalé en una de ellas y como mejor pude, con pedazos

de la camisa, me vendé la herida del codo, enormemente inflamado y roto; la camisilla, el jersey y el chaleco servían de vendaje a la herida del pecho, que no me hacía sufrir tanto como aquella. (¿Quién me asiste, un caritativo compañero algo entendido en esas cosas, teme que quizás no podré valerme como antes de mi brazo. La herida del pecho ya está curada. ¡Somos como los perros que con solo lamerse se curan las heridas!).

Terminada la cura me dispuse a descansar y dormir. ¡Vano empeño! Por primera vez en mi vida negué de haber nacido en tierra argentina! El dolor de las heridas, la sed que me devoraba y el recuerdo y la visión de la horrible carnicería presenciada y sufrida, me impedían lograr mi intento. Mi cabeza era un escenario dantesco en que se agitaban mil espantosos fantasmas. Así estaba, cuando el ruido de una descarga vino a ahuyentar mi estupor, a ésta siguió otra, y otra. Hasta muchos días después que llegaron a ésta dos compañeros de infortunio, no pude saber la causa de aquellas descargas. Esos compañeros me han relatado lo que yo no pude ver el día de mi caída, y días siguientes. He aquí sus datos, y de otros desgraciados como nosotros, que han conseguido salvar de la masacre en distintas partes, datos ciertos, ciertísimos y hasta jurados, porque más de uno se ha resistido a creerlos, yo no.

Cedo la palabra por un momento a un compañero que como yo está herido en una pierna.

Después de haberlos sometido — me dice — los pocos que quedaban con vida fueron puestos en hilera; preguntados por Viñas Ibarra quién era el cabecilla, nadie respondió; en efecto, no era un grupo de hombres capitaneados, sino unos cuantos compañeros que nos habíamos guarecido en ese pequeño bosquecito, a fin de resguardarnos del viento y el frío. Como no contestara ninguno, se adelantó el comisario Douglas, célebre personaje, individuo criminal, que tomó parte en muchas masacres de obreros y también en ese crimen ocurrido en el Consejo de Educación, en Buenos Aires; este sujeto síndica como cabecilla al compañero Pintos, pues este compañero había obstaculizado siempre las jugadas con su prédica constante y le oí que el Comisario Douglas, que como todo polizonte que tiene su medio por vida la colma, aprovecha la oportunidad...

Bastó una sola insinuación para que Viñas Ibarra dijera: "Dos pasos al frente... ap... fuego...". El compañero Pintos cayó de rodillas, y como no muriera al momento, Douglas sacó su pistola y le dió el tiro que llamaba de gracia.

Avanzaron unos pasos más en la hilera y Douglas vuelve a conocer a otro. Esta vez era el compañero Lagos; retirado a dos pasos de la fila, Douglas le disparó dos tiros, uno que fué a herirlo en un costado y otro en el frontal. Este compañero cayó y como las heridas no eran de muerte, al volver en sí, notó que las tropas se habían retirado unos metros. Un grupo de conscriptos que estaba más cercano, juntaban y amontonaban leña. Comprendiendo el compañero Lagos que lo que se quería hacer era quemar los cadáveres, esperó a que se alejaran unos metros más en busca de la leña y arrastrándose por entre sus compañeros yacientes, pudo internarse en el bosque y que felizmente a esa idea hoy puede contarse entre nosotros, aunque en estado bastante grave. (1)

(1). A consecuencia de las heridas, murió días días después de escritas estas líneas.

Otros compañeros que se encontraban agazapados en el bosque, cuentan que un momento después llegó un camión del que sacaron palas y picos. Unos pocos compañeros que quedaron, que no habían sido pasados por las armas, pero que se les había sometido a un estado de tortura, fueron obligados a cavar una gran fosa, en la que habían de enterrarse las treinta y siete víctimas ultimadas que allí se veían. Tal vez debido a que ya se hacía la noche, el camión fué cargado con nuestros compañeros rumbo a la cárcel de R. Gallegos, quedando unos cuarenta conscriptos en el lugar, encargados de finalizar la tarea.

EN EL LAGO ARGENTINO: Cometido el bárbaro crimen en Punta Alta — 27 de noviembre de 1921 — los asesinos se dirigen al Lago Argentino. Pero antes de llegar, en el hotel "La Esperanza", encuentran tres trabajadores que se alojaban desde hacía varios días. No hubo que hacerles muchas preguntas para justificar su bandolerismo, pues un poncho y una rastra y algunos centavos que estos pobres camaradas poseían, eran justificativo suficiente. Dos o tres puteadas de Viñas Ibarra eran también suficientes para que los cabos y los sargentos condujeran a las tres infortunadas víctimas a pocos metros del hotel y ultimárlas.

Más adelante, ya en las inmediaciones del Lago, se encuentran tres camaradas más que no sabiendo nada de lo que ocurría, cruzaban la zona en constante peregrinaje, a que estaba obligado todo gaucho que en aquella región se encuentra sin trabajo.

Inmediatamente la tropa echó cuerpo a tierra y una vez los compañeros, que no se habían percatado de nada, se aproximaron, se les hizo una descarga cerrada. Dos jinetes rodaron por el suelo, el otro, que era el camarada Julio Donoso, echó pie a tierra y se ubicó detrás de una piedra. La tropa rodeó la montaña en la que se encontraba nuestro camarada, y previa orden de: ¡Al asalto... mar... los bárbaros cargaron en número de ochenta contra un solo hombre.

Un conscripto alojado en el sanatorio de Río Gallegos y que quizás la herida recibida en un brazo le haya hecho reconocer la criminalidad de sus colegas, refiere que Donoso, al verse rodeado, sacó su revólver y lo descargó contra ellos. El último grito que se oyó fué: ¡Soy federado!... ¡Viva la Federación!

Un día después, el 4 de noviembre, Viñas Ibarra reforzaba su dotación con las tropas que habían estado en Paso Ibáñez y continuaba su avance en dirección a la Anita, en donde se encontraban unos trescientos trabajadores. Cuatro leguas más adelante encontraron a otro compañero, Federico Villars, que corrió la misma suerte de los anteriores.

El día seis de diciembre todo el grueso de la tropa se hallaba acampado en el Calafate, a doce leguas de La Anita. Desde allí Viñas mandó un mensaje a los obreros, en el cual les decía que debían entregarse y entregar las armas que tuvieran, para poder solucionar el conflicto; que él garantizaría la vida de todos. Al recibir la comunicación, los compañeros se reunieron en asamblea y trataron si se entregaban o no. De más está decir que los compañeros no conocían lo sucedido en Paso Ibáñez ni Punta Alta: sino que, teniendo en cuenta el comportamiento de la tropa en la huelga del año anterior y las escasas armas con que contaban, resolvieron entregarse.

Al día siguiente por la mañana, el compañero Soto, que desde la tarde anterior había puesto en duda la sinceridad del capitán, insinuó a todos aquellos compañeros que hubieran tenido alguna comisión y que

podiesen estar comprometidos, para que se retirasen. Unos treinta camaradas ensillaron sus caballos y se dirigieron hacia la frontera de Chile. Por la tarde llegaron las tropas. Viñas Ibarra adelantó con algunos oficiales y suboficiales e hizo recoger las armas. Luego llamó a los estancieros que habían tenido prisioneros los huelguistas, y con la indicación de éstos, separó a cuarenta trabajadores. Cuarenta hombres que después de haber cavado una gran fosa, se les hizo formar en dos, dando frente a la zanja, que un minuto después iba a ser su propia sepultura. "Esperen órdenes ahí", tartamudeó el teniente Frugoni...

Se retiró unos cincuenta metros, y a una señal del verdugo la ametralladora hizo una descarga. Cuando se volvieron a aproximar para echar los cadáveres a la zanja, varios camaradas gemían aún. Entre ellos, Efraín Fuentes, semi sentido, les gritaba: ¡Asesinos! Y poniendo el pecho, decía: ¡Mátennos de frente, no por la espalda, traidores!

Mientras Frugoni ejecutaba a estos trabajadores, Viñas Ibarra y Varela requisaban el resto de los obreros, despojándolos de todo lo que tuviera algún valor. Por la noche, a las 20.30, fueron sacados siete camaradas a los cuales se les dijo que iban a cuidar los caballos de la tropa. Siete camaradas que al día siguiente no se les volvió a ver.

El día ocho, volvieron a hacer formar a todos. Vinieron los estancieros y a insinuación de Viñas, los cuervos empezaron otra vez a sindicár cuáles eran los bandoleros. Cada obrero que tenía ganado un mes o mes y medio de sueldo, era justificativo para que el estanciero dijera: ese individuo es peligroso. Todos los latifundistas allí reunidos sindicaron obreros para que fueran pasados por las armas.

Un estanciero que tenía veintisiete trabajadores en la estancia, los sindicó a todos.

Separados así fueron noventa y siete trabajadores. Se hizo que el resto se dispersara por el campo. Estos noventa y siete fueron llevados al río Centinela, unas cinco leguas de La Anita. En ese lugar hay un puente, el cual había sido destruido por las fuertes corrientes que producen los deshielos. Allí fueron obligados a trabajar los infortunados camaradas; la mayoría fueron arrastrados por la creciente; otros muertos a



440  
páginas  
#2  
MI COMUNISMO  
(LA FELICIDAD UNIVERSAL)  
SEBASTIAN FAURE



culatazos por resistirse a trabajar. El compañero Juan Estévez, de diez y seis años de edad, fué muerto en una forma atroz, que yo no puedo describir y que con solo oír la narración de lo sucedido, la sangre se me subleva y los nervios se me ponen en tensión. Igual cosa hicieron con el camarada Camparro, un muchacho de diez y ocho años, pero altivo y fuerte. Este camarada, cuando vió que los noventa y siete iban a ser muertos y en esa forma tan criminal, les tiró con una pala y les insultó hasta el cansancio. Lo amarraron en un poste y después de veinticuatro horas, cuando ya este camarada parecía estar muerto, se le sacó de allí y fué arrojado en una hoguera, en donde ardían otros cadáveres.

De esos noventa y siete hombres se han salvado dos únicamente, dos que se dejaron llevar por el río unos dos kilómetros y luego se internaron en el bosque; y así desnudos y enfermos han podido arribar a este pueblo, que dicho sea de paso, ha sido bastante hospitalario. Estos dos camaradas, cuyos nombres reservo, me dicen que ellos salieron, o se escaparon, el nueve, pero que ese día no quedaban más que unos dieciséis trabajadores.

La mayoría se había ahogado y los otros habían sido fusilados.

Antes de abandonar el terreno de las operaciones militares, Viñas destacó algunas comisiones que recorrieron las estancias. Y esas comisiones cumplían fielmente lo ordenado. En el Mitre encontraron una mujer con cuatro criaturas la cual lloraba aún la pérdida del compañero, que había sido fusilado en La Anita. Fué una *bolada*, al decir del teniente Frugoni. Primero se divirtió él y luego la soldadesca. Para ello les fué necesario apalearla; las cuatro criaturas huieron al bosque, llevándose a un niño de pecho. ¡Imagínese qué cuadro por la tarde, al regresar las criaturas y encontrarse con la madre bañada en sangre, con las ropas hechas pedazos! ¿Lo creéis, compañeros? Pues hoy, 20 de enero, las criaturas están en Punta Arenas, una tía las ha recogido; yo mandé una carta para que las sociedades obreras las atendieran y me contestan que la tía las llevará a Valparaíso. Y así como esta indefensa compañera, que no obstante tener cuatro hijos fué víctima de la barbarie de los asesinos, así como ésta, han perecido otras más. Después de haber saciado la furia de bestias la han ultimado para borrar las huellas de la infamia. Como se ha matado también a los obreros para cubrir las huellas del robo.

EN RIO CHICO: Dejamos a los compañeros que habían tomado y abandonado Paso Ibáñez, en marcha hacia el interior. Era el cuarto día de marcha. Ya acampados a orilla del Río Chico, en un paraje bastante quebrado, ven aproximarse varios autos, uno de ellos con bandera blanca; llegan y se internan en el casi cerrado círculo que forma el campamento.

De uno de los autos se bajan el compañero Olorelo, un militar y un particular. Aquél se dirige, apresurado, para reconocerlos, y les manifiesta que todo estaba arreglado, que no había que hacer resistencia a las fuerzas llegadas con él (eran tales: Varela con veintitantos números), pues que los estancieros libertados habían conseguido que los policías accediesen al pedido obrero. (Lo habían engañado villanamente, o atemorizado con el fusilamiento). Hubo compañeros, pocos, que no dieron crédito a tal afirmación y se fueron con rumbo desconocido. Tuvieron clara visión. Ojalá todos la hubieran tenido. Habría habido, quizás no algún derramamiento de sangre, pero se hubiera evitado torrentes, más de 200 asesinatos y

más de un martirio. Ante las seguridades dadas por Olorelo, que había quedado a retaguardia para parlamentar, sabiendo que Varela los alcanzaría muy pronto, se hizo entrega de la caballada y de las armas (eran unos cinco mil caballos) y empezó el cumplimiento de la consigna que tenían las tropas. Comenzó por seleccionar y apartar los que llamaban "cabecillas", por lista que tenían. Esa noche diez de ellos permanecieron atados con alambres, desnudos, a un alambrado. (En la Patagonia sur aún en pleno verano, por las noches y especialmente en la madrugada, se sienten intensos fríos). A deshoras de la noche se sintieron muchas detonaciones; hay quien asegura que estuvieron jugando al blanco con ellos. Por la mañana temprano fueron fusilados conforme estaban. En igual forma corrieron idéntica suerte una treintena de "cabecillas", a excepción del compañero Camporro, para quien Varela tenía reservados otros horrores. Se le hizo arrancar una buena cantidad de mata negra y con ella rodear un poste de alambrado; después, desnudo, se le amarró al mismo y previo un culatazo en la cabeza, se dió fuego a la mata amontonada alrededor del cuerpo atontado del que, de honesto obrero, pasó a ser mártir, por sus ideales, de las hordas salvajes del gobierno, argentino y extranjero. Honremos su memoria, poniendo más entusiasmo, más unión y más firmeza en nuestras luchas!

Como sin duda Varela es muy activo y laborioso y enemigo de perder el tiempo, para evitar las pérdidas del que se emplearía en abrir fosas, con falta casi absoluta de herramientas, optó por la cremación de los cadáveres. Para ello hizo arrancar gran cantidad de mata negra (única leña en el lugar) por todos los condenados a muerte, y después de fusilarlos en pelotones, los hacía cubrir con mata, rociar con nafta y prender fuego. No habría que decir que primeramente se los despojaba de cuanto dinero y objeto de valor tenían, y se rompían y quemaban los certificados de caballos y documentos y correspondencia personales. Con las prendas y valores se halagaba a las clases, soldados y chauffeurs, que con ello daban por muy bien pagadas las hazañas. Del grupo quedaron con vida sólo ciento noventa y seis!...

EN JARAMILLO: El ahora célebre y mártir compañero Font, por algunos conocido por "Facón Grande", formaba parte, con alguna supremacía, sobre los demás por su entusiasmo y decisión, de un grupo de obreros, en la zona de Deseado Alcanzado por las fuerzas y atacado a mansalva, se defendió y puso en fuga a los atacantes, que se olvidaron de su pregonada y cacareada valentía (con los rendidos indefensos) cuando encontraron un poco de resistencia. Dicen los cosacos que en ese encuentro único que puede llamarse así, y quizás para justificar todas las carnicerías hechas y por hacer, fueron heridos dos conscriptos. Aconsejado después Font por comerciantes y estancieros, que le prometieron conseguir de Varela una amnistía general, y un pliego de condiciones conforme con las solicitudes obreras, aceptó, inpotente, como buen obrero, deponer las armas y volver al trabajo, una vez conseguidas de aquel militar las garantías expresadas. No se hicieron esperar, firmadas de puño y letra del pundonoroso coronel. A juicio de los "bandoleros" de Font, ya no tenían razón de ser las correrías en que andaban. En posesión de los documentos firmados, traídos por los parlamentarios destacados al efecto, incautos y confiados, así que llegó Varela con sus escasas fuerzas, procedieron a cumplir, por parte de ellos, lo estipulado por escrito. Nada

más deseaba el ogro insaciable. Desarmados y sumisos, o sometidos, según la expresión oficial, está demás detallar lo ocurrido, bastando decir que no solo que lavar con sangre (y aquella aun era poca para los deseos del glorioso capitán o coronel) el imperdible delito de haber herido a dos conscriptos!...

Se terminó, pues, con todo el grupo, cuyos cadáveres, algunos antes de serlo, fueron quemados y encía que había sido sometido el grupo, cayendo en el "combate" varios de sus cabecillas, entre ellos el famoso "Facón Grande".

EN EL LAGO SAN MARTIN: De igual o parecida artimaña se valieron las tropas en la zona del Lago San Martín para someter y ultimar, sin el menor riesgo, a los huelguistas que se encontraban en aquella región; sólo que hubo una pequeña diferencia en la elección del arma asesina; como las balas de máuser ya escaseaban, se recurrió a las ametralladoras, compuesto de 360 a 380 compañeros. Este grupo, menos los primeramente fusilados, puede que como un honor o gracia especial, a fuerza de descargas de ametralladora.

Sólo tres consiguieron escapar, casi milagrosamente. No habría que repetir que fueron quemados los cadáveres, despojados de todo objeto de valor, ¿eh?, pues que no había obreros que cavaran fosas.

En la misma zona de Deseado, otro grupo de 90 "sometidos" fué ametrallado en montón, al borde de un precipicio de más de 30 metros de altura. Los que no murieron por efecto de las balas, fueron víctimas del desplomamiento sobre el fondo rocoso. Los cóndores, cuervos, caranchos y zorros han tenido y aun tendrán un abundante festín.

EN CANADON LEON (zona de S. Julián): Aquí operó entusiastamente el chacal, que sin duda ha dado mayor muestra de salvaje sanguinarismo, por más que no le van muy en zaga Viñas Ibarra, capitán Campos y teniente Sweizer, o algo así; es el capitán Anaya. Tocóle en suerte "someter" a un grupo de 70 y tantos obreros. Rendidos y desarmados y puestos en filas antepuestas frente al contingente de tropas que aquí mandaba, dió esta orden: "Cabecillas, al frente". Nadie da un paso. Y dirigiéndose a sus soldados: "A ver, diez argentinos al frente" (salen todos). Preparan... apun... fuego!... Se desploman diez o doce compañeros. Y dirigiéndose otra vez a los obreros asombrados: "Cabecillas, al frente". Igual quietud. "Soldados argentinos! preparen... apun... fuego!..." ueva masacre, hasta por tercera vez. Convinidos de que si seguía así iba a concluir con todos, a la cuarta vez fueron señalados algunos que podrían merecer una distinción por su entusiasmo. Indicarlos, hacerlos formar y fusilarlos, todo fué uno; y para que no pudieran sentir envidia por la suerte corrida por sus compañeros, los pocos que quedaban también fueron ultimados. Así, ni pocos quedaban para hacer nuevas huelgas en el futuro. Los estancieros y demás particulares que presenciaron aquella inquisitorial hecatombe, no tuvieron una sola palabra para pedir un poco de clemencia. Seguramente aquéllos les satisfacía.

OTROS DETALLES: Un grupo, bastante numeroso, de dispersos en la zona N. del Río Santa Cruz, se propuso pasar a la zona Sur, donde pensaban estar más seguros. Pasó uno primero en la noche, con la consigna de cerciorarse de si había fuerzas en las proximidades del lugar por donde debían pasar, y no

habiéndolas, hacer humo en señal de "puerto libre". La señal convenida llegó a conocimiento de un pseudo obrero traidor y espía. Fueron las tropas en la madrugada al lugar de pasaje e hicieron el humo consabido, ocultándose después como lobos hambrientos en acecho. Al llegar a la orilla sur los confiados obreros, fueron sorprendidos por descargas cerradas de fusilería. No se salvó uno.

Ya "pacificado" el territorio, parte de las tropas está acampada a orillas del Lago Argentino, teniendo en su poder algunos prisioneros que iban siendo fusilados a medida que sus custodios recibían de ciertos estancieros la piadosa solicitud. Quedaban aun bastantes cuando llega el capitán Campos (el mismo que tenía de Viñas Ibarra el concepto de "muy mulita"; ¡cómo será él!) con sus "hombres" y ve los detenidos. "¿Qué hacen con esos perros, qué esperan para concluirlos? Si tienen miedo démenlos a mí, que yo pronto doy cuenta de ellos". Y todos dieron buena cuenta de ellos!... De a tres y de a cuatro iban siendo sacados para atrás de una lomita y, por la espalda, en marcha, los hacían concluir. Las culatas y sables se encargaban de ultimar a los agonizantes.

Llega a una casa de comercio, en la misma región, el capitán Viñas Ibarra y encuentra a varios obreros; por "sospechas" o porque sí, empieza la tarea de fusilarlos. Ya iba en marcha hacia el "patíbulo" un pobre muchacho chileno, infelizote y poco agraciado por la naturaleza, cuando el dueño del comercio pregunta a Viñas Ibarra: "¿Qué van a hacer con ese muchacho?" — "A fusilarlo". — "Pero ¿por qué?, si es un infeliz que no se ha metido en nada, y que no es capaz de matar una mosca?" — "Sí, pero no ve usted que es muy feo? Tiene cara de sospechoso, y mejor es fusilarlo", le contestó la hiena. Felizmente, el comerciante, a la vez juez de paz, consiguió salvar a aquella casi víctima, inocente, de las garras y de los bestiales instintos del capitanejo. Este mismo chacal, en Punta Bandera, interroga por el paradero de un compañero que había sido huelguista el año pasado, a un carretero amigo del mismo. Contesta que no sabe. Nueva pregunta y nueva negativa, porque en verdad no sabía; por ello lo hace fusilar. En el Hotel del Río Mitre encuentra a tres obreros que habían salvado la vida en "La Anita" (es paraje cercano); pregunta a uno de ellos quién había roto un auto, cuando la huelga, que había cerca del hotel. El obrero lo ignora y así lo manifiesta. Insiste en manifiestar su ignorancia. Lo hace fusilar. Los otros, horrorizados, no niegan: hacen de adivinos, culpan sin saber si es verdad o mentira a varios que les constaba que habían huído para ésta.

En la estancia Ruben Aike, de la fuerte compañía Las Vegas, un obrero no quiere trabajar más y pide la cuenta. Las fuerzas que cuidan (como a las demás) la estancia, lo insultan y provocan, y por fin, le pegan tres balazos. Como acudieron, a las detonaciones, los demás trabajadores, no tuvieron tiempo de ultimarlo sin ser vistos. Mal herido, al siguiente día resuelven llevarlo a Río Gallegos, pero a pocas leguas de la estancia fallece, dicen, y lo entierran en el campo.

A la estancia "Laguna de Oro", también ocupada militarmente, llegan una tarde tres obreros chilenos en busca de trabajo. El oficial les pregunt si tienen "libreta de trabajo", nuevo úkase oficial de última hora. Contestan que no la han sacado porque no tienen dinero para ir a Gallegos (50 leguas de distancia) a sacarla, ni para gastos de viaje, ni para pago de la libreta, que cuesta 5 (cinco) pesos, más otros cinco por las fotografías necesarias y otros cinco para



el carnet de identidad. Fuera de algunas groserías de las tropas, nada más ocurrió. Pero en la noche los peones y demás personal de la estancia sienten dos descargas. Los tres obreros habían sido sacados a media noche y fusilados por... no tener dinero. En cambio, debían tener algún revólver, reloj y capas de guanaco, que todo ello es miel sobre hojuelas para los defensores del orden y de la patria.

Por igual motivo, no tener libreta de trabajo, en pleno día, y en pleno camino, en el paraje conocido por "El Perro", son ultimados cinco obreros que buscan trabajo; uno de ellos ex delegado de una estancia de aquellos parajes.

Aseguran quienes se han visto obligados a recorrer extensas zonas huyendo de la masacre, que todo el territorio es un cementerio de compañeros, en la acepción más literal de la palabra, a no ser que la mayoría de los muertos "sueltos" se encuentren sepultados. No hay campo, en ciertas zonas, en que los ovejeros no encuentren dos, cuatro, diez muertos sin enterrar, desvalijados, semidesnudos, sin que se sepa quiénes han sido los asesinos; es decir, se sabe, pero nadie se atreve a decirlo. En cambio, los conscriptos y gendarmes llegan del campo a las poblaciones con verdaderos cargamentos de capas de guanaco, monturas, revólveres, relojes, etc., que venden por poco más que nada para costearse las garufas en prostíbulos y cantinas. Y los cheques cuyos verdaderos dueños no se presentan ni presentarán a cobrarlos, porque ya no existen, sufren un obligado peregrinaje por los pueblos de toda la costa y Punta Arenas, buscando un pagador poco temeroso que quiera pagarlos sin el debido endoso de las personas para quienes fueron extendidos.

Está bien pacificada la Patagonia, sus habitantes todos, especialmente los obreros, podemos trabajar y vivir tranquilamente, pues que nadie se atreverá a molestarnos, por las muchas y buenas custodias que el gobierno ha enviado. Las tropas nacionales han cumplido con todo celo su santa misión de paz y de orden.

Y los sueltos, para el trabajador del campo, con la disminución de brazos cortados a sable y corridos a balazos, han mejorado sensiblemente. Antes de la huelga se pagaban 100 y 120 pesos inusuales; ahora 60, 70 y hasta 80, que es lo que cuesta un saco de badana, indispensable en estas latitudes. Y trabajar, se puede hacer con toda tranquilidad... Pacificado el territorio, andaban rodeando haciendas para esquilas, en un campo del "Centinela". Las tropas de Viñas Ibarra que pasaban, de regreso, por aquellas proximidades, vieron sobre una loma, a unos 500 a 600 metros, dos finetes. Les gritan ¡alto!, pero por la distancia y por el viento los rodeadores no oyeron la voz de mando, y hete aquí que los "muchachos" aprovechan aquella hermosa ocasión para aprender a tirar a larga distancia, y se ponen a jugar al blanco, ¡a divertirse un rato!... Echan todos pie a tierra y ¡fuego! No tardaron en caer para no levantarse más, finetes y cabalgaduras. Reconocidos aquellos resultaron ser el poblador del campo y un peón. Me han citado los nombres, pero ahora no los recuerdo; como no he querido recordar los de muchos que conozco y que sé que han caído para siempre, para que sus familias, en su mayoría en este país y en las provincias del norte, no conozcan la dura, atroz realidad, y se alienten con la esperanza de que los suyos puedan estar en el número de los fugitivos.

El número de masacrados no se sabe ni se podrá saber con exactitud, pero según todos los cálculos que he hecho y he oído hacer, debe oscilar entre mil y

mil cien: 600 chilenos, 300 españoles y el resto, de distintas nacionalidades, todos, hoy más que nunca, hermanos en el seno de la madre tierra.

Se me olvidaba el hecho quizás más feroz de la espantosa masacre. El... no sé cómo calificarlo, capitán Anaya destacó un sargento en comisión a un lugar a pocas leguas de donde estaban acampadas las fuerzas a sus órdenes. Habían transcurrido tres días y el sargento no volvía. Sospechaba que los obreros y el sargento hubiesen tomado alguna venganza con él. En ese período de tiempo encuentra cinco obreros que iban para sus pagos con el propósito de volver al trabajo. Los detiene y les pregunta por el sargento. Ellos no lo habían visto y lo dicen. Insistentes interrogatorios y fuertes amenazas. Los compañeros se mantienen en sus manifestaciones, de que no conocían ni habían visto al sargento. Llega la noche y los manda a dormir, maniatados y custodiados. Una hora más tarde, va la fiera, los despierta e interroga de nuevo. Igual resultado; "O me dicen dónde está el sargento o los "degüello". Iguales manifestaciones de ignorancia. La hiena se enfurece y degüella uno. Otra pregunta e igual amenaza. El mismo resultado, con súplicas y clamores. Degüella otro y después otro. Los dos restantes los hace ultimar a balazos. El sargento apareció al día siguiente: se había perdido en el campo, para él, como para los demás de la tropa, desconocido.

Y me aseguran que no fueron esos tres los únicos compañeros degollados, que ha habido muchos, pero no tengo datos concretos; pero, puede creerse, la ferocidad demostrada no conoce límites. En Santa Cruz han asesinado a obreros presos a fuerza de palizas, y los han concluido a balazos; y si eso han hecho en plena población, ¿qué puede dudarse que hayan dejado de hacer en las pampas solitarias? Más o menos han hecho lo mismo en todas las cárceles y en todas las comisarías de campaña.

El jaguar cebado Viñas Ibarra no quedó ahito de sangre con toda la que bebió en su triunfal y gloriosa campaña, campaña que ha merecido de toda la prensa territorial los más bombásticos elogios. A fines del mes pasado, días antes de la llegada del gobernador y estando ausente Varela de la capital (era jefe absoluto de la plaza) quiso sacar de la cárcel de la misma, para fusilarlos en las proximidades de la población, a 23 detenidos por cuestiones obreras. Pedidos al director de la cárcel, éste le dijo que no podía entregarlos sin orden del juez. Recurrió entonces a éste con la misma macabra petición, a lo que el juez se opuso tenazmente, diciéndole que como juez y como hombre no podía consentir tamaña monstruosidad. Viñas Ibarra, fuera de sí, quiso imponerse diciéndole que allí en Gallegos no había más juez ni más ley que él; y que el juez, como juez, era un inservible y como hombre un mierda. Y se produjo entre ellos un fuerte altercado, del que resultó el juez con la cabeza rota (inmediatamente se embarcó para Buenos Aires) y Viñas Ibarra, según rumores, con un balazo en una pierna. Pero los 23 condenados a muerte por el humanitario y respetuoso de las leyes oficiales, no fueron ejecutados.

La prensa toda del territorio, por más que los hechos relatados son de pública notoriedad, no ha tenido una sola palabra de condenación, ni aun siquiera de información, fundándose en "rumores" circulantes... Ha rodeado con el mayor mutismo, con el desprecio más cínico y más nauseabundo, el sin fin de crueldades y crímenes cometidos en nombre de la ley ¡barbara y criminal ley! del orden!

En cambio, ha agotado el índice de los calificativos elogiosos para ensalzar la obra benefactora de la tro-

pa. jefes, oficiales, gobernantes, jueces, comisarios y polizontes que han contribuido a restablecer el orden, concluyendo con el "bandolerismo" regional. Son tan bandoleros esos periodistas sin conciencia ni vergüenza, como los otros bandoleros que en Buenos Aires prepararon y proclamaron la masacre, como los bandoleros uniformados que la llevaron a la práctica en el terreno de los hechos. Que la vindicta pública, el estigma de fuego de todo hombre honrado y de corazón, pese eternamente sobre todos ellos por igual. Sobre los unos, porque la prepararon, sobre los otros, porque la llevaron a la práctica, y sobre los otros, los periodistas venales y sin un átomo de escrúpulo, porque con su silencio sancionaron de hecho la consumación de todos los crímenes, que no habrían llegado al colmo que llegaron si la prensa hubiese cumplido con el elemental deber de condenarlos y pedir moderación y justicia en el cumplimiento de la misión confiada a las tropas.

Y por hoy creo que estarás satisfecho con lo que te he escrito, es decir, yo no lo he hecho, porque no puedo, el estado de mi brazo me impide escribir; pero me he valido de un camarada que gustoso se ha prestado a ello. Firmaré como pueda, con la izquierda. Cuando tenga más datos te escribiré otra vez. No dejes de hacerme saber de tí y de los compañeros amigos, de ésta, y de lo que haya ocurrido u ocurra que merezca ser conocido. No seas perezoso y escríbeme pronto. Ardo en deseos de tener noticias tuyas y de lo que sucede por ahí. Por mí no te preocupes; espero que no tardaré mucho en poderme valer de mi brazo, y volver a trabajar. No estoy bien, pero tampoco estoy mal. Hay aquí muy buenos compañeros que me socorren en todo lo que necesito, y que aun en el peor de los casos, como me lo han dicho y repetido, no me dejarán morir de hambre ni andar desnudo. Ya vendrán días mejores. No hay que desesperar. Lo que me ha ocurrido es una enseñanza más de la vida. Si la sé aprovechar estaré siempre gozoso de lo que he sufrido y sufro.

Hasta otra, salud y no desmayar!

Tu compañero y amigo de siempre. — (Firmado).

## X. — ¡IMPOSIBLE OLVIDAR!

¿Quién podía olvidar los 1.100 muertos, los millares de heridos de la espantosa masacre? Cuando lo supimos en Buenos Aires, no nos atrevíamos a creerlo; suponíamos que había ocurrido algo muy terrible, pero no pensábamos que se hubiera podido derramar tanta sangre. Lo que más conmovió el ambiente anarquista de Buenos Aires fué el fusilamiento del obrero albañil Santiago González Díez, español, de la provincia de León, que ya había sido deportado de la Argentina y que volvió clandestinamente, aprovechando un pedido de personal para ir a trabajar a Río Gallegos y conocer algo de lo que allí pasaba. González Díez era bien conocido como militante anarquista; a su llegada fué fusilado sin juicio alguno, sólo por ser quien era y por temerse que sus ojos vieran más de lo que convenía al teniente coronel Varela. Cuando llegó esta noticia no hubo ninguna duda más de la veracidad de los horrores que se contaban sobre la expedición punitiva del teniente coronel Varela. Se intentó en Buenos Aires llevar la protesta anarquista a la calle, clamar en las plazas públicas contra el gran crimen. Pero como el principal causante era el gobierno nacional presidido por Irigoyen, lo que hubiésemos podido decir contra la masacre patagónica habría tenido que repercutir contra el gobierno nacional. Se nos amordazó, no consintiéndonos ninguna

acción pública para denunciar el crimen. Todo quedó circunscripto a la campaña de nuestra prensa y a los folletos que se hicieron circular narrando la barbarie del ejército en la Patagonia. Entre los que trabajaban con más fervor para que lo ocurrido no quedase impune estaba un anarquista alemán llamado Kurt C. Wilckens. Si se nos hubiese dejado elevar nuestra protesta pública y colectiva, seguramente que Wilckens no hubiese recurrido a otros medios para hacer sentir nuestra condenación de los hechos sin nombre.

El doctor Borrero, que pretende limpiarse de toda mancha a Irigoyen, narra esta conversación, a bordo de un barco, entre el gobernador del territorio de Santa Cruz, y una madre enlutada con cinco hijos:

—¿A dónde va, señora?

—A España — contestó la interpelada — a ganarme la vida mía y la de mis hijos, que aquí me falta.

—Y sus hijos ¿son argentinos?

Seca, brutal, restallante cual latigazo que nos cruzara la cara, haciéndonos retorcer de dolor y de vergüenza, vino la respuesta:

—Por desgracia — contestó la desdichada mujer en tono sombrío y desesperado.

Pasada la impresión del primer momento, intentó el interlocutor, que era argentino, calmar a la señora, haciéndole reflexiones y, sobre todo, convenciéndola de su error y diciéndole que no emitiera tales conceptos, porque al fin y al cabo la Argentina era la patria de sus hijos...

Rápidamente lo hubo de atajar ella, diciéndole:

—Sí, es cierto que aquí han nacido; no lo niego ni lo podría negar; pero también es cierto que aquí han asesinado al padre de ellos, pegándole cinco balazos, rompiéndole luego el pecho con enormes pedrascos, deshaciéndole después el cráneo a culatazos; y cuando por último, en un rasgo de aparente, hipócrita piedad, sus miserables verdugos lo enterraron a flor de tierra, tan a flor de tierra que ésta se removía con los estertores agónicos del mártir, que fué mi esposo — los malvados lo habían enterrado vivo — como única oración fúnebre y mientras apisonaban la tierra saltando sobre el cadáver, aquellos demonios del infierno prurrieron en la siguiente espantosa frase: "Putá, que había sido duro pa morir este gallego'e mierda".

Este episodio ocurrió en Paso Ibáñez.





¡Imposible olvidar! De esos hechos llegaron centenares a nuestro conocimiento en su oportunidad; algunos los hemos dado a la prensa, pero eran tantos...

En el extranjero no se quería creer tanta barbarie. El que compila estos documentos, en un congreso antimitilarista internacional habló del asunto, hacia fines de 1922, sacando la impresión de que sus palabras no lograban convencer enteramente a los oyentes. A todos les parecía una exageración. Tuvo que hablar Wilckens, en enero de 1923, como lo hizo, para que nuestras palabras denunciadoras no se perdieran en un sentimiento de incredulidad.

## XI. — KURT WILCKENS

La matanza de los obreros de la Patagonia duró hasta los primeros meses de 1922. Todavía se encuentra el viajero osamentas esparcidas de las pobres víctimas de un salvajismo sin nombre. ¡El crimen no podía quedar impune! Pero como ninguna acción colectiva salió como era debido en defensa de los caídos, apareció un vengador individual, de donde menos se esperaba: fué Kurt Wilckens.

En esta casa somos iconoclastas; no reconocemos ídolos de ninguna especie. Pero el compañero que llega, con lo que primero tropieza es con un retrato de Kurt Wilckens, en lugar bien visible, como para que sea visto por los mismos transeúntes.

Tenemos motivos para estar orgullosos de ese héroe, por su vida privada, por su larga actuación revolucionaria, por su gesto altamente humano y reivindicador. A pesar de que Wilckens haya desaparecido hace tan poco de entre nosotros, nos parece como un símbolo, como una figura legendaria.

Lo queríamos como a un hermano antes del 25 de enero de 1923, lo hemos admirado después de esa fecha memorable y casi casi lo veneramos desde el 16 de junio del mismo año.

Nunca hemos encontrado un hombre de una pureza moral tan elevada; su vida era un continuo tormento, porque los hombres no eran tan buenos y tan nobles como él y porque es tanto el dolor que nos rodea que un temperamento como el de Wilckens tiene que sentirse lacerado sin cesar. Era un hombre en cuyo trato podía hacerse uno la ilusión de vivir ya un trozo de la vida del porvenir. Su bondad, su honradez, su nobleza, rayaban casi en el misticismo; sin embargo, tras aquella suavidad evangélica había todo un carácter y una energía de hierro.

Los que no lo conocían de cerca, apenas podían sospecharlo.

En 1910 se embarcó en Hamburgo para los Estados Unidos, bastante joven todavía, un humilde obrero alemán, en busca de pan y de trabajo. Era inteligente, honrado, estudioso. Estudió en la vida y en los libros; experimentó en carne propia todos los defectos del actual régimen social y unió sus fuerzas a los que luchaban por transformar la vida y libertar al hombre. Formó parte de los I. W. W., que en esos años y hasta terminar la guerra fueron el centro natural de gravitación de todos los elementos revolucionarios de los Estados Unidos. Tomó parte en las luchas del trabajo contra el capital y fué tan grande su abnegación y su espíritu solidario que la burguesía lo distinguió pronto, calificándolo como uno de los rojos más peligrosos del West.

Tuvo una actuación destacada entre los mineros. Ha aquí uno de los tantos episodios de la vida de Wilckens:

En 1917 estalló una huelga en las minas de cobre del Estado de Arizona. Al mismo tiempo que una huelga bien justificada por reivindicaciones económicas elementales, fué, o así se interpretó, como una protesta contra la guerra, para cuya marcha hacia falta el cobre de las minas en conflicto. La American Federation of Labor combatía la huelga con el mismo empeño que las autoridades. En Bisbee, donde estaba Wilckens, fueron concentradas numerosas tropas y fuerzas policiales, proclamando el estado de sitio. Dos mil bandoleros uniformados expulsaron la noche del 2 de julio de sus viviendas a los obreros en huelga, arrestando a 1.164 huelguistas. Ante la decisión de éstos de no volver incondicionalmente al trabajo, fueron encerrados en vagones de ganado que estaban preparados y, acompañados de medio millar de gendarmes, fueron desterrados a Columbus, una ciudad que dista doscientas millas de Bisbee. De Columbus se les hizo seguir hacia los desiertos de New México. Desde Bisbee a Columbus no se les dió nada de comer ni de beber.

Wilckens no podía soportar esa vida de esclavos sin protesta. Un día salió sin permiso del lugar de confinamiento. Se le detuvo y se le internó en Douglas Fort, Utah, un campamento de prisioneros alemanes. De allí se escapó, abriéndose paso a fuerza de puños, el 4 de diciembre de 1917, refugiándose en las sierras de Washington. En 1919, mientras trabajaba nuevamente en las minas de Colorado, como se distinguiera por su participación en el movimiento obrero, fué reconocido y deportado a Alemania. Llegó a Hamburgo en 1920 y no encontrando un ambiente capaz de sujetarle en su país nativo, se dirigió a la Argentina, cuyo país le atraía por las noticias del movimiento anarquista que habían trascendido hacia el exterior.

Lo demás se sabe. Llegado al país sin los documentos en orden, un policía descubrió su identidad, por haber visto su fotografía en un periódico norteamericano. Las autoridades del Departamento de Inmigración le echaron mano y lo retuvieron cuatro meses, salvándose a duras penas de la deportación.

Los lectores saben lo que pasó después.

## XII.—LA CAIDA DEL TENIENTE CORONEL VARELA

Después de lo que hemos dicho, después de toda la documentación que hemos transcrita para que los interesados puedan formarse una idea exacta de lo ocurrido en la Patagonia, dígasenos si el gran crimen podía quedar impune.

Wilckens se esforzó con nosotros para suscitar una sanción colectiva contra los verdaderos bandoleros del sur. Y cuando vió que era imposible esperar por el momento nada de las grandes masas, que se sometían demasiado voluntariamente a la mordaza policial del irigoyenismo, se decidió a obrar él solo. El 25 de enero de 1923, encontró al teniente coronel Varela en la calle y le arrojó una bomba. La hiena cayó. Wilckens cayó también herido; justamente en el momento de arrojar la bomba se atravesó un niño en el camino y para evitar que este inocente fuese alcanzado por los proyectiles, se interpuso en un movimiento rápido y recibió él mismo algunas heridas, cayendo al suelo. Sin embargo, viendo que el teniente coronel Varela se movía, sacó de su voluntad de hierro fuerzas sobrehumanas, se puso en pie y le descerrajó algunos tiros de revólver, hasta que estuvo seguro de que el "pacificador de la Patagonia" no

volvería a hacer más daño.

Wilckens tuvo otras oportunidades para matar a Varela; lo encontró otras veces, pero iba acompañado de sus hijitos. Y su sensibilidad y su moral le impidieron hacer pagar a los inocentes delitos que no habían cometido.

Y ahora, que los que habiendo callado durante las matanzas del sur, se sienten con autoridad moral para arrojar piedras sobre el nombre de Wilckens y condenar su decisión extrema, que lo hagan; el pueblo entero ha expresado bien elocuentemente su solidaridad con ese compañero. La baba de la reacción no impedirá que su gesto pase a la historia como uno de los grandes gestos de que se enorgullece la humanidad progresiva.

Se nos dice que en el lejano sur, los parias del latifundio idolatran a Wilckens y que en una sierra, cuyo lugar no recordamos, una mano anónima grabó en la piedra, de forma bien visible, el nombre de nuestro pobre amigo; pasarán muchísimos años antes de que aquella inscripción pueda borrarse. Pero pasarán muchos más antes de que se borre de la memoria del proletariado el gesto vindicador y justiciero de Kurt Wilckens.

—o—(o)—

## Las víctimas del ídolo

Eran mujeres y hombres pensativos

— una gran fe tenían, —

jóvenes eran, mas sus blancos labios

ni sus pechos austeros parecían

hechos para el amor. La aguda y lenta,

la sublime y convulsa

fiebre interna sentían

que mina el cuerpo y enardece el alma

— más fuerte que el amor y que la vida:

la fiebre de la idea.

Desnudo el pecho, combatir, con este

único fin nacieron:

sencillos goces, balbuceos de cuna,

sueños, deleites, la apacible calma

de un hogar honesto:

todo lo rechazaron; y escondidos

en covachas oscuras,

con ardoroso afán, pálido el rostro,

contra la infamia y la injusticia urdieron

temerarias conjuras.

Y por un Dios potente iluminados,

dios de dolor y rabia,

en las húmedas celdas escribieron

trozos de historia con bermeja sangre

y pedazos de alma.

Meditad! eran niños y con ronco

estertor, de la santa barricada,

entre el polvo y el humo y el silbido

de las balas cayeron,

abierto el pecho y rota la garganta!

Eran trémulos viejos ya sin fuerzas,

y entre hierros vivieron;

eran sombras de físicos murientes,

y altivos desafiaron la ignominia,  
la horca y el tormento!

Eran vírgenes rubias, y en las llamas  
rugientes de la hoguera,  
como en un lecho de púrpuras rosas,  
dieron al ideal el casto cuerpo  
y el alma pura y bella!

Y ninguno sufrió. Rientes, cantando  
subían al patíbulo  
y el cuello daban al cordel nefando;  
en el fondo letal de las prisiones,  
con los ojos ya fijos

en el vacío sepulcral y el hielo  
de la muerte en los huesos,  
al esplendor de un porvenir ignoto  
de justicia y piedad, ellos el himno  
del ideal dijeron.

No; ninguno sufrió! De las humeantes  
llagas y de los pechos  
marchitos, de las bocas contraídas,  
de las fieras pupilas y los miembros  
helados de los muertos,

se esparcía una voz sacra y tremenda

de dicha y esperanza,

de espasmos y de amor; — ninguna fuerza

brutal puede aterrar en la ardua vía

al ideal que avanza.

¿Qué importa si por él caen a millares

las víctimas?... él queda

como fragor de truenos incesantes,

cual fatídica llama precursora

de nuevas tempestades.

Beso que marca con ardiente fuego,

fe que nunca perece,

águila eterna que se lanza al monte,

sobre el tiempo, el espacio y las ruinas,

él triunfa, y permanece.

ADA NEGRI.





LUIS FABBRI

## IDEAS Y CRITICAS

## ¿EXISTE UNA "MORAL ANARQUISTA"?

Es discutible la cuestión de si el anarquismo puede vanagloriarse o no de un concepto propio de moral; y tal vez yo habría podido titular este artículo con una sola palabra en lugar de dos, y decir simplemente: "la moral". Los conceptos y los sentimientos morales varían según los tiempos, las razas, los periodos históricos y también las circunstancias, pero no varían — o al menos no varían más que de un modo imperceptible — según los partidos políticos y las teorías sociales.

Que el concepto de la moral varía según los tiempos es reconocido hasta por las épocas más remotas; lo afirmaba, si son exactas mis reminiscencias escolásticas, el mismo Cornelio Nepote en el prefacio a sus vidas de los hombres ilustres, hace cerca de dos mil años. Ninguno encontraba inmoral la esclavitud en tiempos de Aristóteles, y hoy la venta de esclavos es algo que horroriza y en ciertos Estados es considerado un delito castigable hasta con la muerte. Hoy mismo, para las razas inferiores — para los antropófagos, por ejemplo — muchos actos y hechos que nosotros condenamos con toda la fuerza de nuestra alma, son moralísimos y hasta loables.

No se puede negar que el sentimiento moral en la generalidad de los hombres es muy diverso en tiempo de paz de lo que es en tiempo de guerra o de revolución; aun aquellos que son pacifistas o antirrevolucionarios sienten menos ofendido su sentimiento moral, en paridad de condiciones, por un acto de violencia o de rapina cometido en tiempos anormales que en tiempos normales. Se puede, en efecto, en teoría, decir que el asesinato de un hombre en la guerra equivale a un asesinato de un hombre en tiempo de paz, cuando también en éste falta el impulso egoísta del interés o del resentimiento personal, — pero en realidad nuestro sentido moral es mucho más sacudido a la vista de un hombre que haya matado a un semejante en las calles de una ciudad que frente a aquel que vemos volver de un campo de batalla, — aun siendo nuestras ideas violentamente adversas a la guerra y al militarismo.

Así, también un conservador, si no es justamente cegado por la ira partidista, experimenta un sentimiento de repugnancia mayor frente a un homicidio vulgar que frente a un homicidio político; y los mismos historiadores y filósofos de la burguesía más reaccionaria juzgan con un criterio muy diverso ciertos actos cometidos en periodos revolucionarios o de conmoción popular, en comparación con aquellos cometidos en tiempos y periodos normales.

Hablando de la violencia en uno de los artículos precedentes, nos hemos extendido ampliamente sobre esta diferencia de valoración, desde otro punto de

vista. En realidad, se aprueben o desapruében ciertos actos, se consideren o no útiles y oportunos, los hombres desapasionados y ecuanímenes deben estar concordes — a cualquier partido político y social a que pertenezcan — en juzgarlos diversamente, desde un punto de vista moral, cuando son determinados por móviles y circunstancias diversas; y esto naturalmente, aun cuando se trate de hechos de índole política.

Los ejemplos más arriba citados para demostrar cómo los conceptos morales pueden variar según los tiempos, las razas, los periodos históricos y las circunstancias, son tomados — ¿será preciso decirlo? — por lo que valen, *cum grano salis*; pues la diversa valoración de aquellos hechos puede depender también de otros elementos y de otros sentimientos independientes de lo que se ha convenido en llamar el sentido moral.

Y si, al ejemplarizar, he vuelto sobre el argumento de la violencia, ya tratado, es porque — y lo veremos mejor luego — toda ofensa al sentimiento moral dominante, todo acto inmoral, casi siempre se concreta en un acto de violencia (directa o indirecta, material o psíquica); como casi siempre es un acto de violencia — a veces estatal y gubernativa, a veces privada e individual, a veces insurreccional y revolucionaria — lo que restablece o pretende restablecer el equilibrio moral roto por una razón cualquiera de una prepotencia cualquiera.

## ¿Hay por tanto una moral anarquista?

Entendámonos. Por anarquía los anarquistas entienden — y deberemos explicar hasta la saciedad este concepto, para evitar confusiones y equívocos, — la ausencia de gobierno y de toda coacción violenta y organizada del hombre sobre el hombre, de imposición de la voluntad de algunos sobre todos los demás, como forma de vida social.

Los hombres para vivir tienen necesidad de ayudarse recíprocamente, de estar por tanto organizados entre sí. Hasta ahora, tal organización ha sido autoritaria; y en su seno las relaciones sociales, por necesarias que sean, en virtud de erróneos conceptos morales, religiosos y políticos, determinados a su vez por la ignorancia o por necesidades impelentes etc., han asumido un carácter de obligatoriedad permanente que las fosilizaba y por consiguiente las volvía nocivas a medida que la evolución social las superaba.

Así, el pacto recíproco de convivencia y de ligamen, necesario en interés de todos, a pesar de ese carácter de utilidad y necesidad, hasta aquí se ha traducido casi siempre en opresión, en tiranía social; y tal se ha vuelto, precisamente, porque le falta el carácter de espontaneidad y de voluntariedad y es en cambio una ley obligatoria, cuya observancia nos

imponen los gendarmes, cada vez menos en nuestro interés y cada vez más en interés de aquellos que se han atribuido el derecho de hacer las leyes para todos y de hacerlas observar.

Volver a dar a la asociación humana ese carácter de espontaneidad y de voluntariedad, de modo que el pacto social no vincule más que a quien lo ha aceptado y en cuanto y hasta cuando el que lo ha aceptado continúe considerándolo bueno; no poner por juez y a ningún carabiniro, y no dar a ningún legislador el encargo de codificarlo o sea de cristalizarlo y hacerlo tiránico; he ahí el propósito de los anarquistas. Una organización social de la que esté ausente todo organismo coactivo sobre las acciones ajenas, en donde no exista lo que suele llamarse Estado o gobierno; he ahí la anarquía.

A un estado social anarquista se llegará por medio de la revolución o de revoluciones, a través de las cuales el terreno se desembarazará de todos los obstáculos materiales que hoy impiden a los hombres vivir en instituciones sociales y políticas actuales, y gunas otras originariamente buenas y útiles. A eso contribuirá, evidentemente, también en tiempos normales, la evolución lenta y gradual de la humanidad hacia el mejoramiento de sus condiciones de vida.

Pero además de eso, además de los hechos materiales, exteriores, políticos o económicos, revolucionarios o pacíficos, indudablemente debe concurrir a este trabajo de demolición y de reconstrucción una obra de preparación moral. Es preciso, en sustancia, revolucionar también las conciencias. No haré una cuestión de lana cabría para saber cuáles de esas actividades deben tener la precedencia; por lo demás una no puede marchar sin la otra. Hemos visto ya esto hablando de los factores morales de la revolución.

Es necesario desde hoy difundir una moralidad superior, humana, para tener una revolución redentora y no estériles sacudidas, o peor, los habituales cambios de gobierno. ¿Cuánto más necesario por tanto no ha de ser esto para el objetivo de instaurar y sobre todo de mantener una sociedad humana que no imponga a sus componentes ningún freno material, político o judicial, y cuente para regirse sobre todo con la conciencia del bien entendido interés recíproco de los individuos y con su espíritu de solidaridad?

## La moral anarquista es una moral de amor.

No quisiera ser mal entendido cuando hablo de amor. Se ha abusado demasiado de esta palabra, de todos y en todo, hasta el punto que se ha apelado a ella para justificar toda debilidad y toda vileza. El amor humano, activo de que hablamos subentendiendo también el odio, igualmente activo para todo lo que se opone a cuanto forma el objeto de nuestro amor. Por consiguiente, a pesar de todo, esta palabra difamada por los débiles y los hipócritas, por los flojos y los insípidos, compendia todo nuestro concepto moral de una humanidad superior, fraternal, igualitaria libre.

¡Oh, la mágica potencia de este sentimiento! Nosotros lo hemos sentido en los años mejores de nuestra existencia, cuando nos hundíamos por completo en una lucha que no prometía a cada combatiente nada de material y de inmediato... Los escépticos pueden reír y sonreír; pero el amor a la humanidad, la sed de justicia y de libertad, no para nosotros solos, sino

para todos, es siempre la más fuerte levadura revolucionaria; y un día será un coeficiente válido de cohesión, para tener unida sin demasiado dolor la sociedad de los hombres redimidos de todas las tiranías.

Esta moral de amor, fundamento ético de la doctrina anarquista, no es cosa propia y exclusiva del anarquismo, es evidente. Ha inspirado desde los tiempos más lejanos a casi todos los innovadores, a casi todos los fundadores de religiones, a casi todas las filosofías que se proponían la investigación del bien y de la felicidad humana. Pero el carácter que le da el anarquismo es el mismo carácter que ésta da a todas las reivindicaciones por que combate; el carácter de la libertad.

Todos los gobiernos, todos los partidos de gobierno, las iglesias de todas las religiones — aun cuando sinceramente se propusieran o se propongan instaurar una moral de amor, — no comprenden que se pueda hacerlo de otro modo que por medio de la autoridad, de arriba a abajo, imponiéndola por medio de leyes formales y coactivas, con la amenaza de penas corporales o espirituales, de soberano a súbditos, de pontífice a fieles. No comprenden (y en lo sucesivo se puede decir que fingen no comprender) que por el solo hecho de la coacción, su moral originariamente buena, se vuelve perversa, inmoral.

Cualquiera que sea, gobierno o iglesia, colectividad o individuo, minoría o mayoría, que pretenda hacer por la fuerza mi felicidad, me hace desgraciado. Por eso los anarquistas no quieren libertar al pueblo por la fuerza, como se dice alguna vez, jugando al equívoco; piensan en cambio que con la fuerza el pueblo debe libertarse a sí mismo, además de todos los otros medios; el pueblo debe tratar de conquistar cuanto mayor libertad y bienestar le sea posible. Con tal fin los anarquistas, por medio de la propaganda, de la lucha y de la agitación revolucionaria se esfuerzan por coordinar sus esfuerzos con los del pueblo, del que son parte y del cual condividen en general las necesidades y las aspiraciones. Pero todo esto libremente y voluntariamente, — pues ningún pueblo en realidad se ha libertado por imposición de arriba y sin el concurso de su voluntad más o menos consciente.

La moral de amor del anarquismo — o, para usar palabras que menos lugar den a equívocos, la moral de solidaridad, — es por tanto también una moral de libertad. Moral libertaria, y, — en este sentido, — anarquista. Medio espiritual de revolución, garantía fundamental para la coexistencia de una sociedad libre, — libre de evolucionar y por tanto reacia y hostil a todo formalismo, a toda codificación, diré casi a toda teorización; tal que encuentre en cada uno el libre intérprete por su aplicación en la práctica de la vida, — la moral sin sanción y sin obligación, tan magistralmente definida e ilustrada por Guyau.

## LA MORAL DE LA SOLIDARIDAD

La gente que gusta de llamarse práctica — y en realidad lo es menos de lo que se cree, siéndolo sólo en relación al momento efímero de la propia vida y en relación a una concepción de la vida bastante mezquina y más que limitada, — dirá, ciertamente, que el triunfo de la moral anarquista es un sueño. Y puede darse, en efecto, que en su sentido absoluto lo sea — como todos los absolutos, por lo demás.

La moral de la solidaridad tiene, por sí misma, un valor educativo, pedagógico, de tendencia a lo óptimo deseable, pero que en la práctica llega hasta don-



de humanamente es posible llegar. Pero hay una posibilidad perenne de alcanzar lo mejor, de superar siempre lo que fué mejor ayer y que hoy no nos basta ya. En este sentido relativo, de una relatividad que disminuye siempre pero no acaba nunca, la moral del amor no sólo no es un sueño, sino que es una realidad también actual, una realidad en continua realización de sí misma.

¿Qué es por lo demás la misma *anarquía* entendida en el sentido más elevado de la palabra, sino un ideal, una tendencia a la mayor elevación posible del individuo, de todos los individuos que componen la humanidad, a su más completa libertad, al máximo desenvolvimiento y satisfacción de todas sus facultades? Pero si nosotros debemos caminar hacia ese objetivo ideal, no debemos preguntar demasiado si y cuándo llegaremos a su perfecta realización. Por eso, en la práctica, los anarquistas tienen una misión propia que absolver, y no se confinan en el sueño o en la visión de un lejano porvenir: tienen la misión de trabajar en demoler los obstáculos que se oponen a la libertad y al bienestar humano y de preparar los elementos necesarios para una organización social más libre que la presente.

La esperanza en el triunfo de la moral de solidaridad y de libertad es enteramente legítima; y sólo corresponde al porvenir marcar los límites progresivos de tal triunfo. Siempre que esa esperanza no constituya una creencia ciega, sino una fe razonada, que se basa en el análisis de las tendencias humanas, en el estudio de la naturaleza humana, en las indicaciones de la evolución histórica. Dado que la moral libertaria no ha nacido, lo hemos dicho a menudo, tal como está formulada, enteramente nueva, de los conventículos anarquistas, sino que es en cambio una respuesta a las necesidades más vivas del individuo; es una consecuencia, un fruto de la evolución de los mismos instintos, de las mismas necesidades, de las mismas tendencias de la humanidad entera.

Kropotkin, en su estudio sobre la "ayuda mutua", ha desarrollado extensamente y demostrado esta verdad: que el sentimiento de solidaridad ha sido siempre un factor importantísimo de evolución, no sólo en las sociedades humanas más civilizadas, sino también en las civilizaciones más atrasadas, medioevales, bárbaras, primitivas y también animales: el acuerdo y la ayuda mutua para la vida. Eso tiene un valor mucho más grande que la lucha por la vida. Ahora bien, se trata de utilizar esa tendencia a la asociación y al acuerdo de la humanidad en sentido libertario, en lugar de hacerlo como se ha hecho hasta hoy en sentido autoritario.

No creo que haya necesidad de formular una moral aparte para justificar la tendencia a una reforma del pacto social sobre esta dirección de la solidaridad en la libertad. Es una tendencia que encontramos en germen en todas las conciencias, en todas las colectividades incluso atrasadas. Y el espíritu de revuelta es una de sus manifestaciones más importantes.

Recuerdo al respecto que una vez me encontré en la cárcel, en un pabellón, junto a una decena de detenidos, todos sometidos a una especie de autoridad llamada el *capo stanza*. Este — un viejo ladrón — era nuestro superior. Antes de entrar yo allí, él, elegido en principio libremente por los otros detenidos y luego reconocido por los superiores de la cárcel, había adquirido una autoridad tal de que podía abu-

sar, y abusaba en efecto un poco demasiado. El más joven era obligado a hacerle la cama; los demás debían ofrecerle una partícula de la propia comida especial del domingo. Y mientras todos, uno por día, eran obligados a hacer la limpieza del pabellón, él quedaba sentado. Así tenía todos los pequeños privilegios y cometía todas las pequeñas prepotencias posibles en una cárcel.

Cuando fui encerrado yo también junto con los demás en aquella cárcel, bastó mi ejemplo de irreverencia y de desobediencia para desmontar, como suele decirse, la vanidad del cabo de varas, y algunos días después nadie le obedecía ya; todos hallaron más cómodo ponerse de acuerdo y hacer juntos, por turno, los servicios menos agradables, hacerse cada cual su cama, poner en común algunos y otros comer por su propia cuenta las cosas extraordinarias que cada cual recibía de fuera los domingos, observar espontáneamente todas las pequeñas normas higiénicas del encarcelado, etc. Si yo hubiere querido — esto es verdad — habría podido hacer girar en mi provecho esa pequeña revolución, aprovechando el ascendiente adquirido con mi revuelta; pero como no lo hice, el espíritu de solidaridad se impuso sobre el de sumisión. Pero todo esto ocurrió, no porque yo me haya puesto a hacer prédicas morales a mis compañeros de detención, o porque les haya hecho propaganda anarquista, etc., sino simplemente porque les hice comprender con el ejemplo y con pocas explicaciones en respuesta a alguna pregunta, que de ese otro modo estaríamos todos mejor.

Ahora bien, si había una moral en el fondo de nuestra pequeña revolución anarquista, circunscripta a las paredes de la cárcel, era una mayor comprensión de nuestra necesidad, de nuestra comodidad, de nuestro deseo de estar mejor.

Así en la sociedad. La necesidad de estar unidos ha sugerido a los hombres ciertas normas especiales de vida; y han creído bien encargar a algunos jefes el coordinar y formular esas normas, el vigilar y hacerlas observar incluso con la violencia. Algunas veces han sido los jefes mismos los que se impusieron a los súbditos por... su bien. Pero el que esos jefes deriven su autoridad de la propia prepotencia sobre los demás o de la elección voluntaria y la sumisión de éstos, lo cierto es que aquéllos se han aprovechado de su condición privilegiada de poder mandar sobre los demás, para obligar a todos a obrar en su interés y en el de los propios amigos y sostenedores, para imaginar una cantidad de normas inútiles y sólo beneficiosas para ellos que impusieron a los demás con la excusa de la utilidad pública; y así por el estilo.

Pero desde el origen, el hecho de la asociación respondía a una necesidad real — necesidad que no es de prever que pueda eliminarse nunca — y es de esta necesidad de la que ha surgido la moral social y humana. En principio debía confundirse con la obscura voz del instinto; pero, generalizándose, de movimiento inconsciente se ha vuelto cada vez más un sentimiento consciente, se ha refinado y elevado, y acabó siendo algo con vida propia. Como la antorcha que nos muestra el camino en la noche, los principios morales que seguimos a lo largo del camino de la vida los hemos encendido nosotros mismos por nuestro bien y por el bien de todos y hemos hecho de ellos la norma del vivir.

Pero, mientras hasta aquí la humanidad ha creído bien, en nombre de esos principios morales, estar so-

metida a los gobiernos y a los sacerdotes encargados de hacerlos conservar, y arrodillarse por tanto ante las leyes y las religiones que sancionaban esos mismos principios, — los anarquistas, y con ellos todos los espíritus superiores y emancipados, han constatado que la obra de todos esos guardianes de la moral humana es lo que de más inmoral puede imaginarse. Las leyes y las religiones han acabado por desecar y fosilizar también aquellos buenos principios de donde tuyen o contribuyen a mantener instituciones políticas y sociales inicuas e injustas, que son la negación de la moral humana, de la justicia, de la solidaridad y de la libertad.

Levantando la bandera de la revuelta contra todas las dominaciones, contra todas las leyes y contra todas las religiones, los anarquistas insurgen por tanto en defensa de la verdadera moral, en nombre de su fe en los destinos mejores de la humanidad. Han comprendido bien que las cosas marcharían mucho mejor si los jefes de los pueblos no existiesen, si las normativas, si las asociaciones de los hombres fuesen libres y no coactivas; se han dado cuenta de que pueden también ponerse de acuerdo entre ellos para administrar en común lo que debe servir al bienestar de todos, y que todos estarán mejor cuanto menos existan entre ellos leyes y gobiernos, jueces y soldados, polizontes y verdugos.

Todo esto no significa ciertamente que los anarquistas no tengan moral; han hecho una propia, interpretan la moral humana formada a través de los siglos de convivencia; la base y el origen de esa moral es la utilidad de cada uno, pero su fin se ha vuelto la utilidad, el bien de todos.

Al principio el hombre no debía ver más que la utilidad personal, en contraste con la de los demás. Su moral era por tanto la del salvaje: es bueno lo que me beneficia, es malo lo que no me beneficia; es bien cuando robo lo de los otros, es mal cuando

otros roban lo mío. Pero a medida que la moral se aparta de ese origen brutal y animalesco y se eleva a una comprensión más vasta de la utilidad, pierde el carácter egoísta y se ennoblece hasta alcanzar la sublimidad del sacrificio por los demás, del sacrificio por la humanidad, del sacrificio por una fe o por una idea.

La utilidad de cada uno está íntimamente ligada a la utilidad de todos los demás hombres: este principio ha terminado por convertirse en conciencia de los más, un sentimiento, una ley moral, que en adelante está tan arraigada en el hábito mental de todos como para constituir un deber, al cual ciertamente se transgrediría muy a menudo, pero se transgrediría con la conciencia de obrar mal. Todos saben que nuestro deber es no perjudicar a otros; y si un impulso más fuerte no nos hace obrar en sentido contrario, frente a la necesidad de un semejante sentimos el impulso de correr en su ayuda. Sería pueril dar hoy una interpretación utilitaria a ese impulso; el joven que entra en un edificio en llamas para salvar a un niño en peligro no razona, no se expone al sacrificio de sí mismo pensando que también él podría un día hallarse en el caso de que otros corriesen un riesgo semejante por él, etc., etc.... Lo hace porque el daño y el peligro de su semejante le excitan y conmueven como si fuesen propios, y siente por tanto muy fuerte la necesidad de correr a evitarlos.

Aun cuando nos falte la fuerza o el valor para correr en ayuda de nuestro semejante en peligro, aun cuando otras preocupaciones adquieran la supremacía, sentimos el mismo impulso bueno de la solidaridad y del amor; y, al resistirle, sentimos además la necesidad de un pretexto para apaciguar nuestra conciencia, que nos habría querido arrojar en la contienda o en el peligro para correr a ayudar a nuestro prójimo. Es este mismo impulso desinteresado de humanidad el que lleva a las minorías revolucionarias a arriesgar la seguridad de la vida, el pan, la libertad y la existencia por una idea. Constituye, como hemos tenido más de una ocasión de notar, la levadura moral de toda revolución destinada a reformar y renovar el mundo.

## UNA OBRA DE INFORMACION Y DE CULTURA REVOLUCIONARIA

"La Protesta,"

Diario de la mañana

Fundado en 1897

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

EDITORIAL

"La Protesta"

Fundada en 1922

La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos. Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero. Colaboradores en los diversos países.

El número suelto 0.10 ctvos.  
Suscripción mensual: \$ 2.50.  
Suscripción trimestral incluido el SUPLEMENTO: \$ 7.50.

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico. Si no conoce esta revista, pida un número de prueba, que se le enviará gratis.

El número suelto: 0.20 ctvos.  
Suscripción trimestral: 1.50; anual, 5 \$.—

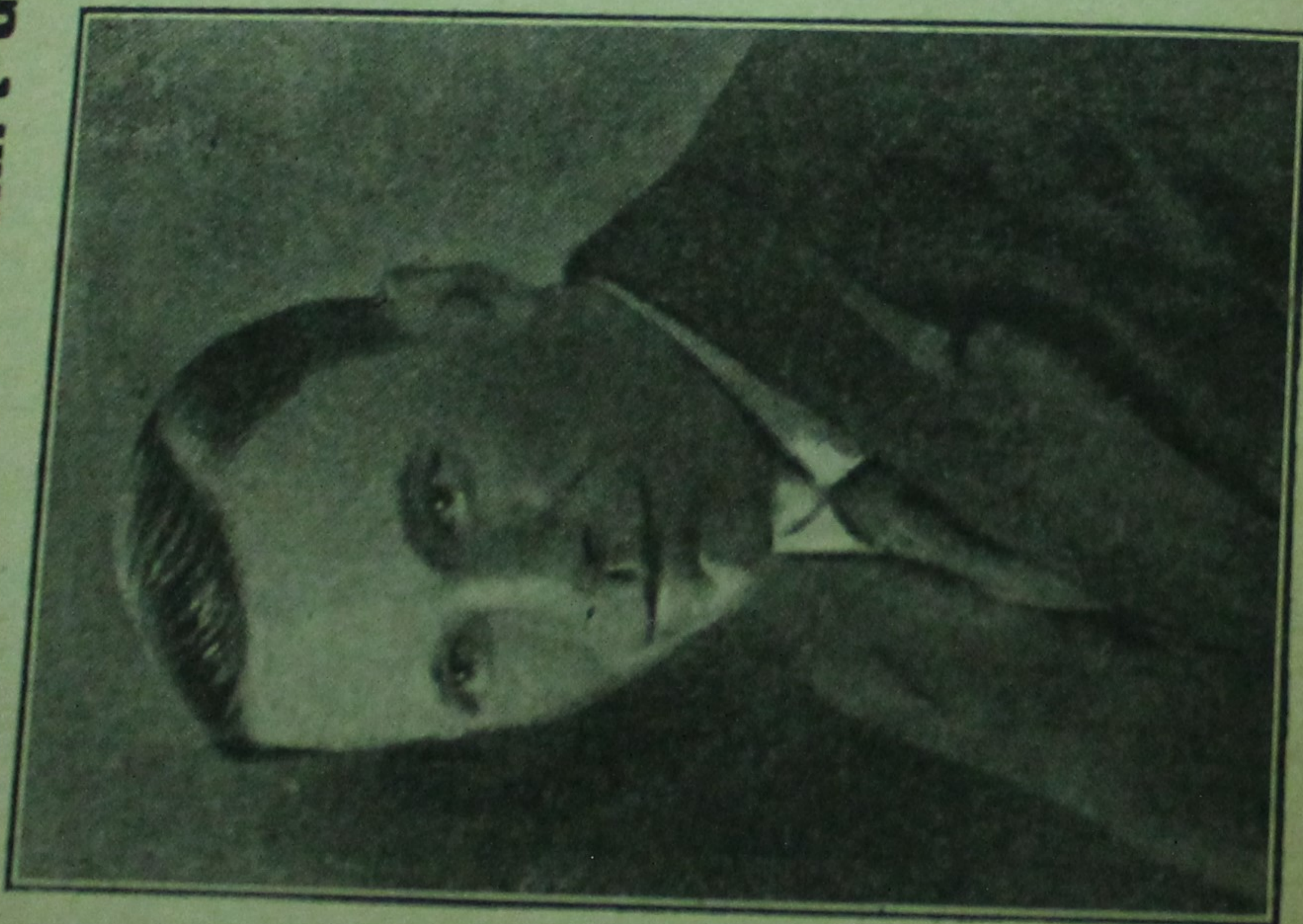
Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará. — Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.

Correspondencia administrativa a nombre de Mariano Torrente:  
calle Perú 1537 — Buenos Aires (Argentina)



Kurt G. Wilckens



B. DE LIGT

## CONTRA LA GUERRA NUEVA

### DESARME AL MODO DE GINEBRA

El coronel holandés P. J. Munnikrede se opuso últimamente a un desarme eventual de los Países Bajos, porque tal acto unilateral estaría en flagrante contradicción con las exigencias de la Sociedad de las Naciones. Si un pueblo se desarmase por amor a la paz, traicionaría los "principios elevados" de la Sociedad de las Naciones. "Un Estado, miembro de la S. de las N. que se desarma unilateralmente, obra de manera inmoral. No queda en situación siquiera de cumplir su obligación más grave hacia la Sociedad y pierde el derecho a ser ayudado o asistido por los otros miembros de la S. de las N."

Todo militar que defiende así, en nombre de la civilización y de la paz, su profesión bárbara, es glés. El 8 de diciembre de 1927, Arthur Ponsonby remitió a Baldwin su valerosa carta en favor de la paz, firmada por 128.770 personas. Baldwin respondió hacia las Navidades que Inglaterra no podía desarmarse justamente porque quiere realizar la paz por el camino de la S. de las N.:

"Apoyar a la S. de las N. y desarrollar su actividad, tal ha sido el objeto de las preocupaciones constantes del gobierno. Los firmatarios del manifiesto presentado el 8 de diciembre, ¿han reflexionado que si su actitud fuese seguida universalmente y la flota y el ejército británicos llegasen a cesar de existir, el derrumbamiento de la S. de las N. se produciría inevitablemente? ¿Cómo podremos, por otra parte, sin fuerza armada, hacer honor a los compromisos que prescribe el artículo 16 del Pacto? La eficacia del tratado de Locarno depende también muy ampliamente de que los contratantes saben que en caso de ataque repentino, la Gran Bretaña volvería contra el agresor su potencia formidable" (1)

### EL FRACASO DE LA S. DE LAS NACIONES

Por otra parte, las cosas no marchan bien, aun examinadas desde el punto de vista del pacifismo de Ginebra. Hemos visto, el año pasado, a lord Robert Cecil y a Henry de Jouvenel dimitir como representantes de sus países a la Sociedad de las Naciones en son de protesta. Esas dos personalidades de carácter bien diferente, han llegado por caminos separados a esta misma conclusión: la política de las grandes potencias es esencialmente contraria a los principios del Pacto. Fuera de la S. de las N. tanto como en su interior, los *Big Five* hacen lo que mejor les parece, sin preocuparse mucho de los otros miembros. El señor de Jouvenel que había representado a Francia en la comisión política, protestó especialmente contra el hecho de que su gobierno evitaba el hacer tratar por la S. de las N. varias cues-

tiones internacionales que debían ser resueltas allí y que practicaba una política de dilaciones que acumulaba las dificultades para el porvenir. En efecto, varios Estados miembros de la S. de las N. siguen, para resolver sus cuestiones internacionales, caminos muy distintos a los indicados por el Pacto. En cuanto a la forma, "quedando siempre en el cuadro del Pacto", se concluyen en todas partes tratados de no agresión, de amistad y de arbitraje que en su esencia violenta los principios de la S. de las N.. Ya Locarno, como lo ha reconocido Briand, dejaba de estar en el espíritu de la S. de las N. Cada vez más se ha vuelto abiertamente a una política de alianza y de tratados militares secretos que divide a Europa en diferentes campos dispuestos a atacarse con las armas en la mano.

Aunque, según el Pacto, la seguridad de los Estados reposa sobre la coalición de todos los miembros de la S. de las N. contra un agresor eventual, la mayor parte de los Estados en cuestión se han esforzado por procurarse garantías suplementarias. Incluso se puede decir que para esos Estados, sus alianzas parecen ser las garantías principales y que consideran la coalición de Ginebra como algo muy secundario. Así Francia y Yugoslavia se comprometen recíprocamente, claro está, en el inevitable cuadro del Pacto "a no entregarse de una parte y de otra a ningún ataque o invasión y a no recurrir ninguna de las partes en ningún caso a la guerra. Pero esa estipulación no se aplica si se trata:

- 1.º del ejercicio del derecho legítimo de defensa;
- 2.º de una acción emprendida para la aplicación del artículo 16 del Pacto de la S. de las N.;
- 3.º de una coacción emprendida en razón de una decisión de la Asamblea o del Consejo de la S. de las N. o por la aplicación del artículo 15 del Pacto de la S. de las N., siempre que en este último caso esa acción se dirija contra un Estado que se haya entregado el primero a un ataque".

Se ha preguntado si, en casos semejantes, se tiene que ver con un tratado de paz o de guerra. Semejantes tratados pululan actualmente en Europa. En vano Erasmo ha hecho notar en otros tiempos al que iba a convertirse en Carlos V que el exceso de los tratados es un signo de mala fe de los gobiernos. El texto de los artículos 3 y 4 del nuevo tratado entre Italia y Albania no parece ni siquiera compatible con las obligaciones oficiales provenientes del Pacto. La S. de las N. es carcomida por sus propios miembros.

### IHR. BEELAERTS VAN BLOKLAND SE EXPLICA

Es verdad que en la última asamblea, los pequeños Estados se han opuesto con fuerza a la usurpación de derechos por los grandes Estados y que la



delegación holandesa ha hecho todo lo posible para poner en marcha la carreta atascada de la paz. Pero su portavoz, el ministro Beelaerts van Blokland, al regresar a los Países Bajos, declaró a los periodistas holandeses que el "desarme" de que se habla en Ginebra es un término inexacto. Según él, ni siquiera las generaciones del porvenir pensarán en desarmarse completamente. Para él *desarme* no significa *desarme*, sino limitación, a lo sumo reducción; el objeto del desarme en Ginebra debe quedar muy modesto y estar íntimamente ligado al arbitraje, a la seguridad. En las condiciones actuales — declaró el ministro —, no puede hablarse casi de reducción de los armamentos.

El resultado práctico de la intervención de la delegación holandesa fué que la asamblea y el consejo se decidieron a crear una comisión anexa a la comisión preparatoria que debe tratar las cuestiones de arbitraje y seguridad. ¿Se tiene razón — prosigue el ministro — para estar satisfecho "aunque no fuese más que un poco" de esa conclusión? *Ihr. Beelaerts van Blokland* reconoce que las comisiones no son generalmente más que máquinas para dilatar los asuntos. En todo caso, dice, la cuestión del arbitraje y de la seguridad está a la orden del día. Pero el camino que lleva a su solución es muy largo. Una comisión no puede hacer nada sin una atmósfera de confianza y ésta no puede realizarse más que lentamente. Según el ministro, lo capital es el desarme moral. No es preciso decir que califica toda guerra ofensiva como un crimen.

En efecto, la asamblea de noviembre de 1927 ha aceptado unánimemente, con las más vivas aclamaciones, la declaración de Polonia según la cual toda guerra ofensiva es prohibida a los miembros de la S. de las N. Esto es evidente, porque las "Altas Partes Contratantes" no cometen nunca semejante ignominia. Sólo los enemigos o los calumniadores podrían acusarles de eso. Durante la gran guerra, no defendía cada cual ardientemente el derecho, la justicia, la democracia o simplemente su vida? Se buscará ahora al agresor como antes se buscaba a la mujer. Por lo demás, en nuestros días la distinción entre guerra ofensiva y guerra defensiva se ha convertido en un juego de palabras diplomático, vacío de sentido.

## LA INTERVENCION DE LOS RUSOS

La participación de los rusos en la última conferencia preparatoria ha removido en todas partes al mundo imperialista. La prensa del pequeño cantón de Ginebra, tanto como los periódicos de los grandes países, estaban furiosos. Sin embargo, Litvinof tuvo al menos el mérito de esclarecer la situación real. El fondo de su discurso se resume en esto: Si queréis desarmaros, comenzad por hacerlo y destruid las flotas, los ejércitos y los aeroplanos de guerra; suprimid el servicio militar, demoleid las fortificaciones, abolid los ministerios de guerra, los estados mayores, etc. La indignación "moral" contra los rusos fué grande porque se pudo constatar que ningún gobierno quería realmente desarmarse — ni siquiera los rusos mismos. Pero estos últimos echan la carta sobre la mesa y si consiguen obligar a los otros Estados a hacer lo mismo, su trabajo en Ginebra no habrá sido inútil. Sin embargo el Estado ruso será bien pronto obligado a descubrir a la S. de las N. su carácter militarista, carácter ¡ay! fatal para la prosecución de la revolución en el país de los soviets.

## DE CARIBDIS EN ESCYLA

En la última sesión de la comisión preparatoria del desarme, en noviembre de 1927, se habló de ello abundantemente durante varios días. Se jugó con animación al escondite. Se instaló el comité de arbitraje y de seguridad, previsto por la asamblea y el consejo, pero ese comité es sin embargo compuesto de modo idéntico a la comisión preparatoria bien conocida, es decir que los expertos militares tendrán allí una influencia perniciosa. El comité y la comisión comprenden los mismos miembros; sólo la presidencia ha cambiado. Se decidió que la conferencia del desarme misma tendría lugar en 1928, "si todo marcha bien", es decir si la cuestión de la seguridad es resuelta en algunos meses — cosa absolutamente imposible.

¿Cuánto tiempo soportarán tan malas comedias los pueblos demasiado pacientes? Es como si se sometiese a una comisión de verdugos la cuestión de saber cómo abolir la pena capital. Las gallinas tendrán dientes antes de que la S. de las N. haya asegurado la seguridad y la paz.

## ARMAMENTOS NUEVOS

Según el anuario de la S. de las N., los gastos militares para los siguientes países eran en 1926:

	Francos oro
Gran Bretaña e Irlanda del Norte . . .	3.097.900.000
Francia . . . . .	1.295.600.000
Italia . . . . .	1.028.400.000
Alemania . . . . .	860.400.000
España . . . . .	692.400.000
Polonia . . . . .	418.800.000
Tchecoslovaquia . . . . .	300.000.000
Yugoslavia . . . . .	222.000.000
Holanda . . . . .	200.000.000
Suecia . . . . .	195.300.000
Bélgica . . . . .	136.100.000
Rumania . . . . .	135.700.000
Grecia . . . . .	130.700.000
Portugal . . . . .	110.700.000
Suiza . . . . .	87.800.000
Hungría . . . . .	80.500.000
Finlandia . . . . .	77.400.000
Irlanda (Estado Libre) . . . . .	74.500.000
Dinamarca . . . . .	67.900.000
Bulgaria . . . . .	51.400.000
Noruega . . . . .	51.200.000
Austria . . . . .	49.300.000
Letonia . . . . .	45.100.000
Estonia . . . . .	24.600.000
Lituania . . . . .	22.500.000
Luxemburgo . . . . .	400.000

Es decir que la "pacífica" Albión gastaba para el presupuesto de guerra 68 fr. 71 por habitante. Francia y Suecia gastaban alrededor de 32 fr. 50, España y Holanda alrededor de 32 francos, Italia 25 fr. 36 y el Japón solamente 18 fr. 41. En cuanto a los Estados Unidos, gastan 25 fr. 85 por cabeza de habitante. Pero como el número de habitantes de los Estados Unidos es de 116.357.000, se sigue que la suma total de sus gastos militares alcanzaba ya en 1925 a los de Inglaterra, y sabemos que los superará cada vez más en el porvenir.

La competencia armamentista continúa. Inglaterra que se considera suficientemente desarmada acaba de ordenar la construcción de 18 barcos de gue-

rra que costarán 11.700.000 libras esterlinas. Es el record de la construcción naval después de la gran guerra. Francia se ve obligada a atender su seguridad de una manera análoga. Habla, lo mismo que John Bull, de las exigencias de la defensa de sus colonias, de la longitud de sus costas, etc., argumentos que sostienen los socialistas franceses. El inquietante militarismo de Italia impulsa, además, a Francia a fortificarse en el Mediterráneo. El gobierno italiano propone un reclutamiento extraordinario de 200 oficiales aviadores para defender el honor de la patria nueva. En una palabra, aunque las frases varían, los hechos siguen siendo los mismos.

## EL FRACASO DE LA CONFERENCIA NAVAL

Aunque el asceta calvinista Coolidge juega a Guillermo el taciturno, hay una cuestión sobre la cual se ha expresado abundantemente como verdadero servidor del antiguo dios de los combates. Aunque condenando la política de la competencia armamentista, subrayó hace algún tiempo las responsabilidades que incumben a los gobiernos obligados a asegurar a sus países una "defensa" correspondiente a las necesidades, diciendo: "Tenemos necesidad de armamentos navales muy poderosos; es necesario desarrollar también nuestra aeronáutica".

He ahí la respuesta al fracaso de la conferencia naval celebrada el año pasado en Ginebra por los Estados Unidos, Inglaterra y el Japón, conferencia que fué esencialmente un conflicto velado con motivo de la supremacía de los mares entre los imperialismos británico y norteamericano. A guisa de disensión, Inglaterra sostuvo la tesis francesa de la seguridad, los Estados Unidos en cambio defendieron el otro refrán de Mariana: la limitación del tonelaje global contra la limitación por categorías. Inglaterra, que, al rechazar el protocolo, había destruido ya todas las posibilidades del desarme en Europa, las destruyó también para el mundo entero al rehusar ponerse de acuerdo con los americanos sobre la cuestión de los cañones de 6 y 8 pulgadas.

Los americanos que, no queriendo soportar la supremacía británica sobre los mares, no habían ido más que para dirigir un último ultimátum al imperialismo inglés, hicieron oír esencialmente que no tolerarían nunca una interrupción de su tráfico marítimo como ocurrió durante la guerra de 1914, en ocasión del bloqueo inglés contra Alemania. Apenas simulada por cuestiones técnicas, esa conferencia no fué en el fondo más que un debate por la supremacía mundial y sobre la libertad de los mares — la Nación inglesa lo ha reconocido francamente.

## PACIFISMO AMERICANO "DERNIER CRI"

Desde entonces, el presidente Coolidge ha enviado una comisión especial a las Filipinas para examinar: 1.º si el pueblo está en estado de "independizarse"; 2.º como puede ser modificado el cultivo del "rubber"; 3.º de qué modo pueden ser agrandadas sus fortificaciones. No es preciso decir que para que el gobierno norteamericano reconozca que los habitantes de las Filipinas están maduros para la independencia, será preciso estar convencidos de que éstos no tienen otro deseo que el de quedar completamente dependientes de los Estados Unidos desde el punto de vista económico y político-estratégico. Dada la situación especial de esas islas en el océano Pacífico

y dado el amor del presidente Coolidge por la paz, la expresión "Coolidge el Pacífico" tiene pues doble sentido.

A este respecto, advertimos como sorpresa y regalo de Nochebuena de 1927, el pedido del ministro norteamericano de la marina, Wilbur, hecho en nombre del presidente:

1—La adición a la flota norteamericana de 71 unidades.

2—La creación de nuevos astilleros de construcción.

3—El desenvolvimiento de las bases navales: a) Para el Atlántico: en Rhode Island y en Florida. b) Para el Pacífico: En San Francisco, Puget Sound, Pearl Harbour (Haway), Cavite (Filipinas).

IV. — Créditos importantes para aumentar la inclinación de todos los cañones de la flota, es decir para acrecentar su alcance.

En Inglaterra se comienza a reconocer que una guerra entre Estados Unidos y el imperio británico se vuelve cada día más posible, tanto desde el punto de vista político-económico como técnico. En efecto, ¿contra quién, sino contra Inglaterra tienen necesidad los Estados Unidos de esos 60 cruceros? ¿Contra quién si no contra Inglaterra tienen necesidad de la flota más poderosa del mundo? Los Estados Unidos se arman locamente para dominar el Asia en despertar y la Europa en declinación, en una palabra, el universo.

Sin duda, una guerra entre los Estados Unidos e Inglaterra parece todavía bastante lejana. No es menos verdad que hay que impedirla a todo precio. La tendencia agresiva de los armamentos norteamericanos es un índice inquietante. A pesar de algunas frases de los políticos norteamericanos sobre la "defensa nacional", su nuevo proyecto naval, con sus 26 cruceros de combate de 10.000 toneladas cada uno, tiene un carácter netamente ofensivo (2). Y como es generalmente el caso, esa concurrencia naval y aeronáutica es acompañada de una concurrencia comercial encarnizada. En América del Sur, el imperialismo de los Estados Unidos rechaza cada vez más la influencia británica. Ya la gran prensa de esa parte del mundo es controlada por los capitalistas de América del Norte. La lucha entre esos dos rivales — Inglaterra y Estados Unidos — para obtener la supremacía en el petróleo se prosigue hasta el Asia y Rusia; y la lucha por la conquista del algodón hasta Abisinia. Como lo hemos visto, esas dos potencias se disputan así el control económico de China. He ahí lo que significa la frase de Coolidge: "El poder militar y naval de los Estados Unidos está siempre al servicio de la paz mundial".

## EL UNICO CAMINO

Para el desarme y la paz no queda más que un camino a seguir: el que hemos indicado. Se adopta felizmente cada vez más. En Francia — donde la nueva ley sobre la conscripción fué propuesta y defendida en el parlamento por ese mismo Paul Boncour que habla tanto en Ginebra y que, aparentemente a causa de lo que observa, sostiene en París el principio de la defensa nacional, en Francia, decimos, todo el mundo no está tan satisfecho del giro de los acontecimientos como lo están algunas damas enfermizamente apasionadas por el sufragio universal. Marianne Rauze, en "Les Libérés de toutes les Guerres", ha publicado la única conclusión que se impone: "Hoy, gracias a los progresos de la guerra científica, gracias a los perfeccionamientos del



asesinato universalmente legal, he ahí a las madres movilizadas... ¡Oh, madres refractarias! ¡Saludémonos!"

(1) En la "Revue de Genève" de marzo de 1928 William Martin constata también que la Suiza justamente como miembro de la S. de las N. no tiene derecho a desarmarse, lo mismo que no importa qué otro miembro. El autor recuerda que cuando el gobierno de Dinamarca tuvo intención de desarmar a su país, por decirlo así, completamente, se le dio a entender que tal acto estaría en contradicción flagrante con sus obligaciones ante la S. de las N.

(2) Como por otra parte también el Saratoga, barco de guerra que lleva alrededor de 80 aeroplanos militares que pueden ser transportados así a no importa qué punto del mar para dar a los aviadores americanos la ocasión de hacer llover los beneficios de la civilización "hipermoderna" sobre no importa qué punto de la tierra.

## FAUNA POLITICA EL CACIQUE

En lo que llamaríamos "somático" de la política — de la nuestra — suele también confundirse cacique y "leader"; la confusión proviene de que en ambos se reconoce una condición común, y es la de dirigentes de partidos políticos, o grupos o facciones (esto último al cacique). Pero la sinonimia no puede ser más arbitraria, tanto en lo objetivo como en lo subjetivo. Algunos partidos tienen a su frente un "leader", un jefe, al paso que otros, con menos suerte, no pueden contar sino con caciques. Entre cacique y "jefe", — no obstante la analogía señalada, en cuanto uno y otro son conductores de grupos y de partidos políticos — hay, digo, diferencias que modifican hasta la fisonomía de los partidos mismos. El cacique, — como lo denota su propio nombre, que corresponde a la naturaleza de la "institución" — sólo consigue verdadero ascendiente sobre elemento inferior, ignorante, supersticioso... Hace, pues, del partido, o del "grupo", una "conducta". El "jefe", por el contrario, logra elevarse en un medio distinto; en un elemento superior, consciente y responsable. De donde se deduciría también cierta superioridad intelectual y moral, en sentido lato, de un partido político sobre otro.

El cacique es intrigante, conspirador y amoral, y aun, a veces, inmoral; por lo demás, en razón de su notoria falta de cultura no puede ser ni orador ni escritor; porque para ello no bastan los sucedáneos con que se triunfa a veces en política; y cuando (lo que es raro), sorprende con un discurso, la paternidad no le pertenece. A diferencia del cacique, el "leader" es orador, es publicista. Y en punto al *modus operandi*, el uno en penumbra, el otro a la luz, sus "medios", y también sus "fines", son distintos.

En un "jefe" se conciben ideas más o menos orgánicas; en el cacique sólo ideas "fijas"...

Pero entre el cacique y el "jefe" se puede admitir un tipo intermedio, el "caudillo", que es forma caciquil más evolucionada, y que se la refiere a un

sujeito a veces superior, aventurero y aun simpático. También en nuestra historia es un tipo definido. Por lo demás, la forma caciquil, su *substratum*, o sea, el afán de "mandar", la propensión al autoritarismo, no sólo se ve en la esfera politicogubernativa; también puede verse, y suele verse, en las universidades. Es decir, que hay también "caciquismo universitario", tanto en el gobierno de las facultades como en el de las entidades estudiantiles...

Prof. R. BIELSA

## ESPIGANDO

La Italia fascista

En la Italia fascista hay una cifra media mensual de 975 quiebras confesadas, mientras que en Alemania hay sólo 766 y en Inglaterra 425.

Además, se advierte una disminución del 30 al 40 por ciento del envío de fondos por los emigrados.

Eso habla con más elocuencia que Mussolini sobre la verdadera situación italiana.

## Contra la perversión clerical

El 37 congreso nacional del Libre pensamiento francés, celebrado en el mes de septiembre del año pasado, entre otras resoluciones adoptó una con el siguiente contenido:

"Los libres pensadores, reunidos en Congreso el 23 de septiembre de 1928 en Chamalières-Clermont - Ferrant,

Considerando que la ley es igual para todos los franceses;

Que en ningún caso y en ninguna circunstancia, la calidad de sacerdote de una religión cualquiera puede valer a un individuo culpable de un delito o de un crimen para su impunidad;

Que en particular los sacerdotes católicos, llevados en su mayoría a la obscenidad y al sadismo, por la observancia de una continencia contra natura, y la preparación para el sacerdocio que les impone el estudio en el seminario de los más repugnantes tratados de lujuria, sobre todo en vista de la confesión, se hacen frecuentemente culpables de atentados contra niños; que lejos de denunciarles a la autoridad judicial, sus superiores eclesiásticos les eximen de toda sanción penal favoreciendo su fuga y ocultándoles en casas religiosas; que así cometen el doble delito de ocultamiento de malhechores y de complicidad castigado por el código penal francés; que, por altamente que estén situados esos superiores, ocultadores y cómplices de criminales, en la jerarquía de la iglesia, la justicia, que no tiene que conocer su

## BIBLIOGRAFIA

**PIERRE RAMUS.** — La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico. — Primera parte: Fundamentos sociales del comunismo anárquico. — Un vol. de 189 págs. Editorial Argonauta, Buenos Aires, Precio: \$ 1.20.

Por fin ha visto la luz la primera parte de la famosa utopía económica de Pierre Ramus, que se venía anunciando desde hacía varios años. La segunda parte aparecerá en breve, según anuncian los editores. Se trata de una obra única en su género en la literatura anarquista y que ningún amante de una futura sociedad sin Estado y sin capitalismo deberá dejar de leer, de estudiar y de juzgar. Es una solución a problemas en que todos estamos interesados, y en estos años de confusiónismo, una solución, aunque no sea del agrado de todos, vale más que ninguna solución. Sería interesante que este libro sirviera de base a una fecunda polémica entre los anarquistas, sobre los caminos y los medios para acelerar la salida de este "valle de lágrimas" en que nos ha tocado vivir. Nunca sería más oportuna que ahora esa polémica, dado que de tantas partes se apremia por una revisión táctica de los medios de lucha y de ciertas interpretaciones del anarquismo. Ya esta primera parte de *La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico*, contiene afirmaciones que chocan con cierto doctrinarismo dogmático que solemos constatar con demasiada frecuencia en nuestros compañeros. El comunismo anárquico de Pierre Ramus no es el comunismo anárquico kropotkiniano absoluto, al menos en su forma generalmente conocida. Ramus tiene una mayor preocupación por la libertad individual, a juzgar por este libro y se adelanta a exponer una interpretación personal de las ideas que no siempre coincide con la ortodoxia, en tanto que se puede hablar de tal en el anarquismo. Por eso mismo estas páginas harán pensar a los lectores, que abordarán así con más preparación la lectura de la verdadera utopía, que se contiene en la segunda parte, de próxima aparición. La Gilda de Amigos del Libro distribuye esta obra a sus asociados.

## DE NUESTRO CANJE

Francia: *Il Monito*, anarquico, anno IV, N.º 13 (12 de diciembre 1928), París.

— *Le Combat Syndicaliste*, órgano de la C. G. T. S. R. (Huart, 86 cours Lafayette, Lyon, Rhone), año II, N.º 17 (diciembre de 1928).

Austria: *Erkenntnis und Befreiung*. Organ des herrschaftlosen Sozialismus; año X, Nos. 49 y 50 (del 2 y 9 de diciembre de 1928, respectivamente). Viena.

Estados Unidos: *Freie Arbeiter Stimme* (en yidish). Año XXX, N.º 1.503 (diciembre 14 de 1928). New York and Philadelphia

España: *Despertad!*, Vigo; año I, segunda época, N.º 29 (15 de diciembre de 1928).

— *Etica*, revista de educación individual; año II, N.º 23 (diciembre de 1928), Barcelona.

Uruguay: *La Tierra*, periódico anarquista, N.º 234 (diciembre 17 de 1928), Salto (Osmani y Llerena 318).

rango — y menos cuando la república no reconoce ningún culto —, no debe vacilar un minuto en asegurarse de su persona, como lo haría con un individuo cualquiera.

Se maravilla de que el obispo o el coadjutor que, de un modo criminal, favorecieron la fuga del cura Pichon, de Monthéry, no hayan sido detenidos.

Pide al gobierno la iniciación contra esos encubridores de un criminal de derecho común de una instrucción judicial, estando su culpabilidad superabundantemente demostrada por sus mismas semi-confesiones, la entrega del obispo y de su coadjutor ante la jurisdicción competente, en este caso la Corte de Assises, por encubrimiento y complicidad".

También esa resolución dice bastante por sí misma sobre un estado de cosas que repugna tratar en detalle.

## Sobre el ejército francés

En el ejército francés hay 106.000 oficiales y soldados de carrera o profesionales, a los que se agrega un contingente anual de 200.000 soldados, 150.000 soldados indígenas, 15.000 guardias republicanas móviles, sin contar los millares y millares de agentes y subagente militares.

## La población del Japón

El Japón, con 385.522 kilómetros cuadrados tiene una población de 58 millones de habitantes. Los nacimientos por año llegaron en los años 1920 - 1925 a 754.700; en 1926 a 941.000. Pero la mortalidad es extraordinaria. En 1924, la mortalidad francesa era de 1,5 por mil habitantes, de 6,4 en Suiza, de 6,8 en Inglaterra, de 8,1 en Alemania, de 12,6 en el Japón.

Calculando la densidad de la población según el terreno de cultivo, se obtienen estas cifras: España, 90 habitantes por kilómetro cuadrado; Francia, 108; Alemania, 185; Italia, 305; Bélgica, 394, y el Japón, 969.

En 1924 había 4.979.018 pequeñas propiedades agrícolas, el 73 por ciento de las cuales no tenían una superficie mayor de una hectárea y el 50 por ciento eran menores todavía, hasta de media hectárea. Frente a esa propiedad minúscula se tiene 46 por ciento de la superficie de la tierra cultivable en manos de latifundistas. La tirantez de relaciones entre el latifundista y la propiedad minúscula en el Japón es característica; en 1927 hubo 3.000 conflictos. Y días pasados han llegado noticias de luchas enérgicas entre los pequeños propietarios y sus explotadores.



## Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—	
"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873)	\$ 0.50
Edición especial, papel pluma .....	" 1.—
Encuadernado en tela .....	" 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán .....	
Edición especial, papel pluma .....	" 1.20
Encuadernado en tela .....	" 2.—
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo" .....	" 3.50
RUDOLF ROCKER.—	" 0.15
"Johann Most, la vida de un rebelde".	
Prólogo de A. Berkman. Dos tomos.	
Precio de cada tomo .....	" 1.50
"La maldición del practicismo" .....	" 0.10
RUDENKO.—	
"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company .....	" 0.15
JAMES GUILLAUME.—	
"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica) .....	" 0.20
MIGUEL BAKUNIN.—	
(Obras Completas)	
I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán .....	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau .....	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau .....	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau .....	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela ..	" 3.50
ERRICO MALATESTA.—	
"Anarquía" .....	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri ..	" 0.30
PEDRO KROPOTKIN.—	
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" ..	" 0.50
Encuadernado en tela .....	" 1.50
"A los jóvenes" .....	" 0.10
LUIS FABBRI.—	
"Cartas a una mujer sobre la anarquía" .....	" 0.50
Encuad. en tela .....	" 1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo" .....	" 0.20
C. LOMBROSO y R. MELLA.—	
"Los anarquistas" (Estudio y réplica) ..	" 1.—
NIDO, ROCKER y NEMO.—	
"Nacionalismo y anarquismo" .....	" 0.20
SEBASTIAN FAURE.—	
"Mi Comunismo" (La felicidad universal) .....	" 2.—
Encuadernado en tela .....	" 3.50
"Temas Subversivos" .....	" 1.50
También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:	
La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.	
J. DEJACQUE.—	
"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus .....	" 0.50
WILLIAM MORRIS.—	
"Noticias de ninguna parte" .....	" 1.—
ELISEO RECLUS.—	
"A mi hermano el campesino" .....	" 0.10
"La anarquía y la iglesia" .....	" 0.10
JUAN CRUSAO.—	
"Carta Gaucha". 7.ª edición .....	" 0.10
D. A. DE SANTILLAN.—	
"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo ..	" 0.10
AGUSTIN SOUCHY.—	
"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) ..	" 0.30
S. RADOWITZKY.—	
"La voz de mi conciencia" .....	" 0.10
VARIOS.—	
"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.ª, encuadernado en tela .....	" 2.—
ANSELMO LORENZO.—	
"El derecho a la evolución" .....	" 0.10
ANA M. MOZZONI.—	
"A las hijas del pueblo" .....	" 0.10

# LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII  
N.º 300

BUENOS AIRES, FEBRERO 18 DE 1929

20 Centavos  
El ejemplar

PORTE PAGO



### SUMARIO DE ESTE NUMERO :

REDACCION: Apuntes. — El próximo número del SUPLEMENTO — LUIS FABBRI: Ideas y críticas —  
EDUARDO MILANO: El primer paso hacia la anarquía — JOHANN MOST: La peste religiosa —  
ELISEO RECLUS: El porvenir de nuestros hijos — D. A. DE SANTILLAN: El capitalismo moderno — DONXOR: Primo de Rivera — J. ALCINA NAVARRETE: Fragmentos —  
MAX NETTLAU: La responsabilidad y la solidaridad en la lucha obrera —

BIBLIOGRAFIA



## APUNTES

### LA NIVELACION DE LOS SALARIOS

El capitalismo no se sostiene por la fuerza o la inteligencia de la burguesía, sino por haber sabido encontrar en sus mismas víctimas los puntos de apoyo y los baluartes de defensa mejores. La vitalidad del capitalismo, más que en ninguna otra cosa está en el envenenamiento mental de la sociedad entera con las aspiraciones y la mentalidad capitalistas. Y no excluimos de ese círculo funesto al proletariado, ni siquiera de una manera absoluta al proletariado revolucionario.

Una cosa es llevar en los labios una prédica anticapitalista y otra obrar y pensar con conciencia esencialmente hostil al capitalismo. No es anticapitalista la simple lucha del obrero por la elevación de los salarios en tanto que tal, porque esa lucha puede llevarse a cabo con una conciencia y un espíritu capitalistas, que por desgracia están demasiado generalizados.

A ese arraigo del capitalismo en los espíritus hasta de los que más enemigos se dicen del presente orden de cosas se debe la lentitud del progreso de las ideas realmente justicieras, igualitarias y libertarias, sobre las cuales será preciso edificar la sociedad del porvenir.

Hace casi treinta años que Max Nettlau escribió su folleto inolvidable sobre la responsabilidad y la solidaridad en la lucha obrera. Teóricamente fué aceptado por todos los anarquistas y sindicalistas revolucionarios; pero en la práctica no se ha dado un paso adelante en ese sentido. Y es que los conceptos expuestos por nuestro compañero, las líneas de conducta a seguir que se desprenden de aquella idea magistral del trabajo responsable, son profundamente anticapitalistas.

Lo mismo podríamos decir de otra idea que se ha aceptado teóricamente por cuantos reflexionaron sobre ella, pero que en la práctica no ha tenido ninguna eficacia ni ha suscitado ninguna energía en pro de su realización: la idea de la nivelación de los salarios.

En la desigualdad de los salarios tiene el ré-

gimen capitalista sus más seguros puntales. ¿Qué se ha hecho, qué se hace para quebrantar esos sostenes? Digamos que no se hace nada digno de mención. Ni siquiera se hace propaganda para divulgar ese concepto y estimular al proletariado a ponerlo en práctica.

Veamos algunas consecuencias de la desnivelación de los salarios en el terreno internacional. Con las nuevas formas del capitalismo repercutirá menos que hasta aquí la diversidad de altura del salario en los diferentes países, porque en general el factor obrero tiene menos importancia ya que el factor mecánico. Pero con el capitalismo de la libre concurrencia los efectos de la desigualdad de salarios eran desastrosos para las luchas del trabajo con el capital. Así hemos visto a los capitalistas trasladar sus industrias a las colonias, donde los trabajadores eran obligados a trabajar jornadas extraordinariamente largas por jornales excesivamente restringidos, teniendo eso por resultado una desocupación permanente en las metrópolis, la emigración de brazos, el malestar económico, etc., etc. O bien se favorece a los industriales de un país contra los de otro, que a su vez se esfuerzan por contrarrestar la competencia mediante el empeoramiento de las condiciones de trabajo y de los salarios de los propios trabajadores. ¿Cuántas veces se ha visto a los capitalistas resistirse a aceptar un pliego de condiciones o imponer en la primera ocasión una reducción de salarios o un aumento de la jornada con el pretexto de que los obreros de otro país concurrente se someten a condiciones peores, lo cual permite a sus amos competir por la baratura de sus productos en el mercado! Y no hablemos ya de la emigración que lleva hacia el lugar hoy favorecido por altos salarios a caravanas de obreros de determinados oficios que luego provocan el exceso de brazos, la caída de los salarios y la desocupación.

Y lo que pasa en el orden internacional sucede más o menos en el orden nacional, por efecto de la desigualdad de los salarios en

las diversas provincias y regiones. Y peores aun, porque afectan más directamente la psicología obrera, son las diferencias de salario entre gremio y gremio. Por una parte esas diferencias rompen toda solidaridad de clase, toda conciencia unitaria, toda mancomunidad de esfuerzos y de pensamiento contra el enemigo común, por otra los gremios más favorecidos adquieren una especie de posición aristocrática, que suscita el odio y la desconfianza de los más pobremente remunerados. El obrero de un gremio privilegiado mira de arriba a abajo los oficios que no alcanzaron su nivel económico de bienestar material, y espiritualmente se siente más solidario con la burguesía que con el resto de los trabajadores. Eso se puede constatar a todas horas y en todos los ambientes.

Nosotros hemos reconocido como un hecho real la división de lo que se llama clase obrera y frente a los predicadores del "frente único" no nos ha importado reivindicar el mote de escisionistas. Pero en el fondo somos los más legítimos partidarios de la unidad de clase, de la unidad del proletariado contra el capitalismo y el Estado, sus enemigos naturales; sólo que no pretendemos alcanzar esa unidad con declamaciones retóricas, sino con algo más positivo, con la reivindicación de la igualdad de salarios o al menos con una tendencia en ese sentido. El día que la corriente de justicia de la nivelación de los salarios tuviese una relativa fuerza en los hechos prácticos, el frente único que hoy predicaban los bolchevistas se produciría espontáneamente en las grandes masas.

Lo mismo hay que decir de las diferencias de salario dentro del mismo gremio y de la misma localidad. Pero sobre todo lo que mantiene un espíritu antiigualitario y antilibertario es la remuneración diversa del obrero de oficio y del peón en el mismo establecimiento. Algo han hecho contra la escisión resultante de esas condiciones nuestros sindicatos; sin embargo, la idea de nivelar los salarios ha hecho muy pocos progresos. El Obrero de oficio considerase con derecho a una remuneración mayor, no porque sus necesidades sean más grandes que las del simple peón, sino por haber logrado aprender un oficio. Sobre esa desigualdad material, que se traduce pronto en desigualdad espiritual y de clase, no es posible cimentar una nueva sociedad de justicia.

Igualmente por lo que se refiere a la remuneración diversa de las mujeres y de los hombres que trabajan. En fin, la desigualdad de los salarios se convierte así en un factor de estabilización del régimen capitalista por obra

misma de sus víctimas, porque con un salario mayor o con uno menor, un hecho queda siempre en pie: que se es asalariado, es decir esclavo, es decir no libre.

Los anarquistas deben unir a sus reivindicaciones inmediatas, tanto por las ventajas prácticas para la lucha y la organización revolucionaria contra el capitalismo, como por las condiciones teóricas, por la mentalidad que sugiere, la nivelación de los salarios en todos los órdenes de vida y de trabajo, sea internacional como nacionalmente, en todos los oficios y dentro del mismo oficio, sin olvidar a la mujer. De ese modo lucharán directamente por formar el nuevo espíritu social dentro de la vieja sociedad del privilegio.

### LA GUERRA QUE VIENE

En un aspecto marca el pensamiento anarquista actual, sin duda alguna, un camino bien meditado y seguro para llegar a resultados positivos: en el aspecto de la guerra a la guerra, de la lucha contra el militarismo. En este terreno ningún otro partido o tendencia, ninguna ideología europea o asiática, antigua o moderna, tiene tanta claridad y una lógica tan irreprochable.

La guerra no se combate con el militarismo. Los bolcheviques hablan de pacificación, de desarme, pero, lo mismo que Calvin Coolidge proponía la reducción de los armamentos navales al mismo tiempo que aprobaba los créditos monstruosos de las nuevas construcciones, mientras en Ginebra Litvinoff hace demagogia en favor del desarme completo de las naciones, la escuela superior de guerra del ejército rojo celebró en todo el país el décimo aniversario de su creación. Esa escuela superior de guerra de la Rusia bolchevista es un almacén de veneno militarista, como las escuelas y academias militares de los Estados "burgueses". Sólo que hay una pequeña diferencia: mientras los cadetes de las escuelas y academias militares de los países capitalistas, son por lo general de origen aristocrático o "hijos de papá", en las escuelas militares rusas predominan los cadetes de origen proletario y campesino. He aquí las cifras de la escuela superior de guerra rusa: en 1919 tenía entre sus alumnos 13.8 por ciento de obreros, 19.6 de campesinos y 66 por ciento diversos, entre ellos muchos jóvenes oficiales. En 1928 cuenta 77.7 por ciento de obreros y campesinos y 11.9 por ciento de antiguos oficiales. Entre los alumnos el 77.8 por ciento son comunistas y el 99 por ciento tomó parte en la guerra civil (v. L. Leontin, en



"L'Ere Nouvelle", diciembre de 1928, París). El director de la escuela es el general zarista Eideman y el 42 por ciento del profesorado está compuesto por antiguos oficiales del zar, entre ellos Svetchin, Novitzky y Bobroolski. Indudablemente ese no es el camino de la paz y de la abolición de la guerra. Se cambian los uniformes del ejército, se cambian las consignas, pero el militarismo queda intacto.

Nadie ha descubierto tampoco mejor que los anarquistas las mentiras del patriotismo, del nacionalismo, de la defensa nacional, etc., etc.

Para nosotros no hay agresores ni agredidos en las guerras; no hay más que agresores; no hay vencedores y vencidos, sino sólo vencidos. Y de la mano de esas constataciones que no es necesario demostrar, porque la gran experiencia de 1914-18 ha sido suficiente probatoria, fijamos nuestra actitud mental y nuestra posición práctica en todos los conflictos bélicos entre las naciones.

Recientemente hemos tenido el conflicto boliviano-paraguayo; después del ruido de los primeros tiempos, se ha resuelto postergar la ejecución de planes meditados hace mucho en los conciliábulos diplomáticos. En ese choque, que se produjo prematuramente para culminar en la guerra hecha y derecha, se arguyó por parte de Bolivia que el Paraguay había provocado la acción militar; el Paraguay ha replicado en sentido opuesto, culpando de todo a Bolivia; nosotros hemos gritado que los gobiernos y la burguesía de ambos países eran los agresores y provocadores, y teniendo presente que los resultados de una guerra no habrían significado la victoria de un pueblo sobre el otro, sino la derrota de ambos pueblos y la victoria exclusiva de los respectivos gobiernos, fijamos automáticamente nuestra posición irreductible contra la guerra amenazante, sin dejarnos llevar de prejuicios nacionalistas.

La guerra es cosa de los que mandan y de los poderosos, de los gobiernos y de los capitalistas; de los pueblos no es más que la revolución. Y no hay sofisma que pueda hacernos pensar en lo contrario.

A pesar de la locura nacionalista del Paraguay y de Bolivia, incluso de las masas obreras, salvo las debidas excepciones — locura producida sistemáticamente por el envenenamiento mediante la escuela, la prensa y la propaganda oficial, los pueblos no tienen en la guerra ningún interés propio que defender y en cambio pueden perderlo todo. Al contrario, en la revolución los pueblos defienden las bases fundamentales de su vida material y moral. Y sacrificio por sacrificio, más vale sacrificarse por los propios intereses que por intereses aje-

nos y diametralmente opuestos, como son los intereses de los gobiernos y de los capitalistas en comparación con los del proletariado, con los de los verdaderos productores.

## HACIA LA DICTADURA

No sabemos si Irigoyen ha estudiado la historia alemana y ha visto el papel inmenso que han desempeñado las universidades en la formación del imperialismo germánico y de la dictadura del emperador, pero si no la ha estudiado y no sigue el ejemplo alemán, lo cierto es que la Argentina revela una singular coincidencia con la Alemania de los Hohenzollern desde el punto de vista de la reacción.

No es para nadie un secreto que el irigoyenismo tiende a la dictadura franca; de hecho está ya implantada, y sus testimonios inmediatos los tenemos en sus restricciones a la libertad de palabra y de crítica, en las invasiones militares a las provincias más o menos afectas a su autonomía y a sus caudillos, etc., etc. Esa pretensión de someterlo todo al poder central es de corte esencialmente dictatorial. El contagio, por lo demás, no podía detenerse ante Irigoyen, ensoberbecido por su triunfo electoral en las pasadas elecciones.

Pero la implantación franca de la dictadura requiere ciertas condiciones previas; ante todo es preciso confundir los intereses del irigoyenismo con los intereses nacionales, lo mismo que el fascismo en Italia y el bolchevismo en Rusia comenzaron por confundirlos y acabaron por sacrificarlos y por posponerlos, de tal modo que toda vida al margen de esos partidos triunfantes es sofocada despiadadamente en nombre del porvenir, de la civilización, etc. El que piense en Rusia en desacuerdo con el partido bolchevista, mejor dicho con su comité central, es un contrarrevolucionario digno de ser enviado a Siberia o fusilado; el que en Italia se atreve a emitir una opinión no autorizada por Mussolini es un enemigo de la patria susceptible de todos los castigos. Parece que se advierte la negra aurora del día en que en la Argentina será un crimen pensar en disonancia con el cartabón irigoyenista. La obra en ese sentido ha comenzado ya. Se pretende conquistar primero las universidades, donde hay una juventud que, si va a la oposición, sería demasiado peligrosa. En lugar de iniciar la dictadura mediante la formación de milicias fascistas, como en Italia, o de una Ossoviachim como en Rusia, Irigoyen piensa, como los emperadores germánicos, abrirse el camino hacia el poder absoluto mediante las universidades, y

para ello no se consentirá otro profesorado que el afiliado o simpatizante del irigoyenismo. ¿Qué es lo que espera a un país cuyas capas intelectuales consienten pasivamente semejante monstruosidad? Le espera la dictadura de Irigoyen, el envenenamiento de la juventud universitaria, la confusión popular y el fascismo del partido radical. La dominación de la escuela es tarea fácil, porque de hecho la escuela oficial fué siempre un instrumento pasivo del régimen político imperante, pero la universidad se había conservado un poco más independiente hasta ahora. Una vez dominada ella, no quedará otro foco de resistencia que el presentado por nuestro movimiento obrero libertario, que ya ha comenzado a ser aislado mediante el obrerismo presidencial, a que tuvieron el mal pensamiento de someterse los sindicatos de la Unión S. A., teóricamente partidarios de la acción directa. Nosotros no nos cansaremos de llamar la atención hasta de los que se dicen "enemigos", no debiendo ser más que "adversarios", para que reaccionen a tiempo y comprendan el peligro que entraña para el porvenir proletario y para el porvenir cultural de este país, la dictadura de Irigoyen. Si citamos a la U. S. A. no es con el fin de desprestigiarla, sino de llamar la atención de sus elementos conscientes para remediar con medidas oportunas los avances del irigoyenismo en su seno. Hay que defender la independencia del movimiento obrero contra las intervenciones políticas, y hay que estar siempre alerta para que no nos arrebaten ninguna de las conquistas progresivas tan duramente obtenidas. Contra el pensamiento de la dictadura debemos trabajar, cada cual en nuestro ambiente, todos los que nos damos cuenta de los peligros de su advenimiento; para ello no es preciso ninguna comedia de pactos solemnes; sólo hay que demostrar la voluntad de oponerse a la reacción obrando prácticamente. Cuando Irigoyen tenga las universidades y colegios nacionales en manos de sus secuaces, la obra de la fascistización seguirá su curso y poco a poco nos encontraremos, no sólo nosotros, sino todos, todas las corrientes de pensamiento, todos los partidos, ante este dilema: o doblegarnos y reconocer a Irigoyen o desaparecer. Esa es la esencia de la dictadura moderna.



## El próximo número del Suplemento

Dedicaremos el próximo número de esta revista al estudio del "socialismo constructivo", uno de los temas ya abordados en sus páginas, pero no suficientemente esclarecido. Así queremos despertar el interés de los lectores por el estudio y por la comprensión de los infinitos horizontes que se abren al movimiento y a la iniciativa revolucionaria.

El "socialismo constructivo", sobre el que queremos en lo sucesivo transcribir alguna documentación regularmente, se expone cada vez más frecuentemente en la prensa anarquista; aunque es un viejo pensamiento, para la mayoría de nuestros lectores tendrá el interés de la novedad. Por eso hemos juzgado necesaria la transcripción de un estudio histórico previo de Rudolf Rocker, que seguramente ha de ser saboreado por todos los compañeros, y cuya difusión vale la pena.

Después de este número especial, pensamos dedicar otros a reflejar las nuevas corrientes pedagógicas renovadoras de la escuela, a exponer la crítica del anarquismo a la idea religiosa y a la iglesia y a recoger materiales y documentos sobre problemas de discusión y de estudio del anarquismo.

Esta revista será así un archivo indispensable para todos los estudiosos y para todos los que en el anarquismo ven algo más que una simple adhesión verbal, sin ninguna otra preocupación y sin ninguna otra inquietud.

¡Camaradas paqueteros y agentes! Se os recomienda la mayor difusión posible del Suplemento.

**"LA PROTESTA"**  
(diario)

y el **SUPLEMENTO**  
(revista quincenal)

Suscripción mensual a ambas publicaciones, \$ 2.50. — Pago adelantado.

Todo importe remítase a Mariano Torrente. — Perú 1537.



LUIS FABBRI

# IDEAS Y CRITICAS

## LA MORAL DE LA LIBERTAD

La evolución de la moral humana va del egoísmo a la solidaridad, en este sentido: que el egoísmo individual, entendido como tendencia natural a la satisfacción del propio yo, no desaparece de ningún modo, al contrario, permanece el resorte principal de las acciones humanas, pero encuentra su satisfacción, lo perfecciona y lo amplifica cada vez menos en el contraste entre los hombres, y cada vez más en su solidaridad.

Cuando creemos ver el origen de todo impulso de simpatía y de solidaridad entre los hombres en el egoísmo y en el utilitarismo, no hacemos más que una hipótesis, ciertamente. Por fortificada que sea por las pruebas de la lógica, por el testimonio de pensadores y filósofos insignes, nosotros, sin embargo, damos a esa hipótesis un valor relativo.

Lo que nos interesa, en realidad, son las cosas tales como son y no sus lejanos orígenes en los tiempos de los tiempos. Es cierto e indiscutible que la moral de la solidaridad humana, tenga o no origen en la rebusca de la utilidad por parte de los hombres, en su aplicación procurará a los hombres una suma de utilidad fácilmente imaginable. Eso no tiene necesidad de demostración: no sólo los hombres, ayudándose recíprocamente, alcanzan una más elevada y completa satisfacción de sus necesidades, sino que se mejoran y aumentan las alegrías de la vida con los más dulces y elevados placeres del espíritu, sea del intelecto o del sentimiento.

El más grave obstáculo material que, en la vida de este perfeccionamiento moral humano, se opone a la realización y a la organización de la solidaridad humana, es constituido hoy por todas las instituciones autoritarias burguesas. Eso determina contra éstas la lucha revolucionaria de los anarquistas. Y anarquistas y revolucionarios se es, no como se podría ser persuadidos por la solución de un problema aritmético, no por la sola y fría deducción lógica, no por la sola convicción razonada, sino por un fuerte sentimiento del alma, — sentimiento formado por el deseo de una elevación cada vez mayor de la dignidad humana, formado por todo el amor a las cosas bellas y buenas, formado por todo el odio a las tiranías, las prepotencias y las explotaciones.

La anarquía se presenta así como el medio para restablecer el equilibrio entre el individuo y la sociedad, de modo que no sean como ahora sofocadas las tendencias a la solidaridad por los más agudos sufrimientos de la miseria y de la opresión: sufrimientos que obligan a cada uno a defender la propia existencia en daño de los otros, a tratar de condenar al hambre a los otros para asegurarse la vida a sí mismo. Sólo en una sociedad igualitaria y anarquista

la utilidad de cada uno será la utilidad de todos, y viceversa.

Entonces el individuo sentirá más fuerte el vínculo que lo liga a la humanidad, estando sus intereses directamente ligados a los intereses de todos, siendo su libertad posible sólo a condición de que la sepa respetar en los otros como los otros la respetarán en él.

Esta necesidad de estar de acuerdo (lo hemos dicho ya), esa necesidad de solidaridad es inherente en el hombre; esa necesidad, convertida en sentimiento y en conciencia a través de la evolución, ha terminado por constituir, en las relaciones de los individuos en el seno de las sociedades humanas, lo que llamamos moral.

Así consideramos como acción "inmoral" todo lo que ofende ese instinto nuestro de solidaridad humana; es inmoral lo que produce dolor, daño, disminución de bienestar y de libertad a uno o muchos individuos, — a menos que el daño no sea querido o determinado por la necesidad de evitar o combatir un daño mayor. Se comete una acción inmoral cuando en beneficio propio y en perjuicio ajeno se hace algo reconocido como injusto y que no se quisiera hecho contra uno mismo. En este sentido es, viceversa, moral en una sociedad lo que no lesiona la libertad, el bienestar y la vida de los coasociados; es moral todo lo que tiende a defender la libertad, el bienestar y la vida de cada uno, y que por consiguiente combate toda violencia u ofensa a la libertad, al bienestar y a la vida de un individuo o de una colectividad.

En este sentido se puede y se debe decir que los anarquistas ejercen una acción moral, en cuanto que, combatiendo contra el privilegio político y económico, contra toda coacción y dominación del hombre sobre el hombre y contra toda explotación, combaten precisamente contra la inmoralidad que consiste en la violación sistemática de la libertad, del bienestar y de la vida de los ciudadanos; y tienen un fin moral en tanto que, con una organización libertaria de las relaciones sociales e igualitarias, de las condiciones económicas, quieren aumentada la suma de bienestar y de libertad de todos y de cada uno.

Como se ve, la base de la moral de la solidaridad es siempre el precepto de que se atribuye el mérito a Cristo, pero que había sido pronunciado ya por los filósofos paganos e hindúes, de no hacer a los otros lo que no se quisiera que se le hiciera a uno mismo; precepto negativo que se completa con el positivo de hacer a los otros lo que se quisiera que los otros le hicieran a uno mismo. Como todas las fórmulas, también ésta, en su árida sencillez, es entendida en un

sentido amplio y complejo y no demasiado a la letra; pero el lector comprende por sí el concepto libertario de tal principio, que Kropotkin ha ilustrado magníficamente en su notable escrito sobre "la moral anarquista" y en algunos otros de sus trabajos más conocidos.

Esta norma, en la sociedad actual de base individualista, del "cada uno para sí" — los cristianos agregan "y dios para todos" — sería ciertamente demasiado evangélica y se traduciría en una norma antisocial de renunciamento, si fuese tomada demasiado a la letra y aplicada, en el régimen de opresión, solamente por los oprimidos, — practicando todo lo contrario los otros por el hecho mismo de ser opresores. Eso equivaldría a dejar libre curso, sin resistencia, en daño nuestro y de todos nuestros semejantes, a las peores formas de opresión y de explotación que caracterizan a la sociedad burguesa. Pero en una organización social libre y solidaria, se traduciría en el común acuerdo para hacer todos juntos, del mejor modo reconocido, cuanto es necesario para la satisfacción de las necesidades materiales y morales de cada uno; pues los individuos se habrán asociado precisamente para eso: para poder obtener de la asociación humana la mayor utilidad posible para cada uno de sus componentes.

Una interesante interpretación tan materialista de lo que se suele llamar la "moral" — a la que se da un sentido tan elevado y espiritual y a la que se refieren tantas nobles ideas abstractas de justicia y de amor, — parecerá chocar contra el idealismo que hemos reconocido como uno de los más eficaces resortes revolucionarios. Pero eso puede parecer sólo a quien no tiene el valor o la voluntad para analizar y remontar a los orígenes de las propias ideas y sentimientos. También el amor de dos prometidos puede elevarse a las alturas más inmateriales y espirituales; pero eso no impide que su determinante más íntimo y su último objetivo más natural sea la necesidad fisiológica del contacto sexual y la satisfacción del instinto de reproducción. Se equivocaría uno al desconocer esta verdad natural, que sólo el inmoral prejuicio cristiano del pecado original quiere hacer aparecer impura.

Esta moral libertaria no tiene nada que ver, se entiende, con la moral de las convenciones, de los preceptos religiosos y de las leyes imperantes en la sociedad actual, las cuales, si en alguna parte responden a ciertas necesidades y al presente estadio de la evolución, en la generalidad son una inmoralísima codificación de la injusticia, de la violencia, del malestar de los más, de la muerte de muchos.

La moral burguesa y autoritaria sanciona en nombre del patriotismo el asesinato colectivo, en nombre de la familia el mercedonismo y el uxoricidio, en nombre del orden público la prisión y también la muerte de quien no piensa o no obra como quiere la autoridad constituida, en nombre de la religión la ignorancia, y así sucesivamente; y todo esto, a pesar de que, ni el amor al lugar nativo, ni el amor a los propios hijos y allegados, ni el deseo del orden y de la tranquilidad social, ni una concepción propia aunque errónea de índole religiosa, siempre que sean libres y no impuestos por la fuerza, tengan en sí nada que choque con la concepción humana de la moral. Pero es, como hemos notado, la imposición violenta, la codificación y la fosilización formal de tales sentimientos lo que les hace desviar, les corrompe, les dirige contra sí mismos, les adapta forzosamente a servir intereses extraños, y en fin anula

en ellos todo efecto miral: en una palabra los hace inmorales.

Quitemos al principio moral todo sostén o intrusión autoritaria y coactiva, todo carácter de obligatoriedad, toda forma de sanción legal y — mientras la moral verdadera y humana quedará viva y cada vez más animadora de la vida individual y social por la propia virtud que la sublimiza — todo lo que en torno a ella ha nacido y ha sido construido de parasitario y de artificioso caerá sin más como hojas secas de un árbol. Solamente la libertad integral reivindicada por los anarquistas purificará en el mundo de los hombres la moral. Por eso los anarquistas reniegan de toda la así llamada "moral", hoy prostituida a las iglesias, a los gobiernos, a los amos. Pero los anarquistas tienen su moral: ella, fruto de la evolución de los instintos de conservación y de solidaridad heredados de nuestros más lejanos antepasados, está ya en la vida y en el pensamiento, en todos los sentimientos humanos, y es un fuerte coeficiente de progreso y de elevación individual y colectiva.

Aquellos que, despreciando la moral contemporánea, corrompida por las religiones, por el privilegio y por la autoridad, se dicen hoy constantemente y en acto de desafío *amoraless*, y no quieren oír hablar más de moral, porque la creen una sola y misma cosa con la religión, el privilegio y la autoridad, caen en un burdo error. Son como aquellos otros que niegan toda organización porque la organización actual es autoritaria, sin comprender que la organización puede ser libertaria y que sin organización la vida misma sería imposible. Sería lo mismo que rehusarse a comer, sólo porque a veces las comidas son malas o insuficientes.

En un escrito suyo, "*La anarquía es inevitable*", decía Kropotkin: "Ninguna sociedad podría sostenerse sin admitir ciertos principios morales; si todos se habituasen a engañar al prójimo, si no se contase más sobre la palabra y las promesas de los unos y de los otros, si cada uno tratase a su semejante como enemigo contra el cual toda guerra es justificable, la sociedad desaparecería". Y, agregamos nosotros, no la sociedad burguesa solamente, — lo que no sería un mal, — sino toda sociedad humana.

Por tanto la moral, en el sentido que los anarquistas le reconocen, no es más que la enunciación de los principios esenciales a la vida social e individual, reconocidos como tales después de la experiencia secular y de los dictados de la ciencia y de la razón, convertidos en conciencia viva de la humanidad.

El hombre, que no es malo ni bueno de manera absoluta, como un producto de la naturaleza, del ambiente y de la evolución, por instinto de conservación se viene orientando poco a poco hacia aquel régimen de vida más conforme a sus necesidades materiales, intelectuales y espirituales; así como las raíces de un árbol se esparcen hacia aquellos puntos de la tierra que les son más propicios, y como ciertos animales emigran y transmigran hacia las regiones donde mejor pueden vivir. La aspiración del hombre a ese mejoramiento suyo cada vez mayor constituye su impulso moral; y la constatación que hacemos de esa orientación instintiva del hombre por medio de la razón, nos conduce a establecer la "moral" propiamente dicha.

Podemos con una relativa facilidad distinguir los conceptos morales verdaderamente conformes a la naturaleza humana, de los crecidos sobre los prime-



res como hongos venenosos, por culpa de las malas instituciones sociales, siempre con la misma piedra de toque que es la libertad: es decir libertando nuestro juicio de todos los preceptos determinados por las imposiciones de las iglesias, por los gobiernos y por los amos, y teniendo por norma solamente el bien propio y el ajeno. Todo lo que no rompa el pacto de fraternidad y de solidaridad es justo, es lícito, es moral; todo lo que lo rompa o lo viola es inmoral.

Por eso es inmoral la constitución social presente capitalista y autoritaria, que hace del hombre un lobo contra los otros hombres; por eso será moral la revolución que hará posible la libre y fraternal convivencia humana según el principio de la solidaridad, con la eliminación de todas las tiranías y de todas las explotaciones.

### EL ANARQUISMO COMO TENDENCIA UNIVERSAL Y COMO PROGRAMA PRACTICO

En los momentos de depresión y de crisis, en las horas tristes de la inercia o de la impotencia, no es raro oír elevarse voces airadas de reclamo a la acción. No pocos, especialmente entre aquellos que no saben realmente qué hacer, son los que, descontentos de todo y de todos, maldiciendo en todo instante el presente, dirigen la mirada impaciente al porvenir, y para aproximarse a él invocan un mayor trabajo práctico en el movimiento social y revolucionario.

"Tenemos bastante — se dice — de abstracciones metafísicas, basta de doctrinarismo, basta de principios absolutos; pongámonos a la obra en el terreno de la realidad; queremos hechos!" Este lenguaje corresponde a un estado de ánimo perfectamente natural y contiene en sí una aspiración humana justísima. Su defecto, sin embargo, consiste en no darse cuenta de su vanidad, mientras permanece exhorto genérico. Y el no saber qué hacer se convierte en un peligro doble, en cuanto la inercia puede ser su resultado, cuando una concepción demasiado absolutista del movimiento impide cualquiera realización práctica; o bien de la impaciencia por obrar puede derivarse el olvido de los principios directivos, con la consecuencia desastrosa de entrar por un camino erróneo y que conduce al punto opuesto a aquel a que se aspira.

Los anarquistas, a causa de las grandes dificultades que todavía se oponen a una realización visible y concreta aunque pequeña de sus aspiraciones, están más propensos a caer en el primer error, a descuidar el trabajo práctico, a no tener en cuenta la situación contingente, y a abstraerse por tanto completamente en lo absoluto. De aquí el desequilibrio y la falta de preparación cuando las necesidades de la lucha se imponen, cuando los acontecimientos se producen y exigen prontas decisiones sobre el terreno práctico y de los hechos. Surge de todo esto un problema: el de las relaciones, en el seno del anarquismo, entre el ideal absoluto de emancipación integral futura de toda autoridad y de toda explotación y la necesidad inmediata de trabajar prácticamente, como partido revolucionario, en el seno del movimiento social actual, por una realización *relativa* del ideal, por la aplicación de éste al terreno de los hechos.

El anarquismo, lo hemos dicho más de una vez, tiene un doble aspecto y por tanto una doble función en el movimiento social. Es una tendencia so-

cial hacia una limitación cada vez mayor de la autoridad del hombre sobre el hombre, — autoridad política y económica, autoridad religiosa y moral, — y como tal vivirá siempre, a través de los tiempos, aun cuando la sociedad haya conseguido instaurar una organización suya, no ya basada en la propiedad individual y en el Estado; es decir, aun cuando se haya realizado un orden socialista libertario sobre la base de la asociación voluntaria, tal como es el objetivo de los anarquistas militantes desde Bakunin en adelante.

Al mismo tiempo que el anarquismo es una tendencia general, como partido militante tiene otro aspecto. Es un programa de reivindicaciones definidas y tasativas, elaboradas a través de un movimiento de medio siglo, cuya realización sería posible desde ahora y que los anarquistas se proponen como objetivo preciso de la revolución. Se proponen, como tarea de su movimiento de partido, la destrucción de las causas de la explotación y de la opresión según las ven hoy; se proponen la abolición de los gobiernos y del privilegio económico para instaurar sobre sus ruinas un orden nuevo, en donde la propiedad socializada sea administrada directamente por sus verdaderos productores (los trabajadores), por medio de asociaciones federadas entre sí, en las cuales la cooperación voluntaria sustituya los organismos estatales y autoritarios actuales.

Esa sociedad, que nosotros llamaremos una vez más socialista-anarquista (por mucho que la palabra "socialista" pueda ser poco grata a cuantos están aquejados de verla adoptada hoy en un sentido completamente... antisocialista) será siempre una aplicación *relativa* de los principios absolutos del anarquismo. Porque, y también esto se ha dicho muchas veces, el resurgimiento de una sociedad sobre bases libertarias no significará, sin embargo, que todo mal sea evitado y que no perduren o se introduzcan en la convivencia humana formas viejas y nuevas de autoritarismo contra las cuales se sentirá también entonces la necesidad de rebelarse. La tendencia anarquista continuará también en anarquía agitando las almas, impulsando los espíritus hacia una elevación cada vez mayor de la dignidad individual, hacia relaciones todavía más libres entre hombre y hombre.

Y bien, estos dos aspectos — de tendencia general según hacia qué moverse y de programa establecido que se quiere realizar — determinan una doble función también en el movimiento anarquista actual: doble función que el movimiento debe desarrollar en el terreno de los hechos, si se quiere que el anarquismo sea algo vivo y práctico, verdaderamente revolucionario, idealista y utilitario al mismo tiempo.

A su vez, estos dos aspectos del anarquismo, de los cuales el segundo quiere ser la realización práctica y por tanto relativista del primero, son ambos, todavía en sentido relativo, aplicables y aplicados por los anarquistas tanto en la lucha cotidiana y revolucionaria como en medio del propio movimiento específico de partido.

La tendencia a una liberación cada vez mayor del individuo, aunque no pueda ser de modo absoluto satisfecha ni siquiera en formas más civilizadas y más libres de convivencia social, obra sin embargo desde hoy como resorte de progreso, inconscientemente, en la evolución social general; y más conscientemente, es decir voluntariamente, apriorísticamente, se manifiesta por medio del movimiento anarquista. Esta tendencia, determinada por toda una evolución anterior, a su vez se convierte por medio del movimiento anarquista en una determinante de la evo-

lución; es decir representa la colaboración de la voluntad humana en esta evolución de la sociedad hacia órdenes sociales cada vez más libres.

Los anarquistas llevan este espíritu libertario suyo, hacen obrar esta voluntad suya, a todos los movimientos en que participan, comenzando con el esfuerzo por educarse en él ellos mismos, como medio de autoperfeccionamiento. Reaccionan así contra los instintos y las tendencias autoritarias o serviles del propio temperamento, que permanecen todavía en ellos, sea por atavismo, sea por educación, sea por influencia del ambiente. Pues también entre los anarquistas hay quienes se dejan transportar por tendencias malsanas antilibertarias, sin tener la fuerza de voluntad para reaccionar contra ellas. De aquí la necesidad, y por tanto el *deber* de que operen esa reacción en ellos mismos, porque toda revolución moral — y el anarquismo es una verdadera y propia revolución moral, — debe comenzar por sí mismo.

Esta consciente y activa tendencia libertaria se refleja por el individuo sobre el ambiente circunstante. Todo individuo participa, guiado por tales preocupaciones, en la vida de sus semejantes, en la vida práctica de cuantos tienen con él comunes aspiraciones, intereses, sentimientos, ideales, — sean éstos de índole política o económica, material o intelectual, científica o filosófica, ligados al movimiento obrero o no, referentes a problemas morales o a otros en apariencia los más lejanos de lo que está estrictamente ligado a la cuestión social. El anarquista, de cualquier cosa que se ocupe, en cualquier campo que desarrolle su actividad, aunque fuese en campo extraño a su programa de lucha, no tolera formas de imposición y de coacción y se rebela contra ellas o ayuda a los otros a rebelarse.

"No sólo los anarquistas", se nos dirá; y es verdad; pero mientras en los otros se trata de rebelión instintiva, casi siempre egoísta, de defensa del propio derecho, en los anarquistas la rebelión es una rebelión consciente, que se conecta con su ideal superior de justicia, en defensa del derecho de todos además del propio.

En el campo intelectual y filosófico, el anarquista es un ferviente apóstol de la libertad de pensamiento. Como tal participa en todo movimiento tendiente a libertar el intelecto humano de todas las supersticiones y preceptos dogmáticos de las religiones reveladas, de la política y de la moral. En el campo científico se rebela contra los dogmas de la ciencia oficial, se opone a la fosilización de las teorías científicas y niega todo límite preestablecido, toda imposibilidad absoluta, toda certidumbre absoluta, pues para el anarquista que se dedica a la ciencia, toda verdad tiene un valor contingente, relativo, siempre susceptible de corrección, de revisión y de negación necesaria.

En este sentido los anarquistas siguen una vía común a muchísimos filósofos libres pensadores y a muchísimos hombres de ciencia, no pretenden tener ellos el mérito de haberla descubierto y de ser los únicos en seguirla. Pero los anarquistas, los que se ocupan de disciplinas filosóficas y científicas, tienen de particular, en comparación con los otros filósofos y hombres de ciencia, la persuasión apriorística, formada a través del estudio de las experiencias pasadas y bajo el impulso de la propia necesidad de libertad, — también en el campo intelectual el método de la libertad es el mejor camino para llegar a la

verdad. Y a las asociaciones o grupos filosóficos y científicos llevan esa preocupación libertaria y la aplican a sus relaciones y a todas sus manifestaciones prácticas.

La tendencia libertaria impulsa a los anarquistas, en el campo político y social, a hacer propias todas las causas de libertad, sin distinción de personas o de clases; sea que se trate de resistir una arbitrariedad gubernativa o una prepotencia patronal, sea que las víctimas se cuenten entre los individuos de las clases acomodadas o entre los proletarios, sea que los oprimidos sean una clase o una raza. Nosotros hemos visto siempre en primera fila a anarquistas combatiendo en favor de los obreros explotados por los patronos, pero también de las poblaciones y nacionalidades oprimidas por las naciones conquistadoras, de las razas perseguidas, etc., fuesen los sudafricanos o los irlandeses violentados en su independencia por Inglaterra, los cretenses gimiendo bajo el yugo turco, las poblaciones indígenas de las colonias oprimidas por Francia o por Italia y así sucesivamente.

Los anarquistas, aun siendo en su casi totalidad elementos de la clase trabajadora, no solamente se conmueven por las injusticias e infamias de que son víctimas los propios compañeros de partido o de clase, sino por todas las injusticias e infamias, aunque cometidas en daño de adversarios de ideas o pertenecientes a las clases dirigentes. Por tanto es natural que la tendencia anarquista se manifieste especialmente en medio del proletariado que combate por su emancipación. Pero como la emancipación del proletariado de la tiranía capitalista será una gran obra de liberación, la más grande tal vez de que hablará la historia futura, ¿no es natural que en ella la tendencia anarquista desarrolle su máxima función?

Responde por tanto a la tendencia hacia la integral libertad la participación de los anarquistas en el movimiento obrero, en sus organizaciones, en sus huelgas, en sus luchas pequeñas y grandes, en todas sus manifestaciones. Toda demostración, todo movimiento o conmoción del pueblo, tendiente a sacudir un yugo, a disminuir su peso, a limitar la explotación y a aumentar la libertad individual y colectiva, está en la directiva de la tendencia anarquista.

Sin embargo, todos los movimientos de este género, precisamente porque son originados por determinantes diversas, si son tendencialmente anarquistas desde un punto de vista general, no pueden serlo nunca enteramente, y en el sentido estricto de la palabra, en sus detalles, en sus medios y en todas sus actitudes. Corresponde en cambio a los anarquistas, conscientemente tales, que participen en ellos, darles voluntariamente la propia orientación, inspirando todos los actos propios y aquellos sobre los cuales puede llegar la propia influencia, incluso los menos importantes, según el criterio de libertad y de autonomía del anarquismo.

Entre las diversas formas de actividad que dividen el campo obrero, los anarquistas eligen con preferencia las que más responden a sus tendencias, y participan en ellas. Donde quiera que la permanencia activa no es hecha imposible por medidas prohibitivas o por obligaciones que contrastan con su conciencia, pueden en efecto estar presentes, aunque fuesen las sociedades obreras más anodinas y las más moderadas, para constituir allí la levadura más o menos palpable de reivindicación libertaria.

Esta actividad multiforme tiene un valor tendencialmente anarquista incluso por su eficacia educativa, pedagógica.

No hablo de la actividad especial que muchos an-



arquistas despliegan — y la obra de Francisco Ferrer ha sido su manifestación heroica, que culminó en el martirio — en el campo educativo y pedagógico propiamente dicho, en las disciplinas que más particularmente se refieren a la educación y a la instrucción de las nuevas generaciones. Los progresos de la pedagogía y de la escuela a través de los siglos han tenido siempre un carácter revolucionario y, especialmente en el último siglo, han asumido un carácter cada vez más libertario (1). En este campo el movimiento tendencial hacia la anarquía es más notable aún.

La propaganda y la acción de los anarquistas se propone también, como hemos dicho, la realización de un programa definitivo de reformas sociales. Si así no fuese, el anarquismo no podría constituir un movimiento en sí, de contornos precisos; y sería más bien una escuela filosófica (aunque guiando la acción) que un partido político-social propiamente dicho. Si los anarquistas no tuviesen un programa reconstructivo además de negativo, si no se propusieran desde este momento nuevas relaciones entre los hombres como para substituir a las presentes, podrían en la práctica pertenecer también a otros partidos, conformes con representar en cada uno la tendencia más libertaria. En efecto, en todos los partidos reformadores, aun en los más moderados, existen espíritus tendencialmente anarquistas, que por lo demás no hay que menospreciar en la valoración del progreso social. Hay también algunos anarquistas, especialmente de las corrientes más individualistas, que parecen interpretar exclusivamente en ese sentido el anarquismo.

Pero según nuestra opinión, estos últimos se equivocan. El anarquismo no tendría un carácter eficazmente revolucionario, si los anarquistas no se propusiesen realizar lo antes posible la anarquía, tal como es consentida ya relativamente por los hombres como son actualmente, sin esperar una transformación demasiado radical y por tanto demasiado lejana de estos últimos. Los hombres, si quisieran, podrían desde ahora constituir una sociedad sobre bases libertarias. Y dado que los anarquistas lo quieren, es lógico y necesario que traten por medio de la propaganda y de la acción de realizar este ideal suyo, sea transfundiéndolo en el mayor número posible su propia voluntad, sea atacando con fines destructivos los obstáculos políticos y económicos que se oponen a ello, sea preparando los elementos necesarios para su triunfo y para su realización práctica, sea preparando la revolución y preparándose a hacer que la revolución haga posible la máxima transformación de las conciencias y de las instituciones en el sentido por ellos querido.

Esta obra se confunde en gran parte con toda la actividad compleja del anarquismo que hemos expuesto más arriba, hasta ser casi siempre la misma. Sólo que proponiéndose un objetivo definido, se vuelve más orgánica y más conexada, y da al conjunto de los anarquistas el carácter de partido político-social definido, que compromete a sus adeptos a orientar la propia actividad en la más completa coherencia con el objetivo preciso que se proponen alcanzar. Menos intelectualista, esta obra se desarrolla en

medio de la clase obrera no sólo con el fin de desarrollar en su seno una conciencia libertaria, cuyos frutos sean más que de otra naturaleza de índole moral, pero especialmente para que la clase obrera, bajo el impulso de su interés y por su fuerza numérica, sea el artífice de la transformación social auspiciada por los anarquistas; es decir para que sea el elemento primero que haga posible la constitución de una sociedad socialista anárquica y la permanencia de una sociedad socialista anárquica. Así, los anarquistas favorecen, ayudan y participan en la asociación económica de los productores, para que las organizaciones corporativas puedan estar prontas a continuar la necesaria administración de la propiedad, vuelta social, durante y después de la revolución.

Precisamente para que las asociaciones obreras, que casi ciertamente serán llamadas, — al menos en los primeros momentos de la revolución y para ciertas ramas y servicios más importantes de la producción, — a substituir el Estado y el capitalismo en la administración de los servicios públicos y en la organización de la producción y del consumo comunista, no nos vuelvan a llevar al día siguiente de la revolución al punto de partida y no reconstruyan en beneficio de categorías especiales o de individuos poderosas otras formas de privilegio económico y de poder político, los anarquistas tratan con todas sus fuerzas de influir para que las actuales organizaciones de los trabajadores se mantengan extrañas a todas las cosas del Estado burgués, y viceversa, impidan que los organismos de la burguesía intervengan en las cosas que se refieren a los obreros organizados. Por la misma razón — y no sólo para satisfacer sus tendencias autoritarias, — los anarquistas tratan de que las asociaciones obreras escapen a la influencia de los partidos políticos de gobierno o que aspiren al gobierno, y de que eviten en su seno y combatan toda forma de autoritarismo personal y coactivo, siempre que sea posible, dadas las circunstancias y dada la actual mentalidad de las masas que hay que cambiar, pero que sin embargo no se cambia nunca bastante en el sentido libertario.

Como además la actividad necesaria para preparar la revolución y los elementos de la revolución y para preparar las condiciones necesarias al establecimiento de un régimen anarquista no basta — digan lo que quieran los anarquistas especializados con el nombre de sindicalistas —, que se desarrollen solamente en el terreno de las competencias económicas reservado a las asociaciones de oficio, los anarquistas son partidarios también de la organización libre para otros fines, dirigida a propósitos políticos y morales, de propaganda y de acción revolucionaria: grupos para la difusión de las ideas, grupos de defensa social, grupos más dedicados a una obra de ofensa contra ciertos órganos de la burguesía (antimilitaristas, antirreligiosos, etc.), grupos ocasionales surgidos por las circunstancias, grupos de preparación material revolucionaria, grupos de acción directa, y así por el estilo.

Subsiste junto a la necesidad de todo eso, también la otra necesidad de una organización anarquista específica, permanente, en vasta escala, en extensiones de territorio cada vez más vastas, del grupo local a la internacional anarquista, aun en las formas exteriores, para la propaganda y la lucha, con un programa anarquista bien preciso y definido. Naturalmente una organización semejante — del género de la Unión anarquista italiana, de la Unión anarquista comunista francesa, de la Federación anarquista co-

munista alemana, etc., — no podrían recoger más que un número relativamente limitado de anarquistas, es decir solamente aquellos que estuviesen bien de acuerdo en torno a un núcleo de ideas centrales y a un programa determinado de actividad permanente e inmediata.

Pero la existencia de una organización semejante, aun siendo necesaria en relación a sus objetivos específicos, no podría ni debería, sin cesar de ser anarquista, ser exclusiva ni pretender el monopolio del anarquismo. Su existencia no podría ni debería excluir la existencia de otras agrupaciones anarquistas, ni la actividad eventual de los mismos desorganizados; no sólo eso, sino que esa organización especial, para ser realmente eficaz y no neutralizar los efectos benéficos del propio trabajo, debería mantenerse en relaciones de buena vecindad, de mutua cordialidad y de cooperación, y permitir y facilitar la cooperación de sus adherentes, — con todas las otras agrupaciones o individualidades aisladas, caso por caso, para todas aquellas iniciativas sobre las cuales sea posible el acuerdo y una actividad común.

Pero en la base de todas estas formas de organización — como punto de partida, — queda la conciencia individual de los anarquistas convencidos y voluntariosos, de donde surgen las primeras agrupaciones locales. De estas primeras células del más vasto movimiento anarquista se derivan las más diversas iniciativas y se inicia la participación de los anarquistas en la vida social y en todo el movimiento del anarquismo.

to general de progreso hacia una libertad cada vez mayor y un más amplio bienestar para todos. Son estos grupos los que realizan la función de tener relacionados a los anarquistas en torno al objetivo común, cualquiera que sea el ambiente elegido por los individuos como campo de la propia actividad.

Tales grupos son todavía más indispensables en tantos pequeños centros (en Italia son innumerables) en donde no se ha desarrollado la industria y no existen organizaciones proletarias verdaderas y propias. Allí el grupo de propaganda es el único medio para mantener vivo el fuego sagrado de la idea y para preparar también en aquellos lugares los elementos posibles para la participación en los movimientos revolucionarios que se inicien en localidades más afortunadas y más apropiadas.

El movimiento anarquista propiamente dicho, así como hemos tratado de delinear en sus diversos aspectos, tiene por tanto sus fines concretos, dirigidos a un porvenir próximo, según un programa establecido de destrucción y también de reconstrucción: es el viejo programa socialista-anarquista-revolucionario que nos ha sido transmitido por la gran Asociación Internacional de los Trabajadores, elaborado en su seno y transformado sólo poco y mejor precisado en lo sucesivo. La realización de ese programa será, repetimos, la puesta en práctica relativa de las tendencias generales de nuestro espíritu hacia la libertad integral absoluta, que es el principio fundamental del anarquismo.

EDUARDO MILANO

## EL PRIMER PASO HACIA LA ANARQUIA

### I LA HUMANIDAD A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

Hubo una época remotísima en que los hombres, no rebelados todavía contra las leyes de la naturaleza, vivían en perfecta anarquía.

En el comunismo de las riquezas naturales, en la máxima independencia entre ellos, los hombres primitivos debieron disfrutar de tal felicidad que el recuerdo de aquellos tiempos ha llegado hasta nosotros a través de millares de generaciones.

La leyenda popular cuenta cómo en aquella época los ríos eran de miel, los poetas la llamaron la edad de oro, y los fundadores de religiones, para hallar una excusa a los infinitos males que luego agobiaron al género humano, dijeron que el hombre había sido expulsado de aquel Edén por castigo de dioses despiadados, inexorables.

¿Cuál es la verdadera causa de los grandes males que atormentaron después, y atormentan todavía a la humanidad?

Rousseau escribió: "Maldito el primer hombre que rodeó de vallas la tierra y dijo: esto es mío; aquí creó la propiedad y destruyó la fraternidad".

De la propiedad individual nació la diferencia de intereses que dividió a los hombres y les arrojó en lucha perenne entre ellos; lucha que creó el poder, la clase de los gobernantes y de los gobernados, de los opresores y de los oprimidos, de los ricos y de los desheredados, de los explotadores y de los explotados. Lucha que, comenzada entre hombre y hombre, se extendió a la familia, a la tribu, a la comuna, al Estado.

Desde entonces en adelante la historia de la humanidad fué una odisea nunca interrumpida de sufrimientos atroces.

Las pirámides de Egipto, que desafían desde hace millares de años la obra destructora del tiempo, las grandiosas ruinas de la India, de la antigua Grecia, de Roma, nos recuerdan el lento martirio de millares y millares de esclavos, puestos fuera de la ley, vendidos y comprados como bestias de carga, dados como pasto a las fieras en los espectáculos públicos.

Pasa la civilización egipcia, pasa la india, pasa la griega, pasa la romana y, finalmente, la esclavitud es abolida.

¿Será la edad media la era de la verdadera igualdad, de la justicia social entre los hombres? ¿Cesará

(1) He tratado de demostrar esto en un estudio más sobre "La escuela y la revolución", publicado en la revista "L'Università popolare", en 1912, y más tarde recogido en folleto.



el hombre de oprimir al hombre? ¿Se darán los pueblos el beso de la fraternidad?

Surgen nuevos sacerdotes que, en el nombre de un dios de paz y de amor, consagran nuevas tiranías; y el esclavo no hace más que cambiar de nombre. Es llamado siervo de la gleba. Es ligado a la tierra del señor feudal, del clero. Con la tierra, los animales y los utensilios de trabajo forma una sola propiedad, que pasa de padre a hijo, de patrón a patrón. Trabaja el terreno a que está adscrito, y en compensación recibe una parte mínima de la cosecha, lo suficiente para no dejarlo morir de hambre. Pasa la edad media. Los oprimidos, los siervos de la gleba amenazan romper las cadenas y los señores se ven obligados a declarar al siervo de la gleba libre de toda servidumbre forzosa, dueño del pedazo de tierra regado con tantas lágrimas por él y por sus antepasados.

¿Y será finalmente libre, feliz?

¿Vana ilusión esta vez también!...

Clero y gobierno son siempre dueños de las tres cuartas partes de la tierra, conservan una infinidad de privilegios mantenidos por infames leyes, en virtud de cuyos privilegios roban a mansalva a los miseros súbditos, los tiranizan.

Poco a poco el pedazo de tierra del siervo emancipado es absorbido por la gran propiedad a causa de los impuestos enormes y de las malas cosechas.

Desnudo, hambriento, el colono se encuentra constreñido a vender los brazos al mejor postor por una merced irrisoria. Comienza el ascenso del nuevo calvario, y en lo sucesivo toma el nombre de salariado.

Pero entre los millones de colonos emancipados de la servidumbre de la tierra, hubo un cierto número a quien sonrió la fortuna: se convierten en acomodados.

Es la nueva clase de privilegiados, la clase burguesa que sube atrevidamente las gradas de la riqueza.

En Francia particularmente las plebes desilusionadas, hambrientas, andrajosas, giran por las campiñas llenando el aire con el alarido del hambre, de la desesperación.

Sus gritos, su estado mísero, no valen para enternecer el corazón petrificado de los nobles y del clero, nadando en oro y despreciativos porque se sienten confiados en los ejércitos que tienen para su defensa.

“¿Ves allí a los privilegiados, a los explotadores, a los tiranos, a los asesinos del pueblo? — dice el burgués al obrero. Pues bien, ayúdame a echarlos abajo del gobierno, haz que yo suba a su puesto, y disfrutarás de todo bien”.

El obrero acepta, y la revolución estalla en el nombre de los derechos del hombre, de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad (1789).

Con el triunfo de la revolución francesa que se extendió a toda Europa, los latifundios inmensos, los inmuebles del clero y de la nobleza, pasan a la actividad burguesa.

La burguesía en lo sucesivo es la que gobierna, la que hace las leyes, y con ella resurge el capital que desde hace millares de años gobierna bajo nombre diverso y bajo diverso aspecto.

El capital con la burguesía, viendo en la agricultura, en la industria, en el comercio un campo enorme de especulación, de explotación, movido por la sed creciente del oro, se dispuso a aquella actividad que en breve tiempo le debía crear tan triste fama.

Surgen como por encanto colosales establecimientos a los que acude el artesano arruinado por la creciente gran industria, y el colono.

Por todas partes hierve la lucha (concurrancia) entre capital y capital, lucha que consiste en pro-expensas del trabajador, lucha que consiste en producir mucho, mucho y barato para aplastar al siervo. Lucha que, favorecida por el empleo siempre creciente de las máquinas, engendra la superabundancia de producción, la crisis, el número enorme de desocupados, la rebaja de los salarios, la miseria de desocupados, la rebaja de la opulencia del capital, arbitrio soberano.

¿Qué importa en lo sucesivo al señor burgués, al capitalista, que un obrero, sea varón o mujer, viejo o joven, malogre la salud en un trabajo superior a sus propias fuerzas, inapropiado, malsano; en un trabajo que lo condena antes de tiempo al hospital? ¿Qué importa al amo burgués que el salario con que retribuye la mano de obra del trabajador sea insuficiente para satisfacer las necesidades suyas y de su familia?

¿Que sucumbe un obrero?

Sabe que otros diez, cien, mil, diez mil acudirán a de lejanos países, flacos, tiritando, hambrientos, a disputarse a dentelladas el pedazo de pan, el escaso salario.

¡Pobre asalariado, pobre trabajador! La burguesía ha encontrado la manera de domesticarlo por el hambre, como se domestican las bestias feroces; ¡y decir que habéis mezclado vuestra sangre, que juntos habéis hecho la revolución (1789) en nombre de los derechos del hombre, de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad!

### SOCIALISMO ANTIGUO, SOCIALISMO MODERNO, SU BASE Y SU OBJETIVO

Hace más de 3.000 años Platón, y después de él muchos otros filósofos, como Pitágoras, Campanella... idearon sociedades en las que los hombres, viviendo en la comunidad de bienes y del trabajo, habrían resuelto el problema de la justicia social.

Sus teorías se apartaron del tiempo en que fueron expuestas, por la simple razón que el progreso social y moral no había llegado al punto de consentir que fuesen discutidas y menos realizadas.

Con la revolución francesa (1789) el progreso social preparó el terreno al socialismo moderno, que pronto se difundió en las masas y se dirigió constantemente a la próxima e inmediata realización del gran ideal.

Babeuf es el fundador del socialismo moderno.

Descubriendo que la razón principal de los desastres que afligían desde hacía tantos siglos a la humanidad, estaba en el derecho inviolable de propiedad individual, nuevamente sancionado por la clase burguesa, que subió al poder con la revolución (1789), Babeuf predicó abiertamente a la revolución contemporánea la propiedad común y la igualdad social que le sucedería, o igualdad de bienes, de fortuna si se quiere decir así.

Falta por decir que el republicano gobierno burgués se apresuró a hacer guillotinar a Babeuf y a sus apóstoles; pero la semilla del socialismo por él arrojada y regada con sangre, no tardó en germinar en el espíritu del pueblo.

La propiedad común de la tierra y de los instrumentos de trabajo: He ahí la base fundamental del socialismo antiguo; he ahí la base del socialismo moderno.

No se es socialista si no se admite como punto de

partida la propiedad común de la tierra, comprendidas las casas y los instrumentos de trabajo.

Objetivo del socialismo es garantizar a todos los hombres indistintamente la máxima libertad, la máxima satisfacción de sus necesidades, el máximo bienestar.

### COLECTIVISMO LEGALITARIO

Después de Babeuf fueron varias las escuelas socialistas que siguieron, capitaneadas casi todas por ingenios poderosos, como por ejemplo Saint Simon, Fourier, Collins, Owen, Proudhon, Carlos Marx, Bakunin, Lassalle y otros.

De esas diversas escuelas se afirmaron dos universalmente y ahora más que nunca se disputan el terreno.

Esas dos escuelas se han delineado tan bien, que ahora basta decir: *Socialista* para significar socialista colectivista legalitario; y basta decir: *Anarquista* para significar socialista comunista anárquico.

El colectivismo legalitario es el foco en torno al cual giran más o menos las diversas escuelas desde 1835 con Collins a 1864.

Los socialistas colectivistas legalitarios quieren:

1.º La propiedad común de la tierra y de los instrumentos de trabajo;

2.º El reparto del producto del trabajo colectivo, a cada individuo según el trabajo hecho;

3.º El gobierno depositario de la propiedad común y administrador de la misma.

Escribía Saint-Simon: “Hasta hoy, el hombre ha explotado a su semejante: patrones y esclavos, patrones y plebeyos, señores y siervos, propietarios y campesinos, trabajadores y esclavos; he ahí la historia progresiva de la humanidad hasta nuestros días: asociación universal, he ahí nuestro porvenir. A cada uno según su capacidad y su trabajo, he ahí el derecho nuevo que reemplazará al del nacimiento y de la conquista. La propiedad, la herencia, constituyen privilegios que deben desaparecer. Los capitales de toda naturaleza y los instrumentos de trabajo deben pasar a manos del trabajador”.

Veamos, sin embargo, en sus líneas generales, cuáles son las reformas que los socialistas colectivistas legalitarios entienden introducir en la sociedad; cuál el sistema de organización social que, según los mismos, debería sustituir al presente.

Derribados los presentes gobiernos, dicen los socialistas colectivistas legalitarios, se pasaría a la formación inmediata del gobierno socialista; por eso el pueblo, la gran masa de los trabajadores, pensaría en el nombramiento de sus representantes — diputados — que habrán de formar el nuevo gobierno, las nuevas leyes.

El primer deber que tendrá el gobierno socialista, sería el de decretar inmediatamente la abolición del *derecho de propiedad individual* y proclamar la *propiedad común*.

Con la proclamación de la propiedad común, nadie más podría poseer, a excepción de los objetos de necesidad personal, como los muebles de la casa, los vestidos, etc., etc.

El gobierno se convertiría en el único depositario de las riquezas todas, es decir, de la tierra, de las fábricas, de las máquinas, de los ferrocarriles, de las viviendas.

El gobierno socialista, siendo custodio, y, digamos también, dueño de la propiedad común, pensaría en hacer funcionar las fábricas, en hacer cultivar los campos... organizando escuadras de trabajadores

mecánicos, agricultores, etc., precisamente como lo hace el gobierno actual en las fábricas militares, en los arsenales marítimos, en las fábricas de valores, en los ferrocarriles.

Obtenida la igualdad social por medio de la proclamación de la propiedad común, el gobierno socialista, además de procurar trabajo a los obreros desocupados, debe procurar a todos los burgueses y además a los proletarios que hoy ejercen una profesión inútil, como son los millones de soldados, carabineros, criados, etc.; por tanto tendrá que reducir con mucho la jornada de trabajo para no producir más de lo que se necesita.

Supongamos que la jornada de trabajo fuese reducida a cinco horas.

Todo obrero, hecha su jornada de trabajo, recibiría de la dirección del núcleo en que se haya inscrito, un bono de trabajo que equivaldría en mercaderías al artículo hecho en las cinco horas diarias.

Con ese bono de trabajo o bono de cambio, según se quiera llamar, él, el obrero, podrá ir a los depósitos del gobierno, que serán más o menos numerosos, más o menos grandes, según la población de las diversas comunas, y allí compraría cuanto le hace falta.

Pagaría una hora de trabajo, por ejemplo, por un par de pantalones, cuatro horas de trabajo por una almilla; podría adquirir por un cuarto de hora pan, por diez minutos tabaco, por dos minutos fósforos... pagaría dos horas al mes por una habitación, diez horas por cinco habitaciones.

El dinero, como se ve, sería abolido, y en su lugar habría bonos de trabajo divisibles hasta el minuto.

¿Y el que no quisiera trabajar en el colectivismo legalitario?

El que, pudiendo, no quisiera trabajar, no recibiría bonos de trabajo y sufrirá las consecuencias.

¿El que quisiera trabajar sólo tres horas al día?

Sería muy dueño de hacerlo, pero recibiría por día un bono de sólo tres horas y debería contentarse con consumir por el equivalente de las tres horas del trabajo hecho.

¿Si uno cayese enfermo?

Como hoy en las Sociedades de socorros mutuos, en el colectivismo legalitario, si uno cayese enfermo, previa declaración médica, recibiría igualmente el bono representante de la jornada entera de trabajo, y también más si la enfermedad lo exigiese.

¿Y el que es inepto para el trabajo?

Al que es inepto para el trabajo, por desgracia como por nacimiento, el gobierno socialista le pasaría una pensión lo mismo que hoy el gobierno burgués pasa una pensión a los que son incapaces para el trabajo a consecuencia de heridas recibidas durante el servicio militar, etc.

¿Los viejos?

Como hoy el gobierno pasa una pensión a los que por un dado número de años ha prestado servicio en el ejército, en la guardia civil, en las guardias carcelarias, en los empleos gubernativos, el gobierno socialista estaría en el deber de pasar una pensión a todo ciudadano que haya llegado a cierta edad. A los cincuenta años, por ejemplo.

¿Quién hará de sepulturero?

Estas profesiones serán compensadas por el gobierno socialista, de tal modo que baste para que alguno halle la conveniencia de hacerlas.

Cuando eso no bastase, se haría por turno o a suerte, como se practica entre iguales.

Sin decir que el gobierno socialista debería sus-







no importa, es indispensable creer; sin esto Dios os enviará a buscar por el diablo (su competidor), lo cual supongo que no debe ser muy agradable, pues en el infierno reinan, no solamente las lágrimas y los continuos rechinchamientos de dientes, sino, lo que es peor todavía, que quema un fuego eterno, un gusano insaciable os roe y la pez ardiente os envuelve en aquel antro.

Después un hombre sin cuerpo, es decir, un alma, será asada su carne será tostada sus dientes rechinarán todavía más, llorará sin ojos y respirará sin pulmones, los gusanos roerán sus huesos enterrados eternamente en la fosa y aspirará su nariz el olor sulfuroso... todo esto eternamente. ¡Maldita historia!

Fuera de esto, Dios, como lo dijo él mismo en su crónica Biblia, especie de autobiografía, es excesivamente caprichoso, y ávido de venganza; en fin, un déspota de primer orden.

Apenas Adán y Eva fueron creados que fué ya preciso gobernar la raza humana, por esta causa Dios emitió un código con esta prohibición categórica:

"Vosotros no comeréis del fruto del árbol de la ciencia".

Desde entonces no ha existido ningún tirano coronado o sin corona, que no haya lanzado, a su vez, esta prohibición a la faz de los pueblos.

Pero Adán y Eva desobedecieron esta orden y Dios los expulsó del paraíso, condenando a ellos y a sus descendientes para siempre a los más rudos trabajos. Además los derechos de Eva le fueron suprimidos y ella fué declarada sirvienta de Adán, a quien debía prestar obediencia.

Seguramente que Lehman (1) mismo no ha estado en su despotismo muy lejos de esto. Además, ¿no es Dios su superior?

La severidad de Dios hacia los hombres no sirvió de nada: al contrario, cuanto más aumentaban en número más le desobedecían. Se puede formar una idea de la fuerza de su propaganda cuando se lee la historia de Caín y Abel, hasta que Caín mató a su hermano. Caín se fué a un país extranjero y tomó mujer. El buen Dios no nos dice ni de dónde venía ni a dónde estaba este país, ni las mujeres que contenía, lo cual no debe asombrarnos si tenemos en cuenta que puede haberlo olvidado cuando estaba sobrecargado de trabajos de toda especie o se dedicaba a arrancar costillas para hacer mujeres.

En fin, cuando la medida estuvo llena, Dios resolvió el exterminio de todo el género humano por medio del agua.

Solamente escogió una familia para hacer un último ensayo, y debemos hacer constar que anduvo con poco tino en la elección, a pesar de toda su sabiduría, puesto que Noé, el jefe de los supervivientes, se mostró prontamente como un gran calavera, divirtiéndose con sus hijos ¡Qué podía salir de tal padre de familia!

El género humano se esparció de nuevo y produjo muchos "pobres pecadores". El buen Dios habría hecho bien reventando su divina cólera viendo que todos sus castigos ejemplares, como la destrucción de ciudades enteras, Sodoma y Gomorra, por el azufre y el fuego, no servían de escarmiento.

(1) Este es el "alias" que al emperador Guillermo le daba una gran parte del pueblo alemán para recordarle su fuga en 1813, disfrazado de cochero.

Entonces él ya había resuelto exterminar a toda esta canalla cuando un acontecimiento de los más extraordinarios le hizo varias de intento; sin esto la humanidad ya habría desaparecido.

Un día apareció cierto "Espíritu Santo" a una joven desposada. El escritor de la Biblia, es decir, Dios, dice que el Espíritu Santo es él mismo. Por consiguiente, en este momento se nos presenta Dios bajo dos formas diversas. Este Espíritu Santo tomó la forma de un pichón y se presentó a una mujer conocida con el nombre de María. En un momento de dulce transporte de gozo, el pichón "cubrió con su sombra" a una mujer y he aquí que ella puso en el mundo a un hijo, sin que todo esto fuese en menoscabo de su virginidad. Hay que advertir que esta mujer era ya casada.

Dios, desde entonces, se llamó Dios Padre, cuidándose muy bien de hacernos saber que él no tuvo más que un hijo no solamente bajo la forma de Espíritu Santo, si que también por la parte del hijo, ¡Sublime consideración! El padre es su propio hijo, del mismo modo que el hijo es a la vez su padre, y los dos a la vez son el Espíritu Santo. Con este soberbio galimatías se forma la Santísima Trinidad.

¡Y mientras tanto, pobre cerebro humano, tente quieto, puesto que por el acto de pensar te podrías ganar inmensas penas! Nosotros sabemos por la Biblia que Dios padre había resuelto exterminar a toda el género humano, lo cual causó inmensa pena al Dios hijo. Entonces el hijo (que, como ya sabemos, es uno mismo con su padre) tomó todas las culpas sobre sí (el hijo, como ya sabemos, con el padre son una misma cosa), y para aplacar la cólera de su padre se hizo crucificar por aquellos mismos a los cuales quería salvar del exterminio proyectado por las iras paternales.

Este sacrificio del hijo (que es a la vez padre) fué tanto del agrado del padre que publicó una amnistía general, la cual está todavía en vigor en los tiempos que corremos. \* \* \*

Trataremos también del dogma de las recompensas y del castigo del hombre en el "otro mundo".

Hace ya muchísimo tiempo que está probado científicamente que no hay otra vida que la del cuerpo, y que el alma — lo que los charlatanes religiosos denominan alma —, no es otra cosa que el órgano del pensamiento, el cerebro, el cual recibe las impresiones por los órganos de los sentidos y que, por lo tanto, el movimiento del cerebro debe cesar necesariamente con la muerte corporal. Pero los enemigos jurados del progreso y de la libertad humana prescinden de los resultados de los experimentos científicos, los que penetran asaz lentamente en el pueblo.

Es de este modo que predicán la vida eterna del alma ¡Infeliz de ella en el otro mundo si el cuerpo que la aprisionaba no ha seguido puntualmente en esta vida las leyes de Dios! Además, estos buenos sacerdotes nos lo aseguran, Dios, tan bondadoso, tan justo, tan magnánimo, se ocupa de los más mínimos pecadillos de cada uno y los registra en sus libros de actos. ¡Aquí lo que admiro es el trabajo de comprobación y de contabilidad! Al lado de esto ved el lado cómico de sus exigencias:

Mientras exige que los recién nacidos sean remojados con agua fría (bautizados) en honor suyo, con evidente peligro de que un resfriado los lleve a la tumba; mientras aprueba con gran placer el que numerosas ovejas creyentes le canten sus letanías

nias y que los más fanáticos de su partido le canten sin interrupción piadosísimos himnos solicitándole toda suerte de cosas, desde la más sencilla a la más imposible; mientras que se mezcla con los guerreros sanguinarios haciéndose incensar y adorar como "Dios de las batallas" se pone furioso cuando un católico come carne un viernes de cuaresma o no va regularmente a confesarse, y se irrita igualmente cuando un protestante es irreverente con los huesos de los santos, o con las imágenes y otras reliquias de la virgen casada que concibió a su hijo; o por si algún fiel deja de hacer su peregrinación anual cuando un protestante es irreverente con los huesos entornados hacia el cielo. Si un hombre muere "en pecado" el buen Dios le inflige una pena horrenda, al lado de la cual los azotes y golpes de knout (1), todas las penas sentidas por los condenados a presidio y todos los suplicios inventados por los tiranos aparecen como un agradable entretenimiento. Este buen Dios sobrepuja en crueldad bestial a todo lo que pueda concebirse de más malvado sobre la tierra. Su cárcel se denomina infierno, su verdugo es el "demonio" y sus castigos duran eternamente.

Pero por ligeras faltas, y a condición de que el delincuente muera católicamente le acuerda el perdón de sus pecados mediante una condena más o menos larga en el "purgatorio" que se distingue del infierno como en Prusia se diferencia la cárcel del presidio.

El que está en cuarentena en dicho "purgatorio", no es transportado sino después de una residencia relativamente corta, disfrutando de una disciplina no muy despótica. Los supuestos "pecados mortales" no son castigados en el purgatorio; lo son en el infierno. Entre éstos últimos es preciso contar a los blasfemos de palabra, en pensamiento y en escrito. Dios no tolera, no solamente la libertad de la prensa y de la palabra sino que impide y prescribe los pensamientos e ideas en ciernes que pudieran disgustarle.

Vencidos los déspotas de todos los países y de todos los tiempos, sobrepujados dichos tiranos por escogimiento y duración del castigo, este Dios, pues, es el monstruo más horroroso que uno pueda llegar a figurarse. Su conducta es aún más infame si se tiene en cuenta que el mundo entero, toda la humanidad tiene reguladas sus acciones por su divina providencia.

Por consecuencia, él castiga las acciones de los hombres, de los cuales es el único inspirador. Los tiranos de la tierra de todos los tiempos, tanto pasados como presentes, son buenos y amables comparados con este monstruo. Pero si place a ese Dios que alguno viva en su gracia, entonces le castiga antes y después de su muerte, puesto que el paraíso prometido es todavía más infernal que el infierno. No se tiene allí ninguna necesidad, antes al contrario, todos los deseos son satisfechos antes de que la necesidad sea sentida.

Mas, como no puede haber ninguna satisfacción sin que haya deseo de algo, seguido del cumplimiento de éste, es por esto por lo que el cielo será bien monótono e insípido. Se está en el cielo eternamente

(1) Knout, especie de látigo de varios cabos de cuero con gruesos nudos, que se usaba en el ejército ruso para castigos disciplinarios, el cual produce profundos surcos en la carne.

ocupado en contemplar a Dios; se oyen siempre las mismas melodías tocadas con las mismas arpas; allí se canta continuamente el mismo cántico, que de tanto repetirse ha de hacer el efecto monótono del *Mambrú se fué a la guerra*. En fin, es la sosería y fastidio llegado al grado máximo. La estancia en una celda aislada, a nuestro modo de ver, sería preferible.

Nada de extraño hay en que los ricos y los poderosos se procuren el paraíso de la tierra, y burlándose del cielo digan con el poeta Heine:

*Nosotros dejamos el paraíso  
A los ángeles y a los payasos.*

Y, por lo tanto, son justamente los ricos y los poderosos los que dan mayor brillo a la religión. Seguramente ésta forma parte de su oficio. Al mismo tiempo es una cuestión de vida o muerte para la clase explotadora, la burguesía, que el pueblo sea embrutecido por la religión. Su poder aumenta o decrece según aumenta o disminuye la locura religiosa.

Cuanto más el hombre es partidario de la religión, más creyente es. Cuanto más cree, menos sabe. Cuanto menos sabe es más bestia, y cuanto más bestia, más fácilmente se deja gobernar.

Esta lógica fué conocida por los tiranos de todos los tiempos y es por esto que hicieron alianza con el cura. Algunas divergencias ha habido entre estos enemigos de la libertad del género humano por recabar cada uno para sí la mayor suma del despotismo, pero no ha sido esto obstáculo para que vivieran unidos para embrutecer, oprimir y explotar al linaje humano.

Los curas saben perfectamente que su dominio sobre las conciencias sería acabado el día que no le prestasen su ayuda los tiranos y los ricos. Y los ricos y los poderosos no ignoran que su imperio desaparecería el día en que los curas no embruteciesen moral e intelectualmente a las multitudes. Todos los curas indistintamente, no importa la secta a que pertenezcan, han sembrado con feliz éxito en el seno de las masas la idea de que este mundo es un valle de lágrimas, le han infiltrado al mismo tiempo la idea de respetar y someterse a la autoridad, con la expectativa de una vida más feliz en el otro mundo.

Wendthorst, el jesuita por excelencia, dió a entender muy claramente, en el calor del debate parlamentario, lo que los fulleros y los charlatanes representan a este respecto.

"Cuando la fe disminuye en el pueblo — dice — éste se da cuenta de que no puede soportar su miseria y se subleva".

Esta frase fué clara y terminante y debía hacer reflexionar mucho a los trabajadores. Pero ¡que esperanza! Hay tantos estúpidos, gracias a la ignorancia y al fanatismo, que oyen las cosas sin llegarlas jamás a comprender.

No es en vano que los curas, es decir, los sayones negros del despotismo, se vean obligados a emplear todo su poder para oponerse a la decadencia religiosa aunque, como se sabe ya, se rien entre ellos y sus amigos de las necedades y tonterías que van a predicar en pago de la buena remuneración que cobran.

Durante el curso de los siglos, estos relajadores de la inteligencia han gobernado a las masas por el terror, puesto que sin éste, hace muchísimo tiempo que la locura religiosa habría desaparecido. Los calabozos y las cadenas, el veneno y el puñal, el sable y la fuerza, el látigo y el asesinato, puestos en



uso en nombre de su Dios y de su justicia, han sido los medios empleados para el sostenimiento de esta locura, lo cual será un negro borrón para la historia de la humanidad. ¡Cuántos millares de individuos han sido quemados en las hogueras de la inquisición "en nombre de Dios" por haber osado poner en duda el contenido de la Biblia! ¡Cuántos millones de hombres se vieron obligados durante las guerras a matarse entre ellos, a devastar comarcas enteras, dejando luego como rastro la miseria y la peste, después de haber robado e incendiado, para sostener la religión! Los suplicios más refinados fueron inventados por los curas y sus secuaces para mantener el temor de Dios en los que no le tenían temor de ninguna clase.

Llamamos criminal al que intenta destruir a un semejante suyo. ¿Cómo llamaremos, pues, a los que atrofian el cerebro de los demás y cuando no se dejan embrutecer los destruyen por el hierro y el fuego, y con la crueldad refinada que lo hacía la inquisición?

Es bien cierto que estos malvados no pueden hoy día entregarse a sus innobles instintos de destrucción como otras veces, pero hoy todavía abundan los procesos por blasfemia. En cambio ellos saben, mientras tanto, introducirse dentro del seno de las familias y embaucar a las mujeres y a los niños, y acaparar y abusar de la enseñanza que se da en las escuelas. Su hipocresía mejor va en aumento que en disminución. Ellos se ampararon de la prensa cuando se dieron cuenta de que les era imposible destruir la imprenta.

Hay un antiguo proverbio que dice: "Donde un cura pone el pie tarda diez años en crecer la yerba", lo cual significa que cuando un hombre se halla bajo el dominio de un cura, su cerebro ha perdido la facultad de pensar, los engranajes de su inteligencia son inservibles y las arañas tejen espesas telas. Entonces el hombre parece un carnero que es presa del vértigo. Estos desgraciados han perdido lo más hermoso de la vida, y lo que es peor todavía, es que estos infelices son los que forman la masa de los contrarios de la ciencia y de la luz, de la revolución y de la libertad. Se les encuentra siempre a punto, a causa de su obtusa bestialidad, de ayudar a los que quieren forjar nuevas cadenas para la humanidad y de trabajar con los que ponen obstáculos al progreso cada vez más creciente de la humana especie.

Cuando alguien intenta curar estas enfermedades, no sólo realiza una hermosa obra consigo mismo, sino que contribuye a curar un horroroso cáncer que corroa las entrañas del pueblo, y cuyo cáncer ha de ser total y radicalmente destruido si queremos que brille el día en que el hombre sea libre, en vez de ser juguete de los dioses y de los diablos, como ha venido sucediendo hasta el presente.

Por consiguiente, arranquemos de los cerebros las ideas religiosas, y abominemos de los curas. Estos dicen "que el fin justifica los medios" ¡Bien, muy bien! Nuestro deber es desenmascararlos y presentarlos tales como son.

Nuestro objeto es librar a la humanidad de toda clase de esclavitud, es emanciparla del yugo de la servidumbre y de la tiranía política y económica, y para lograr esto ha de sacudir antes el yugo tenebroso de las supersticiones y creencias religiosas. Todos los medios que tengamos al alcance debemos emplearlos para conseguir este gran fin, reconocido como justo por todos los amigos de la humanidad, y

debe ser puesto en práctica en las ocasiones apropiadas.

Todo hombre emancipado de la religión comete una falta a sus deberes cuando no hace siempre todo lo que puede para destruir la religión. Todo hombre libre de la "fe" que descuida combatir a los cuervos (curas) es un traidor a su partido.

Propaguemos contra los corruptores y alumbremos a las ovejas que les siguen. No desdeñemos arma de ninguna clase en su contra. Desde la burla más acerba hasta la discusión científica, y si estas armas no producen todo su efecto, empleemos argumentos decisivos.

Que no se dejen pasar sin poner de manifiesto todas las alusiones a Dios y a la religión que se hagan en las asambleas, en donde sean discutidos los intereses del pueblo. Del mismo modo que el principio de autoridad y su sanción armada, el Estado, no puede encontrar gracia entre los partidarios de la revolución social — lo que está fuera de nuestro campo es naturalmente reaccionario —, del mismo modo la religión, o lo que la representa, no tiene ni puede tener lugar entre nosotros.

Tengase bien en cuenta que todos aquellos que quieren meter su charlatanería religiosa entre las opiniones de los trabajadores, por más que se presenten bajo el aspecto de la mayor respetabilidad y hombría de bien, son peligrosos personajes. Todos los que predicán la religión, cualquiera que sea su forma, no pueden ser más que bobos o pícaros. Estas dos clases de individuos no sirven absolutamente para nada para el progreso de nuestras ideas. Estas, para su realización, precisan de hombres sinceros y convencidos.

La política oportunista en este caso, es no sólo perjuicio, sino un crimen. Si los trabajadores permiten a un cura mezclarse en sus asuntos, no sólo se verán engañados, si que también traicionados y vendidos.

Mientras tanto es lógico que el pueblo dirija sus principales esfuerzos a combatir al capitalismo que le explota y al Estado que le subyuga por la fuerza; es necesario también que no se olvide de la Iglesia. Hace falta que la religión sea destruida sistemáticamente si se quiere que el pueblo venga a la razón, puesto que sin esto no podría jamás conquistar su libertad.

\*\*\*

Vamos a proponer algunas cuestiones para los que, siendo tontos, mejor dicho, embrutecidos por la religión, tengan ganas de corregirse.

Por ejemplo:

Si Dios quiere que se le conozca, que se le tema y que se le crea ¿por qué no se presenta?

Si es tan bueno y justo como dicen los curas ¿qué razón hay para temerle?

Si él sabe todo, ¿qué necesidad hay de molestarle con nuestras plegarias y con nuestros asuntos particulares?

Si Dios está en todas partes, ¿para qué fin se levantan las iglesias?

Si Dios es justo, ¿para qué pensar que castigará a los hombres que él mismo ha creado cargados de debilidades?

Si los hombres sólo hacen el bien por una gracia particular de Dios, ¿qué razón hay para que éste les recompense?

Si es todopoderoso ¿cómo permite que se blasfeme?

Si él es inconcebible e imponderable, ¿por qué permite que nos ocupemos de él?

Si el conocimiento de Dios es necesario, ¿por qué

razón es un misterio?

Y así podríamos seguir hasta llenar extensos volúmenes. La verdad es que ante tales cuestiones el creyente de buena fe se queda sin saber qué contestar, y el hombre que piensa debe demostrarle que no existe necesidad de la divinidad. Un Dios fuera de la naturaleza no es de ninguna utilidad cuando se coe de la naturaleza. Y su valor moral no es menos nulo que el material.

No existe ningún país gobernado por cualquier soberano donde su manera de proceder no acarree el desorden y la confusión en el espíritu de sus vasallos. Ellos quieren ser conocidos, estimados, honrados, y dan forma a su respecto. Los individuos sometidos a la dependencia y a las leyes de la divinidad, no tienen, respecto al carácter y a las leyes de su soberano, otras ideas que las que les suministran los charlatanes religiosos, y éstos, a su vez, han de confesar que no se pueden formar ninguna idea clara de su amo, puesto que su voluntad es impenetrable; sus miradas e ideas son inaccesibles, sus lacayos no han Megado jamás a ponerse de acuerdo respecto a las leyes que debían dar de su parte, y ellos las anuncian de una manera diferente dentro de varias comarcas de cada país. Lo cual da por resultado inmediato que se peleen continuamente y se acusen de embusteros.

Los edictos y las leyes que *sensatamente* promulgan no son más que un puro embrollamiento; son juegos de palabras que no pueden llegar a ser comprendidos por los individuos que deben hacer de ellas su educación y su bandera. Las leyes de este tirano invisible tienen necesidad de ser aclaradas y sucede siempre que los mismos que las explican no logran jamás ponerse de acuerdo; todo lo que saben explicar de este tirano invisible es un caos de contradicciones, de manera que no dicen una palabra que no sea o bien una calumnia o bien una mentira.

Se le llama infinitamente bueno y mientras tanto no hay nadie que no maldiga sus decretos.

Se le llama infinitamente bueno y mientras tanto administración está organizada al revés de lo que dicen la razón y el buen sentido. Se glorifica su justicia, y los actos que más se le glorifican sólo son feroces venganzas. Se asegura que lo ve todo, y sin embargo, todo está en el más espantoso desorden. ¿Y por qué, viéndolo todo, permite confusión tanta entre sus lacayos y tantas infamias como a diario cometen? Además, lo hace todo por sí mismo y así ocurre que los acontecimientos se suceden todos perfectamente al contrario de los planes que se le atribuyen, lo cual dice muy poco en favor de su omnisciencia (1), y más aún de su facultad de ver lo que sucederá mañana. Y, finalmente, no se deja de ofender en vano y se ve obligado a sufrir sin enojo las ofensas que a cada cual le viene en gana dirigirle.

Se admira su saber y la protección de sus obras, y sin embargo sus obras son imperfectas y de corta duración. Y crea, destruye y corrige sin llegar jamás a estar satisfecho de sus obras, no buscando más en sus empresas que su propia gloria, sin aguardar el objeto de ser alabado en todo y por todo. El trabajo para el bienestar y la felicidad de los mortales, y a la mayor parte nos hace falta lo más necesario. Los

(1) *Facultad de verlo y de saberlo todo; de "omni", que quiere decir todo, y "scientia", conocimiento positivo.*

que él parece favorecer, son, precisamente, los más descontentos de su suerte, y se les ve a menudo sublevarse contra un amo del cual admiran la grandeza, alaban la sabiduría, honran la bondad, temen la justicia y cuyos mandamientos santifican sin cumplirlas jamás.

Este reino es el mundo: este soberano es Dios; sus lacayos son los curas: los hombres son sus esclavos. ¡Hermoso país! El Dios de los cristianos, especialmente, es un Dios que, como ya lo hemos visto, hace las promesas sólo por el gusto de no cumplirlas; envía las pestes y las enfermedades a los hombres para curarlos; un Dios que creó a los hombres a su imagen y que no quiere responsabilidad del mal que él mismo creó; que vió que todas sus obras eran buenas y luego se dio cuenta de que no valían nada; que sabía de antemano que Adán y Eva comerían del fruto prohibido y no supo evitarlo, por lo cual castigó luego al género humano: un Dios débil que se deja engañar por el diablo, y tan cruel que ningún tirano de la tierra puede compararsele. Tal es el Dios de la mitología judaico-cristiana.

El que creó a los hombres perfectos sin advertir a los que no lo son; el que creó al diablo, sin conseguir dominárselo, un pastelero, que la religión califica extraordinariamente sabio; por ella omnipotente y soberanamente justo, y castiga a millones de inocentes por las faltas de uno solo; que exterminó por medio del diluvio a toda la raza humana, excepción hecha de unos cuantos que constituyeron otra raza peor todavía que la destruida, y que creó un cielo para los tontos de capirote y un infierno para que allí ardieran los sabios que no creen en él.

Es el que se creó él mismo por medio del Espíritu Santo; que se envió como mediador entre él mismo y los otros, quien despreciado y burlado por sus enemigos, se dejó clavar en cruz como un malhechor cualquiera en la cúspide de una montaña; que se dejó enterrar y resucitó después de muerto y que bajó a los infiernos, y luego subió al cielo, donde está sentado a la derecha de sí mismo para juzgar a los vivos y a los muertos cuando ya no haya más vivos... En fin, el que ha hecho todo esto no es más que un charlatán divino. Es un espantoso tirano, cuya horroso historia debe ser escrita en letras de sangre, pues ella es la religión y es terror. Lejos, pues, de nosotros, esta horripilante mitología. Abominemos de este Dios inventado por los curas, de una fe sangrienta y terrorista, los cuales, sin su cinismo y ambición no hubieran alcanzado nada en la abundancia, y no predicarían por más tiempo la humildad los que han sabido esconder su orgullo con la máscara de la hipocresía. Lejos de nosotros esta cruel trinidad compuesta de padre asesino, de hijo concebido y dado a luz contra natura y de espíritu santo sensual que se dedica a hacer concebir hijos a mujeres casadas. Lejos de nosotros todos estos fanticos deshonorados, en nombre de los cuales se quiere rebajar a la humanidad al nivel de miserables esclavos y que nos quiere mandar, en toda la potencia del embuste, de las penas de esta tierra, a las inefables delicias del cielo. Lejos de nosotros todos aquellos que con su demencia religiosa son un estorbo para el bienestar y la libertad. Dios no es otra cosa que un fantasma inventado por el charlatanismo de unos cuantos malvados refinados, los cuales han torturado y tiranizado a la humanidad hasta el presente.

Afortunadamente, este fantasma va desapareciendo a medida que es examinado por la razón a la luz de la ciencia, y las masas desengañadas, después de ha-



berse emancipado de tales aberraciones, arrojan indignadas a la faz de los curas, esta estrofa del poeta:

"Seas maldito Dios a quien hemos rogado durante el frío del invierno y los tormentos del hambre; pues en vano te hemos esperado largo tiempo y nos has escarnecido, engañado y manteado".

Esperamos que el pueblo no se dejará burlar y mantear más, y que pronto llegará el día en el cual los santos y los crucifijos serán convertidos en astillas para encender el fuego en las cocinas, los cálices y joyas convertidos en utensilios de utilidad general, las iglesias convertidas en salones de conciertos, teatros y locales para asambleas, y en el caso de que no pudieran servir para este objeto, en graneros o cuadras para caballos. Y esto sucederá forzosamente cuando el pueblo se sienta ya cansado de soportar tanta maldad e infamia. Esta manera de proceder, sencilla y eficaz, será, naturalmente, la que producirá la revolución social y acabará, al par que con los curas y sus mentiras, con los príncipes y burócratas y sus privilegios, y con los burgueses y su inicua explotación.

El día en que el pueblo consiga barrer a Dios y a sus lacayos, a los gobiernos y a sus sayones y a los burgueses y a sus perros, ese día será libre y podrá ocupar el puesto que le corresponde en la sociedad y en la naturaleza.



Cómo se firman los tratados de paz

ELISEO RECLUS

## EL PORVENIR DE NUESTROS HIJOS

I

¡Cuán egoístas somos! En nuestros anhelos de revolución, raro es que pensemos más que en nosotros mismos. Exponemos las quejas de las clases trabajadoras, sobre todo las de los hombres, que son los más fuertes; reivindicamos para ellos el derecho a los instrumentos de trabajo y al producto íntegro de su labor; exigimos que se haga justicia. Comenzando a saber que somos el número y la inteligencia, sentimos surgir en nosotros la voluntad de obrar y, en la semiconciencia de nuestra fuerza, nos preparamos para la próxima revolución.

Si nos sintiésemos los más débiles, viles como somos en mayoría, mendigaríamos aun la migaja que cae de la mesa de los reyes.

\*\*\*

Max, por encima del hombre hecho, por desgracia, que sea, está el niño.

Ese ser débil no tiene derechos y depende del capricho benévolo o cruel.

Nada le protege contra la necesidad, la indiferencia o la perversidad de los que son sus amos.

¿Quién lanzará, pues, en su favor el grito de libertad?

En la sociedad actual, toda autoridad es ejercida de amo a esclavo, siguiendo una ley lógica.

Dios reina en las alturas, inspirando por encima de los cielos y delegando sus poderes en la tierra al más fuerte, sacerdote o rey, Hildebrand o Bismarck.

Debajo están los sátrapas de todo nombre, gobernadores y subgobernadores, generales y capitanes, jefes y subjefes, presidentes y vicepresidentes, todos doblando el espinazo ante un superior, todos hinchándose el pecho de orgullo ante sus súbditos: por un lado la adoración, por otro el desprecio, aquí el mando, allá la obediencia.

Desde Jacob no se ha encontrado nada mejor; la sociedad no es otra cosa que una serie de escalones que bajan de Dios al esclavo y continúan hasta los infiernos. Los infiernos, los abismos de tormentos, no son sino el símbolo de lo que tienen que sufrir los vencidos y los débiles.

\*\*\*

Y entre esos débiles figuran los niños, que son los grandes burros de carga.

Pido a los hombres sinceros que se acuerden de sus jóvenes años. O bien fueron desgraciados por sí mismos, o bien, si fueron mimados, si las primeras

luchas de la vida fueron fáciles para ellos, vieron sufrir a los pequeños camaradas, y con sufrimientos irremediables, contra los cuales era inútil toda rebelión: ¿qué podían hacer contra las violencias y las burlas, los viles insultos de los grandes?

Nada, sino amasar poco a poco en su corazón un tesoro de venganza que, al ser grandes a su vez, gastan quizá en molestar a otros niños.

\*\*\*

Por otra parte, por tiernos que sean los padres, por mucho que se sacrifiquen por la dicha de sus hijos, han de sufrir a su vez las condiciones que les crea ellas a sus descendientes.

Sabido es hasta qué punto estas condiciones son duras para el pobre.

Es menester que el hijo del famélico entre muy joven en la fábrica, que se haga demasiado pronto el siervo de la máquina formidable que teje la lana y a los capataces, a los obreros innumerables, sino que además se halla esclavizado a los rodajes, cuyos movimientos ha de observar para regular los suyos propios. No se pertenece, todo gesto se hace en él un simple mecanismo, toda sombra de lo que hubiera podido ser el pensamiento no es en él mismo sino un acompañamiento de la obra del monstruo impulsado por el vapor.

\*\*\*

Así es como se eleva al estado de hombre, cuando la fatiga, la miseria, la anemia, no ponen un rápido término a su vida de fracasado.

Enfermo de cuerpo, pobre de inteligencia, sin ideas morales, ¿qué puede ser de él y cuáles son sus alegrías? Groseras, brutales sensaciones que no le despiertan un momento sino para dejarle caer de nuevo, más entorpecido, más incapaz de escapar a su esclavitud.

Y los legisladores se ocupan todavía de vez en cuando de regular "el trabajo de los niños en las fábricas".

\*\*\*

Con arreglo a estas leyes, que se tiene la audacia de alabar como maravillas de la humanidad, ningún patrono tiene derecho a hacer trabajar al niño más de doce horas y a privarle del sueño de por la noche, "sino en casos excepcionales".

Y la excepción, ya lo sabemos, se convierte siempre en la regla.

Tanto vale decir que está permitido envenenar, mas sólo en pequeñas dosis, asesinar, mas a fuerza de golpes pequeños.

II

Pero admitamos que, en adelante, el trabajo de los niños en las fábricas sea prohibido; lleguemos a suponer que los padres reciban una pensión del Estado, a cambio del corto salario que el patrono daría al niño.

En lo sucesivo, la escuela estaría abierta, y la educación sería completa para todos, para el hijo del pobre como para el del rico.

Ahora que la escuela es laica, la forma religiosa ha sido reemplazada por una fórmula gramatical, las sentencias latinas incomprensibles han sido reemplazadas por palabras de nuestro idioma que no son más claras.

\*\*\*

Poco importa que el niño comprenda o no; es menester que aprenda algún formulario trazado de antemano.

Después del absurdo alfabeto que le hace pronunciar las palabras de otro modo que como las lee y le acostumbra de antemano a todas las necedades que le son enseñadas, vienen las reglas gramaticales, que recita de memoria, luego las bárbaras nomenclaturas que llaman geografía, luego el relato de crímenes reales conocidos con el nombre de historia.

¿Y cómo la criatura, aun la bien dotada, puede, andando el tiempo, desembarazar su cerebro de todas estas cosas, que se hicieron entrar en él por fuerza a veces, con ayuda del látigo y del trabajo excesivo?

Por otra parte, ¿no tienen esas escuelas su esclavitud, horas de clase y barrotes en las ventanas?

Si se desea educar a una generación libre, es menester comenzar por destruir las prisiones llamadas colegios y liceos!

\*\*\*

¡Socialistas, pensemos en el porvenir de nuestros hijos más que en la mejora de nuestra situación!

Nosotros mismos, no olvidemos, pertenecemos más al mundo del pasado que a la sociedad futura. Por nuestra educación, nuestras viejas ideas, nuestros restos de prejuicios, somos aun enemigos de nuestra propia causa; la señal de la cadena se ve aun en nuestro cuello.

Pero tratemos de salvar a nuestros hijos de la triste educación que nosotros mismos recibíamos; aprendamos a educarles de modo que se desarrollen en la más perfecta salud física y moral; sepamos hacer de ellos hombres como nosotros quisiéramos ser.

\*\*\*

No olvidemos; el ideal de una sociedad se realiza siempre.

La sociedad burguesa actual, representada completamente por el Estado, ha hecho por la educación precisamente lo que quería hacer.

Porque, ¿qué hace el Estado de los niños sin familia que a su cargo toma?

Sabido es. Los reúne en hospicios, en donde, mal alimentados, mal cuidados, sucumben la mayoría; luego toma el resto y los educa para hacer de ellos soldados, carceleros, polizontes.

He ahí su obra. Y la sociedad por él representada está satisfecha de ella.

En cuanto a nosotros, cuando nos llegue nuestra vez, que llegará sin duda, cuando podamos obrar y hacer lo que queramos, nuestro principal objeto será preservar a nuestros hijos de todas las miserias que nosotros sufríamos.

Tengamos la firme resolución de hacer de ellos hombres libres, nosotros que aun no tenemos de la libertad sino la vaga esperanza.





D. A. DE SANTILLAN

## EL CAPITALISMO MODERNO

Cuando se habla de la "racionalización" se nos dice que ese proceso ha existido en realidad siempre, porque el capitalismo se ha esforzado de continuo por producir cada vez más con menos costo, o mejor dicho, por extraer del trabajo ajeno el mayor beneficio. Sin embargo, el proceso que llamamos "racionalización" de la economía y que es propio de los últimos diez o quince años, tiene un carácter especial, que le singulariza en la historia económica y del cual los futuros historiadores hablarán como de un capítulo nuevo del desenvolvimiento capitalista.

Lo mismo podríamos decir de las formas actuales del capitalismo. Esa tendencia a la concentración, a la asociación, a la alianza no es en general de ahora, pero ha llegado en estos tiempos a un grado tan intenso que nos permite hablar de la iniciación de un nuevo período de la vida económica.

Lo que distingue al capitalismo de nuestros días es el avance hacia la supresión de la libre concurrencia; hasta aquí la concurrencia era algo típico, como idea y como realidad, del capitalismo industrial; en ese dominio se trata de excluir cada vez más, refugiándose apenas en el capitalismo financiero, que expresa hoy una última forma de competencia, íntimamente ligada a las corrientes imperialistas.

En otros términos, la tendencia básica del capitalismo de nuestros días es la monopolización de la producción y la venta de determinados artículos, monopolización que supone y aspira a la dictadura sobre los precios y contra lo cual ni el proletariado ni la sociedad en general han imaginado frenos de defensa ni instrumentos ofensivos.

Las formas de esa tendencia a la monopolización son los sindicatos capitalistas, los kartells, los trusts, etcétera, nacionales e internacionales.

Hace ya años que esas alianzas internacionales existían. Un autor alemán contaba en 1896 ya 40 kartells de esa especie; 22 de ellos eran alianzas de industriales alemanes con ingleses del mismo ramo, 13 con industriales austriacos, 10 con belgas, 9 con franceses. Antes de la guerra se calcula que había no menos de 100 kartells capitalistas internacionales. Pero era una tendencia que se procuraba mantener en secreto, en parte porque así favorecía las especulaciones del capitalismo, en parte porque la dictadura de los fabricantes y comerciantes al por mayor podía suscitar un fuerte movimiento de repudio moral y material.

No es que se haya suprimido enteramente el secreto de esas alianzas, fusiones y trusts nacionales e internacionales, pero ha pasado a la publicidad que

las formas dominantes del capitalismo son ya esas y que la pretensión consiste nada menos que en la abolición de la libre concurrencia en economía, como en política se tiende a suprimir la democracia.

La diferencia que había entre los trusts y otras formas de alianza del capitalismo antes de la guerra y los de ahora está en esto: antes de la guerra se ensayaba y ahora se trabaja sobre adquisiciones prácticas; es decir antes se buscaba una solución y ahora los capitalistas creen haberla hallado.

Damos una lista de algunas alianzas o kartells industriales internacionales de reciente fundación o últimamente renovadas (1):

*Trust internacional del acero*, fundado en 1926, en el que participan Alemania, Francia, Bélgica, Luxemburgo, Austria, Hungría, Checoslovaquia y Yugoslavia.

*Trust europeo de los rieles ferroviarios* (European Railways Manufacturers Association — "Erma"), fundado en 1904, renovado en 1926, con la participación de todos los países europeos, menos Rusia (para Estados Unidos se prevé una cuota).

*Trust internacional de los caños*, fundado en 1906, renovado en 1926, con los siguientes países participantes: Alemania, Austria, Inglaterra, Estados Unidos, Polonia, Checoslovaquia.

*Convención internacional de alambres*, fundada en 1927, en la que participan Alemania, Holanda, Austria, Bélgica y Checoslovaquia.

*Trust europeo-occidental de las máquinas para fabricar alambres*, fundado en 1927 y en el que participan Bélgica, Alemania, Francia, Luxemburgo.

Hay además un trust de fabricantes de alambres, fundado en 1926 y en el que participan Alemania, Francia, Inglaterra, Austria, Bélgica y otros, para el alambre laminado.

*Sindicato internacional del cobre*, fundado en 1926, en el que participan todos los Estados a excepción del Japón y de Australia.

*Trust europeo del aluminio*, fundado en 1912, renovado en 1926, con la participación de Alemania, Inglaterra, Francia, Suiza, Italia y Austria.

*Sindicato internacional de las lámparas eléctricas*, fundado en 1925, comprendiendo a casi todos los Estados del mundo.

*Trust central europeo del esmalte*, fundado en 1893, renovado en 1903, en 1906 y en 1926, con la partici-

(1) Fritz Koenig, *Gewerkschafts Archiv*, Jena, agosto de 1927, págs. 96-97.

pación de Alemania, Polonia, Checoslovaquia, Austria, Hungría.

*Trust europeo de las botellas*, fundado en 1907, renovado en 1926, participando en él Alemania, Francia, Austria, Holanda, Checoslovaquia, Escandinavia, Hungría.

*Convención internacional de vidrieras*, fundada en 1904, renovada en 1926, con la participación de Francia, Bélgica, Alemania, Checoslovaquia y otros países.

*Kartell internacional de la potasa*, fundado en 1925 con la participación de Francia y de Alemania.

*Kartell europeo central del cemento*, fundado en 1905, renovado en 1906, con la participación de Alemania, Austria y Suiza.

*Convención europea de la cola*, fundada en 1926 con la participación de quince países europeos.

*Asociación internacional de uniones industriales de tejedores y elaboradores del algodón*, fundada en 1914 y renovada después de la guerra, con la adhesión de todos los países europeos, de Estados Unidos, el Japón y las Indias.

*Kartell internacional del linoleum*, fundado en 1927 y abarcando a todos los países productores.

*Kartell internacional de artículos de arcilla*, fundado en 1926 y en donde están representados Alemania, Austria y Checoslovaquia.

No se crea que agotamos la lista con esa mención. Hay convenciones, alianzas, trusts, etc., etc., para las industrias del film, del radio, del papel, de la fotografía, de productos químicos de artículos de consumo, por ejemplo el tabaco. Hay poderosos trusts de navegación, petrolíferos, carboníferos, trusts de explosivos, de cables, de sedas artificiales, de artículos de electricidad. Se tiene el ejemplo del trust de los fósforos, con más de 150 fábricas en 28 países diferentes y que domina la mitad de la producción mundial.

Y si por un lado el cuadro nos presenta una creciente trustificación internacional de las industrias, hay que suponer que en el dominio nacional la trustificación o monopolización ha hecho progresos más considerables. Sin entrar en más detalles podemos decir que la vida industrial está ya dominada en los países de capitalismo desarrollado mediante los kartells, trusts, compañías, etc. No siempre es fácil descubrir todas las ramificaciones de un trust tanto si es nacional como si es internacional. Pero aquí no pretendemos examinar los detalles sino la forma general de la organización de la economía capitalista.

Existen en Alemania 3.250 empresas de electricidad; de ellas 814 han integrado una amalgama con el nombre de "Vereinigung Elektrozitaetswerken". Vemos ahí una concentración que abarca el 25.05 por ciento de la producción total de electricidad; hay además otras asociaciones de la misma industria, cada una de las cuales abarca o controla una buena cantidad de empresas. Así, pues, entre tres o cuatro centros principales se domina una industria tan importante y vital como la de la electricidad en un país de 60 millones de habitantes.

Un especialista en el estudio de la moderna con-

centración capitalista escribe (*Gewerkschaftsarchiv*, Jena, februar 1928, págs. 75-76), lo siguiente:

"El progreso en el dominio de la organización y de la concentración capitalista fué en 1917 extraordinario. Ciertamente en algunos casos especiales no se realizaron agrupaciones tan vastas de trusts y kartells como en 1926, en el que se llega a la formación del trust del Ruhr y del trust internacional del acero, pero en la consideración total se evidenciaron tendencias concentracionistas no menos fuertes. Apenas ha quedado una rama importante inmune ante el ímpetu expansionista de fuertes grupos financieros o de agrupaciones paritarias de establecimientos industriales..."

... "Paralelamente a las agrupaciones de naturaleza técnico-productiva y financiera van las formaciones de alianza, sindicatos y kartells sobre la base nacional e internacional con el objeto de determinar los precios y restringir la producción. Con la falsa consigna de la "Racionalización del aumento de producción" intenta el capitalismo y en especial la gran industria aumentar mediante acuerdos internacionales las cuotas de sus beneficios y fortificar su influjo político..."

Que estamos en la hora de las grandes concentraciones industriales, es cosa que nadie pone en duda, ya se trate de concentraciones de establecimientos de la misma rama en un país o en diversos países, o ya del predominio de algunas empresas personales sobre industrias enteras. Se conoce internacionalmente el caso de Henry Ford; él solo, con su producción de automóviles, representa un gran trust por su capacidad productiva y por su influencia en el mercado. Como Ford en Estados Unidos, tenemos a Citroen en Francia, a Schapiro en Alemania, firmas que ocupan de 20 a 60 mil obreros cada una. Aunque no trabajan siempre con capital personal, manipulan el capital ajeno con absoluto predominio, de modo que podemos hablar de empresas personales.

Una empresa típicamente personal, como la de Ford en la industria del automóvil, es la de Thomas Bata, el fabricante checoslovaco de zapatos, que en pocos años se ha convertido en el mayor fabricante de calzado del mundo. Ocupa hoy 12.000 obreros en sus establecimientos de Zlín en Moravia y produce 23 millones de pares de zapatos al año. Solamente Bata ha producido una crisis enorme de desocupación en la industria del calzado de Alemania, que no ha podido concurrir con él ni en baratura ni en capacidad de producción.

Está, sin embargo, tan al alcance de todos los observadores en cualquier país, sobre todo en los industrializados, la constatación del predominio de las grandes empresas trustificadas, fusionadas, amalgamadas o coaligadas sobre el mecanismo total de la economía, que nos creemos dispensados de analizar la situación de los diversos países y de las diversas industrias. El pequeño industrial no lleva más que una vida vegetativa, que por lo general apenas le compensa con una mayor independencia frente a los obreros y que, por otra parte, no hace sino confir-



FRAGMENTOS

mar aquella ley proudhoniana según la cual la introducción de un sistema productivo o de trabajo moderno no excluye por completo los anteriores, como se ve bien claro en la industria de los transportes, donde no obstante todos los adelantos, todavía se encuentran grandes masas dedicadas al transporte a lomo de mula y a lomo de hombre. Las grandes empresas no excluyen en absoluto las pequeñas, pero les hacen perder su razón de ser, su posibilidad de desarrollo y sobre todo eliminan el juego de la libre concurrencia, como ya hemos dicho.

No hay industria que no haya sido dominada ya por los grandes trusts monopolistas. Estos se realizan bajo las siguientes formas:

Bajo el predominio de una persona o de una fábrica;

Por la fusión o amalgama bajo una sola administración de las fábricas de la misma rama;

Por la alianza o comunidad de intereses de diversas fábricas, con administración independiente;

Por la agrupación de los capitalistas para defender sus intereses frente al proletariado y para discutir sobre el nivel de los precios y otros asuntos de interés común.

Para todas esas formas de agrupación hay nombres técnicos, definiciones consagradas. No es eso lo que aquí nos interesa.

Las amalgamas, trusts, comunidades de intereses, etcétera, se preocupan en primer lugar del modo de aumentar sus beneficios. Para ello necesitan el dominio, el control o por lo menos la influencia en el mercado, en el nivel de los precios. Para mantener los precios se distribuyen las cuotas de producción que corresponden a cada fábrica adherida o a cada país, con multas para los que sobrepasan la cantidad establecida e indemnizaciones para los que producen menos. Ese sistema se ha puesto en práctica nacional e internacionalmente por grandes concentraciones industriales, como la del acero, por ejemplo.

—0) (0—

## PRIMO DE RIVERA

*De un vulgar borrachuelo, salió el dictadorzuelo  
que privó a España un día del derecho de gentes.  
Ridículo comparsa de un triste reyezuelo, -  
sólo le aplaude el coro de necios, de dementes.*

*Andaluz, ha debido vestir corta chaqueta, sombrero de ala ancha, ceñido pantalón; y, si no ya trabuco, empuñar la escopeta, o bien la faja enorme del chulo, del matón.*

*Bandolero en su jaca, lleva a la grupa a España.  
No necesita — cree — de otra mejor compañía.  
A él se le importa un bledo de la Constitución.*

*A la Sierra Morena va este Diego Corrientes,  
la escopeta en el brazo y el cuchillo en los dientes.  
El miedo ha de matarle. Le falta "corazón".*

DONKOR

Existen partidarios de la violencia en todos los extremos del pensamiento, acaso porque su alma mórtiz, toda la voluntad y todo el pensamiento está concentrado no más en los fines de un hecho determinado, que puede encerrar en lo hondo, en su entraña, maravillas de excelsitud y de ansias justicieras. Pero en el mundo, pese a nuestros cálculos, no todo es voluntad, a pesar de Arturo Schopenhauer. Existe también la paciencia, que es la germinadora de los siglos. Y es por ello por lo que la sociedad existe, aun con todos sus descompuestos humanos, a los que no se puede recusar en manera alguna más que con el pensamiento, pero valiéndonos del mismo para enderezar los esfuerzos baldíos y las reflexiones infecundas que son un lastre y hasta un abismo, cuyo fondo a veces nos crispamos violentamente, pero a cuyo interior hay que mirar con insistencia profunda, por si acaso atisbamos una lucecilla misteriosa y auguradora...

Se podrá argüir por algunos: ¡Bah! ¡Filosofía barata! ¡Literatura sentimental! Está bien, amigos; pero si se no todo ha de ser filosofía, ni literatura, pero si se aspira a transformar todo un sistema social, dejando en tanto uno abate muros, vaya el otro arreglando los tazones de un jardín. No amontonemos los martillos y los mármoles, que en la vida no todo es imprescindible, pero no olvidéis que tan necesario es el búcaro con flores, como los hierros del forjador. Todo es llama entre nosotros, bajo la creación, y todo es energía. De la diversidad de pensamientos, puede surgir la armonía. Esta engendra fatalmente el poema, y para su comprensión, ya que no para su forja, es menester espiritualizar todos los oídos, ofreciendo a cada cual, no un órgano trasmisor, sino una bella y clásica corriente receptora...

No todo el pensamiento es un siglo, ni toda la creación puede encerrarse entre los infolios dogmáticos de una doctrina. El esfuerzo hacia el equilibrio de las fuerzas físicas y sentimentales es digno de respeto, cualquiera que sea nuestra teoría, y en vez de rechazar voluntades, debemos tender a fundir todos los concursos. ¿Qué importa la denominación, a veces, si el fondo palpita de realismo y de ansias fraternas, está siempre encendido, como un resplandor de eternidad?...

Según los eruditos, la Venus de Milo fué encontrada sin brazos, en unas excavaciones; esto es, mutilada. Suponemos que la mitología no halló nunca el denominador de esa figura. Porque a nosotros se nos ocurre pensar que esa Venus tronchada es todo un poema y todo un símbolo, ya que en su época los brazos, acaso, no hicieran falta para aprisionar las semillas futuras de almas y de pensamientos, hasta Grecia ausentes de fraternidad, por ser acaso la Belleza ¡perdón, oh profesores de estética! — refractaria — ¿no es eso, oh manes de Platón!? — a la presión de los sexos, fundidos eternamente, no por un espasmo sexual, sino por un anhelo maravilloso de belleza y de justicia social.

J. ALCINA NAVARRETE

MAX NETTLAU

# LA RESPONSABILIDAD Y LA SOLIDARIDAD EN LA LUCHA OBRERA

Sus límites actuales y su extensión posible

MEMORIA LEIDA EL 5 DE DICIEMBRE DE 1899,  
ANTE EL GRUPO "FREEDOM DISCUSSION"  
DE LONDRES

Las observaciones siguientes, basadas en un artículo que publiqué en el número de *Freedom* correspondientes al mes de noviembre de 1897, no deben entenderse como un deseo de reemplazar la propaganda anarquista directa por medios indirectos; se limitan sencillamente a promover una cuestión general que, según yo sé, y he oído decir, se ha descuidado hasta aquí. Es ésta la posibilidad de alguna forma o combinación nueva en la lucha obrera.

Y sobre esta cuestión invoco la crítica anarquista para que examine si salvo la posibilidad general, si tiende o no hacia la libertad, y por consecuencia si merece o no el apoyo de los anarquistas.

El progreso en el movimiento obrero me parece, después de todo, desesperadamente lento. Las ideas que se nos presentan más claras, evidentes y aceptables por sí mismas, chocan frecuentemente con tal cúmulo de prejuicios e ignorancia, que no permite dudar que las grandes masas las aceptarán algún día sería y concienzudamente, si no se producen en ellas grandes cambios, o al menos reciben en vasta escala lecciones prácticas. Y aun donde existen ya estas lecciones prácticas, porque la solidaridad de los trabajadores se ha demostrado, no por la propaganda de las ideas libertarias, sino con ventajas materiales directas, por pequeñas que hayan sido, como en el caso del tradeunionismo y la cooperación, el grueso de la masa, propiamente hablando, no llega a adquirir conciencia de ellas, a pesar de un siglo de propaganda y agitación.

Que el pesimismo de este modo de pensar esté o no justificado, la utilidad de hallar — si es posible — medios nuevos que fortifiquen la situación del trabajador es incontestable, y algunos medios de acción, con caracteres permanentes o transitorios han sido propagados y hasta se ha intentado traducirlos en hechos durante los últimos años: tales son, por ejemplo, *la huelga general, la huelga militar, la huelga internacional de los mineros*, la marcha de los obreros huelguistas o sin trabajo hacia la capital (como en América y posteriormente en Francia), *el sabotage* (trabajar despacio y mal, y el "gocanny" preconizado en Francia). También se han hecho esfuerzos para utilizar las organizaciones obreras de producción y consumo en el sentido de ejercer una acción económica directa, por ejemplo una combinación del trade-unionismo y de la cooperación, colonias cooperativas, bolsas del trabajo (según la expresión americana relativa al cambio directo de los productos del trabajo), etc. He ahí por qué yo me atrevo a exponer otros métodos de acción. La actitud de los anarquistas respecto a los medios que acabo de citar, es decir, una ayuda práctica siempre que sea posible, sin separarse de ningún modo de la propaganda de nuestros

concepción social íntegra de hombres libres en una  
sociedad libre.

Lo que convalida, además de la propaganda intelectual directa de los anarquistas y la acción realmente revolucionaria, que es independiente de toda discusión preliminar, es que las grandes y crecientes masas del pueblo sean inducidas a comprender y aceptar el principio de la *dignidad* y la *libertad* humanas, lo mismo que el de la *solidaridad*, y esforzarse por vivir según esos principios. Es, además, necesario que la conexión existente entre estos dos principios sea reconocida, porque sólo el primer principio, superficialmente interpretado, puede conducir a la acción personal del individuo para sí mismo sin preocuparse de si su mejora es paralela a la de sus compañeros, mientras que la solidaridad, sin la dignidad y la libertad personales, no puede ser otra que la que hoy vemos aplicada a nuestro alrededor hiriéndonos a cada instante: la solidaridad de la mayoría compacta con las peores ignominias del sistema presente: competencia, patriotismo, religión, partidos políticos, etc. Por eso es necesaria una plena y consciente combinación de los sentimientos de libertad con los de solidaridad; y los que hayan progresado hasta ese grado, se hallarán más en condiciones de aceptar nuestras ideas, o al menos serán más aptos para comprenderlas que ciertas capas de la población presente. No creo, pues, padecer error al exponer tal criterio, piedra de toque de ciertos medios de acción posible; y aquellos procedimientos también de acción que no se eleven hasta este nivel, deben mejorarse.

Antes de entrar en materia, necesito exponer mis opiniones sobre dos puntos, con relación a los cuales me considero herético, separándome de las creencias económicas corrientes y, en ciertos casos, de los argumentos empleados en la agitación. Mis ulteriores conclusiones se basarán sobre esos dos puntos preliminares.

Uno de ellos se refiere a eso que se llama el *público*; este factor, según mi modo de ver, no se ha tomado lo bastante en consideración en las luchas obreras. Los trabajadores de una industria están organizados y luchan rudamente para mejorar su situación económica; los patronos obran del mismo modo y pueden verse obligados, bien sea por huelgas coronadas con el éxito o bien por la organización de los obreros, a hacer concesiones en el trabajo. Pero los consumidores de productos de esta industria no tienen ninguna organización, no hacen nada para la salvaguarda eficaz de sus intereses, y la reducción de sus gastos comprando lo más barato posible; de lo cual resulta que los capitalistas consiguen recuperar casi íntegramente el precio de las concesiones hechas al trabajo sobre el público que consume. El trabajador, que yo sepa, no interviene para evitar esta consecuencia correlativa de sus luchas. Así sucede que el precio aumenta o la calidad de los pro-



ductos es inferior, y el público paga los gastos de las concesiones arrancadas al capital por el trabajo, como debe hacerlo necesariamente el partido más débil.

¿Pero quién es el público? Pues todos los consumidores, naturalmente. Pero por el momento puedo dividirlo en dos categorías: los que disfrutan de grandes rentas a quienes las fluctuaciones de los precios no afectan seriamente (en este sentido se les puede poner fuera de cuestión), y las grandes masas cuyos recursos son menores o pequeños y a las que la más pequeña alteración en los precios ocasiona molestias y perjuicios, privaciones y ruina. Un considerable número de estos últimos soportan voluntarios la nueva carga, consecuencia del éxito de la huelga de sus camaradas de trabajo, bien porque sean socialistas o anarquistas convencidos, o bien gracias al instintivo sentimiento de solidaridad y de amor hacia la hermosa causa que hace de ellos la base de nuestra esperanza en un porvenir mejor. Pero veo que yo mismo me ilusionaría si cerrara los ojos sobre el hecho de que la gran masa, no iniciada en las ideas de progreso y accesible a los nobles sentimientos (¿si no fuera así cómo toleraría el sistema actual?), no siente acrecentarse su simpatía en tales casos hacia los trabajadores organizados, y permanece débil, indiferente, cuando no hostil como antes.

Yo creo que, si por ejemplo, durante una huelga de mineros, el marido, un obrero, simpatizando con los huelguistas, contribuye gustoso con algunos céntimos a la suscripción abierta a favor de los obreros en huelga, la mujer, que tiene que resolver el doble problema de atender a las necesidades de la casa con el mismo salario que antes, no obstante el aumento en el precio del carbón, no participará de las simpatías de su cónyuge con los obreros en lucha, sino, al contrario, le hará observar las vicisitudes de la vida doméstica y así, naturalmente, se neutralizarán los respectivos sentimientos.

Las huelgas que producen estos efectos, dejan las cosas en el mismo estado, desde el punto de vista económico y moral, hasta en los casos que la huelga ha sido victoriosa; porque los gravámenes de las concesiones económicas, las recupera el capitalista del público que compra. La masa obrera sufre tanto más cuanto mayor es su pobreza; la elevación moral y el entusiasmo de los huelguistas y de los que simpatizan con ellos se contrarrestan por la depresión y muda hostilidad de la masa, que es la que en realidad paga los vidrios rotos, como vulgarmente se dice.

De aquí, pues, la necesidad de hallar los medios por los que el público (la masa obrera) se sintiera interesado materialmente, y no sólo por puro sentimiento, tanto como los huelguistas mismos. Una vez interesados seriamente, la ayuda podría ser enorme, pues, además de las simpatías y el apoyo metálico, el público podría manejar con éxito el arma poderosa del boicot.

He ahí el primero de mis dos puntos preliminares. Mi segunda herejía se refiere a la responsabilidad de los trabajadores con relación al trabajo que ellos hacen. Esta responsabilidad no ha sido reconocida hasta ahora, pues es costumbre considerar a un hombre como honrado trabajador si trabaja por un salario sin preocuparse nunca de la clase de trabajo. ¿Existe alguna ocupación que de un modo efectivo se eluda o excre? Por infame que la ocupación sea es difícil hacerla vergonzosa para quien en ella se ocupa. Dejando a un lado el hecho doloroso de las

solicitudes para ocupar el puesto de verdugo ¿no leemos algunas veces que personas de distintas profesiones se presentan de entre los trabajadores y la clase media para desempeñar tan repugnante función? ¿Para muchos no es la suprema ambición ser guardias municipales, y policías y soldados no son ción? ¿Para muchos no es la suprema ambición ser alimentados en gran parte por necias mujeres del pueblo, sirvientes y cocineras? Los soldados que en Inglaterra se alistaban voluntariamente, saben que su ocupación habitual no consistirá en defender su patria, a la que nadie atacará, sino en reprimir una tras otra todas las sublevaciones de pobres indígenas mal armados, y reprimirlas tan bárbaramente como sea posible, a fin de aplastar desde un principio la insurrección para evitar la extensión. Hay, pues, hombres jóvenes que no les da vergüenza el ingresar en la policía, ni de ser verdugos, y la masa del pueblo no siente ninguna aversión hacia los soldados, sino que fraterniza con ellos. Tampoco escasean jamás los usureros, corredores, agentes electorales, cobradores de impuestos, agentes de propiedad, guardas rurales, etc. Y la pretendida opinión pública, que alardea de humanitaria y civilizada, no parece percatarse de sus enemigos del interior y si acaso se catarse de sus enemigos del exterior y si acaso se ocupa es para declarar que no es culpa de ellos.

Pero yo voy aun más lejos y digo: es cierto que esta escoria social goza de bien poca popularidad entre la mayoría del pueblo, pero mientras tanto se ejercen industrias y profesiones infames, por mayor número de hombres aún, y nadie parece encontrar esto censurable. Me refiero aquí a la gran masa de trabajadores manuales que construyen malas habitaciones, ropas de malísima calidad y alimentos adulterados, y así sucesivamente, que degradan la vida, embrutece el espíritu y arruinan el cuerpo de sus propios compañeros de trabajo. ¿Quién ha construido esos tugurios y, lo que es aun peor, quién los man tiene en estado que permite ser habitables con repartición superficial y repetidos enjabelgamientos? ¿Quiénes son esos que producen vestidos que caen a pedazos la primera vez que se ponen; quiénes elaboran alimentos y bebidas detestables que sólo los pobres consumen? ¿Quiénes son, en fin, los que los presentan al público, a los pobres, cuando otros les han dado un aspecto brillante, en el caso que se hayan tomado esta molestia, y los venden sin escrúpulo con ayuda de fingimientos y mentiras? Todo esto se hace, aunque inspirado por los capitalistas que son los únicos que se aprovechan, por importantes ramos del trabajo, respetados y bien organizados: el gremio de constructores, la industria textil y los dependientes de comercio. Esto me disgusta y subleva, y a mil modos de ver, son ocupaciones que no tienen excusa, y bien menos aun que no se tomen ni siquiera la molestia de consignarlas y menos la de combatir las.

En el fondo se halla siempre la vieja y egoísta excusa: "Yo debo hacerlo así: yo no tengo derecho a elegir mi trabajo". Si yo no lo hago, otro lo hará. Si no obtuviera con ello algún provecho preferiría hacer otra cosa útil. Pero no soy responsable; la responsabilidad es del patrono que me ordena el trabajo que yo hago.

Mi opinión es que mientras esa excusa — ese flogio fatuo, que sólo es excusa de mercenario — sea admitida y generalmente aceptada, las cosas podrán continuar tal cual hoy son, y que el porvenir anhelado no llegará jamás. Los capitalistas, de acuerdo con esta opinión, se hallarán siempre en condiciones de pagar la mitad de los trabajadores para contener la otra mitad. Por otra parte, continuarán manteniendo

la gran masa de los trabajadores en un estado de degradación física e intelectual, abatidos, sin energía, ignorando hasta la mayor parte de los infinitos goces de la vida, debido todo ello al triste y deprimente ambiente, a la insuficiencia de nutrición que origina la anemia del cuerpo y el cerebro. Y el trabajo manual, el trabajo práctico que engendra tal estado de les por otra parte sufren personalmente lo mismo que los demás. El asesinato directo, el que comete el soldado cuando fusila a los huelguistas, y el asesinato indirecto por la producción de horribles habitaciones y mala alimentación, etc., operado por los trabajadores en la persona de sus propios hermanos, son dos actos igualmente funestos por sus consecuencias, y que es preciso reconocer como tales antes de pensar en obtener alguna mejora.

Eso es lo que yo llamo la responsabilidad del trabajador con relación a su trabajo. Y no me paro aquí; sostengo además que la carencia de ese sentimiento de responsabilidad degrada tanto a los obreros como a sus víctimas. Nadie negará que los policías y soldados son hombres degradados y embrutecidos por el ejercicio continuo de esa caza al hombre, lo único que constituye su profesión, y por la traición y el asesinato profesionales. Respecto a los trabajadores no vacilo en afirmar que el caso es el mismo, cuando ejercen oficios o industrias basadas en el fraude. Tomad, por ejemplo, al lampista que engaña continuamente al cliente haciéndole creer que repara las tuberías que conducen las aguas al albañil, cuando en realidad no hace nada, o bien el dependiente de comercio que se pasa el día vendiendo al público lo que no le sirve para nada bueno, pero que por eso mismo el comerciante tiene necesidad de vender. Yo no creo que el carácter de esos trabajadores, por muy honestos y leales que sean al principio, se mejore con el tiempo; hay muchas más probabilidades para que se hagan insensibles e indiferentes que libres y entusiastas. Igualmente la multitud productora de géneros malos o mediocres no puede ciertamente interesarse por su trabajo. Pero nadie puede vivir sin intereses por lo que hace, o de lo contrario, sus facultades se entorpecen, su inteligencia se restringe y él mismo, de paso, se hace incapaz de comprender las ideas de libertad y rebeldía y menos aun de ponerlas en práctica. Comparad esos hombres con los que describe William Morris en su *Rehabilitación del trabajo manual* y en sus *Noticias de Ninguna Parte* (1) y comprenderéis claramente lo que quiero decir.

\*\*\*

Faltábame hallar un medio de acción que pudiera conducir a la gran masa del pueblo a la concepción y aceptación de una positiva y seria combinación de los inseparables sentimientos de dignidad, de libertad y solidaridad humanas.

Un tal medio, podría, creo yo, dar buen resultado, si los dos elementos de que acabo de hablar se combinan convenientemente, a saber: 1.º, la necesidad de dar al público (a la masa obrera) un interés económico en las huelgas, tan grande como a los huelguistas mismos, y 2.º, la necesidad para los trabajadores del sentimiento de su responsabilidad con relación a su trabajo, excitándoles a que se esfuerzen para poner término a los perjuicios que produce a sus semejantes un trabajo antisocial.

(1) "Noticias de Ninguna Parte", publicado por la Editorial LA PROTESTA.

Este medio daría cierta impulsión a los sentimientos de respeto a sí mismo y de solidaridad, y arrastraría a la gran masa, por consecuencia, al camino de la libertad, haciéndola más accesible a una propaganda más avanzada, porque las enseñanzas de ella no serían en lo sucesivo contradichas por su propia existencia y por la nuestra misma hasta el punto que lo son hoy.

En concepto mío, las grandes líneas de este plan de acción son, en lo que concierne a los trabajadores: *negarse a hacer un trabajo perjudicial al público, y luego fortificar su posición haciéndole conocer a este último cómo se le engaña y roba; y en lo que concierne al público: sostener estas huelgas basadas en tales motivos por una simpatía activa y por el boicot.* Estas huelgas pueden terminarse con la victoria de los huelguistas y del público, pero victoria positiva obtenida a cargo del capitalista, que tiene que reducir el importe de sus beneficios. No podrán destruir las bases del sistema actual, porque esto ninguna huelga lo podrá, a menos que se produzca por una negación terminante de trabajos para los patronos, en cuyo caso sería ésta la huelga general, la revolución social; pero sin embargo pueden establecer un lazo más estrecho y general entre los trabajadores; por otra parte las huelgas perderían el carácter individual y se convertirían en acontecimientos colectivos, mientras que hoy sólo lo son por el sentimiento y la convicción personal de unos cuantos y no por la base económica.

En la práctica, esas tácticas pueden revestir, naturalmente, múltiples formas. En primer término deben dirigirse y obrar sobre la conciencia de los trabajadores asociados y de los socialistas; hecho esto los esfuerzos prácticos no faltarán.

Si, por ejemplo, las corporaciones organizadas del gremio de construcción, acordaran que ningún miembro de la unión trabajara en la reparación de buhardillas, haciéndole conocer al público al mismo tiempo la imposibilidad de sanearlas con cambios de piso o revoques, la cuestión de las habitaciones adquiriría a los ojos del público una importancia bastante más grande que la que le hayan podido dar hasta aquí todos los comités, los mítines y las campañas en la prensa. Nada tiene de extraño que los trabajadores hayan sido indiferentes a toda agitación, viendo que en realidad todo marcha como antes. Unos ven a sus propios amigos o vecinos, albañiles, perpetuar la miseria de las habitaciones con ridículas reparaciones, mientras que ellos mismos, tal vez empleados de almacén, les pagan como cambio, vendiéndoles comidas o bebidas envenenadas a los albañiles, agricultores, etc. Unos matan a otros mientras que el capitalista tira de la cuerda. Si el estado de una casa es tal que al fin se declara ruinoso, nunca es por los que la habitan: *que sólo tienen que abandonarla*; no por los trabajadores que la reparan, *que no tienen más que dejarla*, sino por las autoridades encargadas de la salubridad de las clases ricas, a las que deben proteger contra la infección de los focos de enfermedad. La iniciativa y el respeto de sí mismos es poco conocido por las víctimas de este sistema; ningún esfuerzo debiera regatearse para crear esta iniciativa y respeto, y el sentimiento de la responsabilidad es uno de los medios a emplear en este sentido.

Si los constructores de edificios de Londres tomaran la resolución de no poner la mano ni en una siquiera de las zahurdas de la inmensa extensión del este y el sud de esta ciudad, muy pronto, no sólo la cuestión de habitación, sino también la del landlord-



disimo pasaría a ser una de las primeras. El público respondería con el grito: ¡Abajo los alquileres! y los empleados de comercio podrían aportar su apoyo reemplazando de los establecimientos y negándose a tocar tirándose de los establecimientos y negándose a tocar los detestables alimentos que ahora nos venden. Esto podría dar lugar a que algunos habitantes del East-End inspeccionaran las condiciones de las casas en West-End, lo cual es ya algo, y la gran cantidad de trabajo nuevo y sano que los albañiles tendrían que hacer en mejores condiciones, les indemnizaría con creces de los sacrificios impuestos por tal huelga.

Que trabajadores de las industrias textiles denuncien la confección de las ropas defectuosas y se nieguen a producirlas por más tiempo; que hagan lo mismo los oficios similares, cuya ocupación consiste en dar a los géneros malos aspecto brillante y juntos podrán ilustrar al público sobre el modo inicuo de cómo se le roba.

Lo mismo sucede en lo relativo a los trabajos químicos, tales como el trabajo infernal del blanco de cerusa u otros análogos, en los que el trabajo mismo, y no el producto, arruina la salud sin que ninguna conmiseración, ninguna piedad ni legislación produzca efectos positivos. Con objeto de que se abandonaran esos trabajos convendría cubrir de oprobio a los que permiten que de tal modo se les mate, presentándolos como más bajos que los "black legs", como en realidad son, puesto que hacen marchar esos oficios y, mientras continúan así, nuevas víctimas, ignorando al principio qué clase de trabajo emprenden, están llamadas a llenar los huecos de los muertos que les han precedido en tan abominables trabajos.

Los empleados del comercio no podrían hacer triunfar sus reivindicaciones inmediatas, si adoptaran la firme resolución de considerar como *deshonroso el mentir al público*, tal como hoy lo hacen para realizar mayores ventas, y mantener o mejorar así su situación? El público se pondría de su parte, naturalmente, declarando el boicot a los comerciantes desvergonzados que se quedarían desacreditados y con sus géneros malos. Para el público en general es realmente difícil que pueda sentir alguna simpatía hacia esa clase de trabajadores, tal cual hoy son: puede afligirnos al pensar en las largas jornadas que hacen y soportar buenamente los inconvenientes que a veces nos causa el cerrar temprano un establecimiento, pero sabemos que esta clase de simpatías no impedirá al comerciante de vendernos alimentos podridos al precio de frescos.

En resumen, como consumidores, no podemos sentir ninguna simpatía hacia los instrumentos del capitalismo, y, como las grandes masas están formadas, por uno y otro lado, de trabajadores, la división y hostilidad perdura entre ellos; y una sola acción práctica: la *solidaridad mutua*, puede vencer esta hostilidad. Las convicciones y los sentimientos son también buenos factores, pero no bastan para todos los casos.

Estos ejemplos, elegidos con mejor o peor acierto, aclaran mis ideas hasta cierto punto que, por otra parte, no dependen del valor de esos ejemplos. Me doy exacta cuenta de la dificultad de dar un empuje en esta dirección, y propongo que se discuta en primer término la cuestión de la responsabilidad. En cuanto un principio es comprendido y aceptado por cierto número, hombres nuevos se presentan sin previo llamamiento, sin preparación y sin organización, para obrar de conformidad con el principio. Un movimiento puede partir del más pequeño taller por haber arrojado las herramientas los obreros, negán-

dose a hacer por más tiempo un trabajo mediocre o antisocial; o bien puede obedecer a las decisiones y acuerdos de un congreso, etcétera. Las ideas no son, después de todo, más que un paso hacia el altruismo: si un hombre que contribuye a la baja de los salarios de sus compañeros de explotación es despreciado como hermano por razón de un acto antisocial en esta cuestión, que ese desprecio se haga extensivo a todo trabajo antisocial; y si los trabajadores par-ticulares no saben comprender este principio, que lo comprenda el público y obre en consecuencia.

Todo esto podrá parecer duro y sin entrañas, pero yo no veo en ello más que dos alternativas: o bien ser puramente sentimental, cerrar los ojos a la razón, apiadarse de todo el mundo, excusar todas las cosas y llorar por la suerte del soldado muerto o herido y la del policía que ha salido mal parado del *cum-plimiento de su deber*. O de lo contrario ser lógico, y en este caso no pueden hallarse excusas para todo eso, salvo la de no estar preparada la opinión pública sobre el particular, en cuyo caso nuestro primer acto será esforzarnos para despertar a la opinión sobre esta cuestión. Ignorando o negando el principio de la responsabilidad, se sigue simplemente la vía de las falsedades, la de las falsas percepciones, la de la cobardía, anotando a cargo de otro lo que esquivamos nosotros mismos, o bien la del puro sentimentalismo que nos lleva a aceptar al fin una verdad desagradable. Y digo desagradable porque aumenta el trabajo a hacer antes de obtener un cambio real; advirtiéndole que, como he dicho antes, si el pueblo continúa como hasta hoy, no se producirá jamás ningún cambio.

Resulta claramente de lo que precede un doble objeto: despertar el sentimiento de la responsabilidad y utilizarlo para las huelgas colectivas, interesando al público según he descrito. Si este segundo punto al público según he descrito. Si este segundo punto se juzga impracticable el primero subsiste no obstante y debe buscarse otro medio para crear y utilizar ese sentimiento tan importante. Siento con vehemencia que es indigno de un hombre hacer a sus semejantes todo el mal que el capitalista le ordene hacer creyendo justificarse con este nombre de causa: *Yo no soy más que un instrumento. Eso puede satisfacer a los que aceptan el presente sistema y se contentan siendo instrumentos de los capitalistas y destruyendo la libertad de sus semejantes; pero los que realizan tales actos antisociales y repudian el actual sistema, son inconscientemente unos cobardes, que no conseguirán destruirlo jamás. Yo quiero hombres que sepan en primer lugar emancipar su espíritu, que se nieguen después a realizar un trabajo que perpetúe la miseria y la esclavitud de sus semejantes y creen así una amplia corriente de simpatía y solidaridad, base propia de más trascendentales actos.*

Ese procedimiento de acción económica, me parece más apropiado a un hombre que se siente libre y que halla la base de su libertad en la libertad y el bienestar de los demás. Si no puede, negándose a trabajar para el capitalista, derribar el presente sistema social, se esforzará de algún modo para no trabajar en detrimento de los otros, guiado por su respeto propio, sin inquietarse por si la solidaridad de sus semejantes responderá o no inmediatamente a la suya. Tal es el método anarquista: Hacer uno mismo lo que quisiera ver hacer a los demás.

El viejo procedimiento político y autoritario consiste en lavarse las manos declarando que esas cosas son inevitables, y por consecuencia perpetuarlas, esperando, no obstante, que otros hagan por nosotros lo que nosotros mismos no pudimos o no quisimos

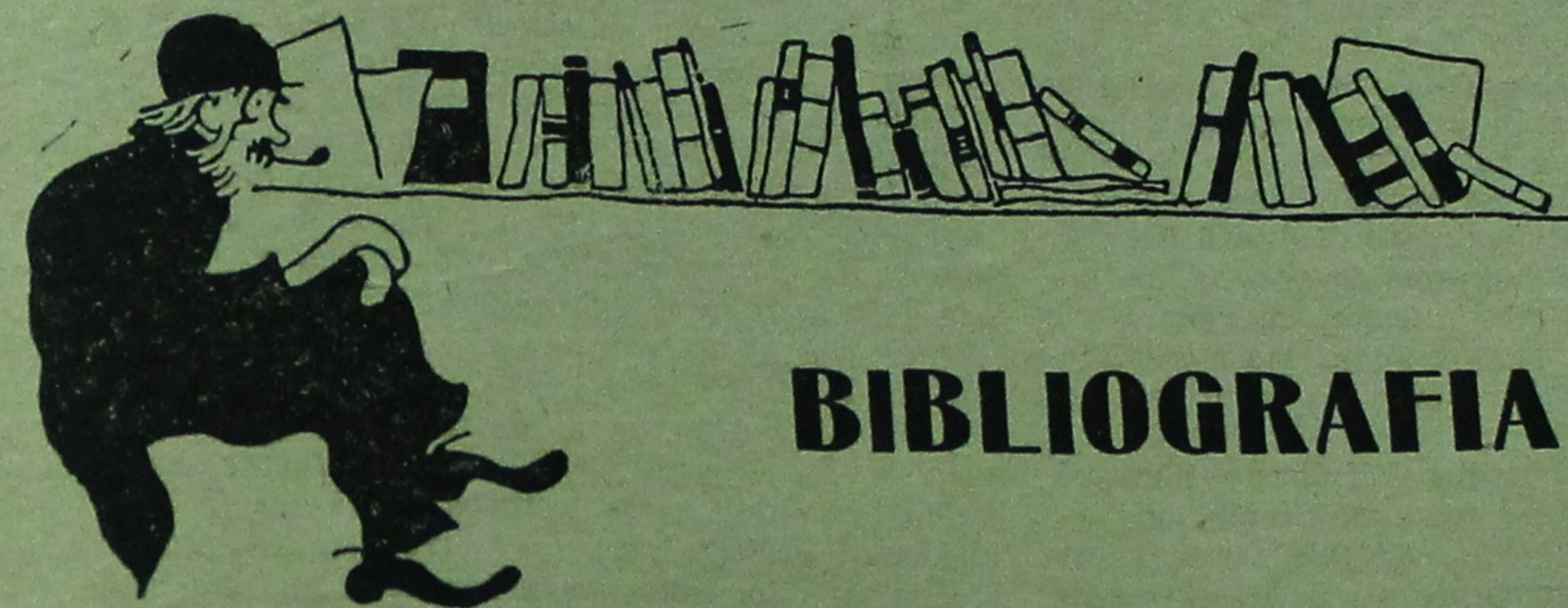
hacer (términos que con harta frecuencia se toma el uno por el otro). Los que no aceptamos ese principio fundamental en política, deberíamos abandonarlo completamente en materia social, y por consecuencia acentuar la responsabilidad de cada cual con relación a lo que hace.

Añadiré solamente que, discutiendo este tema, la palabra *moralidad* no debe emplearse en sentido que permita creer que yo exhorto a los trabajadores a ser más morales. Yo no he empleado esta palabra en tal sentido, y se presta a falsas interpretaciones. Quiero solamente que lleguen antes que todo al respecto de sí mismos, a la conciencia de su dignidad y de su libertad; y entonces su propia conciencia les inducirá a negarse a hacer actos antisociales en el más amplio sentido, del mismo modo que se niegan a hacerse delatores o "blacklegs". Es fácil decir: destruyamos primero el sistema capitalista e inmediatamente adquiriremos esas cualidades. Pero, preguntamos: ¿quién se encargará de destruir el actual régi-

men, puesto que el dogma de Marx, según el cual los capitalistas deben destruirse mutuamente hasta el último, no nos convence a nosotros como ha convencido por tanto tiempo a los demócratas sociales?

Repito, para terminar, que no pretendo en modo alguno disminuir la importancia de ningún método actual de propaganda, pero me gustaría ver discutir las opiniones expuestas en este trabajo, sobre todo cuando los anarquistas se encuentran reunidos en las sociedades de obreros. Si se ampliara la acción de las sociedades de resistencia, pasando de las cuestiones puramente de oficio a una tendencia hacia la emancipación de todos los trabajadores, tal vez habríamos hallado una vía decisiva hacia la que se dirigen todas las simpatías de cuantos se sienten libres y anhelan al mismo tiempo la libertad de los demás.

Igualmente me gustaría ver formar parte de los esfuerzos preliminares intentados en el mismo sentido.



## BIBLIOGRAFIA

MAX NETTLAU — "Elisée Reclus, Anarchist und Gelehrter". — 1830-1905); Verlag Der Syndikalist, Berlín, 1928.

Este nuevo libro de nuestro incansable compañero Max Nettlau integra dignamente la serie de obras ya aparecidas del mismo autor en la editorial "Der Syndikalist" (*Errico Malatesta, das Leben eines Anarchisten*, — *Der Vorfruehling der Anarchie*, — *Der Anarchismus von Proudhon zu Kropotkin*). Esta obra de casi 350 páginas es una verdadera fuente de inagotables detalles sobre el movimiento del socialismo libertario, de los cuales se eleva magníficamente la figura del pensador y sabio anarquista Eliseo Reclus.

De los portadores espirituales del anarquismo moderno es justamente Eliseo Reclus el menos conocido en Alemania. Aparte del conocido folleto: *Evolución y Revolución* y de algunos otros artículos debidos a la pluma de Reclus, publicados en el curso de los años en la prensa anarquista de habla alemana, se sabe entre nosotros muy poco de ese hombre singular. Y sin embargo Reclus es uno de los más notables fenómenos en la historia del moderno anarquismo, que puede pretender junto a Bakunin y a Kropotkin un puesto completamente independiente en el movimiento del socialismo libertario.

En el primer capítulo de su hermoso libro nos da Nettlau con las palabras propias de Reclus una impresionante descripción del ambiente familiar y so-

cial en que se desarrolló la primera juventud de Eliseo. En esa descripción es esbozada de una manera fina un breve resumen de la evolución histórica tan interesante del sur-este de Francia, que presta un marco precioso a aquella época de la juventud de Reclus.

Eliseo nació de una vieja familia protestante de la Gironda. Su padre, el pastor Jacques Reclus, era un hombre sincero, fuerte, que tomó en serio su fe y actuó principalmente por su ejemplo personal en el círculo de su parroquia, según fué el caso siempre en toda personalidad efectiva. A pesar de esto dominaba en la casa paterna una tolerancia bastante amplia, que preservó a Eliseo y a sus numerosos hermanos del fanatismo religioso, tan familiar en aquellos ambientes. Así fué educado Eliseo en concepciones religiosas, que obraron en él largo tiempo, pero quedó extraño a todo fanatismo, y por eso su desarrollo espiritual no fué esencialmente influenciado.

El desarrollo de un hombre es algo propio y muchas cosas quedan oscuras y enigmáticas para nosotros. Aun cuando se suponga que el hombre nace con determinadas predisposiciones de carácter y capacidades, que después se modifican por la influencia del ambiente y de la educación y son constreñidas en determinados caminos, no se puede establecer aquí, sin embargo, ningún límite ni rasgos fijos. Nadie puede decir con certeza dónde hay que buscar los gérmenes más vitales para la formación de un carácter. Si se lee la vida de Eliseo Reclus, se es inclinado a considerarlo como anarquista. Su ilimitado amor a la libertad, unido a una gran bondad de



corazón, que nos hace aparecer su naturaleza tan atractiva y simpática, se manifiestan claramente en todo período de su vida. Cada uno de sus juicios sobre los hombres y las cosas es inspirado por gran suavidad; en todas partes se muestra en él la insinuación a transformar en vida el conocimiento adquirido y a reunir a su alrededor una pequeña comunidad que viva su propia vida y eluda toda coacción externa contra otros.

Nettlau cita una frase de Paul Reclus, que podría servir como lema de toda la vida de Eliseo: "Se sea cristiano o ateo, anarquista o burgués, cuando se es de esa naturaleza se hace posible una sociedad sin ley ni autoridad".

Esto es absolutamente justo. No es el nombre lo que decide, sino el hombre. El nombre es cáscara y humo; el nombre es fachada externa, ropel engañoso; pero lo más profundo vive en los hombres mismos y se expresa por su esencia, por las relaciones con sus semejantes. Así muy a menudo la palabra anarquista oculta rudimentos de autoridad, de ansias dictatoriales y de intolerancia fanática contra toda otra opinión. No es la palabra lo que importa; es el hombre, el cual ennoblece o mancha un nombre con su comportamiento.

Eliseo Reclus ha sabido conformar su vida, en tanto que es posible, según el propio modo de ser: ha impreso a cada uno de sus actos el sello de aquel equilibrio interno que da un carácter tan armónico a todo su ser. Claramente tampoco él quedó libre de preocupaciones y de decepciones, pero su amplia mirada, agudizada aún por su profesión de geógrafo e historiador de la cultura, superó todas las adversidades y no le consintió perder nunca su equilibrio interior.

Pero no hay que olvidar que Eliseo no necesitó consagrarse exclusivamente a un movimiento en ningún período de su vida, como Bakunin y muchos otros. Dió al movimiento siempre y en todas partes su ayuda, pero no pasó nunca a él y se encontró casi siempre a cierta distancia, de modo que pudo observar todas las cosas, por decirlo así, desde su perspectiva. Por eso no fué alcanzado por las disidencias y escisiones internas, sin las cuales no parece que se pueda marchar en un movimiento, y pudo conservar una objetividad del juicio que no poseen en la mayoría de los casos los directamente participantes.

Nettlau ha resumido con infinito amor y esmero todo lo característico de esa vida, para presentar a los ojos del lector un cuadro todo lo completo posible del devenir de Eliseo. Como en todas sus otras obras permanece aquí el mismo historiador concienzudo, que no quiere dar leyenda, sino sólo historia y no más. Ha conseguido establecer una gran cantidad de detalles que permanecían desconocidos hasta aquí a la mayoría de los compañeros familiarizados con la historia del movimiento. Por desgracia una gran parte del material interesante se le hizo accesible después de la impresión de la edición alemana, que por ahora sólo se empleará en la edición española que aparecerá próximamente, hasta que consigamos publicar una segunda edición alemana, que confiamos ha de ser pronto.

Es una vida enormemente rica e interesante la que nos ha descrito aquí Nettlau. Los años escolares en Neuwied y después en Francia; el apartamiento definitivo de la carrera teológica para la cual había destinado el padre a su hijo Eliseo. El período en Berlín, donde escuchó las lecciones del famoso geógrafo Carl Ritter, a cuyo método abrió perspectivas enteramente nuevas y que obró decisivamente

en su carrera ulterior de sabio. Luego el desarrollo hacia el socialismo, la primera participación en la vida política, que le hizo huir de Francia después del golpe de Estado de Napoleón III y refugiarse en Inglaterra. Luego el período de Irlanda, el gran viaje por norte y sur América, el regreso a Francia. Después el período de la Internacional, su trato con Bakunin, la guerra franco-alemana, la participación en la rebelión de la Comuna, la prisión y el destierro. Vienen después su actividad en Suiza, sus relaciones con Kropotkin y el regreso por fin a París. Pero tampoco entonces quedó tranquila la vida de Eliseo. Los hechos de Ravachol, de Vaillant, de Emil Henry y de Caserio, en la primera mitad de la década 1890-1900, dieron al gobierno francés el pretexto para severas persecuciones, ante las cuales ni Eliseo y su familia quedaron impunes. Así se vió forzado a abandonar su hogar y a dedicar sus fuerzas a la Universidad nueva de Bruselas. Y por fin el desenlace, el fin de esa vida laboriosa.

Nettlau nos describe todas las fases de esa vida verdaderamente grande y nos invade un cierto respeto ante la fuerza de trabajo justamente imprescindible de aquel hombre que ha sabido unir tan armónicamente su carrera de sabio con la del anarquista y del revolucionario. Ya la edición de la "Nouvelle Géographie Universelle", aquella obra gigantesca de 19 grandes volúmenes, con enorme material cartográfico, etc. fué un esfuerzo que podría llenar una vida entera. Pero a parte de las obras primarias, *La Terre*, etc., escribió Eliseo Reclus una serie de otras obras, entre ellas su libro *Evolución, Revolución e ideal anarquista*, así como los seis volúmenes de *El Hombre y la Tierra*. De esa rica e inmensa labor no ha sido traducida casi nada en alemán. La energía de Francisco Ferrer ha conseguido presentar a los lectores españoles la obra monumental *El Hombre y la Tierra*. En Alemania nadie piensa en ello. Sería para nosotros una hermosa acción si pudiésemos editar una colección de los pequeños trabajos de Reclus y ante todo su libro "Evolución, Revolución e ideal anarquista". ¿No habría de darnos el estímulo para ello la preciosa obra de nuestro camarada Max Nettlau?

Hay que mencionar todavía especialmente que Nettlau ha destruido también en su libro aquella vieja leyenda según la cual Eliseo Reclus era un discípulo de Bakunin, que todavía hoy se repite automáticamente, a pesar de que el manuscrito de Montauban se dió a la publicidad hace unos años. Ese manuscrito fué encontrado en la buhardilla por la leyenda según la cual Eliseo Reclus era un discípulo de Bakunin, que todavía hoy se repite automáticamente, a pesar de que el manuscrito de Montauban se dió a la publicidad hace unos años. Ese manuscrito fué encontrado en la buhardilla por la leyenda según la cual Eliseo Reclus era un discípulo de Bakunin, que todavía hoy se repite automáticamente, a pesar de que el manuscrito de Montauban se dió a la publicidad hace unos años.

No sería completa mi mención del libro de Nettlau si no citase aquí la relación íntima que existió toda la vida entre Eliseo y su hermano mayor Elias. De esa maravillosa relación nos aparece más cariñoso y firme lo profundamente humano de ambos hombres y los hace doblemente queridos.

Pero la Editorial Der Syndikalist merece nuevo

agradecimiento por haber enriquecido con la edición de esta magnífica obra la literatura del socialismo libertario en Alemania. Este esfuerzo de la Editorial que tal vez más tarde se apreciará debidamente, es su mayor e inolvidable mérito. La Editorial en los pocos años de su existencia ha hecho más por la literatura anarquista de lengua alemana que todo el movimiento anarquista de Alemania en los últimos cincuenta años. En el extranjero se sabe apreciar mejor que entre nosotros esa actividad. Ojalá la Editorial pueda seguir sin interrupción su acción bienhechora y no se deje extraviar por nada. Lo que aquí se lleva a cabo es imperecedero. Que todos nuestros compañeros apoyen sólidamente la Editorial y la ayuden por la difusión de nuestra literatura.

Pero a la Guilda de Amigos del Libro le presento nuevamente el problema: ¿No ha llegado la hora de comenzar con la edición de la biografía de Bakunin en cuatro volúmenes, la obra de la vida de nuestro amigo Max Nettlau, por decirlo así? ¿Hay en dieran cooperar? Un poco más de actividad y de entusiasmo por nuestras ideas y podremos señalar al mundo en mayor medida que aunque pocos es posible realizar algo grande y fecundo, cuando se tiene la firme e inmovible voluntad de hacerlo. —R. ROCKER.

Hemos transcrito del "Syndikalist" de Berlín la nota bibliográfica anterior porque refleja nuestro pensamiento relativamente a la obra de Nettlau y a un problema que todavía no hemos resuelto: la edición de la biografía de Bakunin. Los lectores españoles podrán saborear la biografía de Reclus el mes que viene, por lo menos el primer tomo. Pero la obra fundamental de Nettlau, la biografía de Bakunin, todavía está inédita...

**Dr. NATALIO MURATTI.** — "Municipalización de los servicios públicos". — Estudio económico, financiero, político, jurídico y social. Con un prólogo del Dr. R. Bielsa. Buenos Aires, 1928, 232 págs. 4.º.

He aquí un libro que propicia la municipalización, en sentido general provincialización, o mejor dicho la socialización de los servicios públicos de necesidad de una manera parecida a como lo hace el "socialismo municipal" inglés. Podemos decir que no van más allá las modernas aspiraciones prácticas de la socialdemocracia internacional.

Esta obra, dejando ya a un lado su rico contenido, nos interesa como exponente de una solución que se quiere dar a la administración pública en un sentido más eficiente para el interés colectivo que el de la administración actual, en el que predominan las concesiones. Está de más decir que no compartimos este punto de vista, que lo combatimos como combatimos todo lo que tienda a aumentar la intervención central del municipio, de la provincia o del Estado nacional en la vida de la sociedad. Pero reconocemos que el anarquismo se ha circunscrito mucho más a una oposición negativa a esas tendencias que a esbozar tan siquiera las bases generales de su organización de los servicios públicos en una sociedad de libres y de iguales. Por eso creemos que la lectura de obras como la presente tienen el mérito de sugerir el estudio de las propias deficiencias para llegar a oponer a tendencias como la propiciada por el Dr. Muratti un conjunto de realizaciones o de afirmaciones concretas,

positivas. Justamente nosotros pensamos que la reconstrucción de la nueva sociedad será comunal más bien que estatal, pero si se tratara de proceder prácticamente veríamos cuán grande es la confusión reinante en nuestros amigos. ¿Formarían nuestras comunas un conjunto administrativo más o menos perfeccionado pero de estructura parecida a la actual? ¿O bien un conjunto de funciones y servicios sindicalmente controlados y organizados? ¿O no habrá ni lo uno ni lo otro? Hemos de convenir ante todo que se necesita una organización, un sistema administrativo, un cuerpo técnico y social encargado de la regulación de los servicios públicos. Pero es preciso saber algo más, y si un autor como el Dr. Muratti presenta una solución, nosotros no nos atreveríamos a internarnos demasiado en el tema por temor a entrar en el campo de las divagaciones puramente individuales. Sin embargo, este libro nos proporcionará la ocasión de dar en otra oportunidad algunas ideas sobre nuestra manera de encarar la cuestión.

**MAX JIMENEZ.** — "Unos fantoches". — Ediciones del Convivio, San José, Costa Rica, 1928. 51 páginas.

Un joven escritor centroamericano reúne en este pequeño folleto dos relatos que no carecen de penetración psicológica y que sobre todo revelan un estilo personal en formación.

—(o)—

## DE NUESTRO CANJE

"Bulletin of the Relief Fund of the IWMA", for anarchists and anarcho-syndicalists imprisoned or exiled in Russia, París-Berlín, diciembre de 1928. A. S. Bergmann, 120 rue Tahére, St. Cloud (S. et O.), Francia.

"The Road to Freedom". Vol. V, N.º 4, diciembre 1928, New York.

"La Organización Obrera", órgano de la F. O. R. A., Buenos Aires, enero de 1929.

"Solidaridad", año XI, N.º 191, 22 de diciembre de 1928, Brooklyn.

"El Obrero Ladrillero", año VIII, N.º 52, enero de 1929, Buenos Aires.

"L'allarme", anno II, N.º 12, 18 de enero, Buenos Aires.

"Verbº Rojo", 3.ª época, año I, N.º 8, 2.ª quincena de diciembre de 1928, México.

"L'Emancipazione", mensil libertario del West San Francisco, Cal., anno II, N.º 12, diciembre 15 de 1928.





# Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.— "Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873) \$ 0.50 Edición especial, papel pluma ..... " 1.— Encuadernado en tela ..... " 2.50 "Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán ..... " 1.20 Edición especial, papel pluma ..... " 2.— Encuadernado en tela ..... " 3.50 "Fernand Pelloutier y el sindicalismo" " 0.15	C. LOMBROSO y R. MELLA.— "Los anarquistas" (Estudio y réplica) .. 1.— NIDO, ROCKER y NEMO.— "Nacionalismo y anarquismo" ..... " 0.20 SEBASTIAN FAURE.— "Mi Comunismo" (La felicidad uni- versal) ..... " 2.— Encuadernado en tela ..... " 3.50 "Temas Subversivos" ..... " 1.50 También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos: La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La po- brezumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.
RUDOLF ROCKER.— "Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo ..... " 1.50 "La maldición del practicismo" ..... " 0.10 RUDENKO.— "En Ucrania. — La sublevación po- pular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company ..... " 0.15	J. DEJACQUE.— "El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus ..... " 0.50 WILLIAM MORRIS.— "Noticias de ninguna parte" ..... " 1.— ELISEO RECLUS.— "A mi hermano el campesino" ..... " 0.10 "La anarquía y la iglesia" ..... " 0.10 JUAN CRUSAO.— "Carta Gaucha". 7.ª edición ..... " 0.10 D. A. DE SANTILLAN.— "La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su in- fluencia en el mercado del trabajo . " 0.10 AGUSTIN SOUCHY.— "La Ucrania revolucionaria". (Resul- tado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) .. 0.30 S. RADOWITZKY.— "La voz de mi conciencia" ..... " 0.10 VARIOS.— "Certamen Internacional de LA PRO- TESTA". — Un volumen en 4.ª, encuadernado en tela ..... " 2.— ANSELMO LORENZO.— "El derecho a la evolución" ..... " 0.10 ANA M. MOZZONI.— "A las hijas del pueblo" ..... " 0.10
JAMES GUILLAUME.— "Miguel Bakunin" (Noticia biográ- fica) ..... " 0.20 MIGUEL BAKUNIN.— (Obras Completas) I "La Revolución Social en Fran- cia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán ..... " 1.50 II "La Revolución Social en Fran- cia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau ..... " 1.50 III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau ..... " 1.50 IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau ..... " 1.50 Los mismos, encuad. en tela .. " 3.50 ERRICO MALATESTA.— "Anarquía" ..... " 0.20 "En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri .. " 0.30 PEDRO KROPOTKIN.— "Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" .. " 0.50 Encuadernado en tela ..... " 1.50 "A los jóvenes" ..... " 0.10 LUIS FABBRI.— "Cartas a una mujer sobre la an- arquía" ..... " 0.50 Encuad. en tela ..... " 1.50 "Influencias burguesas sobre el anar- quismo" ..... " 0.20	

# LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII  
N.º 301

BUENOS AIRES, MARZO 4 DE 1929

20 Centavos  
El ejemplar

PORTE PAGO



El imperialista ante los sucesos de China: ¡Por fin habrá un gobierno estable!

## SUMARIO DE ESTE NUMERO :

**NUEVOS CAMINOS:** El Imperativo de la sinceridad; Obreros y campesinos; La vuelta a la tierra; Las colonias agrícolas—**SOCIALISMO CONSTRUCTIVO:** I Consideraciones generales; II El socialismo experimental; III Los salm-simonistas en Menilmontant; IV El pensamiento constructivo en el tourierismo; V Ensayos de los tourieristas en Europa; VI El Familisterio de Guisa—**ASOCIACIONES LIBRES DE PRODUCCION Y DE CAMBIO—EL PRIMER PASO HACIA LA ANARQUIA—BIBLIOGRAFIA—GUILDA DE A. DEL LIBRO**



D. A. DE SANTILLAN

# NUEVOS CAMINOS

## EL IMPERATIVO DE LA SINCERIDAD

Dos cualidades deben distinguir sobre todo al anarquista respecto del resto de los hombres: primero un espíritu investigador e inquieto, siempre a la rebusca de nuevos horizontes, de nuevas perspectivas y medios para acelerar la hora de la justicia social; en segundo lugar un fuerte imperativo de sinceridad para consigo mismo y para con todos, que le impulsa a exteriorizar sus sentimientos, el resultado de sus rebuscas, el balance de sus reflexiones.

Es así como creemos y como queremos proceder siempre nosotros.

El imperativo de la sinceridad nos ha hecho ir contra la corriente del propio movimiento muy a menudo, pero nunca hemos vacilado en decir nuestra opinión, aun con la conciencia de estar solos. No hemos reconocido un manual perfecto del anarquismo ni marcado jamás un límite más allá del cual no era permitido pasar; al contrario, hemos predicado la necesidad de que cada uno lleve en su corazón y en su cerebro la propia utopía y de que cada cual piense según el propio ambiente, la propia educación y el propio temperamento las razones fundamentales de nuestra causa. Hemos dicho y repetido mil veces que, por sólidas que sean las bases de la anarquía, cada época nos presenta sus problemas específicos, sus necesidades características, una táctica apropiada de propaganda y de acción, y en consecuencia la suspensión del pensamiento es más fatal para el anarquismo que para cualquier otro partido, donde el factor ideal no desempeña un papel tan importante.

Además, la experiencia de nuestro movimiento permite ya hacer un resumen aproximado de lo logrado hasta aquí y de lo que, en las actuales circunstancias y con los métodos actuales, tenemos derecho a esperar.

Es preciso decir ante todo que el radio de acción y de influencia del pensamiento libertario se ha reducido a proporciones demasado mínimas; el crecimiento de los partidos socialistas autoritarios, bien lo sabemos, no sig-

nifica de ningún modo un triunfo de la causa de la libertad y de la justicia.

Hay un motivo de fe y de esperanza: a pesar de todos los ensayos críticos, de intenciones más o menos malevolentes, las ideas básicas de la anarquía, no han sido conmovidas; al contrario, los grandes acontecimientos históricos han reafirmado su razón de ser y la bondad de sus soluciones generales. Dejemos, pues, las ideas fuera de discusión: siguen siendo un faro para la humanidad oprimida, una bandera para ya causa dignifica todavía la existencia de los que la siguen. En el gran naufragio de valores que hemos vivido en los últimos quince años, la anarquía resistió inmovible todos los embates, los resiste hoy y los resistirá mañana.

Los adversarios no nos atacan ya desde el punto de vista de la bondad de nuestras ideas; harían con ello el mayor servicio a nuestra causa por la difusión que les darían y recibirían en el propio corazón los golpes que hubieran querido dirigir contra el nuestro. Nos combaten en cambio con argumentos deshonestos, valiéndose de deficiencias de los hombres y de los movimientos que propagan la anarquía; pero esas deficiencias no somos nosotros los últimos en combatirlas y en tratar de subsanarlas; además, no son los argumentos contra las ideas, sino más bien una revelación de lo difícil que es superar el nivel moral de un estado social sin modificar al mismo tiempo las condiciones externas. Lo que se suele combatir en nuestro movimiento son defectos de herencia de educación del sistema burgués de vida, defectos y vicios que no son sólo propios de la burguesía, sino que lo contaminan todo, sin exceptuar el campo del proletariado. El propio dogmatismo que a veces pone un formidable obstáculo a todo progreso mental y social en el ambiente revolucionario, es un fruto de la nociva educación sembrada por el capitalismo, la iglesia y el Estado.

## OBREROS Y CAMPESINOS

Con la misma tenacidad que nos hemos esforzado por defender la razón de ser del mo-

vimiento obrero libertario contra los que aun quisieran que abandonásemos ese medio de estar relativamente en contacto con una parte mayor o menor de la sociedad en que vivimos, en honor a la falacia de que nuestra labor sería más proficua en el seno de las organizaciones de clase reformistas; con la misma constancia que hemos propiciado el sostenimiento y el afianzamiento de nuestros sindicatos ideológicamente definidos, después de haber reconocido el hecho innegable de la división del proletariado, — con ese mismo calor responderíamos que ese movimiento sindical no basta, a quien quisiera que cifrásemos en él todas nuestras esperanzas. Y no basta porque es ante todo y sobre todo un movimiento obrero, del proletariado de las ciudades; no basta porque, aun complementado con movimientos paralelos de cultura y de arte, no representa más que a una parte de la humanidad productora, y no justamente la fundamental.

Nos importa poco aquí la cifra numérica relativamente baja de nuestras fuerzas sindicales; cifra que en algunos países no existe siquiera y que en otros apenas es perceptible. No, aunque contásemos con muchos millones de obreros organizados, aunque fuésemos tan fuertes como el reformismo amsterdamiano, nuestro descontento seguiría en pie y por los mismos motivos. El socialismo, en el sentido amplio de la palabra, es un movimiento de las ciudades, es un movimiento político y que no dejará de ser político, es decir de aspirar o de ejercer de hecho el poder estatal aun cuando triunfásemos nosotros mañana. Cambiarían las denominaciones, los hombres, los fines, pero al día siguiente de la revolución en las ciudades, tendríamos que imponer nuestra dictadura, nuestro gobierno a los que no lo aceptasen por voluntad hostil o por ignorancia.

En realidad no nos entusiasma la idea de una nueva Comuna de París, en donde predominásemos nosotros; no nos entusiasma una rebelión urbana, que es factible en períodos de desesperación y de hambre. Queremos algo más, queremos la revolución de la libertad, la organización de la vida sobre nuevas bases de equidad y de libre acuerdo. Y no alcanzamos a ver, por mucho que hemos reflexionado, cómo podremos llegar a esos objetivos con el mero predominio de nuestro movimiento en una comuna o en una revuelta de las ciudades. Menos aun, claro está, cuando nuestra exigüidad numérica y nuestra escasa influencia nos condenan poco menos que a la inactividad.

El estudio de las revoluciones de los últimos años en Rusia, Alemania y Hungría, la simple

reflexión sobre los medios y las posibilidades para salir de este valle de lágrimas del capitalismo y del estatismo, nos han llevado a esta conclusión: "si el socialismo, que hoy es casi exclusivamente urbano, no logra convertirse también en movimiento campesino, el proletariado industrial no será capaz de realizar nunca la libertad y la justicia sociales".

La reconstrucción de la sociedad según los principios de la anarquía ha de tener su más firme punto de apoyo en la clase campesina, y esa clase no ha oído hablar de nuestras aspiraciones, carece de toda preparación, de toda organización revolucionaria y no puede tener simpatías por una causa o un ideal que no conoce, que nadie le ha hecho conocer.

Personalmente somos de opinión que la reconstrucción social sobre nuevas bases es mucho más factible en el campo que en las grandes ciudades; en éstas será necesario un vasto aparato administrativo que en el fondo, aun edificado por nosotros, no dista mucho de un poder político; cualquier acontecimiento, cualquier resistencia puede convertir en poder político de gobierno un aparato como el que nos veremos forzados a montar en las ciudades para regular su vida compleja. La única manera de contrarrestar ese peligro está en el apoyo del campo a la revolución, cosa completamente insegura e incierta en las condiciones actuales.

Otro motivo nos ha hecho dirigir la mirada a la población campesina, sin cuya cooperación no tenemos fe en ninguna revolución de las ciudades, según hemos dicho y repetido. En la vida económica capitalista moderna predomina cada vez más el trust, nacional e internacional, la gran empresa monopolista. Ahora bien, el movimiento sindical ha perdido gran parte de su eficacia frente a esas corporaciones capitalistas monstruosas, pues una huelga en una fábrica no hace más que acelerar la producción en las otras, y en caso de huelga general de una industria en un país, el capitalismo moderno no se inquieta mayormente, porque trabajan en su beneficio los establecimientos del trust o de la empresa más allá de las fronteras. El proletariado no ha descubierto todavía medios de defensa y ofensivos contra las formas actuales del capitalismo.

Lo anterior en caso de lucha; pero la realidad nos está demostrando que se vuelve cada vez más difícil la organización sindical en las grandes empresas; y cuando esa organización no fué posible obstaculizarla desde el principio, como en el caso de los ferrocarriles argentinos, se ve cuán fácilmente logran las empresas captar en su beneficio las organizaciones más



importantes.

Un solo caso: en el trust del acero norteamericano trabajan más de cien mil hombres; predominan las jornadas de diez horas y los salarios más que irrisorios; pues bien, no ha sido posible levantar en ese feudo gigantesco una organización de lucha. Otro caso bien conocido es el del fabricante de automóviles Henry Ford, que no conoce las huelgas en sus fábricas y no tolera la agremiación de sus obreros. De estos ejemplos los hay a millares. Y son justamente los que marcan la pauta en esta hora. Frente a esas grandes empresas, que tienden a la supresión de la libre concurrencia en la economía capitalista, no hace mucho daño en la economía capitalista, no hace mucho daño una huelga de varias docenas de albañiles o de carpinteros contra un pequeño capitalista privado. Y el terreno de la lucha sindical es precisamente, en la mayoría de los casos, el que aun nos ofrecen los pequeños capitalistas.

Y habría una tercer razón de nuestra predilección por la población campesina y de nuestros llamados en favor de una mayor preocupación del anarquismo por la propaganda, la organización y la acción en el campo: la agricultura es la llave de la vida; las ciudades no pueden sostenerse ocho días sin la afluencia de productos del campo; en cambio el campesino resistirá años, en caso extremo, sin las ventajas que le puede proporcionar la industria urbana. Los obreros pueden hacer huelgas tras huelgas; mientras no las hagan los campesinos, la burguesía puede dormir tranquila. Su poder no corre peligro, y si corre algún peligro, como en Rusia, todo el cambio se reduce a un cambio de personas en los puestos de mando. Nada, en fin, para los productores.

### LA VUELTA A LA TIERRA

Recomendamos, pues, desde el punto de vista de la eficiencia revolucionaria, el reconocimiento de la importancia fundamental del elemento campesino para la revolución social y la orientación consiguiente de la propaganda y de los esfuerzos hacia los productores agrícolas. Desde un punto de vista más generalmente humano, habría también razones abundantes para defender una vuelta a la tierra como un contraveneno de la moderna civilización industrialista y mecánica.

Pero nos circunscribimos a lo primero, a la necesidad de integrar la vida revolucionaria con el aporte del campesino. O conquistar un apoyo en el campo para nuestra causa o condenarnos a una rutina cada vez menos atractiva y menos fecunda. Si alguien ve en este terreno más claramente que nosotros, quisiéramos

mos que nos señalase las perspectivas de un porvenir revolucionario en los cauces actuales, circunscritos de hecho a los centros de industria, — y dentro de los centros de industria a los restos decadentes y poco influyentes del capitalismo privado. Nosotros no vemos más que el cuadro sombrío que se desprende de las consideraciones anteriores.

Sin embargo, antes de volver a la tierra, antes de dar un paso en el sentido de atraer a los campesinos hacia la revolución de la libertad y de la justicia, es preciso que nos despojemos de lo que Bakunin ha llamado "socialismo de las ciudades". Es grande la propensión a proyectar sobre los trabajadores de la tierra las mismas preocupaciones, organizaciones, métodos de lucha que tuvieron o tienen su razón de ser en las ciudades. Si hemos de ir al campo con el propósito de imponer a los campesinos nuestros métodos, lenguaje, sistemas de lucha, etcétera, en lugar de ir a favorecer y a acelerar el resurgimiento de un socialismo agrario propio, inspirado por inclinaciones tan naturales y humanas como son las de la anarquía, entonces es mejor seguir como hasta aquí. Nos ahorraríamos esfuerzos y decepciones.

El peso muerto del doctrinarismo puede hacer frustrar muchas esperanzas en una labor de propaganda y de organización campesina. Es preciso eludir ese escollo.

En la Argentina hemos discutido un poco la cuestión, y el doctrinarismo no ha permitido hasta ahora solución alguna. Pero nosotros no nos conformamos con la situación creada y trataremos de tantear sin descanso en busca de una salida.

A propósito, un joven movimiento revolucionario, el representado por la Confederación General de Trabajadores de México, que no lleva el lastre de una concepción teórica y táctica tradicional, pero que encara los problemas que se le presentan con un criterio libertario, nos está dando materia de reflexiones. Y como se verá, aunque se trate de un movimiento obrero, en lo referente a los campesinos echamos las bases de un socialismo agrario propio. He aquí unas resoluciones del segundo congreso obrero y campesino del Estado de Veracruz, celebrado del 23 al 27 de diciembre del año pasado en Veracruz. Desde el punto de vista doctrinario sindical, son inaceptables, pero desde el punto de vista de la integración del elemento campesino en el movimiento revolucionario y de su cooperación con los obreros de las ciudades, no se ha producido hasta ahora, en la práctica, nada mejor. Dicen así las resoluciones aludidas:

I.—Los trabajos agrícolas se harán con métodos científicos modernos.

II.—Todos los animales e implementos de labranza y útiles así como los productos de los campesinos son administrados en comunidad; por ejemplo: todas las gallinas se unirán para convertirse en un interés de todos; el que tiene cincuenta como el que entra con dos, tendrán el mismo derecho, siempre que estén en condiciones de aportar su esfuerzo personal en otro trabajo que tienda a aumentar los intereses del conjunto. Este principio se efectuará en todos los casos de ingreso a las comunas.

III.—En cada comunidad campesina se establecerá una tienda de consumo, para contrarrestar la explotación de la burguesía en general, y la tienda será de propiedad única de la comunidad, en la que ingresarán los productos de sus miembros y cuya administración estará a cargo de un consejo nombrado por la misma, siempre de acuerdo a los principios que sustentan la Confederación General de Trabajadores.

- Los compañeros que no deseen ingresar en las comunas tanto en lo que se relaciona con los trabajos como en lo concerniente a las tiendas, quedarán en absoluta libertad de hacerlo.
- En las tiendas de las comunidades quedarán estrictamente prohibidas las ventas de bebidas alcohólicas, así como de otras drogas nocivas.
- Quedan prohibidas, también las ventas al por mayor, teniéndose en cuenta el peligro de que los productos sean acaparados por los comerciantes. Este procedimiento se empleará entre los mismos socios de las comunidades.

IV.—El segundo congreso acuerda nombrar a los compañeros Manuel Salazar, E. Galván y José García con el carácter de Comité pro implementos de labranza.

- Para los gastos que origine la compra de implementos de labranza se acuerda que cada uno de los miembros de las diferentes organizaciones contribuyan mensualmente con la cantidad de diez centavos.
- Cada organización, por conducto de su tesorero, entregará mensualmente al comité la cantidad correspondiente, de acuerdo con el número de agremiados.
- El comité que para este objeto ha sido nombrado, rendirá un informe mensual al consejo de la Federación, para que ésta a su vez lo dé al conocimiento de sus organismos adheridos.

V.—El segundo congreso de obreros y campesinos del Estado acordó fundar una tienda de consumo en este puerto (Veracruz), la que será administrada por los compañeros Manuel E. Salazar, M. Olivares y Altamirano.

- Los trabajos de esa tienda de consumo se harán siempre dentro del espíritu que entraña la tercera resolución.
- Para la fundación de esa tienda de consumo se expedirá una serie de acciones, siendo éstas en número de 2.000, al precio de cincuenta centavos cada una, las cuales se distribuirán para su venta entre los organismos adheridos a la Federación.

VI.—Siendo la tierra un elemento de vida como el sol y el aire, el segundo congreso aprueba que se tome la tierra necesaria para el trabajo por medio de la acción revolucionaria. La Federación gestionará ante quien corresponda que se den facilidades a los compañeros campesinos para el transporte de maderas sin dificultades, así como de diferentes enseres del campo, de cuyas gestiones se informará a las organizaciones interesadas.

He aquí otra resolución del mismo congreso: "El segundo congreso aprueba la constitución de un taller comunal que estará a cargo del sindicato de sastres, de acuerdo con el comité de la Federación de obreros y campesinos, siendo el trabajo en él colectivo, dando a cada cual la parte que le corresponde y practicando el intercambio con los obreros del campo y de la ciudad"...

Como se ve, eso no entra dentro del gremialismo tradicional; es más bien socialismo constructivo, experimental. Espontáneamente, sin un pesado lastre doctrinario, pero con un buen instinto, los compañeros mexicanos, al ponerse en contacto con la vida campesina, han iniciado la marcha por un camino fecundo, que supera al de las simples luchas sindicales, sin abandonar por nada éstas, y descubre horizontes promisorios.

Es en ese sentido que nosotros quisiéramos ver complementar, completar y reafirmar el movimiento sindical revolucionario, el cual se distingue aun cuando se proclama anarquista, por su tendencia a moverse solo dentro de los cuadros del capitalismo, como una parte integrante de ese sistema que se quiere combatir.

Sería deplorable que una corriente constructiva como la esbozada en algunas regiones de México por nuestro movimiento no contase con el más decidido apoyo y con la cooperación de todos los compañeros capaces de desarrollar todas sus posibilidades. A propósito de Veracruz,



mencionaremos también el hecho que los obreros portuarios han conseguido, según se nos ha dicho, suprimir los empresarios capitalistas en los trabajos de carga y descarga, operaciones que se hacen bajo el contralor del sindicato de estibadores.

### LAS COLONIAS AGRARIAS

En el marco de la cuestión agraria, nosotros hemos propuesto la creación por el movimiento libertario, como parte integrante, como nueva modalidad práctica de su vida, de colonias agrarias en donde tendríamos puntos de apoyo para una acción ulterior en el campo, al mismo tiempo que una demostración palpable de la posibilidad de vivir según principios de asociación y de cooperación superiores a la lucha del hombre-lobo del hombre que distingue a la sociedad presente.

Después de haber pensado bien en los alcances de esa proposición, después de haber tenido en cuenta el pro y el contra, los peligros y las perspectivas favorables, hemos concluido que el anarquismo no perdería nada con la experimentación en ese sentido y en cambio podría ganar mucho.

Con eso, lo sabemos bien, no se resuelve el problema agrario, de la integración de la población campesina en el movimiento de la libertad; pero se da un paso de incalculables posibilidades. Suponiendo que el problema agrario es representado por la cifra de 100, admitimos que la creación de esas colonias o comunas agrarias representan la solución de una décima parte del problema, es decir la cifra 10. Quedarían nueve décimas partes por resolver, pero 90 es ya menos que 100, es decir que la incógnita completa que hoy tenemos ante nosotros.

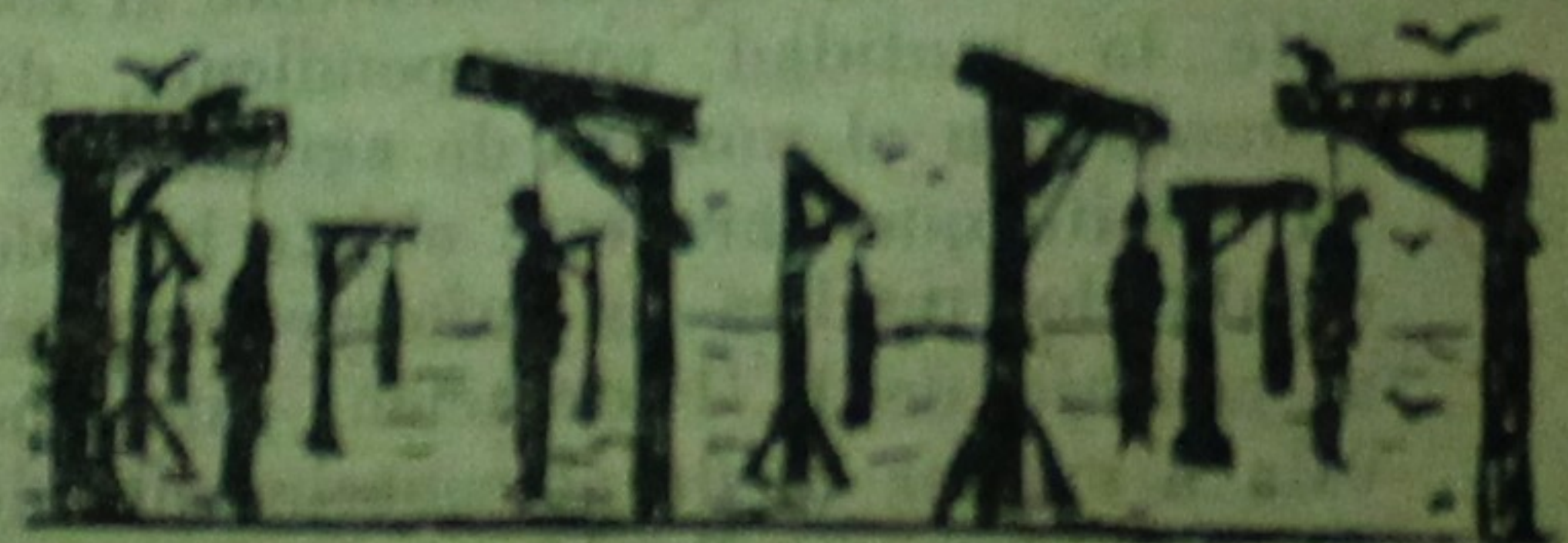
Hace un par de años hemos auscultado la opinión de nuestros compañeros por medio de una larga encuesta; dimos a conocer centenares de contestaciones, en su mayoría circunscritas todas al asunto de las comunas agrarias anarquistas. Si quisiéramos hacer un balance final, diríamos que la gran mayoría de las respuestas se mostraban favorables a nuestra iniciativa. Su realización práctica hubiera dependido sólo de la existencia de un grupo decidido a proceder; el apoyo moral y material del movimiento no hubiese faltado.

Por nuestra parte no hemos cambiado de opinión; al contrario, nos hemos afirmado más en esa idea, como nos hemos afirmado en el punto de vista de la infecundidad de toda revolución industrial o urbana que no cuente con apoyos conscientes de parte de los trabajadores de la tierra.

Pero no terminamos sin constatar que de dos años a esta parte el tema discutido por nosotros ha tenido repercusión, directa o indirecta, en nuestra prensa internacional. En Alemania sobre todo, donde teóricamente se trata de probar, fundar un poco más la situación presente y la perspectiva futura de las ideas libertarias, aun chocando con el doctrinarismo petrificado de algunos, se ha tenido que abrir la discusión de estos nuevos caminos hacia una labor constructiva y experimental, — nuevos caminos para nosotros, pero que sin embargo fueron los primeros que se abrieron a la mirada de los viejos socialistas, en tiempos en que el aislamiento y la falta de eco social no podían dar otros resultados que los continuos fracasos.

Insistimos en sostener que una corriente práctica en el sentido de las colonias agrarias esbozadas hace unos años por nosotros, como complemento del movimiento sindical y cultural de las ciudades y como esfuerzo por abrir un sendero hacia el corazón de la población campesina, no podría causarnos ningún mal y en cambio podría hacernos superar esta desesperante crisis que atravesamos, y que no se puede borrar con un par de frases de un ingenuo optimismo.

Con las líneas anteriores sólo queremos expresar nuestra adhesión a la forma de propaganda y de acción que Rocker llama "socialismo constructivo". Rocker continuará la serie de artículos de que hoy damos la primera parte solamente y al fin resumirá su opinión en relación, tal vez, con la situación actual del movimiento revolucionario. No podemos adelantarnos a decir cuál será su opinión definitiva, pero sí nos permitimos afirmar que Rocker pertenece a los descontentos de la restricción presente de nuestro campo de acción y a los que buscan una salida para acelerar el triunfo de la justicia social, pues está convencido, como nosotros, de que el proletariado, de que la humanidad se han alejado del objetivo del socialismo cada vez más en lugar de acercarse a él. Y los que constatan ese fenómeno desde el frente revolucionario y no se sienten alarmados e inquietos, sólo demuestran que poseen una débil voluntad de lucha contra la sociedad del privilegio en que vivimos.



RUDOLF ROCKER

## SOCIALISMO CONSTRUCTIVO

### 1.—CONSIDERACIONES GENERALES.

Cuando Gustav Landauer en su "Aufruf zum Sozialismus" llegó a la convicción que la realización del socialismo no era dependiente de determinadas "leyes de la economía", sino en primera línea de la voluntad consciente de los hombres que aspiran a crear algo nuevo del yermo de la vida actual sobre fundamentos completamente modificados, ha pronunciado una verdad para la cual hoy tal vez se es más comprensivo que entonces. Para los que no pueden conformarse con fortificar la estúpida ilusión del rebaño del político partidista y del demagogo charlatán, se vuelve cada vez más claro: "Socialismo es la tendencia de la voluntad de hombres adecuados para crear algo nuevo guiados por un ideal".

Con eso no se ha dicho que el ambiente espiritual y material no tenga ninguna influencia en el devenir del socialismo, o que su realización quede a merced del entusiasmo interior y de la buena voluntad de un puñado de idealistas. Tampoco pensaba eso Landauer, pues sintió muy bien que el instinto de la comunidad y el impulso creador que aspira a crear algo nuevo, tiene que reencenderse poderosamente de lo profundo y desarrollarse con vigor entre los hombres antes de que lo nuevo pueda adquirir forma palpable. A él lo que le importaba principalmente era contrarrestar aquel mezquino fatalismo que rechaza de antemano todo ensayo práctico en el espíritu del socialismo, fundándose en que contradice las leyes de la evolución económica y no puede considerarse más que como un utopismo infecundo. Y justamente porque sentía eso habló de que una vez "podría llegar el momento en que los pueblos vacilen todavía donde tiene que decirse la palabra: para ese pueblo el socialismo no puede venir".

¿Nos hemos acercado realmente al socialismo? Este es el problema que debemos plantearnos hoy seriamente. Han pasado más de cien años desde que sonó por primera vez el grito proselitista del socialismo moderno, y un movimiento obrero con más o menos apariencia socialista existe desde hace ya más de sesenta años. ¿Cuáles son los resultados en tanto que hay que considerar la realización del socialismo? Preguntamos de nuevo: ¿Nos hemos acercado prácticamente al socialismo o nos hemos alejado más de él? Las posibilidades de su realización ¿son hoy mayores o se chocan con mayores obstáculos que antes?

Estudémoslo bien. No se trata de si el movimiento general que denominamos hoy socialista, se ha vuelto más fuerte en número o si ha recibido una determinada influencia política en la vida social o si dispone hoy de organizaciones muy ramificadas y de numerosas instituciones culturales, en que no se podía pensar hace cincuenta años. De nada de eso se trata. La historia nos ha mostrado bastante a menudo que las fuerzas numéricas de un movimiento

con mucha frecuencia se han comprado a costa de sus aspiraciones originarias, y por desgracia con el movimiento socialista no están mejor las cosas. Se trata aquí únicamente del problema de si nos hemos acercado de una manera palpable al gran objetivo final del socialismo, la abolición de los monopolios económicos y sociales y la reorganización de la vida social sobre la base del trabajo común y del disfrute común de los valores producidos.

¿Es la conformación espiritual y psicológica de las clases laboriosas después del largo e incansable trabajo de esclarecimiento de la propaganda socialista tal que se sienten penetradas de la grandeza del problema y su sentimiento creador busca medios y caminos para abrir la ruta a la realización práctica del socialismo? ¿Se ha desarrollado hoy al fin el impulso hacia lo nuevo, el entusiasmo interior en pro de una completa transformación de la sociedad tan fuerte, si no en todos, al menos en los partidarios declarados de una u otra tendencia socialista, que sólo hace falta vencer el baluarte de la violencia estatal para entrar en el camino del socialismo?

Somos de opinión que todo el que haya reflexionado seriamente sobre este problema y no tiene los sentidos trastornados por el palabrerío hueco de los partidos, tiene que llegar a la convicción de que las presuposiciones de un tiempo no se han realizado, de que hoy estamos más lejos del socialismo que antes, de que los obreros, que sin embargo deberían ser los más interesados en la transformación social, derrochan desde hace décadas sus fuerzas inútilmente en rencores políticos partidistas sin salida, de manera que para los grandes problemas del socialismo apenas tienen comprensión. Pero ante todo se ha quedado en un doctrinarismo tan infecundo y vacío que toda perspectiva práctica para la actividad inmediata en el sentido del socialismo tuvo que perderse.

Al mismo tiempo el capitalismo se ha desarrollado a la categoría de un terrible poder nivelador de todo, sin chocar en la clase obrera organizada con una resistencia digna de mención. Del capitalismo privado de los tiempos pasados hemos entrado hoy en la fase del capitalismo colectivo con sus trusts y kartells nacionales e internacionales, con sus compañías de venta extendidas por todos los países y su dictadura de la economía. Si consideramos las cosas desde este punto de vista la realización práctica del socialismo aparece hoy mucho más difícil que antes, y todo ensayo práctico en pequeña escala tiene que estar rodeado por todas partes de impedimentos que antes no se conocieron en tal magnitud. No cabe duda, pues, que no sólo en espíritu, sino también en las posibilidades prácticas, hoy estamos más lejos del socialismo, en lugar de habernos acercado a él en una o en otra forma. No es ciertamente ninguna volubilidad pesimista la que nos mueve a la cons-



tatación de estos hechos, sino la sobria apreciación de las condiciones, la aspiración a exponer las cosas como están en realidad y no como quiere presentarlas una imaginación tropical.

como están en realidad y no como las una imaginación tropical.

Es verdad, se nos objetará que desconocemos completamente la última evolución de las condiciones económicas. Se nos querrá demostrar que la trustificación nacional e internacional, la racionalización de la economía y los ensayos para poner en lugar de la llamada libre concurrencia un mercado regulado y organizado, son las primeras condiciones inevitables para la realización del socialismo. ¡Conocemos esa sabiduría! Pero sabemos también que las gentes que hacen tales afirmaciones no han comprendido nunca el espíritu y el contenido cultural del socialismo, que lo que ellos creen que es socialismo en el mejor de los casos no es más que un capitalismo de Estado larvado, cuya realización dejaría con mucho en las sombras todos los defectos y toda la nocividad del actual sistema capitalista. Sólo la carencia completa de todo sentimiento de liberad explica tal actitud, que nunca comprenderá que el socialismo no puede existir más que sobre la base de la más amplia libertad y que todo ensayo en otra dirección no puede conducir más que a un despotismo sin límites.

Hubo un tiempo en que el socialismo se separó agudamente del radicalismo político, reconociendo los precursores de las concepciones socialistas claramente que el socialismo tiene su propia esfera de influencia y debe hallar su expresión principalmente en la reorganización de la economía. Bajo esa su posición se desarrolló el socialismo experimental del primer periodo. Hoy la situación ha cambiado por completo. El movimiento socialista ha recibido en forma debilitada todas las aspiraciones del socialismo político, y eso en tal medida que sus ideas originarias se han vuelto cada vez más incoloras y su realización se ha postergado a tiempos cada vez más lejanos. Pero no ha dado tampoco más amplitud y profundidad al viejo mundo ideológico del radicalismo político; al contrario, la ilimitada credulidad estatista de sus partidarios ha quebrado el ímpetu de esas ideas obrando degeneradoramente en ellas, de modo que al fin no habría que maravillarse de que desde las filas de los más extremos socialistas de Estado fuese denominada la libertad "un prejuicio burgués".

Cuando los viejos socialistas de las más diversas tendencias hicieron sus primeros ensayo prácticos, eran una ínfima minoría cuyos ideas eran en absoluto extrañas al mundo exterior y no disponían de una organización digna de mención, sobre todo de una organización en el sentido del actual movimiento obrero que les pudiera ayudar en su acción práctica y en el influenciamiento de la opinión pública. Estaban circunscriptos casi exclusivamente a su buena voluntad y a su impulso interior para crear algo nuevo.

Hoy se ha modificado de un modo importante el cuadro. Los obreros han creído en todos los países grandes organizaciones, cuyos miembros se cuentan por millones. Además de las numerosas sociedades culturales socialistas en todos los dominios posibles, desde la asociación científica al club deportivo, los obreros están agrupados hoy en grandes partidos socialistas y en uniones sindicales que se extienden a todos los oficios y están ligados tanto nacional como internacionalmente. Además están las organizaciones cooperativas en todos los países, que ciertamente se han circunscripto casi sólo al consumo, pe-

ro que disponen igualmente de millones de miembros. Todas esas organizaciones tienen hoy una prensa muy difundida, importantes medios financieros y una cantidad de instituciones públicas que sirven a los más diversos propósitos. Se cuentan así condiciones previas hoy que no podían, soñar siquiera los socialistas del primer período, condiciones previas prácticas para la posibilidad de los ensayos socialistas prácticos, como también para el influenciamiento continuo de la publicidad a fin de convencer a ésta de la justicia, de la utilidad y de la necesidad del socialismo.

Hace aproximadamente veinte años observaba Kropotkin una vez en un artículo de "Freedom" que el proletariado inglés disponía hoy de un aparato de organización que le permitía en todo momento proceder a una transformación de la vida social en el sentido del socialismo. Se refería con ello a los tres grandes movimientos de la clase obrera inglesa: los sindicatos, las cooperativas y el socialismo municipal. Según su opinión los sindicatos eran el instrumento más apropiado para la transformación del consumo, mientras que el socialismo municipal en unión con las innumerables organizaciones voluntarias para todos los fines posibles podía atender del mejor modo a la satisfacción de las necesidades culturales generales. Había principalmente que agrupar a esos tres movimientos sintéticamente y darles un objetivo común constructivo socialista.

Kropotkin tenía indudablemente razón. Las condiciones de organización para una actividad socialista constructiva existen realmente, y no sólo en Inglaterra, sino también en muchos otros países. Pero lo que nos falta es el espíritu socialista y la voluntad del socialismo. Prevedemos ya en toda idea de un ensayo el resultado inevitable y nos maravillamos después cuando los obstáculos de nuestra fantasía se transforman en obstáculos reales... O como dijo tan hermosamente Landauer: "La destrucción de todos los obstáculos viene, si son obstáculos efectivos, cuando nos hemos acercado bien a ellos, de modo que no haya el menor espacio entre ellos y nosotros. Ahora los obstáculos son sólo presunción, fantasía, miedo. Vemos ya: ésto y ésto nos pasará si se llega a eso — y preferimos no hacer nada".

Lo peor es que todas esas formas diversas en que encuentra hoy el movimiento obrero socialista su expresión, se han adaptado por completo a lo existente y por decirlo así se han vuelto elementos integrantes de lo existente, sin que lo sospechen sus defensores. El socialismo político, que ha puesto todas sus aspiraciones en la conquista del poder, no entra ya en consideración, por esas razones, para la acción socialista constructiva. Los sindicatos se han adaptado tanto y tan exclusivamente a las condiciones dentro del Estado burgués que se estremecen ante todo ensayo de superar las fronteras del salariado y justamente por esa razón tienen que fallar cada vez más en las luchas por los mejoramientos momentáneos. Pues sólo al que exige grandes cosas se le conceden las pequeñas. Pero el que se ocupa siempre de lo pequeño y de lo infimo tiene que contentarse al fin con las miserables migajas que caen de la mesa de los poderosos.

Pero las cooperativas han olvidado hace mucho las condiciones previas de un tiempo para sus aspiraciones y se han transformado en órganos de la sociedad capitalista. No queremos disputar que también en esa forma pueden ser de modesta utilidad para el obrero aislado; sin embargo, la visión socialista que tuvo de ellas Robert Owen, se ha perdido

y junto con ella el impulso para la acción socialista constructiva.

Y sin embargo, estamos hoy de nuevo ante un período de transmutación en que se hace cada vez más sensible la necesidad de una actividad constructiva en el sentido del socialismo, y en que esa necesidad halla más y más eco. En todos los países existen ya rudimentos de esa acción. Por ese motivo consideramos apropiada una consideración detenida de las diversas formas del socialismo constructivo, desde los primeros ensayos del socialismo experimental hasta el moderno socialismo guildista. Tal será la misión de las sucesivas exposiciones.

## 2.—EL SOCIALISMO EXPERIMENTAL.

Si se quiere juzgar justamente el carácter y los intentos prácticos del viejo socialismo experimental hay que procurar comprender a sus defensores en el espíritu de su tiempo y apreciar de acuerdo a eso su acción constructiva. Incluso el espíritu más grande y de mirada más amplia está encadenado con mil cadenas a su tiempo y hay que medirlo en sus actos con su medida, de lo contrario se le puede convertir en una caricatura.

Fourier y su círculo, Saint-Simón y los saint-simonistas (en sentido estricto sólo condicionalmente se puede contar a Saint-Simon entre los socialistas experimentales, pero sí a los saint-simonistas, cuyas aspiraciones por lo demás no hay que confundir con las ideas del maestro), Leroux, Buchez y los portavoces de la idea de asociación, Cabet y los comunistas icarianos, lo mismo que Owen, Thompson, Grey y los demás representantes del socialismo experimental en Inglaterra, defendieron en sus concepciones sobre la vida social y sus instituciones opiniones diversas. Algunos de ellos se inclinaban decididamente en pro de las ideas libertarias, otros eran estrictamente autoritarios y otros de ellos oscilaban entre ambos polos, sin poder llegar a una concepción determinada.

Sin embargo, hay ciertos rasgos comunes entre ellos que no pueden desconocerse. A ellos pertenecen en primera línea el carácter pacífico de sus aspiraciones, su antipatía declarada contra todas las soluciones revolucionarias y el impulso interior de convencer al mundo de la exactitud de sus ideas por el ejemplo práctico.

Justamente esa actitud fué mencionada más tarde a menudo como prueba de sus sentimientos atrasados y de su falta de experiencia práctica. No queda, claro está, la menor duda de que nosotros tenemos hoy una gran serie de experiencias tras nosotros, que los precursores del moderno socialismo no podían tener; también disponemos hoy de determinadas condiciones previas para la difusión de las ideas socialistas, en las que entonces no se podía soñar siquiera. Pero por otra parte no se puede negar tampoco que los primeros defensores del pensamiento socialista moderno disponían de una serie de preciosas experiencias, que se perdieron después completamente para nosotros. Algunos de esos hombres habían vivido las grandes tempestades de la revolución francesa; los más jóvenes de ellos estaban todavía bajo el hechizo de sus consecuencias inmediatas. Esos experimentos prácticos ejercieron en su pensamiento una influencia innegable, lo cual encontró una clara expresión en su ulterior acción socialista.

Algunas cosas que antes no queríamos comprender bien, se nos han vuelto más palpables por las experiencias prácticas que hemos hecho con las re-

voluciones en Rusia y en la Europa central. Las exposiciones falsas y unilaterales de la gran revolución francesa por los historiadores del radicalismo burgués han ejercido un fuerte influjo en la mayor parte de los socialistas de nuestro tiempo. Han rodeado la dictadura del jacobinismo con una especie de nimbo revolucionario, fortificado más aún por la muerte violenta de los jefes más salientes de aquel partido.

Nos hemos habituado mucho a ver en la Convención revolucionaria la fuerza activa de la revolución, pues sus representantes han perdido en nuestra imaginación toda medida humana y han crecido a la categoría de titanes que imprimieron a la historia el sello de su voluntad. Así surgió en nuestro espíritu la noción de una superhumanidad revolucionaria, cuya concreción humana se perdió completamente en la niebla de los principios abstractos y por eso no llegó nunca a la conciencia. Se podría objetar que sólo la falta de comprensión para los acontecimientos económicos de la historia pudo conducir a tal culto a los héroes, si nuestro propio tiempo no hubiera enseñado algo mejor. Piénsese en los sucesos del entierro de Lenin, en el salvaje fanatismo que se desencadenó en una parte de los obreros e intelectuales de todo el mundo y que no vaciló en aplaudir entusiastamente cuando se abatió como perros a los marinos revolucionarios de Kronstadt y cuando se enterró vivos a millares de revolucionarios honestos en las prisiones del Estado bolchevista. Ninguna concepción materialista de la historia podría impedir ese moderno culto a los héroes, que ha dejado bien en las sombras incluso al culto que se había fomentado hasta aquí por los hombres de la convención francesa.

Hoy, en que nosotros mismos nos hemos vuelto testigos de grandes cambios sociales y en que tuvimos más de una vez ocasión de observar la insuficiencia de los nuevos gobernantes, los inteligentes entre nuestros contemporáneos mirán también con otros ojos el período de la gran revolución francesa. Hemos visto con los propios ojos cómo se ha hecho dioses de hombres y hemos experimentado cómo los mismos hombres desnudaron a sus elegidos de toda divinidad y los entregaron al desprecio y al ridículo. Nada obra tan seriamente sobre los hombres como la caída misera de los poderosos que se habían elevado a su altura por el favor del momento. Todo crepúsculo de dioses conmueve el principio de la autoridad en sus piedras angulares.

Y hoy vemos cómo Trotzky, el nuevo "organizador de la victoria", y Zinovieff, cayeron en el polvo desde su grandeza de los amados revolucionarios, lo mismo que sátrapas persas ante el déspota del reino, arrancados despectivamente de la atmósfera de los inaccesibles y estigmatizados como traidores de la misma revolución que los llevó a las alturas. Si antes no había ninguna palabra demasiado grandiosa y redundante para alabar sus hechos y cantarlos en todo el mundo, hoy no hay injuria ni villanía bastante grandes para darles la coza bestial y denunciarlos al mundo como contrarrevolucionarios y merodeadores del partido.

Es verdad que la canalla "revolucionaria" de los hurres grita hoy también "¡Bravo!" como entonces, cuando los caídos estaban todavía en el cenit de su magnificencia; — lo mismo que un tiempo, la misma muchedumbre que aplaudía un día a Robespierre y a Saint Just, al día siguiente aplaudía cuando las cabezas de estos caían bajo el cuchillo de la guillotina. Siempre ocurrió así cuando murieron los dioses. Pero los espíritus serios que no se rebajan a vene-



radores ciegos del éxito momentáneo y cuyos ojos escrutadores reconocieron tras los opeles y decoraciones de fachada las trampas y los lazos del juego político de los rencores y de las intrigas partidistas, vieron caer las escamas de sus ojos y su admiración hereditaria ante los "titanes" se quebrantó para siempre.

Justamente por eso comprendemos hoy mejor que antes el que hombres como Saint-Simon, Fourier, etc. tuviesen un juicio diverso del nuestro sobre los sucesos revolucionarios de su tiempo. Actuaba en ellos con toda la fuerza la impresión de una época que nosotros no pudimos ver más que desde lejana perspectiva y por eso no pudimos comprender sus cualidades humanas y demasiado humanas.

La revolución francesa había fundado precisamente la creencia en la omnipotencia del Estado. Había convertido al súbdito en ciudadano y le había convertido a la convicción de que él mismo estaba llamado a colaborar en el bien de la nación. Si antes uno se forjaba las cadenas para todos, luego cada cual se forjaba las propias cadenas y creía sin embargo ser libre. Fue el jacobinismo el que desarrolló hasta el extremo esa fe ilusoria en el Estado, que todavía mantiene en su hechizo a la gran mayoría de los hombres. Sus defensores creían realmente poder poner fin con ayuda de la ley a todos los dolores humanos y a los defectos sociales. La legislación era para ellos la providencia terrestre, el legislador se había convertido en el amo ilimitado del destino de la nación.

"El legislador determina el futuro — decía Saint Just. Está en él el querer lo bueno y el formar a los hombres como crea conveniente".

Y los hombres de la "Convención inmortal" repitieron esa frase diariamente en todas las variaciones imaginables. Es incomprensible cuán poco sentido tuvieron esas gentes para las condiciones reales de la vida social. Vivían justamente en nociones abstractas y creían poder dominar todas las dificultades mediante decretos, lo mismo que nuestros modernos jacobinos en Rusia, que en el breve espacio de su existencia lanzaron más decretos que todos los demás gobiernos juntos.

Esa incapacidad práctica se manifestó del modo más palabras cuando la Convención debatió problemas económicos. Allí faltó a sus representantes toda profunda comprensión, toda mirada amplia, todo sentido para los problemas de la vida cotidiana.

Como toda gran transformación en la sociedad, así produjo también la revolución francesa al principio una honda conmoción del equilibrio económico, un estado de cosas que se agudizó por la posición hostil del extranjero frente a Francia. Especialmente en París y en las otras grandes ciudades francesas, con la desocupación creciente adquirió la miseria social formas monstruosas y se mostró en su figura más horrible.

Pero la Convención creyó poder hacer frente a ese espantoso fenómeno cuya ulterior evolución tenía que poner seriamente en peligro las conquistas de la revolución, mediante pomposos decretos. Así por ejemplo declaró solemnemente la miseria como un crimen y confió al Estado la organización de la beneficencia pública para ayudar a aquellos que no eran capaces de sostener su vida por el propio trabajo. Y con todo el aparato teatral que le era propio destinó el "parlamento revolucionario" una fiesta especial al año para honrar la desgracia y poner en movimiento moralmente la compasión pública.

Mientras tanto el gobierno se había endeudado

grandemente y no tuvo tampoco la posibilidad de poder realizar medianamente siquiera tal sistema de manutención estatal. Ya el solo intento de querer suministrar la miseria social por la beneficencia pública, medida con aterradora claridad cuán poco capaces eran aquellos hombres para comprender los problemas más cotidianos de la vida social y económica. Mientras la fraseología revolucionaria tuvo efecto sobre las grandes masas, el gobierno pudo permitirse tales cosas; pero a la larga el gesto teatral y el plano de la revolución revolucionaria no podían salvar. La frase tenía que estrellarse tarde o temprano contra la realidad de la vida práctica. En el momento en que se volvió a la sobriedad, el fin se advirtió en que se volvió al 9 Thermidor no fue obstaculizado ya por nada.

Los grandes precursores del socialismo, los que como Saint-Simon y Fourier, conocieron directamente el desarrollo de la revolución desde la caída de la vieja dinastía hasta la instauración del primer imperio, o como otros, todavía bajo la fresca impresión de los grandes acontecimientos, habían llegado a reconocer que la raíz del malestar social estaba mucho más honda, de lo que podían suponer los portadores puramente políticos. Al contrario de los portavoces del radicalismo político veían en la base económica de la sociedad la verdadera causa de los acontecimientos políticos y sociales y aspiraban por tanto lógicamente a una modificación completa de las condiciones económicas. Reconocieron que tampoco la revolución puede crear un mundo de la nada, sino que sólo podía favorecer el desarrollo de los gérmenes ya existentes y a los que hasta entonces faltó la posibilidad de germinación.

Justamente por esa razón eran escépticos ante la revolución, pues no pudieron ver más que su parte destructiva, no sus tendencias constructivas y creadoras, que se manifestaron, es verdad, sólo en las acciones del pueblo, no en la actividad legislativa de la Convención.

Un pensador de la profundidad de Saint-Simon tenía que mirar con menosprecio interior el comportamiento de un gobierno "revolucionario" que se había mostrado totalmente incapaz frente a todos los problemas económicos y sociales. Había comparado una vez a la sociedad con un individuo y desarrollando así el pensamiento de que igual que la tutela de un niño el hijo termina con su madurez, así los padres sobre el hijo se conservará hasta que el gobierno de los hombres se conservará hasta que hayan llegado a la madurez interior por el desarrollo de la ciencia y de la industria. Pero entonces el arte de gobernar a los hombres tiene que dejar el puesto al arte de administrar las cosas. Se comprende por sí mismo que un hombre que en un tiempo en que la fe en la omnipotencia del Estado se había desarrollado tanto, abrigaba pensamientos tan atrevidos, no pudiera tener ninguna complacencia ni en la omnipotencia de los legisladores ni en la revolución de los decretos. El, que todavía en el lecho de muerte, dijo: "Toda mi vida se puede atribuir al solo pensamiento de garantizar a todos los hombres el libre desarrollo de sus capacidades", no podía avenirse al pensamiento de Rousseau de que el legislador tiene que quitar a los hombres sus propias fuerzas y suplantarlas por fuerzas extrañas, un pensamiento que se convirtió en evangelio político del jacobinismo y que sigue siendo el gran ideal de todos los jacobinos modernos.

Saint-Simon, que era uno de los admiradores apasionados de la ciencia, saludó la industria, cuyo papel social previó con clara mirada de vidente, con

alegría apasionada, pero el pensamiento de hacer de los hombres autómatas lo asustó. Por esa razón no es tampoco responsable de los actos ulteriores de sus discípulos, de los que casi nadie fué capaz de seguir los atrevidos vuelos del pensamiento del maestro.

Pero tampoco Fourier podía en ese concepto pensar de otro modo. El, que reconoció en la asociación el medio para privar al trabajo del carácter de esclavitud, que quería hacer servir al bien de la comunidad gracias a una nueva educación toda tendencia y pasión del hombre, él, que con su teoría del "trabajo atractivo" dió al socialismo su profundo carácter psicológico y se imaginó el mundo del porvenir como una federación de comunas libremente productoras, cuya red se extendería por toda la tierra, no podía entusiasmarse ciertamente en el fondo de su corazón en pro de la sabiduría ordenadora del legislador. Sabía muy bien dónde había que buscar las verdaderas raíces de la esclavitud social.

Está claro, pues, por qué los primeros precursores de las modernas ideas socialistas no podían ser revolucionarios en el sentido ordinario de la palabra, aunque sus pensamientos han sido de una notable significación revolucionaria. Lo que les importaba a ellos en primer lugar era revolucionar los cerebros para hacerlos sensibles a la posibilidad de otro estado social y despertarles la voluntad de una modificación de las condiciones sociales.

Pero en ese trabajo les faltaron casi todas las condiciones previas que hoy existen para nosotros y que nos parecen perfectamente naturales. Aunque las clases laboriosas de la sociedad deberían tener el mayor interés por esas nuevas ideas, los socialistas de aquel período sólo podían dirigirse al pequeño círculo de los intelectuales casi sin excepción, pues un movimiento obrero en el sentido actual no lo había aún, fuera de Inglaterra, donde existían ya los comienzos de tal. No había asambleas como las de hoy, ni prensa socialista, ni movimiento organizado. Todo eso tuvo que ser creado. Aunque no hubiera sido más que por esa razón estaba más próximo el pensamiento de atraer la atención del mundo sobre las nuevas ideas mediante el ejemplo práctico y de vencer a los hombres de su exactitud interna por una pacífica propaganda de la acción.

Así se echó el cimiento del socialismo experimental de aquel período.

### 3.—LOS SAINT-SIMONISTAS EN MENILMONTANT.

De los ensayos prácticos de los viejos socialistas experimentales en Francia produjo gran expectación el experimento de la escuela saint-simoniana en 1832, aunque para la fuerza constructiva de la idea socialista fué el que menos significación tuvo. Pero el gobierno inició contra Enfantin y sus partidarios una acción de Estado, tan brutal como ridícula, y mediante ese absurdo procedimiento fué atraída la atención pública sobre la empresa de los saint-simonianos.

Saint-Simon había muerto hacía ya siete años y su escuela había hecho algunas hondas evoluciones cuando se emprendió el ensayo. Hemos observado ya que Saint Simon no era un socialista experimental en el sentido usual de la palabra; y en el fondo no era siquiera socialista, pues mantenía el derecho de propiedad, pero reconociendo la necesidad de una modificación de las condiciones de la propiedad. Una inteligencia poderosa y descendiente de una de las familias más viejas de la nobleza francesa, conoció

las alturas y las profundidades de la vida y había estudiado sus fenómenos con un interés precisamente científico, que no disminuyó cuando perdió su fortuna; vivió en la más amarga pobreza y fué empujado hasta el borde del suicidio.

Saint Simon fué uno de los primeros que comprendió completamente la enorme significación de la industria que se encontraba entonces tan sólo en sus estadios iniciales, mientras que la mayoría de sus contemporáneos no iban más allá de las consignas ordinarias de la política cotidiana. Vió en la industria el medio que debía redimir a la humanidad de la esclavitud política y económica; por eso se había elegido como lema de sus ideas estas palabras: "Todo por la industria, todo para ella". En su análisis de las condiciones sociales demostró a menudo una asombrosa perspicacia, y su capacidad para reconocer la conexión histórica de los acontecimientos y su condicionalidad económica, le hizo prever muchas cosas en que los demás no pensaban. Pero no tuvo un plan determinado para la curación del malestar social. En su obra principal: "Le Nouveau christianisme" había defendido el punto de vista "de que la misión de todas las instituciones sociales de nuestro siglo debe consistir en tener siempre presente el mejoramiento físico y moral de las clases más numerosas y más pobres", y ese pensamiento estaba en el fondo de todas sus ideas y proposiciones.

Por esta razón combatía toda renta sin trabajo y todos los privilegios en la sociedad y aspiraba a la unión de los artistas, de los sabios y de los artesanos para dar al orden social un nuevo fundamento. Según su opinión, se cambian en la historia siempre los períodos orgánicos y críticos, períodos de construcción y de derrumbe, pues el fundamento de la sociedad ha sido siempre la guerra hasta aquí. Tan sólo cuando el trabajo constituya el fundamento del orden social, la guerra cederá el puesto a la paz y la sociedad se organizará según el principio: "A cada uno según su capacidad; a cada capacidad según sus obras".

Las proposiciones prácticas de Saint-Simon no nos interesan aquí, pues no entran en el límite de este estudio. Mencionemos sólo su pronunciamiento en favor de un paramento industrial, una proposición de la que se trasluce ya el pensamiento de sustituir la rutina diplomática por las necesidades económicas y de suprimir toda la política por la administración de la industria.

Después de la muerte del maestro sólo quedaron pocos adeptos de las nuevas doctrinas, gentes todas de los estratos intelectuales y propietarios de la sociedad. Saint-Simon había dejado a sus discípulos un gran número de ideas fecundas, pero no un sistema determinado. Este se desarrolló después por los saint-simonistas, llegando así a determinadas conclusiones que no tenían nada que ver o tenían muy poco con las doctrinas originarias del maestro.

Desde 1827 la vida política en Francia había asumido de nuevo formas más radicales; la revolución de Julio arrojaba ya sus sombras. Gracias a un trabajo activo los saint-simonistas habían logrado ganar una gran serie de nuevos partidarios, como en general un gran número de hombres que después, cada cual a su modo, se hicieron famosos, han recibido en la escuela del saint-simonismo su primera educación social. Nombres sólo a A. Comte, el fundador del positivismo, F. Lesseps, el constructor del canal de Suez, A. Thierry, el conocido historiador, P. Leroux, Buchez, los hermanos Pereire, etc.



Pero aquellos que tuvieron la mayor influencia en el desenvolvimiento ulterior del saint-simonismo, fueron Bazard y Enfantin. Ambos dieron a las ideas de Saint Simon su fundamento socialista, pero al mismo tiempo también su carácter estrictamente autoritario y jerárquico. Bazard había pronunciado en rue Taranne (1829-1930) una serie de conferencias que llamaron mucho la atención y en las cuales intentó demostrar que la humanidad se acercaba a un nuevo período orgánico, que agruparía a todos los pueblos en una gran unidad espiritual y en una fe. Como resultado de esa unificación proclamaba: 1) La fraternización universal basada en el amor; en consecuencia, no más concurrencia. 2) A cada uno según su capacidad, a cada capacidad según sus obras; en consecuencia, no más derecho de herencia. 3) Organización de la industria; en consecuencia, no más guerra. Bazard desarrolló luego el plan de una administración económica jerárquicamente integrada, que culminaba en un papado industrial, mientras que Enfantin tenía presente más bien el desarrollo del saint-simonismo a la categoría de una nueva religión con las reglas estrictas de una iglesia y su ceremonial.

Gracias a la revolución de junio los saint-simonianos recibieron un poderoso impulso. En las reuniones diarias se encontraban a menudo hasta 1.500 personas. Con ayuda de ricos Mecenas había conseguido la escuela comprar un cotidiano, "Le Globe", para extender sus ideas entre las masas. Al mismo tiempo intentó la escuela dar también un paso práctico para poner en evidencia la superioridad de la vida en común. En rue Monsigny se organizó la llamada "familia saint-simoniana" para rendir culto a la fraternidad. Se trataba aquí de una organización doméstica donde los "iniciados" de la escuela procuraban vivir prácticamente sus principios. Ciertamente eso no podía resultar más que en tanto que se trataba de una convivencia común, pues sólo a ello se circunscribía el hogar familiar de rue Monsigny. Se vivía juntos, se comía en común, se organizaban fiestas colectivas, lecciones, veladas de discusión, etc. Toda la instalación de la casa fue sostenida por los "hermanos" y las "hermanas". Algunos ofrecieron a disposición de la "familia" todo su mobiliario, otros preciosas bibliotecas; cada cual daba algo, de modo que la familia no tuvo que pagar un solo céntimo por los objetos de su instalación. Igualmente se llevaron a cabo en común la mayor parte de los trabajos necesarios, y eso en las horas libres que tenía cada uno cuando volvía de su ocupación diaria en la sociedad burguesa a la "familia". La administración del hogar familiar estaba ordenada de un modo estrictamente jerárquico según los principios saint-simonianos. Los "hermanos" y las "hermanas" elegían sus "padres" y sus "madres" y se inclinaban voluntariamente a sus prescripciones.

Los saint-simonianos habían pasado también a fundar algunos talleres sobre la base del principio de asociación, en los que fueron ocupados obreros que se habían adherido a sus ideas. Pero todos esos ensayos fracasaron cuando se preparó una escisión dentro del movimiento. El motivo para ella lo dieron las ideas de Enfantin sobre la "emancipación de la mujer", que había tomado de los escritos de Fourier. Había dado a esos pensamientos el carácter de un misticismo erótico, pero había chocado así con la resistencia de muchos viejos discípulos y especialmente con los de Bazard. La lucha se expresó en interminables discusiones y al fin condujo a una escisión completa, con lo cual el movimiento fue tan

debilitado que tuvieron que liquidar no sólo su diario, sino también todas las demás instituciones.

Enfantin se retiró con unos cuarenta discípulos, todos técnicos, médicos, juristas, poetas, etc., a su finca familiar de Menilmontant, no lejos de París. Allí fundó una nueva comunidad de vida. Los compañeros se sometieron con gran entusiasmo a los trabajos más duros y menos habituales para ellos. La casa fue reparada, se construyeron salas y habitaciones comunes, se cultivó la tierra y se iniciaron algunas industrias domésticas. Toda la vida estaba regulada según determinadas formas y al modo de una comunidad eclesíástica, a cuya cabeza estaba "el padre" Enfantin. El trabajo comenzaba por la mañana a las seis, después que el "padre" había reunido su comuna para la oración y tomado el desayuno con ella en común. Felicien David había puesto en música algunos himnos de la escuela, que se cantaban en las reuniones colectivas y en las ocasiones solemnes. Otro "hermano" había planeado una indumentaria especial para los miembros de la nueva comuna, que se componía de un sobretodo azul, de un chaleco especial que sólo podía abrirse por detrás, de pantalones blancos, de un cinturón de cuero y de una gorra. Esa indumentaria debía ser llevada por todas partes para excitar la atención pública y tener así ocasión para las discusiones orales con los de fuera. En Menilmontant todo estaba adaptado a la parte propagandista.

Así todos tenían libre acceso a la comuna y podían participar personalmente en las ceremonias religiosas, en las festividades y demás actos de los colonos. Se encontraron curiosos con frecuencia, no sólo de los próximos contornos, sino también de París y otras ciudades. También la prensa publicó a menudo noticias sobre los "excéntricos de Menilmontant", los que eran zaheridos con odiosas designaciones y al parecer perseguían el propósito de hacer proceder al gobierno contra ellos. En la Cámara francesa los diputados Dupin y Mauguin habían acusado ya antes a los saint-simonianos como "secta que predica la comunidad de los bienes y de las mujeres". Cuando el gobierno del "rey ciudadano" consideró firme, se decidió un golpe contra Enfantin y sus adeptos. Después de haber hecho la policía a menudo a los colonos de Menilmontant visitas nada gratas y de turbar sus ceremonias a bayonetazos, reclamó el gobierno a los jefes principales de la escuela, Enfantin, Chevalier, Duveyrier, Barrault y Rodríguez el 27 de agosto ante los tribunales. Se les acusó de contravención al artículo 291 del Código penal y del delito de injuria a la moral pública y a las buenas costumbres.

Todo el proceso fue uno de los procesos ordinarios contra una tendencia, tan frecuentes precisamente bajo el reinado de Luis Felipe. Los acusados estaban por decirlo así condenados de antemano, y la mejor defensa no podía socorrerlos. Habían aparecido demostrativamente en su indumentaria ante el tribunal y defendieron sus principios con gran habilidad y viril convicción. El tribunal condenó a Enfantin, Chevalier y Duveyrier a un año de prisión cada uno y a 100 francos de multa, a Barrault y a Rodríguez — el último se había separado ya de Enfantin y no tuvo nada que ver con el experimento de Menilmontant — a 50 francos cada uno de multa.

Con eso se puso fin a la cuestión de la colonia de Menilmontant. Toda la escuela se disolvió, pero sus ideas continuaron obrando en el desarrollo del movimiento socialista francés. El ensayo de Menilmontant fue por decirlo así interrumpido violenta-

mente en sus estadios iniciales; por esta razón se puede juzgar difícilmente sobre sus ulteriores posibilidades de desarrollo. Sólo se sabe que en Lyon y algunas otras ciudades se habían planeado idénticos ensayos, pero que después de la condena de las cabezas de la escuela no llegaron a la ejecución. En la división y en los métodos del trabajo Enfantin había tomado mucho del fourierismo, pero el tiempo fue demasiado breve como para poder darse una idea exacta del valor y de la importancia de esos métodos.

Con la mentalidad estrechamente autoritaria de la escuela saint-simonista a la larga la colonia de Menilmontant no habría quedado libre de escisiones internas. A pesar de la conformación religiosa de sus adeptos, la naturaleza humana no se puede presionar mucho tiempo en determinadas formas. Eso lo han demostrado las escisiones anteriores bastante dentro de la escuela saint-simonista y tampoco en Menilmontant habría sido diverso el resultado. En qué grado esos ensayos en pequeño pueden tener en general un valor en el sentido del socialismo, el explicar eso y exponerlo debe ser nuestra tarea después de habernos formado un concepto de los otros ensayos del socialismo experimental.

#### 4.—EL PENSAMIENTO CONSTRUCTIVO DEL FOURIERISMO.

La actividad propagandista de Fourier y de su pequeño núcleo se inició antes ya de los ensayos de los saint-simonianos, pero recién se expresó en forma cuando desapareció de la superficie la escuela saint-simoniana y se adhirieron a las doctrinas de Fourier algunas de sus fuerzas notables, como Jules Chevalier y Abel Transon. En la historia del desenvolvimiento de las ideas socialistas Fourier merece un puesto distinguido, después que se quebranta cada vez más la diferencia artificiosamente trazada entre el llamado "utopismo" y un supuesto "socialismo científico". Una personalidad singular, dotada de rica fantasía y al mismo tiempo con una gran perspicacia analítica para las condiciones de la vida práctica, se acercó a problemas que todavía hoy no han sido resueltos; al contrario, han adquirido más importancia desde entonces. Muchos de sus pensamientos no han perdido nada de su fuerza creadora. Una cantidad de estímulos que ha dado en su tiempo, en el curso de los años se han olvidado por completo o parcialmente, después que el movimiento socialista se desvió cada vez más notoriamente por el camino de la llamada "política práctica" y se alejó por eso cada vez más de su punto originario de partida.

Algunas de las proposiciones de Fourier reaparecen a la publicidad como verdades novísimas, sin que sus defensores sospechen que esas ideas supuestamente nuevas habían sido pensadas y cimentadas de modo brillante ya por Fourier. Eso en lo que se refiere sobre todo al dominio de la educación moderna. Aquí Fourier fue realmente un precursor. Muchas de sus ideas que antes sólo llamaron la atención de pequeños círculos, son hoy generalmente apreciadas y constituyen por decirlo así la piedra angular de una verdadera educación libertaria.

No es misión nuestra el dar aquí un resumen amplio de las ideas de Fourier, pues el objeto de este trabajo es más reducido, y queremos ocuparnos sencillamente de las ideas que se refieren a la formación y al desarrollo del socialismo experimental y de sus métodos, es decir que tienen todavía importancia para la acción creadora socialista.

Fourier fue en el fondo el verdadero fundador del socialismo experimental, pues asoció en su modo de ver todo lo que caracteriza en general esa denominación. Gran admirador de las ciencias naturales, se interesó fuertemente por la química experimental, que se había abierto un camino irresistible después de los grandes descubrimientos de Lavoisier. Fourier era de opinión que había que emplear los mismos métodos también al dominio de la vida social. Ya en su primer obra, "Théorie des quatre mouvements", que por desgracia casi pasó desapercibida, defendió el punto de vista que toda nueva proposición tendiente a una transformación de las condiciones sociales de la vida, había que examinarla sin vacilaciones en pequeño por la aplicación práctica, para poder probar de esa manera y constatar sus beneficios efectivos para la comunidad. El saber si existen siempre y en todas partes, dentro del orden social actual, posibilidades prácticas para tales experimentos, eso es un problema del que nos ocuparemos después detenidamente. Una cosa está fuera de duda, que la interpretación de Fourier ha dado el verdadero fundamento para el socialismo experimental.

Si Saint Simon partía en todas sus consideraciones de la industria recientemente despertada, que le embriagó formalmente por sus ilimitadas posibilidades, en el sistema de Fourier la agricultura desempeñaba el papel más importante. Sin duda fue influenciado en ese concepto por las doctrinas de la llamada escuela fisiocrática. Pero no era de ningún modo un adversario de la industria, como algunos de los viejos fisiócratas, sino que reconoció su derecho a la existencia con la agricultura, aun cuando no previó como Saint Simon el formidable desenvolvimiento del industrialismo moderno.

Fue el comercio el que hizo madurar en él las ideas socialistas. Su oficio de comerciante le había permitido una honda visión en la existencia parasitaria del comercio y de la especulación. Justamente el período de la revolución y de las guerras sin fin con su ansia inescrupulosa de especulación, que pasaba por sobre cadáveres y estaba dispuesta a entregar la nación entera a la muerte del hambre, siempre que pudiera obtener así más altos beneficios, era más apropiado que ningún otro período para hacer ver claramente en todos sus complicados detalles la tendencia antropofágica del comercio. Nosotros, que nos hemos encontrado y hemos vivido un período idéntico de desvalorización monetaria y de desvergonzadas especulaciones sobre la miseria de las grandes masas, comprendemos tanto mejor toda la repugnancia que sintió Fourier contra los infames usureros y el craso egoísmo de los especuladores de la Bolsa y del comercio. Lo que Fourier ha escrito sobre las manipulaciones del comercio y de la Bolsa pertenece a los productos más clásicos de la literatura socialista y descubre aquel otro aspecto del problema social que justamente por los trabajadores es pasado por alto demasiado frecuentemente o es demasiado poco comprendido.

El moderno obrero industrial que ve siempre en sus luchas periódicas por el pan cotidiano al capitalista como enemigo directo, olvida demasiado fácilmente la explotación indigna a que es sometido por el comercio y por la Bolsa. Y sin embargo, ese aspecto del problema no sólo es de la mayor importancia, sino que aquí está también el punto desde el cual podría entablarse del mejor modo una acción común de los obreros con los pequeños campesinos, con lo cual se establecería un acercamiento y una







y un sentido más crítico que él. Por mucho que anhelase una posibilidad para la realización práctica de sus planes, rechazó sin embargo fundamentalmente todo experimento en pequeña escala y consideró los ensayos en pequeño como directamente nocivos, porque según su opinión estaban condenados a un fracaso seguro y por eso tenían que comprometer la idea de que habían salido. Incluso un éxito pasajero no carecía de importancia, porque según su opinión no podía presentar ningún testimonio suficiente de la significación práctica de un nuevo sistema social.

La idea de una sociedad basada en el trabajo colectivo y en la solidaridad práctica no era para Fourier un problema puramente económico, sino un problema que abarcaba todas las ramas de la vida espiritual y social. Por esta razón en un ensayo práctico tenía que darse la completa posibilidad de permitir el desenvolvimiento libre de todos los fenómenos de la vida individual y social en nuevas condiciones. Para ello una colonia o una empresa industrial colectiva que sólo abarcase unas docenas de hombres no eran de ningún modo apropiadas y eso porque no podían ofrecer tal posibilidad. No sólo había que aportar la prueba de que el trabajo colectivo era más ventajoso en todo concepto y más rentable para la producción social que el asalariado existente, había que demostrar también que en el sistema de la asociación todo hombre tiene la posibilidad de encontrar una ocupación que corresponda a sus inclinaciones íntimas y a sus capacidades y que justamente por ese motivo nace en él el sentimiento de la alegría en su obra. Había que demostrar además que en una comuna en donde no habría más lugar para las transacciones usurarias del comercio moderno, las posibilidades materiales de vida para cada miembro de la sociedad no sólo son elevadas en grado considerable, sino que también en base a esas nuevas condiciones surgiría poco a poco otra conformación moral entre hombre y hombre y el egoísmo limitado del individuo que hoy juega un papel tan funesto, tendría que ceder ante más profundos sentimientos sociales. Y era preciso igualmente aportar la prueba de que una nueva especie de educación, que no tendría nada de común con el brutal adiestramiento de la moderna enseñanza, provocaría en el hombre un sentimiento de la personalidad muy distinto y señalaría a sus capacidades e inclinaciones desde la más temprana juventud el verdadero camino, de modo que pudiera desarrollarse una nueva cultura social en la que los intereses materiales y espirituales del individuo estarían soldados del modo más íntimo con los de la comunidad.

Es claro que un pequeño experimento no podría aportar esas pruebas y era preciso recurrir a ensayos en mayor escala. Un ensayo que se circunscribe a un pequeño número de personas, en el mejor de los casos y en circunstancias en extremo desfavorables, puede mejorar algo la suerte de algunos participantes y libertarlos de la férula directa del capitalista, pero no puede moverse más que en los cuadros del sistema capitalista.

Partiendo de esas consideraciones estaba Fourier decidido a emprender sólo un ensayo práctico en gran medida, que le diera la posibilidad de fundar un falansterio completo, en donde pudieran encontrar trabajo y vivir de 1.500 a 2.000 personas. Para eso según su cálculo era necesaria por lo menos una suma de un millón de francos y se sabe con qué conmovedora fe esperó en su casa durante largos años, a determinada hora, el hombre que pusiera a su disposición esa suma. Por lo demás, no hay que reírse

simplemente de esa ingenuidad aparente. No hay que olvidar que en aquel tiempo el socialismo apenas había aparecido entre los obreros, que no se había aún de un verdadero movimiento obrero y que los partidarios de las aspiraciones socialistas se reunían exclusivamente en las filas de los intelectuales y de las clases poseedoras. Y entre las últimas había entonces un gran número de personas que en realidad hicieron grandes sacrificios materiales por su convicción.

Pero el hombre no vino y Fourier murió antes. Es verdad, se le había ofrecido la posibilidad de emprender en pequeña escala algunos experimentos, pero había rechazado obstinadamente esas propuestas, convencido de su ineffectividad. Tan sólo después de su muerte comienza el verdadero período experimental del fourierismo, pero en conjunto sólo pocos éxitos pudo señalar. Las causas de ello fueron de naturaleza diversa. Los pequeños experimentos, en los que no podemos detenernos aquí, fracasaron casi todos por las deficiencias que Fourier había previsto ya con aguda visión. Pero los pocos ensayos mayores se frustraron principalmente por el empleo al azar de un material humano inadecuado o fracasaron por la intervención del gobierno, como pasó en España.

De todos los ensayos prácticos que habían emprendido los fourieristas en Europa y en América, todos sucumbieron tras una existencia más o menos corta, con la sola excepción del falansterio de Guisa, que existe todavía, pero que, como no podía menos de esperarse, tuvo que hacer grandes concesiones a la sociedad actual, para sostener su existencia. Como ese ensayo pertenece a los más interesantes que se han hecho en ese dominio, le dedicaremos un capítulo especial.

De los demás ensayos del fourierismo en Francia merecen citarse principalmente dos, no por los éxitos prácticos que han obtenido, sino por las enseñanzas prácticas que nos han dado en relación a las diversas dificultades que tienen que vencer tales experimentos en la sociedad actual. El primero de esos ensayos fué emprendido ya en 1832, en vida de Fourier, sin encontrar sin embargo su aprobación. Algunos discípulos de Fourier se reunieron para fundar en la posesión del diputado Baudet-Dulac en Condé sur Vosges un falansterio en el sentido del maestro. Baudet-Dulac había conquistado un asiento en la Cámara en 1831, pero su actividad de representante del pueblo bastó sólo breve tiempo para poner toda su energía al servicio de las ideas de Fourier. Había reunido a su alrededor un pequeño círculo de partidarios de Fourier que no pudieron acomodarse a la prudente precaución del maestro y se dejaron llevar por su impulso de acción a una actividad práctica inmediata. Así se presentaron primero a la publicidad con diversos manifiestos, describiendo en colores seductores el nuevo mundo que estaban decididos a fundar. La posesión que Baudet-Dulac había puesto a su disposición alcanzaba a 500 hectáreas de tierra, pero faltaban los necesarios recursos financieros para instalar los edificios y tener las necesarias herramientas. Esos recursos se creía poder obtenerlos mediante los llamados ardientes al público, pero aparte de los adeptos de la escuela fourierista apenas se interesó alguien por la empresa, aunque se había intentado darle una base puramente comercial, para llevar todas las formalidades que la ley prescribía. La "Colonie sociétaire", como se había llamado a la empresa, constituía una especie de sociedad por acciones. Todo miembro tenía que adquirir un cierto

número de acciones. Los obreros que no tenían el dinero necesario, podían adquirir acciones mediante su trabajo, hasta encontrarse en situación de actuar como miembros completos.

Si la parte puramente comercial estaba redactada bastante sobriamente, en cambio la parte social prometía grandes resultados. Todo el programa del fourierismo con todos sus nuevos métodos de trabajo y de educación debían aplicarse prácticamente y se esperaban brillantes triunfos. El débil eco que encontraron los diversos llamados, no asustó a los iniciadores de la empresa en modo alguno. Como no podía hablarse de una comuna de 1.500 a 2.000 personas, se resolvió comenzar con seiscientos hombres, mujeres y niños. Pero también para ellos faltaban las condiciones previas necesarias, pues el dinero que había ingresado no alcanzaba ni con mucho para levantar edificaciones convenientes. En lugar del gran "palacio social" o Falansterio de que Fourier había hablado, que superaría con mucho al palacio de Versalles y al gran convento del Escorial y cuya forma arquitectónica por decirlo así debía representar el símbolo de la nueva comuna, la "asociación de las series", tuvieron que contentarse con miserables chozas para viviendas y talleres. Eso fué en sí y por sí una gran decepción y enfrió considerablemente el entusiasmo de los pioneros.

Villermé ha descrito bastante exactamente los detalles de ese desdichado ensayo, y de su exposición surgen con suficiente claridad las causas de la rápida ruina. Ante todo no se había tenido ninguna preocupación para la elección del material humano. Se estaba convencido de que los métodos prácticos del fourierismo tenían que ejercer el mismo influjo en cada uno de los individuos. No se comprendió que la mentalidad de esclavos, las debilidades personales, etc., que el hombre adquiere en el curso de los años y en ciertas circunstancias, no pueden ser extirpadas de golpe, que actúan largo tiempo en su carácter y tan sólo pueden ser suprimidas poco a poco por un ambiente modificado. Pero sobre todo, toda nueva idea exige una cierta comprensión de los hombres y no puede serles impuesta desde afuera.

Entre los hombres que trabajaban en la "Colonie sociétaire", había tres categorías diversas. Había allí gentes que junto a la buena voluntad y a la convicción interior poseían también las cualidades para obrar orgánica y prácticamente y se acomodaban a toda actividad que consideraran necesaria. Pero ese elemento constituía sólo una pequeña minoría. Había además allí un grupo de jóvenes entusiastas que se había entusiasmado mucho por las nuevas ideas, pero que no habían realizado en su vida ningún trabajo físico y se habían imaginado de un modo muy distinto el esfuerzo práctico en la nueva comuna. Habían sido embriagados por hermosas palabras y de repente se vieron en la necesidad de emplear sus fuerzas físicas en cosas de las que hasta allí no habían tenido ninguna noción. Naturalmente fueron afectados por la diferencia repentina entre el sueño y la realidad, y perdieron pronto el valor.

Pero las peores experiencias se hicieron con los jornaleros ordinarios que no tenían noción alguna de las ideas del fourierismo y en consecuencia no pudieron adaptarse al nuevo ambiente. Fieles a los principios de Fourier, se hizo cambiar a esas gentes continuamente de ocupación, sin que se explicaran la utilidad o la conveniencia de la misma. Para los jornaleros ordinarios que estaban habituados desde la más temprana juventud a su trabajo y no habían conocido otra cosa en su vida, era algo incompre-

sible el que un día tuvieran que ir a trabajar al campo, al día siguiente realizar trabajos caseros y el tercero dedicarse a la música y al canto. Como no comprendían el objeto de ese ejercicio, la vida entera en la nueva comunidad u o que apareciera como una grotesca superposición. Cooperaron, porque ganaban su pan con ello, sin adherirse íntimamente. Así ocurrió que toda la empresa, además de las insuficiencias materiales con que tuvo que luchar, careció del contacto interior. La consecuencia fue un caos cada vez mayor, hasta que al fin todo se disolvió en pacer.

También el segundo ensayo que se hizo en 1841 a 1842 en Cîteaux, cerca de Dijon, fracasó por causas idénticas, aunque las condiciones materiales eran mejores que en la finca de Baudet-Dulac. Aquí un inglés de nombre Arthur Young, un adepto convencido de las doctrinas de Fourier, había comprado una gran posesión de 1.300 hectáreas de tierra fértil, en donde ya existían diversas construcciones apropiadas, y en parte se edificaron nuevas. Young había fundado la empresa como sociedad cooperativa y se atuvo bastante a las prescripciones técnicas y jurídicas del maestro. Pero por precaución se reservó la dirección de toda la empresa Young en el curso de ocho meses había empleado en la colonia no menos de 800.000 francos, pero la carencia de material humano apropiado hizo que la empresa fracasara. Se repitieron los mismos fenómenos que en Condé sur Vosges. Por esa causa fató desde el principio la conexión interna que era lo único que podía dar posibilidades de existencia a tal empresa. Después de ocho meses Young se había convencido completamente de la intencionalidad de la cuestión y vendió la finca con todo lo que había en ella, de modo que también ese ensayo terminó.

En España el fourierismo había encontrado eco desde 1836, especialmente en Andalucía. Sebastián Abreu, un ex-republicano, que en 1823 había votado en las Cortes por la deposición del tirano Fernando VII, había huido a Francia a consecuencia de la reacción victoriosa, y allí conoció personalmente a Fourier. Tomó parte también en el desgraciado experimento de Condé sur Vosges, cuyo fracaso no pudo conmover su firme creencia en las doctrinas del maestro. Vuelto a España, comenzó la propaganda de las ideas de Fourier y consiguió ganar para sus ideas un gran número de intelectuales; en Andalucía se adhirió al joven movimiento gran número de jornaleros del campo. A comienzos de la década 1840-50 el movimiento había adquirido tal difusión en Andalucía que se consideró llegado el momento para hacer un ensayo práctico. En oposición a los ensayos de Francia, los fourieristas españoles estaban inclinados a atenerse del todo a las ideas prácticas del maestro y planearon un experimento en gran escala. Don Manuel Sagrera de Veloy, un rico comerciante de Cádiz, había reunido para ese objeto la rica suma de cinco millones de pesetas y se hicieron todos los preparativos en Tampull, no lejos de Jerez de la Frontera, para fundar un falansterio. Cuando ya se estaba a punto de comenzar prácticamente, el gobierno intervino de repente y Espartero, el gobernante de España, puso tantas dificultades a la empresa que los fourieristas de Andalucía se vieron forzados a abandonar el plan. Más tarde siguió el movimiento socialista en España por otros derroteros, absteniéndose de ensayos de esta naturaleza.

Un gran experimento se hizo todavía en Argelia. Allí adquirieron los fourieristas 1.300 hectáreas y levantaron en ellas construcciones por un valor de



450.000 francos. Los resultados eran más promisorios, pero el clima hizo frustrar hasta un alto grado el triunfo, de modo que tampoco este ensayo pudo dar los frutos deseados.

### §.—EL FAMILISTERIO DE GUISA.

De los numerosos ensayos que el fourierismo emprendió en Europa, solo uno fué coronado de éxito — el Familisterio que fundó Jean Baptiste Godin en Guisa y que todavía existe, aunque fué afectado grandemente por la guerra. En verdad esa empresa se edificó sobre una base distinta a la prescrita por Fourier, pero eso apenas podía eludirse dadas las circunstancias dominantes.

Sobre la empresa de Godin se ha escrito mucho tanto por burgueses como por socialistas, aunque los conceptos de los diversos autores a menudo difieren mucho. Algunos de ellos magnificaron a Godin como a uno de los más grandes benefactores de la humanidad, otros, entre ellos también algunos socialistas, lo calificaron de hábil charlatán que sólo había pensado en su ventaja personal y supo ocultar su sed de ganancias bajo la toga del reformador social.

Si se compara todo lo que había de su ensayo en pro y en contra, se llega a la convicción de que Godin ha obrado muy seriamente con su experimento. Si ese ensayo en el curso de los años ha adquirido poco a poco formas que no podía prever él mismo, ocurrió bajo la presión de circunstancias externas a que no pudo escapar.

Se puede ser todo lo entusiasta que se quiera de tales experimentos, pero no hay que olvidar nunca que toda formación social lleva en sí, por decirlo así, las leyes de su orden interno, que corresponden a su más íntima naturaleza y vuelven en toda rama de su vida espiritual y material. El hombre puede comprender en el curso de los años la injusticia social y la insuficiencia económica y los defectos de un sistema y en base a ese conocimiento querer suprimir ese sistema y sustituirlo por un orden social mejor. Pero no logrará nunca levantar en medio de un orden social basado en la más brutal explotación de las masas un mundo socialista cerrado en miniatura, cuyas leyes sociales internas sean completamente diversas a las de su ambiente capitalista circundante. Tenemos más bien que adaptarnos al pensamiento de que todo ensayo emprendido en sentido socialista dentro del mundo capitalista, a pesar de nuestros mejores deseos, está ligado con mil hilos al sistema actual y no se puede librar de él voluntariamente. Por esta razón tales empresas no podrán contar más que con limitadas posibilidades. Su éxito sólo puede expresarse en determinados dominios de la convivencia social; pero no será nunca capaz de transformar los fundamentos sociales y económicos del sistema actual de una manera radical. Para eso se necesitan medios declaradamente revolucionarios, que encuentren su más elevada expresión en la expropiación.

Si se ha reconocido al fin eso, se podrá juzgar justamente el ensayo de Godin y no se le hará responsable por ciertos aspectos de su experimento que no pueden eludir ciertamente los cuadros del sistema actual.

Godin era el hijo de un pobre herrero de aldea y nació en 1817 en Esquénérès. Después de haber peregrinado un tiempo como obrero por toda Francia, fundó en 1840 en su aldea un pequeño taller para la elaboración de instalaciones caloríferas, que seis años después trasladó a Guisa. Una invención de éxito le convirtió en un hombre de fortuna y le dió

la posibilidad de ampliar su taller a la categoría de uno de los más importantes en la industria metalúrgica de Francia. Pero Godin no era sólo empresario, sino también un profundo filósofo social, se le atribuye la paternidad de un programa que tuvo que soportar de los grandes padecimientos que tuvo que soportar cuando era obrero y aspiró en lo sucesivo a mejorar de todas las formas la situación de sus propios trabajadores. Les pagó altos salarios, redujo la jornada de trabajo, introdujo diversos medios de satisfacción, pero ninguno de esos medios le dio completa satisfacción, pues reconoció bien que no alcanzaba el fondo verdadero del malestar social. En sus inquietudes aspiraciones en pos de un mejor reconocimiento de las relaciones sociales no pudo menos de conocer también los escritos de los grandes reformadores sociales de la primera mitad del siglo pasado. Primero fueron las doctrinas de Saint Simon las que le incluyeron a profundos estudios. Luego leyó la literatura de las diversas tendencias comunistas, pero no pudo de entusiasmo ni por el comunismo pacífico de Etienne Cabet ni por los métodos violentos de los Babeu-

Entonces cayeron en sus manos los escritos de Victor Considerant, el más importante de los discípulos de Fourier, por medio de los cuales conoció por primera vez las ideas del maestro. La doctrina de Fourier obró en Godin como una revelación. Fue uno de los discípulos más abnegados del movimiento y lo protegió según las mejores posibilidades. Cuando Victor Considerant se dispuso a ensayar un experimento en gran escala en Texas y para ese fin se dirigió al público en demanda de auxilio, Godin puso a su disposición 100.000 francos. Pero él mismo resolvió fundar en Guisa un Familisterio para probar prácticamente las ideas del maestro. Así comenzó en 1859 la construcción de, llamado Familisterio. Ha expuesto más tarde sus experiencias en una serie de escritos, que todavía hoy son de gran interés para los partidarios de los ensayos socialistas. Construyamos aquí solo los más importantes de sus escritos: "Solutions sociales" (1870), "La richesse au service du peuple, le familistère" (1870), "Mutualité sociale" (1880), "Mutualité nationale contre la misère" (1885), etc.

Para dar un juicio imparcial del ensayo de Godin en Guisa, no hay que dejar fuera de consideración diversas cosas. Ante todo hay que tener presente que la empresa se apoyó en una de las fábricas más importantes. La fábrica de Godin había llegado a ser en el curso de largos años y favorecida por las circunstancias, uno de los establecimientos metalúrgicos más importantes de Francia. De ese modo tuvo el experimento una base económica asegurada sobre la cual se pudo seguir contruyendo con éxito. Esa fué una gran ventaja que tenía a su favor frente a otros ensayos idénticos, puestos siempre ante el grave problema de obtener ante todo una base económica en que la empresa pudiera prosperar.

Godin era un hombre en extremo práctico dotado de grandes capacidades de organización y técnico-económicas. Reconoció por eso muy bien que una realización completa de los planes de Fourier dentro del orden social capitalista no era posible. Las experiencias del pasado no habían pasado ante él sin dejar rastros como ante tantos otros; por eso no se aferró servilmente a las concepciones del maestro, sino que hizo intervenir sus propios conocimientos. Comprendió por completo que su empresa tenía que adaptarse económicamente a las condiciones existen-

tes y que para él sólo podía tratarse de experimentar prácticamente determinadas ideas de Fourier y de llevarlas a la realidad.

Ante todo dirigió su mayor atención al material humano que debía emplear. La experiencia le había enseñado que algunos ensayos anteriores no habían fracasado sólo por la inflexibilidad de las condiciones existentes, sino muy a menudo por la insuficiencia de los hombres que habían participado en ellos. Por esa razón trató de prevenir. Sabía que hombres nacidos y educados dentro de la sociedad capitalista no podían de la noche a la mañana ser provistos de más elevados sentimientos y aspiraciones sociales. Para eso se requería una larga educación que les aportase la comprensión de las nuevas condiciones sociales de la vida.

Goldin comprendía bien que no podía fundar un Falansterio en el sentido de Fourier. Aunque no fuese más que porque tenía que dar a su empresa una base principalmente industrial, mientras que Fourier había puesto la agricultura en el centro de la producción. Pero de esa manera los habitantes del Familisterio de Guisa tuvieron de antemano un radio de acción más estrecho. Fourier soñaba con comunidades independientes de 1.500 a 2.000 miembros si era posible, cuyas necesidades debían ser cubiertas en gran parte por el propio trabajo. Según su teoría del trabajo atractivo quería hacer del trabajo para el individuo una alegría y una necesidad mediante el cambio frecuente en la actividad productiva. Godin, que se vió enteramente ligado a su fábrica, no pudo ofrecer a los obreros ese cambio y tuvo por consiguiente que buscar otros medios para hacer agradable y alegre el trabajo. Creyó poderlo conseguir del mejor modo reduciendo todo lo posible la jornada de trabajo y poniendo a disposición de cada obrero un hogar alegre y amistoso. En ese dominio ha procedido Godin como un precursor. En aquel tiempo eran muy pocos los que pensaban en una reforma seria de la vivienda obrera. Hoy, sin embargo, el problema de la vivienda constituye uno de los problemas más debatidos. Toda gran ciudad y todo distrito industrial dispone hoy de viviendas humanas que son demasiado malas hasta para los perros; y sin embargo tenemos que reconocer que las condiciones en este dominio, cuando se les compara con las del período inicial del capitalismo, se han mejorado esencialmente. La terrible difusión del alcoholismo y de la prostitución entre la población obrera del período inicial del capitalismo, fué directamente fomentada en parte por las horribles condiciones de la vivienda. Godin lo había reconocido bien y el famoso libro de Eugen Buret, "De la misère des classes laborieuses en Angleterre et en France", le había abierto los ojos completamente. Así declaró por ejemplo en 1870 en su escrito "Solutions sociales": "Todo intento de realizar una reforma del trabajo quedará ineficaz y sin resultado si no es acompañado al mismo tiempo de una reforma de la vivienda. Hay que crear un ambiente casero para las clases laboriosas que corresponda a sus necesidades y les haga accesibles las alegrías de la vida social a que todo ser humano tiene derecho."

Cuando Godin en 1859 se dispuso a construir su palacio social o su Familisterio, como lo llamó, partió de dos condiciones importantes: Quiso dar la demostración de que un gran número de personas podía convivir en un espacio restringido, sin que por ello quedaran lesionadas las comodidades personales y las exigencias del gusto individual. Y además quería demostrar cómo mediante tal convivencia se po-

día instaurar una especie fácil y cómoda de organización del consumo cotidiano, más renditivo y económico que el actual.

Todo el terreno del Familisterio se reducía a 33,73 hectáreas de tierra. De ellas ocupaban los talleres 4,5 hectáreas, los jardines y las instalaciones públicas 10,1. El resto fué ocupado por diversos edificios que servían a fines de vivienda, de educación o de mantenimiento. El terreno en el que se levantaron los diversos edificios, costaba 50.000 francos. El ala izquierda del Familisterio que se inició primero, exigió la suma de 300.000 francos. El edificio principal, terminado en 1864, costó 400.000 francos. En 1864 fué terminado el edificio para fines educativos, cuyo costo ascendió a 40.000 francos. Las escuelas y el teatro que se pusieron en marcha en 1869, costaron alrededor de 125.000 francos. Además vinieron luego baños y lavaderos por valor de 25.000 francos, de manera que el costo total llegó a un millón de francos.

El número de las habitaciones de cada vivienda era naturalmente diverso, pero todas las habitaciones, tanto arquitectónicas como higiénicamente, estaban igualmente provistas, tanto si se trataba de viviendas para obreros o para empleados. En lo que se refiere a la limpieza y a instalaciones higiénicas, etc., en el Familisterio se hizo algo realmente ejemplar. Las viviendas se alquilaban a los empleados y a los obreros al precio de 25 céntimos por término medio el metro cuadrado. El precio en los pisos superiores era 10 céntimos más caro que en los inferiores. Además de las viviendas disponía el Familisterio de numerosos locales sociales: salón de lectura, restaurant, locales para diversiones, etc., que estaban a la libre disposición de cada uno. Igualmente había comodidades para el baño. La ornamentación interna de las habitaciones fué dejada al gusto de cada cual, a fin de que se manifestaran las predilecciones personales.

Todos los objetos del consumo diario podían ser retirados en el Familisterio mismo y se producían también allí en gran parte. Solo las cosas que se adquirían fuera más baratas se introducían. Godin pensó primero en suprimir la familia individual y proceder a las comidas y demás colectivamente. Pero abandonó ese plan pronto para no lesionar las inclinaciones personales del individuo; de manera que todos tenían la posibilidad de comer en el restaurant o de preparar su comida en su casa. La elaboración de algunos artículos y la administración del consumo estaba en gran parte en manos de las mujeres de los obreros empleados.

La venta fué regulada ya sea por el pago al contado o por inscripciones en un libro de cheques. Al fin de cada año se repartía a los compradores el 85 por ciento de la ganancia obtenida, según el monto de sus compras. El 15 por ciento de la ganancia total quedaba en la cooperativa.

Después que Godin se atrajo poco a poco un buen número de obreros y empleados que comprendían sus planes, pasó en 1880 a transformar todo su establecimiento en una empresa cooperativa. Naturalmente había hecho ya participar a sus obreros desde el comienzo en la ganancia de su empresa. Cuando la fábrica se declaró cooperativa, las acciones de los obreros ascendían a 209.800 francos, la parte de Godin, tres millones. Esa parte debían adquirirla los obreros y empleados de la empresa poco a poco, mediante la devolución del capital adelantado por Godin, con lo cual la empresa pasaría completamente a sus manos, lo que en efecto ocurrió en los primeros



años de este siglo. La ganancia se repartió hasta entonces así: 25 por ciento fué el fondo de reserva, 25 por ciento para la dirección y 50 por ciento se distribuyó a los obreros según su remuneración. Pero esa parte no se entregó a los obreros más que después de la amortización del capital de Godin.

Godin había hecho regular primero la administración interna de la fábrica por la libre elección, pero la experiencia le enseñó pronto que de ese modo no siempre ocupaban los puestos que merecían las personas apropiadas. Ese principio puramente democrático-político le pareció poco adecuado para la administración de una fábrica, pues exponía la empresa a toda suerte de oscilaciones, que en ciertas circunstancias podían ser funestas. Así hizo depender luego la presentación de los candidatos de los conocimientos personales y de sus capacidades especiales y los sometió a la elección después de la selección necesaria. Con eso impedía que elementos absolutamente incapaces, que tal vez se habían conquistado por su facilidad de palabra la confianza pasajera de sus camaradas, fuesen llevados a un puesto que eran incapaces de desempeñar. Sólo los conocimientos debían decidir, no la facilidad del lenguaje y la fraseología barata.

Con la aprobación de sus camaradas en el Familisterio había resuelto Godin que en la participación en las ganancias habría cinco clases especiales: 1. Participantes que estaban desde hacía por lo menos cinco años en la fábrica y poseían un capital de 500 francos. Esos recibían en la distribución de las ganancias por el doble de sus salarios. 2. Participantes de más de 21 años y que por lo menos habían estado ocupados tres años en la fábrica. Recibían por uno y medio más de su salario en la distribución de las ganancias. 3. Participantes que habían estado por lo menos un año en la fábrica; éstos recibían en la distribución de los beneficios según su salario. 4. Personas que no habían estado todavía un año en la fábrica; éstos sólo tenían derecho a disfrutar de las comodidades de las instituciones sociales del Familisterio. Además había otra categoría de ex obreros que por herencia, etc. se habían convertido en co-participantes.

Vemos que Godin procedió de un modo puramente comercial, lo que no tiene que maravillarnos en las condiciones de entonces y al mismo tiempo impidió que predominara una mayoría de recién llegados, que sólo habían trabajado muy breve espacio de tiempo.

En 1874 la cifra de los habitantes del Familisterio era de 900 a 1000 personas; en 1884 había aumentado ya a 1452. De cualquier modo que uno juzgue los planes de Godin en los detalles, en todo caso ha dado la prueba de que una gran empresa industrial puede existir también dentro de la sociedad capitalista en otras condiciones administrativas y con mejores condiciones sociales.

Una parte importante del Familisterio de Guisa fué ocupada por la educación de los niños. Aquí se tuvo Godin lo más estrechamente posible a las ideas de Fourier. Existían ocho secciones diversas dedicadas a la educación de los niños: 1. El instituto de espera, donde eran llevados los niños desde el nacimiento hasta los 26 o 28 meses. 2. El puponato, donde se ocupaban de los niños que ya podían andar, hasta los cuatro años. 3. El bambinato para niños de cuatro a seis años. 4. La pequeña escuela para niños de seis a ocho años. 5. La segunda escuela para niños de ocho a diez años. 6. La primera escuela, donde los niños eran llevados de diez a trece años. 7. El insti-

tuto superior para escolares que demostraban cualidades especiales. 8. El instituto para aprendices, donde los escolares podían aprender un oficio según su libre elección.

El principio fundamental de la educación consistía en hacer educarse a los niños en lo posible por sí mismos, es decir por su contacto continuo, un método que desarrollaba en realidad en los niños una temprana independencia. Según las ideas de Fourier se daba a los niños un derecho de co-determinación en la enseñanza, dirigida hábilmente por hombres y mujeres apropiados y que se impartía a los niños por la visión directa de las cosas. Mucho de lo que hoy se ensalza como un grato resultado de la moderna pedagogía, encontró su aplicación práctica desde hace décadas en el Familisterio de Guisa.

Godin murió en 1888, pero su empresa persistió como establecimiento cooperativo e hizo progresos no insignificantes en el curso de los años. Especialmente favorable fué el período de 1900 a 1914, durante el cual se hicieron importantes ampliaciones. Luego vino la guerra, que lesionó el Familisterio de Guisa en su nervio vital como a tantas otras empresas industriales en aquel gran período. Como Guisa estaba en la zona de guerra, la empresa de Godin tuvo que sufrir mucho. El establecimiento fué destruido y una parte del palacio social fué reducido por las llamas. Sin embargo, en cuanto terminó la guerra se comenzó a mejorar los daños sufridos y a reedificar la fábrica. El Familisterio contaba en 1912 más de mil habitantes. La mitad de ellos están nuevamente ocupada en el viejo hogar, y hay la probabilidad de que las consecuencias del gran asesinato de los pueblos se pueda subsanar en algunos años. Pero no se puede adelantar si el Familisterio, que hasta aquí quedó fiel al espíritu de su creador, continuará actuando en lo sucesivo en el mismo espíritu.



DEPORTE PROLETARIO

BRAND

## Asociaciones libres de producción y de cambio

El compañero Jean Grave ha insistido, incluso desde estas columnas, sobre unas formas de asociación productiva libre, adaptadas ante todo al embellecimiento del hogar con trabajos de arte, amorosamente ejecutados; esas asociaciones podrían extenderse, relacionarse, invadir todos los terrenos de la actividad humana y formar una red de grupos que trabajarían según sus principios no capitalistas de producción y que se regirían de un modo no capitalista tampoco en el terreno del consumo y de la distribución, aportando la prueba de la posibilidad de un sistema de vida mejor y echando así las bases de la sociedad futura, sin hablar ya de los atractivos que esas asociaciones ofrecerían al gran público que todavía no conoce nuestras ideas. Las ideas de Grave no fueron discutidas, parecieron demasiado simplistas y la pereza aconsejó a los más el acomodo práctico a la presente rutina. Somos quizás de los pocos que no rechazamos las proposiciones aludidas, aunque nuestras preferencias van más bien a la colonización agraria.

A continuación damos algunos fragmentos de una serie de artículos sobre la misma idea, de un amigo nuestro, "Brand", publicados en la revista individualista "Eresia" de New York, sobre las asociaciones libres de producción y de cambio. Aunque diferimos en la concepción filosófica de las ideas libertarias y encontramos en el individualismo de Brand algunas afirmaciones que nos parecen monstruosidades, junto a otras que son simples juegos de palabras, críticas ingeniosas a fantasmas creados por el crítico mismo, no vacilamos en suscribir la mayor parte de las consideraciones generales de este compañero — salvo las que emanan de su declarada decepción sobre la revolución y el tono exclusivista de la tesis — sobre el tema en cuestión, lo que prueba que se puede agregar a la palabra anarquista el epíteto de individualista, y sin embargo no rechazar de plano toda base de concordancia y de colaboración en un amplio terreno de aspiraciones comunes. — D. A. de S.

I

La lucha que conducimos por la liberación espiritual del individuo debe ser concretada por experimentos prácticos de realizaciones de independencia económica inmediata. Es especialmente a nosotros, los individualistas, a quienes corresponde intentar, impulsar esas realizaciones, porque somos de aquellos que más prisa tienen de vivir, los que más quieren vivir en el hoy.

Los individualistas deben demostrar a los anarquistas en general cuánto hay de realizable inmediatamente en nuestra doctrina; cuánto se puede vivir coherentemente con nuestros principios.

¿Qué se espera, pues, para intentar algo práctico? No hay que suponer que el sol del porvenir haga som-

bra a nuestro deseo, a nuestra necesidad de obrar pronto, de practicar pronto.

Los sueños no nos pueden satisfacer continuamente; no se puede vivir sólo de ellos y la urgencia de una vida real y práctica se hace sentir más que nunca.

Hemos alimentado nosotros también ilusiones de cambios gigantescos, de transformaciones violentas; también nosotros nos hemos mecido en la cómoda expectativa que, de un día al otro, con una pequeña presión, la supuesta barraca corrupta del capitalismo se habría deshecho y que sobre sus ruinas nos habría sido fácil levantar la nueva morada de los Prometeos libertados y que todo habría sucedido inevitablemente por el desenvolvimiento natural de las cuestiones humanas.

Engañoso y trágico fatalismo; bien caro hemos pagado las esperanzas que mantuviste en nosotros. Hemos aquí vueltos al punto de partida, al punto por el cual habríamos debido comenzar. Es cierto que deberá ocurrir una transmutación general; es inevitable, pero ¿cuándo?

Nosotros tenemos muy poco tiempo y muy poca voluntad de esperar siempre. Nuestro esfuerzo en la provocación de la catástrofe beneficia a nuestra enemiga la autoridad y no a nosotros. Cada espaldada que damos, sin vencer primero, hace rebotar violentamente el balón sobre nuestras cabezas.

La burguesía mantiene su poder porque asegura al productor la vida material, aunque miserablemente. Se vive mal; el pedazo de pan que se nos deja es duro, poco y amargo; pero se vive. Con todos sus defectos, con todos sus crímenes, el capitalismo nos asegura una cierta estabilidad de vida. Se muere lentamente, pero no se es aterrado por el espectro de una muerte rápida y dolorosa. Las libertades son pocas; sin embargo se puede jugar la partida al tresillo, hablar mal del vecino, beber su trago de vino y hasta comer su beefsteak. Se va tirando, aunque malamente.

Pero la anarquía es la incógnita que las prédicas no logran esclarecer; la falta de dirección, de dirigente no es concebible, cuando se está tan bien habituado a dejar hacer a los otros lo que deberíamos hacer nosotros mismos; y la ausencia de autoridad, para la mente grosera e inculta, no puede ser interpretada más que en un sentido de confusión, de desorden, de libertad para el delito y el delincuente. He ahí por qué, mientras no se haya creado una verdadera mentalidad libre, la revolución libertaria es imposible, y todo experimento revolucionario caerá bajo el control inevitable de otras o de las mismas autoridades.

Con las esperanzas de violentos cambios que se alejan de nosotros cada vez más y en todos los países, si no queremos ir hacia la consunción de nuestro movimiento, debemos hallar inmediatamente dis-







capitales se necesitarían cuando se está seguro de que su producto es colocado de inmediato y si es posible hecho a pedido?

¿No tenéis, por ejemplo, la dirección de dos o tres mil compañeros o simpatizantes, y no les hacéis llegar el diario, la revista, el libro, etc.? ¿Y por qué no los zapatos, el sombrero, el vestido, los instrumentos de trabajo, las máquinas la bicicleta los géneros y artículos alimenticios, etc., etc.? ¿Y no se podría hacer casas con dos, cinco o cincuenta departamentos — donde cada cual fuese absoluto propietario del propio —, y no continuar pagando alquiler, en algunos años? Los constructores de casas se hacen millonarios en pocos años y generalmente con capitales que se hacen prestar por los bancos, y somos nosotros los que los hacemos millonarios por falta de inteligencia y de audacia.

Muchos compañeros que intentaron individualmente resolver este problema fracasaron por lo general o tuvieron que convertirse en explotadores ellos mismos para sobrevivir, pues cuando intentaron distribuir sus productos en el mercado general, se hallaron frente a la concurrencia capitalista, que lo había acaparado todo ya y sus productos quedaron invendidos. Pero una vez que los anarquistas se ponen de acuerdo para producir y consumir ellos mismos sus productos, podemos reinos altamente de la concurrencia capitalista y del acaparamiento del mercado, pues nosotros, en lo relativo a las necesidades principales y mayores, no dependemos ya de ellos. Y tendremos como inmediata consecuencia la abolición de las crisis de trabajo, porque no consumiendo generalmente más que para nuestras necesidades y siendo éstas constantes, la producción es uniforme y la desocupación no es ya concebible.

Naturalmente, debiendo depender siempre de fuentes capitalistas para obtener las materias primas, no conseguiremos sustraernos enteramente a su explotación; pero la habremos eliminado ya en gran medida, porque habremos suprimido la ganancia del fabricante, que es ya un treinta por ciento, y la ganancia del intermediario (al cual se presta generalmente poca atención, pero que es el más parásito), que es otro treinta y más por ciento, y seremos explotados sólo en el cuarenta o menos por ciento, y sabéis lo que eso significa como ganancia.

### III

El que se detuviese a estudiar con profundo espíritu de observación y penetrase en la mentalidad anarquista, haría este descubrimiento curioso: los anarquistas hablan continuamente de emancipación espiritual, de vida libre, de armonía y solidaridad, pero al oírlos y estudiar luego lo que realmente entienden por estas palabras, se queda en la duda, perplejos, y se pregunta uno, confuso, qué es lo que ellos quieren vivir, o si es que hablan de los otros, de lo que los otros y no ellos deberían vivir.

Nuestra perplejidad aumenta más cuando les sometéis medios fáciles y practicabilísimos para realizar inmediatamente una parte, por lo menos, de lo que dicen, y veis sacudir la cabeza por todas partes y decir: imposible!

¿Por qué?

—Mañana, no hoy; mañana será posible todo; hoy, nada. Imposibilidad de ambiente, imposibilidad de armonía, de acuerdo entre los diversos anarquistas.

"Spain, land of tomorrow", dice alguno.

Anarquía, ideal de mañana.

Anarquistas... de mañana.

Mañana, he ahí la panacea que curará todos los males.

¡Oh, divino mañana, a ti elevamos nuestras preces fervientes! ¡Salvados de nuestra pobreza, salvados de nuestra esclavitud; de la abyección en que nos encontramos; salvados del vil tirano, de nuestra cobardía, de la comedia que nos representamos a nosotros mismos. Y si no quieres vernos continuamente moriendo, de la cola y girando sobre nosotros mismos, salvados, en fin, de ti mismo, dándonos un hoy. En ti confiamos y... esperamos. Mientras tanto continuaremos elevándote salmos e invocando tu gracia. Pues tú lo harás todo por nosotros, pobrecitos!

Y no queda más que preguntarnos: si tenemos tan poca fe en nosotros mismos, si nos creemos tan incapaces de comportarnos *anárquicamente* entre compañeros, hoy, que en una cierta medida la ley burguesa nos impone todavía un cierto respeto a la personalidad, a los derechos, a los intereses ajenos, ¿cómo habríamos de comportarnos anárquicamente mañana, una vez abolidas las cárceles y los polizontes? No me corresponde a mí el responder a todas estas cuestiones. Pero si los anarquistas no son capaces de comportarse anárquicamente en todos los tiempos y en todos los lugares, no tenemos nada que sermonear a los demás, ni que censurar la ajena inconsciencia, ni que estigmatizar la ajena debilidad, ni que condenar los vicios de otros, ni que enfurecerse porque no viven racionalmente, ni suprimen su servidumbre y la... nuestra.

No menciono los obstáculos que el sistema capitalista opone a la realización de nuestra vida libre, porque aquí se tiene una cuestión de fuerza y no de intención y voluntad nuestras.

Las asociaciones libres de producción y de cambio no vendrían a resolver solamente una parte de nuestro problema material, sino también numerosos problemas sobre todo de orden moral.

Ante todo no deberíamos someternos más a trabajar y ser mandados por otros. Si un anarquista es víctima continuamente del tormento, el, hombre de intelecto evolucionado, de sentimientos buenos y equitativos, de espíritu tolerante y racional; por el tormento de ver continuamente violados sus derechos materiales y espirituales; de sentirse mandado por individuos inferiores y brutales, que no tienen ninguna consideración su personalidad, que no tienen ninguna cuenta de sus necesidades y deseos, que lo rebajan al nivel de la materia bruta, de la máquina, y menos aún; que le niegan incluso la más razonable justicia; y bien: si el afán, el sufrimiento, el odio no consumen vuestro ser en las eternas jornadas de trabajo que se repiten todos los días hasta que os llegue la última hora (si no se repiten todavía, en el momento entonces debéis tener que véroslos con el hambre siempre en acecho), eso quiere decir que vuestra personalidad anárquica ha muerto o no se ha manifestado todavía.

Para continuar mecidiéndose en el dulce *non fare*, se afirma que semejantes asociaciones, que toda asociación transformarían la mentalidad de sus componentes de libertaria en conservadora y pequeño-burguesa. Es probable; pero en esa eventualidad cesarían de ser asociaciones anarquistas y no podrían formar parte de nuestras asociaciones libres. De todas maneras el peligro de degeneración no sería mayor que aquel siempre presente para el anarquista que debe someterse continuamente al régimen de la fábrica, a su estado de asalariado. También esos degeneran o se les impide regenerarse.

Además, este estado de ánimo preconcebido se ha-

sa en el ejemplo dado por alguno de los pocos que consiguieron hacerse económicamente independientes; pero se debe pensar también que ellos degeneraron principalmente porque fueron constreñidos — para sobrevivir a la concurrencia capitalista — a colocarse en el mismo terreno del capitalismo, a producir según el capitalismo, a vivir y a pensar según el capitalismo y terminaron siendo... capitalistas.

Es muy diferente el caso de nuestras asociaciones, las cuales serán estimuladas a mantenerse rigidamente coherentes con los principios antiautoritarios del anarquismo, porque en caso contrario perderían todas las ventajas de colocar sus productos en nuestro campo y serían boicoteadas por los anarquistas, como se boicotean aquellas publicaciones que se desvían o reniegan de nuestra doctrina.

Otra gran ventaja sería también ésta: una gran parte de nuestros compañeros no tienen ninguna profesión u oficio; y si lo tienen, barridos por la reacción de un país a otro, no le sirve para nada a causa de que no conocen el idioma del país y están obligados a hacer los oficios peores, los más humillantes y los peor pagados. Con nuestras asociaciones, en cambio, los sin oficio podrían aprenderlo lo más pronto posible sin sacrificio alguno, y los del segundo caso encontrarían trabajo en la respectiva asociación, y en caso de que no existiesen todavía, aprenderían otro oficio.

En una época como la nuestra, además, y para el anarquista de temperamento errante y deseoso de conocer y de estudiar otros pueblos para formarse una idea global del problema humano, no puede uno confinarse en los límites del propio país, provincia o nación. Siente la necesidad de viajar, de ver, de estudiar con los propios ojos y con el propio cerebro. Actualmente esa necesidad se satisface (si se satisface) al precio de enormes padecimientos y sufrimientos. Llegados a una nueva nación, no conocéis el idioma, no tenéis conocimientos (y si los tenéis en la mayoría de los casos no os pueden ayudar apenas) y sois expuestos al hambre y a la desesperación para hallar una ocupación cualquiera.

Con nuestras asociaciones, extendidas internacionalmente, el problema cambia del todo. Os ponéis en relación con alguna asociación de vuestro oficio existente en la nación que deseáis visitar y podéis cambiar el puesto con alguno de sus miembros que desearse visitar vuestra nación de origen. En el caso extraordinario que no estuviese ese compañero dispuesto a cederos el suyo y a ocupar el vuestro, aquella asociación o alguna otra podrían ofreceros siempre alguna ocupación segura. Boletines que saldrían para el funcionamiento de las asociaciones podrían traer pedidos de compañeros deseosos de cambiar su puesto de trabajo con compañeros de otras localidades o nacionalidades.

En tiempos de reacción como éstos, esas asociaciones serían la salvación de los perseguidos políticos. Estos tendrían en ellas un punto de apoyo moral y material. A ningún refugiado le faltaría el trabajo en las respectivas asociaciones o en otras, porque su trabajo... lo lleva consigo. Quiero decir que su trabajo es su *necesidad de consumo*, que no puede menos de llevar consigo a donde quiera que vaya. Produciendo para nuestras necesidades, donde el anarquista consume allí le es solicitada la equivalente participación en la producción. Podrá haber desequilibrios en la producción de un artículo especial no totalmente cubierto por el consumo interno de las asociaciones, pero a eso se reparará (como para adquirir aquellos artículos que no fuese posible pro-

ducir en nuestras asociaciones) extendiendo la venta de los objetos manufacturados por nosotros al público en general.

Aun en el caso de que un miembro de una asociación cayese víctima de la autoridad y fuese encarcelado, los otros miembros de la asociación sacrificarían una media hora, una hora o un minuto más al día de trabajo a fin de producir lo equivalente del asociado víctima o inválido — por un tiempo provisorio o permanente — y de proveer a las necesidades suyas y de su familia. En caso de enfermedad podría ocurrir lo mismo.

En el primer caso, ¡cuánta mayor energía encontraría el anarquista o la anarquista en la prosecución de la lucha contra los poderes políticos y económicos de la sociedad, cuando supiese que se proveería de parte de los asociados a sus necesidades y a las de su familia o personas dependientes de su trabajo!

Hoy, muchos de los compañeros, incluso de los más activos, son parcial o totalmente eliminados de la lucha, precisamente por esta preocupación de sus familias, y en las fábricas deben estar quietos por el temor a ser dejados en la calle, como sucede generalmente apenas abren la boca.

Es por eso que esas asociaciones, garantizando la satisfacción de nuestras necesidades materiales, no tienden a suprimir nuestra actividad demoledora de la gangrena social, sustrayéndonos a la necesidad de hacer acto de sumisión diaria al capitalismo; adquirida una mayor independencia y satisfacción en nuestra producción; eliminado en gran parte el espectáculo afligente de ver nuestras energías consumidas en una infinidad de producciones inútiles y nocivas a nosotros mismos y a la colectividad; entrados en posesión de la posibilidad de satisfacer nuestra necesidad de viajar, de ver, de estudiar otros pueblos, de estar en contacto con otros miembros de la colectividad anarquista; en la seguridad de que en caso de caer víctimas de la autoridad opresiva por nuestra lucha contra ella, al día siguiente sabremos siempre dónde refugiarnos, todo eso hará de nosotros hombres nuevos, con más energía y vitalidad, con más alegría de vivir en nuestros corazones, y habremos vencido — en gran parte — aquella desesperación, que ha enviado a tantos de nuestros mejores compañeros al presidio y a algunos a la silla eléctrica y a la guillotina.

### IV

El problema de los sindicatos obreros es de una importancia excepcional para tratar respecto de las asociaciones libres anarquistas de producción y de cambio. Aunque los anarquistas dicen que luchan por realizar la idea, si no para ellos mismos, al menos para las generaciones futuras, ellos — aun cuando lo digan y lo sostengan — no son tan idealistas como para ignorarse enteramente ellos mismos y sus propias necesidades. Al fin también ellos son hombres, quiero decir seres de carne y hueso, que llevan una vida material y viven, ante todo, de pan y de lo que se come con el pan en lo físico, antes del alimento espiritual; y es más que natural, es más que humano, que hallándose en la imposibilidad momentánea de transformar el sistema de opresión capitalista según sus aspiraciones de distribución equitativa de las riquezas naturales y producidas y de libertad, se hayan preocupado de hallar algún remedio para satisfacer en una forma progresiva sus necesidades inmediatas.

Lo que nos llena de sorpresa al reflexionar sobre



ello, es que no hayan sido capaces de encontrar un remedio anarquista para aliviar en alguna medida su desconsoladora situación de asalariados; y que hayan adoptado métodos y participado en organizaciones que por su funcionamiento interno (y por necesidad) contradicen nuestra doctrina de libertad individual.

Pero la doctrina anarquista ¿es tan pobre de recursos? ¿O es que tienen razón nuestros adversarios al decir que nosotros somos soñadores y nada más que soñadores, y que nuestra filosofía es una utopía que no ofrece ningún remedio real y práctico para las necesidades de la humanidad que sufre con tantos males?

El tanteo en las tinieblas de los anarquistas; sus infinitas contradicciones en todos los campos, en todos los sentidos y en todos los tiempos; el no saber nunca qué hacer, qué acción adoptar en los momentos contingentes en los cuales una línea de conducta se impone inmediatamente; aquel obrar suyo siempre a remolque de los otros partidos y organizaciones, sin saber nunca emprender una acción independiente y genuinamente anarquista, lo haría más que su-  
poner.

Pero se equivocan los primeros al creer que nuestra doctrina es incapaz de resolver el problema de la felicidad humana, y se equivocan todos aquellos anarquistas que, con su acción contradictoria, van en pos de esta falsa concepción de la delibidad de nuestra filosofía, y con su poca fe, buscan fuera de ella aquellos remedios a nuestras necesidades materiales y espirituales que nuestra doctrina ofrece en bellas y numerosas formas y variedades.

Y es precisamente esta poca fe en la capacidad de realizaciones prácticas de nuestra doctrina, la que ha impulsado a tantos anarquistas a buscar en las organizaciones obreras, de inspiración socialista y sindicalista revolucionaria, y hasta en la A. F. of L., aquellas mejoras económicas de las cuales se creen con derecho a exigir desde hoy al capitalismo voraz.

Y yo pregunto en este punto, y lo pregunto a aquellos anarquistas que condividen este punto de vista, o lo valorizan con su apoyo: si algunos pretenden que el sindicalismo se basta a sí mismo, ¿por qué no debería bastarse a sí mismo el anarquismo? ¿Tal vez su constitución es tan imperfecta (¿y por qué entonces llamarlo un ideal superior a todos los demás?) para tener necesidad de las otras doctrinas a fin de realizar algo práctico?

¿O es perfecto sólo en el... sueño? ¿Qué es esta aparente contradicción? ¿Ofrece o no ofrece el anarquismo la solución a las necesidades y a la felicidad humana? Si se dice que sí, ¿por qué buscar entonces en el sindicalismo esa solución y no en el anarquismo mismo, creando alguna forma de convivencia, de apoyo mutuo y de mutua defensa que nos conduzca a él por la vía directa y no por caminos de través? ¿Por qué hasta aquí las asociaciones, organizaciones, agrupaciones de toda especie y genuinamente anarquistas se han mantenido siempre en el terreno teórico de lucha anticapitalista y antisistatista, y no han intentado nunca organizar un método propio, es decir: anarquista, de lucha práctica en el terreno económico?

He aquí cuestiones a las cuales quisiera tener una respuesta de aquellos compañeros que de buena fe creen ver en los sindicatos un medio eficaz de emancipación económica. Son dispensados de responder los organizadores profesionales en permanencia, porque éstos se ven ya lo que buscan en las organizaciones sindicales; porque su posición es generalmente la de

los cínicos de la política que se rien en serdina de aquellos que creen en la utilidad de su profesión y cuando les reprocháis su poca fe, las ganancias que obtienen de su función y su poca sinceridad, tienen a veces la franqueza de responderos en confianza, teniendo buen cuidado de cerrar la puerta: "¿Qué quieres? ¡Es nuestro oficio! Es preciso hacer algo para pasar el mes... Y para pasar el mes se someten a toda indignidad, a toda baja, no avergonzándose de vivir alegremente de la limosna recogida céntimo a céntimo de tantos desgraciados trabajadores hambrientos. Pero no es mi propósito en este artículo combatir el profesionalismo sindical, cínico, ladrón y gendarme.

La deficiencia y la debilidad del anarquista está precisamente en carecer de un método económico anarquista de lucha para aliviar un poco el destino del productor anarquista en el sistema capitalista, y un método que pueda servir de ejemplo, de ayuda y de estímulo a la masa trabajadora para mejorar su suerte también y prepararla espiritual y prácticamente para aquel concepto de tolerancia, de ecuanimidad y de libertad que es nuestra aspiración...

...He propuesto las asociaciones libres de producción y de cambio como uno de los medios que a mi juicio sería eficazísimo para mejorar nuestra situación, y de gran ayuda para hacer comprender a la masa de los trabajadores, cuál es la forma de vida a que aspiramos. Método anárquico, de propaganda anarquista y con fines anarquistas.

Porque un método verdaderamente anárquico sería sólo aquel que se aplicase estrictamente a una producción útil, necesaria, benéfica a la humanidad y que buscara con otras categorías de productores la cooperación leal, la honestidad en los cambios, la sinceridad y el respeto a los acuerdos y contratos estatuidos y no la despreocupación, la doblez, el fraude.

Viene gana de reír — para no llorar — al pensar en aquellos compañeros que gastan todo su tiempo, energía e intelecto en los sindicatos para mejorar las condiciones económicas de aquellos obreros que trabajan en fabricar cigarrillos, salsichas putrefactas, alimentos averiados, alcohol para envenenar el cuerpo, diarios, libros para envenenar el cerebro, fusiles, cañones para asesinar, cuarteles para volverse estúpidos, joyas para los puercos y los imbeciles, y otra mil cosas para acabar de degenerarnos, de averiarnos, para completar nuestra desgracia, nuestra infelicidad e imbecilidad, y que llamen a su obra: hacer conciencias anarquistas.

¡Bellas conciencias anarquistas las que estáis preparando para la futura anarquía! ¡Y pobre anarquía si cae en manos de semejantes conciencias!

¿Con cuánta mayor eficacia y provecho emplearíais vuestra energía, vuestras buenas intenciones, vuestro entusiasmo, vuestro espíritu de solidaridad y cooperación para una obra de interés individual y colectivo en las libres asociaciones anarquistas! ¿Con cuánta mayor coherencia, con cuánta mayor sinceridad, con cuánta mayor beneficio lucharíais por el triunfo de nuestro ideal de libertad?

¿Y las masas? ¿Con qué interés seguirían nuestras experimentos, con qué facilidad comprenderían el funcionamiento de una sociedad sin explotación y autoridad y cómo se sentiría impulsada a sostenerlos, a defenderlos de los ataques de la autoridad, a imitarlos después de un breve período de tiempo.

Arabemos con la política de los compromisos, de las concesiones, con los caminos de través. Sigamos nuestro camino y creemos nuestra arma de batalla.

¡Que el anarquismo se basta a sí mismo!

EDUARDO MILANO

## EL PRIMER PASO HACIA LA ANARQUIA

### II

#### COMUNISMO ANARQUICO

Después de haber reberberado en una gran cantidad de escuelas; después de haberse afirmado universalmente en la Asociación Internacional de los Trabajadores (1864), y después de haber echado, con tal acción, las bases de la fraternidad y de la solidaridad entre los desheredados de todo el mundo; después de haber sufrido el bautismo purificador de sangre y de fuego en la comuna parisiense (1871), el ideal del socialismo surgió más fúlgido, diré también, sublimizose en el comunismo anárquico.

Fué un progreso inmenso el de la afirmación del socialismo en el comunismo anárquico; tanto que, repito, bajo la bandera del colectivismo legalitario, única superviviente de las viejas escuelas, se recogen hoy todas las fuerzas reaccionarias aliadas; los ambiciosos, los egoístas, los despotas, los explotadores, los obscurantistas del mundo entero.

El comunismo anárquico, última expresión del progreso moral, social, filosófico y científico, sustituye el gobierno por la libre asociación; la patria por la fraternidad y la solidaridad universal; el contrato matrimonial por la familia anarquista; las leyes positivas por la ley moral natural; dios por la ciencia.

Dicen los socialistas comunistas anarquistas:

Derribados los presentes gobiernos, abolida la propiedad individual, proclamada la propiedad común, la fraternidad y la solidaridad universales, nos guardaremos bien de elegir nuevos representantes — diputados —; nos guardaremos bien de formar un nuevo gobierno. No más representantes investidos con el

Por la anarquía y anárquicamente demos el ejemplo de cómo se vive en libertad; mostremos al productor cuán fácil es, con qué pocos sacrificios se puede hacer frente a la voracidad capitalista mediante el método anárquico.

Las asociaciones libres anarquistas de producción y de cambio sirven a tal fin.

A los anarquistas de todas las tendencias corresponde realizarlas, perfeccionarlas e iniciar su realización.

Serán el faro que nos ayudará a salvarnos del precipicio de la desesperación en este turbio y espantoso período de reacción; serán la guía que nos sacará de este caos en que nos debatimos sin saber qué hacer, sin saber a dónde dirigirnos.

Contra la reacción, contra la explotación, contra todas las autoridades, con aquellos que estén dispuestos también ellos una vez a seguirnos, y no siempre a seguirlos nosotros a ellos, o contra todos, como anarquistas, anárquicamente por la anarquía.

poder autoritario, no más gobierno en el comunismo anárquico. La palabra *anarquía* significa ausencia absoluta de gobierno.

Admitida la ausencia absoluta de todo gobierno ¿de qué modo será organizada la sociedad en el comunismo anárquico?

"Si pretendiésemos dar una solución oficial a todos los problemas que se presenten en la vida de la sociedad futura, dice Malatesta, entenderíamos la abolición del gobierno en un sentido verdaderamente extraño. Nos declararíamos gobierno y prescribiríamos a modo de los legisladores religiosos un código universal para los hombres del mañana".

Abolidas las fuentes principales de los males presentes, como son la propiedad individual y el gobierno ¿qué mente sería capaz de predecir las necesidades que se impondrán a la comunidad futura libremente organizada?

Abolida toda suerte de gobierno, proclamada la propiedad común en el comunismo anárquico, toda comuna, todo grupo pensará en la propia administración, en el propio gobierno; es decir, cada comuna, cada grupo será *autónomo, independiente*; obrará por sí mismo. Para producir, los ciudadanos de las diversas comunas, de los diversos grupos, se asociarían libremente en fracciones divididas por artes y oficios, como hoy tenemos un ejemplo en las sociedades cooperativas de trabajo.

En las mismas comunas, organizaciones apropiadas proveerán a la administración de los almacenes alimenticios, de las escuelas... Pero, nótese bien, también en las comunas anarquistas debería ser abolida absolutamente toda autoridad, todo código, todo tribunal (1), no siendo estrictamente necesario un poder autoritario, una ley escrita para garantizar la sociedad contra los pocos que en el comunismo anarquista tuviesen predisposición para el delito.

"Los buscadores de oro en las minas de la América occidental y de Australia, dice Max Nordau, encargáronse ellos mismos de su protección formando los llamados "comités de vigilancia" y, sin ninguna pompa autoritaria, reinó entre ellos el orden perfecto".

Hemos dicho que en el colectivismo el trabajo hecho en común sería objeto de cálculo y, por tanto, mediante los bonos de trabajo, distribuidos a cada individuo según el trabajo hecho, etc.

En el comunismo anarquista, el producto del trabajo colectivo será declarado propiedad común junto con la tierra, las casas y los instrumentos de trabajo, y por tanto no hay ninguna valuación más del producto del trabajo, ningún reparto, según el modo indicado por las fórmulas colectivas, ningún valor de cambio.

Un valor de cambio, llámese lira u hora de trabajo, es siempre una moneda, y mientras exista la moneda, existirá el incentivo brutal del egoísmo, gan-



COMUNISMO

grena horrible que corroe el corazón del hombre desde hace tantos siglos.

Abolida completamente toda valoración del trabajo, todo valor de cambio, toda especie de moneda; proclamada la federación y la solidaridad entre las comunas anarquistas, ¿de qué modo será regulado el consumo del producto del trabajo declarado propiedad común? ¿de qué modo se practicaría el intercambio?

En la anarquía, dijo Proudhon, sustituiremos la centralización política por la centralización económica. Podría por consiguiente ser instituida una administración central temporal sin autoridad de ninguna suerte (2).

Esa administración tomaría los modelos de producción que las comunas anarquistas le enviasen, pongamos por caso, cada mes; haría un resumen com-plexivo de los diversos géneros producidos por las distintas comunas, y sobre la base de ese resumen regularía el intercambio, indicaría la parte que corresponde a cada comuna.

Toda comuna, todo grupo, recibida la propia parte de azúcar, de tejidos, etc., puesta una parte en los grandes almacenes de reserva, permitiría que se consuman a voluntad los géneros en superabundancia, y pasaría a la división de los productos cuya producción fuese limitada.

"División según las necesidades, dando preferencia a los niños y a los viejos, a los débiles, en suma, y todo eso consumido, no en la marmita social, sino en la propia según los gustos individuales, en compañía de la familia y de los amigos". (Kropotkin).

El intercambio de los productos podría ser practicado por simple pedido de las comunas, basándose en el ejemplo de la producción complexiva, publicado mensualmente por la administración central o podría también ser regulado por la administración misma.

En cuanto a los géneros de que es imposible el intercambio, los habitantes de cada comuna proyectarán a las propias necesidades.

Así podría ser al comienzo en la anarquía. Todo esto es muy sencillo y muy práctico; millares de veces más sencillo y más práctico que la organización social querida por los socialistas colectivistas legalitarios con su famoso gobierno.

Es una entre las tantas ediciones de la historia del huevo de Cristóbal Colón.

Al surgir la anarquía, los ingenios selectos, independientes, quedarán fascinados y proclamarán la buena nueva.

Burlados por la ignorancia, hostilizados por los cobardes, calumniados por los ambientes hipócritas, combatidos con todo medio por el torpe egoísmo burgués, traicionados por gentes más viles que Judas, no se desanimaron y la noble idea progresó al precio de sangre de mártires que a millares dejaron la vida en las horcas, en las heladas landas de Siberia, en los presidios de Caledonia... ¿Cala uno? ¡surgían cien! y ahora son millones los esclavos de los cuarteles, los parias de los campos y de las fábricas, los desposeídos, los que en nombre de la ciencia y de la ley moral natural propician la era de la verdadera igualdad, de la verdadera fraternidad y de la verdadera solidaridad.

Es la anarquía la que triunfa, es la eterna ley del progreso la que prosigue fatalmente su camino, abatiendo leyes injustas, viejos prejuicios, gobiernos despoticos, todo eso, en una palabra, que tiende a detener la carrera vertiginosa de la humanidad hacia un porvenir mejor.

Los socialistas anarquistas se dicen comunistas porque quieren que el producto del trabajo colectivo, es decir de todos, forme parte de la sociedad común lo mismo que la tierra, las casas y los instrumentos de trabajo; y que sea distribuido a cada individuo según las propias necesidades, sin que se tenga en cuenta su capacidad, etc. Por eso la fórmula colectivista: "a cada uno según el trabajo hecho y la propia capacidad; el producto es del productor", etc., los anarquistas la sustituyeron por esta otra: "de cada uno según las propias fuerzas, a cada uno según las propias necesidades".

Tal es precisamente la vieja fórmula del comunismo anárquico, que significa: en la gran familia anarquista, el hombre, libre de toda traba, trabajará en el límite concedido por las propias fuerzas y por la propia inteligencia y tendrá derecho a satisfacer humanamente todas sus necesidades (3).

Pero apresurémonos a agregar que dicha fórmula no corresponde ya a los progresos de nuestras teorías. Veamos en efecto.

Los individuos en el comunismo, siendo un deber, teniendo la obligación de trabajar cada uno según las propias fuerzas, etc., ¿queda subentendido que se necesitaría un deber, una obligación que cumplir? ¿dónde existe un contralor? Además: ¿es posible, no tiene inconvenientes ese contralor? ¿Quién lo ejercerá? ¿y quién nos garantiza que de tal control, de tal apariencia de gobierno no nacerá una nueva forma de despotismo? El comunismo se realizará sin duda porque indudablemente los hombres encontrarán la conveniencia de practicarlo, pero afin de que aporte los frutos que de él esperamos, es preciso que tengamos cuidado de acoplarlo a la máxima libertad.

Escribieron Cafiero y Covelli: "De cada uno y a cada uno según la propia voluntad", o en otros términos: "Haz lo que quieras".

He ahí la fórmula última del comunismo mediante cuya actuación los individuos todos, indistintamente, podrán alcanzar el máximo grado de libertad imaginable, posible. He aquí la fórmula que en interés recíproco, los trabajadores encontrarán pronto la conveniencia de practicar.

Haz lo que quieras. Solamente con esta condición encontrará cada individuo una existencia completa, desarrollándose en los límites de su naturaleza y "disfrutará con alegría intensa del proyo yo".

A los burgueses nacidos y crecidos en un ambiente todo egoísmo, les parece imposible que el hombre pueda encontrar impulso para el trabajo sin el estímulo del egoísmo mismo.

Suprimido completamente el interés individual, la utilidad directa, resorte de la presente actividad, ¿qué estímulo encontrarán todavía para el trabajo los individuos en el comunismo anárquico?, dicen.

Respondemos:

Dada la rapidez extraordinaria con que las tendencias, los hábitos, los usos, los gustos del hombre se modifican cuando el ambiente en que vive es cambiado de improviso, completamente; dada la educación y la instrucción integrales generalizadas, dado el desenvolvimiento de los nuevos principios morales, dada la reciprocidad de intereses, dadas las invenciones, los perfeccionamientos y la misma aplicación de las máquinas, que producirán una economía enorme de fuerza humana; dado el espíritu de emulación que hoy mismo crea ya héroes en la guerra, celebridades en el arte, en la ciencia, en el comunismo la

actividad humana seguirá indudablemente el máximo grado de desarrollo, dará los mejores frutos en los campos de la industria como en los de la ciencia y del arte.

Bien venga el comunismo anárquico a purificar el ambiente apestado por el egoísmo burgués, bien venga a derribar los instrumentos odiosos de las presentes y de las pasadas tiranías político económicas.

El pueblo, "esta gran fuerza de la naturaleza", edificando sobre las ruinas todavía humeantes del viejo despotismo, no tardará en cubrir el globo con las maravillas de la propia producción.

LIBRE ASOCIACION Y SOLIDARIDAD

Las leyes fijas, consustanciales de la naturaleza eterna con que ésta se gobierna en su conjunto infinito, toman diversos nombres según los fenómenos que determinan. Tenemos así las leyes físicas, las químicas, etc.

El reino animal, y con él la humanidad, no siendo otra cosa que un fenómeno natural, su existencia está subordinada, no sólo a las leyes ya señaladas, cuyo complejo nos presenta el orden admirable de la naturaleza-universo, sino que tiene leyes propias que determinan su desenvolvimiento progresivo en fenómenos secundarios.

Entre estas leyes está la de la asociación y la solidaridad.

Numerosísimos son los ejemplos de libre asociación y también de solidaridad que nos son dados por los insectos, por los peces, por los reptiles, por los pájaros y por los mamíferos; entre los cuales se distinguen de modo particular las hormigas, las abejas, las grullas, los pelicanos, los caballos, los bisontes y los perros en el estado salvaje; los papagayos, las marmotas, los castores, los monos.

"La libre asociación y el apoyo mutuo, son leyes de la naturaleza, tanto como la lucha por la existencia.

"Los animales más sociables son los más aptos y la sociabilidad aparece como el factor principal de la evolución, asegurando directamente el bienestar de la especie, promoviendo indirectamente el desarrollo de la inteligencia" (Kropotkin).

El hombre, animal superior, es eminentemente sociable y por consiguiente está dotado de los sentimientos de fraternidad, solidaridad, etc., que son producto natural de la sociabilidad. Lo testimonian "la hospitalidad de los pueblos primitivos, el respeto a la vida humana, el sentimiento de reciprocidad, de compasión por los débiles, la bravura hasta el sacrificio de sí mismo en el interés de los otros, que se aprende a practicar primero hacia los niños y los amigos y más tarde hacia la comunidad, — cualidades todas que se desarrollan en el hombre anteriormente a las leyes e independientemente de toda religión, como en todos los animales sociables" (Pedro Kropotkin, "Palabra de un Rebelde").

Pero hay que notar además que en el género humano, apenas en la primitiva comunidad de bienes, se introdujo la propiedad individual y con ella el antagonismo de intereses; en la libre asociación y en la solidaridad entre iguales, con el gobierno se introdujo el despotismo, la explotación de los pocos privilegiados, los asociados más astutos y más fuertes, sobre los muchos, los débiles y los ignorantes.

Tal es el espectáculo misero que durante millares de años nos presentó la sociedad basada en el egoís-

mo, en la dominación, en la explotación; tal es el espectáculo que nos presenta todavía.

Inútilmente buscaremos un ejemplo de semejante barbarie entre las diversas asociaciones de animales inferiores a la propia especie.

Pero, desde hace muchos años, en el seno mismo de los viejos gobiernos, en víspera de su descomposición vemos desarrollarse un principio de libre asociación y de solidaridad entre los obreros completamente nuevo, enteramente humano y, por negativos que sean los resultados, de suma importancia para el sociólogo moderno.

Gracias al mencionado principio de libre asociación y de solidaridad en la Babilonia del moderno organismo social, los trabajadores se asocian a menudo, espontáneamente y no ya con la intención de dominar y de explotar a su prójimo, como ha sido casi siempre en el espíritu de los hombres que componen las antiguas clases privilegiadas, sino con el propósito de sustraerse a la dominación, a la servidumbre, a la explotación de ellas; con el propósito de satisfacer la imperiosa necesidad de instruirse, de educarse moral y físicamente.

Tenemos así las asociaciones de trabajo, de consumo, de socorro mutuo, las ligas de resistencia, las cámaras del trabajo, los círculos recreativos, los círculos de estudios sociales, las escuelas nocturnas de dibujo, de idiomas, de matemáticas, las palestras de gimnasia, compuestas todas por individuos libremente asociados.

Con las asociaciones de trabajo, de consumo, con los círculos recreativos, los obreros tienen una prueba de la posibilidad de escapar completamente a la explotación del capital industrial, territorial y comercial, valiéndose de la libre asociación practicada universalmente, de la cooperación y de la puesta en común de todas las riquezas.

Con las sociedades de socorros mutuos tienen un ejemplo minúsculo de los inmensos beneficios que obtendrá el género humano del pacto de solidaridad.

Por último, con las asociaciones de trabajo, de consumo, de socorro mutuo, con los círculos recreativos, etcétera, los obreros tienen un ejemplo de cómo mediante la libre asociación y el pacto de solidaridad universal, no sólo es posible, sino fácil la organización de la sociedad futura, apenas se declare la propiedad común.

Las asociaciones de trabajo tienen, a nuestro modo de ver, una importancia especial. Son pobres obreros, tipógrafos, mecánicos, carpinteros, albañiles, silleros, zapateros, etc., que al precio de inauditos sacrificios, algunas veces, no obstante las crisis industriales y comerciales en permanencia, consiguen asociarse, implantar un tallerito, trabajar por cuenta propia, obrar por sí mismos.

Tomemos por ejemplo los jornaleros.

"Son los más pobres entre los asalariados, los más infelices, los más oprimidos, son los trabajadores de la tierra, los de los caminos, los obreros de la azada que sufren el hambre crónica con alguna lira al día.

"En Romagna antes, después en la provincia de Reggio Emilia y en el Polesine, y ahora también en el Vercellese, van formándose las sociedades de braceros, las cuales, poco a poco, sustituyen a los empresarios en la asunción de las obras públicas". (Del Secolo, de Milán, 1890).

¿Y las libres asociaciones de trabajo entre los obreros agricultores?

El grande, el inmortal Proudhon había escrito: "El trabajo agrícola es el más salubre desde el punto



de vista de la moral y de la higiene, y respecto al ejercicio intelectual es el más enciclopédico. "Por todas estas consideraciones el trabajo agrícola es el que exige menos, digamos mejor, el que rechaza con mayor energía la forma societaria. No se ha visto nunca a los campesinos formando una sociedad para el cultivo de sus campos, ni se verá nunca".

Ahora bien, Proudhon se engañaba. La libre asociación ha traspasado sus atrevidísimas previsiones. Tenemos las pruebas en las colonias agrícolas.

Es imposible quedar indiferentes ante los resultados, por mezquinos que sean, que nos da el principio asociativo, de cooperación y de solidaridad entre los obreros, principio que nos anuncia para breve plazo una radical transformación de la sociedad presente.

En un próximo porvenir, gracias a la libre asociación, a la cooperación y a la solidaridad universal, los hombres gozarán todos igualmente de los beneficios de la ciencia aplicada a la mecánica, a la industria y a la agricultura. Una libre asociación será en la anarquía el régimen del grupo, de la comuna; una más grande todavía será el de la familia humana.

Queda demostrado por tanto que la organización anarquista, basada en la libre asociación, no es la fabricación de un sistema más o menos complicado, más o menos ingenioso, como sería, por ejemplo, el querido por los colectivistas legalitarios, sino el desarrollo natural del progreso social.

¿Será propiamente posible por tanto la realización de las teorías comunistas anarquistas? ¿Será posible la anarquía?

Para decir que no, habrá que negar los ejemplos de libre asociación que nos dan las cooperativas de trabajo, de consumo, etc., las que, teniendo presente las enormes dificultades encontradas en el actual ambiente en que se desarrollan, alcanzan lo prodigioso: para decir que no, habrá que negar el progreso moral y social que de la tribu salvaje nos llevó al presente organismo social complicadísimo; para decir que no, habrá que negar las leyes naturales constantes, indestructibles que regulan el curso progresivo de la humanidad; para decir que no, habría que negar por último la razón, la evidencia, el buen sentido, la justicia. Pero entonces, "mejor sería no creer en nada, más bien que creer que la justicia no es posible".

Muchos burgueses evolucionistas han hallado modo de lisonjear a las masas obreras propiciando la cooperación como medio práctico para llegar a la calma gradual de los capitalistas.

Eso, en vista de la coalición de los capitalistas mismos, es simplemente un absurdo. Pero admitido que fuese posible, lo que no es, haría falta inevitablemente que los capitales individuales fueran sustituidos por los capitales en forma colectiva representados por toda sociedad cooperativa. La pequeña cooperativa se encontraría a merced de la grande, por tanto sin asociación y solidaridad universal; de los trabajadores surgirían nuevas clases de débiles y de fuertes, de ricos y de pobres, de explotadores y explotados.

Tanto es así que el antagonismo, la concurrencia, entre las sociedades cooperativas de trabajo del mismo arte y del mismo oficio, se manifiesta ya desde ahora.

Consigne que la libre asociación con las cooperativas, en el ambiente actual, en lugar de unir a los obreros los divide y los haga egoístas.

¿Nos detendremos en ese doloroso experimento?

¿Adormeceremos al obrero con inútiles esperanzas?  
¿Prolongaremos su agonía por millares de años aún?

(1) La abolición completa, inmediata, sin transición ni sustitución alguna de las cortes y de los tribunales, es una de las primeras necesidades de la revolución...

La supresión de las autoridades no puede sufrir vacilación. Desde el punto de vista de los principios, la justicia constituida no es más que una fórmula de despotismo, por consiguiente una negación de la libertad del derecho. Allí donde dejáis subsistir una jurisdicción, habréis elevado un monumento de contrarrevolución, del cual surgirá tarde o temprano una autocracia política o religiosa. (Proudhon, Idea general de la revolución en el siglo XIX).

(2) Aunque el trabajo de administración sea un trabajo como cualquier otro, nos parece que podría eludirse en la anarquía. Lo mismo pensamos a propósito del racionamiento de los artículos en deficiencia. El lector adquirirá la misma convicción por poco que profundice en el estudio de las teorías anarquistas.

(3) Comunistas (autoritarios) fueron Platón, Pitágoras, Campanella, Moro, Owen, Cabet, Babeuf, Carlos Marx, Saint-Simon y otros.

—o) (o—

## BIBLIOGRAFIA

SEBASTIAN FAURE. — "El Dolor Universal". — Un vol. de 342 págs. en 8°. Buenos Aires, 1929. Editor, B. Fueyo. En venta en nuestra administración.

El Dolor Universal no necesita reclame; Sebastián Faure tampoco. Anunciamos la aparición de esta obra, bien presentada, bien impresa; puede ser puesta en todas las manos, de los nuevos como de los viejos, de los anarquistas y de los no anarquistas. A nuestro juicio, las dos producciones maestras de Faure son *El Dolor Universal* y *Temas Subversivos*, escritas a una distancia de un cuarto de siglo una de otra.

Su precio es de \$ 1.50.

ANGEL SAMBLANCAT. — "El hijo del señor Esteve" (novela). Ed. Banzá, Barcelona. Un vol. de 220 págs. Precio: 3 pesetas.

El Samblancat novelista sigue siendo el panfletista formidable y personalísimo que nuestros lectores conocen a través de sus colaboraciones en nuestra prensa. Parece que este escritor usara en lugar de pluma un garrote de gañán con el que apalea sin cesar los vicios de la sociedad burguesa. Al leerlo creemos estar escuchando los golpes rudos pero certeros que da sobre todos los privilegios y toda la podredumbre de este régimen de mentiras, de prepotencias, de hipocresías, de contrastes, de injusticias. La censura militar no deja a Samblancat la relativa libertad de ir a la cárcel que le dejaban los viejos gobiernos constitucionales; por eso en lugar de los

comentarios, de los articulitos breves inimitables, llenos de gracia, de verdad y de pasión, nos ofrenda novelas; sin embargo, en esas novelas Samblancat sigue siendo el mismo demoledor, el mismo exaltador de las rebeliones superadoras, el mismo fustigador de la hipocresía.

El hijo del señor Esteve es una digna continuación de *La Ascensión de María Magdalena*. ¿El argumento? Es lo que menos importa; los méritos literarios de Samblancat, tal vez el único escritor no anarquista de España que, no proclamándose anarquista, disfruta entre nosotros de una acogida cordial, que la merece en todos los conceptos; los méritos literarios de Samblancat, decimos, no están en la ingeniosidad de la trama novelesca, sino en su modo de decir, en la fuerza de sus latigazos. Y en esta nueva novela hay palos o latigazos o garrotazos para todos los que son dignos de ellos, en especial para el honrado gremio del comercio.

SANTOS CASERIO. — "Defensa ante el jurado". 8 págs. en 8°. Ediciones Prismas, Beziers (Francia).

PAUL GILLE. — "Notes sur la culture morale à l'Ecole". 16 págs. Bruselas.

"Tercer congreso de historia nacional". — Boletín de informaciones y antecedentes. Número 1, de diciembre de 1928, y N.º 2, de enero de 1929. En este último número hay

una interesante bibliografía histórica de la provincia de Corrientes, por el doctor Hernán F. Gómez.

"Revista jurídica y de ciencias sociales". — Sept.-octubre de 1928, órgano del Centro de estudiantes de derecho. Buenos Aires.

## Gilda de Amigos del Libro

Los socios de esta institución, mientras llega el primer tomo de la biografía de Reclus, deben apresurarse a retirar todos, estas dos novedades de librería:

*Palabras de un rebelde*, por Kropotkin (edición de LA PROTESTA), y

*La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico*, 1.ª parte, por Pierre Ramus.

Además hay disponibles ejemplares de los libros de Marestán:

*Educación sexual*, y *El matrimonio, el amor libre y la libre maternidad*.

Y existen ejemplares de todas las ediciones de LA PROTESTA, Argonauta, etc.

Correspondencia a Benigno Mancebo; valores a Juan Poggio, Garay 651, Buenos Aires.

## Una obra de información y de cultura revolucionario

"La Protesta,"

Diario de la mañana

Fundado en 1897

Crítica informativa diaria. La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos.

Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero.

Colaboradores en los diversos países.

El número suelto: 0.10 cts.

Suscripción mensual, incluso el SUPLEMENTO quincenal, \$ 2.50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A NOMBRE DE MARIANO TORRENTE: — CALLE PERÚ N.º 1537. — BUENOS AIRES — REPÚBLICA ARGENTINA

LA PROTESTA  
SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico.

El número suelto, \$ 0.20 cts.

Suscripción trimestral, \$ 1.50. Anual, \$ 5.—

EDITORIAL

"La Protesta"

Fundada en 1922

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará. — Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.



# Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.— "Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873) \$ 0.50 Edición especial, papel pluma ..... 1.— Encuadernado en tela ..... 2.50	C. LOMBROSO y R. MELLA.— "Los anarquistas" (Estudio y réplica) .. 1.—
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán ..... 1.20 Edición especial, papel pluma ..... 2.— Encuadernado en tela ..... 3.50	NIDO, ROCKER y NEMO.— "Nacionalismo y anarquismo" ..... 0.20
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo" .. 0.15	SEBASTIAN FAURE.— "Mi Comunismo" (La felicidad universal) ..... 2.— Encuadernado en tela ..... 3.50
RUDOLF ROCKER.— "Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo ..... 1.50 "La maldición del practicismo" ..... 0.10	También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos: La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.
RUDENKO.— "En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company ..... 0.15	J. DEJACQUE.— "El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus ..... 0.50
JAMES GUILLAUME.— "Miguel Bakunin" (Noticia biográfica) ..... 0.20	WILLIAM MORRIS.— "Noticias de ninguna parte" ..... 1.—
MIGUEL BAKUNIN.— (Obras Completas) I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán ..... 1.50	ELISEO RECLUS.— "A mi hermano el campesino" ..... 0.10 "La anarquía y la iglesia" ..... 0.10 "En Tiempo de Elecciones" ..... 0.10
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau ..... 1.50	JUAN CRUSAO.— "Carta Gaucha". 7.ª edición ..... 0.10
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau ..... 1.50	D. A. DE SANTILLAN.— "La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo .. 0.10
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau ..... 1.50 Los mismos, encuad. en tela .. 3.50	AGUSTIN SOUCHY.— "La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) .. 0.30
ERRICO MALATESTA.— "Anarquía" ..... 0.20 "En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri .. 0.30	S. RADOWITZKY.— "La voz de mi conciencia" ..... 0.10
PEDRO KROPOTKIN.— "Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" .. 0.50 Encuadernado en tela ..... 1.50 "A los jóvenes" ..... 0.10	VARIOS.— "Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.ª, encuadernado en tela ..... 2.—
LUIS FABBRI.— "Cartas a una mujer sobre la anarquía" ..... 0.50 Encuad. en tela ..... 1.50 "Influencias burguesas sobre el anarquismo" ..... 0.20	ANSELMO LORENZO.— "El derecho a la evolución" ..... 0.10 ANA M. MOZZONI.— "A las hijas del pueblo" ..... 0.10 "La Peste Religiosa" ..... 0.10 JOHANN MOST.—

# LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII  
N.º 302

BUENOS AIRES, MARZO 18 DE 1929

20 Centavos  
El ejemplar

PORTE PAGO





## EL DERECHO A JUZGAR

¿Quién ha valorizado esa concepción bizarra que sostienen muchos compañeros, de que no tenemos derecho a juzgar, a censurar los actos ajenos con los cuales no estamos de acuerdo? Reflexiónese un poco al respecto y se verá lo que en esa pretensión hay de absurdo, de desabellado, de contradictorio.

¿Si lo que reclama el anarquismo es el libre examen, en oposición al monopolio de la verdad que se atribuyen los fuertes; si lo que queremos es tener el derecho y la libertad de decir siempre y en todas las circunstancias nuestro pensamiento!... ¿En nombre de qué principio teórico o táctico hemos de renunciar a esa aspiración, negando así una de las piedras angulares de la filosofía anarquista? Al contrario, tenemos un derecho absoluto, inalienable, a juzgar la conducta ajena, a censurar lo que consideramos censurable, a combatir lo que encontramos improcedente y malo. De lo contrario, si cometemos el gran absurdo de renunciar a ese derecho en un sentido, tendremos que aceptar como lógica la prohibición que se nos impone capitalista y estatalmente en otro. Es decir, si en honor a una caricatura de anarquismo superhombrista renunciamos a censurar los actos censurables de los que se dicen compañeros, con el pretexto de que nadie debe ser juez de nadie, nos inhabilitamos moralmente para ser jueces de los actos de nuestros enemigos, la burguesía, el Estado, la iglesia. ¿Se comprende a dónde nos conduce la cómoda teoría que niega el derecho a juzgar?

Casi toda la literatura anarquista de propaganda se reduce a una acusación irreducible contra el régimen en que vivimos; ese régimen se descompone en acciones inmorales, antihumanas, antisociales de los privilegiados contra las grandes masas de los desposeídos. Si es que no tenemos derecho a juzgar los actos ajenos, ¿cómo es que hemos basado toda la acción proletaria del anarquismo sobre el juicio más abrumador contra la sociedad burguesa y sus sostenes en todos los terrenos?

No hay acto que sea susceptible de escapar a nuestra apreciación, sobre todo si tiene repercusiones sociales, que afectan a otros que

al propio actor. Pero aun en el caso de que un acto no perjudicase ni afectase a nadie más que al que lo ejecuta, tendríamos perfecto derecho a someterlo a nuestros juicios de valor, a nuestra interpretación de las cosas, a nuestro modo de entender la vida. Es verdad, si trocamos para nosotros ese derecho, como reclamamos para nosotros rehusarlo a nadie; anarquistas no podremos juzgar todos los actos como nos permitimos exponernos a que sean ajenos, tenemos que exponernos a que sean juzgados nuestros propios actos. Y así ocurre, en efecto, así ocurrirá también en lo sucesivo, y sobre esa base de libre examen para todos edificaremos el mundo moral del porvenir.

Con la misma poca lógica se ha intentado combatir por sofistas del equívoco y de los juegos de palabra, nuestras exhortaciones a la labor responsable, es decir a la obra tras la cual no se oculta el actor como un delincuente que se avergüenza y teme el justo repudio. Se llega a afirmar y a exaltar la teoría de la irresponsabilidad como norma de conducta. Naturalmente, semejantes barbaridades son de esos frutos efímeros que no tienen arraigo ni siquiera en quien las proclama; pero aun en el caso de que las circunstancias hicieran creer aceptable que las circunstancias esas teorías, iríamos dándole provisoriamente a la negación de la anarquía, que rectamente a la negación de la anarquía, que quiere instaurar un régimen social en donde el hombre libre tendrá por norma justamente el más profundo sentido de la responsabilidad, sin la cual, en una cierta medida por lo menos, no sería posible ninguna sociedad. Dentro de la sociedad capitalista y estatista se tiene la ley y el gendarme para exterminar y sofocar todo pensamiento de subversión, es verdad; pero también como contrapeso de la irresponsabilidad. Sabemos que esto último lo es sólo en teoría, porque en la práctica los males que la ley y el gendarme y el juez tienen la misión de combatir, reciben nueva vida a causa misma de la existencia de esa ley, de ese gendarme y de ese juez, como en el caso de los empleados encargados en Francia del exterminio de los lobos.

Pero aun siendo así, todos los partidarios del régimen presente justifican las instituciones

represivas judiciales diciendo que los hombres no saben conducirse sin ayuda de esos andadores, de esa tutela. Es decir, se quiere justificar la existencia de la tutela autoritaria diciendo que el hombre no sabría comportarse socialmente, es decir responsablemente si fuese dejado a su libre arbitrio. Nosotros replicamos que el hombre puede vivir sin leyes, gendarmes y jueces, por el sentimiento de responsabilidad que se despierta en la vida libre espontáneamente. La anarquía es, pues, una doctrina que eleva a su más alto grado el sentido de la responsabilidad y que busca en ella el sustituto de todo el régimen opresivo que sufrimos. Por

tanto, defender el irresponsabilismo es trabajar directamente en favor de la clase dominadora y explotadora, es conspirar contra el ideal de la revolución de la libertad, como sostener que no tenemos derecho a juzgar los actos ajenos equivale a propiciar la teoría del silencio frente a Mussolini, a Primo de Rivera, a Ibáñez, a Leguía, etc., etc.

¡No, dejemos a un lado los absurdos, los juegos de palabras, las acrobacias sofisticadas para defender lo que no puede defenderse lógicamente! Así nos entenderán todos y nos entenderemos también nosotros mismos.

LUIS FABBRI

## La función del anarquismo en el progreso social

Sea que consideremos el anarquismo como tendencia hacia la absoluta y completa liberación del hombre de todas las coerciones autoritarias, sea que lo consideremos como programa de actuación práctica relativa de sus principios, puede realizar y realiza desde ahora una función específica propia en el movimiento social.

Pero es preciso agregar que tampoco esta función actual, a su vez, puede ser guiada más que con un sentido de relatividad; no podrá reflejar nunca el ideal absoluto que la guía y hacia el cual tiende, y será forzada a ser siempre relativa al ambiente, a los hombres que la realizan, a las circunstancias, a los medios y a las mismas tendencias adversarias contra las que se desarrolla.

Si los individuos y los grupos anarquistas, siempre que deben descender a la acción práctica, se rehusasen a hacerlo porque no es la completa aplicación de los postulados del anarquismo y no se propone la realización del programa anárquico, serían condenados a la completa inmovilidad del faquir que contempla su ombligo; permanecerían eternamente cerrados en su mística torre de marfil y poco a poco perderían todo contacto con el mundo exterior. No ejercerían ya ninguna influencia sobre el proletariado, sin el cual no hay revolución posible, y acabarían, dado que los anarquistas son hombres ligados a la vida como los otros, por dejarse vencer por las necesidades brutales de la vida y por hacerse reabsorber por el ambiente: acabarían, en una palabra, por agotarse completamente. Y el anarquismo no sería más que una espléndida visión filosófica, que nuestros nietos volverían a encontrar sólo en los polvorientos volúmenes de las bibliotecas.

Pero como las razones de la vida son más fuertes que las preocupaciones doctrinarias, eso no ocurrió. Son demasiado tenaces la tradición y el espíritu

revolucionario de los anarquistas, para que éstos puedan satisfacerse constituyendo solamente una escuela de metafísicos discutiendo eternamente sobre el yo y el no yo, sobre el egoísmo y el altruismo, y sobre lo que será la humanidad dentro de diez mil años. Eso no ocurrió, hemos dicho; pero con eso no hemos dicho que todos los anarquistas tengan un justo sentimiento de relatividad, que es necesario para no hacer confusa, desordenada, incoherente y a menudo contradictoria la propia acción. Ocurrió con frecuencia, al contrario, que no pocos anarquistas, precisamente por querer ser demasiado afectos a la letra de la fórmula rígida y absoluta del anarquismo, acaban por ceder al ambiente y a las circunstancias mucho más de lo que sería necesario y por caer en las peores y nefastas contradicciones: es decir por ir hacia atrás en lugar de avanzar hacia el punto ideal de llegada.

Una experiencia ya treintenaria, realizada en medio del movimiento anarquista y obrero nos ha demostrado que aquellos anarquistas que no conciben el anarquismo más que como un rígido absoluto que no sale de los propios grupos y periódicos de propaganda, cuando son impulsados, por las necesidades de la vida o por la necesidad de obrar y de participar en el movimiento exterior, no sólo no desarrollan ya una acción relativamente anarquista, sino que, como para ellos el anarquismo está fuera de la vida, en la vida práctica se ponen ellos mismos fuera del anarquismo, es decir se colocan enteramente contra los propios principios: o, en las manifestaciones públicas, se adosan a los peores políticos burgueses y sirven de escabel a los arrivistas; o bien, en las organizaciones obreras, se agregan a los reformistas, les dejan hacer, contentándose con decir mal de ellos en el propio periódico o en el seno de los grupos, sin tener la fuerza o la voluntad para carcomer sus posiciones



y combatir su influencia en el terreno de la lucha. Y todo esto, sin darse cuenta de ello siquiera...

Más afortunados, en apariencia, son los que no hacen nada, y se limitan sólo a criticar la acción ajena. Estos consiguen hallar siempre el pelo en el huevo en lo que los otros hacen; para ellos ningún militante, aunque sea anarquista, que viva en el movimiento activo es un "verdadero" anarquista, un revolucionario "consciente". Se sabe: el que hace falla, y el que no hace nada, no se equivoca nunca. Pero ellos no se dan cuenta de que el más grave error para un revolucionario es la inactividad.

No nos preocupemos aquí de saber si esos anarquistas, — tanto los que no hacen nada, como los otros que por un fiero dogmatismo de capilla facilitan e incluso ayudan la obra de los adversarios, — son muchos o pocos. Repetimos que no queremos analizar y criticar el movimiento anarquista, sino sólo exponer sus características y expresar su función, relativa al objetivo de su programa.

La acción anarquista no puede ser "anárquica", sino, ante todo, con relación a los hombres que la llevan a cabo. Es una relatividad a que los anarquistas, como todos los seres vivientes en mayor o menor grado en sus varias formas de actividad, tienen que someterse forzosamente. ¿Existe quizás el anarquista perfecto, es decir que vive y obra perfectamente según sus ideas? Hacer la pregunta y responder negativamente es la misma cosa. Ocurrir a menudo en efecto que los anarquistas se reprochan mutuamente el no obrar "conscientemente". Y tal reproche se les hace no raramente incluso por adversarios, que se vengan de ellos acusándoles de los defectos de que ellos no saben libertarse. "El hacer eso no es propio de anarquista consciente", suele decirse.

¿Pero hay tal vez un modo exacto de medir la conciencia política? Se es anarquista por impulso espontáneo de libertad y por convicción teórica, o por espíritu revolucionario, o por disconformidad ante las propias miserias, o por un elevado amor a la humanidad, o por sentimiento de justicia, o por odio a la sociedad burguesa, etc., o por muchas de estas razones; pero raramente por todas ellas al mismo tiempo. Y es natural que cada cual falle allí donde le falta uno de los impulsos determinantes del estado de su conciencia.

Si además fuese posible una perfecta conciencia interior en el anarquista, en todos los anarquistas, su acción debería siempre ser relativa al ambiente. Entendámonos: como el hombre debe saber reaccionar hasta donde puede contra sí mismo y corregir todo lo posible las propias deficiencias, así debe resistir al ambiente circunstante y rebelarse contra sus malas sugerencias, según los dictámenes de su conciencia. ¿Pero es tal vez posible eso de un modo absoluto? No ciertamente, en especial para aquellos que, como los anarquistas, son una minoría demasiado pequeña respecto a los otros, enemigos, adversarios, indiferentes. Si eso hubiera sido posible hasta aquí, la revolución habría ya llegado.

Sin embargo, si reaccionamos sobre el ambiente, el ambiente obra sobre nosotros, contra nosotros, y determina muchas de nuestras acciones, sea en la vida común como en la lucha, algunas de las cuales en el fondo no son anarquistas. Pero renunciar a obrar, por temor a errar bajo la influencia del ambiente, significaría renunciar a la lucha y a la vida. Lo que, sin embargo, nos distingue en esto de todos los demás, es que nosotros sufrimos el am-

biente intentando continuamente rebelarnos contra él, mientras los otros se adaptan a él.

Además de correlativa a los hombres que la realiza y al ambiente en que se desarrolla, la acción anarquista lo es también frente a las circunstancias y a los medios de que dispone. Hay circunstancias en que, dados los medios de que se dispone, en vista del objetivo final, se es constreñido a obrar parcialmente en contraste con las propias tendencias íntimas. Sin querer decir que el fin justifica los medios, porque una máxima tal conduciría a justificar actos que repugnan absolutamente a nuestra conciencia y a los cuales no nos adaptaremos nunca, lo cierto es que a menudo nos encontramos obligados a dejar a un lado de la balanza — al medir nuestras acciones, — lo que éstas pueden tener de poco coherente o de defectuoso, y por el otro lado lo que pueden dar de utilidad a nuestra finalidad y lo que pueden tener de bueno. Y entonces el acto voluntario de nuestra elección es en sí consciente-mente anarquista.

Ocorre a menudo además que la acción de los anarquistas tiene que desarrollarse en sentido relativo, frente a la acción extensa de los adversarios. No teniendo presente ésta, no sólo se está seguros de ir al encuentro de incalculable derrotas, sino que más de una vez se corre el riesgo de convertirse en instrumentos inconscientes de los peores enemigos. El mundo no progresa sólo por medio de los anarquistas, y las mismas tendencias anarquistas no se abren camino moralmente y particularmente sólo por virtud de los anarquistas. Con frecuencia grupos, partidos, organizaciones adversas al anarquismo realizan obra sustancialmente útil a los fines anarquistas, aunque en las motivaciones y en los detalles tal acción parezca incoherente con ellos. Sin plegarse a los demás, participando en aquellas formas de acción que más se aproximan a sus métodos, los anarquistas deben saber elegir el modo y el momento de obrar, a fin de que los otros progresos y movimientos favorables a ellos no sean impedidos, sino solamente corregidos por su acción paralela y por su participación.

Comprendemos que esta especie de teorización del relativismo en lo que respecta al movimiento anarquista, si es tomada demasiado formalmente, puede ser mal interpretada y conducir por una pendiente en el fondo de la cual se podría hallar modo de precipitarse en el más deletéreo oportunismo. Pero esperamos que el lector sabrá ver más allá de las esperanzas que el lector sabrá ver más allá de las pobres palabras, con las que nunca sabremos expresar demasiado bien nuestro pensamiento. Esto de ser demasiado bien nuestro pensamiento de la lucha y de la que hablamos es el relativismo de la lucha y de la rebelión, no de la adaptación; es decir, es la propia vida y combativa del ideal, que cuenta también con el interés para hacer de él palanca con que mover el mundo, pero que en sí permanece del todo desinteresada. Para entendernos y explicarnos mejor, observamos el movimiento social en medio al cual los anarquistas se agitan y obran: y la simplificación servirá mejor para deshacer los equívocos y hacernos entender mejor.

Ya hemos señalado más arriba la función de los grupos anarquistas para la propaganda y la acción. Aunque por tratarse de grupos de afinidad ideal y no determinados por verdaderos y propios intereses, en su seno es menos fácil el desarrollo de tendencias autoritarias; sin embargo, también allí es casi imposible evitarlas de modo absoluto. Si una

organización formal en partido podría desarrollar algunas, la falta de una organización general engendra otras.

Habitualmente los individuos más activos, más emprendedores, los que mejor pueden disponer de su tiempo, o los que tienen más medios a su disposición, especialmente aquellos que desarrollan ciertas funciones dadas — periodistas y oradores, por ejemplo, — acaban por ejercer sobre los otros una autoridad moral que muy a menudo se convierte también en material. ¿Quién puede negar, entre otras cosas, que en el movimiento anarquista el redactor o compilador principal de un periódico ejerce sobre el movimiento anarquista una verdadera y propia autoridad? A pesar de eso, los anarquistas no renunciarán, ciertamente, por querer ser anarquistas de manera absoluta, a la función anarquista en sentido relativo de los grupos de propaganda, de los periodistas y oradores y agitadores de su movimiento.

Lo que importa es que el resorte principal de la acción sea el ideal; que tanto los unos como los otros estén unidos por el tácito consentimiento en el trabajo común y soporten voluntariamente las deficiencias en el intento de servir a la causa; pues si el ideal absoluto no es prácticamente accesible, que cada cual trate de acercarse a él con intelecto de amor lo más que sea posible, sin renunciar nunca a la acción.

En las luchas por fines determinados, por determinadas reivindicaciones de libertad, o por la defensa de ciertas libertades adquiridas, los anarquistas se encuentran con frecuencia, automáticamente, al lado de grupos e individuos que no están completamente de acuerdo con ellos, independientes y pertenecientes a otros partidos o fracciones. Estos últimos tendrán también otros fines, diversos y a veces discordantes de los fines anarquistas; su obra no podrá estar, por tanto, más que en sentido relativo sobre la directiva anarquista. Pero eso no impedirá a los anarquistas cooperar con ellos, aunque sea separadamente y sin pactos pre-establecidos, en aquellas acciones determinadas por las cuales la causa general de la libertad puede ser beneficiada.

Voluntarios de la libertad, los anarquistas acuden a todas partes donde hay una libertad que defender y que conquistar. Solamente que ellos combaten con medios propios, con métodos que no están en contradicción con sus propias directivas libertarias y revolucionarias, libres de compromisos, y desinteresadamente, permaneciendo siempre en su calidad de anarquistas — prontos a levantarse contra los aliados ocasionales, apenas éstos, por sus objetivos especiales, hiciesen además de dar máquina atrás y de obrar contra la causa de la libertad.

De ese modo es siempre posible una suficiente armonía entre la tendencia idealista y el sentido de relatividad, ambas necesarias en la lucha.

Pero donde se puede examinar mejor esta relación entre el absoluto ideal y lo relativo práctico es en el movimiento obrero, que caracteriza tan agudamente casi todo el movimiento social actual de las grandes masas. Nosotros hemos dicho ya las razones tendenciales y las razones derivadas de su programa de partido, por las cuales los anarquistas se adhieren y participan en la casi totalidad, directa o indirectamente, en las luchas económicas del proletariado organizado para la propia emancipación. Pero, tratándose de un movimiento determinado no por comunidad de ideas, sino sólo por la casi comu-

nidad de intereses, el valor de las doctrinas especiales en su seno es mucho menor que en las otras agrupaciones; de aquí la necesidad para él de dejarse guiar por un sentido de relatividad mayor también. Y hasta debe hacerlo en tal medida que podamos sin más afirmar que los fines de la organización proletaria no se identifican en modo alguno con los del anarquismo.

Pedro Kropotkin, hace algunos años, en una carta, dada después a la publicidad, a un grupo de estudiantes anarquistas parisienses, que publicaban un folleto sobre la obra de los anarquistas en los sindicatos, desarrollaba consideraciones que nos parecen muy justas y por tanto merecedoras también anora de ser resumidas.

"Ciertamente, al entrar en los sindicatos, — decía Kropotkin —, los anarquistas hacen concesiones, como las hacen con las prácticas legales para hacer salir un periódico, al pedir a las autoridades el permiso para un mitin público, al firmar un contrato para una cooperativa, etc. Se hacen concesiones que son menores de lo que generalmente se cree, pero se hacen, no podemos negarlo. Entrando en la vida sindical nos dejamos ciertamente influir por el ambiente, como en el parlamento. Pero hay una diferencia, y consiste en esto: que mientras el parlamento es una organización para la conservación del Estado y de la autoridad, el sindicato es una organización de lucha contra el capital. Este se vuelve alguna vez revolucionario, el otro no lo es nunca. El parlamento representa la centralización, el sindicato representa la autonomía, etc., etc. El parlamento nos repugna en línea de principio, mientras el sindicato no es más que un aspecto modificable y a modificar de una lucha que la mayor parte de los anarquistas aprueban".

Que es preciso doblegarse a ciertas concesiones, en vista de los resultados revolucionarios que se esperan de ellas, está bien; pero, agrega Kropotkin, "tratar de ideólogos a aquellos que constatan que se hace una concesión, no es justo y ni siquiera justificable; sin esos ideólogos se os fustigaría todavía en prisión, como ocurre en Inglaterra". Kropotkin alude al uso legal de la fuerza, abolido en Francia y en otras naciones. El ejemplo vale por lo que vale, como explicación de un concepto, pues el hecho en sí de la fustigación de detenidos y presos, aunque sea ilegal, continúa en las comisarias y en las prisiones francesas, italianas, españolas, etc.

El ideal absoluto, hacia el cual debe ser continua también la tensión cuando somos forzados a una práctica relativista, tiene una función esencialmente vital para los partidos revolucionarios, para los partidos de porvenir, especialmente para los anarquistas que, no nos cansamos de repetirlo hasta la saciedad, esperan su triunfo de toda la revolución y no de las escaramuzas parciales, no de las reformas y de los mejoramientos inmediatos y limitados, — los cuales no son de despreciar, pero no constituyen el ideal a alcanzar, ni siquiera respecto de aquella parte de su realización que puede ser posible desde ahora.

Entrando en las organizaciones obreras y permaneciendo en ellas, los anarquistas que tienen de la



organización y de la vida asociada un concepto enteramente propio no dividido integralmente por ningún otro partido, y que también en medio de las fracciones más avanzadas de la clase trabajadora constituyen una minoría, — y minoría serán siempre, especialmente en los períodos de calma y de preparación, hasta el día de la revolución, — no pueden sin disminuir y sin quitar mucha eficacia a la propia acción, convertirse en los exponentes "artificiales" de la mayoría.

Ocurre a veces que por simpatía personal, o por méritos superiores, o por una mayor actividad, los también por reacción contra los errores ajenos, los anarquistas son solicitados para ponerse a la cabeza de ciertas organizaciones, son llamados a dirigirlos y a guiarlos, a asumir la responsabilidad de su orientación general. Y bien, aun no queriendo dogmatizar ni excomulgar a quien cayese en tal invitación, pensamos que para los anarquistas la aceptación de tales encargos (especialmente si se trata de grandes organizaciones, federaciones o cámaras del trabajo) es peligroso, no sólo desde el punto de vista de la coherencia con sus ideas, siendo desde el de la causa misma de la revolución y del movimiento general.

Se comprende por qué este peligro es mucho menor, y a menudo no existe, en las pequeñas organizaciones. En ciertos organismos o sindicatos que cuentan poco más de un centenar de personas, y a veces pocas decenas, es posible que una fuerte mayoría acabe por estar completamente de acuerdo con los anarquistas. Pero entonces la asociación o sindicato se transforma en verdadera y propia asociación idealista, es decir unida por comunidad de ideas más aún que por comunidad de intereses. Eso explica, en parte por qué las pequeñas organizaciones son habitualmente las más revolucionarias. Pero la cosa es absolutamente imposible o al menos difícilísima para las vastas asociaciones de millares y millares de personas, sean de un mismo lugar, sean regionales, sean nacionales.

La organización obrera, precisamente porque es una organización sobre todo de intereses, tiene mayor tendencia a seguir la ley de la adaptación al ambiente y la ley del menor esfuerzo. Como la mayoría de los obreros, incluso de los organizados y hasta de aquellos que se creen más avanzados, no está nunca enteramente de acuerdo con los anarquistas y a menudo es llevada por la necesidad y por las circunstancias a entrar en pactos con la burguesía, aquellos anarquistas que se hubiesen convertido artificialmente en los exponentes de tal mayoría, serían colocados de continuo en una encrucijada dolorosa y embarazosa: o perjudicar momentáneamente los intereses impelentes de los obreros y forzarles con la autoridad de la organización a hacer lo que en el fondo no quisieran hacer, o traicionar el propio objetivo revolucionario y ponerse en contradicción con la propia conciencia (1).

"Preocupación de doctrinarios y de teóricos" se dirá. Puede ser que así sea; pero es también una preocupación de índole práctica. Porque cualquiera de los dos caminos señalados que se elija, siempre se acabará por disminuir más o menos la propia influencia sobre las masas. En el primer caso los intereses momentáneos heridos pondrían muy pronto a los anarquistas en la condición de tolerados, y reaccionarían contra éstos haciendo escuchar menos su voz; en el segundo caso los anarquistas perderán frente a la masa su prestigio de hombres de conciencia y sublevarán contra ellos las minorías más in-

transigentes. En un caso y en otro perjudicarán al mismo tiempo el interés de las ideas y el interés del movimiento. Es preciso también pensar en efecto que, teniendo los anarquistas un programa aceptado sólo por una minoría, siempre, a las para hacerse verdaderamente útiles, siempre, a las necesidades materiales y contingentes de la mayoría; para hacer esto habría que identificarse con las ideas e intereses inmediatos de la mayoría, y por tanto renunciar a la propia esencia anarquista y revolucionaria.

Peor aún sería si los anarquistas llegasen a la dirección de las organizaciones obreras, no por el impulso general de las masas, por su voluntad — aunque fuese una voluntad determinada por causas extrañas a la adhesión a las ideas del anarquismo — sino que llegasen imponiéndose autoritariamente, con la violencia o con las mil intrigas de carácter... parlamentario, que sin embargo son adoptadas muy a menudo incluso en el seno de asambleas y reuniones de las asociaciones de oficio. Tarde o temprano los anarquistas serían víctimas de los mismos males que hayan adoptado; y mientras permanecerían los mismos inconvenientes más arriba deplorados, se les añadiría el de poder ser puestos bellamente a la puerta.

(1) Sé que sobre este argumento no están de acuerdo conmigo algunos compañeros de tendencia sindicalista (especialmente en Rusia y en Alemania), y otros que son partidarios de las formaciones sindicales netamente anarquistas. Pero prácticamente están menos lejos de mi concepto de lo que puede parecer a primera vista; o por lo menos, siempre en el terreno práctico, yo no estaré lejos de ponerme de acuerdo con ellos. Pero queda siempre la divergencia de valorización teórica, de principio, sobre lo cual es inútil rehacer aquí una discusión ya desarrollada suficientemente otras veces.

## NOVEDADES DEL GATO CON BOTAS



—¿Cómo es posible que una muchacha tan gorda y sana como tú vayas a recrearte en las vacaciones, mientras esta otra enfermita tiene que quedar aquí?

—Lo que importa no es quién tiene necesidad realmente de las vacaciones, sino si el padre puede pagarlas.

—El gato con botas: —Eso no lo entiendo...

D. A. DE SANTILLAN

# RIQUEZA Y MISERIA

El profesor alemán Julius Hirsch ha escrito esta frase en su librito "Neues Werden in der menschlichen Wirtschaft" (1927): "Las tres o cuatro generaciones que han pasado por la tierra desde hace cien años, desde que la primera locomotora silbó sobre los rieles de hierro, han producido más en valores de capital, han puesto más productos del trabajo al servicio de la humanidad que las 57 generaciones anteriores que se sucedieron desde el nacimiento de Cristo"...

Si no examinamos ese pensamiento en detalle, si nos contentamos con su afirmación general, nadie que conozca relativamente el desarrollo de la vida económica y de la capacidad productiva del hombre puede poner en duda la profunda verdad que contiene.

En efecto, la capacidad productiva de la humanidad se ha agigantado en tal forma que toda comparación con la de tiempos anteriores al maquinismo, no haría más que producir un intenso contraste. Los tiempos en que el esclavo humano era empleado en las tareas de la producción, desde el punto de vista estrictamente económico, no alcanzaban, ni siquiera hasta el punto de permitirnos una comparación, el grado de rendimiento que alcanzaron los tiempos actuales en que el esclavo humano, legalmente al menos, fué sustituido por el aparato técnico y mecánico.

¿Pero quiere decir eso que el consumo general y el bienestar de la humanidad estén en la relación que habría derecho a suponer después de aceptado en conjunto el pensamiento del profesor Julius Hirsch? El problema cambia de aspecto. No creemos que las 57 generaciones que transcurrieron desde el nacimiento de Cristo hasta la invención de la locomotora hayan conocido más privaciones, más mal-estar, más dolor, más injusticias que las que conocieron las tres o cuatro generaciones que se sucedieron en el curso del último siglo.

El nivel de la productividad no está en relación con el bienestar general de los pueblos y sólo es índice de la riqueza y la superabundancia de los privilegiados; por eso nosotros, los revolucionarios, los anarquistas, pretendemos la instauración de un régimen social y económico que establezca un mayor equilibrio entre las fuerzas productivas, el reparto de los productos y el bienestar de todos.

Hay en New York una calle, la Park Avenue, donde habitan alrededor de 2.000 millonarios; su fortuna se calcula en 3.000 millones de dólares. El apolo-gista de la sociedad burguesa puede cantar en esa calle himnos a la magnificencia, a la abundancia, al lujo, al bienestar. Pero no lejos de allí puede tropezar con una población, no inferior a dos millones de personas, que viven al día, que no saben por la noche si tendrán qué comer al día siguiente, que conocen todas las privaciones, que lindan con el hambre, que dependen de un salario inseguro, etc. Sólo con lo que se llama el pauperismo refugiado en la gran ciudad de New York, se podría formar una gran ciudad de varios centenares de millares de habitantes.

No, no hay proporción justa ni humana entre la capacidad de producción y el consumo general, como no la hay entre el oro en que nadan los habitantes de Park Avenue y el par de millones de obreros en la miseria o que viven en la mayor inseguridad a pocos metros de distancia.

Diríamos, al contrario, que el desarrollo económico y social ha hecho más irritantes los contrastes entre la riqueza y la miseria, entre la abundancia y la penuria.

Y esos contrastes se advierten por doquiera. Todos saben que vivimos en una época de depresión proletaria; los salarios han caído en toda la línea, al menos en relación con el costo de la vida, las condiciones de trabajo han empeorado. Ahora bien, justamente en contraste con ese espectáculo, con ese cuadro desolador, tenemos la contraparte: un acumulado inaudito de riquezas por parte del capitalismo. Las ganancias del capital son hoy mucho mayores que nunca. La prosperidad de las grandes empresas es proverbial. Bástenos un solo ejemplo: la Standard Oil Company ha repartido en el cuarto trimestre de 1928: 64.877.432 dólares de dividendos; en el curso del año pasado ha repartido entre sus accionistas más de 220 millones. Si nos tomásemos el trabajo de investigar la suerte de los obreros de la Standard Oil Company, advertiríamos entre las grandes sumas de los dividendos repartidos y los salarios pagados el mismo contraste que entre la Park Avenue y la gran población obrera que vive en la miseria en New York, el mismo contraste que entre



la productividad de los últimos cien años comparada con la de los siglos que transcurrieron hasta la invención de la locomotora desde el nacimiento de Cristo.

¿Qué significan los pobres brazos de los esclavos antiguos en comparación con los esclavos modernos de hierro y acero? Se calcula en Alemania, entre obreros, empleados, mujeres que trabajan, servicio doméstico, 23 millones de personas que viven de sus servicios en el aparato industrial de producción. Pero la energía de esos 23 millones de hombres y mujeres representa una cantidad mínima en comparación con la energía mecánica desarrollada por las máquinas y motores diversos.

En 1917 había en las diversas industrias motores primarios que desarrollaban 6.223.500 caballos de fuerza, motores eléctricos que desarrollaban un total de 1.522.600 caballos de fuerza; en 1925 los primeros desarrollaban 6.031.400 caballos de fuerza y los segundos 11.625.300.

Un caballo de fuerza o de vapor es la energía necesaria para elevar en un segundo a un metro de altura un peso de 75 kilogramos.

Siguiendo en el ejemplo, he aquí los caballos de fuerza que corresponden a cada 100 obreros en algunas industrias, en 1907 y 1925:

	1907	1925
Minería, salinas (y establecimientos combinados con la minería)	224	486
Industria de la piedra y de la tierra	68	138
Obtención de hierros y metales	252	601
Fabricación de artículos de hierro, acero y otros metales	35	63
Construc. de máquinas, aparatos, etc.	40	118
Electrotecnia, mecánica fina, óptica	30	76
Industria química	108	302
Industria textil	80	107
Industria del papel y gráfica	104	170
Industria del cuero y del linoleum	42	94
Industria de la madera	49	108
Industria alimenticia	86	127

Tomando por base esas industrias y el año 1925, tenemos casi un caballo y medio de fuerza aproximadamente por cada obrero, o lo que es lo mismo el equivalente de la energía de varios esclavos. No es preciso decir que desde 1925 a la fecha la cantidad de energía mecánica por cabeza en la industria se ha acrecentado considerablemente.

En 1924 se produjeron en Alemania más de 14 mil millones de kilowatts horas. El kilowatt es la energía eléctrica necesaria para elevar en un segundo 24 kilos a tres metros de altura; el kilowatt hora supone la manipulación de 367.000 kilos. Se calcula que el trabajo anual de un hombre es aproximada-

mente, en energías eléctricas, de 100 kilowatts-horas. Compárese esta cifra con los 14.000 millones de kilowatts-horas producidos en Alemania en 1924, o con los 80 millones producidos por los Estados Unidos en 1926.

En Estados Unidos por cada obrero había en 1925 4.3 caballos de fuerza; en 1919 había 3.30; en 1904 no había más que 2...

Un notable estadístico, Wladimir Woytinsky, da cuyos artículos en "Die Gesellschaft" de Berlín tomamos estas cifras, escribe: "Si el instrumental técnico de la industria norteamericana fuese igual al de Alemania (167 caballos de fuerza por cada 100 obreros) y si fueran las mismas las normas de consumo en ambos países, los Estados Unidos tendrían que ocupar en su industria aproximadamente un 60 por ciento más de personal de lo que ocupa Alemania, es decir, alrededor de 11 millones u 11 millones y medio de personas. A pesar de un más elevado consumo, se pasan con una cifra considerablemente menor, lo que sólo se explica por el hecho que el obrero norteamericano no es apoyado, como su hermano alemán, por 1.7, sino por 3.6 caballos de fuerza". ("Die Gesellschaft", sept. 1928, pág. 256-257, Berlín).

Sin embargo, se sabe que la industrialización alemana, la introducción del mecanismo en la vida industrial es en sí bastante elevada.

Si quisiéramos expresar en pocas palabras nuestro pensamiento sobre el actual desarrollo técnico en el proceso productivo, diríamos que la tierra sería ya pequeña si el hombre no dispusiera más que de sus brazos o del instrumental primitivo de hace cincuenta años, es decir si la incalculable cantidad de energías mecánicas y eléctricas de que hoy disponemos hubiesen de ser producidas por la fuerza humana de trabajo.

¿Se concibe mayor riqueza? Tenemos, además de nuestras fuerzas ejércitos incontables de esclavos en forma de kilowatts y de caballos de fuerza; con todo ello podría reinar sobre la tierra la prosperidad y el bienestar para todos; sin embargo, y no se necesita demostrar, reina la miseria para los más, las privaciones, la inseguridad del mañana, una desocupación obrera nunca vista.

Si la prensa no estuviera en manos de la reacción y del conservatismo; si la literatura y el arte y la ciencia no tuviesen sumo interés en ser gratos a los amos que pagan, no serían himnos de reconocimiento y de admiración hacia la sociedad burguesa lo que escucháramos todos los días.

Hay aproximadamente en los Estados Unidos de 30 a 40 mil millonarios; 11.067 personas de ese país tuvieron en 1927 un ingreso neto de 2.809 millones de dólares, o sea la 1/30 parte de los ingresos totales del país. Pero la hartura de esos 11.067 millonarios, no apacigua el hambre de los tres o cuatro millones de desocupados.

El contraste entre la riqueza y la miseria no es sólo material, desde el punto de vista monetario. Hace ya más de veinte años que Alfredo Niceforo, con su libro *Fuerza y Riqueza*, demostró de una manera científica la desigualdad antropológica, psicológica y moral de las clases sociales resultantes de la división social en pobres y ricos. Los ricos se vuelven cada vez más ricos en recursos materiales, y tienen la posibilidad de enriquecerse también física e intelectualmente; los pobres viven en condiciones cada vez más precarias económicamente y además se empobrecen progresivamente desde el punto de vista de su organismo físico y de su inteligencia.

Las investigaciones de Niceforo siguen en pie acusando mudamente al mundo capitalista; si alguna rectificación tuviéramos que hacer hoy, sería en el sentido de una agudización de sus conclusiones, sobre todo con la vida impuesta al proletariado por los modernos sistemas de trabajo en los establecimientos racionalizados. Los males y los peligros para la humanidad denunciados hace más de veinte años no han hecho sino acrecentarse, extremarse.

Escribió Niceforo: "No es difícil darse cuenta de que entre las diversas clases sociales dedicadas a trabajos diferentes, y viviendo en ambientes distintos, existen profundas diferencias, que a veces son tan definidas y precisas como las que distinguen desde el punto de vista físico, fisiológico, etnográfico y psicológico, tribus y pueblos por completo desemejantes".

De la Ayda. Alvear de Buenos Aires a la Boca hay más distancia psicológica, fisiológica y orgánica, etc. que de allí a Park Avenue de New York.

La estatura media de las clases acomodadas es superior a la de los proletarios de la ciudad y del campo; no costaría mucho trabajo comprobarlo en las mediciones que se realizan para la conscripción; pero no es solamente la estatura la que varía, hay también diferencias bien visibles en el peso, en la circunferencia torácica, en la dilatación del tórax, en la fuerza, en la altura de la frente, en la capacidad craneana, en el peso del cerebro, etc., etc. "El organismo del hombre que vive en un ambiente de bienestar económico, bien nutrido y no corroído por el veneno de la fatiga crónica, está más desarrollado y es más resistente y más fuerte que el organismo del hombre pobre". Así resume Niceforo una serie de investigaciones. No hay ninguna exageración. Tengamos sólo presente lo que escribió hace unos años Royal Meeker, un especialista norteamericano, en *Monthly Labor Review* (Washington, sept. 1919): "Estoy convencido que de todas las enfermedades el cansancio es la más seria... Los efectos del cansancio son los más pífidos. El cansancio se acumula poco a poco, y aun cuando un joven vigoroso o una

mujer pueden resistir largo tiempo una prolongada jornada de trabajo, sin sufrir aparentemente por ello, tarde o temprano el cansancio se toma su venganza. La mayor parte de los sufrimientos nerviosos en los obreros proceden del trabajo. Estoy firmemente convencido de que al menos la mitad de todas las enfermedades en los Estados Unidos tienen su origen en el trabajo, del que emanan directamente". (Cit. por Ch. Cornelissen, *Die Internationale*, Berlín, noviembre de 1928).

No podríamos mencionar en pocas líneas la serie de enfermedades a que está predispuesto, por ejemplo, un hombre que tiene una débil capacidad torácica o de dilatación del tórax. En general se puede afirmar que si el contraste entre pobres y ricos es grande por lo que se refiere a los recursos económicos, es mayor aun por lo que respecta a la vitalidad, a los glóbulos rojos de la sangre, al vigor, al caudal puramente orgánico. Si el proletariado industrial no fuese continuamente apoyado por la afluencia de campesinos, que llegan a las grandes urbes con una gran riqueza de vida, las generaciones obreras modernas no tardarían mucho en desaparecer por degeneración física.

Aunque suene como un latigazo, digamos con Niceforo: "pobres, viejos, locos y degenerados presentan todos un desarrollo orgánico menor del de los acomodados, normales y sanos, porque los procesos de nutrición general se realizan en ellos, por causas diversas, de un modo incompleto o desordenado".

Y la desigualdad que se advierte desde el punto de vista físico, orgánico y funcional, se advierte desde el punto de vista psicológico. En las escuelas sobre todo se nota en seguida la diferencia existente entre ricos y pobres según su grado de inteligencia, y el buen maestro puede poco contra esa situación (y menos todavía el maestro malo), porque, aun dado el caso de una herencia vital idéntica, se sabe lo que puede influir en el desarrollo mental una comida insuficiente e inapropiada, una vivienda en malas condiciones de ventilación, de higiene, etc.

Nunca hemos comprendido la razón de ser de la literatura que ha idealizado y falsificado al obrero, hasta el punto de hacer creer a éste en su superioridad; la verdad es otra: la verdad es una inferioridad de los trabajadores ante la clase acomodada del privilegio, no sólo económica, sino también física, psicológica, mental. El que no se deja convencer por las conclusiones generales de Niceforo, puede constatar por sí mismo la veracidad de esos hechos con sólo observar a su alrededor, sin necesidad siquiera de aparatos científicos de medición y de investigación. Y esto hay que decirlo, porque cuando uno está enfermo de veras, es preciso que lo sepa; no es permitido engañar más que a los enfermos por sugestión. Pero la miseria fisiológica de los trabajadores no es una sugestión, es una aterradora reali-



dad, y es conveniente que los millones afectados por esa enfermedad sepan a que atenerse y comprendan que su porvenir, el porvenir de sus hijos, que habrán de heredar su cansancio y su debilidad orgánica, es de lo más triste; su especie se extinguirá por degeneración o agotamiento de un modo poco glorioso y poco digno.

Quizás se debe al pobre desarrollo mental y a la gran debilidad fisiológica de los trabajadores la tardanza en comprender que una vida como la que ofrece el capitalismo moderno no es digna de ser vivida y que una muerte rápida en la lucha por la conquista de un mundo mejor, sería infinitamente más noble, más humana, más moral.

Y hablando de desigualdades sociales, no habría que extrañarnos de que los situados tan distintamente ante la vida como individuos, lo estén también ante la muerte. Y no es indiferente esta constatación que nadie se atrevería a poner en tela de juicio, que no se discute siquiera. La muerte prematura del proletariado es un asesinato, pero el asesino no es una persona, sino un orden social. El concepto penalista no quiere ver más delincuentes que en los individuos; sin embargo, todos los criminales juntos no causan tanto daño y tantos estragos en la humanidad en un siglo como los causados por el orden social en que vivimos en una semana. Por regla general, la mortalidad infantil es más del doble en las clases pobres que en las ricas, y el obrero vive varios años menos que el burgués o en general que la persona acomodada. Ahora bien, esos años menos de vida que se deben a la mala organización social, equivalen a un asesinato permanente, que a fuerza de constancia y persistencia no llama ya la atención de nadie, si exceptuamos a la minoría que comprende toda la monstruosidad del régimen en que nos ha tocado vivir.

Es hora de que el pensamiento humano se oriente en el sentido de suprimir las irritantes desigualdades ante la vida y ante la muerte dentro de la sociedad, y se esfuerce por nivelar, no sólo la riqueza económica, sino el caudal vital que cada cual lleva en su sangre, en sus nervios, en sus músculos, en su cerebro. Pero no de acuerdo al nivel de los inferiores, sino según el tipo de los superiores, de los mejor constituidos física y mentalmente. No es una proletarianización de la vida la que nosotros pedimos, es una elevación del bienestar material y de la riqueza orgánica y cultural de la humanidad lo que pretendemos. Y el camino para llegar a ese objetivo está bien claro, bien definido desde hace muchos años: consiste en la supresión de todos los privilegios de clase, de raza, de categoría, de profesión, de nacimiento, una supresión a que desgraciadamente no aspira de un modo consecuente más que el anarquismo, la única corriente superviviente del socialismo.

## Dictadura política y monopolismo económico

Vamos a repetir una vez más una interpretación de la situación presente del mundo que no está en concordancia con las suposiciones de la mayoría de los revolucionarios.

No sólo entre los anarquistas, en todos los campos llamados de izquierda, circula como moneda corriente y sonante la frase hecha de que las dictaduras en boga representan una simple reacción contra los avances revolucionarios del proletariado. Tal vez nosotros mismos, sin reflexionar, hemos dicho lo mismo, pero ya no es la primera ocasión que decimos otra cosa.

Somos de opinión que las dictaduras presentes, aunque en algunos casos, como en Italia, se hayan inspirado en su génesis en las agitaciones obreras crecientes, tienen por causa principal, no el peligro revolucionario, sino el desarrollo monopolista del capitalismo moderno. En efecto, ¿dónde está el peligro revolucionario en el Brasil, en Perú, en Chile, en Portugal, en Yugoslavia, etc., etc.? En países donde nuestro movimiento era relativamente fuerte, se ha tenido un magnífico pretexto para los golpes de Estado dictatoriales; en otros el pretexto ha sido la vieja política infructuosa de los partidos, en otros, como en Rusia, la necesidad de "asegurar y consolidar las conquistas de la revolución"... Pero esos pretextos no se sostienen más que a medias. Tras de ellos, más importantes y decisivos que ellos, están otras fuerzas, que nosotros señalamos en las tendencias monopolistas del capitalismo. Nos explicamos perfectamente las dictaduras políticas en función de ese monopolismo económico, característico de la época en que vivimos.

Y en consecuencia, como hemos dicho tantas veces, creemos que sería más eficaz la lucha contra el fascismo italiano en los centros financieros de Wall Street y de Londres que en Italia misma. Detrás de todo país en dictadura hay alguna potencia económica y financiera que respalda a los dictadores, a costa, naturalmente, de grandes concesiones de toda especie. Se sabe que Italia está siendo poco a poco endeudada al capitalismo norteamericano; lo mismo ocurre en los demás países sometidos a la férula de los despotismos de moda.

En ese proceso puede entrar, no lo negamos, el deseo de sofocar todo pensamiento subversivo; pero en primer lugar lo que se busca con las dictaduras políticas es una mayor comodidad para el dominio económico de un país por los grandes trusts financieros o industriales. La democracia es la forma política de la burguesía en su período del capitalismo privado y de la libre competencia; pero ese período

es dejado atrás en todos los países industriales modernos; el nuevo capitalismo es colectivo y la libre competencia tiende a ser abolida, al menos en las formas conocidas hasta aquí. Los grandes trusts financieros e industriales hallan más dificultades para entenderse con una democracia que con una tiranía, por eso trabajan según sus posibilidades para suscitar en las zonas que quieren influenciar o dominar, el resurgimiento del despotismo, de la autocracia, de la dictadura.

Una explicación de la supresión efectiva del régimen democrático en casi toda la América latina, la tenemos en la invasión financiera por Estados Unidos, invasión financiera a la que siguieron las invasiones industriales, comerciales y militares. De un diario cualquiera tomamos este resumen:

En 1912, es decir, dos años antes de que la guerra estallara, las inversiones de capitales estadounidenses en la América del Sur sólo llegaban a unos 183.000.000 de dólares. En 1927, el total de esas inversiones excedía de 2.210.000.000, y se calcula que al finalizar el presente año, ellas no bajarán de un total de 2.500.000.000 dólares.

Comparando las cifras del comercio de Estados Unidos con los países sudamericanos, en ese mismo período de tiempo, se observa que su valor ha aumentado, de 328.000.000 a 959.000.000 de dólares. Hasta ahora, ese creciente movimiento se ha caracterizado en que las ventas norteamericanas a la América del Sur son, en conjunto, inferiores a las compras que en ésta efectúan los importadores de los Estados Unidos.

Por el índice de su crecimiento comercial con Norte América, los países sudamericanos figuran en el siguiente orden: Colombia, Venezuela, Uruguay, Argentina, Perú y Brasil.

En cuanto a la distribución de los 2.215.000.000 de dólares a que alcanza el total de los capitales estado unidenses invertidos en Sud América, héla aquí por orden de importancia: Chile, 526.000.000 de dólares; Argentina, 484.000.000; Brasil, 447.000.000; Colombia, 211.000.000; Venezuela, 172.000.000, y Perú, 159.000.000.

Además de éstos, otros países sudamericanos, aunque en menor escala, han sido también objeto de inversiones de capitales de la Unión, sobre todo durante los últimos años; los cuales, en conjunto, suman más de 210.000.000 de dólares.

El capitalismo dirigente, que en algunas épocas y en ciertas regiones fué el agrario, luego, en el curso

del último siglo de maquinismo, casi exclusivamente el industrial, es hoy el financiero. El capitalismo agrario y el industrial son dominados cada vez más por las altas finanzas, y se sabe que la verdadera potencia de gobierno de un país no está en la política, sino en la economía; la política no es más que servidora de los grandes financistas, de los industriales poderosos, de los latifundistas.

Los banqueros de Estados Unidos, conscientes de su poder, trabajan descaradamente en asegurar su dominio sobre toda la América latina mediante la formación de tiranías todo lo autocráticas que sea posible. Sería absurdo ilusionarnos al respecto y suponer que esas formas extremas de gobierno aparecen como reacción contra nuestro vigor revolucionario; no, son simplemente formas de dominación que se adaptan mejor que la democracia al régimen económico monopolista, a la dominación del mundo por los grandes trusts financieros.

Es verdad que no debilitamos el hecho de las dictaduras por el reconocimiento de su verdadero origen, pero al menos podremos orientar mejor nuestras luchas por la libertad y por el progreso humano.

### EDITORIAL "LA PROTESTA"

#### NUEVAS EDICIONES

Eliseo Reclus: LA ANARQUIA Y LA IGLESIA . . . . . 0.10

Anselmo Lorenzo: EL DERECHO A LA EVOLUCION . . . . . 0.10

Juan Cruso: CARTA GAUCHA, séptima edición . . . . . 0.10

P. Kropotkin: A LOS JOVENES L. Fabbri: ¿QUE ES LA ANARQUIA? . . . . . 0.10

D. A. de Santillán: LA JORNADA DE SEIS HORAS, tercera edición . . . . . 0.10

Ana María Mozzoni: A LAS HIJAS DEL PUEBLO . . . . . 0.10

Eliseo Reclus: A MI HERMANO EL CAMPESINO . . . . . 0.10

De estos folletos hay ediciones económicas a \$ 2, 2.50 y 3 el cien para la distribución gratuita por grupos, sindicatos y compañeros.





RUDOLF ROCKER

## ESTADO Y CULTURA

(DE UN LIBRO EN PREPARACION)

Si se quiere formar un concepto claro sobre la situación y las relaciones internas de las diversas agrupaciones humanas y elementos populares respecto de lo que denominamos cultura, se podría emplear la siguiente comparación:

Fuera se extiende el océano en infinita anchura y aferra con húmedos brazos los continentes. Sobre la segunda superficie incuba el sol en ardiente fulgor, y el agua evaporada se eleva lentamente al cielo en eterno ímpetu. De los cálidos vahos se forman nubes en el firmamento y recorren la tierra empujadas por la tempestad. Hasta que su grávido contenido se descarga y caen a la tierra gotas absorbentes. Las gotas se reúnen en el seno de la gran madre en millones de lugares y manan rumbosas de innumerables fuentes nuevamente hacia la superficie. Surgen arroyos, los cruzan el país en todas direcciones, se reúnen entre sí y crecen a la categoría de ríos, de grandes corrientes. Y la corriente hace saltar sus olas por su parte hacia el mismo mar, a quien al fin y al cabo tiene que agradecer su existencia.

Desde tiempos infinitos se realiza esa circulación con la misma certidumbre irresistible, inmutable como toda vida en la tierra, y continuará realizándose en sucesión ilimitada, mientras sean las mismas las condiciones cósmicas a que está sometido nuestro planeta.

No otra cosa ocurre con la producción cultural de los pueblos, con toda actividad creadora del individuo. Lo que denominamos en general cultura en el fondo constituye sólo una gran unidad que lo abarca todo, que está en transformación incesante e interrumpida y se manifiesta en incontables formas y expresiones. Es siempre y en todas partes el mismo impulso creador, ávido de actividad; sólo las formas son diversas y están adaptadas al ambiente dado.

Como toda fuente, todo arroyo, todo río está ligado al mar en lo más profundo, con cuyas olas se reúne siempre de nuevo, así toda cultura especial es sólo una parte de la misma unidad que lo abarca todo, de la cual toma sus fuerzas originarias y en cuyo círculo vuelve a encontrarse siempre su propia acción creadora. Las diversas culturas de incontables agrupaciones sociales, que o bien han coexistido o se han sucedido en el curso de los tiempos, son comparables a los arroyos y a los ríos cuyo origen primero es el mar, con el que se refunden siempre.

Es absurdo y descabellado suponer que toda cultura encarna en sí un Todo cerrado, que lleva en sí las leyes de su propio origen y no está sometida a influencias externas, como quisieran hacernos creer los teóricos de las razas. Lo colectivo que está en la base

de toda cultura, es infinitamente mayor y se manifiesta en sus efectos inmediatos más claramente que las diversidades entre una y otra cultura, por grandes que sean esas. Toda cultura emana del mismo impulso que se persigue su más profunda e íntima esencia en pos del mismo gran objetivo. Comienza primero como acción puramente civilizadora, que opone al ciego devenir de una naturaleza brutal e indomada barreras artificiosamente creadas que permiten a sus creadores satisfacer más fácilmente sus necesidades vitales. De ahí crece después espontáneamente la aspiración a una conformación más elevada y a una espiritualización de la vida social e individual, una aspiración que arraiga en los sentimientos de comunidad de los hombres y que debe ser considerada como la fuerza activa de toda cultura.

En realidad no hay una cultura, lo mismo si se circunscribe a un solo pueblo o se extiende a varios pueblos, que se haya producido completamente independiente y sin ningún influjo extraño. Es verdad que nos hemos acostumbrado ya desde temprano a dividir la llamada historia de la cultura según determinados sistemas escolásticos, un método que por desgracia no ha pasado de moda todavía, lo mismo que un boticario empaqueta sus medicamentos esmeradamente en cajitas y frasquitos; pero con ello no hemos ganado realmente nada. Como siempre se aspiró a descubrir las divergencias internas entre las diversas culturas y a elaborarlas, se perdió cada vez más la capacidad de reconocer los rasgos comunes que están en la base de todo desenvolvimiento cultural. Especialmente desde que Hegel nos enseñó a pensar en categorías y a creer en el "espíritu" singular de cada pueblo, — una interpretación de la que luego tenía que cristalizarse lógicamente la creencia fatalista en las "necesidades históricas" del devenir humano. Así, pronto, a causa de tantos árboles no se vio el bosque y no se encontró a gusto uno en la propia casa.

Tan sólo los resultados sorprendentes de las investigaciones científicas en todos los dominios de la antropología, de la etnología y de la sociología han agudizado de nuevo nuestra comprensión para el notable parecido de los procesos sociales y culturales de la evolución de la raza humana y han abierto el camino prácticamente a una revisión completa de todos los conceptos heredados.

En todas partes donde la investigación científica se acercó hasta aquí al descubrimiento de una época cultural pasada, chocó con los restos de culturas más antiguas o en relaciones que hacen reconocer claramente la influencia de otras formaciones culturales. Volteamos a ver que el arroyo o el río nacen del mismo océano y se reúnen siempre con él. Se nos hace cada vez más claro que la diferencia entre las diversas

culturas consiste casi exclusivamente en una diversidad de las formas externas, que apenas afecta al núcleo común de su más íntima naturaleza.

Entre la grosera piedra de un salvaje y el Hermes de Praxiteles o el Moisés de Miguel Ángel hay un profundo abismo; pero el ímpetu interno que dió forma a cada una de esas obras, el instinto creador fundamental que tuvo el anhelo de la formación, es el mismo. Existe aquí el mismo abismo que entre la misera choza del buschmano del África y la vivienda del hombre moderno provista de todo el confort. Si se tiene presente sólo la forma exterior, la diferencia en realidad apenas se abarca y la divergencia entre ambas parece insuperable. Y sin embargo, en ambas viviendas existe el mismo objetivo. Si se tiene esto bien presente, se comprende de inmediato que aquí sólo puede hablarse de una diferencia gradual, pues la satisfacción del objetivo en ambos casos es dada por el grado diverso de las necesidades y en consecuencia se expresa en la diversidad de las formas externas.

La evolución cultural o la fecundación social ocurre siempre por la mezcla de pueblos y razas existentes. Toda nueva cultura es iniciada por una mezcla de esa especie y recibe por ella su forma especial, lo mismo si se trata de la cultura de los toltecas o aztecas de la América central o de la cultura de los egipcios, caldeos, chinos o griegos. Y esto es muy natural, pues por las influencias extrañas surgen nuevas necesidades, nuevos conocimientos que pugnan por forma y figura en todos los dominios de la cultura.

Querer conservar una cultura en su pureza por la extirpación de influencias extrañas, un pensamiento que propicia más de un teórico racial, es tan antinatural como infecundo y muestra sólo que esos singulares puros no han comprendido la magnitud del problema de la cultura. Tales embrolladas ideas tienen aproximadamente la misma significación que el ensayo de tratar de persuadir al hombre de que sólo alcanzará el más alto grado de su virilidad a condición de que proscriba la mujer de la esfera de su vida. El resultado sería en ambos casos el mismo.

La nueva vida nace sólo por la asociación del hombre y la mujer. Lo mismo toda cultura nace o es fecundada de nuevo por la circulación de nueva savia en las venas de sus portadores. Como el niño nace del apareamiento del hombre y la mujer, así toda cultura surge de la mezcla de diversos elementos y de su recíproca fecundación espiritual. Cualquier otro camino sería sólo un camino a la gran ruina, un camino hacia la muerte.

Pero aparte de eso, el más leve intento en esa dirección sería también puramente imposible, especialmente hoy en que los pueblos están cada vez más expuestos a la fecundación recíproca de actividad material y espiritual y se acercan continuamente en todos los dominios de su desarrollo social a pesar de todos los intentos desesperados que oponen a ese desenvolvimiento los defensores de un mundo decadente.

Una mirada al desarrollo social y económico actual del propio país, que comenzó tan sólo desde la guerra y desde entonces no se ha detenido más, basta para juzgar tales pensamientos justamente como absurdos. ¿Cuánto hace que se hablaba aun en cien profundas consideraciones del fabuloso desarrollo de la industria norteamericana y de sus métodos específicos? Se querían reconocer en esos métodos a toda costa las manifestaciones de un espíritu americano singular,

que no se podía armonizar con la vida sentimental del europeo y especialmente del alemán.

¿Quién tendría todavía el valor, frente a la actual fase de evolución de toda nuestra vida económica, para sostener una afirmación tan exagerada como inconsistente? La famosa y afamada "racionalización de la economía" con ayuda del sistema Taylor y del trabajo en serie a lo Ford, ha hecho en pocos años en Alemania mayores progresos que en ningún otro país. Realmente la mejor prueba de ello es que el "sentimiento alemán tan festejado un día en el curso del tiempo se ha vuelto bastante robusto y ha perdido hace mucho su tierna constitución del tiempo de Jean Paul y de la escuela romántica.

Hemos visto ya hace mucho que taylorismo y fordismo no son resultados específicos del espíritu norteamericano, sino fenómenos del orden económico capitalista que saltan fuertemente a la vista, y ante cuyas ventajas el "sentimiento" capitalista alemán es al menos tan accesible como el práctico yanqui, sobre cuya "conformación puramente materialista no se podía juzgar antes, y todavía hoy, bastante despectivamente. Alemania se ha adaptado ya a la "americanización de la economía"; en cambio se chilla tanto más violentamente contra "la americanización de la vida espiritual y cultural", que se manifiesta cada vez más notoriamente y actúa especialmente en la prensa, en el film, en el teatro y en la música. Se habla y se escribe con palabras agitadas sobre el peligro de esos fenómenos y se cae al respecto en toda suerte de consideraciones psicológicas. Como si un sistema social que, desde hace decenios actuó cada vez más abiertamente en la uniformidad de todas las condiciones humanas de vida, un sistema que aspiró a traspasar a todos los otros dominios los cartabones militares y cuyos defensores fueron inspirados cada día más fuertemente por la idea fija de estimar al individuo sólo como rodaje o tornillo de un aparato estatal nivelador de todo — como si un tal sistema en realidad pudiera tener otros resultados.

O echemos una mirada al enorme desenvolvimiento del deporte en Alemania, un fenómeno que hay que atribuir por completo a influjos extraños, y que durante los últimos decenios ha encontrado tal difusión que ha aclimatado en el idioma alemán una gran cantidad de barbarismos, cuya significación hace veinte años sólo era conocida de un restringido círculo de profesionales. De tales fenómenos se podrían citar muchísimos, no sólo en Alemania, sino en todos los países de cultura de Europa.

No cabe hoy la menor duda de que en todos los países de nuestro continente se elabora un tipo europeo especial, que está destinado a suplantarse el "tipo nacional" de los tiempos pasados, que está condenado a muerte no obstante todos los esfuerzos de nuestros nacionalistas. Y eso se produce en base a aspiraciones orientadas en el mismo sentido, que se advierten hoy cada vez más fuertemente en todos los países y en todos los dominios de la vida espiritual y social, — aspiraciones íntimamente ligadas a las condiciones capitalistas de la economía de nuestro tiempo.

El tráfico continuamente creciente y la facilidad incesantemente en aumento de las relaciones internacionales anudan lazos cada vez más firmes entre los diversos pueblos de Europa, que ningún nacionalismo puede quebrantar a la larga. La gran divergencia entre el desarrollo singular de las condiciones económicas europeas y las vanas pretensiones de una ideología nacionalista rudimentaria que todavía consigue ejercer una influencia considerable en la política ex-



terior de los Estados europeos, — una divergencia que se vuelve de día en día más palpable e insuperable y se presenta de día en día más en el primer plano de la historia moderna — es sólo uno de los numerosos fenómenos que se hacen sentir actualmente en esa fase de la evolución de Europa.

La constatación de este hecho no debe ser interpretada de ningún modo como una declaración de simpatía para la idea fuertemente propagada en los últimos tiempos de los Estados Unidos de Europa. Nosotros somos de opinión que una verdadera federación de los pueblos europeos dentro del actual sistema de los Estados no es realizable, y todo ensayo en esa dirección no puede tener nunca el éxito que sus portavoces se prometen.

Tampoco está en nuestra intención el examinar el desenvolvimiento señalado aquí según su valor o su no-valor cultural; queríamos simplemente indicar cuán irrealizable y sin perspectivas tiene que permanecer todo ensayo que pretenda preservar la vida cultural de tal o cual pueblo de influencias extranjeras. Los meros hechos son aquí más fuertes que la más hermosa ideología, que arraiga en conceptos abstractos y sólo tiene débiles relaciones con la vida real.

Pero aun cuando existiera la posibilidad de preservar a un pueblo de todas las influencias externas, no por eso se produciría un aumento de su vida cultural, como se han imaginado extravagantemente los representantes del pensamiento racial. Al contrario: todas las experiencias dicen que una tal castidad tendría que conducir a un desmedro general y a una lenta extinción de su cultura.

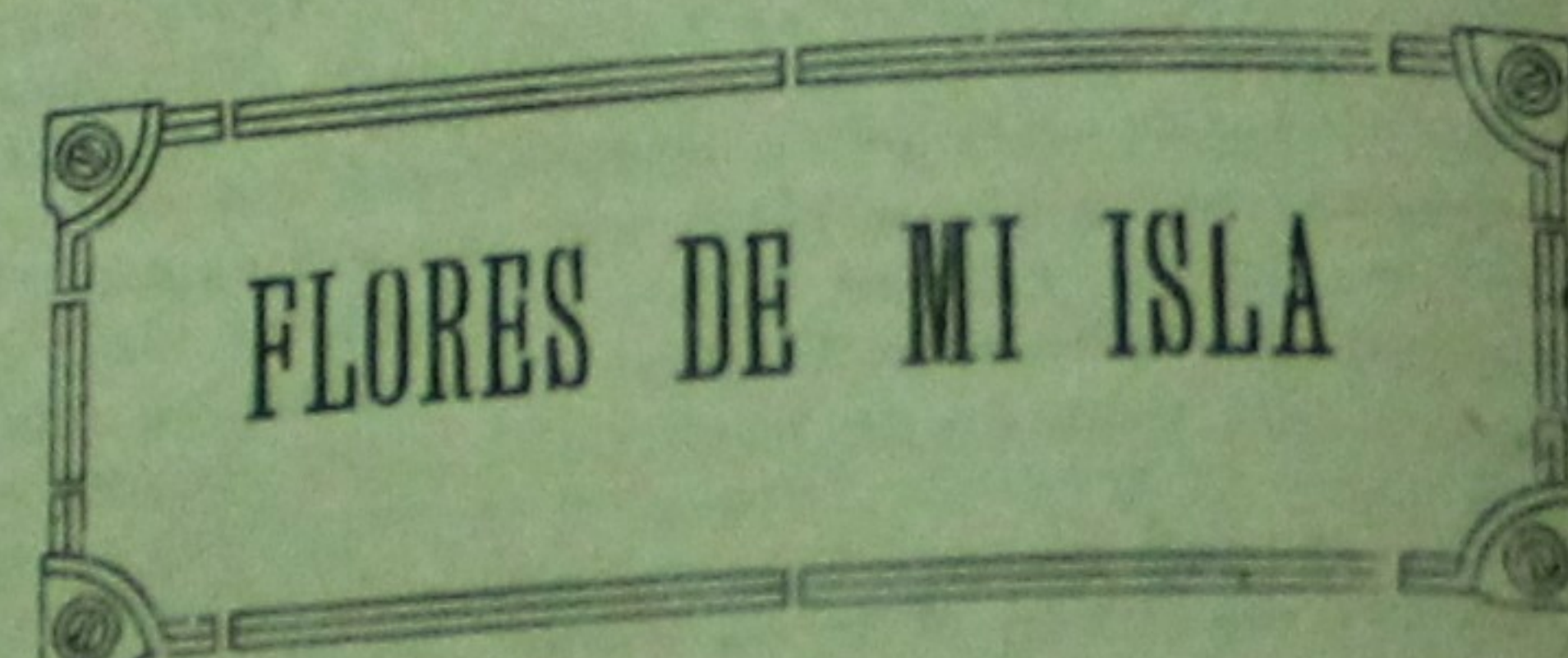
Con los pueblos no ocurre en este concepto diversamente a lo que ocurre con los individuos. Cuán pobre sería un hombre que tuviese que depender en su desenvolvimiento cultural simplemente de las creaciones del propio pueblo. Aparte de la circunstancia que no se puede hablar de semejante posibilidad, pues ni el más sabio podría decir qué parte de las llamadas riquezas culturales de un pueblo ha sido conquistada independientemente o recibida en alguna forma de otros pueblos.

La cultura de un hombre crece precisamente en la medida en que se arma de la capacidad para apropiarse también de las conquistas espirituales de otros pueblos y fecundar con ellas su espíritu. Cuanto más y más fácilmente logra eso, tanto mayor derecho tiene al nombre de hombre. Penetra en la dulce sabiduría de la vida de Lao-tse y se regocija en la belleza de la poesía védica. Ante su espíritu se abren los cuentos milagrosos de las mil y una noches, y con íntimo placer saborea las sabias máximas del borrachín Omar Chaiyín o las estrofas majestuosas de Ferdusi. Su alma se edifica en la profundidad del libro de Hlob, se hunde con mudo incubamiento en la cantada sabiduría del predicador Salomón. Ríe con Aristófanes, llora con Sófocles, lee con satisfacción las descripciones graciosas del asno de oro de Apuleyo y sigue con interés las narraciones de Juvenal y de Petronio sobre las condiciones de la Roma decadente. Con el maestro Rabelais entra en las galerías engalanadas de la abadía de Thelema y visita con Pantagruel y sus bravos compañeros la isla de Nasenbar y el oráculo de la botella divina. Procura descubrir el alma de Hamlet y se alegra en el impulso de acción del noble caballero Don Quijote. Entra en todos los horrores del infierno de Dante y deplora con Milton el paraíso perdido. En una palabra, está siempre y en todas partes en casa y por tanto sabe apreciar mejor el encanto del propio hogar. Examina con mi-

rada franca los valores culturales de todos los pueblos, se elige lo mejor de ellos y abarca así cada vez más hondamente la gran unidad de todo el devenir espiritual.

Y esos bienes no puede quitárselos nadie, pues están sobre el derecho de determinación de los Estados y escapan a la voluntad de los poderosos de esta tierra. El legislador es capaz de cerrar las puertas de su país al extranjero, pero no puede impedir que aquél se aproveche de los tesoros de la cultura espiritual del pueblo extraño con la misma naturalidad que el nativo. La intolerancia política pudo llevar por ejemplo al gobierno inglés a mantener a los alemanes lejos de las costas de Albión, como ha pasado después de la guerra durante un tiempo, realmente después de la guerra podido impedir que en Pero esa medida no ocuparan lo mismo que en Inglaterra Alemania se ocuparan lo mismo que en Inglaterra de Locke y Hume, de Godwin y Spencer, de Darwin y Wallace, de Adan Smith y Ricardo, de Mill y Burke, de Shakespeare y Byron, de Swift y Sterne, de Shelley y Morris, siempre que se tuviera la voluntad de hacerlo o se sintiese la necesidad de ello.

Aquí está el punto desde donde se reconoce más claramente la superior significación de la cultura respecto de todas las prescripciones estatales y las limitaciones políticas. La cultura desató todos los lazos que puso a los pueblos el espíritu teológico de la política. En este sentido es revolucionaria en el más profundo significado de la palabra. Los programas más radicales de los revolucionarios políticos sólo son miseros baratillos reaccionarios en comparación con la acción revolucionaria incansable de la cultura.



«Buscas alrededor y lejos de tí lo que "crees" que puede servirte como factor para tu mejoramiento espiritual? Tiempo perdido. Lo que puede serte verdaderamente útil no está alrededor ni lejos de tí, sino en tí mismo.

Como no tienes criterio propio, te coneretas a propagar mi concepto y mis opiniones. Pero, ¿y si yo estuviera equivocado?

Los que olvidaron a dios, viven una vida más espiritual que aquellos que aun creen en él y le temen.

Cuando tengas motivos para llorar, no maldigas la "vida", pues ella no es culpable. El motivo y la causa de tu llanto y de tu pena, no está en la vida, está en "tu vida".

P. Fernández Caminata.

PAUL GILLE

## Notas sobre la cultura moral en la escuela

En un comité belga formado en 1916 para la discusión de la enseñanza laica, nuestro compañero el prof. Paul Gille ha presentado algunas proposiciones editadas en folleto (Bruselas, 1919) y cuya traducción comenzamos hoy considerando que son siempre actuales.

### NOTA I. — LA MORAL HUMANA Y LA ENSEÑANZA DE LA ANTROPOLOGIA

El modo sumario y, debo decirlo, poco caballeresco y superficial, como se han acogido en cierta sede las observaciones que he creído de mi deber emitir en el curso de nuestra última reunión, me obliga a volver sobre el asunto para precisarlas e intentar fijar su alcance verdadero. La forma escrita les valdrá quizás una benevolencia más atenta. En todo caso, impedirá todo equívoco y permitirá, lo espero, un examen más explícito y serio de las cuestiones que considero como mayores, como primordiales.

#### 1. — ¿Santos u hombres?

Ante todo no se me ha ocurrido nunca pretender prohibir a nadie la enseñanza de su religión. Bastaría conocerme un poco para sonreír ante semejante imputación de intolerancia. Habría bastado, por lo demás, en el caso presente, darse cuenta un poco claramente de la cuestión en examen, para ver que el respeto a la libertad religiosa, aunque se haya tenido la apariencia de citarla, no estaba de ningún modo en discusión.

La cuestión era — y sigue siendo — saber lo que debemos tratar de inculcar en los niños, de desarrollar en ellos. Antes de ponerse en marcha es preciso determinar el objeto, el punto de llegada. Esa es, si no me engaño, la primera necesidad. Es incluso una cuestión previa, anterior, si puedo decir, a toda colaboración, a todo trabajo común, a toda discusión de vías y de medios. Es lo que nuestro amigo Vinck nos había propuesto al hablarnos de un *modus vivendi* que permitiese a los libres pensadores y a los ateos, como a los creyentes, encontrar soportable y aceptable, en sus grandes líneas, el régimen escolar actual, dando amplitud a los no creyentes para reemplazar por una enseñanza ad hoc, por una enseñanza educativa, que nos invitaba a definir, el curso de religión.

Y es así que el primer punto a fijar, antes de cualquier otro cambio de opiniones, se presenta — so pena de hipocresía — incontestablemente en esta forma:

¿Cuál es nuestro objetivo? ¿Cuál es nuestro ideal — y nuestro criterio de moralidad? ¿Qué cualidades, qué virtudes se trata de inculcar? ¿Tendemos a hacer santos o a hacer hombres? Cualquier cosa que se haya querido decir aquí, la moral cristiana no es la moral humana, y entre la bondad búdhica y la dulzura evangélica y la benevolencia humana, hecha de fuerza y de generosidad, al mismo tiempo que de clemente pero juiciosa y condicional ternura — hay un abismo!

Ciertamente, la literatura cristiana puede ofrecer, y ofrece en efecto, lecturas humanamente edificantes, a condición de que se descarte de ellas (lo que a menudo es difícil) el espíritu cristiano mismo: la dulzura a pesar de la humildad (que no hay que confundir con la paciencia), el renunciamento ascético. Pero decir que esa es la fuente por excelencia de la educación moral, hacer en cierto modo del Evangelio, si puedo decirlo, un modo de "tarte á la crème" de nuestro Occidente, es desconocer ante todo el origen verdadero y la esencia misma de la moral humana: es mostrar además un singular desprecio — o una singular ignorancia — de las obras múltiples que, a través de los siglos, han honrado el espíritu humano. No quiero invocar, como prueba, más que los admirables *Pensamientos* de un Marco Aurelio. ¿Pero cuántas obras se podrían citar? Es, por lo demás, lo que ha constituido el objeto de un trabajo crestomático publicado sin duda ya desde hace meses y que había sido sometido a concurso por una sociedad de educación moral de París. Señalo ese trabajo a la atención común, en vista del capítulo de los caminos y los medios y de la rúbrica de los instrumentos a utilizar.

#### 2. — Caminos y medios. Método dogmático y método inductivo. La misión de la antropología.

Por tanto "este animal es muy malvado; cuando se le ataca se defiende". Su ideal no es la santidad, sino la humanidad integral — lo que difiere un poco. No sólo se defiende él mismo, sino que defiende



también a los otros, según sus medios y sus fuerzas cuando juzga que son injustamente atacados. Es un soldado en la gran batalla de la vida, soldado consciente de su misión en el mundo, de su nobleza natural y de su dignidad de hombre.

He aquí el fin a alcanzar. ¿Cómo llegar hasta él? ¿Cómo formar esa conciencia, esa moral, ese sentido de la dignidad humana, que entraña todo lo demás?... Es el segundo problema: el del método, de los caminos y los medios.

En cuanto a mí, que se me permita decir que no creo en la eficacia de los sermones laicos. No creo ni en la verdad filosófica ni en la eficacia práctica de ese neo-kantismo que, gracias a mi venerable y eminente amigo Buisson y Jules Ferry, ha inundado la Universidad francesa con su vana metafísica. Yo no creo en la virtud de las abstracciones dogmáticas — ¡por revestidas que estén de retórica emotiva! Guardémonos de despertar el genio sarcástico de los niños, su espíritu crítico, su escepticismo tan susceptible. Todo eso no se transparentará apenas a los ojos... del oficiante, que ve desde fuera. Pero sepa sin embargo el resultado más claro de la predica. Hablo de experiencia. Oigo protestas. Pero no es necesario advertir que hago excepción para tal o cual escuela en que todo sea perfecto.

No, toda esa teología kantiana del deber ha pasado a la historia. Es preciso en nuestra época una moral fundada en la realidad, en la razón individual, en la ciencia: es decir, en el hombre mismo consciente de sí, de su puesto en el universo y del voto de su naturaleza.

¿No es (si no tenemos miedo a las palabras) esa antropología a la cual he hecho alusión en nuestra última reunión y que es la única que puede reemplazar, contrabalancear y finalmente suplantar la vieja teología y la metafísica? ¿No es ese el fundamento necesario y el único posible de la moral humana? Dios, decía Feuerbach, ha sido mi primer pensamiento; la razón, mi segundo; el hombre, mi tercero y último.

Sin el conocimiento, por rudimentario que sea, del hombre, de su origen, de su desenvolvimiento y de sus virtualidades naturales, teorizáis en el vacío. Es él, es ese conocimiento profundo o elemental, que da el sentido concreto de la superioridad y de la dignidad, lo que permite definir objetivamente el contenido. Sin eso, no hay escala positiva de valores, no hay marco moral científico y práctico: vuestra noción de la dignidad sin base natural, sin substancia, vacía, o llenada artificial y arbitrariamente, se confunde con la vanidad.

Lejos de mí, por otra parte, la sombra de una intención pedante. Tengo horror a los pedantes y al pedantismo... Pero enseñáis bien la ecología y la botánica. ¿Por qué no habríais de poder coronar esa

enseñanza de la historia natural por la antropología, mucho más necesaria en tanto que fuente de moralidad? Los educadores religiosos han sabido bien poner su teología al alcance de las inteligencias infantiles. ¿No lograremos nosotros en nuestro terreno hacer mejor que ellos? La sencillez ¿no es el sello de la verdad?

Después, por encima de todo, no olvidemos esto: Si la moral se enseña, la moralidad no se enseña — o al menos no se enseña directamente, didácticamente; se enseña todavía menos quizás ex-profeso que ex-cathedra. Y si ocurre que las lecciones de moral dejan alguna impresión en las almas suaves y sumisas, es preciso pensar siempre en las líneas tan juiciosas de Payot citadas por M. Daumers:

“El niño adquiere el hábito de rebuscar en su memoria lo que se le ha enseñado relativo a su conducta. No se ha afinado su conciencia; no se ha hecho de su inteligencia una inteligencia capaz de salir del paso, activa, capaz de volver a encontrar o si es preciso de encontrar en sí misma lo que es bueno y lo que es malo, en todas las circunstancias de la vida; se ha hecho de él un espíritu rutinario. En lugar de pensar en el momento en que el niño haya salido de la escuela y debe conducirse por sí mismo, en lugar por consiguiente de tratar de hacer de él una personalidad capaz de reflexionar, de ver por sí mismo, de conducirse, el maestro lo instruye como si debiese tener toda su vida los consejos o las órdenes tutelares de una conciencia más ilustrada”.

Tampoco se trata, observado bien, de enseñar directamente, dialécticamente una moral renovada. Cualquiera que sea el ropaje, cualquiera que sea la forma suavizada y velada, cualquiera que sea el hábito científico, el dogmatismo me parece siempre atacado de esterilidad. Es al método inductivo al que yo apeleo. Si la moralidad no se enseña se sugiere. En lugar de dogmatizar, de predicar, de dar la lección, creemos una atmósfera de sugerencias. Es ella la que regula la marcha científica del pensamiento. Es ella la que regulará, la que regula ya en realidad, pero debe hacerlo con derecho reconocido y organizado, la formación psíquica en su conjunto.

Al lado de las mil pequeñas experiencias diarias de los mil pequeños ejercicios prácticos que proporcionan la ocasión de las mil sugerencias de la lectura, de la imagen y del ejemplo, vivido o relatado, quisiéramos una inducción sintética que, por encima del pragmatismo oportunista dictado por la famosa carta de Jules Ferry a los maestros, por encima de un automatismo fundado en el “prejuicio del bien”, según la impresionante expresión de Binet, lejos de todos los dogmas y de todos los misticismos, procure al niño, con el sentido preciso, concreto, científico, de la nobleza y de la dignidad humanas, la virtud moral que le es indispensable.

## NOTA II. — SABER VIVIR Y DOCTRINARISMO MORAL

Dos palabras de respuesta a la noticia de M. Limbosch. Precisarán útilmente, pienso, justificándolo, el punto de vista que he indicado sucintamente en nuestra última reunión.

Lo que queremos, lo que debemos inculcar a los niños es el saber vivir. El saber vivir es todo el objeto, toda la materia de la moral. Si insisto sobre esta palabra, es que muy a menudo nuestros errores de pensamiento, derivan de una imprecisión de términos. La ciencia, se ha dicho, no es más que una lengua bien hecha. El error, en todo caso, se enlaza siempre — causa o efecto — con un mal vocabulario.

El gran objetivo a mis ojos, como a los de los estoicos antiguos, es el saber vivir. Ahora bien, una vez adquirida esta noción y bien comprendida, el problema promovido por M. Limbosch no tiene ya sentido; el punto de vista que afirma la primacía de la doctrina cae por sí mismo.

No se obra ya a priori. No se trata de ir a buscar en la revelación, la intuición mística o el dogmatismo doctrinario, de los principios absolutos que nos dicta nuestra conducta. Se trata simplemente de guiar al niño en la experiencia cotidiana de la vida, de ayudarlo a deducir él mismo las enseñanzas que esa experiencia implica. Es la práctica, es la experiencia de las cosas lo que constituye el “fundamento de la moral”, esa “base” que se nos reclama tan insistentemente.

En cuanto al ideal que resulta de ello, no confundamos la flor con la raíz. El ideal crece poco a poco, alimentado por esa experiencia múltiple, multiforme, y es así como a medida que el niño crece y se hace hombre, a medida que su horizonte se amplía, su concepción del saber-vivir y del deber-hacer tiene naturalmente, normalmente, que ir ampliándose y precisándose, hasta convertirse en fin — a veces — en la sabiduría consciente y razonada, en la sabiduría racional y científica del hombre adulto.

El educador no puede menos de cooperar en esa evolución natural, con modestia, con prudencia, sin prejuicio doctrinario, orientado solamente por la idea conductora que la antropología y la cosmología hayan podido darle y tomando así en la ciencia — digase lo que se quiera — la fuerza y el ascendiente de su palabra y el alma de sus principios teóricos.

Es así como volvemos a la importancia mayor de la antropología como fuente de inspiración moral — y me excuso de esa insistencia forzada que carece muy a pesar mío, de discreción.

Pero me ha importado mostrar que el problema encarado así, desembarazado así de toda superfetación metafísica, se convierte en un simple asunto del sentido común, de una sencillez por decirlo así

infantil, y que no hay necesidad, para resolverlo prácticamente, de hacer intervenir el “Gran Todo”, el “Incognoscible” o un principio *a priori* cualquiera.

—o) (o—

## Luigi Bertoni biografiado por Mussolini

De una vieja publicación italiana tomamos esta especie de documento histórico, que si no otro, puede tener un éxito de curiosidad:

LUIGI BERTONI

Es el director del bilingüe socialista anarquista “Réveil” de Ginebra. Ha sido detenido recientemente en Dickton, cerca de Zurich, después de una conferencia sobre Bresci. La orden de arresto ha partido de Berna, de Kronauer, procurador federal. Bertoni, ciudadano suizo, porque nació en el Cantón Ticino, es la bestia negra de la burguesía helvética. Lo he conocido en Berna en 1903. Alto, seco, de nariz prominente, lineamientos angulosos, sin barba. Tiene el aire de un asceta. Escribe y habla con gran corrección, el italiano y el francés. Su cultura histórica y sociológica es variadísima. Es una de las primeras cabezas pensantes del anarquismo internacional. Obrero. Trabaja de tipógrafo ocho horas por día y le queda el tiempo necesario para escribir un periódico y realizar *tournées* de propaganda. Su actividad es prodigiosa. El grupo editor del *Réveil* es obra suya. Ha sido *tracassé* por la policía y la magistratura. Ha sufrido diez procesos, atrayéndose muchas condenas. Una de sus autodefensas ha pasado a la historia de la literatura anarquista. Habitaba en rue des Savoises, 6. Una calle tranquila, un departamento modesto. Adversario del funcionarismo obrero, de los *permanents*, de los profesionales, no ha querido abandonar nunca la caja de compositor. Es un espíritu desinteresado.

Su probidad personal no es puesta en duda ni siquiera por aquellos que lo quemarían en las llamas de Champell, donde el infame reformador ginebrino envió a las llamas el cuerpo de Miguel Servet. Yo he trabajado para el grupo del “Réveil”. He traducido en 1904 casi todo el volumen de Kropotkin, *Les paroles d'un révolté*. Gratis. En 1911 he vertido en italiano el primer volumen de *La Grande Revolution*, también de Kropotkin. No quería retribuciones, pero dada la dificultad y la longitud del trabajo, se me ha pagado. Los envíos de Bertoni me han llegado con una puntualidad y regularidad de banquero.

Detalle interesante. Luigi Bertoni ha sido detenido mientras el pueblo suizo, con fuegos de alegría y campanas al vuelo, celebraba el aniversario de su



libertad seis veces secular. Atroz ironía. La libertad suiza es un mito como la existencia de Homero. También la prensa es vil. Nadie anunció el arresto. Después de cuatro días la noticia ha pasado sin comentarios. Kronauer, en una nota enviada a los diarios, anuncia que Bertoni será citado ante la Corte penal federal por violación del artículo 52 bis del Código penal. Debe tratarse de apología del delito. La masa obrera está en fermento. El sábado pasado se ha realizado en Ginebra un grandioso mitin de protestation. Se han anunciado otros en toda Suiza. Pero la vieja república está cansada. La burguesía no está ya segura de sí. Como las muchedumbres en-

cabezadas por los agitadores extranjeros. La gente de Tell es ya digna de recibir al kaiser y de morir en brazos de los Hohenzollern.

Uno che c'è stato.

("Uno che c'è stato" ha dicho él mismo que es Benito Mussolini a los amigos suizos. Por lo demás el detalle de la traducción hecha por él de las "Palabras de un Rebelde" y del primer volumen de "La Gran Revolución" lo indican con la mayor precisión; se trata de un detalle que muchos de nosotros sabían desde entonces. El artículo más arriba reproducido fue escrito para La Folle de Milán, la conocida revista de Paolo Valera, año 1, número 5, del 25 de agosto de 1912).

## LA NUEVA EDUCACION

NUMERO ESPECIAL DEL "SUPLEMENTO"

El próximo número de esta revista lo dedicaremos a reflejar, a través de una serie de transcripciones, las nuevas corrientes pedagógicas, en las que se advierte una inquietud humanista tan noble y un espíritu libertario tan pronunciado.

\* \* \*

En realidad, desde un punto de vista general, la pedagogía moderna es en buena parte una especie de doctrina pedagógica anarquista; anarquista que se ignora, es verdad.

Con ese número queremos llamar la atención de los compañeros sobre un dominio de actividad y de pensamiento que en otros tiempos preocupó muy intensamente al anarquismo y que no habría debido dejar nunca de preocuparle.

\* \* \*

Sucesivamente dedicaremos otros números a la cuestión religiosa, a Gustav Landauer (cuya correspondencia acaba de publicarse en dos grandes volúmenes), a la cuestión penal y la anarquía, etc., etc.

\* \* \*

No editamos esta revista por el solo prurito de editarla; aspiramos a ser útiles con ella al pensamiento anarquista; es preciso que cada lector comprenda lo que importa este esfuerzo y coopere con nosotros buscando suscriptores, extendiendo el radio de los amigos del SUPLEMENTO, haciendo llegar números de prueba a todas las direcciones conocidas donde haya esperanza de una acogida favorable.

Tenemos un cierto derecho a quejarnos de la pasividad reinante. Es verdad que el tiraje de esta revista no disminuye; pero el hecho de permanecer estacionario es un mal síntoma, pues quiere decir que los lectores no se preocupan de su divulgación, como si esta fuese una empresa comercial cuya difusión sólo interesa a los que están al frente de ella.

¡Un poco más de cooperación!

E. MALATESTA

## LA BASE FUNDAMENTAL DEL ANARQUISMO

A menudo ocurre que decimos: El anarquismo es "la abolición del gendarme", entendiendo por gendarme toda fuerza armada, toda fuerza material al servicio de un hombre o de una clase para constreñir a los otros a hacer lo que no quieren hacer voluntariamente.

Ciertamente aquella fórmula no da una idea siquiera aproximativa de lo que se entiende por anarquía, que es sociedad fundada en el libre acuerdo, en que cada individuo puede alcanzar el máximo desarrollo posible, material, moral e intelectual, y encontrar en la solidaridad social la garantía de su libertad y de su bienestar. La supresión de la coacción física no basta para que uno se eleve a la dignidad de hombre libre, para que aprenda a amar a sus semejantes, a respetar en ellos aquellos derechos que quiere respetados para sí y a rehusar tanto el mandar como el ser mandado. Se puede ser esclavo voluntario por deficiencia moral y por falta de fe en uno mismo, como se puede ser tirano por maldad o por inconsciencia, cuando no se encuentra resistencia adecuada. Pero eso no impide que la abolición del gendarme, es decir la abolición de la violencia en las relaciones sociales, sea la base, la condición indispensable sin la cual la anarquía no puede florecer, incluso no puede siquiera concebirse.

Es como cuando se dice: "el socialismo es el pan para todos". — "Es una cuestión de estómago", dicen los adversarios con intención denigratoria.

Ciertamente el socialismo es cosa mucho más vasta, mucho más elevada que la simple cuestión alimenticia, que la sola cuestión económica. Y se pueden tener perfectamente satisfechas las necesidades materiales sin convertirse por eso en un socialista, como se puede ser socialista aun debatiéndose en las estrecheces de la miseria. Pero eso no impide que no pueda existir, que no se pueda concebir una sociedad socialista si la cuestión económica no es resuelta de un modo que no sea más posible la explotación del hombre por parte del hombre y no sea asegurada a todos una decente vida material.

Anarquía y socialismo son dos concepciones sublimes (para nosotros se confunden en una sola) que abrazan toda la vida humana y la impulsan hacia las más altas idealidades, pero están condicionadas por dos necesidades fundamentales: la abolición del sable y la abolición del hambre. Es un error, y más frecuentemente es una hipocresía de satisfechos, el despreciar las necesidades materiales en nombre de las necesidades ideales. Las necesidades materiales son sin duda necesidades inferiores, pero su satisfacción es necesaria para el resurgimiento y el desarrollo de las necesidades superiores: morales, estéticas, intelectuales.

Para servirnos de un ejemplo: un cuadro de Tiziano es una cosa excelsa, muy superior en el concepto humano a las tierras coloreadas que han servido para hacerlo; pero sin esas humildes tierras Tiziano no habría podido hacer sus cuadros. Una bella estatua vale por el placer estético infinitamente más que una piedra tosca; pero sin piedras no se hacen las estatuas. Por tanto ante todo hay que abolir el gendarme, pues sólo cuando es excluida la posibilidad de la violencia los hombres llegan a ponerse de acuerdo con el mínimo de injusticia y con el máximo posible de satisfacción para cada uno.

Las necesidades, los gustos, los intereses, las aspiraciones de los hombres no son iguales y naturalmente armónicos; con frecuencia son opuestos y antagónicos. Y por otra parte la vida de cada uno es de tal modo condicionada por la vida de los otros que sería imposible, aunque fuese conveniente, separarse de todos los demás y vivir completamente según el gusto propio. La solidaridad social es un hecho a que ninguno puede sustraerse: puede ser consciente y libremente aceptada y por tanto obrar en ventaja de cada uno, o bien sufrida por la fuerza, con o sin conciencia, y entonces se explica con la sumisión de uno o de otro, con la explotación de los unos por los otros.

Mil problemas prácticos se presentan cada día en la vida social, que pueden ser resueltos de modo diverso, pero no de muchas maneras



simultáneamente; pero cada hombre puede preferir una solución a otra. Si uno, individuo o grupo, tiene la fuerza para imponer a los otros la propia voluntad, elige las soluciones que mejor convienen a sus intereses y a sus gustos y los otros las sufren y quedan sacrificados. Pero si ninguno tiene la posibilidad de obligar a los otros a hacer lo que no quieren, entonces, siempre que no es posible y no es juzgado conveniente adoptar más soluciones diversas, llega necesariamente, por mutuas concesiones, a aquel acuerdo que mejor conviene a todos y a aquel acuerdo que mejor conviene a los demás, ofende los intereses, los gustos, los deseos de cada uno. Nos lo enseña la historia, nos lo enseña la observación cotidiana de los hechos contemporáneos; donde la violencia no tiene función todo se acomoda del mejor modo posible, para mayor satisfacción de todos; donde interviene la violencia triunfa la injusticia, la opresión, la explotación.

¿Pero hay que creer que, derribado el gobierno, destruido el Estado con todos sus instrumentos de violencia: ejército, policía, magistratura, cárceles, etc., ninguno será tentado ya a procurarse, explotando a sus semejantes, mayores ventajas físicas, intelectuales u otras y a imponer la propia voluntad por medio de la violencia? ¿Es de suponer que, hecha la revolución en el sentido destructivo de la palabra, cada cual respetará los derechos de los demás y aprenderá pronto a considerar la violencia, hecha o sufrida, como cosa inmoral y vergonzosa? ¿No hay más bien que temer que muy pronto los más fuertes, los más hipócritas, los más afortunados, que pueden ser también los más malos, los más afectos a tendencias antisociales, puedan imponer la voluntad propia por medio de la fuerza, haciendo renacer el gendarme bajo una forma u otra?

Nosotros no suponemos, no esperamos que el

solo hecho de haber abatido con la revolución las autoridades presentes baste para transformar a los hombres, a todos los hombres, en seres verdaderamente sociales y para destruir todo germen de autoritarismo.

Ciertamente habrá todavía por largo tiempo violencias y por tanto injusticias y prepotencias; pero si los violentos no pueden contar más que con sus propias fuerzas, pronto serán reducidos a mejor consejo por la resistencia de los otros y por su propio interés. El peligro grande que podría anular todos los beneficios de la revolución e impulsar hacia atrás a la humanidad, se tiene cuando los violentos consiguen utilizar la fuerza de los otros, la fuerza social en ventaja propia, como instrumento de la propia voluntad, es decir cuando consiguen constituirse en gobierno, organizar el Estado. El gendarme no es propiamente el violento, sino que es el instrumento ciego al servicio del violento.

Los anarquistas que luchan hoy para destruir todos los órganos de violencia, tendrán mañana la misión de impedir que renazca por obra y por cuenta de viejos o de nuevos dominadores.

—o—

## El tormento penitenciario en los presidios yanquis

Hace ya algunos años habíamos presenciado la dolorosa marcha de los condenados a castigos severos, por la impía administración americana que dominaba y domina, en la zona del Canal de Panamá.

Allí habíamos presenciado muchas veces la salida de los presos para ser llevados a una distancia larguísima a hacer carreteras. Los presos eran todos trabajadores de las obras en construcción del gran canal, y cuando salían a la calle, se sentía a larga distancia sus pasos, teniendo en cuenta que ni una voz se pronunciaba, ni un gemido se daba, pero se dejaba oír el chirrido de las cadenas de unos 7 pies de largo amarradas a los pies, de las que colgaba una bola que lo menos pesaría 25 libras. Estas eran colocadas a los hombres condenados a seis meses, pero a medida que la condena era mayor, las bolas pesaban 50, 75 y algunas veces hasta 100 libras.

Todos los domingos hacíamos visitas a aquellos camaradas que por una u otra circunstancia habían sido víctimas del despotismo grosero de los yanquis, que se habían adueñado de aquella república. Un día no pude ya silenciar por más tiempo mi curiosidad con el ánimo de recriminar la barbarie empleada

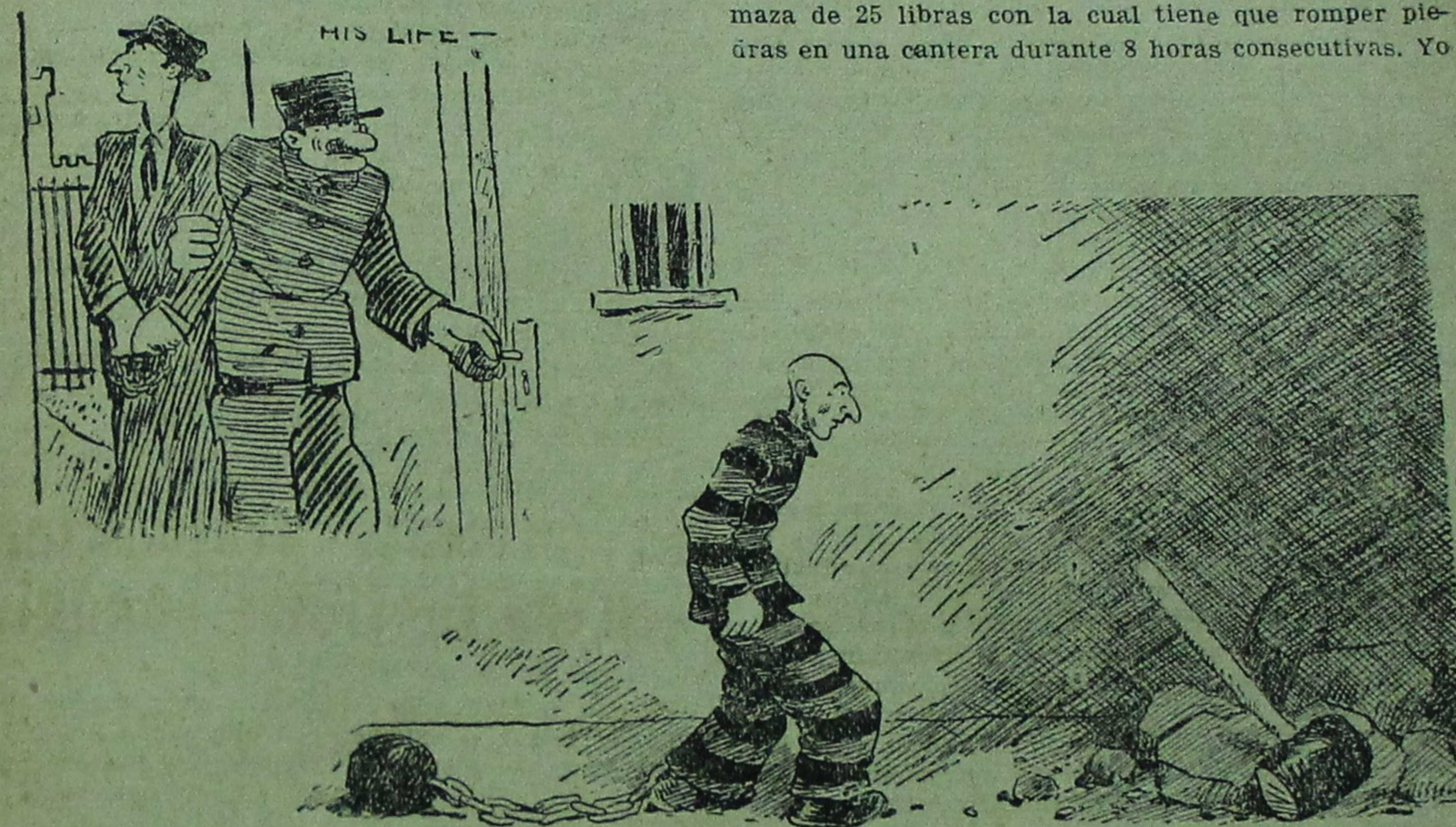
da en aquella casa con los presos.

El jefe de la prisión hablaba correctamente el castellano, y entonces aproveché la oportunidad y le pregunté si en los Estados Unidos se empleaban aquellos métodos de tortura propios de los tiempos de la Santa Inquisición, que los hombres de América habían combatido ardorosamente.

Este hombre me habló con toda seriedad de las prisiones de Norte América, diciéndome que dichas prisiones eran un verdadero modelo de higiene, en donde había hombres que entraban analfabetos y sa-

la indumentaria; una larga cadena, y montada sobre su hombro descansaba la pesada y milenaria carga, recuerdo de los tiempos pasados sin que haya en lo más mínimo sufrido la más leve modificación. Recordé que aquel hombre me había mentido, en gran escala, dado que en las prisiones del Norte, existen toda clase de torturas como existen en los países más reaccionarios.

Y más que cuanto yo pudiera decir en esta crónica, lo dice el dibujo que presentamos tomado de un prisionero americano en la prisión de la ciudad de Pittsburgh, en donde aparece el perro policía vigilándolo para ver si marcha derecho a empuñar la maza de 25 libras con la cual tiene que romper piedras en una cantera durante 8 horas consecutivas. Yo



lin hechos hombres de ciencia, agregando que aquel sistema de la bola era exclusivamente para países como Panamá, Costa Rica y sitios así faltos de cultura.

Al poco tiempo yo fui a los Estados Unidos, y no había olvidado cuanto aquel hombre, jefe de la prisión de Culebra, que así se llamaba, me había dicho en pro de la cultura y del trato que se daba a los pobres prisioneros en las tierras del Coloso del Norte. Pregunté luego a los que habían visto algún presidio, y lo primero que me indicaron fué la maldita bola de 100 libras a todos los penados. Más tarde yo he visto desfilar los presos y llevaban idénticamente

presencié a estos condenados trabajando en llenar sus carretillas de tierra o de piedra; además hay que tener en cuenta la bola que hace temblar las piernas de estos seres condenados al tormento cruel y refinado que los despiadados yanquis llaman recreo.

Es cruel y tiránico el sistema carcelario que existe en el país de los pacifistas, de los filántropos que donan cientos de millones para hacer iglesias al Sagrado Corazón de Jesús, y no se conmueven ante el dolor torturante de las víctimas de la injusticia social imperante. ¡Maldita sociedad que mantiene una desigualdad tan inicua y tiránica!

R. LONE

"LA PROTESTA"  
(diario)

y el SUPLEMENTO.  
(revista quincenal)

Subscripción mensual a ambas publicaciones, \$ 2.50. — Pago adelantado.

Todo importe remítase a Mariano Torrente. — Perú 1537.

¡ DIFUNDID ESTA REVISTA, CAMARADAS !



ELISEO RECLUS

# A los campesinos

I

La economía política no tiene ya otros argumentos que el insulto y la metralla contra el obrero que reclama el producto íntegro de su trabajo. Es sabido. No hay ya equívocos posibles: ¡o el reinado de la violencia, o el advenimiento de la justicia!

Si la sociedad se compone de individuos que no tienen otro ideal que la lucha por la existencia ni más justicia que el derecho de la fuerza, los pobres y los débiles, son de los que ellos se apoderan.

Con arreglo a las necesidades o los apetitos de su dueño, han de servir de carne de cañón, de carne de máquina o de carne de placer; han de vivir para enriquecer a otros y satisfacer con creces sus caprichos, considerándose dichosos y satisfechos si su amo les concede de vez en cuando un pequeño desahogo en medio de su miseria.

Pero si la justicia ha de regular las relaciones entre los hombres, si todos tienen el mismo derecho a la vida, al bienestar, al libre desarrollo de sus facultades, se ha de confesar entonces que la esclavitud industrial es una monstruosidad llamada a desaparecer.

El explotador ni siquiera trata de razonar para demostrar al proletariado que hace mal en querer ser libre; por desgracia, son los esclavos mismos los que, desconociendo su propia fuerza y hallándose bajo la continua influencia del hombre, no aprendieron aun a asociarse para la organización de la industria y para sustraerse, ellos y sus familias, a tan insoportable servidumbre.

\*\*\*

Pero la luz se hace. Allí donde hay una fábrica, cunde la propaganda entre las clases trabajadoras. Puédese decir que todo el mundo industrial es una especie de inmensa escuela a la vez que un laboratorio de observaciones y experimentos.

El obrero aprende más cada vez, y como en todos los lugares del universo, empieza a ser de igual modo comprendida la justicia, la coalición de los que sufren, se realiza espontáneamente.

Por el solo hecho de reflexionar acerca de su situación y de pensar en los medios de salir de ella, todos los obreros de la creación se ven irresistiblemente atraídos a formar en nuestras filas.

Hemos dicho todos los obreros. Y lo repetimos: todos, incluso los trabajadores del campo.

Hasta ahora, nuestros adversarios tuvieron a los campesinos por su más seguro apoyo. Alaban en todos los tonos la virtud de esos buenos aldeanos que no se molestan en pensar y aceptan dócilmente la consigna que tienen a bien darles el alcalde o el sacerdote católico.

No siendo suficiente para sus fines la adulación,

añadían la calumnia y la mentira. Había gran empeño en azuzar al trabajador del campo contra el obrero de la ciudad, pintando a éste como una fiera pronta a arrojarse sobre un trozo de tierra; nunca acababan de hablarle de los repartidores.

El inocente campesino se enfurecía contra estos supuestos repartidores de su campo; que era lo que buscaban los burgueses.

\*\*\*

Desgraciadamente, para nuestros adversarios, esa farsa ya no produce ningún efecto, y tendrán que buscar otra, si pueden.

En primer lugar, la mayoría de los campesinos de Europa, no son bastante ricos para que hayan de enfurecerse contra los repartidores de bienes.

¿Por qué ha de encolerizarse contra ellos el miserable jornalero que no puede levantar una paletada de tierra que sea suya?

Sólo el propietario puede hoy permitirse el lujo de indignarse con tal motivo. El obrero no tiene tierras que perder, y no es cosa que le asuste en gran medida la idea de partir la miseria con la riqueza del gran señor territorial.

¡Tengan, pues, mucho cuidado los amos con su propaganda, porque se exponen con ella a que les dé resultados completamente distintos de lo que esperan!

\*\*\*

Y no es esto todo.

El mismo pequeño propietario y el humilde campesino que poseen buenamente alguna fanega de tierra, cuyos títulos de propiedad guarda bien en regla en el fondo de su armario, se preguntan si es cierto que el obrero de la fábrica quieren arrebatársela su cosecha.

Le dicen que la propiedad debe ser la recompensa del trabajo, y no se resisten a creerlo; mas cuando ve que la inmensa hacienda de su rico vecino, el embañador o el banquero, se va redondeando de un año para otro, no puede menos de preguntarse en lo más recóndito de su corazón:

“¿Es con su propio trabajo o con el ajeno con el que ese gran propietario aumenta de tal modo sus rentas y sus tierras? ¿No sería acaso él el verdadero expoliador, el verdadero enemigo, pues sin haber tocado el azadón ni la pala en su vida, él es quien se enriquece, dejando en la mayor miseria a sus infatigables trabajadores, que se levantan a diario antes del amanecer?”

Suponiendo que los trabajadores sean esos saqueadores que le han pintado, no ve, en verdad, que se acuerden de ir a saquear los campos, mientras que su poderoso vecino, mucho más terrible que ellos, no

II

tiene otro afán que desposeerle de sus surcos y arrebatársela su choza.

\*\*\*

Nadie podrá nunca llegar a formarse una idea exacta de la energía, de la perseverancia, de la astucia que emplea el campesino para conservar su pedazo de tierra. A fuerza de trabajo consigue hacer fértil un campo que los señores de otro tiempo tenían inculto; a fuerza de sobriedad llega al extremo de no contar su alimento en los gastos diarios de su existencia; a fuerza de economía encuentra el medio de disputar, parcela a parcela, su trozo de terreno al capitalista.

Tanta es la previsión del campesino en la contienda por la posesión del suelo, que hasta ha sabido dominar sus sentidos y limitar a dos o tres el número de los hijos que han de heredarle.

Mas, ¡cuántas veces el resultado de tantos esfuerzos no es sino un desastre horrible!

En lo que la fuerza del dinero es suficiente para formar grandes feudos, todo el trabajo, toda la abnegación del campesino, se agotan inútilmente, y su pequeño patrimonio va a perderse en los inmensos dominios de su señor.

Todo el mundo sabe que en Inglaterra, la clase de los pequeños labradores ha acabado por verse completamente privada de la posesión del suelo y que todo el país se halla acaparado por un reducido número de propietarios que de año en año disminuye. Hace veinte años eran cuarenta mil; hoy no llegan a treinta mil; y si la concentración de las riquezas hubiera de continuar de igual manera, sin que el pueblo creyese oportuna su intervención, toda Inglaterra acabaría por estar en manos de un solo dueño o de un solo Banco.



¡Dos millones de niños tienen que ganarse en Estados Unidos el pan de cada día!

¡Cuán infimos, cuán vanos deben parecernos los esfuerzos del pequeño campesino para conquistar algunos surcos de tierra o unos cuantos árboles, si lo comparamos con la potente absorción del terreno por el capital.

Así es como en Irlanda, en ese país en que hay propietarios de vastos dominios que pueden satisfacer sus caprichos de hacer plantar en ellos millones de árboles, vemos a algunos infelices famélicos disputarse insignificantes parcelas de tierra, pequeños cuadrados rodeados de tapias y cubiertos de malas hierbas.

El frenesí de la herencia llega a tal extremo, que muchas veces luchan con furor por la propiedad de un verdadero mito, de algo menos que nada.

El viajero Emerson Tenent, cuenta que un tribunal de la Punta de Gales hubo de sentenciar, no ha mucho, un pleito sumamente intrincado acerca de los dos mil quinientas vigésima parte de diez cocoteros.

Y no es sólo en la isla de Ceilán donde el pobre propietario se deja arrastrar a tales majaderías.

Por otra parte, haga lo que quiera, el pequeño labrador se halla de antemano condenado a sucumbir ante las imposiciones del capital, si se empeña en seguir combatiendo en el aislamiento en que hoy se ve, si continúa viviendo en el régimen actual de la propiedad privada.

Los trabajadores agrícolas de Inglaterra así lo han comprendido; por eso han formado esa coalición merced a la cual van de victoria en victoria contra los terratenientes, habiendo, más pronto o más tarde, de acabar por asegurarse la propiedad colectiva del terreno.

Esa gran asociación de los trabajadores agrícolas es probablemente el acontecimiento más trascendental de este siglo, aun cuando los oradores de nuestras asambleas no se hayan dignado todavía decir nada respecto a ella.

De hoy en adelante, los campesinos y los otros obreros, que hasta la fecha no se conocían, son impulsados en la misma dirección; unos y otros están de acuerdo en reivindicar la posesión de los instrumentos de trabajo, es decir, la tierra y la fábrica.

\*\*\*

“El amor de la propiedad personal — dicen los economistas — es en tal manera inherente a la naturaleza humana que, suprimiendo el derecho de transmisión de la tierra por la herencia, se suprime a la vez el estímulo al trabajo y, por consiguiente, la sociedad”.

Lástima es que tal argumento se estrelle al chocar con los hechos.

Los rusos y los serbios, son tan hombres como los franceses, suizos y alemanes; y sin embargo, ¿no es allí el municipio el único propietario de la tierra? ¿No hace éste de ella un nuevo reparto cada vez que, a consecuencia de los nacimientos y defunciones acaecidos en la localidad, las partes proporcionales de las familias son desiguales? ¿Acaso no son inútiles entre todos esos repartidores las cercas y los mojones? ¿Por ventura la falta de las paredes medianeras no produce justamente el resultado de suprimir las disputas y pleitos que tan frecuentes son entre nosotros?

La historia de millones de hombres está aquí para demostrarnos que “es completamente posible que el hombre trabaje con interés sin necesidad del aliciente de dejar a sus hijos la propiedad exclusiva de algunas fanegas de tierra”.



Haciendo caso omiso de las comunidades agrícolas que prosperan en Inglaterra y en los Estados Unidos que todavía no tienen en favor suyo la sanción de una larga duración, tenemos las *zadrugas* de todos los pueblos eslavos de Austria y Turquía, que nos brindan el ejemplo de sociedades que viven felices sin el aliciente de la herencia.

Estas asociaciones, compuestas de diez a sesenta personas, constituyen pequeñas repúblicas que discuten sus asuntos con toda libertad y escogen, sin intervención exterior de ninguna especie, la directora de la casa y sus agentes.

Cuando una de estas asociaciones familiares llega a ser demasiado numerosa, se subdivide, formándose una nueva por completo independiente de la primera.

Todas las *zadrugas* de un mismo distrito, se ayudan mutuamente; cuando se trata de acabar un trabajo que corre prisa, toda la población pone manos a la obra y la tarea se acaba en medio de cantos y gritos de alegría.

Lo propio tenía lugar en otro tiempo en la Europa occidental; pero el derecho romano, el derecho feudal y el poder del Estado, puestos al servicio del interés particular de los nobles y burgueses, han poco a poco cambiado el régimen de la propiedad.

En Francia, de igual modo que en Suiza, Italia y España, hay muchos terrenos llamados comunales; pero en Francia, por lo menos, esa supuesta comunidad es la mayor de las ironías. Tan bien guardado es el suelo por los reglamentos, ordenanzas y denuncias, que permanece siempre inculto y la infortunada campesina, seguida siempre por la desconfiada mirada del gendarme, apenas se atreve a llevar a pacer en él su asno, a pesar de no poder éste alejarse en torno de ella más que lo que da de sí la longitud del ronzal.

\*\*\*

Pero se trata ahora de restaurar el antiguo régimen de la propiedad patriarcal o comunal. El mundo no tiene por qué retroceder. El cultivo del suelo se va poquito a poco transformando en un trabajo industrial como la explotación de las minas y la elaboración de las primeras materias; de igual modo que las otras industrias, dicho cultivo se va desembarazando gradualmente de las antiguas prácticas rurales, que reemplaza por medio de procedimientos científicos; como la mina de hulla o la filatura de algodón, se ve obligada a simplificar las operaciones con ayuda de la división del trabajo; en una palabra, la tierra se va convirtiendo de día en día en una gran fábrica de producción agrícola en que cada parte es un mecanismo especial y en que cada trabajador tiene de antemano señalado el papel que ha de desempeñar.

III

"La asociación agrícola es cosa imposible" — dicen los economistas, en contra completamente de la verdad.

El trabajo aislado del labrador va siendo cada vez más ruinoso; la agrupación de los trabajadores se va haciendo más indispensable cada vez. Lo que falta ver es si deben unirse como galeotes bajo el látigo del capataz o si deben trabajar en la obra común como asociados libres.

En comparación de lo que será la cultura industrial y científica, ¡qué pobre es la explotación de la tierra, basada en el mezquino sistema de la propiedad individual!

Cada uno trabaja sólo para sí, sin método, sin

idea, sin discernimiento. Llevado del espíritu de rutina, el campesino sólo piensa en hacer producir a su terreno las cosechas de costumbre, aunque el suelo y el clima no sean adecuados a ellas; el rudo labrador quiere arrancar a la tierra las espigas o los racimos que sus padres de ella sacaran.

Los cultivos abigarrados con los colores más heterogéneos, en lugar de dividirse en graciosas curvas, siguiendo las líneas de nivel y los accidentes del terreno, constituyen paralelógramos extraños, encajados unos en otros y cuya forma implica la ausencia de todo método científico. Las aguas corren al azar; aquí, el labrador deja que sus campos se conviertan en verdaderos pantanos, y ve estóicamente cómo las inundaciones destruyen sus cosechas, sin hacer nada para evitarlo; allí, sus terrenos permanecen yermos a causa de la sequía, teniendo un río a pocos metros de distancia. La mayor parte del agua corre hacia el mar, sin que nadie piense en aprovecharla, cuando no debería desperdiciarse ni una gota de ella.

\*\*\*

Para formarnos una idea de la revolución que se ha de producir y que de día en día se va produciendo en la agricultura, gracias a la aplicación de los métodos científicos, tomemos como ejemplo toda una región natural, una cuenca hidrográfica, en su conjunto.

Aquí ya no se trata de la rutina del labrador; es menester, además, que la ciencia conozca perfectamente el suelo para utilizar toda su fuerza productiva.

El geógrafo y el meteorólogo, deben indicar la sucesión probable de las temperaturas y de las presiones barométricas en cada uno de los puntos de la cuenca; ellos son quienes han de trazar las líneas de igual temperatura, isotermas, e indicar con exactitud el grado de las pendientes.

El geógrafo y el químico deben estudiar el origen de todos los terrenos, analizar y dosificar sus componentes, y proponer las mezclas más a propósito para cada género de cultivo.

El hidrólogo debe buscar los manantiales ocultos, apreciar el caudal de todas las aguas, medir su velocidad, trazar los canales de riego, preparar todo el sistema arterial y venoso en toda la cuenca hasta su desembocadura en el llano o en el mar.

El ingeniero debe construir los canales, los puentes, los caminos de explotación, las máquinas de vapor, las presas y todo el inmenso mecanismo de los terrenos de cultivo.

Los agrónomos, por fin, débense ocupar de los abonos y de las siembras y plantaciones. Si una parte del terreno se ha de plantar de bosques para que dé el máximo de productos, será cubierta de árboles; si otra parte es más a propósito para los cereales, las viñas, las plantas forrajeras, los árboles frutales o la hortaliza, se destinará a las plantas cuyo desarrollo pueden favorecer las condiciones del suelo, de las aguas y del clima, y es menester que los estadísticos, los economistas y los industriales, encargados del transporte, se ocupen de averiguar si tal o cual cultivo, demasiado extendido ya en otra comarca, corre el riesgo de ser en extremo abundante, y de si sería preferible sustituirlo con otra producción más útil a los intereses de la sociedad.

\*\*\*

La agricultura, de este modo practicada, exige el concurso de todos: todas las fuerzas intelectuales de

ben ser empleadas en hacer que el dominio común del hombre sea lo más productivo posible.

Obrando de tal manera, la producción aumentará de un modo sorprendente, como lo prueban los resultados del cultivo industrial en las extensas haciendas de los agrónomos ingleses.

La grande industria, ayudada por la ciencia, ha concluido con la pequeña industria; la grande agricultura no puede menos de dar fin de la pequeña.

¡Manos a la obra, campesinos! Si deseáis ser libres, si no queréis sufrir la suerte del peón o del esclavo, apresuraos, aun estáis a tiempo, ¡mañana tal vez sea tarde! ¡Asociados, uníos todos para poseer en común la tierra, antes que la banca se apodere de ella! ¡Ayudad al obrero a ser dueño de sí mismo, que él os ayudará a su vez a emanciparos! ¡Convenenos de que vuestra causa y la suya son una!

\*\*\*

No quiero terminar sin recordaros una anécdota que cuenta la friolera de más de dos mil años.

Cuando Epaminondas hacía edificar la ciudad de Megalópolis en el centro del Peloponeso, sus futuros habitantes pidieron a Platón que les dotara de leyes modelo.

—Con mucho gusto — dijo el filósofo. — Mas, ¿habrá propietarios entre vosotros?

—Claro que sí — se le contestó. — Cada cual tendrá su campo y podrá cercarlo.

—Entonces, inútil es que os dé leyes. Edificad vuestra población. Otros se encargarán de arrasarla sin que vosotros sepáis defenderos.



Marte llama a Vulcano, es decir al trabajador, para que le secunde en la obra de la guerra, y el trabajador le ha escuchado hasta aquí produciendo armas y municiones para el propio exterminio. ¿Será siempre así?

EDUARDO MILANO

## EL PRIMER PASO HACIA LA ANARQUIA

III

### EL GOBIERNO

Apenas un dado número de hombres libres subyugaron a otros hombres y crearon la ley que sancionaba en los vencedores el derecho a mandar, y en los vencidos — esclavos — el deber, la obligación de obedecer, nació el gobierno, que significa opresión de los fuertes sobre los débiles, clase de ricos y de desposeídos, de explotadores y de explotados, de amos y de siervos.

"El Estado-gobierno, dice Spencer, se ha formado por la opresión y para la opresión".

Varios fueron con el andar del tiempo los nombres y las formas tomadas por el gobierno, pero su esencia no cambió nunca.

Hoy más que nunca la palabra gobierno significa el género humano dividido en conventículos de privilegiados que con el pretexto de una necesidad de gobierno, explotan la gran masa del pueblo sometida

a ellos política y económicamente (1); hoy más que nunca significa desigualdad de condición, guerra, opresión, antagonismo de intereses, explotación de clase, miseria del pueblo.

El gobierno soy yo, yo, el capital, la patria — puede decir la burguesía parodiando a Luis XIV.

Es verdad.

¿Quién gobierna actualmente, quién hace las leyes y quién las mantiene en vigor con la fuerza? La clase burguesa.

¿En favor de quién sanciona el privilegio dichas leyes? En favor de la clase burguesa.

El gobierno, el sumo representante de los privilegios burgueses, como la religión, halla la fuerza moral que lo sostiene, en la ignorancia, en el prejuicio, en el embrutecimiento del pueblo. Halla la fuerza material en la jerarquía de un ejército de esbirros, jerarquía que parte del ministro del interior y baja poco a poco hasta el prefecto, el jefe de policía, el comisario, el juez, el pretor, el carabinero, el policía, el guardia cárcel, el espía.



Al lado de este ejército mercenario en las grandes ocasiones, cuando el pueblo hace oír el grito desgarrante del hambre reclamando el derecho a la existencia y amenaza quebrantar las propias cadenas, el gobierno, al lado de la guardia de seguridad, al lado, hace formar el soldado, el cual como esbirro, por la fuerza, es obligado a disparar el arma homicida contra los propios hermanos de sangre y de desventura.

Hemos dicho que los socialistas legalitarios, derribados los presentes gobiernos, quisieran formar de inmediato otro; hemos dicho también que el gobierno socialista llegaría al colmo de la centralización y del despotismo.

En efecto, ¿cuál es el colmo de la ambición a que puede llegar un emperador, un rey, un presidente de república, un papa?

La avaricia de querer mandar sobre los pueblos de todo el mundo, y no sólo eso, sino también el deseo de ser dueños de sus cuerpos.

Ahora bien, pongamos en lugar del gobierno socialista, un emperador, un rey, un presidente de república; dejemos que aquellos se creen un partido de cointeresados en aquellos que están en el pesebre de la administración, y esta nueva clase de privilegiados reducirán el mundo a un cuartel de esbirros.

Pongamos en el lugar de un gobierno socialista a un papa y convertirá el globo en un convento.

La *Opinione* de Roma, periódico burgués, monárquico, constitucional, conservador del agua más bella, que se profesa socialista, en un artículo escrito en ocasión de la muerte del cardenal Manning, escribió que había que tener en cuenta el hecho que "el socialismo se convierte en instrumentum regni". Es la palabra de orden de la burguesía.

Pero el nuestro será un gobierno de pueblo, nos dicen ciertos obreros engatusados por los socialistas legalitarios.

Se les responde:

Sobre mil administradores y directores de sociedades obreras, de consumo, de socorros mutuos, etc., ¿cuántos individuos se encuentran que no abusan de sus cargos para cometer abusos?

Y adviértase que están bajo el continuo y directo control de los propios compañeros, entre los cuales fueron elegidos como los mejores.

Digase también.

¿Qué sería de un gobierno socialista cuando sus miembros estuviesen lejos de todos, por encima de todos? ¿Cuando tuviesen la facultad de hacer leyes, cuando existiese además el dinero — bono de trabajo — corrosivo de las mejores conciencias?

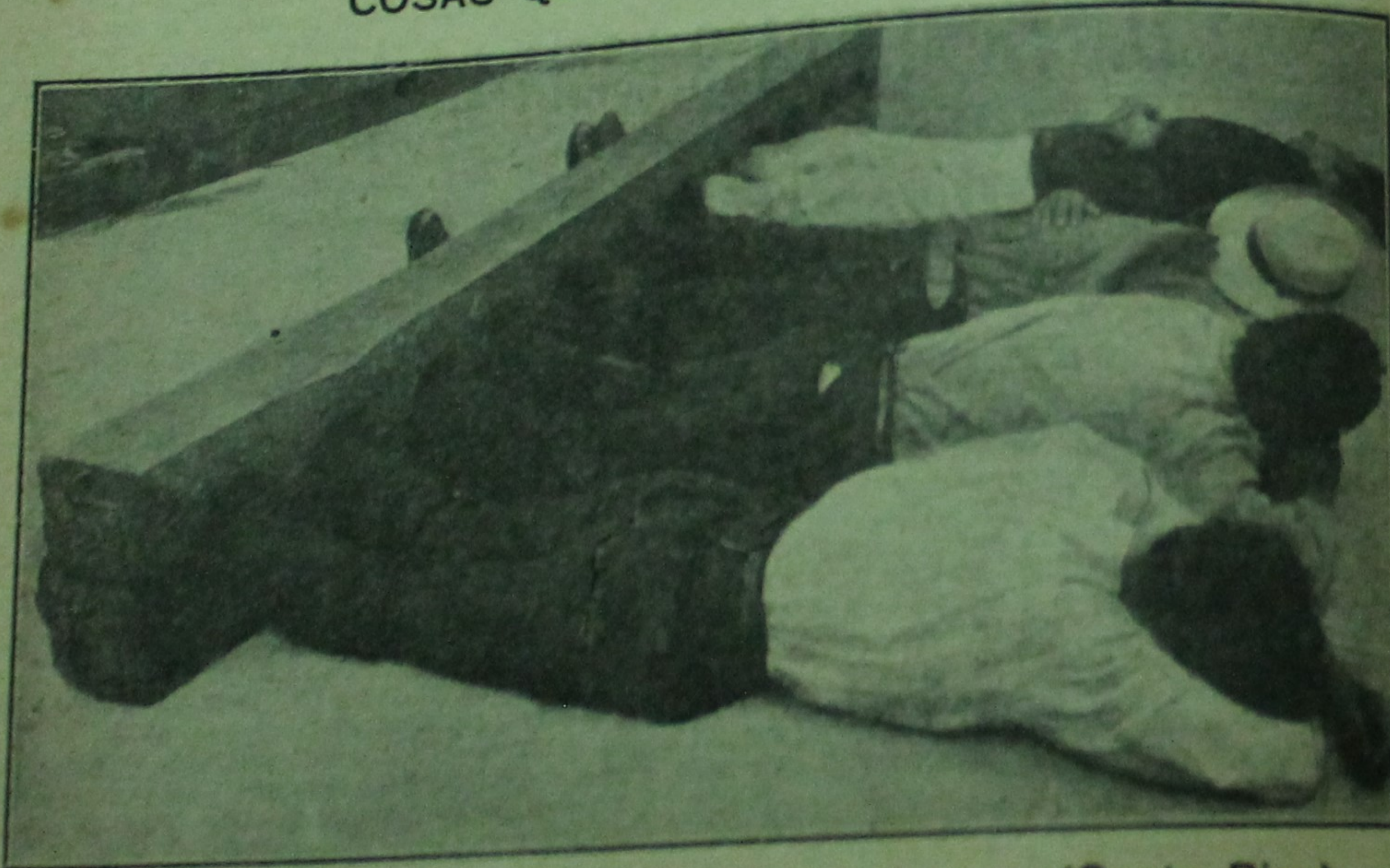
Escribió Proudhon:

"Yo no creo de ningún modo en esta institución adivinatoria de la multitud, que le haría discernir al primer golpe el mérito y la honorabilidad de los candidatos. Abundan los ejemplos de candidatos electos por aclamación y que, sobre los tapices donde se ofrecían al pueblo embriagado, preparaban ya la traición de sus traiciones. Y es mucho si, sobre diez pímaros del pueblo encuentra en sus comicios un hombre bueno..."

"Pero ¿qué me importan, una vez más, todas esas elecciones? ¿Qué necesidad tengo de mandatarios y representantes? Si es preciso que exprese mi voluntad, ¿no puedo expresarla sin el socorro de alguaciles? ¿Me costará más, y no estoy más seguro de mí que de mi abogado?" (2).

¿Tal vez no nos enseñan nada, propiamente nada,

## COSAS QUE SE VEN TODAVIA



Fotografía de un grupo de presos en el cepo (Costa Rica)

las continuas apostasias de los obreros repuplicanos o socialistas que subieron al gobierno? ¿No nos enseña nada la historia con la dictadura de un Napoleón I, con el golpe de Estado de un Napoleón III, con la constitución tantas veces jurada y perjurada del cuarenta y ocho en adelante, por reyes, duques y papas? Si pusiésemos la cadena del galeoto al pie de los nuevos gobernantes, como sugería Marat, ciertamente encontrarían modo de librarse de ella y de ponerla nuevamente al cuello del pueblo.

"Anárquico es el pensamiento — dice Bovio — y hacia la anarquía va la historia". El pensamiento de cada individuo es autónomo y sin embargo todos los pensamientos de los hombres se van organizando en un pensamiento colectivo que mueve la historia...

"Hacia la anarquía visiblemente camina la historia, agotando la vitalidad del Estado-gobierno y descubriendo cada vez más la antinomia insuperable entre la existencia del poder central y la libertad del hombre.

"Justificad como queráis al Estado-gobierno, consagrado transportando a él el dios sustraído de la iglesia, hacerlo güelfo, gibelino, burgués, monárquico o republicano, os daréis cuenta al fin de tener en el cuello un tirano contra el cual protestaréis de continuo en nombre del pensamiento y de la naturaleza".

Del gobierno, de ese peso enorme, de esa ciudadela de la explotación, de ese instrumento de opresión, no se podrá nunca hacer caso omiso, al menos sin la realización del comunismo anárquico, que es garantía de la máxima solidaridad, libertad e igualdad.

"El gobierno, concluiré con Engels, no data de la eternidad. En un cierto grado de desarrollo económico, el gobierno se convierte en una necesidad por la división de la sociedad en clases — ricos y pobres, explotados y explotadores.

Ahora nos encaminamos rápidamente a un grado de desenvolvimiento económico en que la existencia de estas clases, no sólo ha cesado de ser una necesidad, sino que se convierte en un obstáculo efectivo para la producción.

Las clases caerán inevitablemente como surgieron. Con ellas cae también inevitablemente el Estado-gobierno.

La sociedad que reorganiza la producción sobre la base de la asociación libre e igualitaria de los productores, relega el antiguo mecanismo del Estado-gobierno al museo de las antiguallas, junto con la rueda de hilar y con el hacha de bronce".

## LAS LEYES

El gobierno — reyes, presidentes, ministros, diputados, senadores — hace las leyes, hemos dicho, y piensa en hacerlas ejecutar.

Es importante, pues, saber qué es lo que son esas leyes, qué es lo que valen y qué razón tienen de existir.

Oigamos a Proudhon, el padre de la anarquía, al respecto:

"Bajo la impaciencia de los pueblos o la inminencia de la revuelta el gobierno ha debido ceder, ha prometido instituciones y leyes, ha declarado que su más ferviente deseo era que cada cual pudiera gozar del fruto de su trabajo, a la sombra de su parra y de su higuera. Era una necesidad de su posición. Aunque en los hechos se presentaba juez de derecho, árbitro soberano de los destinos, no podía pretender conducir los hombres según su capricho.

"Rey, presidente, directorio, comité, asamblea popu-

lar, no importa, hacen falta al poder reglas de conducta; sin eso ¿cómo proveería a establecer entre sus súbditos una disciplina? ¿cómo se conformarán los ciudadanos al orden, si el orden no se les notifica, si apenas se les notifica es revocado, si cambia de un día al otro y de hora en hora?

"Por tanto, el gobierno deberá hacer leyes, es decir imponerse a sí mismo límites; porque todo lo que es regla para los ciudadanos se convierte en límite para el príncipe-gobernante. Hará tantas leyes cuantos intereses encuentre: y como los intereses son innumerables, y las relaciones que nacen unos de otros se multiplican al infinito, y el antagonismo no tiene fin, la legislación deberá funcionar continuamente. Las leyes, los decretos, los edictos, las ordenanzas, las decisiones, caerán como granizo sobre el pueblo. Después de un cierto tiempo el terreno político será cubierto por un estrato de papel que los geólogos registrarán bajo el nombre de *formación papelesca* en las revoluciones del globo. La Convención en tres años, un mes y cuatro días, produjo once mil seiscientas leyes y decretos. Actualmente (1887) el *Boletín de las leyes* contiene más de cincuenta mil; si los gobernantes cumplieren con su deber, esa cifra enorme sería bien pronto redoblada.

¿Creeis que el pueblo y el gobierno mismo se hallan en ese océano?

Ciertamente, henos aquí ya lejos de la institución primitiva. El gobierno ejerce, se dice, en la sociedad el puesto de padre; ahora bien, ¿qué padre pensó nunca en hacer un pacto con su familia? ¿presentar leyes a los propios hijos? ¿dividir sus poderes de los maternos? El padre de familia es inspirado, en su gobierno, por su corazón; no toma el bien de sus hijos, los alimenta con el propio trabajo; guiado por su amor, no se aconseja más que por el propio interés de los suyos y por las circunstancias; su ley es su voluntad, y todos, madre e hijos, se confían a él.

El pequeño Estado estaría perdido si la acción paterna encontrase la más mínima oposición, si fuese limitada en sus prerrogativas y determinada anticipadamente en sus efectos. ¿Y qué? ¿sería, pues, verdad que el gobierno no es un padre para el pueblo, puesto que se somete a reglamentos, puesto que transige con los propios súbditos y se convierte en el primer esclavo de una razón que, divina o popular, no es la suya?

Si la cuestión se plantea en estos términos, yo no veo la razón por la cual deberé someterme a la ley. ¿Quién me garantiza su justicia y su sinceridad? ¿De dónde me viene? ¿Quién la ha hecho?

Rousseau enseña en estos términos apropiados que en un gobierno verdaderamente libre, el ciudadano, al obedecer a la ley no obedece más que a la propia voluntad.

Ahora bien, la ley ha sido hecha sin mi participación, a pesar de mi disenso absoluto, a pesar del daño que me hace sufrir.

El Estado-gobierno no trata conmigo; no cambia nada conmigo; me impone tributos. ¿Dónde está, pues, el ligamen de razón y de interés que me obliga?

Pero ¿qué digo? ¡Leyes a quien piensa por su cuenta y no debe responder más que de sus propios actos! Estoy pronto a tratar, pero no quiero leyes; yo no reconozco ninguna; protesto contra todo orden que se complazca un poder de pretendida necesidad imponer a mi arbitrio. ¡Leyes! Se sabe lo que son y lo que valen. Telas de araña para los poderosos y los ricos; cadenas que ningún acero podría romper,



# EL GARROTE MODERNO



(Dibujo de William Siegel).

para los pequeños y los pobres; armas en manos del gobierno.

Decís que se harán pocas leyes, que se harán sencillas, que se harán buenas. Pero esto es imposible. ¿No debe el gobierno regular todos los intereses, juzgar todas las divergencias?

Ahora bien, los intereses son, por la naturaleza de la sociedad, innumerables; las relaciones variables y móviles hasta el infinito.

¿Cómo es posible hacer pocas leyes? ¿Cómo podrían ser sencillas? ¿Cómo no habría de ser pronto detestable la mejor ley?

También esta es una concepción.

Si confiesa así sus errores el gobierno es muy culpable. Sin duda para instrucción del legislador y edificación del pueblo, hará grabar en la fachada del palacio legislativo, este verso latino que había escrito un cura de Borgoña sobre la puerta de la propia cantina, como advertencia de su celo báquico: "Pastor ne noceant bibere pauca, sed optima vina! (A fin de que no te hagan mal, bebe pocos pero buenos vinos).

¿De las leyes pequeño número, pero excelentes! ¿Pero esto es imposible! El gobierno ¿no debe regular todos los intereses, juzgar todas las divergencias? Ahora bien, los intereses son innumerables dada la naturaleza de la sociedad, las relaciones variables y móviles hasta el infinito.

¿Cómo es posible hacer pocas leyes? Se habla de simplificación. Pero si se puede simplificar en un punto, se puede simplificar en todos. En cambio de un millón de leyes, una sola basta.

¿Cuál será esa ley?

No hagas a los otros lo que no quieres que se te haga a ti, y haz a los demás lo que quieres que se te haga. ¡He aquí la ley y los profetas! Pero es evidente que no es ya una ley; es una fórmula elemental de la justicia, es la regla de todas las transacciones (3). La simplificación legislativa nos lleva por tanto a la idea del contrato, por consiguiente a todas las antinomias de la sociedad; si es consentida y querida por todos es adecuada al contrato social. Al promulgarla proclamáis la negación del gobierno" (Proudhon, obra citada).

## LEY MORAL NATURAL

La ley moral natural es el conjunto de los deberes generales, recíprocos, que se imponen a toda especie de animales que viven en sociedad, y sin cuyos deberes una asociación no podría subsistir.

"La vida en sociedad sería totalmente imposible sin su correspondiente desenvolvimiento de sentimientos sociales y especialmente de un cierto sentimiento colectivo de justicia que se convierte luego en un hábito.

"Si cada individuo abusase continuamente de sus ventajas personales, sin que los otros intervengan en favor de los ofendidos, ninguna vida social sería posible. Los sentimientos de justicia se desarrollan más o menos en todos los animales gregarios. De cualquier distancia que vengan las golondrinas o las grullas, cada cual vuelve al nido que ha hecho o preparado en el año precedente. Si un pájaro haragán trata de apropiarse del nido de un compañero, o le roba algunas pajas, la muchedumbre interviene contra él" (Kropotkin).

El sentimiento de justicia es un hecho altamente moral.

Muchos son los hechos que comprueban el desen-

volvimiento del sentido moral en los animales.

Las abejas, por ejemplo, trabajan y consumen en común libremente asociadas. De cada una según las propias fuerzas, a cada una según las propias necesidades. Y la libre asociación, la cooperación y la solidaridad perfecta, el comunismo en todo el sentido de la palabra, con la resultante de los inmensos beneficios. Así las hormigas.

Las cigüeñas alimentan a sus padres envejecidos, lo que indujo a Sófocles a clasificarlas entre los pájaros virtuosos.

Darwin cita, entre otros hechos, el heroísmo de un chimpancé que, casi bajo los dientes de una trahilla de perros ladrando, fué a tomar y llevó triunfalmente, con peligro de la propia vida, un monito que se había resbalado en la roca e iba a ser despedazado.

Ahora bien; el apoyo mutuo, la solidaridad, el altruismo, la simpatía, lo mismo que el sentimiento de justicia son hechos bien morales (v. B. Malón en *La Revue sociale*, N.º 8, t. 2, año 1885).

Siendo la ley moral un fenómeno de la vida social, y estando la vida social en vías de continuo progreso, ocurre que la moral sufre constantemente las mismas modificaciones progresivas.

Por consiguiente ¿hay algo más absurdo que la afirmación de los teólogos que quisieran hacer creer que la moral es un donativo inalterable de su dios, como regla de conducta?

Los gobiernos y las religiones que tuvieron la torpe pretensión de fosilizarla en los códigos civiles y religiosos, se vieron forzados constantemente a modificarlos.

En efecto la historia de la humanidad es una lucha continua de pueblos que se levantaron en nombre de los progresos de la ley moral, contra gobiernos y religiones que han hecho su tiempo; es una sucesión, una modificación sin cesar de tiranías políticas, económicas y religiosas.

Así, del gobierno absoluto ha surgido el constitucional, del culto hebraico el cristianismo; los esclavos fueron llamados sucesivamente siervos de la gleba, asalariados; desaparecieron los instrumentos de tortura, la libertad de pensamiento se impuso.

Hoy el progreso social nos conduce abierta y vertiginosamente al comunismo anárquico, y dá un impulso enorme a la ley moral natural.

Una moral completamente nueva desarrollándose en los bajos fondos sociales; moral toda amor y justicia, por la cual millones de desheredados, dándose la mano por encima de las fronteras, se proclaman hermanos, reclaman enteramente la parte de los bienes que les corresponden en el banquete de la vida e imprecán contra toda forma de opresión.

En nombre de la ley moral natural, ha comenzado ya la lucha decisiva que debe irrevocablemente poner fin a toda ley positiva, a todo vestigio de tiranía, de egoísmo. Lucha encarnizada, tremenda, extrema, que nos prepara una era nueva de paz y de justicia.

El día que el despotismo elprivilegio, la explotación, la corrupción, la baja envidia, la superstición degradante, la hipocresía, el gazmoñismo acumulados desde hace millares de años por poderes civiles y religiosos no tengan más razón de ser, desaparecerán; — la ley natural adaptada a un ambiente enteramente propio, enteramente nuevo, vivificada por el rayo purísimo de la verdadera justicia, dará frutos que hoy el pensamiento humano está lejos de prever.

"Cread circunstancias, dice Kropotkin, en que el hombre no tenga que mentir, que engañar, que ex-



plotar a los otros, y el nivel moral de la humanidad por la fuerza misma de las cosas se elevará a una altura hasta ahora desconocida.

"La moral pasada al estado de espontaneidad. He ahí la moral verdadera, la única que queda siempre, mientras las religiones y los sistemas filosóficos pasan".

Aquel día para el régimen de la humanidad unida por el pacto sublime de solidaridad y fraternidad universal, en lugar de las leyes positivas, — civiles y religiosas —, bastará la eterna ley moral natural, la moral anarquista.

(1) De dos modos se oprime a los hombres: directamente, con la fuerza bruta, con la violencia y resistencia, sustrayéndolos a sus medios de subsistencia y reduciéndolos así a discreción. El primer modo es el origen del poder, es decir del privilegio económico; el segundo es el origen del poder, es decir del privilegio político (Malatesta, La Anarquía).

(2) Los partidos han calificado como malos ciudadanos a estos sabios y graves filósofos de los intereses materiales — anarquistas abstencionistas en las elecciones políticas — que no se mezclaban en las acciones de la intriga; los partidos tienen horror a la inercia política, metal sin poros sobre el cual ni puede morder ninguna dominación. Es tiempo de tener en cuenta a esos legendarios de la abstención, porque es en ellos donde reside la democracia; es en ellos donde reside la libertad, tan exclusivamente, tan absolutamente que esa libertad no será conquistada para la nación más que el día en que el pueblo entero imite su ejemplo.

Para dilucidar mi demostración tengo que examinar dos cosas.

En primer lugar ¿cual es el objeto del voto político?

En segundo lugar ¿cual debe ser inevitablemente su resultado?

El voto político tiene un doble propósito: el uno directo, el otro indirecto. El primer propósito del voto político es constituir el poder; el segundo es, una vez constituido el poder, hacer libres a los ciudadanos y reducir las cargas que pesan sobre ellos; y además hacerles justicia.

Tal es, si no me engaño, el objetivo confesado del voto político en sí mismo. Por tanto, yendo a votar y por el solo hecho de su voto, el elector confiesa ya que no es libre y transmite al que él elige la facultad de libertarlo; confiesa que es perjudicado y admite que el poder electo tiene la potencia de indemnización; declara querer ver establecida la justicia y concede a su delegado plena autoridad para juzgarlo.

Muy bien. Pero reconocer a uno o más hombres el poder de libertarme, de indemnizarme, de juzgarme, ¿no es poner fuera de mí la propia libertad, mi destino, mi derecho? ¿No es admitir formalmente que ese o esos hombres que pueden libertarme, indemnizarme, juzgarme no sólo quedan dueños de oprimirme, de arruinarme, de juzgarme mal, sino también que están en la imposibilidad de proceder de otro modo, dado que al ponerlos en lugar de todos mis derechos, yo no tengo ya derechos, y que al proteger el derecho no tienen que proteger más que a sí mismos?

Si yo pido algo a alguno, admito que este alguno tiene lo que yo le pido, pues sería absurdo que yo hiciera una petición para obtener lo que está en po-

sesión mía. Si yo tuviese el uso de mi libertad, de mi fortuna, de mi derecho, no iría a pedirlos al poder. Si los pido al poder es probablemente porque es su poseedor y, si es su poseedor, no veo qué lección debe recibir de mí relativamente al empleo que juzga oportuno hacer de ellos.

¿Pero de qué modo se encuentra el poder en posesión de lo que me pertenece? ¿De quién lo ha tenido? El poder, tomando por ejemplo el que tenemos, se compone del señor Bonaparte que, sólo ayer, era un pobre proscrito sin mucha libertad y con menos dinero que libertad. De setecientos cincuenta Júpiteres tonantes, que vestidos como todos los demás y no mejor que nosotros, me atrevo a decirlo; de siete u ocho ministros y de sus adeptos, la mayor parte de los cuales antes de sacar la cola del preventivo, sacaban la del diablo con tanta obstinación al menos como el primer venido entre los escribas a tanto la línea; ¿cómo es que esos pobres miserables de ayer son mis amos de hoy?

¿De quién han tenido estos señores el poder en cuyo seno habéis colocado toda libertad, toda justicia? ¿De quién es la causa de las persecuciones, de las imposiciones y de las iniquidades bajo las cuales gemimos todos? De los votantes, evidentemente.

La Constituyente que ha comenzado a abrir el baile, el señor Bonaparte que ha continuado la instrumentación, la Legislativa que ha venido a reforzar la orquesta, todo eso no se ha hecho por sí mismo. No, todo eso es el producto del voto. A los que han votado la responsabilidad de lo que se ha hecho y de lo que sigue haciéndose.

Esa responsabilidad no la aceptamos, nosotros, demócratas del trabajo y de la misma abstención; id a buscar en otra parte, no en nosotros, la solidaridad con las leyes opresivas, con los reglamentos inquisitoriales, con los degüellos, con las ejecuciones militares, con los encarcelamientos, con las deportaciones con la crisis inmensa que aplasta al país. Id, mamiacos del gobierno, a golpear vuestro pecho y a prepararos para el juicio de la historia. Nuestra conciencia está tranquila. Es ya demasiado que por un fenómeno que repugna a toda lógica, tengamos que sufrir un yugo que vosotros solos habéis fabricado. Es ya demasiado que, con vuestra libertad, se haya ido la nuestra. Y también es demasiado el que hayáis dado, junto a lo que os pertenece, lo que debía ser inviolable y sagrado: ¡la libertad y la fortuna ajenas! (v. L'anarchie c'est l'ordre, cap. II, de A. Bellegarrigue, París 1850).

(3) Es el principio de justicia sobre el que se apoya de modo particular la ley moral natural, principio que se impone a la conciencia de los hombres todos, independientemente de los tiempos, de los lugares, de los usos y costumbres. Todos los gobiernos y todas las religiones lo han puesto en el frontispicio de sus códigos civiles y religiosos, y sin embargo religiones y gobiernos fueron siempre su negación.

¿Por qué?

Porque es precisamente la negación, la condena de toda ley positiva, de toda autoridad divina y humana.



## BIBLIOGRAFIA

**ALVARO YUNQUE.** — Barrett, su vida y su obra. Un vol. de 54 págs. en 8°. Editorial Claridad, Buenos Aires. Precio, 0.20 cts.

Alvaro Yunque había escrito ya hace un par de años un artículo para una revista brasileña, reproducido también en estas columnas, sobre Rafael Barrett. Aquel artículo, el primero que hemos conocido de este compañero sobre temas críticos, ha gustado muchísimo. Se estimaba y valoraba tan justamente a Barrett, se hacía de éste un retrato tan fiel y tan persuasivo que en nuestro fuero íntimo habríamos deseado que el artículo se transformase en un libro. El libro no ha llegado todavía, pero tenemos a la vista un hermoso folleto que no desmerece en nada del artículo originario; en cambio nos describe con más detalles la personalidad del autor de "El Dolor Paraguayo" y nos hace anhelar que el folleto de hoy se convierta en un libro más completo aún algún día. Mientras tanto, vale la pena recomendar a todos los anarquistas la lectura de este folleto, tanto por la individualidad que pinta como por el estímulo que da para la lectura de las obras de tan excelso escritor y pensador.

**EUGENIO NAVAS.** — La Guerra. Drama en tres actos. 46 págs. 0.25 cts. Bs. Aires.

El compañero Navas ha dado a luz una nueva obra de teatro. Su texto es ornado con grabados antimilitaristas tomados de esta revista y que embellecen la presentación. No somos técnicos teatrales y por consiguiente no podríamos juzgar este ensayo de Navas desde el punto de vista escénico, pero la obra se presta para la propaganda antimilitarista y en tal concepto le deseamos el mayor éxito y recomendamos su divulgación.

**ELEVACION.** Publicación ecléctica mensual. Año I, N.º 1, Marzo de 1929. (Red. y Adm. Juan Raggio, Olaya 1754, Buenos Aires).

Una revista de literatura libertaria, de fragmentos selectos, de bibliografía anarquista, de arte, bien impresa. El número suelto vale diez centavos, los 12 números un peso. Siendo un esfuerzo en favor de una humanidad mejor, no podemos menos de desearle larga vida.

**IMPULSO.** Revista mensual, febrero de 1929. N.º 9, Punta Alta, F. C. S.

## Una obra de información y de cultura revolucionaria

"La Protesta,"

Diario de la mañana

Fundado en 1897

Crítica informativa diaria.

La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos.

Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero.

Colaboradores en los diversos países.

El número suelto: 0.10 cts.

Suscripción mensual, incluso el SUPLEMENTO quincenal, \$ 2.50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A NOMBRE DE MARIANO TORRENTE: — CALLE PERÚ N.º 1537. — BUENOS AIRES — REPÚBLICA ARGENTINA

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico.

El número suelto, \$ 0.20 cts.

Suscripción trimestral, \$ 1.50. Anual, \$ 5.—

EDITORIAL

"La Protesta"

Fundada en 1922

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará. — Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.



# Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—	
"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873)	\$ 0.50
Edición especial, papel pluma	1.—
Encuadernado en tela	2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	1.20
Edición especial, papel pluma	2.—
Encuadernado en tela	3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	0.15
RUDOLF ROCKER.—	
"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos.	1.50
Precio de cada tomo	0.10
"La maldición del practicismo"	0.10
RUDENKO.—	
"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	0.15
JAMES GUILLAUME.—	
"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	0.20
MIGUEL BAKUNIN.—	
(Obras Completas)	
I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	1.50
Los mismos, encuad. en tela	3.50
ERRICO MALATESTA.—	
"Anarquía"	0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri	0.30
"En Tiempo de Elecciones"	0.10
PEDRO KROPOTKIN.—	
"Palabras de un Rebelde"	1.—
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno"	0.50
Encuadernado en tela	1.50
"A los jóvenes"	0.10
LUIS FABBRI.—	
"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	0.50
Encuad. en tela	1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	0.20
C. LOMBROSO y R. MELLA.—	
"Los anarquistas" (Estudio y réplica)	1.—
NIDO, ROCKER y NEMO.—	
"Nacionalismo y anarquismo"	0.20
SEBASTIAN FAURE.—	
"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	2.—
Encuadernado en tela	3.50
"Temas Subversivos"	1.50
También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:	
La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La po- dredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.	
J. DEJACQUE.—	
"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	0.50
WILLIAM MORRIS.—	
"Noticias de ninguna parte"	1.—
NICOLAI GOGOL.—	
"Almas Muertas" (2 tomos)	2.—
ELISEO RECLUS.—	
"A mi hermano el campesino"	0.10
"La anarquía y la iglesia"	0.10
JUAN CRUSAO.—	
"Carta Gaucha". 7.ª edición	0.10
D. A. DE SANTILLAN.—	
"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo	0.10
AGUSTIN SOUCHY.—	
"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920)	0.30
S. RADOWITZKY.—	
"La voz de mi conciencia"	0.10
VARIOS.—	
"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.ª, encuadernado en tela	2.—
ANSELMO LORENZO.—	
"El derecho a la evolución"	0.10
ANA M. MOZZONI.—	
"A las hijas del pueblo"	0.10
JOHANN MOST.—	
"La Feste Religiosa"	0.10

# LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

N.º 303  
AÑO VIII

BUENOS AIRES, 1.º DE ABRIL DE 1929  
PORTE PAGO

El ejemplar  
20 Centavos





# Liga Internacional de la Educación Nueva

## PRINCIPIOS:

1. El fin esencial de toda educación es preparar al niño a querer y a realizar en su vida la supremacía del espíritu. Aquella debe, pues, — cualquiera que sea el punto de vista del educador, — aspirar a conservar y a aumentar la energía espiritual del niño.

2. La educación debe respetar la individualidad del niño. Esta no puede desarrollarse más que por medio de una disciplina que facilite la libertad de las fuerzas espirituales de aquél.

3. El programa escolar debe dar libre curso a los intereses innatos del niño, es decir, a aquellos que surgen espontáneamente en él, encontrando su expresión en las más diversas actividades intelectuales, manuales, estéticas, sociales o de otro género.

4. Cada edad tiene sus caracteres propios. La disciplina personal y la colectiva deben, pues, ser organizadas por los mismos niños (autodisciplina) con la colaboración de los maestros, tendiendo al autogobierno de la comunidad escolar (maestros y alumnos).

5. Toda competencia egoísta debe ser desterrada de la escuela y sustituida por un espíritu de cooperación que dirija al niño a ponerse al servicio de la comunidad.

6. La Liga defiende la cooperación de los dos sexos, es decir, la educación y la instrucción en común; por lo tanto, debe darse facilidades a cada sexo para ejercer plenamente su saludable influencia sobre el otro.

7. La nueva educación desarrollará en el niño no sólo al futuro ciudadano capaz de cumplir sus deberes para con sus prójimos, su nación y la humanidad en su conjunto, sino también al hombre consciente de su propia dignidad como ser humano.

## FINES:

1. Introducir sus principios y los métodos que mejor se acomoden a ellos en las escuelas existentes.

2. Realizar una cooperación más íntima entre los educadores de los diferentes grados de la enseñanza y entre los padres y los educadores.

3. Fomentar las relaciones y un sentido de solidaridad entre los educadores con ideas pedagógicas semejantes de todos los países del mundo con los congresos internacionales que organizan cada dos años y con las revistas que se adhieran a la Liga.

4. No existe cotización alguna. Cada uno de los abonados a una de las revistas incorporadas a la Liga puede considerarse como adherido a ésta, a no ser que manifiesten su opinión contraria a ello.

# Panorama de la pedagogía nueva

La bibliografía de las corrientes pedagógicas nuevas representa, tal vez sin proponérselo, sin quererlo conscientemente, sin anunciarlo como objetivo, uno de los arietes que atacan el viejo mundo del privilegio y del despotismo. Su campo de acción es el niño, el radio educativo y social de la escuela, pero desde ese foco puede esgrimirse una de las armas poderosas para renovar el mundo, y la nueva pedagogía la esgrime, atacando con denuedo viejos dogmas, demoliendo sin piedad principios anacrónicos, triturando conceptos esclavizadores. Después de haber visto todos estos años denigrar y pisotear la libertad en todos los terrenos, incluso en el campo del socialismo; después de haber oído declararla prejuicio pequeño burgués o cadáver pestilente; después de constatar cómo en el campo político y social se ha llegado al punto de menospreciarla, de no consentirle ya casi ninguna intervención en la gestión de los destinos humanos, nosotros, anarquistas, sentimos como una brisa de primavera en la altiva reivindicación de la libertad del niño, de la libertad de la personalidad que proclama la nueva pedagogía.

Desterrar el autoritarismo, el dogmatismo, la política de la escuela es ya un paso de incalculables alcances en la marcha hacia el porvenir. ¿Cómo no hemos de dar nosotros nuestra adhesión calurosa, cómo no hemos de extender nuestra mano amiga, cómo no hemos de prestar nuestra ayuda fraterna a los que reivindican en un terreno más o menos restringido lo que nosotros reivindicamos para toda la vida política y social?

¡La libertad del niño! ¡El respeto a la individualidad infantil! ¿Quién no comprende que el niño a quien la escuela enseña a ser libre, a trabajar independientemente, a sentirse solidario con sus compañeros, a tener iniciativa y voluntad propias, cuando sea mayor ha de sentirse a disgusto, descontento, en un ambiente que exige de él continuas renunciaciones y un suicidio moral y mental completo?

No quiere decir esto que coincidimos por completo; por ejemplo, admiramos la noble ambición de crear la igualdad de todos los niños ante la instrucción en la llamada escuela única,

pero no concordamos en el modo de llevar a la práctica esa gran idea. Encontramos también en las nuevas corrientes pedagógicas pensamientos directivos que suscribimos íntegros junto a derivaciones y afirmaciones que juzgamos contradictorias. No nos hallamos ante una corriente anarquista definida, sino ante una noble tendencia humanitaria y progresiva que tiene elevadas aspiraciones, aunque no siempre acierte en sus juicios, aunque no siempre acierte en sus métodos. Nosotros tenemos una visión más precisa de la libertad y en este aspecto no nos estimamos en situación de inferioridad ante la nueva pedagogía que la reivindica para el niño. Pero desde muchos puntos de vista, los anarquistas no debieran considerar indiferentemente la nueva pedagogía. Tendrían que esforzarse por seguir su desarrollo, por estimularla, por contribuir con su grano de arena a evitarle desviaciones y a seguir el camino emprendido. Las obras de Dewey, Ferriere, Montessori, Decroly, Claparède, Bovet y de tantos otros debieran figurar en un lugar honroso en las bibliotecas de nuestros compañeros.

En las páginas que siguen damos una serie de fragmentos recopilados casi al azar. El tema es demasiado amplio como para abordarlo en tan poco espacio. Sin embargo, si logramos interesar a nuestros lectores en el sentido de seguir al menos intelectualmente el desenvolvimiento y la acción de la nueva pedagogía, no consideraremos inútil este trabajo.





MARIA MONTESSORI

## Ideas generales sobre mi método (1)

Tener en cuenta las necesidades del niño y satisfacerlas para que su vida pueda desenvolverse plenamente es el fundamento de la nueva educación.

Antiguamente la educación se proponía preparar al niño para la vida social que debería vivir un día. Por eso procurábamos hacerlo nuestro imitador, poner su voluntad bajo el yugo de la obediencia, someter su genio creador a la imitación e instruirlo en lo que creíamos necesario para vivir en nuestro ambiente civilizado.

Esta adaptación inmediata y forzada a una vida social que no era la vida social del niño en el momento que el tratamiento le era aplicado, sino la vida del hombre que más tarde debía formarse en él, conducía a una serie de errores que han inspirado a la antigua escuela y la antigua educación de la familia.

El niño no es considerado todavía como personalidad humana viviente y como miembro social. Es un devenir, y mientras no esté formado, para la antigua pedagogía el niño no es nada.

Y, sin embargo, el niño tiene una personalidad libre, como toda criatura humana. Lleva la sublime marca creadora del alma que no puede desenvolverse fuera de su dignidad. No es únicamente el pequeño cuerpo adorable que rodeamos de nuestros cuidados, que alimentamos, lavamos, vestimos, etc., como más adelante el hombre tampoco vive únicamente de pan, y las cosas y cuidados materiales son secundarios y hasta pueden ser degradantes para su edad.

La esclavitud es para el niño, como para el adulto, algo que desenvuelve sentimientos enfermos y que envilece.

El ambiente social que ha sido hecho por nosotros es desproporcionado e incomprensible para él, que de este modo, forzosamente es un desterrado social y se puede decir que muy a menudo la escuela representa la verdadera prisión de este ser inadaptable. Hoy se conocen muy bien las consecuencias desastrosas de la escuela sobre el niño, no sólo del lado físico, sino, sobre todo, desde el punto de vista moral; la educación del carácter, en efecto, es un problema que no se ha resuelto aún en la pedagogía diaria.

En la familia existe el mismo error de principio: se mira al fin futuro en la existencia y no el momento presente, es decir, a las necesidades de la vida. En la familia más progresiva, en el mejor de los casos, se comienza ayudando la vida física del niño: la alimentación racional, los baños, los vestidos, la vida al

aire libre constituyen el último progreso.

Pero en la naturaleza, ¿quién está mejor nutrido que la minúscula abeja, quién se sumerge en el agua mejor que el pez, quién se viste de más bellos matices que el lirio, quién es en el aire más libre que el pájaro?

En las necesidades del niño no se ve la humanidad y las necesidades urgentes del alma infantil. El hombre que guarda en secreto el niño, queda desconocido; vemos solamente en él sus reacciones de defensa y su enérgica protesta, sus gritos, sus quejas, sus caprichos, la timidez, la desobediencia, la mentira, el egoísmo, el espíritu de destrucción. Así hemos cometido el error de juzgar las reacciones de defensa como la psicología característica de los niños, y nos hemos apresurado a corregirlas duramente, muchas veces hasta con castigos corporales. Y algunas veces tales reacciones representan el principio de enfermedades del alma y también de enfermedades propias del sistema nervioso, que comprometerán la personalidad futura.

Bien se sabe que la edad de la formación es la más importante de la vida; una deformación psicológica, una intoxicación espiritual durante ella, son cosas nocivas para el alma del hombre en el porvenir, como la intoxicación y la deformación física del embrión lo son para la salud del cuerpo.

La educación de los pequeños es, pues, la cuestión más importante para el porvenir de la humanidad. La delicadeza en la interpretación y en el tratamiento del alma infantil es de nuestra parte una cuestión de conciencia, y es absolutamente preciso ser clarividente y cambiar de dirección, o mejor dicho, guardarnos, según se ha hecho hasta ahora, de considerarnos como juicios inapelables, como impecables modelos para ofrecernos a los ojos del niño: en lugar de esto, llenos de defectos, hemos de considerar nuestra recíproca posición, al modo que queda bien indicada interpretando la famosa sentencia de Jesús: "La infancia es perpetuo Mesías que viene a los brazos de los hombres caídos y les ruega que retornen al Paraíso".

Comencemos por proveer a las necesidades del niño disponiendo un ambiente adaptado a su personalidad. Ello es una obra de servicio social, porque aquel no puede desenvolver una verdadera vida en el ambiente complicado de nuestra sociedad, y menos aun en el de los refugios y prisiones que llamamos escuelas. Es preciso sustraerle a la acción moleadora, que sin darse tregua, ejerce el adulto sobre él, a veces con vigilancia continua, otras con enseñanzas perpetuas, con restricciones arbitrarias.

En lugar de esto, debemos prepararle un ambiente donde la vigilancia del adulto y sus enseñanzas se reduzcan al mínimo posible: cuanto más se reduce la acción del adulto, tanto más perfecto será el

ambiente. Este es un problema fundamental de la educación.

La libertad del niño no puede tampoco, en manera alguna, ser abandonada, porque no es de un modo negativo como puede liberarse el alma humana en su infancia, sino elevando una construcción amorosa.

Es preciso preparar con solicitud el ambiente, es decir, crear un nuevo mundo: el mundo del niño. Hoy existen ya, en diversos países, arquitectos que estudian formas de construcción adaptadas a los niños, y es seguro que en un próximo porvenir veremos en las ciudades casas de un nuevo tipo, bellas casitas destinadas a los pequeños, y una cantidad de menudos muebles, de pequeños objetos, casi como los que en nuestros almacenes vemos hoy esplendentes para las muñecas en la semana de Navidad; no serán, sin embargo, juguetes, sino verdaderos objetos necesarios a la vida del niño.

Apenas se preparan objetos prácticamente utilizables para los pequeños. Vemos a estos sumergidos en una actividad ordenada y maravillosa. Sus movimientos son evidentemente dirigidos por una fuerza volitiva que les impulsa a realizar acciones con un fin inteligente. Saben dirigirse, luego saben lo que quieren. Aun más, ellos sienten una necesidad de trabajo casi mayor que la nutrición; ha desaparecido en el niño el glotón, y el obrero ha ocupado su puesto; un conservador escrupuloso de los objetos ha reemplazado al destructor; hay un niño silencioso y tranquilo en lugar del que se agita en perpetuo desorden.

Si carece de ambiente externo adaptado, el niño no puede realizar esta vida porque no encuentra medios de utilizar la fuerza enorme que la naturaleza ha puesto en él para dirigirlo a un ejercicio enérgico y continuado que debe perfeccionarle en sus funciones superiores.

Se conocen ya por todas partes casas de los niños; se preparan objetos sencillos y prácticos, pero que tienen el fin de servir para el desenvolvimiento del alma del niño; muebles de barnices claros, ligeros, de modo que eviten choques y puedan fácilmente ser trasladados por el niño mismo. El barnizado claro tiene por objeto ver mejor las manchas que delatan el error cometido y facilitar al mismo tiempo la limpieza con agua y jabón. Son los muebles fácilmente transportables y ligeros no sólo para que el niño pueda por sí mismo elegir el puesto más adecuado a sus necesidades, sino porque el rumor denuncia en seguida el movimiento mal hecho e invita al niño a controlar mejor los movimientos de su propio cuerpo.

Objetos frágiles y graciosos, de vidrio y porcelana, para que el niño pueda probar el dolor y el castigo bastante sensible cuando por un error de atención deja caer uno y lo pierde para siempre. ¡Oh este dolor ocasionado por la destrucción de un objeto querido! ¡Quién no será capaz de consolar a este niño humillado y lloroso delante de un vidrio roto: a este niño que de ahora en adelante transportará con toda la fuerza de su voluntad los objetos frágiles controlando sus músculos con todo el esfuerzo de que es capaz su cuerpecito!

He aquí un ambiente que corrige siempre, que no deja pasar ni el más pequeño error. Ahora no es necesario que la maestra intervenga; puede reposar contemplando tanta escena interesante... Ya sentirá poco a poco la voz de las cosas que hablan a estos niños, y al descubrir paso a paso sus perso-

nales imperfecciones les dirá mentalmente: "Sed mejores de lo que soy yo; la vieja obra debe ser destruida para cimentar la nueva obra de actividad y amor".

Por otra parte, la belleza del ambiente y de todas las cosas que contiene, invitan al niño a actuar, a multiplicar sus esfuerzos porque todas deben ser atractivas; los paños de limpiar el polvo de color adornados con cintas, las escobas decoradas con dibujos, los pequeños cepillitos, son graciosos; las pastillas de jabón, círculos y rectángulos, rosa y verdes. Todo ello parece llamar al niño y decirle: "Ven; tócame; cógeme; con el paño vestido de fiesta limpia esta mesa luciente; toma la escoba tan bellamente adornada y limpia con ella el pavimento; venid también, adorables manecitas, y sumergiros en el agua y jabón".

Y así es la belleza la que estimula a los niños respondiendo todos los días a las disposiciones individuales que nacen en su alma.

Y no es ya la maestra la que llama al niño por el nombre que la sociedad le ha dado: "Luis, barre el suelo", "Juan, lávate las manos". La maestra descansa a un lado y observa el efecto de la belleza sobre el alma infantil, admirando la obediencia de la naturaleza a tan profundas necesidades. La alegría que experimenta el niño en la ejecución de sus trabajos le da una especie de sobreabundancia, de generosidad en la ejecución y un arrojo decidido que corresponde indudablemente a una necesidad interior; lo que evidentemente le impulsa no es conseguir el fin externo, sino ejercitar la energía interior que determina el móvil de sus actos. Ella constituye el hombre interior, y estos actos generosos superan tanto las necesidades externas, que hacen pensar en aquella máxima: "Sed niños activos, perfeccionad vuestras acciones para que fructifiquen todo lo posible el tesoro interior que Dios os confió al enviaros a la vida".

Estas repeticiones superabundantes, además de satisfacer la vida, hacen adquirir al niño verdadera habilidad. He aquí un pequeñito que sabe muy bien vestirse, desnudarse, que sabe abotonarse, abrocharse, anudarse, que sabe preparar perfectamente la mesa, que sabe lavar platos y vasos; cuando el niño de tres años sabe bastarse a sí mismo, cuando sabe quitarse y ponerse los zapatos, abotonarse sus vestidos, una alegría serena manifiesta sus sentimientos de dignidad humana, alcanzada haciéndose independiente de los demás. La exuberancia de las fuerzas infantiles se manifiesta pronto, utilizando en favor de los otros sus propias adquisiciones.

El niño prodiga hacia los que actúan todavía en un grado inferior, abotona el abrigo del niño más pequeño, le anuda su zapatito y se apresura a lavar y enjugar el pavimento donde el otro ha dejado caer su comida. Cuando lava platos, lava también los que los otros han ensuciado; cuando prepara la mesa, prepara también los servicios de las personas que comparten su labor. Este trabajo, que su perfeccionamiento prodiga al servicio de los demás, supone un esfuerzo, y la realización de este esfuerzo es la única recompensa por la que se afana el alma infantil, porque estas acciones generosas le son tan necesarias, más necesarias que el pan. Yo vi un día a un niño todo melancólico sentarse al lado de una buena menestra caliente sin probarla, porque le habían prometido que él prepararía la mesa, promesa que había resultado un engaño. El desaba más preparar la mesa que comer; la desilusión de su alma

(1) Conferencia dada por la Dra. Montessori en la Semana Pedagógica de la Escuela Social Católica de Bruselas.



le hacía olvidar las necesidades de su cuerpo, porque su corazoncito era más sensible que su estómago vacío.

De tal modo se desarrolla la actividad interior y social del niño; él tiene un fin inteligente que cumplir, un fin que su inteligencia busca y que el ambiente le presenta con libertad para alcanzarlo.

Aunque su interés venga de raíces más profundas, el niño realiza estas acciones para satisfacer su necesidad de ejercicio, y seguir las leyes de crecimiento y perfeccionamiento es el blanco que lo estimula. Querrá lavarse las manos todavía muchas veces después de tenerlas muy limpias, porque ello es un ejercicio que conduce al ciclo de acciones necesarias, y necesario es lavarse las manos, como tomar el agua, la toalla, el jabón y servirse de todo ello con orden y precisión. Hay que constatar todavía el movimiento continuo que supone barrer la sala, colocar flores en los vasos, correr de una parte para otra, mover los muebles, sacudir los tapetes, preparar la mesa para la comida, y tantas otras acciones inteligentes que además de movimiento suponen gimnasia física. Estos movimientos, que llevan consigo los labores de menaje cuando se está obligado a realizarlos, van siempre acompañados de fatiga muscular. Constituyen, pues, una gimnasia, que en vez de una palestra muscular, tiene la inteligencia como punto de partida. Pero estos ejercicios tan graciosos, tan agradables de ver cuando los niños los multiplican con tanta generosidad y que hacen las delicias de los visitantes de "Las casas de los niños", no son más que un adiestramiento, una parte secundaria de la actividad del niño. Los doctos, los hombres de ciencia, encuentran aquí el fenómeno de una concentración interior que le aísla, que hace al niño olvidarse de cuanto le rodea; algunas veces hasta de comer.

La anécdota muy conocida de Arquímedes, que no se entera del tumulto, que no se da cuenta de la rendición de Siracusa y se deja sorprender por el enemigo mientras estudia sus triángulos, es un aspecto de recogimiento del alma en sí misma. Y, sin embargo, es de este recogimiento y no de la erudición de los hombres de esufio, de donde salen los descubrimientos sensacionales que impulsan hacia el progreso a la sociedad entera.

Cuando el alma ha encontrado su verdadera palestra, exterioriza las manifestaciones de todas sus necesidades, que no sólo son moverse y alcanzar fines exteriores, hasta las relaciones sociales son solamente un apetito de la vida.

Aparté de todas éstas, se hallan las necesidades más profundas que el individuo debe satisfacer por sí mismo, aislado de los demás, ocupado en un trabajo misterioso en el que nadie puede inmiscuirse, porque la intervención de un extraño es la interrupción y la destrucción.

Nadie puede influenciar a nadie para facilitarle esta soledad aparente que, sin embargo, es rica y llena de vida en el mundo invisible, íntimo de cada uno de nosotros. El aislamiento, esto es, la concentración interior, la separación de las cosas exteriores, sólo el alma misma puede provocarla, el ambiente puede sólo facilitarla de modo indirecto con la calma y con el silencio y el orden. Ese estado superior sólo excepcionalmente se encuentra entre los adultos; son, sobre todo, los religiosos quienes lo conocen y lo practican como fuente de la fuerza moral; de él tiene la posibilidad de ponerse después en relación con la multitud de los hombres de un modo superior, sereno y benévolo. Son los religiosos, privi-

legiados con una gracia especial, quienes son capaces de una concentración interior muy acentuada que les conduce muchas veces a sustraerse absolutamente del ambiente que les circunda y refugiarse en un asfalto desconocido a todos los seres vivientes; son generalmente estas mismas personas las que pueden realizar las acciones sociales más extraordinarias, los que se avienen a soportar con paciencia las pequeñas e imperfecciones de los hombres y los que soportan hasta sus persecuciones.

Existe, pues, una relación entre las ocupaciones exteriores de la vida social y el trabajo de concentración interior del alma. Aunque aparentemente contrarios ambos estados se hallan profundamente ligados: el uno es la fuente del otro. La vida interior de aislamiento prepara las fuerzas necesarias para la vida exterior; la vida exterior, por su parte, facilita la concentración con el trabajo ordenado, y el consumo de las fuerzas se renueva y repara por el ejercicio íntimo del alma concentrada.

El hombre moralmente sano adquiere esta salud espiritual hecha de las fuerzas vitales del alma: se puede sentir esta necesidad de la vida interior como se sienten las necesidades de la vida física, el apetito y el sueño, por ejemplo. Pero los que han perdido esta conciencia de las necesidades de la vida psíquica interior se encuentran en una posición anímica tan peligrosa como lo está el cuerpo que no es capaz de percatarse de las necesidades de nutrición y reposo.

En nuestros niños pequeñísimos se advierten fenómenos que hacen pensar en la concentración y que, sin duda, son manifestaciones de un carácter esencialmente anímicos. El cuadro parece enteramente diferente al que nos habíamos propuesto y deseado: al de la actividad social.

Objetos que no sirven para realizar acciones útiles atraen a cada momento toda la atención del niño que comienza a trabajar, que ejecuta movimientos que son generalmente pequeños movimientos de la mano, que se repiten mecánicamente y uniformemente para deshacer lo que la mano ha hecho y rehecho. Eso, que se repite tantas veces, que se puede decir sobreabundantemente, carece del altruismo de los ejercicios prácticos sociales, pero es preciso reconocer en el hecho otro fenómeno aparte. La primera vez que yo me percaté de la existencia de estos caracteres me quedé estupefacta, preguntándome si no era un milagro o alguna otra cosa excepcional, porque ante mis ojos no se había desenvuelto todavía la teoría psicológica; se creía, y creía yo hasta entonces, que el niño pequeñito fuera incapaz de fijar su atención.

Y ante mí veía una nenita de cuatro años que con la expresión de la atención más intensa colocaba cilindros de madera de diferentes gruesos en un sostén, también de madera, que tenía preparados los huecos para recibirlos. Les colocaba correctamente, y después de haber terminado de colocarlos todos, deshacía lo hecho para colocarlos de nuevo otra vez. Y así continuaba sin cansarse. Conté las veces que repitió el ejercicio; era ya más de 40 seguidas, me puse al piano e hice cantar a los demás niños, pero la pequeña continuó su trabajo inútil sin moverse y sin levantar los ojos, como si ella fuese extraña al ambiente que la rodeaba. Terminó en cierto momento, levantó satisfecha sus ojos serenos, como sintiéndose tranquila y aliviada, y sonrió como cuando un niño despierta de un hermoso sueño. Más tarde, varias veces he asistido a fenómenos semejantes. Los niños que han llegado a realizar estos trabajos de concentración pa-

recen siempre más reposados y llenos de fuerza moral. Como si un camino se hubiese abierto en las profundidades de su alma, descubren sus mejores sentimientos, parecen más afectuosos con todo el mundo, más presurosos por servir de algo y deseosos de ser buenos. Así dicen alguna vez con voz queda, como si se tratara de confiar algún secreto: "Señorita, soy buena".

He aquí observaciones que se han utilizado por muchos y antes que nadie por mí. He interpretado una ley del alma capaz de resolver el problema de la educación.

Se ha llegado a las raíces mismas de la vida y, evidentemente, el desenvolvimiento del carácter, de los sentimientos, de la disciplina debe partir de esta fuente misteriosa y desconocida. Entonces mi trabajo consistió en buscar experimentalmente los objetos que podían estimular la concentración, y estudiar bien el ambiente para buscar las condiciones que pudieran favorecerla. Así fué como comencé a edificarme mi método. Evidentemente es la llave de la pedagogía utilizar estos estados de concentración con la repetición mecánica de los ejercicios que se han compuesto para aprender todo lo que se refiere a la cultura: escribir, leer, dibujar, la gramática, la aritmética, la geometría, las lenguas extranjeras. Según todos los psicólogos, no es necesario para aprender más que poseer de un modo perfecto un interés profundo, una viva y sostenida atención, y más tarde utilizar esta fuerza interior para la cultura del niño. ¿Es esto posible? No sólo es posible, sino necesario. La atención para concentrarse tiene necesidad de estímulos cuya gradación debe ser creciente.

Son al principio estos enseres objetos que interesan al niño: cilindros de dimensiones diferentes, colores para colocarlos en gradación, reconocimiento de sonidos musicales, superficies más o menos rugosas para tocar, etc.

Luego viene el alfabeto, cantidades para contar, palabras para aprender, la gramática, el dibujo, las grandes operaciones de aritmética, problemas de historia, la naturaleza, que representan los grados de una escala de Jacob capaz de llegar hasta el cielo.

Es posible atender a las necesidades de la cultura en esta forma interior indefinible, de la cual habla Dante en el Purgatorio. El hombre no sabe de dónde le viene la inteligencia de las primeras ideas o el instinto de los primeros deseos, que en nosotros son como el instinto de fabricar la miel en las abejas.

Con no menor cuidado debe estudiarse la misión de la nueva maestra. Ella puede ayudar al niño en su ascensión hacia el perfeccionamiento y hacia la cultura, y ella puede destruirlo todo. No es fácil obtener de ella una renuncia a sus antiguos derechos, una convicción de no poder hacer directamente nada respecto a la cultura, respecto a la disciplina del niño; de hacerla vivir confiada en las fuerzas interiores del alma infantil. Ella querrá siempre aconsejar, corregir, enseñar a los niños, mostrarles la superioridad de la experiencia y de la cultura, porque hasta ahora no ha escuchado la voz del reloj que lleva en sí misma, y si no se halla revestida de humildad no podrá tener éxito. La divisa de San Juan, el precursor, debe ser su divisa. "Conviene que él crezca y que yo disminuya".

Pero su trabajo indirecto es muy grande. Ella ha llegado a ser como el maestro del evangelio: "El que quiera ser el primero, debe hacerse el siervo de todos".

Su misión es preparar el ambiente, procurar el material de concentración, iniciar exactamente al niño en los ejercicios de la vida práctica, meditar sobre aquello que perjudica al niño. Debe ser siempre serena, debe siempre estar pronta para acudir cuando sea llamada, entregarse a las necesidades de amor y de confidencias del niño, que son para él toda una preparación a la nueva vida. Directora del ánimo, debe ella tener una formación, sobre todo, moral. La consagrada a formar una humanidad mejor debe, como una vestal cristiana, aprender a considerar el fuego de la vida interior en toda su pureza, porque de la extinción de esa llama vienen las tinieblas que ocultan la verdad, el hielo que paraliza nuestras fuerzas mejores.

—o—o—

## La libertad del educador

El problema escolar es reconstruir los fundamentos de la educación sobre las necesidades vitales del individuo y de la sociedad, reanudar en la educación un contacto directo con la naturaleza y con la realidad.

El problema individual es mantener intacta la naturaleza del niño, condicionada por la herencia y el ambiente, su reserva, la peculiar cualidad de su ser, de modo que puede contribuir con sus propias fuerzas a la construcción de su propio mundo infantil.

El problema social de la educación es arraigar la joven vida en la cultura y el sistema económico de una comunidad de suerte que se le pueda dar un ímpetu definido en su desarrollo, en relación con la sociedad humana. El fondo de la vida debe ser igual para el niño y el adulto.

El problema práctico de la educación es formar la constitución interior y exterior de esta comunidad escolar de tal modo que desaparezca el conflicto que hay entre la existencia individual y la social, y el niño encuentre en la seguridad de la comunidad su base más valiosa de conocimiento y de experiencia.

El problema pedagógico es eliminar todo género de educación basado sobre dogmas y teorías y hacer tan completamente objetiva como sea posible la influencia educativa en el ambiente del niño. Comunidad, sistema económico, taller, libros, naturaleza, son poderes complejos que la personalidad del maestro es incapaz de compensar.

Todos estos problemas juntos retroceden ante el educador; la eliminación del elemento subjetivo en educación. Hasta ahora su libertad ha sido una ilusión, pues ha sido esclavo de una idea que se le ha impuesto. Desde hoy es un hombre libre entre los libres, como ser humano, carácter, artista y economista; aunque no el primero es ciertamente el elemento más valioso de la comunidad juvenil, mediador y cooperador en la formación de las vidas, director y representante de su desarrollo. De aquí: menor educación para maestros, y en su lugar: selección de maestros entre todas las ocupaciones laboriosas y liberales de la sociedad humana.

Ninguna de estas exigencias elementales depende



# LA ESCUELA UNICA

MAURICE LACROIX

La campaña en favor de la Escuela única se ha inspirado en dos preocupaciones: por una parte el deseo de establecer la igualdad de las clases sociales ante la enseñanza y de garantizar a todo niño el derecho a la instrucción integral; por otra parte, el deseo de poner orden en la casa universitaria, según la expresión de Herriot, es decir, de asegurar más cohesión y más unidad en la organización de la educación nacional.

Estos dos aspectos del problema tienen su importancia; no es posible, por tanto, examinar el uno sin verse fatalmente obligado a considerar el otro.

La idea de coordinación parece ser, a veces, la dominante. De ella ha salido ese término de "Escuela Unica" que ha logrado rápidamente tanta fortuna. Se ha introducido en Francia al día siguiente de la guerra por los "compañeros de la Universidad Nueva". Los primeros Compañeros eran jóvenes universitarios resueltos a transformar enteramente el viejo edificio del Alma máter. Impresionados por la falta de cohesión que existe entre nosotros, en los diversos órdenes de la enseñanza, soñaron con una simplificación y no se arredraron ante la obra de trazar un plan de reforma. Atentos a lo que pasaba en el extranjero, observaron en Alemania la reorganización de la que ha salido la *Einheitsschule*. Quisieron proponer a Francia algo análogo. De aquí el término de "Escuela Unica", que es la traducción francesa del término empleado al otro lado de la frontera.

Sin embargo, parece que si se ha extendido la idea tan rápidamente, este éxito se debe menos al deseo de coordinación que al de la igualdad social. El problema de la igualdad podría interesar a los especialistas de la enseñanza. El de la reforma democrática podía encontrar eco en todos los medios y por esto ha seducido a muchos espíritus y la propaganda a favor de la "Escuela Unica" ha podido abrirse camino.

"La riqueza no garantiza los derechos del vago", decía en 1923 el señor León Bérard, defendiendo ante

de condiciones locales o nacionales. Las leyes de la vida y desarrollo de todas las criaturas de la naturaleza — incluyendo la humana — son en todas partes las mismas. El programa pedagógico para el porvenir tiene su valor internacional, pertenece a todas las naciones y a todos los pueblos del mundo.

WILHELM PAULSEN

el Consejo superior de instrucción pública, los proyectos tan interesantes, aunque incompletos, que había formado para reorganizar la segunda enseñanza, coordinada con la primaria y abrirla más ampliamente a los niños mejor dotados de todas las clases sociales, pero cerrándola a los ineptos, cualquiera que sea su fortuna.

M. Lamoureux, en su discurso del 23 de mayo de 1926, en el congreso de la Liga de la enseñanza, definía la Escuela Unica por medio de las dos proposiciones siguientes: "todos los niños tienen un derecho igual a la instrucción total en todos los grados y es preciso permitir a un alumno que pase de una enseñanza a otra si se revela una vocación nueva en el curso de los estudios".

Después, comentando las medidas técnicas adoptadas, demuestra que son insuficientes y que el problema es, primeramente, de orden social.

"La Escuela Unica no triunfará verdaderamente en Francia sino hasta el día en que podamos, sin que cueste ningún sacrificio a los padres, proseguir hasta su pleno desenvolvimiento la educación y la instrucción de todos los niños inteligentes y trabajadores, cualquiera que sea su origen o su grado de fortuna". (*Journal des débats*, 24 de mayo de 1926).

Podrían multiplicarse las citas y referencias... Se impone una afirmación. Para la opinión francesa la "Escuela Unica" es, esencialmente, la igualdad ante la instrucción. Es también, pero como medio más que como fin, la reordenación entre las diversas enseñanzas que se yuxtaponen actualmente y mantienen hasta aquí y entre sí una autonomía celosa.

¿Será preciso buscar todavía alguna otra cosa y ver en la campaña por la Escuela Unica una preparación de medidas nuevas que tiendan a la supresión de la enseñanza libre o a una modificación profunda de las relaciones sociales que existen entre esta enseñanza y los poderes públicos? Es indudable que para ciertos espíritus las cuestiones están ligadas. Son, no obstante, numerosos los que procuran distinguirlas.

Proponiéndonos aquí buscar el esclarecimiento de los puntos oscuros del debate mucho más que polemizar, separaremos también problemas que, indudablemente, son conexos aunque realmente diferentes. Separarlos no es cerrar los ojos sobre el uno para abrirlos ante el otro. Cuando hayamos definido lo que los partidarios de la Escuela Unica quieren hacer de la enseñanza pública, será preciso examinar las repercusiones que sus proyectos pueden tener en la enseñanza libre.

## LA ESCUELA UNICA Y EL PROBLEMA SOCIAL

El problema social, hemos dicho, se destaca en primer plano para los partidarios de la Escuela Unica. En realidad, no podía dejar de plantearse este problema. La tercera república ha querido, en primer término, asegurar a la masa de los hijos del pueblo, conforme al ideal revolucionario, el mínimo de conocimientos indispensables. Pero, realizada esta tarea, se pensó que era injusto reservar a unos cuantos, por razón del azar del nacimiento, el privilegio de los estudios secundarios y superiores.

La organización fundada sobre el dualismo de una enseñanza gratuita y una enseñanza de pago pareció un resto del régimen "censitario" que había sustituido a la antigua aristocracia. El ideal de la burguesía del siglo XIX, lo había constituido un Estado gobernado por "clases directoras", no siendo estas clases castas totalmente cerradas y hereditarias, sino constituidas por el conjunto de hombres a quienes su trabajo o más frecuentemente su nacimiento, había permitido adquirir o poseer cierta fortuna. La historia del siglo último está constituida por los avances sucesivos de la democracia sobre la plutocracia. El más visible símbolo y el arma de la victoria, fué, evidentemente, la conquista del sufragio universal.

A este impulso democrático, señalado por Tocqueville desde mediados del siglo, se refiere la institución de la gratuidad y la obligatoriedad escolar en el grado primario.

Pero, por ser de pago, la segunda enseñanza, la burguesía tendió a mantener la vieja distinción entre clases directoras y clases dirigidas. A los hijos de ésta, se les proporcionaría los conocimientos de que tendrían prácticamente necesidad; a los hijos de aquéllas se les abriría la alta cultura, y, especialmente, la educación liberal que desenvolvería en ellos el sentido y el gusto de las ideas generales.

De aquí una verdadera oposición entre nuestras instituciones democráticas y la organización plutocrática de la enseñanza. A resolver esta oposición se consagran los partidarios y propagandistas de la "Escuela Unica". Antes que ellos, sin embargo, se venía reclamando la coordinación entre nuestro régimen político y nuestro régimen escolar.

El 1.º de abril de 1909, M. Carnaud, diputado, presentaba a la Cámara una proposición de ley que tenía por objeto "realizar la igualdad de los niños ante la instrucción por la indagación de sus aptitudes y la coordinación de las diversas enseñanzas del Estado".

Fuó seguida esta de otras proposiciones. Especialmente por las del señor Bouveri y las de los señores Brisson, Groussier, Daniel-Vincent, Pierre Rameil y Jean Locquin.

Los estragos producidos por la guerra no podían dejar de intensificar el deseo que inspiraban estas diversas proposiciones. Una Francia empobrecida y anémica tenía necesidad de todos sus recursos. No tenía derecho a disipar una parte de su patriotismo intelectual negando a los niños pobres el medio de

recibir la instrucción que les permitiera servir mejor a su país.

Así, en un momento oportuno (1918), el señor Zoratti, profesor en la Facultad de Ciencias de Caén, publicó su libro *Educación*, y más tarde los compañeros de la Universidad nueva, lanzaron su manifiesto.

La idea que, hasta entonces, había interesado únicamente a algunos hombres políticos o a ciertos profesionales de la enseñanza, penetró en el gran público. Se puede celebrar o lamentar esto, pero, en todo caso, es una de las ideas fuerzas con las que es preciso contar.

## EL FIN DE LA ESCUELA UNICA. — LA REORGANIZACION DE LA UNIVERSIDAD

"La igualdad de los niños ante la instrucción por la investigación de las aptitudes y la coordinación de las diversas enseñanzas del Estado", decía en 1909 el señor Carnaud. Así, se ponía claramente de relieve que la reforma democrática no podía concebirse sin una reorganización interior que introdujese en la Universidad más unidad y más cohesión.

Como los cuadros actuales han sido edificados por una sociedad diferente de la nuestra, las necesidades sociales a veces, y a veces también ciertas necesidades pedagógicas, les han hecho vacilar en más de un lugar y poco a poco se ha instalado el desorden en la vida universitaria.

En principio, la organización es esencialmente dualista. De un lado la enseñanza gratuita; de otro la enseñanza de pago. Esta no es, por otra parte, la prolongación de aquélla. Las dos se extienden a todas las edades de la escolaridad y se desenvuelven de manera paralela...

Así viven el uno al lado del otro, los dos mundos escolares paralelos y autónomos. No habría en ello nada extraordinario si los espíritus pudieran repartirse en dos clases claramente distintas y si los alumnos fuesen siempre destinados a una de las dos enseñanzas para la que fuesen más aptos.

Pero no ocurre así. La diferencia de las aptitudes intelectuales no acompaña necesariamente, claro está, a la de los rangos sociales y la fortuna. Se ve así, que la enseñanza primaria recibe alumnos que obtendrían provecho de la secundaria y a ésta, conservar alumnos que son inferiores a la formación que se les da.

Se producen entonces entre las dos enseñanzas teóricamente distintas, penetraciones y confusiones, consagrándose una y otra a satisfacer necesidades de una clientela intelectualmente desemejante.

La primaria tiene alumnos que no quieren conformarse con una formación puramente elemental. Se desenvuelve con la primaria superior, es decir, por una enseñanza que, sin llegar a la cultura física, tiende, sin embargo, a proporcionar a los que la reciben una instrucción primaria superior con el mínimo de conocimientos que atestiguan el certificado de estudios.

Pero, por su parte, la secundaria encuentra en la clientela de pago, niños cuyos padres no desean na-



da más. Sus familias tienden, sin embargo, a no conformarse con una "escuela primaria", aun cuando fuese "superior". A estas necesidades respondió la creación de la enseñanza llamada "secundaria especial". Prácticamente, la "secundaria especial" y la "primaria superior" estaban formadas en vista de un mismo fin: proporcionar al comercio, a la industria y a la agricultura un cierto número de hombres que hayan recibido una formación menos profunda que la cultura clásica, pero más desenvuelta que la instrucción primaria elemental. Pero, una gratuita y la otra de pago.

¿Era esta, sin embargo, una razón suficiente para justificar la coexistencia de organismos repetidos? Nadie ha osado afirmarlo. Se ha procurado más bien, con frecuencia, diferenciar la primaria superior y la secundaria especial. Muchas veces ha visto ésta transformarse su organización y modificarse su nombre hasta el día en que se convirtió por la voluntad todopoderosa del ministro Georges Leygues (1902) en una sección secundaria con los mismos derechos y las mismas sanciones que la enseñanza clásica. Como no bastaba dar a una disciplina la etiqueta secundaria y a la otra la etiqueta primaria para crear entre ellas una diferencia visible, el malestar creado por la doble organización no fué disipado por la reforma de 1902. La enseñanza moderna ha seguido siendo entre la clásica y la primaria superior un organismo híbrido que busca su camino y que por no encontrarlo se transforma continuamente.

Así, aparece claramente el vicio de una organización en que los tipos de enseñanza están diferenciados primordialmente por ser gratuitos o de pago. Hechos como éste no pueden por menos de crear en la vida de la Universidad graves confusiones. Por ser catalogada como secundaria, la enseñanza moderna ha reclamado y obtenido la igualdad de sanciones que la clásica para el acceso a las Facultades. Y por tener en su conjunto programas vecinos a los de la moderna, la primaria superior reclama a su vez esta igualdad.

Además, abandonándose al azar del nacimiento y de la fortuna la selección de los alumnos de ambas enseñanzas, se tiende a convertir el Liceo o Colegio en escuela primaria superior y a hacer también perder a ésta su carácter y misión. Hay a veces en ésta alumnos que hubieran aprovechado la segunda enseñanza. ¿Cómo no sentirse tentado a darles un *Ersatz* y prepararlos para el bachillerato? Con frecuencia hay en aquéllos quienes no pueden aprovechar una cultura más amplia, pero, como han pagado, no se quiere dejarles marcharse y es preciso adaptar la enseñanza a su nivel.

Por esto la enseñanza primaria superior tiende a prolongar su duración, a intensificar sus programas y algunos de sus maestros procuran hacer de ella como una especie de secundaria gratuita. Y, por otra parte, la secundaria se fracciona en secciones y sacrifica en parte, por lo menos, su objetivo de formación general de las inteligencias.

Incoherencia, se dirá, e incoherencia culpable por que crearía, si se desenvolviese hasta el fin, una especie de atonía general de las disciplinas intelectua-

les, acabando por ser todas parecidas y sin preocupación alguna por la diversidad de aptitudes. No tienen defensa posible las confusiones que sufre hoy la Universidad francesa.

Pero es preciso reconocer que estas confusiones son, en cierta medida, consecuencia inevitable de un régimen que, en un país democrático, distribuye, sin embargo, los niños entre las escuelas diversas según su fortuna.

¿Se pide que cese el dualismo entre la enseñanza moderna y la enseñanza primaria superior? Pues tropezaremos con la opinión de los que reclaman con M. Rancés el mantenimiento de una sección puramente moderna en Liceos para ciertos alumnos que son ineptos para el latín, sin ser incapaces de todo estudio y a quienes sus padres quieren asegurar, sin embargo, el beneficio de la atmósfera social, intelectual y moral propia de la segunda enseñanza.

¿Se quiere, por otra parte, procurar no preocuparse de los ineptos de pago y elevar, a riesgo de eliminar esta parte de la clientela tan poco interesante, el nivel de los estudios secundarios? Tropezaríamos con la opinión de hombres que harán observar con M. Loequin, diputado socialista de la Nièvre, que al lado del deber pedagógico hay el deber social", y que si se devuelve a la segunda enseñanza su carácter propio se hará muy difícil el bachillerato para los niños a quienes su situación de fortuna no les ha permitido seguir otros cursos que los de la escuela primaria superior.

Así, todo se falsea por el carácter inorgánico del reclutamiento de las enseñanzas del segundo grado. De una parte, se encuentra cogida entre dos deberes: el de conservar para los estudios secundarios su valor de cultura general, a la vez brillante y sólido y el de no apartar del bachillerato a los niños a quienes un régimen social defectuoso no ha permitido recibir esta cultura; de otra parte, se piensa menos en éstos que en aquellos otros que pagan el derecho a gastar sus pantalones sobre los bancos del Liceo sin afinar por eso su espíritu todo lo que fuera de desear. Pero, por ambas partes, se reconoce, sea implícitamente con M. Loequin, un poco sorprendido de ello, sea explícitamente con M. Rancés, que no parece indignarse, que los programas sufren el influjo de las disposiciones que se fundan sobre la diferencia de fortuna, la distribución de los niños entre la secundaria y la primaria superior.

(La Escuela Unica, ed. La Lectura).



BEATRIC ENSOR

## La relatividad de la libertad

Todavía no hemos agotado la profunda significación de la ley de la relatividad de Einstein. Las grandes leyes espirituales han existido siempre, pero de tiempo en tiempo ha surgido algún gran hombre para dar a la humanidad una interpretación a estas leyes.

Así ocurrió con la ley de la gravedad. Cuando Newton la dió a conocer al mundo, no fué posible comprender entonces toda su importancia.

Lo mismo ocurre ahora con la ley de la relatividad. Hacía falta que surgiese un genio para hacer tan sencillos hechos contradictorios. Aplicada a la moral, esta ley revolucionará nuestras ideas. Lord Haldane ha demostrado ya algunas de sus aplicaciones. Nadie puede apurar la totalidad de la verdad. Cada uno puede tener solamente la parte que le es dado concebir según el mecanismo de su conciencia. Otro que vea el mundo a través de cristales de distinto color, podrá tener otra parte diferente de la verdad.

Ver la verdad en su totalidad no será posible hasta que el hombre haya conquistado la totalidad de la naturaleza y haya llegado al término, al fin de la evolución. Es, por lo tanto, evidente que la verdad no puede ser más que relativa. Aparece etapa tras etapa, a medida que el hombre hace evolucionar el mecanismo de la conciencia y llega a ser dueño de sí mismo. La libertad verdadera no es posible más que si se ha comprendido la significación profunda de la ley de la relatividad aplicada al alma, a la conciencia, a la personalidad. Encontramos por el mundo toda especie de seres humanos; unos no significan nada y otros mucho. Lo que podríamos llamar "voltage" del alma depende del grado al cual es capaz de llegar el ser humano en la conquista de sí mismo y de la medida en que ha sabido servir de canal a las fuerzas del universo.

Se puede, para más comodidad de la exposición, analizar la libertad mirándola desde los cuatro ángulos siguientes: material, emotivo, mental y espiritual.

1.º *Libertad material.* — Hay que reconocer que existe algo muy parecido a una libertad material sobre el plano físico y que viene de la posesión del dinero, de la salud y de la fuerza. Su limitación se expresa con la pobreza y las enfermedades.

2.º *Libertad emotiva.* — Por el momento, hay muy pocas personas que estén al corriente del ABC de la higiene afectiva e intelectual. Todos somos esclavos de nuestras emociones, bajo una u otra forma; no somos libres. Sentimos en nosotros una gran fuerza afectiva, pero tenemos miedo y nos inhibimos.

3.º *Libertad mental.* — Pocas personas han sido capaces de elevarse por encima de las limitaciones de doctrinas políticas, de credos, del sentimiento nacional. Muchos de entre nosotros están unidos por su punto de vista y no son libres en el punto de vista mental.

4.º *Libertad espiritual.* — Cuando nos encontramos esas grandes almas, tan poco numerosas, que son espiritualmente libres, reconocemos en ellas a los verdaderos jefes, los hombres y las mujeres que significan algo, los que conocidos o desconocidos hacen la historia.

Lo que hay de trágico en la educación es que existen poquísimos maestros en nuestras escuelas que sean psicológicamente libres. No se puede dar más que lo que se posee. Si no somos relativamente libres, no podremos transmitir la libertad a nuestros discípulos. Uno de los más graves problemas es, pues, el de la liberación espiritual del maestro. Tenemos miedo a la palabra análisis. No hago alusión a ninguna escuela especial de psicoanálisis. Mi teoría personal es que todos los que trabajan en esta vía, buscando y discutiendo año tras año, contribuyen a la solución de lo que significa ser libre. Tiempo vendrá en que no se juzgará al maestro por sus diplomas académicos, sino por la capacidad para enseñar que le será conferida por su libre individualidad.

Cada dos o tres años, un maestro debería presentarse a una autoridad imparcial que juzgaría si era todavía libre o si se había hecho esclavo de tal o cual método. Una de las cosas más importantes de preguntarse es esta: ¿En qué medida soy libre en mi fuero interno? ¿En qué medida estoy forzado a ser maestro? Ocurre, a menudo, que los que creen ser particularmente libres y no tener necesidad de ningún análisis, llevan en ellos, en su inconsciente, una buena cantidad de manías y de limitaciones. Nadie se conoce. Nuestros amigos tampoco nos conocen y a veces nuestros enemigos nos conocen mejor. Sabemos



apreciar nuestras cualidades; lo que necesitamos ver son nuestros defectos.

Desde el punto de vista psicológico nos damos cuenta que lo que vale no es lo que nosotros decimos, sino lo que nosotros somos. El niño está constantemente petrado hasta su inconsciente por todas las influencias del ambiente.

Un maestro agobiado o irritable, un maestro que es presa de una mezcla de autoridad o de desconfianza en sí mismo, puede transmitir al niño de un modo continuo sus inhibiciones o complejidades. A veces un maestro demasiado viejo — hay excepciones, pero el caso es frecuente — está encargado de la existencia de muchos jóvenes. La influencia cotidiana que ejerce la vida en común es mucho más profunda que la de la enseñanza escrita en el encerado. En las escuelas nuevas no es el niño el problema difícil, sino el maestro.

La formación del niño empieza en casa. En Europa, una de las graves lecciones que tenemos que aprender es poner a los padres al corriente del problema de la libertad; no podemos tener niños sin padres. No sirve de nada adoptar en la escuela el mejor modo de libertad, si en la casa reina la licencia. Entre los padres jóvenes hay muchos que desean saber más. Y nosotros necesitamos padres, maestros y niños trabajando en común para llegar al mismo fin.

Casi todos los niños que llegan a la escuela a los seis o siete años, presentan fenómenos de desviación afectiva. Es siempre el caso del hijo único, del hijo adoptado, del niño que viene de un hogar donde el padre es víctima de un complejo de dominación; donde hay un hermano o una hermana mayor que recibe todos los favores, mientras que los otros niños se sienten menos apreciados. Todos esos niños sufren desviaciones afectivas que se trata de descubrir antes que sea posible darles la libertad. Si los padres quieren trabajar de acuerdo con el maestro, desaparecerán muchas dificultades.

La ley de la relatividad cuenta con muchas otras aplicaciones. No podemos nosotros dissociarnos de la base social. Lo que es posible en Italia no lo es en Inglaterra. Lo que es en Inglaterra no lo es en los Estados Unidos, y viceversa. Se nos preguntará por qué hacemos en Frensham Heights, en Inglaterra, tales o cuales cosas que hace M. Geheeb en Odenwald, en Alemania, y viceversa. En Alemania existe el movimiento de la juventud reclamando la libertad en el terreno físico de la vida. En América, en ciertos aspectos, la libertad está mucho más avanzada que en Europa; nación joven, tiene una riqueza que nos es posible alcanzar a las viejas naciones. La mano de hierro de un largo pasado no pesa sobre ella. Lejos de nosotros considerar como malo todo lo que emana del pasado. Hay personas que querrian dosificar la libertad que conceden, conocer cuánta puede recibir un niño de cinco años y cuánta un joven de diez y

ocho. Y es que desconocen los diferentes factores del país, del tipo del niño, etc. Eso es una noción errónea. Lo que nosotros tratamos de descubrir son los principios fundamentales de la libertad.

La autonomía es uno de los aspectos de la libertad en la escuela. No es que digamos al niño que puede ser sucio o limpio según su gusto, que pueda ir a echarse cuando tenga gana, tampoco que le dejemos hacer lo que quiera en los dominios intelectual o afectivo. Pero sí le decimos que puede hacer lo que le plazca en un campo dado, en un medio elegido científicamente para proporcionarle la atmósfera más favorable que sea posible.

Se ha hecho mucho por libertar al niño antes de los doce años. Los métodos Montessori y Decroly, así como el de Winnetka, han contribuido a librar al niño de la dominación de la pizarra y del verbalismo, de la dependencia demasiado grande de los libros y del sistema que consiste, para el maestro, en absorber el saber para devolverlo o lanzarlo luego para uso de su clase. Los educadores verdaderamente innovadores han experimentado que el niño debe ser libre para moverse y que ellos deben saber esperar para dirigirse a él que llegue el momento psicológico. América ha comprobado que lo importante es dejar al niño que se exprese por sí mismo. Lo que importa no es tanto el saber a qué edad aprenderá a leer, a escribir o a contar, sino que él tenga algo que expresar. Creemos que todo está en potencia en lo inconsciente.

Nuestro papel es dar a esas fuerzas la ocasión de manifestarse. Cuando el niño pide o desea escribir, cuando desea dibujar una cosa en relación con un problema práctico, él descubre las vías y los medios necesarios. Esto se puede ver en los niños pequeños cuando se expresan en la música, las artes, la danza rítmica. Que venga primero la vida, que la forma ya seguirá.

Algunas escuelas nuevas han ido al extremo inverso. Declaran éstas que los niños libres y dichosos se desarrollan como flores, pero que a los catorce años les faltan las bases sólidas y necesarias para un trabajo más adelantado. Nos hace falta encontrar un equilibrio: que el niño comprenda la necesidad de las técnicas para poder expresarse por sí mismo tan bien como sea posible.

Métodos como los de Montessori y Mackinder y el del doctor Decroly son maravillosos, les han infundido su propia vida. Les han consagrado su existencia y se dieron a ellos por entero. Se ponen hoy a la venta toda clase de materiales, y en esto hay un grave peligro. No hay que olvidar que un material no vive si no le infundimos algo de nosotros mismos. Es una ley de la vida: que no se saca de una cosa más que lo que en ella se pone.

Las escuelas secundarias están limitadas por los exámenes; los profesores universitarios, por trabajo

en casa. Les queda poco tiempo para lo que concierne al arte de vivir y al arte de la sociabilidad. Hoy cada rama tiene una extensión inmensa. ¿No sería mejor enseñar a trabajar y a descubrir lo que es necesario, despertar el interés del discípulo antes que aplastarlo con una acumulación de hechos sobre su memoria? ¿Han deseado ustedes, durante una crisis afectiva, averiguar la fecha de Enrique VIII? Aun si hubiese surgido ese deseo les hubiera sido fácil buscarla en el primer diccionario que encontrasen.

El mundo de los eruditos no es el único que existe. Hay también el de los artistas, de los músicos, de los hombres de acción. Nos hace falta encontrar el justo medio, reunirnos y discutir para concebir todo el programa. Poco a poco hallaremos el medio de librar también al discípulo menor de doce años, de emanciparlo de esta odiosa opresión. Y donde han libertado al niño menor de doce años ya han realizado hermosos esfuerzos para librar al que tenga más edad. Debemos hallar un método que permita al niño trabajar a su paso a fin de que se haga un hombre o una mujer capaz de encontrar su lugar en la vida moderna gracias a su cultura y a su conocimiento de lo que debemos al pasado. Trabajemos, pues, todos para modificar el concepto actual de los exámenes.

## LIBERTAD Y EDUCACION

La libertad en la educación es un problema que ha sido abordado tan a menudo que quizás pueda aparecer a alguien como un limón estrujado. Espero que se me perdonará si yo lo estrujo otra vez.

Este es un problema crítico, y aun trágico. Millones de hombres han muerto o han pensado morir por la libertad. Oímos en torno nuestro el grito por la libertad de los pueblos; pero la libertad de los niños la tomamos menos en serio. Ella es, sin embargo, más importante de lo que quizás parece. Hay muchos que piden libertad para sí, pero que la niegan a los demás; muchos reclaman su libertad a expensas de los otros.

La palabra libertad se usa ordinariamente en un sentido muy restringido por maestros y padres. Estos la confunden con la licencia. Piensan de ella como si fuera la libertad para proceder mal o para no hacer nada. Sin embargo, existe la libertad para hacer el bien.

Es mucho más fácil prohibir que dirigir, mucho más fácil confeccionar un código de lo que no debe hacerse que de lo que debería ser hecho. La mayoría de la gente teme a la libertad por el mal uso de la palabra.

**Libertad relativa:** — Hay condiciones que limitan la libertad de acción en la escuela. Existe un conflicto inevitable en ciertos puntos entre los derechos e intereses del individuo y los del grupo. Hay también obstáculos, para dar plena libertad, en la naturaleza del individuo mismo. No puede haber una regla general; cada caso debe ser considerado según sus méritos para ver si puede ser dada completa o parcial libertad al niño por su propio bien y el bien del grupo.

Si estudiamos a los niños en vista de este problema, encontramos que cada niño difiere de los demás y que no existe regla general para conceder libertad o no. La edad es el primer factor. Evidentemente, un niño de seis años tiene más libertad que uno de tres; se le puede asignar mayor responsabilidad. Por otra parte, se le guarda menos indulgencia, se le hacen menos concesiones que al niño de tres. Lo mismo puede decirse del niño de nueve o de doce años. El sexo es otro factor. Hablando en general, las niñas aceptan la disciplina más fácilmente que los niños; al menos solía ocurrir así. Me dicen, sin embargo, que esto no pasa ya. Las condiciones físicas deben tenerse también en cuenta. Un niño enfermo es más pasivo que uno saludable. El motor sensorial condiciona la materia. El niño que parece desobediente y perturbador puede ser un niño débil de oído o de vista, y que, por tanto, no percibe bien. Las tendencias dominantes, los instintos del niño deben ser también tenidos en cuenta igual que las circunstancias domésticas. Un niño con hermanos y hermanas, se adapta mucho más fácilmente cuando va a la escuela que el hijo único sobre el cual se han centrado el interés y la atención en el hogar. Los conocimientos del niño, sus experiencias anteriores, determinan también el grado de libertad que podría tener. Hay ciertas experiencias que debería hacer todo niño. Por ejemplo, todo niño ha de investigar y ascender probablemente alguna vez a un tubo de chimenea aunque se manche y haga un estropicio, o ha de meterse en el agua y chapotear en ella. Si no tiene facilidades para hacerlo antes lo hará después; esto es todo.

**Tipos diferentes, libertades diferentes:** — Por mi observación directa en las escuelas con las que he estado relacionado puedo decir que hay algunos tipos a los que se puede dar libertad y otros a los que no se puede hacer esto. He observado algunos niños que a los seis y a los nueve años no se les debería conceder libertad, ni siquiera a los doce. Quizás se pensará que esto significa que la escuela no ha hecho nada por ellos; pero no es así. Hay algunas cosas que la escuela no puede hacer.

Por ejemplo nosotros tenemos en una misma clase un niño que aun no llega a los siete años, a quien se le puede decir: "haz lo que quieras"; es un niño muy activo e inteligente, ocupado siempre; y otro niño es casi tan bueno como el primero, pero necesita en mucho mayor grado el estímulo de la aprobación del grupo; otro no puede trabajar bien más que en un grupo; otro sólo puede trabajar bien si domina al grupo, o solo si se le interesa particularmente en la materia; un niño tímido, apático, ha



sido mal educado en su casa, evita a sus compañeros y no hace nada si no es estimulado y ayudado por el maestro. Hay otro niño en quien se puede confiar plenamente que trabaja bien solo o en grupo, y que ejerce una buena influencia sobre los demás, y tenemos otros que piensan y trabajan bien, pero que carecen de iniciativa y perseverancia. Estos necesitan constantemente ayuda del maestro y se distraen fácilmente en su trabajo. También los hay que no sólo se distraen fácilmente, sino que distraen a los otros. Estos son los extremos que encontramos: el apático y el perturbador, de un lado, y el confiado en sí mismo y digno de confianza, del otro, con toda clase de variaciones intermedias.

Vemos las mismas diferencias tres años después en el grupo de nueve años, y lo mismo en uno de doce años aún después de los años de disciplina y experiencia escolar. Tenemos una niña de nueve años que es buena en sus estudios, pero un poco lenta en su clase de cocina. Es algo difícil en su carácter, obstinada, susceptible, pero es responsable y sabe cómo organizar su trabajo. Se puede dejar a esta niña en completa libertad y obtener buenos resultados. En la misma clase hay un niño de mentalidad media, pero de poca salud, que es perezoso y falto de iniciativa y perseverancia. Necesita vigilancia en su trabajo. Y marcha. Mi conclusión de todo este material que he observado es que debemos concretar y no generalizar. Si decís a un maestro que está en contra de todos estos problemas personales diferentes: "sé amigo de la libertad", haréis otro enemigo de ella. No hay nada (ni puede haber) que sea completa libertad en la escuela. Tenéis que estudiar cada niño y diferenciarlos.

ALFRED ADLER

## EL VALOR.- SU PAPEL EN LA EDUCACION

Cuando se trata de definir el fin de la educación se tropieza con la dificultad de reunir todos los fines que se le asignan en un concepto bastante claro para alejar el riesgo de equivocar el camino o de hacerse ilusiones. Sería necesario poder determinar el papel de la educación de tal suerte que, aun en los casos difíciles, la idea directriz permita al educador, como al niño, evitar los errores y los callejones sin salida más peligrosos. No es preciso que esta idea directriz sea tomada sólo de la tradición, porque los cambios que pueden sobrevenir en las condiciones de nuestra vida pueden imponernos como esencial una modificación de nuestros hábitos y de las exigencias del pasado. Tampoco es necesario que aquélla emane únicamente de un impulso de orden efectivo. No tiene que

La mayoría de los grandes educadores del pueblo, aun aquellos que amaban la libertad, han hecho este descubrimiento. Así lo hizo Fenelón, que habló contra la "disciplina" del niño, afirmando que la obediencia debe ser impuesta en ciertos casos, aun-que sea mejor usar la persuasión que el miedo. Montessori, a quien consideramos como una gran libertadora de la infancia, no recomienda siempre una libertad ilimitada.

Aquella reconoce un límite cuando los derechos del niño entran en conflicto con los demás. Ellen Key, otra gran libertadora, cree que el niño debe ser "disciplinado" especialmente en los tres primeros años de su vida para que pueda gozar después de la libertad. Por otra parte, Foerster, el gran creyente en la disciplina, piensa que la coacción es un primer grado de educación que prepara al niño para la libre obediencia. Ninguno de estos educadores defiende ciegamente una regla general para todos los niños en todas las circunstancias.

El problema de la libertad es realmente el problema del niño individual. En algunos casos hay que hacer tal cosa, en otros, otra; pero en general se pueden aplicar en alguna extensión estas normas:

- 1a. Organizar el ambiente para libertar a los niños y despertar sus mejores instintos.
- 2a. Preparar a los maestros para la libertad.
- 3a. Escoger maestros que sepan usar la libertad y el ambiente de una manera social.
- 4a. Cultivar en cada niño los instintos sociales.
- 5a. Tener en cuenta la edad y demás factores individuales en el caso de cada niño.

Dr. Ovide DECROLY

estar sometida a otras ideas-fuerzas religiosas, nacionales o sociales, aunque éstas desempeñen un papel importante en el ideal de la educación. Lo que debe desarrollarse para desempeñar una función importante corre el riesgo de manifestarse como un dogma e implantarse. Desde el punto de vista de la educación, los factores religión, nacionalidad y conciencia social no son nunca más que medios de encontrar el camino para llegar al mejor desarrollo posible del niño; si no alcanzan este fin, es necesario, quíerense o no, relegarlos a segundo plano.

Sin duda, el problema del mejor desarrollo posible del niño depende a tal punto de la actitud preconcebida del educador, que valdría la pena de examinar tal actitud antes de fijar en su unidad el fin

de la educación. Sería una ventaja inestimable extenderse al menos sobre algunos puntos que deberían figurar en buen lugar en el fin de la educación gracias a su carácter científico inatacable, o, al menos, gracias al hecho de que son universalmente reconocidos.

Preseindiendo de los niños víctimas de una anomalía psíquica durable, nos parece que tres de las exigencias merecen hoy ser subrayadas ante todo:

- 1.ª El ideal de la educación debe ser universal.
- 2.ª Debe imponerse por su necesidad lógica.
- 3.ª Debe asegurar la utilidad colectiva.

1.ª *El ideal de la educación concebida como universal.* — Vista desde este ángulo, la educación excluye todas las instituciones que suponen una preparación distinta de los jóvenes, como si unos deberían estar llamados a servir y los otros a formar una clase directora. En vez de proceder a una selección de los niños que aparecen como bien dotados, con el fin de prepararles a funciones más altas, convendría dar preferencia a los métodos que facilitarían la ascensión de los llamados mal dotados. Sería necesario no colocar en primer plano la investigación de las aptitudes ocultas, no sobreestimar las facultades visibles en el niño y en el joven, como se hace por medio de los "tests", sino más bien despertar las facultades en todos. Sería preciso hacer más evidente que hasta aquí al educador la significación de un entrenamiento bien concebido, desde el punto de vista intelectual y del moral. Se traza hoy a las funciones de orden intelectual, corporal o moral límites demasiado estrechos. Sólo así se llegará a darles un rendimiento superior que se libertará de la superstición que consiste en considerar estos límites como dados permanentemente. En sus métodos prevalecerá siempre la tendencia a no restringir el esfuerzo y el valor de los alumnos.

2.ª *El ideal de la educación concebido como inteligible.* — La ampliación a la tradición y a los sentimientos no debe ser preponderante. El acuerdo, tan necesario en educación, no puede lograrse más que siguiendo las vías de la razón. Cuando el educador y sus alumnos tienen la convicción de que se encuentran en el buen camino, irremediamente se aumenta su independencia y su confianza en sí, tan pronto como aborden con madura reflexión los problemas que surgen ante ellos. A su vez, su valor y la evidencia de su progreso aumentan en la medida en que agarran sus raíces en su saber y en sus conocimientos directos. Como fundamento de esta comprensión querría yo recomendar la psicología individual, según la cual la vida es una función constructiva, orientada hacia la busca de las soluciones más satisfactorias a la relación entre el hombre y el universo, la sociedad y el sexo opuesto.

Del hecho de considerar la vida como una función constructiva se desprende que sólo el hombre valeroso podrá entregarse plenamente a ella.

3.ª *La utilidad para la sociedad.* — Toda función que no se ejerce en el cuadro de la utilidad social disminuye en el que la realiza el sentimiento de su valor, le confiere un sentimiento de inferioridad y le pone en contradicción con los deberes y las obliga-

ciones de la vida que tienen siempre un carácter social. Encontrará desde entonces siempre la reprobación de la sociedad, así como todas las restricciones y sanciones que surgen naturalmente y necesariamente de las violaciones a la lógica de la vida en una colectividad humana. Cree hacerse la vida más fácil, y la llena de obstáculos. No se sentirá parte integrante de un todo, y vivirá como en país enemigo. El calor de la vida individual, los resultados favorables no se encuentran más que del lado de la utilidad social. La falta de interés por los demás tiene siempre su origen en el temor de no poder hacerse útil. Por esto, como lo ha mostrado la psicología individual, trata de fundar por medio de toda especie de trucos y de justificaciones propias, lejos de la verdad de la vida e ilusionándose él mismo, su valor y el sentimiento de personalidad, aparte de la utilidad general y sobre una base ilusoria que orientará toda su existencia.

Reconocer esto es comprobar que, en tanto que factores sociales, la verdad y el valor se encuentran. Son la expresión del sentimiento colectivo evolucionado. Constituyen las caras diversas de una sola y misma manera de vivir. En tanto que un niño tenga la convicción de poder afirmarse sobre la base de la utilidad no le vendrá la idea de entregarse a actividades inútiles. Despertar este conocimiento es para la psicología individual el primer paso para despertar el valor. La posibilidad de realizar las funciones de utilidad social más elevadas por un método apropiado, o al menos la esperanza de poder tender a ellas con éxito y no ser impedido por particularidades hereditarias o constitucionales, no puede ser probada más que por la experiencia y la razón.

Estos tres puntos de vista podrían, pues, ser reducidos a una unidad y servir de punto de partida para fundar el ideal de la educación para el valor, tal como la realiza la psicología individual del modo más consciente y colocándola siempre en el terreno de la razón.

Si me fuera permitido exponer brevemente una prueba de la exactitud de este punto de vista, llamaría la atención sobre las consecuencias de una educación mal comprendida que hieren de la manera más dolorosa el alma del educador: niños difíciles, nerviosos, candidatos al suicidio, criminales y prostitutas. Se descubrirá en todos estos casos que aquéllos han seguido su camino porque les ha faltado el valor de realizar cosas útiles. Que con razón o sin ella se han creído excluidos de un ideal de educación universal, que han desconocido el ideal expuesto aquí de una manera científica, es fácil de ver; pero conviene ofrecer la prueba de ello examinando las circunstancias de su vida. Es fácil también comprobar que han seguido un mal camino, no han sabido encontrar el de la utilidad general y se han puesto así en contradicción con la sociedad; y que los medios empleados hoy para convertirlos carecen absolutamente de efecto.

Debería ser también evidente que no pueden ser salvados más que si vuelven a encontrar el valor de afirmarse como miembros de la sociedad y no en contradicción con el sentimiento colectivo.



E. DELAUNAY

# LA ESCUELA

No es necesario definir la escuela, pero es útil mostrar los defectos más graves de las escuelas a que concurren todos los niños e indicar lo que debería hacerse para mejorar esas escuelas.

No es indispensable tampoco estudiar cómo se han diferenciado las escuelas; pero es bueno mostrar que la diferenciación que tiene por fin separar los hijos de los ricos de los hijos del proletariado es combatida hoy por los partidarios de la escuela única. Hay que señalar también la influencia del individualismo sobre la diferenciación de las escuelas, como se propone hoy tener mejor cuenta de los intereses y de las capacidades de los niños para ayudarles a convertirse en hombres más bien que para hacer de ellos creyentes o ciudadanos.

Ninguno mejor que Roorda ha sabido exponer de un modo claro y a menudo cáustico los defectos de las escuelas de hoy:

"Hay, dice el pedagogo suizo, dos escuelas:

"1.º La escuela propiamente dicha..., donde todos los niños van para comenzar;

"2.º La escuela especial o profesional donde se entra más tarde y donde todos los alumnos hacen un mismo aprendizaje determinado.

Esa escuela especial será, por ejemplo, una escuela de medicina, o una escuela de relojería, o una escuela de derecho, o una escuela de comercio, o una escuela de dibujo, o una escuela dental.

"Se comprende que en tal escuela todos se entreguen al mismo adiestramiento metódico; que se ponga a todos los mismos trabajos y que, finalmente, se exija de todos los mismos conocimientos técnicos y un mismo mínimo de habilidad. Los unos ejecutarán más fácilmente que los otros los ejercicios reglamentarios; pero las exigencias del maestro no variarán con sus aptitudes respectivas. En suma, es su ciencia de especialista, son sus propios talentos, sus propias habilidades lo que se esfuerza por comunicar a todo su alumno indiferentemente. Si los gustos de uno de éstos son demasiado fuertemente contrariados por esa disciplina uniforme, que se vaya. Porque hay reglas concernientes a la resistencia de los materiales que deben conocer todos los futuros constructores de puentes. Es preciso exigir también de todos los alumnos de una escuela de relojería que, a despecho de sus tendencias individuales, fabriquen relojes que marchen de acuerdo. Y yo encuentro bueno que se impida a los jóvenes que estudian el arte dental una originalidad excesiva en la manera de arrancar los dientes.

"Pero es de la escuela primaria de la que quiero hablar, de la que yo llamaría simplemente la escuela, y de la cual se olvida muy a menudo uno de los caracteres esenciales. En esa escuela, el maestro se

dirige a niños que ejercerán después las profesiones más diversas... La escuela debe, pues, preguntarse: ¿Es que la ciencia que enseña tiene un valor general?... Pues, aquí, no estamos ya en la escuela profesional. Aquí, frente al maestro, el escolar no es ya aquel de los dos que debe comprender al otro. No se trata de enseñar a todos los alumnos los mismos procedimientos y las mismas fórmulas. Es preciso dejar a cada uno de ellos la ocasión de mejorar lo que la naturaleza le ha dado de bueno. Porque cada uno de ellos, en calidad de ser humano, tiene aptitudes preciosas de las cuales se podría favorecer el desarrollo. Ahora bien, todos los niños no se desarrollan del mismo modo; no pueden progresar todos de la misma manera.

"...es admisible que, en ciertas lecciones, todos los escolares hagan lo mismo. Pero al lado de ese dominio en donde la instrucción puede ser obligatoria y uniforme ¿no hay otro donde la diversidad y la libertad deben ser admitidas?..."

"Existen muchas escuelas donde los jóvenes pueden especializarse. Pero nos falta aun aquella en que el niño pueda desarrollarse".

Ciertamente, la mayor parte de las escuelas merecen todavía los reproches que Roorda dirige a la Escuela. Se comprenderá la razón cuando se sepa que la escuela ha nacido de la Universidad y no la Universidad de la escuela. Por rutina, la escuela ha permanecido mejor adaptada a la preparación para estudios más completos que a la preparación para la vida.

Sin embargo, se difunde cada vez más la idea de que la Escuela es hecha para los escolares, tan diversos en sus aptitudes y en sus intereses, y que todos los escolares deben aprovecharse de la enseñanza de una escuela. Sin duda entre los defensores de una mejor y más justa adaptación de las escuelas a los escolares, hay un cierto número que se colocan únicamente o casi únicamente en el punto de vista social: para quienes las escuelas para retardados tienen por fin determinar las cargas sociales, las escuelas para supernormales sacar el máximo provecho de las élites, la escuela única — todavía no realizada en Francia — reclutar todas las élites. Pero que el fin sea o no sea el progreso social, no es menos verdad que los medios encarrados se resumen poco más o menos todos en una mejor adaptación de la enseñanza a las individualidades infantiles. El progreso individual y, por tanto, la individualización de la enseñanza son los medios del progreso social.

La necesidad de diferenciar la enseñanza por la creación de escuelas diferentes se ha hecho sentir sobre todo a propósito de los niños demasiado diferentes de los otros para poderse aprovechar de la

enseñanza colectiva. La primera escuela para sordomudos fué creada en París en 1760; en 1784, en París también, se creó la primera escuela para ciegos; sin embargo, la escritura Braille, la más usada hoy por los ciegos, no fué inventada más que hacia 1829. La enseñanza para los niños débiles y estropeados es descuidada todavía hoy demasiado, salvo quizás en Dinamarca y en los Estados Unidos. En New York, en 1921, cerca de 2.000 niños estropeados eran transportados diariamente a escuelas especiales por dos ómnibus municipales y varios vehículos alquilados; más de 500 estaban hospitalizados y 172, no transportables, eran instruídos a domicilio por 12 maestros voluntarios.

Sin embargo, el interés de los niños no está siempre sólo en causa, el de los maestros ha influido igualmente en la diferenciación de las escuelas. Se comprende que los niños atrasados, anormales, viciosos, hayan sido una molestia para sus maestros. Se adivina que los alumnos particularmente bien dotados no hayan estado en el mismo caso y que los maestros sean felices por conservar tales alumnos en sus clases. Así, cuando la primera escuela especial para retardados se creó en Alemania en 1867, sólo en 1905 se crearon en Estados Unidos escuelas para supernormales. Hoy mismo, la escuela única no es deseada por la mayoría de los maestros más que a condición de que no pierdan sus buenos alumnos.

Para que cada niño se aproveche hasta el máximo del tiempo pasado en la escuela y del trabajo que hace en ella, es preciso que la escuela tenga en cuenta la diversidad de las aptitudes y de los intereses. Entre las soluciones que han sido propuestas para satisfacer esa condición, una consiste en diferenciar las escuelas y los grupos de una misma escuela, pudiendo cada grupo homogéneo recibir así una enseñanza colectiva provechosa; la otra en diferenciar los trabajos en la misma escuela, en individualizar la enseñanza y en asegurar el control, sea directamente por el maestro, sea indirectamente. Hay en fin escuelas que se esfuerzan por combinar las dos soluciones precedentes. Dejamos para más tarde la exposición de los métodos empleados para la selección de los grupos o para la enseñanza individualizada. La primera de esas soluciones es empleada en algunas grandes ciudades, la segunda conviene a las pequeñas escuelas.

Un modelo de diferenciación del primer género nos es ofrecido en Jackson (Estados Unidos), donde en 1921 se contaba.

- 1.º Ungraded schools para niños deficientes;
- 2.º Lower auxiliary schools para jóvenes retardados;
- 3.º Upper auxiliary schools para retardados de más edad;
- 4.º Opportunity schools para los retardados que van a dejar la escuela;
- 5.º Speed schools, escuelas rápidas para mejor dotados;
- 6.º Open air schools para pretuberculosos y anémicos;
- 7.º Schools for deaf para sordos o duros de oído;
- 8.º Schools for the blind or sight saving school, para ciegos y débiles de la vista;
- 9.º Maestros repetidores (special help) para niños normales pero retardados en alguna materia.

Entre los otros tipos de escuelas especiales, de que no hemos hablado todavía, debemos citar las escuelas para niños viciosos, vagabundos, delincuentes, que se han desarrollado sobre todo en Inglaterra y en los Estados Unidos.

Agreguemos todavía las escuelas destinadas a los

más pequeños y, entre ellas, los jardines de infantes de Froebel, creados en Alemania desde 1837, las escuelas maternas francesas organizadas primero por Mme. Pape Carpentier y la Case dei bambini de Montessori, aparecida en Italia en 1907.

Así, poco a poco, al diferenciarse, la Escuela tiene cada vez más en cuenta las aptitudes diversas de los niños. ¿Lo mismo pasa en lo que concierne a los intereses infantiles? Ciertamente sí, pero si ese otro progreso puede ser constatado en los diversos tipos de escuelas de que acabamos de hablar, es sobre todo evidente en lo que se ha llamado las Escuelas nuevas y las Escuelas del trabajo (Arbeitsschule). Claramente hace nacer las primeras en Inglaterra en 1889 y sobre el continente en 1898, y las segundas en los Estados Unidos en 1896 y en Alemania en 1907, pero es cierto que el origen de los métodos puestos en práctica en esas escuelas está mucho más lejos. Escuelas nuevas y escuelas del trabajo son designadas hoy con más frecuencia con el nombre de escuelas activas.

En resumen, la escuela ha progresado, sea esforzándose en tener más en cuenta el desenvolvimiento mental (escuelas para retardados, a medida, al aire libre, para supernormales), sea al querer adaptarse a los intereses y en particular a la necesidad de actividad de los niños (escuela activa). En fin, la preocupación por seleccionar la élite, la de poner orden en la organización escolar y un impulso democrático encaran hoy el problema de la escuela única. Bien que esas formas de progreso sean inseparables en realidad, que, por ejemplo, la escuela activa se preocupa igualmente de la diversidad de las aptitudes, adoptaremos este orden y esta división para continuar este estudio que terminaremos indicando lo que debe ser la escuela y las escuelas, según nuestra opinión.

## ESCUELAS PARA ANORMALES Y RETARDADOS

En las ciudades como en los campos se encuentra un número considerable de niños anormales y retardados. Algunos de esos niños que deben sus taras a padres alcohólicos, sífilíticos o tarados de algún otro modo, no sólo tienen la desgracia de estar afectados por alguna otra debilidad o la de ser débiles de espíritu; son sobre todo los sufrimientos de sus padres y de su ambiente.

Otros hallan su placer en el vagabundaje, la brutalidad, las farsas estúpidas; dan malos ejemplos a sus hermanas y hermanos, en la familia, a todos los niños en la calle y en la escuela, donde son una fuente de perturbación. Perjudican la evolución de los otros niños, la actividad profesional de sus padres y se causan a ellos mismos mil males.

Los unos cuestan a la sociedad, porque son incapaces de bastarse, los otros cuestan igualmente, porque son perjudiciales.

Es cierto que la injusticia social, con sus viviendas miserables proveedoras de cabarets, con la mala organización del trabajo: ociosidad querida o no querida (desocupación) por un lado y surmenage por otro, es en gran parte la causa de la multiplicación de las anomalías.

Sin embargo, en una cierta medida, parece que el progreso de los unos necesite de la represión de los otros, que las sociedades mejor organizadas tendrán sin duda todavía sus detritos, que los progresos de la masa de los individuos son a la vez causa y resultado de la formación de individuos degenerados tanto como de la constitución de las "élites".



¿Hay que ocuparse de los niños anormales y retardados?

Múltiples razones justifican una respuesta afirmativa. Al lado de las razones de justicia y del interés social que se explica por lo que precede, se puede agregar que un régimen educativo especial, el aprendizaje de ciertos oficios pueden aliviar las cargas sociales que resultan de los niños inaptos o peligrosos.

Se puede también hacer observar que un tratamiento especial, en las escuelas o internados especiales, al desembarazar a los niños anormales de una vecindad nociva, no puede menos que ser favorable a la instrucción y a la educación de éstos.

No solo el trato especial de los niños, anormales o retardados, disminuye los inconvenientes, los peligros y las cargas que constituyen, sino que también de ese tratamiento la medicina y la pedagogía obtienen un gran beneficio para la educación y la preservación de los niños normales. Lo mismo que el estudio de las enfermedades tiene por efecto permitir los progresos de la higiene, de igual modo el estudio de los anormales permite poco a poco reconocer y prevenir las causas de la degeneración.

En fin, el estudio de los métodos propios para la enseñanza de los anormales o retrasados nos ha permitido ya reconocer ciertos defectos de la enseñanza dada a los niños normales y mejorar nuestros métodos generales de enseñanza.

¿Cómo hay que ocuparse de los niños anormales y retardados?

Ante todo, para algunos, se impone un tratamiento físico: régimen, medicaciones, curas de sol, de aire, etcétera, según los casos. Todo esto es de la competencia de los médicos.

Luego un tratamiento educativo se impone igualmente. Ese tratamiento educativo especial de que volveremos a hablar a propósito de la educación, es evidentemente muy variable, porque hay una gran variedad de anomalías y de inferioridades; también exige muy a menudo educadores especializados, que tengan a su cargo un pequeño número de niños y escuelas especiales.

Cuanto menos valores latentes ha dado la herencia al niño, tanto más intensa deberá ser la influencia del ambiente educativo para permitir mejor la floración de esos valores.

Las escuelas especiales para anormales y retardados tienen, pues, en primer lugar por misión favorecer el desenvolvimiento físico, mental y efectivo de esos niños. Se esfuerzan luego por prepararlos para profesiones que sean capaces de cumplir.

Agreguemos, para terminar, que actualmente en Francia el número de las escuelas especiales es por capacidades de los alumnos, fraccionando cada clase por la mayoría de los niños atrasados o no van a la escuela ordinaria y hacen poco o ningún progreso aun perjudicando a la instrucción y a la educación de sus condiscípulos.

#### ESCUELA A MEDIDA

En 1900 la ciudad de Mannheim (Alemania) introdujo en sus clases una organización que se designa tanto con el nombre de "escuela a medida" como bajo el de "sistema de Mannheim". Ese sistema se esforzaba por tener en cuenta la diversidad de las adaptaciones de la enseñanza a la naturaleza del estudiante en tres divisiones: una para los niños más inteligentes, otra para los del término medio y una tercera para los muy débiles. El sistema de Mannheim ha sido objeto de numerosas críticas y lo señalamos como una primera tentativa seria para realizar la

adaptación de la enseñanza a la naturaleza del escolar.

#### ESCUELAS PARA SUPERNORMALES

Desde la revolución francesa los proyectos de organización de la enseñanza pública, presentados a la Convención por Condorcet y Lepelletier de Saint-Fargeau, planteaban el principio de que los niños que testimonian una inteligencia superior deben continuar sus estudios a expensas del Estado y convertirse en "pupilos de la patria". Más tarde, Napoleón formó los "alumnos del gobierno". Hoy tenemos en Francia el sistema de las becas. Ese sistema merece serias críticas. Ante todo es una ayuda imperfecta y por eso mismo beneficia mucho más a la pequeña burguesía que al proletariado. Además, la elección de los becados se hace con ayuda de exámenes que tienen el defecto de tener mucho más en cuenta la adquisición escolar que las aptitudes infantiles. En fin, los alumnos seleccionados así se encuentran reunidos a percebes de familias ricas y la homogeneidad de las clases no es obtenida en las escuelas.

La selección de los mejor dotados, bajo su forma actual, se hace sobre todo en provecho de la clase social privilegiada que intenta atraerse los elementos mejores del proletariado. No es menos verdad que hay un interés social evidente en que se descubra muy pronto la "élite" intelectual y que se permita desarrollarla. No sólo está en juego el interés social. Lo mismo que los anormales, los supernormales les causan un desequilibrio de las clases del cual padecen los alumnos del término medio. Hay en fin en esa selección un interés individual demasiado desconocido: el niño supernormal se beneficia más de un trabajo a su medida; además es un niño que hay que vigilar desde el punto de vista médico.

No olvidemos que no hay que confundir el niño precoz, que se vuelve desde muy temprano un hombre, pero que se detiene muy pronto en su desenvolvimiento, y el niño supernormal excepcionalmente dotado. En 1905 un alemán, Petzoldt, reclamaba escuelas especiales para supernormales. En 1917 la ciudad de Berlín creó tales escuelas. Su ejemplo fué seguido en 1918 por Hamburgo.

En el Northumberland (Inglaterra) la selección de los mejor dotados ha sido organizada también. Lo mismo ocurre en Austria y en Estados Unidos. En Bélgica, una ley del 15 de octubre de 1921 ha creado un "fondo provincial de los mejor dotados".

No sólo la selección de los mejor dotados gana terreno, sino también perfecciona un método: a los exámenes ordinarios, donde triunfan sobre todo los alumnos dotados de una buena memoria y ornados de conocimientos, se prefieren cada vez más los tests psicológicos, pruebas que permiten juzgar mucho mejor las aptitudes de los alumnos.

#### ESCUELAS AL AIRE LIBRE

Esas escuelas nacieron en Alemania y en Francia en 1904 y se difundieron poco a poco. Las primeras fueron las de Charlottenburg (Alemania) y de Montigny-sur-Loing (Francia). Luego se crearon escuelas análogas en Dinamarca y en Holanda (1905), en Italia (1906), en Inglaterra y en Noruega (1907), en los Estados Unidos y en Hungría (1908), en el Canadá (1912), en Rusia (1914), etc.

Un primer congreso internacional de las escuelas al aire libre se ha celebrado en París del 24 al 28 de junio de 1922.

Ese congreso ha adoptado un cierto número de votos, así como las siguientes modificaciones:

"1.º La clase aireada es una aula en la cual las ventanas de una parte o de otra están siempre abiertas. Es deseable que todas las clases se conviertan en "clases aireadas".

"2.º La escuela al aire libre es un establecimiento educativo situado fuera de las ciudades en buenas condiciones de exposición y, por el momento, reservado a los niños no tuberculosos, pero que tienen necesidad de un régimen escolar e higiénico especial, bajo un control médico. Puede ser concebida según el tipo del internado o el del internado; éste deberá ser ofrecido a aquellos niños que viven en un hogar familiar de condiciones higiénicas defectuosas. Es deseable que estos tipos de establecimientos escolares se generalicen para el conjunto de la población infantil.

"3.º Los Preventorios son establecimientos situados en el campo, donde niños, los más expuestos al contagio en el ambiente familiar, no febricitantes y no contagiosos, atacados por las formas iniciales, latentes y curables de tuberculosis no pulmonar, son sometidos en régimen de internado a una higiene especial, constituida por una alimentación vigilada, una aireación continua y una asociación de reposo y adiestramiento físico, respectivamente dosificado con la colaboración de un médico y de un pedagogo".

#### ESCUELA ACTIVA

El término "escuela activa" tiende desde hace años a ocupar el lugar de otro término, escuela del trabajo, al que los pedagogos reprochaban una cierta falta de precisión.

A. Pabst nota en el prólogo de una obra alemana consagrada a la práctica de la escuela del trabajo que el término "escuela del trabajo" ha tenido bastante frecuentemente el defecto de ser mal comprendido. Según él la escuela del trabajo no es ni escuela de trabajo manual simplemente ni enemiga del estudio. Para el actividad manual es una de las formas más importantes de la actividad del niño; pero no hay que omitir tampoco la enseñanza por la observación y la experiencia, la enseñanza ocasional y la enseñanza al aire libre. Además, "el empleo de los objetos (enseñanza de la realidad) y el despertar de la iniciativa y de la actividad personal del niño deben ser colocadas sobre todo siempre en el primer plano". La escuela del trabajo es una escuela de educación que "coloca la formación de la voluntad en el centro de toda la enseñanza". No se puede, dice Pabst, "formar y mejorar a los hombres por medio de un saber verbal. Es solamente sobre una base de conocimientos adquiridos por el trabajo personal, por la observación personal, el modo de hacer y el pensamiento donde puede desarrollarse con valor la fuerza de la voluntad y la de la inteligencia".

En la misma obra (*Aus der Praxis der Arbeitsschule*), un maestro de Leipzig, Karl Roeszger, opone la vieja pedagogía que, sin preocuparse del niño, organizaba el trabajo de un modo lógico, a la pedagogía que se coloca en el punto de vista psicológico y construye sus métodos partiendo del niño. En consecuencia al maestro de la escuela del trabajo se le plantean tres cuestiones: 1.º, ¿qué grado de desarrollo ha alcanzado el niño que todavía no ha entrado en la escuela?; 2.º, ¿cuál es, en el desenvolvimiento, la dirección que es preciso tomar?; 3.º, ¿por qué medios puede la escuela influenciar felizmente el desarrollo?

La respuesta a la primera cuestión necesita prue-

bas especiales destinadas a juzgar el desarrollo: cuerpo, tana, peso, órganos de los sentidos (tests), del lenguaje, etc.

Es solo el alumno, dice, el que hace reconocer la dirección que es preciso tomar; el pedagogo psicólogo debe tener en cuenta las individualidades y no exigir lo mismo de cada uno. Sin embargo, la tendencia al movimiento y a la actividad es propia de todos. Es por eso que la enseñanza debe ser viviente, es decir, que los alumnos deben tener siempre algo que hacer, con las manos y las piernas, con la cabeza y el cuerpo, y no solamente con el oído, la vista y la boca.

La primera palabra, dice, debe provenir de la necesidad y no de la exigencia, y el primer éxito debe estimular a una acción ulterior. No importa sobre todo obtener una cierta cantidad de resultados en un tiempo dado, no es sólo el maestro el que debe determinar el trabajo; no está allí "como el director omnipotente de las voluntades y de los actos, que ordena y que prohíbe, nada más que porque así le place", sino que es el que, observando a los niños, conociendo sus intereses, se esfuerza por encontrar el medio de sugerir a sus alumnos la dirección a tomar para sacar una ventaja; no renuncia a hacer obrar su voluntad, no olvida que no se aprende a leer, a escribir, a calcular sin ciertos ejercicios, pero los ejercicios que propone están siempre "en una relación cualquiera con los intereses especiales de los alumnos".

Todos los pedagogos alemanes, es verdad, no han concebido la escuela del trabajo como lo hacen Pabst y Roeszger. Antes de ser una escuela de actividad espontánea, tanto intelectual como manual, la escuela del trabajo fué dominada por preocupaciones profesionales puras, después por una preocupación de actividad demasiado exclusivamente manual.

Que se le designe bajo el término de escuela del trabajo o de escuela activa, se ve lo que caracteriza esa escuela. Es la que se preocupa de la libertad, de la espontaneidad infantiles. No quiere imponer al niño esfuerzos por un objetivo que no le interesa, se rehusa a intentar hacer interesante el estudio para el niño. Lo que quiere es obtener el esfuerzo en vista de un fin interesante por sí mismo, sin otra recompensa que la obtención del resultado perseguido, sin castigo, sin artificios; es la organización de un ambiente escolar tal que los niños estén colocados en condiciones convenientes para que experimenten la necesidad de obrar, de observar, de experimentar, de desarrollarse corporal y mentalmente.

Todo esto no es verdaderamente nuevo: Sócrates, Rabelais, Montaigne, Lutero, J. J. Rousseau, Pestalozzi, Froebel, fueron precursores de las escuelas activas de hoy. Más próximos a nosotros Tolstoy en Yasnaya Polyana, Giroud, Delon y Robin en Cempuis, Sebastián Faure en La Ruche, M. Vernet en el Orphelinat d'Eponee; Johann Ligtharten en Holanda; Montessori en Italia; el Dr. Decroly en Bélgica; John Dewey, Angelo Patri, etc. en Estados Unidos; Gaudig, Kerschensteiner, Lag. Scharrelmann, Gansberg, etc. en Alemania; Seidel, Oertli, Ferriere, Claparede, H. Tobler, etc., en Suiza; O'Neil, Sanderson, etc. en Inglaterra han sido, o son todavía, los más ardientes partidarios de la escuela activa.

El poder soviético mismo ha querido establecer en Rusia el régimen de la escuela del trabajo, pero parece seguro que los maestros rusos, en general, no estaban suficientemente preparados para la misión que se ha querido hacerles desempeñar y por otra parte que la libertad y la espontaneidad infantiles



han sido demasiado descuidadas para satisfacer preocupaciones políticas de los dirigentes.

Un puesto aparte merecen esas escuelas experimentales que se esfuerzan por mejorar la escuela y llevan el nombre de escuelas nuevas. Extraemos de "Pour l'Ere nouvelle" informaciones copiosas sobre esas escuelas:

"Encaran un triple objetivo: satisfacer las necesidades psicológicas del espíritu del niño; armarlo para la vida de hoy o, mejor todavía, para la de mañana; en fin, ponerle en situación de elevarse por su propio esfuerzo hasta los valores universales del espíritu, independientes del tiempo y del lugar: la verdad, el bien, la belleza.

El nombre Escuela nueva — en inglés new school — ha sido elegido por el Dr. Cecil Reddie, que creó la primera institución de este género en 1889 en Abbotsholme en el Derbyshire. El sociólogo Edmond Demolins la importó en Francia, donde estableció en 1899 la Escuela des Roches en Verneuil sur Avre (Eure). En Alemania, el Dr. Hermann Lietz designó sus escuelas con el nombre de *Land-Erziehungs-heime*: hogares de educación en el campo. Pero las más recientes de esas escuelas, aquellas que han extendido al menos a toda la comunidad escolar la práctica del self government, llevan el nombre de *Freie-schulgemeinden*.

No es fácil caracterizar la escuela nueva.

Gran número de instituciones se denominan "Escuelas nuevas" sin parecerse de cerca ni de lejos a las escuelas modelos que han dado a este término su consagración...

"Es bueno siempre que el público sea advertido. "Desconfiad de las falsificaciones", se gritaría de buena gana.

Pero ¿cómo reconocerá el público lo verdadero y lo falso si no entiende de eso y los directores de escuelas, a ejemplo de los políticos de profesión, le engatusan con buenas promesas y con planes muy bellos en el papel...?

Permanencias numerosas y prolongadas en las principales Escuelas nuevas de diferentes países nos han permitido deducir lo que las distingue de las escuelas tradicionales, y eso no sólo en los principios — que son en sí invisibles e impalpables y que el último llegado puede reivindicar como suyo — sino en las realidades concretas.

Treinta rasgos característicos, sacados de la experiencia de las escuelas nuevas, permiten distinguir éstas. Una breve permanencia permitirá a cada padre de familia diagnosticar si la escuela a que quisiera confiar su hijo es o no una Escuela nueva. El procedimiento tiene sin duda forzosamente algo de arbitrario: toda aplicación de la teoría a la práctica implica ese carácter. Pero cuando menos de arbitrario haya en el establecimiento de esta norma de valores, más vale. Es lo que hemos tratado de hacer...

#### CARACTERÍSTICAS DE LAS ESCUELAS NUEVAS (SEGUN A. FERRIERE)

- 1.—La Escuela nueva es un Laboratorio de pedagogía práctica.
  - a) Pioner de las escuelas de Estado, prepara el terreno probando la eficacia de los métodos.
  - b) Se apoya en los datos de la psicología del niño y en las necesidades de su cuerpo y de su espíritu.
  - c) Trata de preparar los niños para la vida moderna con sus exigencias materiales y morales.
- 2.—La escuela nueva es un internado.
  - a) Sólo la influencia total del ambiente permite realizar una educación integral.

b) La escuela nueva tiene presente sobre todo los niños cuya familia no existe o no puede emprender la educación según las exigencias de la ciencia moderna.

c) Tiende a hacer el puente entre la vida familiar y la vida social, realizando los grupos por "familias" adoptivas, según el grado de los afectos espontáneos de los niños.

3.—La Escuela nueva está situada en el campo.

a) El campo es el ambiente natural del niño. Encuentra allí la calma de que tiene necesidad su sistema nervioso.

b) Posibilidad de entregarse a los esparcimientos de los primitivos y a los trabajos de los campos.

c) Para los adolescentes la proximidad de una ciudad es deseable para la educación intelectual y artística (museos, conciertos, etc.).

4.—La escuela nueva agrupa a los alumnos por casas separadas.

a) Los grupos de diez a quince alumnos viven bajo la dirección material y moral de un maestro y de una maestra.

b) El elemento femenino no debe ser excluido de la educación de los muchachos ni el elemento masculino de la educación de las niñas.

c) Los hábitos de orden y las relaciones de intimidad no son posibles más que en un ambiente restringido.

5.—La escuela nueva practica a menudo la coeducación de los sexos.

a) Dejados juntos desde su tierna edad, aun educados según las necesidades particulares de su sexo, los muchachos y las muchachas viven como camaradas.

b) Los elementos que no convienen a la coeducación o a quien la coeducación no conviene son excluidos.

c) Evitando los "amontonamientos" patológicos, la coeducación prepara los matrimonios sanos y felices.

6.—La escuela nueva organiza trabajos manuales

a) Esos trabajos son obligatorios para todos los alumnos y tienen lugar generalmente de 2 a 4 horas.

b) Esos trabajos no persiguen un fin profesional, sino sólo educativo.

c) Esos trabajos presentan una utilidad real para el individuo o la colectividad.

7.—La escuela nueva atribuye una importancia especial a:

1.º — La carpintería, que desarrolla:

a) La habilidad y la firmeza manuales; b) el sentido de la observación exacta; c) la sinceridad y la posesión de sí.

2.º — El cultivo del suelo:

a) Contacto con la naturaleza; b) conocimiento de las leyes de la naturaleza; c) salud y fuerza físicas; d) utilidad de primer orden.

3.º — La cría de ganado, si no de animales grandes, al menos de pequeños animales:

a) Proteger y observar seres más pequeños que uno; b) hábitos de perseverancia; c) observaciones científicas posibles; d) utilidad.

8.—La escuela nueva provoca en los niños trabajos libres.

a) Concursos y exposiciones de trabajos de alumnos.

b) Desarrollo de los gustos individuales.

c) Desarrollo de la iniciativa por la obligación de elegir, pero la libertad de elección.

9.—La escuela nueva asegura la cultura del cuerpo por la gimnasia natural.

a) Practicada con el torso desnudo o en baños

al aire libre, fortifica y descarta las enfermedades.

b) Hace sutil y hábil sin aburrir al niño.

c) Se asocia a los juegos y a los deportes.

10.—La escuela nueva cultiva los viajes a pie o en bicicleta, con campamento bajo la tienda y cocina al aire libre.

a) Preparación de antemano de esos viajes y notas tomadas en el curso del camino.

b) Ayuda al estudio: geografía local o de los países extranjeros, visitas a monumentos, fábricas, etc.

c) Cultivo de la fuerza física, fortificación, aprendizaje de la ayuda mutua.

11.—La escuela nueva entiende por cultura general la cultura del juicio y de la razón.

a) Método científico: observación, hipótesis, verificación, ley.

b) Un núcleo de ramas obligatorias realiza la educación integral.

c) Nada de instrucción enciclopédica hecha de conocimientos memorizados, sino facultad de sacar del ambiente y de los libros con qué desarrollar, de dentro hacia afuera, todas las facultades innatas.

12.—La escuela nueva agrega a la cultura general una especialización.

a) Cursos especiales periódicos, elección libre pero obligación de elegir.

b) Ante todo especialización espontánea: cultura de los gustos preponderantes de cada niño.

c) Después especialización reflexionada: cultura sistemática que desarrolla los intereses y las facultades del adolescente en un sentido profesional.

13.—La escuela nueva basa su enseñanza en los hechos y las experiencias.

a) Observaciones personales de la naturaleza.

b) Observaciones de las industrias humanas y de las organizaciones sociales.

c) Ensayos científicos de cultivos y crías de ganado y trabajos de laboratorios — trabajos cualitativos en el niño, cuantitativos en el adolescente.

14.—La escuela nueva recurre a la actividad personal del niño.

a) Asociación de un trabajo concreto a la mayor parte de los estudios abstractos.

b) Utilización del dibujo como coadyuvante en todas las ramas de estudio.

c) Se ha dicho: saber es prever. Se podría decir con más fuerte razón: saber es poder.

15.—La escuela nueva establece su programa sobre los intereses espontáneos del niño.

a) Primera infancia: 4 a 6 años; edad de los intereses diseminados o edad del juego;

b) Segunda infancia: de 7 a 9 años; edad de los intereses relacionados a los objetos concretos inmediatos; 10 a 12 años: edad de los intereses especializados concretos o edad de las monografías;

c) Adolescencia: 13 a 15 años: edad de los intereses abstractos complejos. Preparación del futuro padre, economista privado, ciudadano y profesional.

16.—La escuela nueva recurre al trabajo individual de los alumnos.

a) Investigación de documentos (en los hechos, en los libros, los diarios, los museos).

b) Clasificación de los documentos (clasificadores por categoría, fichas repertorios).

c) Elaboración individual de los documentos (cuadernos ilustrados, orden lógico de las materias, trabajos personales, conferencias).

17.—La escuela nueva recurre al trabajo colectivo de los alumnos.

a) Puesta en común de los materiales reunidos sobre un mismo asunto.

b) Investigación de las asociaciones que sugiere

el asunto tratado en el tiempo y en el espacio.

c) Investigación de las aplicaciones: utilidad (en los niños), sistematización científica (en los adolescentes).

18.—En la escuela nueva la enseñanza propiamente dicha es limitada a la mañana.

a) De las ocho a mediodía, hay cuatro horas. 24 horas por semana deben bastar ampliamente para un trabajo más intensivo que extensivo.

b) Hay estudio personal de las 4.30 a las 6; nada de estudio para los pequeños, estudio de repetición en los del término medio, estudio de elaboración en los grandes.

c) La clase será por lo demás muy frecuentemente una clase laboratorio o una clase museo que un lugar consagrado a la abstracción pura.

19.—En la escuela nueva se estudian pocas ramas por día.

a) El interés sostenido no es favorecido por el desmenuzamiento de los estudios.

b) La variedad nace no de los asuntos tratados, sino del modo de tratarlos.

c) La concentración más grande asegura un rendimiento muy superior: más efectos útiles con menos esfuerzos inútiles.

20.—En la escuela nueva se estudian pocas ramas por mes o por trimestre.

a) Sistema análogo al de los cursos universitarios.

b) Horario individual de cada alumno.

c) Los alumnos son agrupados no según su edad, sino según el grado de avance en las ramas estudiadas. Condición de concentración y de eficacia de los estudios.

21.—La escuela nueva forma, en ciertos casos, una república escolar.

a) La asamblea general toma todas las decisiones importantes concernientes a la vida de la escuela.

b) Las leyes son los medios que tienden a regular el trabajo de la comunidad en vista del progreso espiritual de cada individuo.

c) Este régimen supone una influencia moral preponderante del director sobre los "meneurs" naturales de la pequeña república.

22.—En la escuela nueva se procede a la elección de jefes.

a) Los jefes tienen una responsabilidad social definida que para ellos es de un alto valor educativo.

b) Los alumnos prefieren ser guiados por sus jefes más bien que por los adultos.

c) Los profesores se encuentran libres así de toda la parte disciplinaria y pueden consagrarse enteramente al progreso intelectual y moral de los alumnos.

23.—La escuela nueva reparte entre los alumnos los cargos sociales.

a) Colaboración efectiva de cada uno en la buena marcha del todo.

b) Aprendizaje de la solidaridad y de la ayuda mutua social.

c) Selección de los más capaces que serán elegidos como jefes.

24.—La escuela nueva obra por recompensas o sanciones positivas.

a) Las recompensas consisten en ocasiones proporcionadas a los espíritus creadores para acrecentar su potencia de creación.

b) Las recompensas se aplican únicamente a los trabajos libres y favorecen así el espíritu de iniciativa.

c) No hay recompensas basadas en la concurrencia. En los juegos, el solo regalo es el mérito de la victoria.



25.—La escuela nueva obra por castigos o sanciones negativas.

a) Los castigos están en tanto que sea posible, en correlación directa con la falta cometida.

b) Los castigos tratan de poner al niño en situación, gracias a medios apropiados, de alcanzar el objetivo bueno que no ha obtenido o que ha obtenido mal.

c) Para los casos graves, no hay sanciones previstas en el código, sino una acción moral personal ejercida por un adulto, amigo del culpable.

26.—La escuela nueva pone en juego la emulación.

a) La ayuda mutua apelando a los servicios voluntarios tiene una eficacia de primer orden.

b) Este caso es el único en donde puede ser llevado un registro con notas apropiadas.

c) En todos los casos, es preciso comparar el trabajo actual del alumno con su propio trabajo pasado y no con el de otro.

27.—La escuela nueva debe ser un ambiente de belleza.

a) El orden es la condición primera, el punto de partida.

b) Los trabajos manuales, en particular el arte industrial que se practica, así como las obras de ese género de que se rodea, contribuyen a la belleza del medio ambiente.

c) Por fin el contacto con las obras maestras del arte y, en los alumnos mejor dotados, la práctica del arte puro satisfacen las necesidades estéticas de orden espiritual.

28.—La escuela nueva cultiva la música colectiva.

a) Por audiciones cotidianas de obras maestras después de la comida de mediodía.

b) Por la práctica cotidiana del canto en común.

c) Por la práctica frecuente de la orquesta; esas actividades concertadas de orden efectivo, en los que aman la música, contribuyen a estrechar los lazos colectivos por la emoción que emana de ellos.

29.—La escuela nueva hace la educación de la conciencia moral.

a) Presentando cada noche a los alumnos lecturas en relatos tomados de la vida ficticia o real.

b) Provocando así en ellos reacciones espontáneas de su conciencia moral, verdaderos juicios de valor.

c) Ligándolos así prácticamente a esos juicios de valor que afirman su conciencia y les determinan al bien.

30.—La escuela nueva hace la educación de la razón práctica.

a) Suscitando en los adolescentes reflexiones y estudios que triunfan sobre las leyes naturales del progreso espiritual, individual y social.

b) Asociando a esas reflexiones, por una parte, la biología, por otra la psicología y la fisiología, por otra parte la historia y la sociología.

c) Haciendo converger toda la vida del pensamiento hacia el crecimiento de la potencia del espíritu, lo que es propiamente, se coloque uno o no en el punto de vista confesional, educación religiosa.

Ad. Ferrière, director de la sección educación.

En otro escrito el pedagogo suizo se pregunta cómo puede tener en cuenta la escuela los intereses de los niños, prepararlos para la actividad solidaria y para la libertad reflexiva. He aquí la solución que recomienda y que ha hecho aplicar en la Escuela internacional de Ginebra.

Cuatro modos de actividades son realizados:

1.º — Trabajo individual standardizado, para la adquisición de la técnica y por tanto según un pro-

grama mínimo. El programa está dividido en etapas. Los alumnos se esfuerzan por franquear esas etapas sirviéndose de fichas o de manuales. La duración del trabajo no es indicada, lo que permite a los alumnos avanzar según sus aptitudes. Los alumnos no deben pasar a la etapa siguiente más que después de haberse sometido con éxito a un test, o prueba, de conocimiento.

2.º — Trabajo individual libre, teniendo en cuenta los gustos individuales y las aptitudes, avanzando cada alumno según el propio paso. Al comienzo los alumnos eligen sus trabajos entre una lista de trabajos propuestos por el maestro; en cuanto son capaces de más iniciativa, los alumnos someten proyectos de trabajos a la aprobación del maestro.

3.º — Trabajo colectivo libre: excursiones con fines educativos referentes a un programa de centros de intereses; estudio de las necesidades primordiales del hombre, de su satisfacción en el pasado (historia) y a través del mundo (geografía).

4.º — Trabajo colectivo libre: excursiones con fines científicos; organización de juegos, de piezas teatrales, de cooperativas escolares, etc....

Como se ve, hay todo menos un horario, un empleo del tiempo en las escuelas nuevas; pero es preciso notar que este horario es más sutil y deja mucha más libertad a los niños que el de la escuela ordinaria.

Otra observación: los pedagogos de las escuelas nuevas creen que la evolución del individuo es una recapitulación abreviada de la raza; por consiguiente, piensan que el régimen escolar debe ir de la autenticidad con los más pequeños, a la libertad con los más grandes. En la escuela nueva se organiza así un aprendizaje de la libertad.

### ESCUELA UNICA

Esta expresión nos viene de la palabra alemana Einheitschule. Lo que se designa con este término, bastante poco preciso, ha sido realizado, al menos parcialmente, en algunos países: Alemania, Suiza, etc.

Desde la guerra se ha hecho una viva campaña en Francia, en pro o en contra de la escuela única, pero esa campaña responde a preocupaciones diversas y a veces contradictorias que se puede resumir así brevemente:

1.º — Realizar la igualdad real de las clases sociales ante la enseñanza.

2.º — Poner orden en una organización escolar caótica.

3.º — (Para algunos) preparar el monopolio de la enseñanza y combatir la enseñanza religiosa.

4.º — (Para otros que quieren limitar la reforma), atraer la élite del proletariado en favor de la burguesía.

A pesar del aumento del número de las becas, la injusticia de nuestra organización escolar actual es evidente. Es verdad que se justifica la no gratuidad de ciertas escuelas diciendo que el que puede pagar debe pagar; pero el pago no es más que una engañifa, puesto que el Estado subvenciona las escuelas (colegios, liceos, facultades, etc.) de pago. Se ha calculado que en 1910 un padre de familia que llevaba un hijo al liceo pagaba por término medio la tercera parte del gasto del cual el Estado pagaba los otros dos tercios. Este cálculo es de un socialista (Zoratti), pero nadie lo ha desmentido jamás. A consecuencia de los pocos alumnos de ciertos establecimientos, del sueldo y del número de los profesores, etc., un pequeño burgués de diez años, que sigue los cursos de

un colegio de pago, costará al Estado más que un niño obrero que concurre a la escuela primaria, supestandamente gratuita.

Agreguemos que, teniendo en cuenta las subvenciones actuales del Estado y la posibilidad de suprimir ciertos establecimientos de enseñanza secundaria, la realización de la Escuela única entrañaría para el Estado cargas financieras verdaderamente livianas en comparación a ciertos gastos improductivos: más de cuarenta millones, ha declarado un adversario de la reforma.

Un universitario hostil a la escuela única, Abel Faivre, reclama una enseñanza paralela, pero el mal está precisamente en el paralelismo actual:

La enseñanza primaria no debe prolongarse así en los grados segundo y tercero y, en cambio, la enseñanza del segundo grado debería renunciar a esa dobladura de primaria que son las clases elementales de los liceos y colegios.

El desorden no está sólo allí. Escuelas técnicas se encuentran colocadas bajo la dirección de un ministro de comercio y tales escuelas se esfuerzan a veces por preparar para los títulos lo mismo que las escuelas primarias superiores dependientes del ministerio de la instrucción pública. Es verdad que estas últimas escuelas concurren a su vez con las precedentes, tendiendo a tener un carácter técnico.

Una diferenciación de las escuelas de segundo y tercer grado es necesaria a consecuencia de la diferenciación de los estudios, consecuencia ella misma de la diversidad de las profesiones; pero, a una diferenciación creciente debe corresponder una especialización cada vez más estrecha de las escuelas y no la concurrencia y el caos actual.

Imaginemos que una ley decide la supresión de ese desorden y realiza la gratuidad de la enseñanza en todos los grados. Esta simple hipótesis va a permitirnos mostrar la complejidad del problema. Ante todo, las escuelas de segundo y tercer grado. Para esto hay dos razones. Razón de aptitud primero: la desigualdad social causa la desigualdad física y mental; el niño pobre, nacido en las peores condiciones, tiene menores probabilidades de un desenvolvimiento satisfactorio: alimentación, alojamiento, cuidados, etc. Otra razón, sobre todo cuando quedan hermanos o hermanas que educar: el niño pobre acude desde temprano a ayudar a su familia.

Es verdad que diversos proyectos de escuela única prevén no sólo la gratuidad absoluta, sino también socorros para las familias cuyos hijos son capaces de continuar sus estudios. Se puede suponer, pues, que el número de los niños de las clases pobres que deben perseguir los estudios será más elevado de lo que lo hemos imaginado antes. Aunque se pudieran construir rápidamente escuelas, no se podrían hallar inmediatamente profesores competentes. Si treinta pequeños proletarios, por sus capacidades, deben ocupar un puesto en el liceo de una pequeña ciudad, es que treinta niños de las clases acomodadas les cederán el puesto. Los excluidos irán a reforzar la enseñanza libre, es decir religiosa en la mayoría de los casos, si no se establece el monopolio de la enseñanza. Es inútil decir que ese monopolio de Estado no nos dice nada que valga y que somos partidarios de una verdadera libertad de enseñanza. Sin embargo, imaginad los resultados de una escuela única sin monopolio: tal hijo de un fabricante se verá preferir sin duda al hijo de uno de los obreros de su padre y será obligado a proseguir luego sus estudios con la ayuda de maestros de la enseñanza libre: al fin de

algunos años es probable que será menos capaz que el otro niño de dirigir la empresa paternal; pero a menos de ser totalmente un imbécil, podrá dirigirla lo mismo mientras que, a pesar de sus estudios superiores, el hijo de obrero tendrá que contentarse con puestos subalternos, o convertirse en un "déclassé", porque la mayoría de los buenos puestos quedarán en manos de los hijos de papá, de los sobrinos, de los primos, etc.

A veces, sin embargo, un pequeño proletario llegará a una situación mejor en relación con sus aptitudes; pero casi siempre será al precio de renegar de su clase y, en definitiva, su acceso a la clase superior consolidará la desigualdad social.

En resumen, es utópico creer que una sociedad basada en la desigualdad social realizará una verdadera igualdad de los niños ante la instrucción, porque la desigualdad social refuerza la desigualdad natural de las capacidades y de la fortuna, más que las capacidades, abre la puerta de situaciones mejores.

Sin embargo, si la desigualdad no puede desaparecer de golpe ni por completo, se puede esperar que se atenuará poco a poco.

En ciertos aspectos, la clase privilegiada parece trabajar en la destrucción de su privilegio. Es así como al esforzarse por encontrar especialistas para sus fábricas, por realizar la orientación profesional, la clase capitalista no sólo proporciona un argumento en favor de la selección de las capacidades, sino que contribuye aun a la investigación de los medios de operar tal selección.

Volveremos más tarde sobre la cuestión de la orientación profesional, pero podemos hacer observar ahora que, bien hecha, debería: 1.º, permitir dar a cada profesión (manual o no) los trabajadores de "élite" que necesita y a cada postulante su empleo; 2.º, guiar a los mejor dotados, aptos para diversas profesiones hacia la que exija, con las mayores aptitudes especiales, el máximo de inteligencia.

Escuela única y orientación profesional anudan el problema de la selección de las "élites". ¿Cuándo y cómo deberá hacerse esa selección?

Ciertas aptitudes se manifiestan tardíamente y no es sino después de la pubertad cuando se podrá juzgar realmente si los niños serán aptos para las escuelas superiores.

¿Deberemos, pues, hacer la selección después de 15 ó 16 años, como lo quisieran algunos?

Parece razonable creer que se deberá seleccionar en este momento, pero sería ciertamente un error creer que no se debe seleccionar más pronto. No sólo porque ciertos estudios, el latín por ejemplo, exigen que se les conozca antes, sino porque importa que antes de esa edad las "élites" no pierdan el tiempo.

En ciertas comunas de la Suiza romanda, se hace a los siete años una selección que permite dividir los alumnos de las escuelas en tres clases: anormales, retardados y normales; los buenos alumnos de las clases de normales deben recorrer el programa primario en cuatro años en lugar de cinco, aunque a los once años esa "élite" debe elegir entre la escuela secundaria que conduce a las facultades y la escuela primaria superior que se continúa mediante las escuelas técnicas.

Sin embargo, este último modo de seleccionar no nos satisface más que el primero: es mucho más favorable a los niños precoces que a los niños verdaderamente bien dotados.

¿Cómo hacer para no descartar una parte de las "élites" sin pérdida de tiempo?



Evidentemente la individualización de la enseñanza, la escuela a medida, proporcionan la mejor solución de ese problema si, además, se procede prudentemente por selecciones sucesivas y cada vez más cerradas.

Desde la edad de 6 ó 7 años se pueden separar los anormales y los retardados; una nueva selección se impone entre diez y once años, no muy severa tampoco y con una organización escolar bastante sutil para permitir corregir los resultados en caso de necesidad; en fin, no es más que hacia los quince o diez y seis años que deben colocarse las pruebas definitivas para los niños que se destinan a los estudios superiores.

Digo pruebas y no exámenes, porque los exámenes actuales tienen menos en cuenta las aptitudes reales que la memoria de los candidatos.

Toco ahí una de las dificultades de realización de la escuela única. No es sino desde hace poco que hay preocupación verdaderamente por la preparación de tales pruebas, es decir de los tests profesionales y de los tests psicológicos y no se trata sólo de reconocer las aptitudes de cada niño, sino también de conocer bien las que son necesarias para el ejercicio conveniente de cada profesión.

Todas estas cuestiones son activamente estudiadas desde hace algunos años y su solución no carecerá ciertamente de influencia sobre la realización de la escuela única.

Otras causas todavía influirán ciertamente en el mismo sentido y quiero sólo señalar una cuya importancia me parece hoy todavía desconocida. La escuela se volverá cada vez más activa y en particular la actividad manual ocupará en ella un puesto cada vez más amplio. Ante todo porque, en un mundo más activo, más industrial, más científico, la escuela no puede menos de evolucionar y de apartarse de la escolarística de la edad media. Además, porque los progresos de la psicología y de la pedagogía nos demuestran hoy la importancia de la actividad y en particular de la actividad manual por el desenvolvimiento de las facultades lógicas y de la voluntad.

En consecuencia, la diferenciación de los estudios en la enseñanza primaria deberá nacer, no ya de una diferencia en los fines perseguidos, profesionales o de cultura, sino de la diferencia de las aptitudes individuales; ahora bien, ese es precisamente uno de los fines que persiguen los partidarios de la escuela única.

#### LA ESCUELA DEL PORVENIR

Más de un pensador ha construido esta escuela en utopía y en ucronía.

En 1891 un socialista inglés, W. Morris, publicó sus "Noticias de ninguna parte", obra de imaginación donde encontramos un cuadro de la educación de los tiempos futuros. No hay escuelas y sin embargo "la mayor parte de los niños, viendo libros a su alrededor, consiguen leer cuando apenas tienen cuatro años". Con igual facilidad y de inmediato esos niños aprenden francés, alemán, irlandés, griego, latín, etc. No creáis que eso encierra una lengua internacional: esperanto, ido u otra. William Morris no ha pensado en eso. Sin duda alguna el socialista inglés carecía de conocimientos psicológicos serios y, desde el punto de vista que nos ocupa, su obra de imaginación es del todo fantástica.

Un anarquista belga, Elsländer, ha intentado también el imaginar lo que sería una educación renova-

da. Menos fantástico que Morris, nos traza el cuadro de una escuela idílica que bautizó con el nombre de Novella. A decir verdad, Novella es una granja en la cual los niños viven activos y gozosos. Al contrario de los niños de "ninguna parte", los de Novella no aprenden a leer y a escribir antes de los diez años. Este solo detalle del aprendizaje de la lectura nos permite comprender lo que hay de defectuoso en las obras de que acabamos de hablar brevemente. Ni W. Morris ni Elsländer colocan la época del aprendizaje de la lectura en el momento más favorable; uno hace aprender a leer a los niños que son incapaces todavía de ello y el otro deja pasar el momento más favorable — de 6 a 8 años — para ese aprendizaje.

Tener mucha imaginación no basta, pues, para imaginar lo que podrá ser la escuela del porvenir. Para eso es preciso conocer los progresos que han sido ya realizados o que se realizan poco a poco cada día en todos los rincones del globo. No es por prurito de historiadores que hemos hablado de esos progresos en las páginas que preceden, sino porque su conocimiento puede ayudar a imaginar una escuela mejor. Si la psicología del niño y la pedagogía experimentada son ciencias todavía demasiado poco avanzadas para permitirnos ciertas precisiones de detalle, pues, para permitírnoslas una ayuda tan preciosa como el conocimiento del progreso realizado o en curso de realizarse.

Es cierto, por ejemplo, que la escuela continuará teniendo cada vez más en cuenta los intereses infantiles, que se esforzará cada vez más por ser escuela a medida, la que se adapta a cada niño, a sus gustos y a sus aptitudes. Esto nos permite pensar que las escuelas se diferenciarán cada vez más, permitiendo la selección de las "élites", la orientación profesional, como también el máximo de educación y de instrucción posible para los más mal dotados.

Desde ya y cada vez más, los educadores se esfuerzan por acrecentar el valor individual de sus alumnos cultivando su espontaneidad y favoreciendo su iniciativa.

Pero ¿cómo se podrá conseguir favorecer así esa libre expansión de las naturalezas infantiles?

Poniendo a los niños en un ambiente conveniente y asegurándoles una buena educación por la acción y asegurándoles una buena educación por la acción concertada y esclarecida de los padres y de los pedagogos.

Para el niño, el ambiente conveniente no es la ciudad. Los music-halls, los cines, la circulación, pertenecen a una civilización demasiado avanzada que no está a la medida del niño.

Lo que se requiere es un ambiente natural, viviente, que proporcione a los niños mil ocasiones de obrar sin demasiados peligros, de observar y de experimentar, donde el educador encontrará pretextos para hacer pensar, hablar, dibujar, escribir, leer, calcular, etc.

La escuela del porvenir estará en el campo, el cultivo, la cría de ganado; los paseos permitirán ver la naturaleza, observar los oficios simples, las máquinas menos complicadas, las materias primas, etc.

Decir que ese ambiente conviene más al desenvolvimiento corporal y mental de los niños, eso supone que la escuela no será una prisión, que la construcción escolar será un abrigo contra las intemperies, un taller para diversos trabajos y que la clase se dará a menudo fuera.

Penetremos en uno de esos edificios. No siendo ya el pedagogo el que vigila, manda, castiga, da leccio-

nes, sino el compañero de más edad que observa a los niños para saber bien lo que les conviene, el que pone en su camino ocasiones para esfuerzos, el que estimula y arrastra en caso de ocasión, no impera más en uno de esos pupitres macizos necesarios a los peones de antes.

Aquí los alumnos son libres. Los más jóvenes prefieren trabajar solos con más frecuencia; pero los de más edad se asocian libremente y forman casi siempre pequeños grupos que se reparten una obra colectiva formando así la imagen de una sociedad en miniatura.

Esta organización viviente y libre supone un arreglo muy diverso de las clases, permitiendo los desplazamientos fáciles, porque de tanto en tanto uno u otro debe ir a buscar al maestro para pedirle ayuda o consejo, o dirigirse a uno de sus discípulos, o ir a buscar en otra parte un objeto de que tiene necesidad. Esto no es posible más que con locales vastos y variados. Se necesitan para los trabajos caseros, para lo de la madera, etc. Se escribe, se lee y se calcula así en nuestra escuela, se escucha allí también al maestro, aunque muy a menudo sea un alumno el que, habiendo hecho investigaciones a propósito de un motivo de estudio — en los libros de la biblioteca o en otra parte — expone a todos los demás el fruto de sus trabajos. Pero todo eso no es ya la ocupación principal; así, en lugar de las mesas de antes se ha dispuesto planchas sobre tripodes y cada niño tiene su propio asiento.

Hechas así las mesas no están dispuestas frente al puesto del maestro. El lugar del maestro está tanto aquí, tanto allá, pero siempre donde hay necesidad de ayudar o de estimular a alguien. Esas mesas están dispuestas de modo que su ubicación favorezca en la vasta sala la actividad tranquila de los escolares.

La sala no sólo es vasta porque debe permitir evoluciones fáciles, sino también porque, debiendo proporcionar múltiples ocasiones de actividad, encierra un rico material. No quiero decir con eso que ese material es costoso: su riqueza es su abundancia, son sus posibilidades de utilización las que lo hacen rico y precioso a mis ojos. Al contrario, las máximas mu-

rales y tantos cuadros murales que hicieron la fortuna de tantos editores han sido desterrados de nuestra casa.

Esa clase es la sala de los niños, y si los estantes soportan numerosos volúmenes, si se encuentra también algún material comprado, la mayor parte de los objetos que podemos ver allí han sido encontrados o fabricados por los niños. La ornamentación de los muros es su obra. Ellos han encontrado la sala casi desnuda con consolas y estanterías numerosas y fácilmente accesibles. Han encontrado también algunas cajas y los grandes han contribuido también a enriquecer ese mobiliario con sus propios trabajos: clasificadores donde serán recogidas imágenes y artículos recortados en los diarios o en las revistas, cajas de cartón para las colecciones, etc. Todos esos trabajos tienen evidentemente necesidad de alguna reflexión, de dibujos, de cálculos, etc.

A veces los padres de los alumnos han aportado su contribución: el carpintero una colección de madera, el fabricante de carros una rueda, etc.; y esto ha contribuido a establecer el lazo necesario entre la escuela y la familia. La escuela, en efecto, lejos de querer suprimir la influencia familiar, se esfuerza por restituirla su pleno valor. Pedagogos y padres colaboran en la educación de la juventud.

No quiero prolongar inútilmente este estudio; pero sin embargo antes de poner el punto final y de remitir para complemento a las palabras educación, instrucción, etc., quiero atraer la atención del lector sobre un hecho. Esta escuela del porvenir que acabo de describir no es una utopía. Si, al recorrer el vasto mundo, el viajero visitase sucesivamente la Maison des petits del Instituto J. J. Rousseau de Ginebra, el Orfelinato racionalista y la Escuela del Ermitage en Bruselas, el gimnasio de Bogotá en Colombia y otras escuelas todavía que se multiplican poco a poco, podría constatar que no hice más que recoger en mi cuadro de la escuela del porvenir, fragmentos de las escuelas de hoy.

Por la "infancia feliz y libre" que soñó Ferrer, no se cesa de crear escuelas y ese nombre es una razón para esperar.

(De la "Encyclopedie anarchiste", París).

ED. CLAPAREDE

## LA ESCUELA A LA MEDIDA

LA DIVERSIDAD DE APTITUDES Y LAS REFORMAS QUE ORIGINAN EN LA ORGANIZACION ESCOLAR

### 1. — EXISTENCIA DE UNA DIVERSIDAD INDIVIDUAL

Casi no hay necesidad de demostrar la existencia en el hombre y en el niño de las diferencias de aptitudes. Saltan a la vista. Este es diestro para las operaciones del espíritu, aquél prefiere las ocupaciones manuales, uno es artista, otro matemático, etcétera.

¿En qué consisten estas diferencias? Para saberlo sería preciso conocer la estructura de las aptitudes. Y ante todo, ¿qué es una aptitud? Una aptitud es

la disposición natural a conducirse de cierta manera, a comprender o sentir con preferencia ciertas cosas, o a ejecutar ciertos géneros de trabajos, (aptitud para la música, para el cálculo, para las lenguas extranjeras, etc.).

Es algo complejo. Así, la aptitud para el dibujo implica cierta habilidad motriz, estimación de dimensiones, memoria visual, comprensión de la perspectiva, sentido estético, etc.; la aptitud literaria exige memoria verbal, imaginación, juicio, etc.; y en estos "et cetera" sería necesario poner sin duda todavía muchas cualidades intelectuales o afectivas.



La diversidad de aptitudes se refiere ya sea a las variedades individuales de estos procesos elementales (tipo visual, auditivo, verbal, etc.) o a la diversidad de sus combinaciones.

Las aptitudes varían en razón de diversos factores, especialmente el sexo y la edad. No entraremos aquí en la cuestión palpitante de saber si las aptitudes de los hombres y de las mujeres son equivalentes, ni examinaré tampoco cómo se modifican las aptitudes en el curso del desarrollo mental. Nos limitaremos a hablar de las aptitudes en tanto que varían de un individuo a otro.

Conviene antes de todo distinguir bien la aptitud del gusto (no del interés). Se puede tener gusto por un género de trabajo sin tener la aptitud necesaria. Si hay malos pintores, malos rimadores; inventores estériles (se encuentran con frecuencia en los asilos de alienados) es precisamente porque el gusto puede ir sin la aptitud. Y recíprocamente, puede haber aptitud sin gusto. Por razones de orden afectivo, un colegial toma manía a cierta asignatura para la cual tiene verdadera disposición. Este caso importa mucho que el educador lo conozca y merezca estudio especial. ¿Hasta qué punto, una enseñanza cuyos primeros elementos han repugnado al alumno a consecuencia de una torpeza del maestro, puede matar la aptitud innata?

Es preciso, pues, no confundir la ausencia real con la ausencia aparente de aptitud. Las aptitudes presentan diferencias de cantidad y de calidad. Dos individuos pueden diferir entre sí por el hecho de que uno es dibujante o poeta que el otro. La escuela no ignora las diferencias cuantitativas de aptitud, puesto que en los exámenes, en los concursos, da notas y puestos a los alumnos por sus trabajos. Pero desconoce generalmente la naturaleza de estos grados de aptitud, creyendo que dependen únicamente de la buena voluntad, del celo del alumno lo que no es verdad más que en casos limitados. En cambio, la escuela olvida completamente las diferencias cualitativas de aptitud y éstas son las más importantes. Sobre ellas precisamente, deseamos ocuparnos hoy.

Veamos, pues, cuáles son las diferentes clases de aptitudes que presentan los escolares. Cuestión de grado. Las observaciones que nos ofrecen las escuelas actuales no pueden, en efecto, ser recogidas más que a beneficio de inventario, puesto que por una parte nuestras escuelas reposan sobre un principio opuesto a la eclosión de las aptitudes individuales y por otra no podemos saber si la falta de aptitudes que nosotros comprobamos es real o aparente. Así, pues, si las tres cuartas partes de los colegiales detestan las matemáticas, es debido a que no tienen la célebre protuberancia, o a que se ha hecho todo lo posible por hacérselas antipáticas.

Sin embargo, de un modo general se observa cierto número de tipos mentales. Los observadores que tienen el espíritu vuelto hacia el mundo exterior frente a los reflexivos, cuya inteligencia está, por el contrario, replegada sobre sí misma; los intelectuales continuamente de narices entre libros y que preguntan constantemente; los manuales que ante todo les gusta "construir", crear. Los intelectuales pueden a su vez subdividirse en críticos e imaginativos o en intuitivos (que poseen el espíritu de sutileza) y lógicos (que presentan el espíritu geométrico).

Ostrawald, como se sabe, clasifica los espíritus en clásicos (eruditos, perseverantes, de producción considerable pero lenta) y en románticos (originales, de reacciones rápidas). Se les puede poner más o menos en parangón con estos dos tipos que el Dr. de Maday ha descrito bajo el nombre de *trabajadores y combatientes*. De Maday, que durante la guerra europea era oficial en el ejército húngaro, tuvo ocasión de observar dos tipos de soldados bastante diferentes entre sí: *Pflichtsoldaten* y los *Lustsoldaten* — soldados por deber y soldados por gusto. Los primeros son buenos en la trinchera; soportan con paciencia los bombardeos, y las intemperies, guardan su calma y su disciplina. Los otros son valientes, sobre todo durante el ataque; gastan su heroísmo en un solo golpe. Se encuentran cualidades análogas entre los que luchan en el dominio del pensamiento: los "trabajadores" son más lentos, más fríos, más reservados, más tímidos; pero más concienzudos, más perseverantes, más conscientes del fin que se proponen alcanzar; los "combatientes" no trabajan bien más que cuando están entusiasmados; entonces son capaces de hacer un esfuerzo considerable; pero su trabajo no es duradero; lo hacen a días, reaccionan por sacudidas.

Desde otro punto de vista se podrían distinguir los prácticos y los artistas, los positivos y los soñadores. Y toda la desde otro punto de vista los rápidos y los lentos y también los activos y los pasivos.

Nuestro colega el profesor Ph. Guye, en una conferencia que dió hace ya algunos años en el Instituto Rousseau, comparaba la energía humana a la energía física, y decía que es el producto de dos factores, el factor *capacidad*, representado por el conjunto de conocimientos, y el factor *tensión* que es la cualidad del carácter (voluntad, imperio sobre sí mismo) que permite al hombre poner en valor sus conocimientos. Estos dos factores pueden variar independientemente el uno del otro; cuando la tensión es más débil que la capacidad, el trabajador produce una actividad prolongada pero de débil intensidad; en el caso contrario, su actividad es intensa, pero de poca duración. El resultado objetivo puede ser el mismo en los dos casos, pero los medios para lograrlo son completamente opuestos (1).

Todas estas subdivisiones se cruzan entre sí, de modo que podemos obtener combinaciones infinitas de caracteres. Con frecuencia, difieren mucho de lo que se esperaba. El rigor lógico del matemático se une muy bien al temperamento soñador; lo mismo que la imaginación desbordante del novelista puede marchar a la par con un espíritu positivo y realista. Los ilustres ejemplos de Enrique Poincaré y de Emilio Zola, estudiados no hace mucho por el Dr. Toulouse, sirven para demostrarlo.

¿Cuáles de estas combinaciones se encuentran en realidad entre nuestros alumnos? Nadie mejor que los maestros nos lo podrían decir, puesto que han visto desfilar ante sus ojos numerosas generaciones. Pero resulta muy curioso comprobar que los maestros no han pensado casi nunca en observar sistemáticamente a sus alumnos, o si lo han hecho, en publicar el resultado de sus observaciones...

Es verdad que la mayor parte de los colegios reconocen dos grandes categorías de mentalidades, los literarios y los científicos; en nuestros establecimientos hay secciones clásicas, secciones técnicas y una cierta realidad. Pero qué burda es esta distinción y cuántas aptitudes diversas comprende cada

una de estas dos categorías! Por otra parte, el modo de repartir a nuestros niños entre la una y la otra depende mucho más, hay que confesarlo, de tradiciones y prejuicios sociales que de una verdadera preocupación de tener en cuenta sus inclinaciones. Y sea cual sea la sección considerada, en ella se cultiva mucho más la erudición que la originalidad.

Además de la diversidad en las aptitudes especiales, hay que mencionar la diversidad en lo que podemos llamar la aptitud general o *inteligencia global*, que se determina tomando el término medio de todas las aptitudes particulares.

No todos los individuos se parecen en cuanto a la inteligencia global; unos son más inteligentes, otros lo son menos. Esta aptitud media no es desconocida por la escuela, puesto que trata de evaluarla por una cifra: "nota media del trabajo" y no hay que achacar nada a esta manera de proceder, salvo que quizás esta nota media expresa más diferencias de memoria y de aplicación, que de inteligencia verdadera. Pero lo que es sensible es que la escuela cree haberlo hecho todo, en cuanto ha puesto esta nota y establecido esta distinción. Dicha determinación constituye para ella un punto de llegada, cuando debería ser un punto de partida; a estos lisos, a estos medianos, a estos débiles no los trata de diferente modo sino que les hace andar al mismo paso, lo que estorba a unos y a otros. No parece darse cuenta de que una notación no es un procedimiento didáctico; una nota baja puede algunas veces estimular el celo de un perezoso, pero en ningún caso podrá prestar ayuda a una inteligencia insuficiente.

En una palabra, la escuela ignora la diversidad de aptitud y cuando por azar se preocupa de evaluarla, lo hace sin tener en cuenta el resultado de su investigación.

## 2.º — NECESIDAD DE TENER EN CUENTA LA DIVERSIDAD DE APTITUDES

Pero en suma, ¿es verdaderamente necesario tener en cuenta estas diversidades individuales?

La escuela no lo ha hecho nunca. Jamás ha considerado como dignas de su solicitud más que las que se conforman con un cierto tipo esquemático, que ha creado a su imagen, es decir, un tipo monstruoso y contra la naturaleza: el alumno-medio (2).

Pero siempre ha ignorado las diferencias de tipos. En esto más que en otras cosas, quizás, es en lo que se ha mostrado como heredera fiel y ciega del pasado, puesto que el hombre medio neutro y uniforme, sin relieve, es decir, sin luz ni sombra, era el ideal de otros tiempos. En un rincón de mi biblioteca he encontrado un antiguo librito titulado "L'art de connaître les hommes", por el sieur de la Chambre, consejero y primer médico del Rey, publicado en París en 1662, con privilegio de Su Majestad. Veamos lo que nos dice en el capítulo titulado: *Todas las inclinaciones naturales son defectos*:

"Aunque hay también inclinaciones que son buenas en sí mismas y que merecen alguna alabanza, como las que se tienen por las virtudes: son sin embargo defectos que alteran la perfección natural que conviene a la naturaleza humana... Ahora bien, la perfección del hombre consiste en ser indiferente y no estar dominado por una virtud particular, es necesario que sea capaz de todas... El alma por su naturaleza no está determinada y debe ser capaz de todas las acciones... Las inclinaciones, aunque sean por las virtudes más excelentes, son defectos; no se

debe tener ninguna en particular, sino que es preciso tenerlas todas juntas".

Además, en el capítulo *Todo debe ser mediocre en el hombre*, se lee:

"La perfección del hombre no exige una imaginación demasiado viva, ni un juicio demasiado circunspecto, ni una memoria demasiado feliz: no puede tampoco surtir esos espíritus sublimes que están siempre sumidos en la contemplación de cosas elevadas y difíciles".

Esta concepción responde todavía a las visiones de ciertos iguaitarios contemporáneos, que soñando con una sociedad bien nivelada, quisieran, so pretexto de hacer justicia, cortar todas las cabezas que sobresalen. Su ideal, como el del sieur De la Chambre, es la mediocridad.

Este ideal, si viviéramos en un mundo de ideas puras, se podría defender como otro cualquiera. Desgraciada o temeramente, la observación nos muestra que en el planeta en que vivimos, un individuo no da rendimiento más que en la medida en que se utilizan sus capacidades naturales y que es perder tiempo empeñarse en desarrollar en él aptitudes que no tiene.

¿No sería desperdiciar tiempo y dinero, el querer a todo trance sacar carbón de un terreno que no contiene más que hierro, o cultivar trigo en un suelo que no es apropiado más que para viñas?

El filósofo Bacon pronunció una frase muy profunda que se debería inscribir en letras de oro en todos nuestros establecimientos de instrucción pública y privada: "No se manda a la naturaleza más que obedeciéndola". Sí, es preciso obedecer a la naturaleza del niño si se quiere sacar algo de ella; esta es la condición *sine qua non*. Los domadores o adiestradores de animales se han dado cuenta de ello desde hace mucho tiempo: un conocedor de caballos no hará correr en Longchamp a un pesado percherón ni enganchará un pure sang inglés a un volquete.

El director de circo explotará en cada una de sus bestias, la aptitud que *rinda* más; la más conforme a la naturaleza del animal. Sacará partido de las manos del mono, de la trompa del elefante, de la aptitud del perro para la carrera, etc. Y no ejercitará a la oca en el trapecio, ni al caballo en saltos peligrosos. Sabe muy bien que obrando así va hacia un fracaso seguro.

Los educadores — desgraciadamente no podemos decir los "conocedores de niños" — deberían tomar modelo de estos conocedores de animales.

Nuestro sistema de programas uniformes, nos lleva justamente a obligar a los niños a trabajar sobre todo las disciplinas, para las cuales no tienen aptitud natural. Precisamente el que no tiene la protuberancia de la aritmética es el que pasa las veladas haciendo problemas, de los cuales no comprende nada y como no se puede hacer todo a la vez, tiene que descuidar la composición francesa, que está quizás conforme con sus gustos innatos. En la *course au clocher* que constituye un año escolar, nuestros niños, acosados, atropellados por una especie de aprensión bien natural, dedican todas sus preocupaciones, sino todas sus energías, a las asignaturas por las que no sienten disposición particular. Se gastan en la tarea ingrata de cultivar el suelo estéril, y dejan virgen justamente el que prometía una hermosa cosecha.

La culpa del niño es quizás la de ser demasiado dócil al aceptar fácilmente este tratamiento contrario a la naturaleza. El animal no se deja manejar;



cuando se le pide lo que no puede dar, muerde, se pelea o rechaza obstinadamente todo aprendizaje; y finalmente se ve uno forzado a tener en cuenta su naturaleza propia. El niño es demasiado... buen niño.

Pero todo lo que estoy diciendo, no es nuevo y pediría perdón por intentar abrir una puerta que debería estar abierta, si no estuviese todavía cerrada a doble llave. Se ha intentado abrirla varias veces, pero sin éxito. Cuando en 1907 tuvo lugar en Ginebra el XVII Congreso de la Sociedad pedagógica de la Suiza francesa, M. Luisa Zbinden, en un notable informe comprobaba que:

La organización actual de los exámenes y promociones no permite a la escuela llenar integralmente su misión hacia todos los alumnos, teniendo en cuenta la diversidad de sus aptitudes y asegurar el progreso de cada uno de ellos...

El vicio fundamental es el de querer agrupar en una sola clase 40 ó 50 alumnos presentando diferencias considerables en su desarrollo intelectual, físico y moral. De este modo se sacrifica a los débiles y a los fuertes, pues el maestro está obligado a trabajar para el término medio.

El Congreso adoptó por unanimidad, si no me equivoco, esta conclusión: "La organización actual de las promociones no permite a la escuela llenar su misión hacia todos los alumnos: asegura el desarrollo del término medio. Esta organización puede y debe ser mejorada de manera que asegure el progreso de cada uno."

Dicho anhelo fué dirigido a los departamentos de Instrucción pública de la Suiza francesa. No me creeréis si os dijese que no ha sido letra muerta.

En resumen, hay que tener en cuenta la diversidad de aptitudes, porque ir contra el tipo individual, es ir contra la naturaleza, y hacer esto tiene un doble inconveniente: En primer lugar, como hemos visto, no se obtiene rendimiento, o por lo menos no es proporcionado al esfuerzo hecho.

Y además — es preciso insistir sobre ello — produce el hastío. Este fenómeno del hastío demasiado descuidado por la pedagogía corriente tiene una importancia moral y social enorme. Es muy importante que la idea del trabajo no se asocie a la de fastidio, sino por el contrario a la de satisfacción.

Ahora bien, ¿cómo queréis que el niño aprenda a amar el trabajo cuando se le obliga a ejecutar tareas para las que no tiene ninguna aptitud y en las que por lo tanto está casi seguro de fracasar? ¿Cómo se podrá sostener en tensión el resorte de la acción si está constantemente asociado a la idea del fracaso? El rendimiento debe naturalmente encontrarse en relación estrecha con el esfuerzo llevado a cabo y ser su consecuencia natural. Al disociarse se destruye el sentimiento del valor del trabajo, se aboga el germen mismo de la voluntad.

En lugar de que la escuela enseñe a amar el esfuerzo, acostumbra a considerarlo como estéril.

Es como si se enseñase a los aprendices de una fábrica a utilizar con preferencia las máquinas que no fabrican más que mercancía mala y a dejar de lado las que hacen buenos productos. Terminarían por despreciar completamente el trabajo.

Pues en el dominio intelectual, la máquina de rendimiento fecundo es la aptitud. El tener, pues, en cuenta las aptitudes se nos presenta como una de las aptitudes fundamentales, no solamente de la pedagogía del trabajo, sino además de la educación de la voluntad.

### 3.º — MODO DE TENER EN CUENTA LAS APTITUDES "LA ESCUELA A LA MEDIDA"

Hemos llegado a la parte constructiva. Es muchísimo más difícil construir que criticar. M. Roorda ha hecho notar con mucha sagacidad que lo que hace tan difícil llegar a un acuerdo sobre las soluciones pedagógicas es que la mayor parte de los problemas educativos admiten varias soluciones satisfactorias.

El problema que nos ocupa se encuentra precisamente en este caso. ¿Qué hacer para que las aptitudes sean respetadas y explotadas para el mayor bien de su poseedor?

Quizás no habrá nada que hacer en una escuela ideal de programas inteligentes, donde dejando más libertad a cada uno, no se presentaría la cuestión del desaprovechamiento de las aptitudes.

Pero hasta que lleguemos a esto, la cuestión sigue en pie. Las soluciones que se vienen inmediatamente al espíritu son cuatro, sin contar las combinaciones que se pueden hacer entre ellas: las clases paralelas, las clases móviles, aumento del número de secciones (clásicas, modernas, técnicas, etc.), en las escuelas de segunda enseñanza y finalmente el sistema de las opciones prestando más atención a las ocupaciones individuales de cada alumno.

1. — *Clases paralelas.* Cuando el número de alumnos y el presupuesto del Estado lo permiten, se subdivide cada clase en dos; una más adelantada para los más inteligentes, y otra más atrasada para los que les cuesta trabajo seguir a los demás. Esto es mejor que no hacer nada. Estas clases se diferencian mejor que el programa de una es reducido y se puede trabajar en ella más despacio, ya en que siendo menor el número de alumnos, el maestro puede ocuparse más de cada uno de ellos o bien porque los métodos seguidos son más intuitivos. Este sistema tiene la ventaja de no ser pura creación del espíritu. Existe ya en Mannheim, especialmente desde hace unos veinte años y da buenos resultados (3).

En Zurich, gracias a la iniciativa de M. Hans Hofer, profesor de francés, se organizaron en 1915 en las escuelas de segunda enseñanza, clases paralelas que según M. Hofer rinden grandes servicios. En una de las clases (clase A) se siguen métodos más abstractos, y en la B métodos más concretos. Los alumnos son repartidos amistosamente entre los profesores interesados, teniendo en cuenta lo más posible, al hacer el reparto, más bien las diferencias cualitativas del espíritu que las diferencias cuantitativas de capacidad de trabajo (4).

Según me han dicho resulta tan interesante tratar con los alumnos de la clase B como con los de la categoría A. Aquellos manifiestan una inteligencia más práctica, están más cerca de la vida, y son con frecuencia más ingeniosos que sus camaradas reputados como "más listos".

Yo creo que ensayos de este género se podrían intentar inmediatamente, sin que sea necesario cambiar ninguna ley ni ningún reglamento, a condición únicamente de que dos maestros de clases paralelas, o dos maestros especiales funcionando en las mismas clases, se entendiesen entre sí, como se hizo en Zurich; para repartirse los alumnos según sus capacidades. Supongamos, por ejemplo, que dos maestros, dando cada uno tres horas de lección en una clase doblada, el de matemáticas y el de alemán, verbi gratia, se ponen de acuerdo para tener sus lecciones a las mismas horas del día. En lugar de dar dos veces sus tres lecciones a dos clases de capacidades

mezcladas, cada uno de ellos dará tres horas a los alumnos avanzados de las dos clases que se reunirán para su lección, y tres horas a los alumnos débiles también reunidos. Así mientras el profesor de matemáticas trabaja con los primeros, el de alemán trabaja con los segundos y viceversa. De este modo se ha hecho en Zurich y el ensayo ha sido coronado por el éxito. No obstante, se puede hacer la objeción de que los fuertes en aritmética no tienen que ser necesariamente fuertes en alemán y que un reparto racional en dos grupos no se podrá hacer más que en este caso.

El Congreso pedagógico de 1917, al cual me he referido anteriormente, expresó su deseo en favor de un ensayo de agrupación de alumnos por capacidad: "La promoción debe esforzarse en agrupar en una misma clase a los niños que hayan alcanzado relativamente el mismo desarrollo intelectual... Sería conveniente que los departamentos de Instrucción pública hicieran la prueba del sistema segundo en las escuelas de Mannheim".

Han pasado doce años y no se ha ensayado nada, lo cual es verdaderamente sensible. Con muy poco gasto se hubiera podido hacer. Y aun suponiendo que no diera el resultado que se esperaba, seguramente no habría hecho mal a nadie y quizás hubiera sugerido alguna otra innovación, puesto que lo propio de todo experimento es enseñar siempre algo, aun en el caso de no confirmar la hipótesis que se le había sometido.

Por lo demás, me parece que la creación de clases para fuertes y débiles resolvería insuficientemente el grave problema de las aptitudes. Importa más, en efecto, diferenciar a los niños, según la variedad de sus aptitudes que por la cantidad de su capacidad de trabajo. Convendría sustituir la clasificación cuantitativa por una cualitativa. La escuela actual quiere siempre jerarquizar; lo que importa ante todo es diferenciar. Esta idea fija de la jerarquía proviene del empleo de los diversos sistemas usados para aguijonear a los escolares: buenas o malas notas, puestos, castigos, concursos, premios... Naturalmente, en la escuela de mañana todos estos expedientes serán desechados o por lo menos no tendrán la importancia de antaño. El interés, he aquí la gran palanca que sustituirá a todas las demás.

Ha llegado el momento de sustituir la pedagogía de una dimensión que coloca a todos los alumnos en fila india y en una sola línea, por una pedagogía de dos dimensiones, que al lado de las diferencias indudables en la capacidad del trabajo tenga en cuenta sobre todos los diversos tipos de aptitudes, tipos que deben estar colocados en la misma fila y de ningún modo unos detrás de otros.

El modo como se lleva a cabo esta clasificación jerárquica es por lo demás de lo más discutible. Se sienta, en principio, que ciertas asignaturas tienen una importancia primordial, o se da a las notas obtenidas por algunas de ellas un predominio multiplicándolas un cierto coeficiente escogido de un modo arbitrario. Y permitidme (en recuerdo de la encantadora conferencia que nos dió el Sr. Roorda), leeros la siguiente divertida fantasía que él ha publicado recientemente en la "Tribuna de Lausanne":

"Los pedagogos chinos — esto no asombrará a nadie — emplean un medio muy complicado para saber si deben conceder a tal de sus alumnos el derecho de proseguir los estudios que le pondrán en disposición de ejercer, más tarde, la profesión de dentista. Cuando el alumno tiene diez y seis años cumplidos, se calcula la media aritmética de las notas que ha

obtenido durante los doce últimos meses en sus lecciones de chino. Del mismo modo se procede con todas sus notas de geografía, historia, matemáticas, religión, economía política, dibujo, baile y trombón de varas.

Cada una de estas medias aritméticas se multiplica por uno de los números 5, 4, 3, 2, ó 1. Sea, por ejemplo, el multiplicador 3 para la historia y el multiplicador 1 para el dibujo. Después se suman todos los resultados obtenidos. Si el total de esta adición es inferior a 206, el alumno tiene que quedarse un año más en la escuela; es decir, que se abrevia un año su existencia de dentista.

Los pedagogos chinos se afilian además en dos campos opuestos: los partidarios del profesor Dzinn, que multiplica por 3 la nota de geografía y por 2 la de matemáticas; y los partidarios del profesor Lahitu, que lo hace a la inversa.

Como se podía prever, los pedagogos de nuestro país proceden de una manera mucho más racional. En primer lugar, han renunciado en todo tiempo a la enseñanza del chino. Opinan, con razón, que un futuro veterinario puede contentarse con estudiar la tin ocho años seguidos. Pero, sobre todo, donde se muestran más serios que sus colegas del Celeste Imperio es en la manera de enseñar el francés a sus alumnos. De una parte, consideran la composición y el dictado; y en otro grupo ponen la gramática, la recitación, análisis lógico y la lectura. Son lo suficientemente razonables para comprender que la importancia de la composición es a la de la lectura como 2 es a 1; y en definitiva, les basta efectuar nueve adiciones, nueve divisiones y una multiplicación para reconocer que el joven Roberto no merece en francés más que la nota 6,392. Y como esta nota combinada con las otras (calculadas según el sistema Bolomais) no da más que una media de 6,499, el alumno Roberto se tendrá que quedar un año más en los bancos de la escuela antes de suceder a su papá, el veterinario. He aquí por qué nuestras vacas están tan bien cuidadas".

Ya que hablamos de notas y medias, permítaseme atraer la atención de las autoridades competentes sobre el procedimiento verdaderamente extraño que se emplea para calcular las medias en nuestras escuelas. Se pretende medir la capacidad y se falsea de una manera imperdonable el resultado de esta determinación.

Hace algunos años uno de los alumnos más brillantes del Instituto de Ginebra, cayó enfermo con escarlatina en el momento de los exámenes de junio, y no pudo efectuarlos. ¿Saben ustedes las cifras que le dieron por estos exámenes no verificados? Todo ceros. Como sus notas mensuales eran muy elevadas, estos ceros no hicieron descender la media aritmética, hasta el punto de impedirle pasar, y prácticamente el incidente no tuvo consecuencias más molestas. Pero ¿qué pensar del procedimiento? Yo lo encuentro escandaloso. ¿Cómo una institución como el Instituto, que enseña a sus alumnos a calcular medias y que intenta despertar en ellos el respeto a la verdad científica, se permite falsear una media reemplazando por ceros medidas que no han sido tomadas. ¿Qué se diría de un físico encargado de determinar la temperatura media de una localidad y que en pleno verano contara cero grados cada día que no haya podido tomar su observación, porque estaba enfermo o por haberse roto su termómetro?

Este modo de obrar no es un escándalo solamente desde el punto de vista matemático común. La probabilidad de que un alumno que es el primero de su clase obtenga cero en todos sus exámenes es de



tal manera ínfima que admitirlo es sencillamente absurdo. Además, no se comprende bien por qué, si se quiere a todo trance dar un número a una medida que no ha sido tomada, se ha de escoger precisamente la cifra más baja. Si en la duda se pusiera la nota del centro, por ejemplo 3 sobre 6, claro que no estaría más justificado desde el punto de vista del rigor matemático; pero disminuiría al menos el grado de desviación probable y el error cometido. Esto tendría además la apariencia de cierta neutralidad moral con respecto al escolar ausente. Mientras que poner un cero hasta que se pruebe lo contrario, ¿no es reconocer implícitamente que el alumno es un reo, como decía M. Roorda? Menos que un reo, puesto que a éste se le tiene por inocente hasta que se demuestre que es culpable, mientras que un colegial es considerado a priori como nulo hasta que haya probado lo contrario.

Se pretende suprimir los exámenes. Pero las pruebas mensuales subsistirán y no se deberá poner un cero al alumno que no se haya presentado este día. Todavía una vez más, reemplazar una observación falsificada por un cero, es hacer una verdadera falsificación de una medida y causar un perjuicio moral al alumno. Esta práctica no hace honor ni al espíritu de geometría, ni al espíritu de finura de la institución que lo emplea.

Perdón por esta digresión y volvamos a nuestras aptitudes.

2.—*Clases móviles.* — Se llama así al sistema que permite a un alumno seguir en las diversas asignaturas, lecciones de grados diferentes. Por ejemplo, un alumno que esté fuerte en aritmética y flojo en latín, seguirá la aritmética con los alumnos de tercer año y el latín con los de segundo. Este sistema (muy racional, sin duda) lo emplean con éxito en algunas escuelas nuevas, pero ofrece dificultades de aplicación, de horario, de promoción. No se debe recurrir a él, creo yo, más que cuando no pueda ser preferido otro más sencillo.

3.—*Secciones paralelas.* — Este régimen existe en numerosos institutos, en el nuestro especialmente, donde tenemos secciones clásicas, real, técnica, pedagógica, y a la par del Instituto escuelas profesionales de artes y oficios, de comercio, etc.

Esta diversidad ofrece, sin duda, posibilidades de elección que podrán beneficiar la cultura de capacidades especiales.

Pero se trata más bien de direcciones diferentes de estudios que conducen a distintos fines que de vías abiertas al desarrollo de las aptitudes individuales.

Dentro mismo de cada sección encontramos aptitudes diversas que no encuentran en ellas los medios de expansión que les sería preciso. ¿Qué hacer en este caso, multiplicar el seccionamiento? Además de las dificultades administrativas que resultarían de ello, no se resolvería el problema. De una parte, esta multiplicación, por muy lejos que se llevase, no respondería a todos los desiderátums individuales; por otra parte, y especialmente lo que hemos dicho al principio, demuestra que el problema de las aptitudes sobrepasa considerablemente al de los programas. La aptitud, en efecto, no está únicamente caracterizada por la preferencia por ciertas ramas de estudio, sino también por la manera de cultivarlas, por el modo de trabajar.

4.—*Opciones.* — Los diversos métodos que acabamos de examinar brevemente no satisfacen más que a medias el desiderátum que pone a nuestras conciencias de educadores, la existencia de las aptitu-

des. ¿Qué hacer para que cada tipo mental individual saque de la escuela el máximo de beneficio que tiene derecho a esperar? El problema parece desesperado. Hecha la escuela para el término medio, ¿podrá alguna vez tener en cuenta los casos individuales?, y sin embargo es imposible tener una escuela para cada niño.

No obstante, hay que resolver este problema, pues en definitiva, en nuestras sociedades, el individuo es el todo. En interés mismo de la colectividad, es preciso que el individuo sea capaz del mayor rendimiento posible.

¿Cómo haremos, pues, para realizar lo que yo llamé ya en una conferencia de la Sociedad médica (en 1901) "la escuela a la medida"? Y ya que pronuncio esta frase, que ha sido frecuentemente repetida, quisiera deshacer un error: se ha creído algunas veces que por la escuela a la medida entendía yo una escuela en la que se medía a los alumnos! Casi no es necesario decir que estas palabras significan solamente una escuela adaptada a la mentalidad de cada uno, escuela que esté tan bien acomodada a las formas de espíritu como un vestido o un calzado a la medida lo están al cuerpo o al pie.

Cuando un sastre hace un traje — escribía yo en 1905 — lo ajusta a la talla de su cliente, y si éste es gordo y bajo no le impone un traje demasiado estrecho so pretexto de que es la largura correspondiente, en la regla, a su altura. El zapatero que hace un zapato empieza por trazar sobre un papel el contorno del pie que debe calzar, y toma nota de las particularidades y de las deformaciones. El sombrero adapta sus sombreros al mismo tiempo a la forma y a la dimensión de los cráneos...

Por el contrario, el pedagogo viste y calza a todas las inteligencias de la misma manera. No hay más que ropa hecha, y sus estantes no contienen la menor variedad; tienen algunos números de tamaño, es verdad, pero siempre el mismo corte. Así entre los alumnos de nuestra escuela, se ven algunos que están ahogados en los repliegues de un programa demasiado inmenso para sus débiles aspiraciones y sus capacidades problemáticas y se enredan a cada paso en los falzones que arrastran de este uniforme que no consiguen llenar ni hasta arriba ni hasta abajo, mientras que otros están encerrados en una disciplina demasiado estrecha que impide el justo desarrollo de su personalidad intelectual o moral, de suerte que no pueden permitirse un solo movimiento sin hacer saltar un botón.

¿Por qué no se tendrá para la inteligencia las mismas consideraciones con que se rodea el cuerpo, la cabeza, los pies, etc.? (5).

Pues bien, como no se puede tener una escuela para cada niño o para cada tipo mental, el sistema que realizara el máximo del desiderátum de la escuela a la medida, será el que permita a cada alumno agrupar lo más libremente posible los elementos favorables al desarrollo de sus aptitudes particulares. Este sistema es el de las opciones.

En estos últimos tiempos se ha empezado a preconizarlo en varios sitios. Y me parece ser el régimen del porvenir.

Difícil en dos palabras cómo entiendo la cuestión, especialmente para las clases superiores de los institutos. Desde luego disminuir notablemente el número de horas obligatorias de clase por semana, lo que dejará tiempo para las diversas combinaciones que se intentan realizar. Digamos veinte horas por semana.

Esta es la dosis admitida en los liceos franceses y

me parece completamente suficiente. Sobre poco más o menos la mitad de estas horas de lecciones serán comunes a todos los alumnos y deben ser reservadas a la enseñanza del programa mínimo, elementos o fundamentos de cada disciplina. Las otras diez horas que cada alumno está obligado a tomar las podrá escoger y combinar a su gusto entre las que figuran en el horario general (como se hace en las universidades).

Estas lecciones libremente escogidas serán complemento de cursos generales, o de estudios especiales, o también lecciones de ejercicios en los cuales se profundizará en ciertas enseñanzas. No entro aquí en detalles, basta con atraer sobre el principio del sistema la atención de los hombres competentes (6).

¿Se hará a este proyecto la objeción de descuidar la cultura general? ¡La cultura general! Este es otro problema interesante y un poco confuso que merece ser tratado aparte. Imposible tratar de ello ahora. Notemos que al término de *cultura general* se le da dos sentidos un poco diferentes: para unos la cultura general es el minimum de conocimientos que debe poseer un hombre culto, minimum necesario para no encontrarse desorientados cuando sale de su especialidad. Para otros, la cultura general es una cultura que se dirige a todas las funciones del espíritu, a las funciones de la reflexión y de la crítica tanto como a la imaginación y el lenguaje, a los sentimientos estéticos, etc. Valdría más decir en este caso: "Cultura intelectual".

Ahora bien, el sistema de las opciones no perjudica a ninguna de estas dos concepciones de la cultura general.

El programa minimum previsto asegura la adquisición de estos conocimientos comunes que deben formar una especie de lazo espiritual entre los hombres de un mismo medio y de una misma generación (se podría también discutir sobre la cuestión de saber si en efecto son los conocimientos escolares los que forman lo esencial de este patrimonio común, o si este lazo espiritual depende más bien de los conocimientos no escolares, sino adquiridos de día en día por la lectura de periódicos y libros, por el teatro, conversaciones, etc. Pero dejemos esto por el momento).

El desarrollo de las aptitudes especiales no perjudica de ninguna manera a la cultura intelectual. Puesto que la inteligencia, es decir, la capacidad de resolver problemas nuevos, de imaginar hipótesis, de verificar estas hipótesis, es siempre la misma en el fondo de todos los pasos que da nuestro espíritu.

Hace falta tanta inteligencia para traducir un texto latino como para resolver un problema de geometría. Los únicos que varían son los materiales con los que trabajan esta inteligencia. Pero el mecanismo de ésta es el mismo en los dos casos.

Es muy frecuente la creencia, e importa mucho disipar este prejuicio, que aun está muy arraigado en muchos espíritus escogidos, que ciertas asignaturas tienen una virtud propia como agente de desarrollo de ciertas facultades mentales; así las matemáticas desarrollarán el raciocinio, la composición francesa, la imaginación, las ciencias naturales, la observación, etc. Pero la observación, la imaginación, el raciocinio intervienen en todo. ¿No hace falta un gran rigor para encadenar sin contradicción las peripecias de una novela o de un drama, y no juega un papel de primer orden la imaginación en las matemáticas?

Lo que ocurre es que los diversos individuos no son igualmente aptos para desplegar su inteligencia en

estos dominios. Esta inteligencia que es la misma en su mecanismo profundo, tal individuo no podrá aplicarla más que a problemas literarios, tal otro únicamente a problemas filológicos, un tercero sólo a problemas de álgebra. ¿Por qué? Lo ignoramos; pero el hecho existe y es lo que importa ante todo para nosotros en este momento.

Cada una de estas diversas disciplinas es como un medio apropiado a la realización de los procesos intelectuales. Píed a Henri Poincaré que escriba una novela de aventuras; de repente sus facultades más brillantes se encontrarán como paralizadas; píed a un Zola que ponga su perseverancia incansable al servicio de un problema de trigonometría, y el fracaso será seguro. Es como si se pidiera a ciertos seres moverse en medios para los que no han sido hechos. Las aptitudes se presentan aquí como órganos adaptados a un medio particular. Un pez no puede nadar sobre la tierra, como tampoco un conejo puede correr sobre el agua. Y sin embargo, la función de la natación y la de la carrera es la misma en los dos casos; siempre es la locomoción. Pero según los medios, son necesarias aptitudes especiales para realizarla.

Tampoco pueden nuestros niños desplegar su inteligencia más que en un medio favorable capaz de poner en actividad esta inteligencia. Vemos, pues, que un régimen como el de las opciones, que respeta las aptitudes y estimula las virtualidades, lejos de perjudicar a la cultura intelectual, aparece, por el contrario, siendo su condición necesaria.

Creemos, pues, lo antes posible un medio favorable que permita a cada uno dar su máximo y dar rienda suelta a su personalidad.

Y no olvidemos que trabajando por el individuo, desarrollando sus capacidades, su originalidad, dando valor a sus fuerzas y a sus riquezas latentes, trabajamos también y quizás principalmente por la sociedad.

(1) Véase el *Intermédiaire des Educateurs*, Ginebra, mayo 1913.

(2) A veces, es cierto, la escuela parece presuponer en el niño cualidades sobrehumanas, como una pasión innata por las cosas aburridas, una capacidad de trabajo infatigable, etc. Pero la práctica no se presta apenas a las necesidades intelectuales de los espíritus originales y verdaderamente por encima del tipo medio. Por esto es por lo que la mayor parte de los grandes hombres han conservado un recuerdo amargo de su estancia en la escuela. Un amigo mío, profesor en Neuchâtel, me ha contado que a él le castigaban muchas veces porque estando muy fuerte en latín, leía "adelantado" durante las lecciones de traducción, en lugar de "seguir", es decir, de ponerse al paso del desgraciado compañero llamado a descifrar el texto.

(3) En otras ciudades de Alemania, como en Charlottenburg, Hamburgo, Breslau, en estos últimos años se han creado escuelas o clases para niños, bien dotados (Begabtenschulen, Sondern Klassen für hochbegabte Volkesschulkinder).

(4) Véanse para todo detalle de la iniciativa sobre Zurich, los artículos publicados por M. Hosli en el *Pädagogischer Beobachter*. Zurich, abril 1916.

(5) *Psychologie de l'enfant*, Genève, 1905, pág. 73.

(6) Quisiera, sin embargo, hacer observar que la disminución del número de lecciones permitiría dar más importancia a los trabajos individuales. Debería haber en nuestros colegios grandes salas de trabajos con bibliotecas, diccionarios, colecciones, etc., que los alumnos puedan consultar libremente. Un maestro especial se encargaría de esta biblioteca y daría a los trabajadores los consejos o las direcciones que reclamasen. Muchos muchachos no encuentran en su casa la tranquilidad necesaria para un trabajo personal fructuoso y sería natural que la escuela les diese am-  
plio asilo.



# Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.— "Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873) ..... \$ 0.50 Edición especial, papel pluma ..... 1.— Encuadrado en tela ..... 2.50 "Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán ..... 1.20 Edición especial, papel pluma ..... 2.— Encuadrado en tela ..... 3.50 "Fernand Pelloutier y el sindicalismo" ..... 0.15	C. LOMBROSO y R. MELLA.— "Los anarquistas" (Estudio y réplica) .. 1.— NIDO, ROCKER y NEMO.— "Nacionalismo y anarquismo" ..... 0.20 SEBASTIAN FAURE.— "Mi Comunismo" (La felicidad universal) ..... 2.— Encuadrado en tela ..... 3.50 "Temas Subversivos" ..... 1.50 También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos: La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.
RUDOLF ROCKER.— "Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo ..... 1.50 "La maldición del practicismo" ..... 0.10	RUDENKO.— "En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company ..... 0.15
JAMES GUILLAUME.— "Miguel Bakunin" (Noticia biográfica) ..... 0.20	MIGUEL BAKUNIN.— (Obras Completas) I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán ..... 1.50 II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau ..... 1.50 III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau ..... 1.50 IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau ..... 1.50 Los mismos, encuad. en tela .. 3.50
ERRICO MALATESTA.— "Anarquía" ..... 0.20 "En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri .. 0.30 "En Tiempo de Elecciones" ..... 0.10	J. DEJACQUE.— "El Humanismo". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus ..... 0.50 WILLIAM MORRIS.— "Noticias de ninguna parte" ..... 1.— NICOLAI GOGOL.— "Almas Muertas" (2 tomos) ..... \$ 2.— ELISEO RECLUS.— "A mi hermano el campesino" ..... 0.10 "La anarquía y la iglesia" ..... 0.10
PEDRO KROPOTKIN.— "Palabras de un Rebelde" ..... 1.— "Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" .. 0.50 Encuadrado en tela ..... 1.50 "A los jóvenes" ..... 0.10	JUAN CRUSAO.— "Carta Gaucha". 7.ª edición ..... 0.10 D. A. DE SANTILLAN.— "La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo .. 0.10
LUIS FABBRI.— "Cartas a una mujer sobre la anarquía" ..... 0.50 Encuad. en tela ..... 1.50 "Influencias burguesas sobre el anarquismo" ..... 0.20	AGUSTIN SOUCHY.— "La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) .. 0.20 S. RADOWITZKY.— "La voz de mi conciencia" ..... 0.10 VARIOS.— "Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.ª, encuadrado en tela ..... 2.— ANSELMO LORENZO.— "El derecho a la evolución" ..... 0.10 ANA M. MOZZONI.— "A las hijas del pueblo" ..... 0.10 JOHANN MOST.— "La Peste Religiosa" ..... 0.10

# LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

N.º 304  
AÑO VIII

BUENOS AIRES, 22 DE ABRIL DE 1929  
PORTE PAGO

El ejemplar  
20 Centavos



## SUMARIO DE ESTE NUMERO:

La misión del anarquismo como fuerza de minoría y de opinión, LUIS FABBRI— Más productividad con menos brazos, D. A. DE SANTILLAN—La prehistoria y la fundación de la Internacional (28 de septiembre de 1864), MAX NETTLAU—Notas sobre la cultura moral en la escuela, PAUL GILLE—El primer paso hacia la anarquía, E. MILANO— Por la anarquía, RICARDO MELLA—BIBLIOGRAFIA



LUIGI FABRI

## La misión del anarquismo como fuerza de minoría y de opinión

El anarquismo constituye un movimiento en sí mismo, no solamente respecto de los otros partidos y movimientos políticos, sino también respecto del movimiento revolucionario y proletario en general. A esta conclusión se llega no sólo siguiendo el camino lógico de un razonamiento abstracto, sino también y sobre todo teniendo en cuenta las necesidades prácticas de la revolución, por una experiencia observada durante años y años en medio del movimiento obrero. Podremos citar a montones de ejemplos hechos, — hechos que no solamente prevemos por lo que se refiere al porvenir, sino que hemos constatado en el pasado y continuamos constatando actualmente.

Tomamos como ejemplo la tendencia que tienen los revolucionarios a querer convertirse en dirigentes y exponentes de las grandes organizaciones; se deriva de sentimientos más laudables, no queremos negarlo: sobre todo viene del deseo de obrar pronto, de tener más medios materiales de agitación en las manos, de la idea de explotar en beneficio de las propias ideas el nombre y el prestigio de organizaciones cada vez más vastas.

Puede darse que, excepcionalmente, en especial en los momentos resolutivos o de efervescencia revolucionaria, el haber llegado no importa con qué título o por qué vías a la cabeza de las organizaciones, el poder disponer de sus fuertes medios materiales y poder aprovechar alguna afortunada ocasión de acción en vasta escala, constituya una ventaja no despreciable. Pero esta es la excepción que tiene valor sólo a condición de permanecer excepción y de no durar mucho, es decir de no dar tiempo a que se determinen los daños, mucho mayores que las ventajas, que el hecho produciría inevitablemente tarde o temprano.

En tiempos ordinarios, en los largos períodos de preparación, de agitación y de propaganda, la experiencia nos enseña que la espera de grandes ventajas para las ideas revolucionarias y libertarias de la dirección de las grandes organizaciones es fruto de pura ilusión. Los anarquistas que acceden a eso son sus víctimas; no se dan cuenta de que constituyen sobre la móvil arena en lugar de hacerlo sobre un terreno sólido. Conseguirán, es probable, manifestaciones impresionantes por el momento, lograrán poner en pie un movimiento en apariencia revolucionario; pero será en gran parte sólo aparente, en las formas exteriores y en algún episodio, y pronto se agotará. La hábil construcción se derrumbará de golpe; y mucho de lo que más interesa será envuelto en sus ruinas. Así, mientras se ha querido ser oportunista, se habrá en realidad carecido totalmente de oportunidad.

¿Qué hacer, pues? ¿Renunciar quizás a una acción propia en el seno de las masas? ¿Apartarse de las organizaciones? Ni por sueño; hemos dicho ya cuán

deletéreo sería eso, más deletéreo aún que una participación errónea, para la causa anarquista. Hombreros de minoría, los anarquistas tienen el interés predominante de cumplir bien su función de minoría: entrar y permanecer en todas las organizaciones obreras a su alcance, y desarrollar en su seno su acción, con la propaganda y con el ejemplo, con ardor revolucionario y con espíritu de sacrificio, — acción de crítica y de control sobre los órganos ejecutivos y administrativos, participación solidaria en todas las luchas antiburguesas (huelga, huelga general, boicot, sabotaje, y toda otra forma de acción directa), oposición a todas las reanuncias y a las desviaciones, estímulo con las palabras y con los actos a un ataque cada vez más vivo contra los organismos burgueses. ¿No hay tal vez bastante que hacer en este sentido, tanto como para ocupar las propias fuerzas desde el primero al último día del año?

Más de una vez se ha dicho, con una burda similitud, que los anarquistas son los *bersaglieri* del ejército proletario y revolucionario. Pero la similitud contiene una idea muy justa, ésta: que la misión de los anarquistas no es estar al frente de la masa proletaria, sino delante, a su vanguardia, en continuo contacto con el enemigo. La masa les seguirá más fácilmente así que si fuesen sus jefes oficiales. Quiere decir esto que si hay traidores en el movimiento, gente que pactará con el enemigo, se tendrá más autoridad moral para combatirlos y eliminarlos, — así como en el ejército revolucionario de 1793 los soldados jacobinos y los hebertistas, mientras combatían como valerosos, vigilaban a los Dumouriez traidores y a veces los ajusticiaban.

Aunque no fuera más que por un sentimiento de oportunidad general, pues, es preferible que los anarquistas queden en su puesto de minoría — el puesto que les es propio por ideas y por temperamento. Fuertes en tal posición, se vuelven débiles cuando la abandonan. Por lo que se refiere a la acción revolucionaria, nada es imposible a la minoría, si es activa y quiere verdaderamente. Venga el momento bueno, delinése una situación revolucionaria — y se verá cómo la minoría anarquista se convertirá en dueña de los acontecimientos, rica con todo su prestigio y con toda su virginidad no consumida por el ejercicio gastador y debilitante de las funciones directivas en tiempos de calma, en los que se es obligado a hacer mucho reformismo. Por buenas o por malas, entonces, hasta los más moderados serán constreñidos a marchar tras los anarquistas o impulsados hacia adelante por éstos.

Podrá ocurrir, ciertamente, que los anarquistas más activos, inteligentes y enérgicos sean en el terreno de los hechos arrastrados por el movimiento general a la cabeza de éste, — como en ciertas batallas napoleónicas el cabo que iba audazmente delante de todos, se convertía en aquel momento en el

jefe de los soldados que le seguían mucho mejor que el oficial que había quedado atrás —, y esto no será un mal por las razones más arriba enunciadas; pero no podrá quedar útilmente allí más que durante la contienda o a condición de volver, siempre, al propio puesto de minoría apenas haya cesado la batalla.

Una función del "partido" anarquista concebida así presenta casi todas las ventajas y ninguno de los inconvenientes de la táctica de los otros partidos. Por lo demás, los anarquistas no tienen ningún interés inmediato que conquistar, — ni como partido ni como individuo. Los otros partidos, sedientos de éxito inmediato, casi todos aspirantes a conquistar un poder verdadero y propio sobre las muchedumbres, especialmente el poder político, pueden obrar lógicamente, desde su punto de vista, de modo diverso a los anarquistas; pero éstos no tienen necesidad de hacer concurrencia a aquéllos sobre un terreno tan inseguro.

La acción anarquista de tal manera puede desplegarse más libremente, sin otras preocupaciones de responsabilidad fuera de las que los anarquistas sienten frente a la propia conciencia. Así son llevados a dar menos importancia a las fórmulas exteriores, con que suelen encubrirse hoy las organizaciones obreras. Bastará, para que los anarquistas puedan quedar allí dignamente y desarrollar su acción, que estén realmente abiertas a todos los obreros, cualquiera sea su credo político, y que, particularmente, no empuen su participación en actos que contrastan con sus convicciones personales.

En cuanto a lo demás, en cuanto a las tendencias generales de las organizaciones, es inútil alambicar el cerebro: sean reformistas o revolucionarias, sindicalistas o corporativistas, federacionistas o lo-

calistas, la diferencia sustancial entre las unas y las otras es siempre menor de lo que se cree; y los anarquistas constituirán siempre allí una minoría, se sentirán siempre impulsados a estar en la oposición. Aun cuando para combatir las tendencias más reaccionarias, se sientan más próximos a los llamados jefes, como ocurre en las organizaciones con orientación sindicalista revolucionaria, — eso será siempre de modo relativo; y los anarquistas acabarán tarde o temprano por sentirse llevados a la oposición.

La posición de minoría en la oposición consiente a los anarquistas una libertad de acción, que a su vez constituye una verdadera y propia superioridad moral, en medio de las disidencias interminables que las cuestiones de partido y las cuestiones personales suscitan demasiado en el seno de las organizaciones obreras. Ellos que no tienen una cuestión de partido ni cuestiones personales que hacer, porque su partido y sus personas no aspiran a conquistar un "poder" cualquiera sobre las masas organizadas, no tienen siquiera la necesidad ni la ocasión de ir a las greñas siquiera con aquellos que piensan diversamente. Su lucha, aun contra los adversarios, siendo desinteresada e inspirada sólo por la fe en el ideal, será por tanto menos aburridora, más serena y no dejará restos disolventes tras ella. Los anarquistas podrán sentirse unidos con ciertos adversarios mañana, cuando el interés de la causa lo exija, con el mismo fervor con que se sienten desunidos hoy. Y menos causas de odios y de rencores susciten a su alrededor, — fuera del rencor y del odio de la burguesía de que estarán siempre orgullosos de ser merecedores.

Si todos los revolucionarios sinceros pensasen así y obrasen en consecuencia, la unidad proletaria, de que tanto se habla, sería mucho más real y eficaz. Y el movimiento general de la clase trabajadora se volvería mucho más efectivamente revolucionario. Ciertamente, importa también a los anarquistas la conquista del movimiento obrero, pero la conquista efectiva de las conciencias que lo animan, no la formal de los puestos burocráticos. Y tal conquista se obtendrá cada vez más amplia, obrando de abajo arriba, de lo simple a lo compuesto, del individuo al grupo y a la colectividad, de los individuos gregarios a su conjunto. Pero para llegar a eso no hay que tener la impaciencia de los resultados aparentes y súbitos; los anarquistas, impregnando con su influencia desde abajo las instituciones proletarias y corporativas, conseguirán hacer de ellas un instrumento de revolución mucho mejor y mucho antes que queriéndolas guiar por la fuerza donde les parece y donde les agrada desde arriba, — y cuando lo hayan conseguido, aunque en parte, no valdrán intrigas políticas de cambiacañas para hacerlas volver atrás.

Concebida en este sentido la acción libertaria y revolucionaria vencerá fácilmente los obstáculos, llamémosles así, internos. Sabiendo desde el primer momento que no se puede esperar del ambiente de las organizaciones obreras una respuesta completa a las propias tendencias ideales, se evitarán las fáciles ilusiones y las dolorosas desilusiones; y se quedará más constantes y perseverantes en la brecha a pesar de los errores y las derrotas, combatiendo con los trabajadores y por los trabajadores, en su ambiente y no sobre ellos, y sin pedirles nunca nada, — nada fuera de un esfuerzo cada vez más activo, tendiente a la propia emancipación.



El rico y el pobre



Para concluir, el sentido de relatividad consiste en la visión de la realidad, en la persuasión de que un partido de revolución y de porvenir no puede esperar en el seno de la sociedad actual más que éxitos relativos y no puede esperar del ambiente que lo circunda más que una relativa respuesta a sus objetivos y a sus ideales, — aunque ese ambiente parezca a primera vista favorable. De ahí la necesidad para el anarquista revolucionario de quedar siempre en la oposición, en actitud de lucha, en "estado de revolución permanente", según la expresión de Eliseo Reclus.

Este sentido de relatividad impide a los anarquistas apartarse de la lucha, a pesar de que ésta no puede ser nunca completamente hecha según ellos quisieran; los mantiene en contacto con las masas y con sus manifestaciones más conscientes, aunque éstas se resientan mucho, hasta demasiado, de las tendencias reformistas y autoritarias de la sociedad burguesa; y al mismo tiempo hace que no se ilusionen con obtener éxitos prácticos inmediatos, — sabiendo muy bien que su destino es ser casi siempre derrotados, y que no resultarán victoriosos más que con la revolución. De tal modo los anarquistas escapan a la acción lenta de absorción que la sociedad burguesa opera sobre sus adversarios de modo constante; y contribuyen a neutralizar al menos en parte las influencias en los ambientes en cuyo seno obran, en los grupos, en las organizaciones y en todas las manifestaciones del movimiento obrero y revolucionario.

El sentido de relatividad así entendido disminuye, pero refuerza la fe en la idea absoluta de libertad y de justicia. ¿Qué pueden importar las muchas deficiencias y los errores, las pérdidas y las crisis, si se sabe desde el comienzo que todo esto es inevitable? ¿si se sabe que toda batalla pequeña o grande, vencida o perdida, aproxima al objetivo? ¿si se está persuadido de que los errores o las deficiencias, inherentes a todo movimiento, porque son inherentes a la naturaleza humana, no tienen nada que ver con la idea por la cual se combate? ¿si las mismas concesiones que la necesidad de la lucha obliga a hacer a la dura realidad de las cosas, no consiguen sino hacer odiar más todavía esa realidad?

El ideal está en nosotros, no fuera de nosotros; y es tanto más y en mayor medida realizable, cuanto más lo queremos nosotros, cuanto más obremos inspirándonos en él. Su realización será siempre relativa en el tiempo y en el espacio, en la cantidad y en la calidad, pero se realiza cada vez más gracias a nuestros esfuerzos. Ciertamente, la llamada fuerza de las cosas tiene también su parte en este camino del ideal; pero sería un grave error confiarse a ella, — como hacen aquellos que hablan siempre de evolución del sistema capitalista, de evolución de las instituciones políticas, etc. — como los marineros que, al navegar, se confían demasiado en el curso de los vientos y de las corrientes marinas.

Nosotros bogamos con todas las fuerzas de nuestros brazos hacia un objetivo nuestro, desplegamos todas nuestras velas para llegar a puerto preestablecido. A lo largo de la ruta nos aprovechamos, es verdad, de los vientos y de las corrientes favorables, pero nuestra voluntad debe estar alerta en cada instante, porque nuestro punto final no se identifica con la dirección ocasional y brutal de los vientos y de las corrientes; y a la primera ocasión debemos hallarnos listos para navegar contra viento y marea.

Y en el complejo movimiento social esto es todavía más verdadero que en el mar; pues muy a menudo los intereses momentáneos y la influencia del ambiente están contra nosotros, — demasiado a menudo, hemos dicho, sólo por temor a exagerar diciendo que eso ocurre casi siempre.

Vano sería pretender de la obra de los anarquistas y de la que se desarrolla a su alrededor, la realización absoluta de los principios de libertad y de justicia; pero no por esto tales principios viven menos y hacen menos arder la sed de liberación de los combatientes. Sólo la fe en el ideal, hecha activa por la lucha continua, hace a su vez al mismo tiempo posible y eficaz su acción, a pesar de que ésta se halle sometida a la inevitable ley de la relatividad. La tendencia espiritual hacia el ideal absoluto los hace relativistas además en otro sentido, — es decir reteniendo a los revolucionarios y a los anarquistas de un absoluto abandono a los acontecimientos, a las mayorías, al ambiente, a las cosas, a una realidad contra la que quieren rebelarse, para que le suceda otra realidad más próxima a su meta.

"Los pies sobre la tierra, pero la mirada al cielo", decían los místicos de un tiempo. Alguno se ha burlado de ellos, contando de un filósofo que, caminando así, cayó en un foso no visto por él. Pero la broma no alcanza a los anarquistas, que no ponen su ideal por encima de las nubes, sino que lo llevan en sí mismos y lo esperan de la obra propia individual y colectiva. Su mirada vigila el campo de batalla y les guía a la acción, al mismo tiempo que vé más allá de los obstáculos, más allá de las posiciones enemigas, la ciudad futura a que quieren llegar. Y esta visión les impide perder el camino y dejarse arrastrar a diestro y siniestro, tiene unidas sus filas mejor que el comando de un general y hace coordinado y más ardiente su combate.

Así el fin se funde armónicamente con los medios para alcanzarlo, y el ideal con su práctica. Los anarquistas, solos contra todos, ciudadanos de un mundo futuro, rebeldes contra el mundo que les circunda y que sin embargo aman y quieren regenerar, agentes al mismo tiempo dentro y contra él, — les basta sentirse superiores en la idea y no esperar nada para sí y ninguna victoria real antes de la victoria final, para convertirlos en los más fuertes de todos.



De un cuadro de Ernest Neuschul

D. A. DE SANTILLAN

## MAS PRODUCTIVIDAD CON MENOS BRAZOS

Los progresos de la mecanización han hecho en un grado considerable independiente la duración de la jornada de trabajo de la cantidad de productos, es decir de la productividad. Mejor dicho, una larga jornada no quiere decir siempre una más elevada producción. Y como en estas cosas valen más las cifras y los hechos concretos que las palabras, demos un resumen estadístico de la evolución del trabajo y de la producción en Estados Unidos en el curso de los años que van de 1899 a 1923.

Tomando la cifra de 100 como base para 1899, la productividad del conjunto de las industrias norteamericanas alcanzó en 1923 a 263, es decir casi una triplicación, mientras que el número de obreros no alcanzó más que a 188, es decir no se duplicó la cifra de 1899.

En algunas industrias la desproporción fué formidable: por ejemplo en la industria de las conservas de verduras y frutas la productividad llegó a 515 en 1923, en comparación con la cifra 100 de 1899, mientras que el número de obreros ocupados no se elevó más que a 157; en los artículos de seda la productividad aumentó en 3060, mientras que el número de obreros se había reducido a 92, es decir con un rendimiento tan elevado, el personal se había reducido todavía; en la industria del papel y de las artes gráficas el rendimiento se elevó a 375 mientras que el número de obreros no alcanzó más que a 179.

Con eso tenemos una prueba evidente de la independencia que ha logrado establecer el capitalismo entre el rendimiento de su aparato productivo y el número de brazos humanos necesarios — independencia que repercute y determina naturalmente la existente entre la jornada de trabajo y la productividad.

En 1914 se trabajaban en Alemania 52, 53, 54 hasta 60 horas por semana en las fábricas; en 1926 la jornada general es de 8 horas, o sea 48 semanales. ¿Quiere decir eso que la producción haya disminuído de una manera correspondiente?

Demos algunas cifras de la "Holzarbeiter-Zeitung" 35 (22, 171, 1927, Berlín), referentes

todas a la industria de la madera, donde menos se han advertido los progresos de la mecanización, de la racionalización del trabajo y de los establecimientos:

En la construcción de pianos en Sajonia, con una reducción de 7,7 por ciento en la jornada no se ha advertido ningún decrecimiento de la productividad; con la misma reducción de la jornada en la industria de la mecánica de los pianos del centro de Alemania, se ha aumentado de 1914 a 1926 un 13 por ciento el rendimiento; en la fabricación de cepillos se han tenido aumentos de la productividad hasta de 77,9 por ciento con una reducción de 9,4 por ciento en la jornada; en la fabricación de hormas para zapatos, en el Sur de Alemania, el aumento de la productividad fué de 33,3 por ciento en el mismo espacio de tiempo, con una reducción de 10,3 por ciento en la jornada, es decir de 53 1/2 horas la jornada fué reducida a 48; en el lustre de máquinas de coser, en Sajonia, con una reducción de la jornada de 14,3 por ciento se ha tenido un aumento de 25 por ciento en la producción; en el encañalado de mesas se aumentó el rendimiento en un 60 por ciento con una reducción de 14,3 por ciento en la jornada; en la fabricación de sillas, en el centro de Alemania, con una reducción de 20 por ciento en la jornada (de 60 horas semanales a 48) se constata un aumento de 50 por ciento en la productividad.

La encuesta de que tomamos estas cifras atribuye ese aumento de la productividad, no tanto a las mejoras técnicas, sino a la alegría del trabajo producida por la reducción de la jornada y un aumento de los salarios, causa de una intensificación del esfuerzo. Esto tiene el mérito de partir de elementos profesionales marxistas, para quienes solamente el factor económico importa en la vida. Por lo demás, el aumento del rendimiento conseguido en una industria relativamente poco o apenas racionalizada como es la de la madera, se ha conseguido por la implantación de nuevos mecanismos y procedimientos de trabajo en otras industrias, donde el capitalismo ha llegado a excluir



la mano de obra humana en una proporción alarmante.

En la minería alemana, la productividad por obrero, sobre la base de 1913 considerada en 100, era en 1926 en la extracción del carbón de piedra de 98, es decir algo inferior, pero en cambio en el mineral de hierro era de 122, en la extracción de minerales de plomo, plata y cinc de 106,7 (en 1927 de 113,4), en la extracción de cobre de 126,8 (en 1927 de 140,8), en la producción de acero era de 135,8, etc., etc. En todas partes se nota un crecimiento de la productividad por obrero, lo que supone, cuando el consumo no se acrecentó de una manera correspondiente, una disminución de brazos o crisis comerciales e industriales periódicas.

Escribe un autor alemán ("Die Arbeit", febrero 1928, Berlín, pág. 127):

"La cuota de extracción por hombre y grupo en los distritos más importantes de la anthracita alemana señala aumentos que sobrepasan del 20 al 25 por ciento a las cifras de antes de la guerra... La cifra del personal ocupado en el distrito del Ruhr ha bajado de 426.033 por término medio en 1913, a 398.043 a fines de diciembre de 1927... No cabe duda de que la progresiva mecanización ha suscitado una demanda a las fuerzas morales y corporales del minero que ha superado ya los límites máximos".

Sobre la industria de la porcelana en Limoges (Francia), reproducimos estos datos: En 1913, 9.545 obreros trabajaron 28.635.000 horas; en 1925 trabajaron 8.380 obreros un total de 20.112.000 horas. Pero la parte de cada obrero en la producción que era 100 por ejemplo en 1913, ascendió a 133 en 1925. Disminuyeron los obreros, disminuyeron las horas de trabajo y sin embargo aumentó la producción total.

En la industria alemana de la potasa tenemos desde 1913 a 1927 un aumento de la producción en 256 por ciento para cada establecimiento; en cambio se advierte en el mismo tiempo una disminución de 37 por ciento en el personal (en 1913 había 29.258 obreros que recibían salarios por 44.638.944,96 marcos; en 1927 no había más que 18.454 obreros que recibían en concepto de salario 36.083.528 marcos).

Y a pesar de constatarse en todas las industrias un aumento de la productividad con un decrecimiento simultáneo de las fuerzas humanas necesarias, el actual presidente de los Estados Unidos, Hoover, asegura que los principales industriales de su país no producen más que del 36 al 71 por ciento de lo que podrían

producir. Constataciones de esa naturaleza llevaron a un ex ministro de Coolidge a sostener que el actual aparato de producción de la gran república del Norte se basta para abastecer de artículos manufacturados al mundo entero.

Aunque en realidad no sería necesario insistir sobre estos datos que nadie pone en duda, ni siquiera los adversarios más encarnizados de nuestras conclusiones, damos las siguientes cifras:

En la industria norteamericana del tabaco, tomando por base la cifra de 100 para 1919, la producción era en 1925 un 26 por ciento superior y el personal ocupado se había reducido a 87 y a 80. En 1927 la producción era de 144 por ciento y el número de los obreros ocupados había disminuido a 79,5. En la industria del automóvil la desproporción es más grande todavía, y es importantísima en la industria química, en la del hierro y el acero, en la de la madera, etc., etc.

¿Qué hacer? ¿Qué actitud asumir? Tenemos por un lado una capacidad de producción casi ilimitada, por otro una miseria proletaria creciente a causa de la desocupación crónica en dimensiones jamás conocidas y en intensidad insospechada. Tenemos por una parte, como se ha visto, un acrecentamiento del porcentaje de las ganancias del capitalismo, sea por el abaratamiento del costo de la producción, sea por la venta más considerable o por la defensa del nivel de los precios merced a los trusts cada día más amplios; por otra parte tenemos, por consiguiente, en conjunto, una reducción de la parte de los trabajadores en el producto de su trabajo. Tenemos por un lado una organización cada vez más vigorosa de las fuerzas capitalistas y reaccionarias y por otra una impotencia creciente de las organizaciones obreras y una tendencia a la desorganización y a la insolidaridad de clase que lleva a las más negras previsiones.

Nosotros hemos lanzado la consigna de una lucha internacional pro reducción de la jornada, que ha pasado a integrar el programa de acción inmediato de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Con esa reducción de la jornada nosotros queremos reintegrar al proceso del trabajo los millones de desocupados permanentes que pululan por el mundo. Esa reintegración tendría por resultado un ensanchamiento del mercado del consumo, en el que juega un papel principal la clase proletaria de las fábricas, los campos y las oficinas (la racionalización de la industria está borrando las

fronteras que existían entre los obreros y los empleados). Con la ampliación del mercado del consumo interno, se tendría por un tiempo una reanimación de la vida industrial, un equilibrio relativo por cierto período de años.

Como se ve, nosotros mismos no nos hacemos ilusiones sobre la consistencia de la jornada de seis horas; representaría un alivio pasajero; pero entre un alivio pasajero y la situación desesperante en que nos encontramos, preferimos aquél.

Sin embargo no resolvemos más que un aspecto del problema inmediato: el de la reintegración al proceso productivo de los millones de desocupados. Pero nos queda y posiblemente nos quedará por resolver el otro aspecto: ¿Cómo organizar la lucha contra el moderno capitalismo en pro de la conquista de la jornada de seis horas y en general en pro de todo el avance revolucionario?

Constatamos que las luchas sindicales tradicionales han perdido la eficiencia que tenían frente al pequeño capitalismo privado; para los grandes trusts, para las grandes empresas, la huelga, el boicot, el sabotage son armas de filo demasiado mellado. Y no siempre pueden esgrimirse siquiera, como nos lo evidencia la historia de los trusts norteamericanos y europeos donde la explotación del hombre por el hombre es extrema, tan extrema como la pasividad de las masas explotadas.

Se buscan nuevas formas de lucha, por ejemplo la organización internacional del proletariado por industria, a fin de estar en situación de hacer frente en toda la línea a tal o cual trust en conflicto, o se aspira a la protección benemérita del Estado. Lo primero se propicia por el sindicalismo revolucionario, lo segundo por el reformismo sindical. Ni una ni otra solución nos convence y las razones de ello están bien al alcance de todos como para detenernos en ellas.

Pero en líneas generales, recomendamos la organización del proletariado tanto desde el punto de vista de la producción como del consumo y su inspiración por ideales revolucionarios de superación del capitalismo y del estatismo. Y pensamos que una vez resuelto el problema de la conquista de la nueva reducción de la jornada, tanto teórica como prácticamente, tendremos despejado el camino teórico y práctico para la solución verdadera y definitiva del problema social, que está en la revolución igualitaria y libertaria de los que trabajan contra el parasitismo económico y político.

El capitalismo nos ha puesto ante un horizonte de escollos y de dificultades, ante la esfinge

misteriosa cuyas preguntas deberemos responder exactamente o sucumbir. Tenemos confianza en el porvenir, en la vitalidad y la inteligencia de los amantes del progreso y de la libertad; pero confesamos que, conmovida en nosotros la fe en el simplismo de los viejos métodos de lucha y las viejas soluciones, nos encontramos ante el horizonte aludido sin saber qué dirección tomar. En lo único que no vacilamos es en la bondad y la justicia del ideal perseguido: la supresión de todo dominio y de toda explotación del hombre por el hombre. Pero ¿cómo llegar a ese objetivo? Esta es la cuestión.

Para que la mayor capacidad productiva presente con la disminución de energías humanas necesarias un bien y no una maldición, será preciso que el instrumental económico pase de manos del capitalismo, privado o colectivo, a la sociedad entera. Entonces la máquina será amiga y colaboradora del hombre y del bienestar social, según la intención de sus primeros inventores. Mientras tanto no será sino un nuevo recurso para la explotación del proletariado y una nueva fuente de dominio económico y político para los privilegiados.

## EDITORIAL "LA PROTESTA"

### NUEVAS EDICIONES

- Eliseo Reclus: **LA ANARQUIA Y LA IGLESIA** . . . . . 0.10
- Anselmo Lorenzo: **EL DERECHO A LA EVOLUCION** . . . . . 0.10
- Juan Crusao: **CARTA GAUCHA**, séptima edición . . . . . 0.10
- P. Kropotkin: **A LOS JOVENES**  
L. Fabbri: **¿QUE ES LA ANARQUIA?** . . . . . 0.10
- D. A. de Santillán: **LA JORNADA DE SEIS HORAS**, tercera edición . . . . . 0.10
- Ana María Mozzoni: **A LAS HIJAS DEL PUEBLO** . . . . . 0.10
- Eliseo Reclus: **A MI HERMANO EL CAMPESINO** . . . . . 0.10
- De estos folletos hay ediciones económicas a \$ 2, 2.50 y 3 el cien para la distribución gratuita por grupos, sindicatos y compañeros.



MAX NETTLAU

## La prehistoria y la fundación de la Internacional (28 de septiembre de 1864)

La fundación de la Internacional fué tejida pronto por la leyenda, y los acontecimientos reales sólo se conocen incompletamente (1). Con más seguridad se puede extraer más o menos lo que sigue.

La crisis comercial de 1857-1858, la era de las guerras comenzadas en 1859 despertaron elementos del movimiento republicano-socialista y más vastos círculos obreros (huelgas y organizaciones). Tanto la política exterior como las condiciones del trabajo y del comercio, la era del libre cambio cobdeniano y llamaron la atención de los obreros parisienses y londinenses algo avanzados: la conciencia de la interdependencia de cada país respecto de la situación de otros países se había sacudido para ellos. Para los obreros ingleses desde el tiempo del libre cambio no le eran del todo indiferentes las condiciones de trabajo en el continente y los obreros parisienses vieron que la superioridad estética de París no mejoraba decisivamente su condición y que los obreros ingleses poseían ya algunas cosas que a ellos les faltaban.

La segunda huelga londinense de los obreros de la construcción (marzo de 1861) recibió manifestaciones continentales de simpatía, entre ellas una de los obreros broncos de París, a cuyos jefes más activos pertenecía Henri Tolain. El Trades Council londinense constituido el 10 de junio de 1860 recibió también una circular obrera de Nápoles (17 de diciembre de 1861), a la que se respondió en 1862 (2). El año 1862, de la exposición en Londres, produjo la visita de obreros parisienses a iniciativa de la parte bonapartista, una delegación a la que se adhirieron los obreros independientes de París dirigidos por Tolain, gentes que en su interior eran republicanos, socialistas, proudhonistas, pero que hacían fuera por el momento se sometían y conservaban dentro de ciertos límites su dignidad frente al imperio o creían conservarla. La recepción en Londres corrió a cargo del Working Man's International Welcome Committee, que se componía del comité de la revista mensual *The Working Man*, el mismo grupo que envió una diputación a casa de Herzen para saludar a Bakunin poco después de su feliz fuga. Era un ambiente socialista en donde sobresalían los partidarios de Bronterre O'Brien y el anarquista individualista A. Caston Cudde; no es, pues, un milagro que los jóvenes jefes ambiciosos de las Trade Union quedasen bastante indiferentes ante el mitin de salutación en Free Masons Tavern el 5 de agosto de 1862 y no aparecieran allí como oradores, por moderados que hayan sido los discursos. En ese mitin... "expresó el señor Melville Glover, el traductor de los delegados franceses... un deseo de que se nombrasen comités de trabajadores para el intercam-

bio de informaciones sobre la industria internacional. Esa proposición fué ardientemente acogida" (*The Working Man*, septiembre de 1862, páginas 225 a 230).

Sin duda una parte de los delegados conocieron a fugitivos franceses en Londres, que representaban todos los matices del socialismo autoritario de 1848 y del republicanismo más radical y que chocaron ante los obreros que vivían en París y que exteriormente se acomodaban por la fuerza a las condiciones existentes, con su mentalidad que llamaríamos de emigración. Por ellos conocieron también a belgas, alemanes, italianos, españoles (esto según Heligon y Murat); Eugène Dupont, uno de los delegados, quedó desde entonces en Inglaterra. Pero en todo caso se convencieron los verdaderos jefes, como Tolain, de que esas relaciones con un ambiente londinense de socialistas o republicanos-revolucionarios ingleses y franceses, no tenían nada que ver con las verdaderas y propias organizaciones obreras, que le interesaban sólo como político ambicioso, y no las cultivó más. No puede establecerse si entró ya entonces en contacto personal con los jóvenes jefes sindicales, los Odger y Cremer o con el viejo jefe George Potter, ya entonces en decadencia, o si hacia 1862-1863 tuvo lugar entre París y Londres una correspondencia epistolar, pero apenas es probable en grado esencial. Pues las tendencias Tolain y Odger-Cremer tenían en la cabeza su propia política local, y las manifestaciones internacionales de simpatía eran para ambas mientras tanto sólo una exhibición.

Por eso es ocioso el problema de si el mitin del 5 de agosto de 1862 dió el impulso para la fundación de la Internacional: lo esencial es que nadie puso seriamente las manos en la cuestión, no siendo una circunstancia explicativa de esa inactividad la actuación local de ambas partes (3).

La situación precaria de los obreros textiles por la falta de algodón durante la guerra civil norteamericana (cotton famine) y la propaganda hecha en todas partes por los polacos en pro de la intervención de la Europa occidental, una agitación que los admiradores de Mazzini y Garibaldi veían con gusto, que era también para los gobiernos — por poco que pensaran en una intervención efectiva, — un apoyo no inoportuno frente a Rusia, — eso llevó a relaciones que Tolain anudó esta vez con trade-unionistas, dejando a un lado los socialistas de 1862, un grupo político y orgánicamente impotente. El primer gran mitin por los polacos en St. James Hall, el 28 de abril de 1863, fué sólo inglés; para el segundo, el 22 de julio, fueron invitados los franceses; el conde Zamojky presentó a Tolain al mitin, que deseó una acción unitaria en favor de los polacos.

Después de ese mitin los franceses se reunieron privadamente con los ingleses (por ejemplo en Bell Inn) y entonces se deliberó sobre la instauración de relaciones permanentes. Potter, Collett (del *Working Man*), Odger, E. Dupont son nombrados por Fribourg en 1871; en el *Times*, 27 de octubre de 1871, escribe un anónimo, en todo caso Eccarius, que Odger fué comisionado para presentar un proyecto. Pero el tiempo era demasiado corto y se armonizó sólo en principio. Odger habló de la necesidad de poner fin a las intrigas diplomáticas, de la paz y de la defensa del trabajo contra el capital; los franceses propiciaron la concentración temporal de todas las fuerzas para la liberación de Polonia. El comité elegido, W. R. Cremer, T. Grant Facey (4), C. Goddard, G. Odger, comisionó a este último para la redacción de una circular a los obreros franceses.

Aquí viene bien una carta de Tolain a Le Lubez, 14 de febrero de 1865, que encontré entre los papeles de P. Vésinier (*Dok. d. Soz.*, V, pág. 326-328): "...Al St. James Hall Meeting en favor de Polonia fueron seis obreros (5) parisienses a Londres y se reunieron después del mitin con trabajadores ingleses, entre ellos los señores Odger, Cremer, Facey o Facey, hoy secretario de la Liga (Universal League). Nuestro amigo G. Jourdain puede atestiguar esto; él estuvo con nosotros y nos sirvió de traductor" (6). "El próximo día (23 de julio), usted mismo, señor Le Lubez, se puede recordar de habernos hallado hablando con Potter en casa de Lardaux (7) por intermedio de nuestro amigo Bocquet (8). Por ambas partes se exteriorizó el deseo de establecer entre los obreros de ambos países relaciones permanentes, y se convino en realizar ese proyecto..." (9).

Pero tan sólo el 10 de noviembre fué presentada en Bell Inn al Comité la circular redactada por Odger y aprobada: *Address of English to French Workmen* (*Beehive*, Londres, 5 de diciembre de 1863; Rjasanoff, pág. 137-139); es firmada por Thomas Grant Facey, Cremer, Goddard, John Eglinton y G. Odger. El positivista profesor Edward Spencer Beesley la tradujo y G. Jourdain la llevó a París. Como participantes en la reunión del 10 de noviembre se cita también a Nieass, Graham, Ackell y R. Applegarth (*Beehive*, 14 de noviembre; Rjasanoff, página 137).

En esa circular se dice: "...Os exhortamos a la fundación de la fraternidad de los pueblos. Convoquemos una reunión de representantes de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Polonia y de todos los países en donde existe la voluntad del trabajo común para bien de la humanidad. Convoquemos nuestro congreso para la discusión de los grandes problemas de que depende la paz de los pueblos"... Se alude a la importación capitalista de fuerzas de trabajo baratas, que hace posible la carencia de ente internacional entre los trabajadores. Igualmente se refiere a los crímenes gubernativos contra la república romana, Suiza (Neuchâtel), México, China (la guerra del opio)... "Por eso nuestra consigna es — fraternidad". Formemos una firme unión con todos los que aspiran a la paz y a la libertad, al desarrollo productivo y a la dicha humana en toda la tierra... "Decimos con vosotros: dirijamos nuestro primer esfuerzo común a la libertad de Polonia"... (10). (Se piensa aquí en las peticiones a los gobiernos). "Debemos hacer esto para vencer las astucias de la diplomacia secreta, ese azote de los pueblos, — de lo contrario comienza de nuevo su juego infernal, conduce los nobles hijos de Polonia

a la muerte, entrega sus hijas a la soldadesca brutal como botín y transforma otra vez ese país en un enorme matadero para eterna vergüenza e infamia del mundo civilizado".

La carta de Tolain continúa así: "...Algún tiempo después (¿noviembre o diciembre de 1863?) fué comisionado nuestro amigo G. Jourdain, que vino a Francia, por los obreros ingleses para entregarnos una circular. Cuando los amigos fueron reunidos y se leyó la circular, se resolvió responder con la propuesta de un gran congreso obrero".

"Poco después vinieron las elecciones del 20 y 21 de marzo (1864) y el movimiento electoral en el que conocimos al señor Lefort (es decir en febrero de 1864?) y eso nos impidió perseguir más inmediatamente el proyecto de congreso"...

Desde esa época escribió Le Lubez (sin fecha; adjuntando probablemente una carta del 25 de febrero de 1866; *Dok. d. Soz.*, V, pág. 325-326): "Pasan seis meses, ninguna respuesta (noviembre a abril de 1864 quizás?). Las elecciones; la candidatura obrera, pues Lefort creyó que Tolain era tan leal como inteligente. Lefort pone a Tolain en primera línea, a pesar de todos los peligros, publica con él el manifiesto de los sesenta, sin que aparezca nunca su nombre (de Lefort), es arrestado, maltratado, la policía desgarró su indumentaria, etc. Obtiene los nombres de Laurent Pichat, de Deffescluze y otros para ese Tolain, que no habría llegado nunca a tanto solo. En una palabra, se sacrifica por la causa de los obreros que creía personificada en Tolain. Obtiene 400 y pico de votos, con los que Lefort estuvo satisfecho, pues al fin se había echado una base"... (11).

La carta de Tolain continúa: "...Al finalizar las elecciones (20 y 21 de marzo de 1864), en la asamblea convocada para rendir cuentas, propuse a los amigos presentes leerles la respuesta a los trabajadores ingleses que había sido comisionado para preparar. El señor Lefort, que estaba presente y que no había tenido hasta entonces ningún conocimiento del asunto, preguntó de qué se trataba; se le informó, se le dió cuenta del proyecto de congreso, lo aceptó con placer y como debía dirigirse justamente

### NOVEDADES DEL GATO CON BOTAS



—¿Para qué prepara usted esos terribles venenos?  
—Para que se pueda en el más breve espacio de tiempo liquidar centenares de miles de hombres, mujeres y niños.  
—¿Y con qué fin eso?  
—Para honra de dios y gloria de la patria.  
El gato con botas: Eso no lo entiendo.



a Londres deseó ser portador de nuestra respuesta. Le dimos esa respuesta, así como la dirección de los señores Potter, Bocquet y Jourdain y así comenzó la actividad del señor Lefort".

Le Lubez cuenta esto de modo muy distinto: "...Después de las elecciones supo Lefort que los obreros franceses tenían que responder a una carta a una "Circular" de los obreros ingleses; entonces concibió Lefort la idea de fundar una asociación internacional, y eso sólo porque yo estaba en Londres (12). Se dijo: mis amigos Denoual (de St. Martin) y Le Lubez están en Londres; el último tiene que conocer los demócratas ingleses, librepensadores; habla los dos idiomas; como masón tiene que conocer también algunos adeptos de otra nacionalidad; me voy a Londres". Vino a vernos (a Denoual y Le Lubez) en 4 New Cross Road, me informó de sus ideas y me dejó la tarea de elegir los miembros fundadores. Los obreros de París le habían indicado a Potter, redactor del *Beehive*, un jesuita que se ha vendido siempre" (13).

Sobre ese viaje — abril de 1864 — escribió Lefort en el *Rappel de Paris*, 3 de julio de 1870 (Rjasanoff, nota 136) que había sido delegado por un grupo parisiense de obreros "para llevar a Londres la proposición determinada de una asociación internacional"... "Fui introducido por mi amigo Le Lubez, que me servía de traductor, en una asamblea obrera inglesa bajo la presidencia de Odger... La lectura de la circular de los obreros de París (por Tolain; v. más arriba) fué aclamada y tomada en consideración".

Entonces pasaron cinco meses, de abril a septiembre de 1864, en los que Le Lubez actuó en Londres preparatoriamente — según su descripción — "...Necesité cinco meses para descubrir a los buenos obreros, ingleses, polacos, alemanes, italianos, suizos, etcétera" (14). En París comenzó ya la tirantez de las relaciones con Lefort, sobre lo cual Tolain escribió en su carta que "...después de su regreso a París (abril), dado que creyó ver que no procedíamos según su modo de ver bastante rápidamente, catorce días después cesó de venir a nuestras asambleas"... Se decidieron cotizaciones (25 céntimos por semana según Fribourg, pág. 11) para el viaje de los delegados a Londres... "Como el señor Lefort no vino fué comisionado nuestro amigo Perrachon para visitarle y comunicarle que estábamos dispuestos para el viaje. Le prometió escribir al señor Le Lubez a fin de ponerle al tanto. Pasaron catorce días sin respuesta; nueva visita de Perrachon, a quien Lefort responde: "A causa de sus dilaciones creyeron los ingleses que ustedes atribuían muy poca importancia a la cosa y cambiaron de opinión en relación al mitin público; serán recibidos sólo en familia por los miembros de la asociación obrera".

"Recepción pública o no, estamos dispuestos", se le respondió. "Bien, escribiré y les presentaré la respuesta". Al fin, después de un nuevo y último ensayo de Perrachon, nos hizo saber el señor Lefort que tendría lugar un mitin público y que éste se había fijado para el 28 de diciembre"... El *Beehive* anunció el 17 de septiembre ese mitin (v. Rjasanoff, página 149).

Esas exposiciones irritadas muestran que en ninguna de las partes se apresuraron singularmente, que Lefort quizás porque la fundación no se llevó a cabo ya en mayo, perdió la paciencia, que en París no se tenía ninguna relación especial con Londres, ya que Perrachon fué enviado siempre a Lefort, etc.

hasta que la constancia de Le Lubez por fin produjo el mitin del 28 de septiembre.

Antes de la partida de los delegados Tolain, Perrachon y A. Limousin "deseó (Lefort) — escribió Tolain — una entrevista con los tres delegados para proponerles un proyecto de organización. Los tres delegados se reunieron. El señor Lefort nos leyó el discurso que han leído por él en el mitin (15), pero ni una palabra del proyecto de organización, no había tenido tiempo. Usted, señor Le Lubez, se acuerda sin duda de que al día siguiente nos quedamos en la mesa del señor Denoual para hablar de esa organización antes de ir a la cita con los obreros ingleses. Lo que hemos hecho juntos en Londres, lo sabe usted".

De esa deliberación sobre la forma de organización — o de deliberaciones ulteriores de los franceses y los ingleses — debe haber surgido lo dicho por Le Lubez en St. Martin's Hall sobre la forma de organización, que tengo ante mí escrito por Le Lubez — citado en *Dok. d. Soz.* V, pág. 328-329 — y que se puede leer mejor estilizado en el informe de *Beehive*, 1 de octubre. El manuscrito dice: "...Su plan de organización es el siguiente: una comisión central compuesta por obreros de distintos países que viven en Londres es elegida y celebra sus sesiones en Londres; — otras subcomisiones son instaladas en las capitales y ciudades importantes de Inglaterra y de Europa. El comité central debe elegir motivos de discusión, que los subcomités examinan al mismo tiempo y sobre los cuales informan, y el comité central debe publicar en diversos idiomas las opiniones expresadas y los resultados obtenidos de todos los comités y subcomités. El año próximo son delegados representantes de todos los países que tomaron parte en esas deliberaciones para reunirse en Bélgica y celebrar el primer congreso".

La respuesta leída por Tolain es probablemente la redactada por él, llevada por Lefort a Londres en abril, que respondía a la circular de Odger de noviembre de 1863 leída por este. La declaración de Tolain (Rjasanoff, pág. 157-159) observa entre otras cosas: "...El trabajo es la ley de la humanidad, la fuente del bienestar público, la base legítima de la propiedad privada. Tiene que ser sagrado y libre y sólo puede llegar a serlo por la solidaridad"... y concluye: "...Salvémonos por la solidaridad". La resolución, propuesta por Wheeler, apoyada por William Dell, declara que el programa de los franceses "es aceptado como base de una asociación internacional y que para ello se nombra un comité que está facultado para aceptar nuevos miembros, para proyectar las reglas y reglamentos de tal asociación". — En pro de esa resolución hablaron Eccarius (16), el representante de los mazzinianos, un mayor Wolff, Bocquet y Forbes. Luego se clamó la resolución y se nombró el Comité. No se sabe si estaba preparada una lista total o si fueron añadidos los diversos nombres.

Los nombres son: Blackmore, Whitlock, Peter Fpx, Nieass, Noble, Hartwell, Gray, Stainsby, Weston, Cremer, Worley, Pidgeon, Lucraft, Longmaid, Le Lubez, G. W. Wheeler, Leno, Domenico Lama, Eccarius, Trindett, G. Howell, Jules Denoual, Shaw, Shearman, Osborne, Richardson, Facey, Goddard, Shearman, Osborne, Richardson, Facey, Goddard, Kethrik, Bocquet, mayor Wolff, Dr. Marx.

Aquí aparece por primera vez el nombre de Marx, a quien el 2 de noviembre por primera vez había Engels de la Internacional. Un cierto Le Lubez le

había visitado, invitado y pedido un orador alemán. Marx nombró a Eccarius, con cuyo discurso estaba contento; él mismo estaba en la plataforma. La carta de invitación de Cremer se ha conservado también (Rjasanoff, pág. 152-153). — Una carta de Eccarius a Marx, del 26 de septiembre (pág. 152) es importante porque Eccarius constata que ha recibido el 25 de Odger informes para él oscuros sobre el mitin en donde debía hablar, y pregunta a Marx si este ha sabido algo más exacto quizás de los franceses sobre su programa. Esto demuestra que Eccarius hasta entonces había estado fuera del círculo preparatorio y lo mismo sabía de Marx, si es que los delegados franceses, — que estaban ya entonces en Londres — no lo habían visitado (17). Es incomprensible que Rjasanoff, a pesar de todo lo mencionado aquí, que también es conocido exactamente por él, continúa aceptando alguna participación de Marx en la preparación de la fundación de la Internacional. Lo probable es que Marx haya causado una fuerte impresión sobre Le Lubez en su visita, y que el joven socialista vió en él un precioso contrapeso socialista contra la gran cantidad de trade-unionistas ingleses en el Comité, de los cuales el profesor Beesly, el presidente del mitin del 18 de septiembre de 1904 pág. 155 escribió que ninguno de ellos era socialista, que la mayoría se habrían asustado si se les hubiese llamado socialistas y que su verdadero objetivo era imposibilitar una legislación antisindical. Que Marx desde el primer momento apareció allí una fuerza preciosa, está claro; pero que como casi todos — no movió un dedo para contribuir a la fundación de la Internacional, está también documentalmente probado.

Es indecible cuán grande indiferencia dominaba en todas partes — se quiere ayudar en julio de 1863 a Polonia, se escribe en noviembre una Circular, se le responde en abril de 1864 y se leen ambos escritos el 28 de septiembre de 1864, cuando ya no se podía ayudar a Polonia. El único que llegó al pensamiento de obrar un poco más rápidamente fué Henri Lefort en abril de 1864, y el único que durante meses se esforzó lo que pudo realmente en Londres fué Le Lubez — casualmente fueron también los primeros ex-

pulsados de la Internacional. Y en todo eso no se trataba de ningún modo de dificultades para la difusión de la idea de la sociedad en las grandes masas, — no, se trataba completamente de personas que estaban en su organización hacía tiempo en primera línea, socialistas y demócratas probados. Cada cual actuaba en su círculo y en general mucho, pero la nueva idea — por muchos estímulos internacionales y realizaciones ocasionales que le hubieran precedido, — era sin embargo bastante indiferente a los dos círculos principales, los políticos de las trade-unions y el grupo de Tolain, e hicieron falta la impaciencia de Lefort y el celo socialista de Le Lubez para impedir el adormecimiento de la cuestión y darle un germen socialista que no era particularmente cómodo ni a los trade-unionistas ni al grupo de Tolain. El que observa esto y vé después cómo desde el día de la fundación, en tanto que Marx está en el asunto, llega otro viento a la cosa, no puede imaginarse una participación por mínima que fuera de Marx en el largo período de languidecimiento desde Bell Inn, 23 de julio de 1863 a St. Martin's Hall, 28 de septiembre de 1864.

Esto no significa que la idea de la Internacional no fuese oportuna. Al contrario, apenas fundada, por su solo nombre ya, disfrutó de prestigio, fué la alegría y el ancla de la esperanza para el socialismo que despertaba en todas partes. Lo desconsolador fué sólo que se vaciló tanto tiempo que la idea expresada ya en 1862 tan sólo fué realizada en 1864 por la sola razón de la indiferencia íntima de ciertos jefes que probablemente pensaron sin embargo que el internacionalismo podía perjudicar su carrera fundada en los éxitos políticos locales. Esas personas no cambiaron después de la fundación de la Asociación y fueron adeptos que se convirtieron pronto en un obstáculo para el espíritu socialista, y con mucha mayor razón para el espíritu anarquista, que se agitaba cada vez más fuertemente y que creyó hallar en la Internacional un hogar, lo que esas gentes le impidieron según sus posibilidades.

Marx fué algún tiempo el sostén del socialismo en la Internacional, en la que sin embargo introdujo simultáneamente gérmenes de la escisión que castraron el espíritu internacional y socavaron y destruyeron prematuramente la organización.

#### NOVEDADES DEL GATO CON BOTAS



—¿Por qué llevan a éste al hospital?

—Porque ha comido demasiado.

—¿Y aquél otro?

—Porque ha comido demasiado poco.

El gato con botas: ¿No pueden equilibrarse los hombres? ¿Eso no lo entiendo!

(1) Todo el material accesible a la más intensiva investigación especial lo ha reunido N. Rjasanoff en "El surgimiento de la primera Internacional", en ruso en *Archiv K. Marksa i F. Engelsa*, I, 1924, pág. 105-108; no sé si la traducción en *Marx-Engels-Archiv*, I, (Frankfurt, 1926) contiene ampliaciones. Un resumen es el artículo de Rjasanoff en *Int. Press-Korrespondenz* (Viena), 22 de septiembre de 1924, pág. 1631-4. Veo por esto que el material epistolar íntimo, que yo presenté en los *Dokumenten des Sozialismus* (Berlín), julio y agosto de 1905, en el trabajo "Para la prehistoria de la Internacional", pág. 324-9, 373-77, y completado por el material procedente de Henri Lefort en *Le Parti républicain au coup d'Etat et sous le second Empire* (París, 1906) de J. Tchernoff y no conmovido por la correspondencia de Marx y Engels, en 1912 — que ese material no es esencialmente completado o refutado tampoco ahora.

(2) Rjasanoff, nota 48, duda de este dato de G. Howell en *The History of the International Association* (Nin. Century, julio de 1878, pág. 19-39), duda que yo no comparto. Estaba enteramente en el espíritu de Mazzini la inspiración de tales manifestaciones no obligatorias.



(3) En la International Labour Union, a la que pertenecían algunos de los miembros más conocidos de la Internacional, sostuvo Hermann Jung el 20 de marzo de 1878 que la A. I. T. se remonta a la visita de delegados de 1862, mientras que Eccarius el 13 de marzo la hacía remontar a la simpatía por Polonia, que condujo en 1863 a una Alianza de los obreros franceses e ingleses para fines políticos y sociales (v. mi artículo: "Un eco olvidado de la Internacional: The International Labour Union (Londres, 1877-78)" en *Archiv f. d. Gesch. d. Soz.*, IX, pág. 134-145; 1919).

(4) Rjasanoff, a quien tomo el pasaje del *Time*, da los nombres en ruso, pero en texto inglés Cremer, J. Eglinton y Odger (*Arch.* I, pág. 135 y nota 121).

(5) Por Fribourg, 1871, pág. 10, se conoce además el nombre de Cohadon, conocido del movimiento cooperativista.

(6) Un fugitivo revolucionario que firmó por ejemplo la publicación ruidosa de Félix Pyat, *lettre à le Reine d'Angleterre*, firmada "le comité de la Commune révolutionnaire, Félix Pyat, Rougée, G. Jourdain, Londres, 22 de septiembre de 1855, 15 págs. 16".

(7) F. D. Lardoux, refugiado, propietario de un pequeño restaurant en 4 Old Compton Street, Soho; muerto el 22 de mayo de 1866 (v. Le Lubez en *The Commonwealth*, 26 de mayo y 2 de junio de 1866).

(8) Un refugiado sobre el que "*Le cas de M. J. B. Bocquet*" de Jules Dumesnil (París, sin fecha; 1884) contiene noticias biográficas.

(9) Así se testimonia de tres deliberaciones: 1. en una house public después del mitin en Long Acre, tal vez la Freemason's Arms; 2. el día próximo en casa de Lardoux, Old Compton Street; 3. la noche próxima en Bell Inn, Old Bailey, otra comarca de la ciudad (según Eccarius); — una primera deliberación, debates durante el día y una sesión donde se tomaron resoluciones por la noche, una conducta muy probable. — En el mitin tomaron parte también una delegación polaca y el refugiado del Palatinado de 1849, Wilhelm Weber como orador, este último un socialista que cayó en agudo conflicto pronto con Marx.

(10) Estas palabras demuestran de nuevo que los franceses habían puesto eso en primer plano, mientras que los ingleses pensaban ante todo en acuerdos contra la concurrencia obrera extranjera e idénticos problemas de intereses obreros.

(11) Henri Lefort (1835-1917) era un hombre de confianza de las grandezas republicanas, hacia los que, entonces su verdadero objetivo, trataba de llevar a los obreros, en pro de los cuales se agitaba mucho entonces el bonapartismo. Por eso se manifestaron algo propicios Delescluze y otros enemigos del socialismo a la candidatura obrera; v. también la carta de Etienne Arago a F. D. Bancel, 14 de marzo de 1864 (Tchernoff, 1906, pág. 409). — Naturalmente Tolain penetró esa política y remó entre bonapartistas y republicanos con habilidad personal, pero, como lo evidencia su evolución ulterior, sin verdadera firmeza de carácter.

(12) Esto está inhábilmente expresado y refleja también la propia vanidad de Lefort y de Le Lubez. Objetivamente significa que Lefort vió probablemente que todo el asunto, esa correspondencia con tantos meses de intervalo se tomaba demasiado amortiguadamente y que la buena idea necesitaba una personalidad activa para llevarla adelante, y tal personalidad era para él Le Lubez, procedente de Normandía, crecido en Jersey y conocedor del inglés y del francés; lo había conocido en Jersey siendo refugiado; allí, en el círculo de Pierre Leroux, de Philippe Fauré (v. su *Journal de un Combattant de Février*, Jersey 1859, VII, II, 256 págs., 8.º y sobre él *La Revolution* de 1848, N.º 17, 1907, pág. 308-329) se hizo socialista y era, según su naturaleza, muy activo o estaba muy ocupado en Londres en los círculos socialistas,

republicanos, librepensadores y en la logia masónica radical La Concorde.

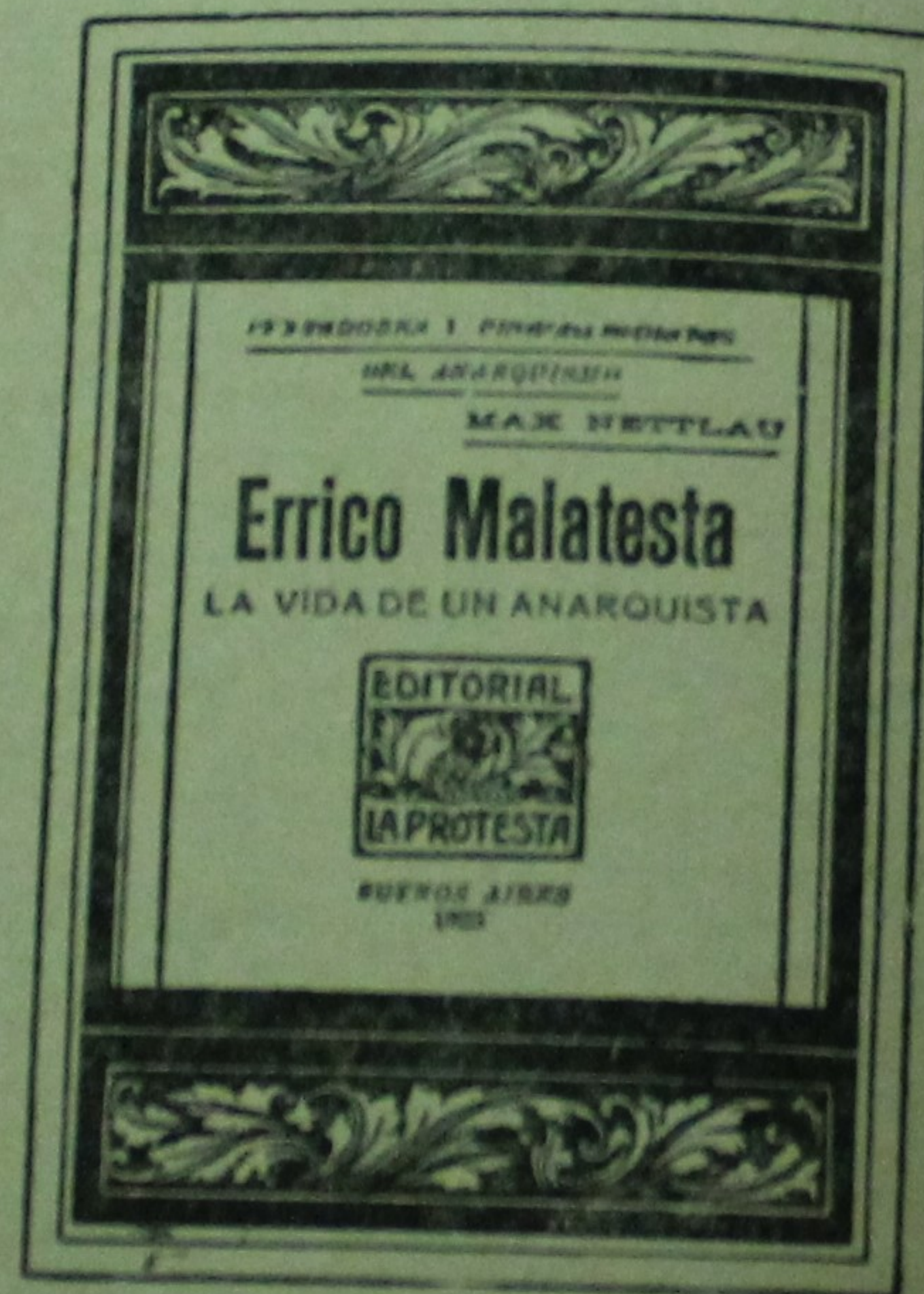
(13) Este juicio no es demasiado duro; Potter era un político de negocios, a quien Odger, Cremer y sus compañeros tuvieron que sacar entonces de su posición paralizadora del movimiento sindical; v. Rjasanoff, pág. 140-2 — Esto demuestra que Tolain entonces estaba muy indiferentemente informado todavía, y que en Londres todo el trabajo estaba por hacer.

(14) Las logias masónicas, Grande Loge des Philadelphes y la Concorde, que a causa de su no reconocimiento de dios no fueron reconocidas por la gran logia inglesa, contaban entonces como miembros socialistas de los diversos países y por ellas o por el consejo de sus miembros conquistó Le Lubez los miembros socialistas del futuro consejo central de la Internacional, un núcleo de socialistas convencidos que contrapesaron al trade-unionismo y al demócratismo apenas socialista o nada socialista de la mayor parte de los miembros ingleses.

(15) Está impreso en *Bechive*, 22 de octubre de 1864 (también en Rjasanoff, pág. 159-61). Constata cuanto llama la atención a los franceses en Inglaterra la libertad, a los ingleses en Francia la igualdad; pero... ¿Qué es la libertad sin la igualdad? Un cuerpo sin alma o un alma sin cuerpo"...

(16) Su nombre se encuentra ya en un manuscrito inglés intitulado "Programa", que establece exactamente la sucesión de los oradores, de los coros de canto, etc. A su dorso lo escribió por Le Lubez sobre la forma de organización. He citado el documento en *Dok. d. Soz.* v. pág. 328; demuestra la organización estricta del St. Martin's Hall Meeting, en donde no se había dejado nada al azar o a alguna iniciativa.

(17) También F. Lessner cuenta que la Sociedad obrera alemana fué invitada por los ingleses que deseaban que fuese Marx también; la Sociedad envió a Lessner a casa de Marx, y Lessner dió a Marx algunas informaciones y entonces éste se mostró dispuesto a visitar el mitin (*Deutsche Worte*, Viena, abril de 1898, pág. 156).



Un volumen en rústica . . . \$ 1.20  
Encuadernado en tela . . . „ 3.50

PAUL GILLE

## Notas sobre la cultura moral en la escuela

### NOTA III. — SABER VIVIR Y DOCTRINARISMO MORAL (1)

Tengo el sentimiento de deber decir que no podría, por mi parte, asociarme a los puntos de vista expuestos por el señor Daumers en el manifiesto que nos propone como resumen de todas las opiniones emitidas y defendidas aquí. Estoy apenado al tener que contrariar a alguien a quien estimo. Pero estos puntos de vista no cuadran de ningún modo en las que han dictado las notas que he vertido en los debates. Me es, pues, imposible lealmente suscribir las, ni siquiera de un modo tácito.

El *solidarismo*, en que se inspira el señor Daumers, ha sido el objeto de numerosas críticas bien fundadas. No quiero citar más que las formuladas por C. Bouglé en su juiciosa obra *Solidarisme et libéralisme* y las que le ha hecho el malogrado B. Jacob en el capítulo que consagra bajo el título *Justice et solidarité* en su notable volumen intitulado *Devoirs*. Esos dos exámenes de la cuestión por espíritus avisados y de buen sentido son ampliamente suficientes para motrar hasta la evidencia los defectos del sistema.

"¡Solidaridad universal!... ¿Debo, pues, ser solidario de toda la naturaleza?", objetaba un día un individualista, cayendo en el exceso opuesto. En efecto, ¿haremos como el budhista que, en nombre de esa solidaridad sincretizada, respeta su gusano? ¿Respetaremos también al tigre que quiere comernos? ¿al bandido que nos asalte? ¿al microbio que ataque nuestra vida?... No, no confundamos. No confundamos con el sincretismo budhico y la inconsciencia infantil, ésto y aquéllo. No confundamos la solidaridad natural, la solidaridad de hecho, la unidad de la naturaleza del mundo, y el deber — condicional — de solidaridad; y no olvidemos que la solidaridad sin justicia, la solidaridad ciega, no es más que la estupidez con frecuencia malhechora y condenable!

En una palabra, sin buscar principios absolutos — que son siempre falsos, porque son absolutos — sin apegarnos a un sistema que sería siempre erróneo porque sería simplista, — apliquémonos, como se decía aquí el otro día, a destacar y a definir "el tipo del hombre honesto en el siglo XX", o mejor, diría por mi parte, el tipo del hombre realizado.

Ese tipo, una vez más, ese tipo del hombre realiza-

do — que se me excuse la insistencia — es la antropología sintética la que nos lo proporcionará.

### NOTA IV.

(Nota depositada por Paul Gille en la reunión del 22 de junio de 1918).

Antes de despedirme de nuestro grupo por un tiempo sin duda bastante largo — porque a mi regreso nuestras sesiones estarán suspendidas por las vacaciones — quisiera, dadas las observaciones que se hicieron con motivo de las comunicaciones que tuve el placer de depositar aquí, agregar algunas precisiones a la exposición, forzosamente incompleta y sumaria, de las dos ideas maestras a las cuales me he referido. Sé bien que nuestro colega Bouché, exigiendo la prioridad, ha declarado, con una hermosa energía, que se oponía a toda discusión que calificaba de "doctrinal", en tanto que su trabajo no haya sido examinado. Pero quiero creer que mi comunicación es con mucho anterior a la suya (puesto que data de hace más de dos años) y pienso que esa sola observación bastará para apaciguar su legítima susceptibilidad y para hacerle aceptar como justificada y oportuna esta nota explicativa.

Procedamos por orden:

#### 1. — Lo que hay que entender por enseñanza de la antropología sintética.

El señor Bouché, precisamente, decía en nuestra última sesión que, para él, no había diferencia entre lo que yo llamaba "antropología" y lo que él y otros llaman "psicología": ¡dos palabras para una misma cosa!

¡Y bien! — que el señor Bouché me perdone — ese es un error. La psicología no es más que un capítulo accesorio de la antropología sintética (y es preciso además que se trate de psicología humana). Lo que importa dar al niño, al hombre, es el sentimiento esclarecido, el sentimiento fundado de su dignidad de hombre, es decir, — si no queremos caer en la fantasía metafísica y en la doctrina pura, si no queremos hundirnos en el dogma laico, — un conocimiento suficiente del porvenir de su especie, de su propia historia natural, de su naturaleza profunda y de sus virtualidades psicológicas, a fin de



que tome de ella la conciencia de su nobleza nativa y la altivez justificada de un ideal vigoroso.

Lo que yo entiendo así por antropología sintética — lo que he dicho ya antes de que el señor Bouché formase parte de nuestro grupo, — es, según la etimología de la palabra, la ciencia del hombre, el estudio de la naturaleza humana, — de la naturaleza humana en su desarrollo, porque no hay "naturaleza" inmutable, esencia en sí. Y he citado, para fijar las ideas (sin más) al respecto, el libro de Büchner, *El hombre según la ciencia*, el opúsculo de mi eminente amigo Sergi, director del Museo de antropología de Roma, etc., etc.

Esto respecto de mi primera proposición, de mi primer voto. Pasemos ahora a mi segundo voto, que es su complemento, su consecuencia.

## 2. — La cultura del saber vivir.

Ante todo ¿por qué ese término "saber vivir" que tiene, se nos dice, un vago contenido de hipocresía y de remilgos mundanos? Porque no hay otro que diga bien lo que él quiere decir. No porque la mayoría de las gentes ignore la lengua que emplean y falseen el valor de las palabras de que se sirve, debemos renunciar a emplear esos vocablos, a utilizar esa lengua, en su sentido verdadero y profundo. La palabra "saber vivir" tiene un sentido preciso, un sentido etimológico y lógico, un sentido consagrado que ninguna otra palabra, que ningún otro vocablo traucirá.

Se tiene la expresión "el arte de vivir", que le es próxima. Pero implica ya un espíritu más complicado, más estudiado, un sentido más consciente, más querido, y el matiz que las separa es notable.

¿Diremos "cortesía"? Pero esta palabra no engloba más que una parte restringida del dominio de la conducta; y además, en ese dominio especial de las relaciones interhumanas, su estrechez de sentido no justifica la palabra de La Bruyère: "cortés y frío como el mármol".

No, en una lengua bien organizada, bien evolucionada, bien diferenciada y afinada, como es nuestra admirable lengua francesa, a la vez tan rica y tan matizada, no existen sinónimos verdaderos; no hay más que analogías, parentescos, y una palabra no sustituye nunca exactamente a otra.

Dicho esto, ¿cuál es el alcance del punto de vista propuesto?

Ante todo, toma al niño desde la cuna para seguirle hasta su mayoría de hombre. Realiza la unidad de la educación, liga las etapas, los capítulos, los procedimientos particulares y momentáneos, en una concepción sintética, orgánica, en una idea de con-

junto, fuera de todo dogma, fuera de todo sistema, siempre dogmático.

Da al problema su verdadero aspecto: un aspecto simple — y práctico. Descarta todos los vanos raciocinios metafísicos, todo el vano vocabulario de las grandes palabras vacías, toda la fraseología malhechora, nefasta, que embrolla y oscurece pomposamente los problemas más claros.

Indica la forma a dar a la acción educadora, a la acción moralizadora, desde el comienzo, desde la primera edad. Y esa forma, lecciones de saber vivir — será, no capital, para quien sepa dedicarse a ella, de naturaleza como para interesar al niño fisiológicamente, por decirlo así, en su sentimiento natural de dignidad, de altivez, en su amor propio instructivo y legítimo, en su deseo íntimo de nobleza y de superioridad. No capital, lo repito, y piedra de toque de su valor pedagógico.

Esa es toda la moral, toda la moral práctica, libre de todas las monstruosidades sobreañadidas, limpia de toda la ganga de las locuras seculares que encierra esa palabrita tan sencilla, tan al alcance de todos, de "saber vivir". ¿No implica, no indica, para el espíritu más oscuro como para el filósofo y el naturalista más avisado, los deberes de la sociabilidad, el altruismo, la preocupación por los otros, al mismo tiempo que el respeto a uno mismo, es decir, toda la gama de los deberes del hombre digno del nombre de hombre?

Me acuerdo en todo caso que, por mi parte, de las "lecciones de cortesía" de mi infancia, me ha quedado grabado en el espíritu este doble principio que está en la base de toda moral sensata:

No hagas a otro lo que no quieras que se te haga.  
Haz a otro lo que quieras que se te haga.

## CONCLUSIONES

El método catequético, el método a priori, que conviene a la moral teológica, — autoritaria y terrista, — como a toda moral dogmática, no conviene a la moral de la dignidad humana, moral natural y orgánica, psicológica, no impuesta.

Porque no se trata de enseñar la moral — sin eficacia práctica, — sino de formar efectivamente el carácter, el espíritu, el alma, — es decir la moral.

No es, pues, una simple cuestión de instrucción religiosa en cuanto a las voluntades divinas, ni de dogmatismo, cualquiera que sea, es el arte mismo de la educación lo que está en juego, para los espíritus emancipados, y la cuestión del método se plantea como un problema científico, como un problema psicológico en toda su complejidad.

La idea de dios, la imagen hipnótica de la divinidad, es el punto de apoyo, el núcleo orgánico, el principio vivificante de toda la disciplina religiosa,

que saca de él su unidad y su fuerza. ¿Por qué realidad reemplazaremos nosotros esa ilusión? ¿De dónde sacaremos la idea madre, la idea viviente, de dónde sacaremos las imágenes motrices indispensables a una disciplina efectiva, a una moral que no sea letra muerta o palabra vana? No puede ser más que de la antropología, de la historia natural del hombre, de la ciencia reveladora de la dignidad humana. Recordemos aquí las palabras de Feuerbach: "Dios ha sido mi primer pensamiento; la razón, mi segundo; el hombre, mi tercero y último".

Sustitución de las teologías y del doctrinarismo moral por la antropología, tal es, pues, para los no creyentes, el objeto a alcanzar ante todo.

Se trata, pues, de crear una enseñanza antropológica, que será para los librepensadores conscientes, lo que el curso de religión es para los creyentes. El "catecismo", será el manual de antropología apropiado a la edad de los alumnos.

Ese curso de antropología coronará naturalmente los cursos de historia natural. Su puesto está indicado allí.

Será la enseñanza moral por excelencia. Obrará

por inducción, según el método científico — y no por el método dogmático. Dará al niño el sentimiento primero, después la conciencia cada vez más clara de la dignidad humana, de su propia dignidad de hombre. ¿Y no es esa la esencia, el alma de toda la moral humana?

El dogmatismo, en efecto, reducido a sí mismo, es siempre estéril. La moral no se enseña, se sugiere. ¿No es la mejor prueba de ello el terrorismo religioso?

El método inductivo se impone, pues. El todo es adquirir conciencia de él y aplicarlo conscientemente, integralmente — de modo que al lado y por encima de las mil pequeñas inducciones ocasionales de la experiencia cotidiana, al lado y por encima de las mil sugerencias dispersas de la lectura, de la imagen y del ejemplo vivido o relatado, se coloque la inducción sintética, la inducción científica que, al coordinar el conjunto dará al niño, con la plena conciencia de su dignidad de hombre, la brújula moral indispensable a la dirección de su vida.

(1) Véase el número 302, págs. 143-45.

EDUARDO MILANO

# EL PRIMER PASO HACIA LA ANARQUIA

## IV

## EL CAPITAL

"El primer hombre que circundó de obstáculos la tierra y dijo: esto es mío, destruyó la propiedad común y creó la propiedad individual, es decir el capital.

Antiguamente, el capital era el rey absoluto, dueño de vida de los propios súbditos, era el feudatario, el príncipe, el barón, el clero.

Con la revolución francesa (1789) el gobierno — es decir el monopolio de la libertad y de la riqueza, habiendo pasado del clero y de la nobleza a la burguesía, el capital de entonces en adelante se convirtió en la burguesía misma.

Bancarroteros millonarios, empresarios, activos industriales y comerciantes, degolladores, ministros de Estado, presidentes de república, rentistas parásitos, sacerdotes, reyes, papas, etc. he ahí el capital, monstruo horrible de cien cabezas, que vive bajo la égida del gobierno consustancial suyo.

En toda cara del capital, de este vampiro, que absorbe la sangre del mísero trabajador, están reflejados: el robo, la avaricia, la mentira, la hipocresía,

la concupiscencia, y el que sepa más que lo agregue sin temor a exageración.

Hemos visto que el capital, después de la revolución, acentuó poco a poco, día por día, su fuerza y apetito.

Para darnos una idea de la potencia a que se ha elevado en tan breve tiempo, no tenemos más que pensar en las millares de naves que surcan a sus órdenes los mares, en la red intrincadísima de los ferrocarriles que cubre el globo, en los almacenes, en los Bancos innumerables que rebosan de mercaderías y de oro. No tenemos más que pensar en los millones de obreros que para obtener de él, que lo posee todo, un pedazo de pan negro, son obligados a sudar sangre, en los puertos de mar, en las fábricas, en los campos, en las minas.

Oye, trabajador.

Es él quien redujo la fábrica a un verdadero reclusorio, donde el largo y pesado trabajo te causa vértigos, donde las multas te diezman el salario cotidiano.

Es él quien con la creciente aplicación de las máquinas explota la fuerza física e intelectual de los niños y de las mujeres; engendra la superabundancia de producción, y con la superabundancia de produc-



ción las crisis violentas, el número siempre creciente de desocupados.

Es él quien en las grandes empresas — como por ejemplo: corte de istmos, perforaciones de montañas, bonificaciones de terrenos, construcción de ferrocarriles, de canales — acepta millares de infelices, familias enteras; los explota en pocos meses, embolsa centenares de millares de pesos y, terminada la obra, los abandona despiadadamente en regiones inhospitalarias, desiertas, que carecen de medios de repatriación, desesperados.

Es él quien, abusando del crédito, se entrega a especulaciones bancarias desastrosas, urde a sangre fría fraudes dolosos, devorando el ahorro hecho por tí sobre lo más necesario, ahorro que le confiaste para tener una defensa contra el fantasma — horrible para el hombre — del hospital, donde están contados los días, donde se muere de zozobra, lejos de los parientes y de los amigos.

Es él quien con el monopolio, a cambio de dinero contante, acapara los productos del suelo desde la época de la siembra, de la floración y los hace encarecer robando el céntimo a tu comida ya insuficiente.

Es él quien, cuando estás reducido a la última estrechez, se te presenta con cara compasiva y grita: "Heme aquí, te concedo crédito para ayudarte". ¡Crédito! está escrito en las bancas agrícolas, en las casas de empeño, en los negocios...

Es el capital, la usura, en indumentaria de caridad que, aprovechando tus penurias, va a robarte los últimos bocados con bello aspecto, que halla modo de devorar tu salario, la quincena, antes aún de que la hayas ganado!

Trabajador ¿estás en la flor de la juventud, de la inteligencia, de la fuerza?

El, el capital, monstruo sin corazón, te dará la preferencia entre los millares de desocupados, compensará tu trabajo diario con algún céntimo, con algún peso más. Pero no creas que cesa de perseguirte hasta el extremo.

El mismo que ha inventado la moda, se presentará a tí bajo la forma de bagatelas que lisonjearán infaliblemente tu vanidad... Con mil diabólicos artificios, tratará de encender en tí la pasión del juego, del vino, de las mujeres...

Eres joven, inexperto... el ejemplo que viene de lo alto ejercerá sobre tí una irresistible fascinación... caerás en el vicio, en el embrutecimiento, en el crimen... y cuando haya explotado todo lo que había de bueno en tí, se librará fácilmente del estorbo enviándote al presidio.

Hasta los alimentos de primera necesidad ha conseguido envenenarte con fines de lucro.

Vé sin embargo cómo sabe el capital deslumbrar. Ve con obras públicas maravillosas, espléndidas; ¡pobre trabajador! Fueron cimentadas con tus sudores, con tu sangre tales obras y están ahí como un insulto a tu inmensa miseria.

Las comodidades de la vida civilizada, las ventajas de las invenciones, los progresos del arte y de la ciencia son letra muerta para tí. Sometido al capital, cuando tienes la suerte de hallar empleo, debes trabajar por un salario que a menudo no basta para satisfacer el hambre tuya y de tu familia; por un salario que no basta para defenderte de los rigores del frío en el invierno, de los calores del estío; por un salario que te deja con la perspectiva de una vejez todavía más mísera, si es que el trabajo, superior a tus fuerzas, no te aplasta a medio camino.

¡Y no hay salida! O someterse a su tiranía o morir más pronto de inanición.

El que es pobre es esclavo.

Tampoco nosotros tenemos nada, dicen ciertos capitalistas, y a fuerza de actividad, de constancia y de sacrificios, hemos conseguido recoger algo.

Esos deberían decir que gracias al derecho de propiedad individual, a fuerza de actividad, de constancia, de sacrificios y también quizás de un poco de suerte y de delincuencia, han conseguido ascender en las filas de los privilegiados; y ahora, ellos que saben por experiencia cuán amargo es el pan del trabajador, ellos que antes, en la condición de proletarios, gritaban contra la infamia, contra la injusticia, cegados por el egoísmo brutal que sofoca todo más noble sentimiento humano, quisieran explotar en santa paz a sus viejos compañeros de miseria!

El derecho de propiedad individual, infame derecho, consagrado por centenares de generaciones de privilegiados; fruto de la usurpación del derecho común, el capital. He ahí la razón principal de las horribles desgracias que desde hacen millares de años hacen infeliz la existencia del género humano!

La abolición de la propiedad individual, el comunismo anárquico: he ahí el principio de la verdadera igualdad social, del verdadero bienestar.

## LAS MAQUINAS

La invención de las máquinas y su adopción en la producción industrial y agrícola ¿es un bien o un mal?

Las máquinas son un gran mal para el obrero mientras sean propiedad del capitalista, en cuyo caso son un auxiliar potentísimo de explotación y la razón principal, incluso única, de la superabundancia de producción, del número siempre creciente de los desocupados y de la consiguiente reducción de los salarios.

Supongamos, por ejemplo, que el capitalista Tizio tiene 150 obreros empleados en el propio establecimiento.

¿Se inventa una máquina o se perfecciona?

Con la aplicación de dicha máquina, Tizio puede

hacer el mismo trabajo que antes con sólo 100 obreros y en consecuencia encuentra la conveniencia de adoptar la máquina y de mandar a paseo a 50 obreros.

Eso es lo que ocurre precisamente a cada invención o perfeccionamiento de máquinas, y repetimos, eso hace que cada día decrezca la superabundancia de producción, el número de los desocupados, mientras disminuyen los jornales.

Las máquinas no funcionarán a beneficio total del obrero hasta que no sean declaradas propiedad común junto a las otras riquezas; y esto debe suceder inevitablemente en tanto que ellas, como productos de millares de ingenios que ilustraron los siglos pasados, son por derecho capital colectivo hereditario, en cuyos frutos deben participar los hombres todos indistintamente, capital explotado hoy por unos pocos privilegiados en daño de los desheredados innumerables.

"¡Todo pertenece con buena razón a todos! Todas las riquezas acumuladas son el producto del trabajo de todos, de la actual generación y de todas las precedentes. Esta casa en que estamos reunidos en este momento, tiene valor sólo porque está en París, esa soberbia ciudad, donde los trabajadores de veinte generaciones han ido sobreponiéndose. Transportada a las nieves de Siberia y su valor será casi nulo. Esta máquina que habéis inventado y patentado, lleva consigo la inteligencia de cinco o seis generaciones; no tiene valor más que como parte de este inmenso todo que nosotros llamamos industria del siglo XIX. Transportad vuestra máquina en medio de los papuas de Nueva Guinea y allí su valor será nulo. Este libro, en fin, esta obra de ingenio que habéis hecho, os desafiamos, genio de nuestro siglo, a decir cuál es la parte de vuestra inteligencia en vuestras soberbias deducciones.

¿Los hechos?

Una generación entera ha trabajado por acumularlos.

¿Las ideas?

Puede ser la locomotora que surca los campos la que os las ha sugerido.

¿La belleza de la forma?

Si es admirando tanto la Venus de Milo, o la obra de Murillo, como la habéis encontrado. Y si vuestro libro ejerce alguna influencia sobre nosotros es gracias al conjunto de nuestra civilización.

¡Todo es nuestro! Y desafiamos a cualquiera que sea capaz de decirnos la parte que corresponde a cada uno en las riquezas. He aquí una inmensa fábrica que ha creado el siglo XIX; he aquí millones de esclavos de hierro que nosotros llamamos máquinas y que pulen y sierran, tejen e hilan por nosotros, que descomponen y componen la materia prima y hacen las maravillas de nuestra época.

Nadie tiene el derecho a apropiarse ninguna de esas máquinas y a decir a los demás: ¡esto es mío! Si queréis serviros de esta máquina para producir, me pagaréis un tributo sobre todo lo que produzcáis; como el señor de la edad media no tenía el derecho de decir al agricultor: esta colina y este prado son míos, y me pagarás un tributo por cada gavilla de trigo, por cada montón de heno que recojas.

¡Todo es nuestro! como el hombre y la mujer aportan su cuota de trabajo, para producir los objetos necesarios; tienen derecho a su cuota de todo lo que se haya producido por todos" (Kropotkin).

¡Todo es nuestro! ¡todo es de todos! y no está lejano el día en que las máquinas junto con las ri-

quezas naturales, industriales, artísticas, literarias y científicas sean declaradas propiedad común.

Aquel día los obreros libres saludarán la máquina como amiga dócil y fuerte que viene a aliviar sus fatigas.

Inmensos son los beneficios que en el comunismo anárquico aportará la amplia aplicación de las máquinas en la industria y en la agricultura.

¿Veis esa cadena de rejas de arado que una máquina gigantesca a vapor arrastra a través de los campos desolados? El mismo mecanismo transporta a un tiempo los hombres, los instrumentos aratorios y las semillas; y más tarde, cuando la mies está madura, volverá a pasar para segarla, recogerla y transportarla al granero, donde otras máquinas movidas igualmente a vapor, reemplazan el trillo y la criba abandonados para siempre... En una agricultura así ¿qué es lo que llega a ser el pequeño campesino que trabaja con la azada, y el trabajador del arado tradicional, con todos sus viejos arneses y sus métodos usados desde la antigüedad greco-romana y desde el Egipto de los faraones? Han ido a sumarse al carretero sustituido por los ferrocarriles, al correo suprimido por la electricidad... el farolero expulsado por el gas; el aguatero abolido por el sistema de pozos artesianos, de acueductos, de tubos y de robinetes que hoy se encargan de distribuir el agua a una gran ciudad" (Informe presentado en un congreso internacional. Tomado del opúsculo: *Ideas sobre la organización social*, de James Guillaume).

En el comunismo anárquico será tal y tanta la producción industrial y agrícola con motivo de la amplia aplicación de las máquinas, de su continuo perfeccionamiento y de su invención, del cultivo racional y del aumento de los brazos, que los obreros, trabajando pocas horas al día, tendrán con qué satisfacer ampliamente todas las necesidades, es decir gozarán de todas las comodidades de la vida que hoy son privilegio de una minoría de explotadores.

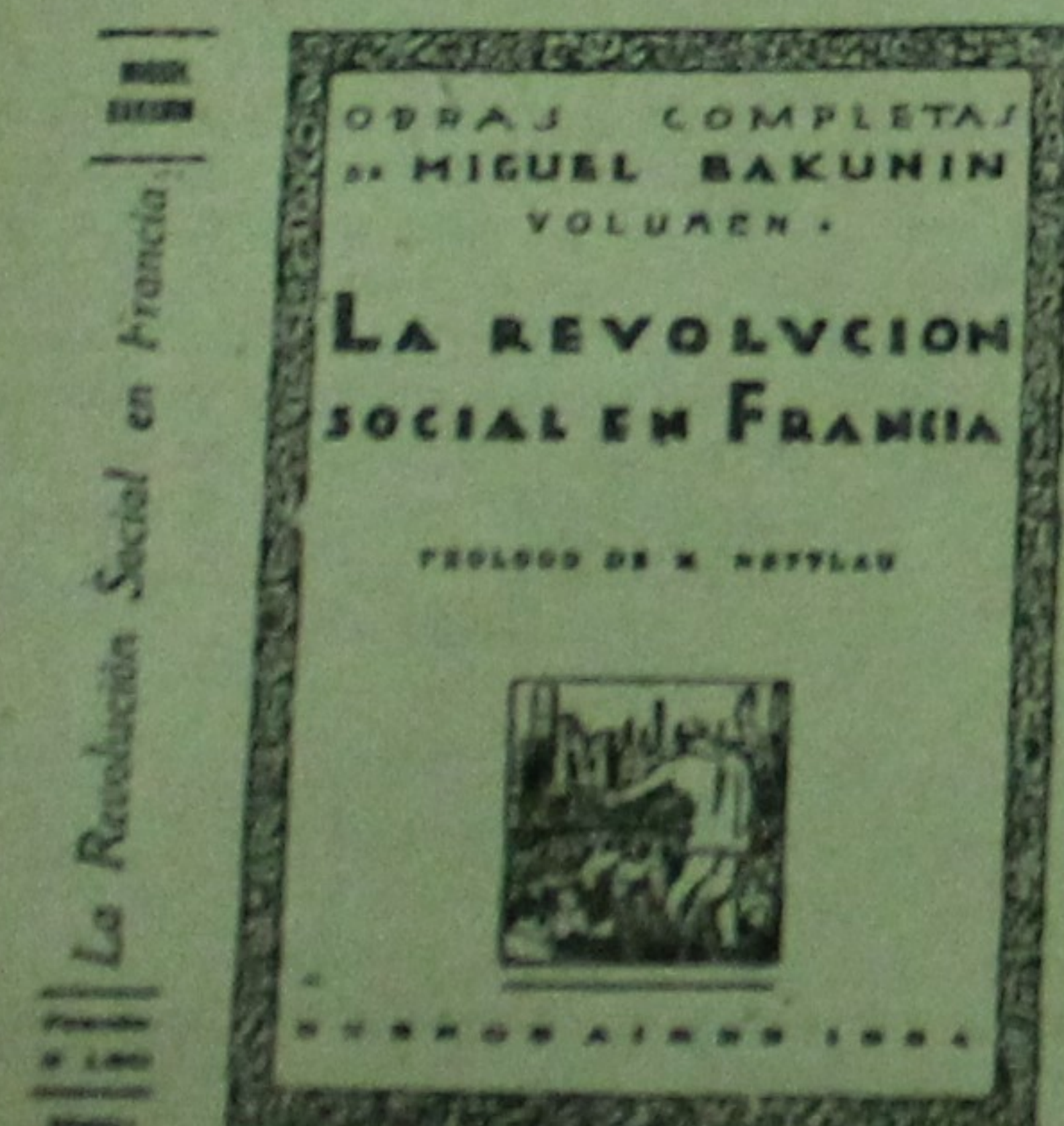
## LA PATRIA

"El primer hombre que puso cerco a la tierra", que construyó allí una cabaña; el primer hombre que raptó una mujer y dijo: este pedazo de tierra, esta cabaña y esta mujer son míos, aquél creó la propiedad individual y la familia y con ellas echó el germen funesto del sentimiento de patria, sentimiento que está ligado íntimamente a la idea de posesión y de dominio.

Como natural consecuencia de la diferencia de intereses, del egoísmo y del odio, surgidos con la propiedad individual, diversas familias hallaron bien pronto la conveniencia, la necesidad de unirse, de elegir un jefe que les guiase en la lucha de conquista contra otras familias igualmente asociadas. Así nació la tribu y a ella se extendió el sentimiento de patria.

Ocurre del mismo modo que los jefes de tribu, y con ellos un cierto número de privilegiados, sacerdotes, etc. olvidaron bien pronto los intereses de los súbditos, para no pensar más que en los propios. La sed de dominación y de riqueza creció en ellos desmesuradamente, hicieron guerras continuas a sus rivales y a medida que creció el dominio se proclamaron reyes, emperadores...

Desde entonces en adelante la palabra patria significó casi exclusivamente los intereses particulares de los gobernantes y de las clases privilegiadas co-interesadas suyas: interés funesto que engendró entre ellos la envidia, el odio, la sed siempre creciente



Un tomo en rústica, \$ 1.50  
Encuadernado en tela \$ 3.50



de dominación y de riqueza. Desde entonces en adelante los ciudadanos de las diversas comunas, de las diversas naciones, embriagados de patriotismo, se vienen degollando alegremente con el beneplácito de sus tiranos.

Eterno y fatal error de los pueblos el de creer que tienen comunidad de intereses con aquellos que los oprimen y los explotan.

Cuando veo sobre una bandera, sobre una moneda, un escudo encima del cual hay una corona real, rodeado de lanzas, espadas, cañones, pienso con espanto en las miserias, en las lágrimas, en la sangre del pueblo que costaron las gemas (en el sentido figurado de provincia) que adornan las coronas de reyes y emperadores.

La misma reflexión me hago cuando, en lugar del escudo real, veo el gorro frigio.

¿Las guerras de independencia, de unidad? — objetan algunos.

Preguntemos esto a los mártires ignorados de las derrotas, a los moribundos de pelagra, a los emigrantes, cuánto les beneficiaron esas guerras.

La patria, hoy es más que nunca el capital que tiraniza, que explota y que condena al hambre en el campo político y económico. En loor de la patria: el tributo de sangre, las guerras horribles, la miseria negra, el número siempre creciente de los suicidios, el aullido desgarrante de las pieles hambrientas.

¡Todo en loor suyo!

Sin embargo, en las escuelas, en los teatros, en los banquetes, en los periódicos, en los libros, en las iglesias, en todas partes veo hacer propaganda de patriotismo.

¡Patria, patria! gritan incesantemente, los señores burgueses de todos los colores, de todas las creencias. Ahora bien, tened presente que os engañan, trabajadores. No los creáis! La patria son ellos mismos, ellos, los hipócritas, los jesuitas modernos.

Interrogad en cambio la voz de la conciencia, escuchad los nobles sentimientos del corazón, y os dirán que vuestra patria es el mundo.

La ley moral natural ¿no nos dice en efecto que somos hermanos? La naturaleza, esta nuestra madre común, ¿no nos trata como tales? Por donde quiera que vamos ¿no encontramos su encantadora sonrisa? ¿Y quién no sabe en lo sucesivo que los infinitos males que pesan sobre el género humano proceden justamente de la transgresión de sus leyes, entre la que ocupa el primer puesto la del amor?

¡Patria! Cesó tu pretendida razón de existir desde que el pico del minero perforó las barreras de granito, desde el día que la nave a vapor, que tanto abrevia el tiempo y las distancias, desafiando las furias del océano, aproximó los hombres de las más lejanas regiones!

Desde aquel día, gracias también al correo, al telégrafo y a la prensa, el internacionalismo de las ideas, de la ciencia, del arte, de las necesidades, de los gustos y de los hábitos, impuso a los hombres el deber de fraternidad universal.

Y los desheredados, los rechazados, los oprimidos, aquellos que los señores burgueses se complacen en llamar *malhechores*, los anarquistas, queremos decir, no fueron insensibles a la voz imperiosa del corazón.

¿Quién no recuerda el primero de mayo de 1890? ¿Quién no ha llorado de consuelo ante el espectáculo sublime, presentado por los desheredados de todo el mundo, que libres finalmente del inveterado prejuicio de patriotismo, sin distinción de raza, de lengua,

de fe religiosa, se cambiaron el beso de fraternidad universal?

Desde aquel día, ante el resplandor siniestro de las bayonetas, el amor que el pueblo alimentaba por ti, oh patria, se cambió en odio!

## EL EJERCITO

El ejército, pueblo armado, mantenido con el sudor del mismo pueblo, fué instituido por el gobierno en defensa del honor y del interés de la patria.

En mérito a la ley que establece el impuesto de sangre, el hijo del proletario, alcanzada la edad de la conscripción, parte para el regimiento donde olvidará bien pronto la profesión, donde perderá tal vez el amor al trabajo; no valen las lágrimas de los padres enfermos, privados de ayuda. ¡Ay de él si no se doblega a la ley férrea!

Puesto el pie en el umbral del cuartel, además de la libertad individual, derecho que el hombre adquiere al nacer, el conscripto debe sacrificar la propia dignidad, el amor propio y hasta la libertad de pensamiento.

Basta entonces manifestar ideas contrarias a las instituciones vigentes, discutir un orden absurdo, no doblegarse, no envilecerse bastante ante el capricho de un superior bestial, para ir a la sala de castigo, al batallón disciplinario.

El hambre, la sed, el calor, el frío, las marchas forzadas, ruinosas, la consigna, la celda de rigor están a la orden del día.

El soldado es mientras tanto instruido en el arte de matar.

¿Y contra quién deberá combatir?

No lo sabe, no lo saben sus superiores, no lo saben siquiera los gobernantes.

La nación hoy aliada a la nuestra, aquella por la cual el pueblo nutre mayores simpatías, mañana, por un motivo fútil, por un interés malentendido, por un capricho de gobernante, puede convertirse en nuestra más acérrima enemiga.

Pero he aquí que estalla la guerra.

Nunca el ejército, la gran masa de los desheredados que endosan la librea del soldado, ha sido objeto, como en estos días, de las simpatías de la burguesía.

Los periódicos burgueses todos, desde el republicano rabioso al clerical, compiten en encender en el pueblo el fanatismo patriótico. Los odios de partido desaparecen ante el interés común en peligro.

Cuántas fiestas, cuántos felices augurios en pro de los soldados que van al frente...

Por otro lado, los superiores, como gente práctica, antes de guiar al soldado al campo abierto, le explican repetidamente cómo hoy la discusión de un orden absurdo, cualquier acción de propia iniciativa, puede costarle media libra de plomo en el cráneo.

Lo sabe bien el soldado que no bromea con la disciplina férrea con que el gobierno lo somete a la más cruel, a la más infame de las tiranías, pero sin embargo nadie podrá impedirle pensar. Y piensa en efecto, que millones de pobres desheredados como él y que endosan la librea del soldado, por buenas o por malas, van a ser en breve enviados a una matanza asesina, horrenda.

Le parece sentir ya el silbar de las balas candentes; le parece ver el resplandor de las bayonetas que se entrecruzan, le parece oír el fragor ensordecedor de la artillería, los gemidos de los agonizantes, el gri-

to de los heridos que delante, al lado y detrás de él caen a millares.

Entonces su pensamiento aterrado vuela a las casas de las víctimas, donde ve a los viejos padres, a las esposas, a los niños adorados, en la más escuálida miseria, en el paroxismo de la desesperación...

¡Toda esa gracia de dios por la patria!, exclama finalmente.

¡Seguro, todo por ella! Y es por eso que gritamos con toda la fuerza de la convicción, a las turbas armadas que al mínimo signo de los superiores van a masacrarse recíprocamente:

Fuera de una vez la venda del fanatismo patriótico que os ciega y que, como a los gladiadores romanos, os induce a masacraros en beneplácito de vuestros opresores.

Queremos enriquecer la patria, decís, oh burgueses, para excusar las empresas coloniales desastrosas; queremos hacerla grande, queremos defender su honor, sus intereses. Eso significa que vuestra ambición, vuestra sed de dominación y de riquezas son inagotables.

Preguntad al obrero inglés cuánto le ha beneficiado la conquista de vastísimas posesiones hechas por el propio gobierno; pedídele, por favor, cuánto le beneficia la grandeza, la riqueza de la patria. Os conducirá a la pocilga que le sirve de habitación y allí, ante el espectáculo de la miseria condición en que se encuentra su familia, lloraréis de conmiseración. Gran riqueza, gran miseria, dice un proverbio popularísimo y modesto.

¿El honor y el interés de la patria?

Pero ¿de qué patria? ¿De aquella cuya prosperidad es anotada con premura todos los días por los boletines de la Bolsa?

¿El honor y el interés del capital, deberéis decir,

de vosotros mismos! En este caso el desheredado no tiene nada de común con vosotros; nada tiene que defender, lo tiene todo que conquistar.

¡Hipócritas, mil veces hipócritas! Estando a vuestro alcance, ¿por qué a cambio del odio no enseñáis el amor? ¿Por qué en lugar de la guerra no proclamáis la fraternidad, aquella fraternidad que significaría el fin de toda lucha política, de toda conquista?

El por qué lo adivina el buen sentido de los pueblos, los cuales, libres ya del funestísimo amor a la patria, conscientes de los inmensos beneficios que se obtendrían si todas sus energías fuesen únicamente empleadas en las luchas fecundas del progreso y del trabajo, gritan con toda la fuerza de la convicción. Vosotros, oh gobernantes, reináis únicamente sobre nuestra discordia, y es por eso que tenéis tanto interés en terneros divididos, es por eso que os hacéis ministros del odio, es por eso que ahuyentáis tanto la corriente de amor fraterno que hace palpar al unísono nuestros corazones.

¡Fuera las diversas banderas nacionales, símbolos de odio, que nos recuerdan tantas guerras fratricidas, execradas! ¡Fuera las fortalezas inmensas, fuera las selvas de bayonetas que nos impiden confundirnos en un abrazo fraterno! Impulsados por vuestra creciente sed de riqueza y de dominio ¿no nos hemos masacrado bastante aún? ¿No hemos nacido para amarnos? Y decid: ¿con qué derecho podéis impedir la consecuencia del ideal que inflama nuestro corazones de amor dulcísimo?

La fraternidad universal: he ahí la aspiración de los pueblos que, realizada, entre los tantos beneficios inmensos, nos aportará también el de la desaparición de los ejércitos, antiguas supervivencias de barbarie, instrumentos de odio y de despotismo.

## Una obra de información y de cultura revolucionaria

"La Protesta,"

Diario de la mañana

Fundado en 1897

Crítica informativa diaria.

La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos.

Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero.

Colaboradores en los diversos países.

El número suelto: 0.10 cts.

Suscripción mensual, incluso el SUPLEMENTO quincenal, \$ 2.50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A NOMBRE DE MARIANO TORRENTE: — CALLE PERÚ N.º 1537. — BUENOS AIRES — REPÚBLICA ARGENTINA

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico.

El número suelto, \$ 0.20 cts.

Suscripción trimestral, \$ 1.50. Anual, \$ 5.—

EDITORIAL

"La Protesta"

Fundada en 1922

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará. — Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.



R. MELLA

# POR LA ANARQUIA

No me propongo terciar en una polémica a la que cada parte ha llevado sus razones y sus puntos de vista, sin que nada justifique intervenciones que podrían parecer pedanterías. Quiero simplemente ahora, como otras veces, aprovechar una ocasión para exponer mis ideas; y digo más sin infulas de un personalismo aplastante y sabiendo que son las de muchos millares de hombres, cada uno de los cuales valen tanto como yo y todos juntos más que yo.

El lector puede estar tranquilo: no le serviré ideas demasiado luminosas para tiempos infantiles; nada nuevo presentaré que le maraville; ni siquiera pretenderé haber desubierto la pólvora yo solito estudiando a Darwin y Haeckel en lo que no los ha estudiado casi nadie. Mi soberbia no me llevará tan lejos.

Hablaré lisa y llanamente de la anarquía, dejando a un lado el enredo científico en que se meten los modernos candiados a dioses sin que acierten a desembarazarse del atadero que en su pobre mente pusieron lecturas absurdas cuya digestión requiere todo género de específicos auxiliares.

Pero como tenemos un sí es no es aficiones filosóficas, que también podemos tenerlas los viejos anarquistas, no entraremos en materia sin antes consignar ciertos puntos de vista que servirán de base a ulteriores afirmaciones.

Por ahora, que sepamos, esa señora encopetada que se llama ciencia no ha dado debida satisfacción a multitud de interrogaciones formuladas por la mente humana. Y como no la ha dado, parécenos muy cuerdo atenernos a lo bien conocido, hechos, series de hechos, deducciones, asociaciones de deducciones, etc., sin meternos en honduras que nos llevarían a caer de bruces en la teología de nuestros mayores o en la tontología de nuestros actuales superhombres. Un poquito de sentido común lo está pidiendo a voces el atasco de ciencia que algunos padecen. Lejos de nosotros todo contagio de tan molesta dolencia.

Démonos, pues, un rápido paseo por los dominios del conocimiento. Fuera de los hechos reales no hay más que abstracciones. Lo son no sólo el equilibrio sino también el espacio y el tiempo. Lo son el todo y la nada. De la evidencia de que algo existe, derivamos las ideas de conjunto y de no existencia. De lo finito y palpable, lo infinito. Hablamos de movimiento y todavía no podemos explicárnoslo sin algo que se mueva. La misma materia, fuerza de los fenómenos que nos revelan que algo actúa, es una mera abstracción. Fuerza, substancia, ¿no están en el mismo caso? Hablamos del átomo como cosa indivisible y estamos seguros de que más allá de esa limitación por nosotros forjada no es descomponible la materia?

No prosigamos. Fenómenos y series de fenómenos, he ahí todo. Pero ¿podríamos entendernos siquiera

sin todas esas abstracciones? Los fenómenos no se suceden obedeciendo los mandatos de la ley como si ésta fuera un ser sobrenatural que todo lo ordenara; mas nosotros los estudiamos, los agrupamos en series y a seguida deducimos y establecemos que tales fenómenos se suceden conforme a tal ritmo y tales otros conforme a tal otro ritmo. Esa es la ley y no más, pura abstracción. Sin ella, no obstante, el edificio de la ciencia se vendría abajo.

Aun vamos más lejos. La misma ciencia no es, no será nunca el conocimiento completo, cerrado de todas las cosas, no es, no será nunca el código acabado del entendimiento. Más de una vez lo hemos dicho: la ciencia, como todo, está, estará en perpetua formación. La verdad de hoy es el error de mañana; la hipótesis atrevida de un día es la gran certidumbre del siguiente. La recíproca no es dudosa. ¿Cómo, hombres que se dicen consagrados a la ciencia, osan afirmar en redondo ideas que en el momento mismo son manzanas de discordia entre sabios y profanos? ¿Cómo, aquello que no está comprobado, se erige en doctrina levantando así banderías en el pacífico campo de la investigación? ¿Se olvida que las teorías mejor establecidas, al parecer, han venido a tierra en un instante?

Cuerdo y prudente es siempre tener en cuenta que nada podemos afirmar de las cosas en sí mismas. Son sus apariencias lo único que conocemos, es decir, la manera como se nos presentan o las observamos o sentimos nosotros. Verdad que ello es nuestra realidad; pero ¿no cambian a menudo los términos de ésta? Por algo somos nosotros mismos un factor en el modo de forjarla.

Vengamos, pues, a cuentas. En la naturaleza, se dice, todo está en lucha. Mejor sería decir: en la naturaleza todo se comporta como si estuviera en lucha. Si todo está en lucha, si todas las fuerzas naturales obran y atentan contra la forma de la naturaleza entera y esto sucede en cada instante de tiempo y en todo lugar del espacio, ¿cómo en el espacio y en el tiempo, sin intermitencias ni soluciones de continuidad, persiste la resultante armónica de la existencia universal? La lucha implica destrucción continua y, si podemos afirmar que en la naturaleza todo es transformación y cambio, sería temerario aventurarse a decir que todo se destruye. La resultante de eso que se llama lucha es siempre y continuamente, en todos los órdenes de cosas, armonía, equilibrio, permanencia de vida; no destrucción, no aniquilamiento. A tener razón los agoreros de la muerte que ensalzan la vida, el universo entero habría dejado de ser tiempo ha.

Acaso se discute una palabra y nada más. Suprimido el prejuicio establecido por el uso constante de un vocablo al cual nos aferramos más que a la idea en sí, tal vez la discusión cesare, que las cosas no ocu-

rren para los sabios de distinto modo que para los simples mortales, por muy sabios que aquellos sean y por muy simples que sean estos.

No es menester detenerse a discutir si los elementos de nuestro cuerpo están en lucha o concurren por para establecer el hecho indiscutible de que ellos nos dan constituida una individualidad que es al propio tiempo una asociación, o tal vez mejor una coordinación. ¿Hay lucha entre los elementos que componen esta individualidad? ¿Hay solidaridad? Discusión de partido, de bandería, de secta. Ociosa en el dominio de la ciencia, cuya labor es investigar y afirmar solamente cuando la investigación ha tenido completo éxito. Innecesaria en el terreno de nuestro objetivo, los medios de convivencia social. Lo cierto es que en lucha o solidariamente, aquellos elementos dan una resultante que no destruye ninguno de ellos y se llama hombre y constituye una individualidad, individualidad soberana, ciertamente, al lado de millones de otras soberanías análogas.

Si hay luchas no será, en último término, sino la manifestación de vida de cada individualidad, y como en nuestro organismo, al igual que en la naturaleza entera, son a millares de millares tales manifestaciones, es necesario que para coexistir se coordinen, lo que significa que las mismas individualidades se limiten, se reduzcan su campo de acción propio, ensanchándolo al mismo tiempo por la invasión del ajeno, so pena de destrucción total. No de otro modo que coordinándose los elementos, si se quiere, en lucha, se llega a la individualidad hombre, resultante, si se quiere, también, del combate entre las individualidades que lo forman.

No es preciso hacer sendas excursiones por autores que muchas gentes se saben de memoria, para demostrar cómo el desequilibrio, en nuestras funciones o entre nuestros órganos da el predominio a la individualidad absorbente. Y no es sólo la relación de estómago a cerebro, sino de cada uno a todos y de todos a cada uno. ¿Pero no demuestran estos dominios del cerebro en el hombre dedicado al estudio, del estómago en el glotón, de los miembros inferiores en el andarín, de los brazos en el atleta, etc., que cuando falta o se debilita la coordinación de los elementos que componen el individuo hombre, la individualidad se quebranta? Luego, por brutal, por feroz que sea la lucha entre los seres vivientes, su coexistencia sería imposible, — y ella es un hecho indiscutible — sin la coordinación, sin la asociación, sin la solidaridad, en fin, de cuanto constituye la naturaleza entera.

No discutamos palabras. Los hechos lo son todo.

Para ensalzar, para *superar* esta individualidad que se llama hombre, nada más absurdo que establecer el derecho del más fuerte. Cuando el cerebro absorbe toda la savia del organismo, el organismo perece sin que, naturalmente, el cerebro escape a la catástrofe. Cuando una individualidad acapara, se apodera, roba parte de su savia, de su vida, de su individualidad a las restantes individualidades, la coordinación o asociación de los hombres perece también sin que la individualidad absorbente se salve de la general ruina.

Cada uno de nosotros no está solo en el centro del universo; cada gran parte o cada parte minúscula de la naturaleza, sea sol o sea infusorio, no es única en el concierto o en la lucha, como se quiera, de la substancia universal. ¿Combate, solidaridad? Relación infinita de infinitas relaciones es la realidad de la exis-

tencia general y de la existencia particular... Puede haber y hay, sin duda, prejuicio en aquellas interpretaciones de la existencia; no la hay en esta última.

Pues así como las relaciones universales de todos los elementos, sea la que quiera su forma aun no bien determinada, dan por resultante coordinaciones y más coordinaciones, individualidades y más individualidades, armonías y más armonías, tan fugaces como se quiera pero constantemente reproducidas, así también las relaciones de los elementos sociales, los hombres han de producir resultantes coordinadas, armónicas, tan poco permanentes como se pretenda pero siempre reproducidas al infinito, sin lo que la humanidad no podría ser considerada sino como una rara excepción dentro de la naturaleza.

Cada individualidad puede afirmarse como quiera, pero no puede librarse del contacto de las otras individualidades. En la naturaleza, como en la sociedad, las unas están constantemente en presencia de las otras, afirmándose y reduciéndose, no destruyéndose. Vivir es eso, coexistir, no aniquilarse. ¿Desdichada intelectualidad la que no acierta a ver más que lobos devorando corderos!

Si ciertas ideas sobre el combate por la existencia fueran fundadas, tendríamos que erigir en regla de vida el desequilibrio, la anormalidad, y tal hacen los metafísicos de la legua que en la plaza pública emboban al respetable público con ridículos volatines.

Sólo así puede llamarse congestión del cerebro a la libertad que mata, con los demás órganos, la individualidad entera. Sólo así puede afirmarse la belleza, de la tiranía y la fatalidad de la esclavitud. Sólo así puede decirse que el desenvolvimiento y la potencia de la individualidad está en relación inversa del desenvolvimiento y de la potencia de sus elementos componentes.

Cualquiera sutileza filosófica, por hermosa que parezca, será impotente para probar que la salud del hombre consiste en que el cerebro reviente de hartazgo mientras perecen de anemia los demás órganos que la libertad del hombre estriba en devorar a los demás hombres. Por abstracta que sea la idea de normalidad, de salud, de libertad, se nos impone en el sentido del desenvolvimiento coordinado de todos los elementos componentes de una individualidad. Lo contrario equivale a establecer que la apoplejía es el estado de salud para el cerebro, que la indigestión es el estado de salud para el estómago y que... al individuo hombre que lo parta un rayo.

Si; en general hay que considerar a todos los individuos de todas las especies como casos anormales, principalmente a los individuos de la especie hombre civilizado. Precisamente de la anormalidad reconocida de todos los individuos de todas las especies se deriva la concepción del tipo normal, del mismo modo que de la realidad conocida, de la parte, se deriva el concepto del todo; de algo, el de nada: de lo finito, el de infinito; de lo uno, lo vario. Todo existe en desequilibrio permanente, en estado anormal, sea. Pero ¿no hay siempre una resultante armónica, una tendencia invariable al equilibrio, a la normalidad, al estado de salud, mediante la que cada individuo, todos los individuos coexistentes y se desenvuelven sin anularse? Para hablar de equilibrio es preciso un estado inicial de desequilibrio anterior. Se empieza por una oposición y se acaba por una coordinación.

Es necesaria la neurosis, la impotencia cerebral de composición para no ver en la existencia más que



su lado patológico exigiendo en teoría de la vida la realidad de la muerte.

Lucha, guerra, esclavitud, tiranía, antropofagia, cantadas por hombres que presumen de ciencia y de anarquía, esas son las grandezas intelectuales que conducen a la superhombria y al manicomio. La filosofía ultrarradical se diluye en las alucinaciones del miticismo religioso. El pasado y el presente se dan la mano a través de las casas de salud.

Las relaciones, las influencias recíprocas de unos elementos respecto de otros no son la misma cosa que esclavitud y tiranía. Aquellas son el caso general, éstas el particular. Cuando tales influencias no son coordinadas, puede surgir la absorción, la tiranía; surge casi siempre. Y entonces la salud falta, la normalidad se rompe. Patología pura, quírase que no. Cuando las relaciones sociales no se libran en la armónica plenitud del desenvolvimiento de todos los componentes, la sociedad, como el hombre, enferma. Hay tiranía, hay esclavitud. Por todos los siglos de los siglos, pese a todas las teologías y a todas las metafísicas, la coexistencia de todo lo que es tendrá por condición el equilibrio, la normalidad, la salud. Póngase por delante toda la movilidad, toda la inestabilidad que se quiera; póngase por delante, a medida del deseo, lucha, desequilibrio, preponderancias y subordinaciones, sólo se es al precio del equilibrio, de la coordinación, de la armonía, de la solidaridad de cuanto existe. Si las cosas ocurrieran de otro modo, nada de lo que es sería.

Se nos habla del individuo en sí y para sí, de su única realidad. Se nos habla de su libertad interna. Pero ¿es que cabe prescindir absolutamente de los otros individuos? ¿es que la libertad interna misma, no depende, en gran parte, de las influencias infinitas de los demás individuos? ¿es que hay algo que pueda ser por sí solo? La existencia entera no es sino pura relación y cambio. No hay manera de concebirla desligada individualmente del resto de individualidades. La ciencia puede hacer y hace de hecho el estudio de un músculo, de un átomo, aisladamente. Ello es simple artificio. Para estudiar una función se empieza por prescindir de sus concomitantes. Es una facultad de nuestro entendimiento y una convención que impone el método, nada más. Pero los concomitantes están siempre presentes, estorbando la penosa investigación, llamando siempre al orden al atrevido estudiante que osa olvidarse, abstraerse de la vida de relación que bulle en derredor de su soñado individuo, con su única realidad de laboratorio.

Dejemos en paz el lado psicológico de la cuestión. Ello está muy oscuro todavía y mientras la vida nos llame con recios aldabonazos tenemos algo muy importante en que ocuparnos fuera de las sutilezas y filigranas con que quieren singularizarse los que no se acomodan a la pequeñez de su individualidad y deliran con el delirio de la grandeza, ofendidos presuntos de dioses, despreciadores de la enorme masa humana que trabaja y se afana en la estulticia, vengadora y crueles de boquilla, sanguinarios imaginativos como Jehová de guardarropia con su caja de rayos y truenos, que harían reír a medio mundo si este medio mundo no padeciera una lamentable flojedad en las extremidades inferiores por imbecilidad congénita de todo el organismo.

Quedemos, pues, en que considerado el individuo en sí mismo, es su única realidad, su dios, su todo y en que la Libertad consiste precisamente en el pleno desenvolvimiento de la individualidad. Quenemos

asimismo en que, naturalmente, como las individualidades se cuentan por millones, para que cada una se desenvuelva es necesario que entren, por así decirlo, en competencia de desarrollo y que, por fin, el principio de vida es precisamente, o lo parece, un principio de lucha, de combate, de pugilato. ¿Deducimos de aquí la fatalidad de la tiranía de unos sobre otros, la destrucción de unas individualidades por otras individualidades? Tanto valdría que mi vecino dijera: "Puesto que Fulano come todos los días buenas chuletas y se atraca de aves, peces y plantas, y los Fulanitos que tal hacen se cuentan por millones, es claro como el agua, cuando el agua no está turbia, que en el mundo no hay más principio formal que el de devorarse los unos a los otros, y desde mañana mismo me dispongo a tragarme hasta a mis congéneres, si me es necesario o se me antoja. Así engor-daré y me desarrollaré íntegramente, que es todo lo que exige mi personalidad, o dígase mi única realidad".

Glosando a Newton cuando afirma que la materia atrae a la materia, o por lo menos las cosas pasan como si se atrajeran, diremos que sí como del mundo de la materia inconsciente no podemos afirmar sino que las cosas pasan como si unas moléculas atrajeran a otras moléculas, unos planetas a otros planetas, del mundo vivo, del mundo consciente, no podemos afirmar sino que las cosas pasan como si unos elementos lucharan con otros. Mas así como en los espacios planetarios cada mundo persiste en su órbita y coexisten todos armónicamente sin que la atracción los lance unos contra otros; así como en los espacios intermoleculares cada molécula perdura en su esfera de acción sin que las unas a las otras se aniquilen, formando, por el contrario, coordinaciones superiores, organismos infinitamente variados; así también en los espacios sociales cada individualidad, todas las individualidades a un mismo tiempo, conservan su autonomía sin que la lucha las arroje al aniquilamiento mutuo. Dijérase que es precisamente la lucha lo que las conduce a la asociación, del mismo modo que la atracción conduce al equilibrio de los mundos.

Es así como en el reino animal persisten y prodigiosamente se multiplican los peces chicos que los peces grandes se comen, según el dicho vulgar. Es así como la humanidad ha podido salvar todos los despotismos y todas las tiranías. La solidaridad ha sido el gran escudo de la bárbara lucha ensalzada por los superhombres de todas las épocas.

El principio de toda existencia parece un principio de lucha. La existencia *es, de hecho*, una asociación, mil asociaciones, millares de millones de asociaciones. Existencia y coordinación son una misma cosa. La vida, podría decirse en términos algebraicos, es una función de dos principios contrarios, la lucha y la solidaridad, de los cuales conocemos el primero como apariencia y como realidad el segundo.

Cada molécula, cada planeta, cada ser viviente, plantas, animales, hombres, es para sí su todo y única realidad. Pero ninguna de esas unidades, compuestas de otras unidades, tendría realidad alguna fuera de lo que propiamente constituye la existencia, la relación coordinada, permanente y variable a un mismo tiempo, de todas las unidades cualquiera que sea su naturaleza.

Y si en el mundo de lo inconsciente, en el mundo de las plantas, en el mundo de los animales, la resultante es la solidaridad ¿qué diremos con relación

al mundo de los hombres? La *única realidad* de los Stirner y Nietzsche es pura quimera. No hay realidad fuera de la vida social. Somos porque coexistimos. Nadie, por poderoso que sea, podrá existir fuera de las relaciones que constituyen la realidad social. Cada uno es *todo* para sí, pero es *algo* para los demás. En vez de limitarse cada uno de nosotros, ensancha su esfera de acción mediante las relaciones de igual a igual. Libertad no tiene un límite en las otras libertades, tiene una ampliación. Cada individualidad es ella misma y un poco también cada una de las demás, del mismo modo que todo el elemento de la materia es algo por sí y algo más por lo que toma a los otros. Lo que está potencialmente en el ser aislado, está en presencia durante la vida de relación. Esta es la condición indispensable de todo ese desenvolvimiento.

¿Puede, ahora establecerse una completa analogía entre el mundo físico y el mundo social? Vamos despacio, que cada mundo es un escollo.

Hay en el hombre un factor principal que lo diferencia del resto; hay la conciencia. Ningún determinismo osará afirmar y menos probar que el hombre funciona ni más ni menos que como una partícula cualquiera de materia inconsciente. Por mucho que se quiera reducir el elemento voluntad, y quien dice voluntad dice libertad, de ningún modo son susceptibles de identificación el hombre y la roca. El hombre elige, compara, acepta o rechaza, o bien siguiendo la expresión empleada en otras partes de este artículo, obra como si eligiera, comparara, aceptara o rechazara. La vida social tiene para ello todos los caracteres de un concierto voluntario. No es menester ahondar más. A los efectos de buscar los mejores medios de convivencia social, lo repetimos, la parte psicológica de la cuestión no tiene gran importancia. Lo esencial es que el individuo pueda obrar como si eligiera, comparara y aceptara o rechazara libremente.

Aunque la sociedad venga dada por las condiciones generales de la existencia, carece de realidad para el individuo mientras éste no entra en relación directa o indirecta con sus análogos. El hecho de hallarse en presencia los unos de los otros, constituye por sí solo la sociedad, pero no se hace efectiva sino mediante millares de millones, de pequeños convenios para los que la libertad, toda la libertad es necesaria al hombre.

Tal es la razón fundamental de la anarquía. Libertad y solidaridad son su esencia.

Ya que de libertad hablamos, preciso será que concretemos el alcance de la palabra.

La libertad, en el sentido absoluto que se da a este vocablo, es una quimera. Cuanto existe está condicionado de tal forma que no queda espacio para el libre arbitrio. Físicamente nada puede salirse de las condiciones generales de la naturaleza y de sus condiciones propias. No cabe hacer excepción a beneficio del hombre. Aun cuando éste parece sobreponerse, a las condiciones del medio y a sus propias facultades, no hace sino acudir a un subterfugio. Surca los aires, pero no vuela. Desciende al fondo de los mares y allí respira y vive un cierto tiempo, pero encierra y lleva consigo el ambiente exterior necesario a su existencia. La libertad moral es simplemente un caso particular de la libertad física. Cada uno sólo quiere lo que puede; y, si hace lo que quiere, es porque no quiere más que lo que puede. Así la libertad no es, en todo caso, más que el esfuerzo por substraerse a condiciones

dadas en la naturaleza o en nuestro organismo. El desenvolvimiento de la personalidad implica el combate por liberarnos de todo atadero físico y moral.

Socialmente la libertad tiene análogo sentido relativo. En el mejor de los mundos, en el más libre de los estados sociales, cada uno habrá de soportar, cuando no solicitar, la presencia y la cooperación de los demás; vivirá en un medio común, por tanto, con todos los inconvenientes y cortapisas, y también con todas las ventajas de la comunidad. Aquí también el esfuerzo individual por sobrepujar determinadas condiciones, es en lo que estriba la libertad.

Pero, en tal terreno, hay que tener en cuenta algo más esencial. A los ataderos físicos, morales y sociales, ha venido a sumarse en el curso de la historia un atadero más, el atadero artificial de las instituciones autoritarias, la propiedad inclusive. Así, en ese estado actual, el individuo no sólo lucha por superar condiciones que reducen a un mínimum su libertad sino que también por destruir todo un mundo de artificios que le aplasta y le estruja. Y ese problema es verdaderamente importante y únicamente práctico. Aquellos otros habrán de resolverse teóricamente en el dominio de la ciencia, y en el de los hechos a medio del esfuerzo personal y el esfuerzo común en la continua mudanza de las costumbres, de los gustos, de las inclinaciones, de la educación, etc. Es la labor eterna de los tiempos presentes o futuros.

Mas el otro problema, el que toca a la vida real en sociedad, habrá de ser resuelto sobre la marcha por la conquista de *total la libertad de sentimiento, de pensamiento y de acción* indispensable al desenvolvimiento integral de todas las individualidades. Esta libertad real y efectiva, no la soñada y estrafalaria de los neoindividualistas, es la que entraña el socialismo anarquista.

Proclamamos, pues, la libertad toda del individuo y porque esta libertad sea un hecho para *todos* los individuos, proclamamos también la igualdad o igualdad de condiciones. Inútil fuera el derrocamiento de todas las tiranías si quedara en pie la tiranía de la riqueza para unos y la penuria para otros. Basta que la naturaleza nos arme desigualmente para que en el combate por superarnos, flote triunfante la virilidad, el arte, el saber, etc. Agregar desigualdades artificiales, es castrar a la mayor y mejor parte de la humanidad. Y aun entendemos que si fuera hacedero el empeño de encumbrar a todos al arte, a la ciencia, a la virilidad, al heroísmo, habría de ser ello el más noble y el más bello de los ideales humanos. No se trata desde luego de la igualdad de cuartel o de convento; se trata de que cada uno tenga a su libre disposición todos los medios de desenvolverse física, moral e intelectualmente del mismo modo que puede tomar a la naturaleza el aire respirable necesario, el sol que le caliente, todo lo que precise, las fuerzas, en fin, que juzgue indispensables a su existencia. ¿Este es claro? ¿Puede desear más el más exigente individualista?

Presupone este principio, proclamado por todos los anarquistas viejos, el mismo hecho de convivencia en sociedad. Ciertamente no es preciso que agreguemos nada a la idea de libertad tal como la hemos expuesto. La solidaridad, el libre acuerdo, etc., son modos de designar un método. Porque la vida en sociedad o comunidad es y será siempre un hecho fuera de toda discusión y es claro que por



mucha libertad que se goce se gozará dentro y no fuera de la vida de relación. Y pues que esta vida de relación, que esta vida de sociedad o de solidaridad no es un artificio ni una invención sino una realidad y una necesidad, ¿qué otro método que el de libre acuerdo sería aplicable en el mundo anarquista? Agreguémoslo, por tanto, o no, cualquier discusión sería baladí. Libertad y solidaridad vienen siempre aparejadas, como instrumento aquella, como consecuencia ésta.

Si método no hay estudio posible, no hay ciencia posible, no hay arte posible, no hay trabajo, no hay vida posible. Anarquía supone método, como autoridad supone subordinación. El método anarquista es el de la libre cooperación mediante acuerdos voluntarios, naturalmente. Lo otro será el endronizamiento de cierto número de individualidades, será lo que se quiera menos la anarquía en acción o sea la libertad para todos. El principio anarquista implica la coordinación espontánea de los individuos para el trabajo, para la ciencia, para el arte, para la vida, en fin, o no significa nada como no sea el hermoso caos de que nos hablan a toda hora los imbéciles de la burguesía o nos ensalzan algunos que del natural individualismo anárquico, pretenden hacer una novísima tontología individualista.

No hablamos ni queremos hablar de sistema cerrado, de más o menos comunismo. Ello ha sido descartado de toda discusión tiempo ha. Cooperación libre, es decir anarquía: he ahí todo. Y que no se nos venga con los distingos de que en ciertos trabajos se impondrá el comunismo y en ciertos otros el individualismo por el hecho sencillo de que un cuadro no se ejecute por un centenar de pintores, y para hacer una locomotora se necesite en cambio un millar de mecánicos. Tales puerilidades acusan una mentalidad muy pobre, denuncian una mollera de cal y canto. Y esas puerilidades vienen del lado de los superhombres que han puesto una frontera entre el trabajo mecánico y el trabajo intelectual inventando la categoría ridícula del intelectualismo, como si los demás mortales tuvieran el cerebro para defecar en salva sea la parte.

Prescindamos de que ningún cuadro, grande ni chico, saldría de manos del pintor sin la cooperación del que fabrica la tela, del que prepara las pinturas, etc., y de que ni aun el mismo pintor sería algo sin el que le suministra los alimentos, los vestidos, la vivienda. ¿Qué relación puede haber entre el individualismo, como principio, y el hecho vulgarísimo de que para echar unas medias suelas no sea necesario más que un solo individuo? Porque para el caso es tan respetable ejemplo el sapiente Zapatero como el melenudo Apeles, salvo el más acabado dictamen de nuestros superhombres.

Por otra parte ¿no anda por ahí también un poco de preocupación, de hábito, de prejuicio? Cada vez se hacen más difíciles las obras individuales de ciencia. Ya en nuestros tiempos colaboran en una misma faena científica multitud de sabios y cuando una nueva invención sale a la superficie, sería muy aventurado atribuirlo a estudios exclusivos del que la pregona. ¿No podría ocurrir lo mismo en el campo del arte? Aun cuando tal o cual obra sea el fruto de un pensamiento individual y esto ocurre siempre, ¿no podría ser al propio tiempo el resultado de una cooperación necesaria?

Todo ello no significa sino que aun los que más pregonan la libertad, se empeñan en meter la vida

por estrechos y tortuosos senderos. Hay campo en la anarquía para todas las formas de trabajo, de acción, de pensamiento. Hay campo para la expresión amplia y libre de todas las modalidades posibles.

Por el momento vamos derechamente a conquistar toda la libertad para vivir a nuestro gusto. Por el momento vamos derechamente a conquistar todos los medios de convivencia social para ser real y los medios de convivencia social para ser real y efectivamente libres. El resto vendrá por añadidura sin necesidad de determinaciones *a priori* que cierran el paso a posibilidades que no podemos prever.

La anarquía no significa de ningún modo una forma exclusiva de acción, más o menos comunismo, menos o más individualismo. Significa la posibilidad de todos los modos de acción a medio de la total libertad de iniciativas, de procedimientos, de conducta. Podrá haber y habrá, sin duda, una conducta que prepondere, pero sin negar ni destruir cualesquiera otras resultantes. Se trata de la vida en sociedad, producto de millones de libres conciertos. La abstracción a un lado; aquí queremos hablar y debemos hablar de la realidad, del tanto cuanto de cada día, de la práctica simple de la libertad de acción. En el curso del tiempo la evolución hará su camino sin trabas: esto es todo. Hartos de pragmáticas sobre el porvenir, nos reducimos al momento inicial de la anarquía, seguros de que, conquistada la libertad, ella hará su obra. Inútil que desde ahora decretemos fórmulas. Y no es esto renunciar al estudio del desenvolvimiento social presente o venidero. Es afirmar todo lo que conocemos, comprobado por la experiencia, acogiendo con desdén disquisiciones que quisiera hacérsenos tragar como sendas verdades. Nos interesan todos los problemas, pero carecemos de fe para toda solución hipotética. Necesitamos realidades; realidades para liberarnos socialmente. Contentarse con unos trozos de metafísica mejor o peor hilvanados, quédese para los escuálidos de músculos y de cerebro. Los que hablan del hombre fuerte olvidan, sin duda, que la vieja anarquía los quiere tan fuertes, tan equilibradamente fuertes, que no se satisface con menos que verlos recios de músculos y recios de intelecto. Por eso reclama pan, mucho pan, según la expresión gráfica y vulgar, y luz, mucha luz para que el desarrollo individual no caiga ni del lado de la bestia ni del lado de la neurastenia. De brutos y de desequilibrados estamos ya hasta la coronilla.

Si esto es cristianismo, si esto es falsa ciencia, si esto es estática social, imitación, retroceso, confesámonos los más ignorantes de los hombres. El empleo de ciertas locuciones no autorizan consecuencias a todas luces aventureras, sobre todo en aquellos que tienen por fetiche la lucha por la vida, la reconcentración egoísta del individuo, el superhombre, etc. Por mi parte confieso que me es profundamente antipático el proselitismo a golpe de frase. Ellas acusan generalmente carencia de ideas. Pero nuestro pobre estado mental explica bien, a quien examine el asunto sin pasión, porque vale más la terminología Revolución social, Huelga general, Felicidad humana, Fraternidad universal, Solidaridad, apoyo mutuo, que las mismas ideas que encierran. Del mismo modo tiene explicación el hecho de que la mayor parte de las gentes propendan a conclusiones definitivas y que muchos anarquistas hablen como hombres de fe respecto a la futura armonía social, el apagamiento de las pasiones, etc. Nosotros no creemos que la anarquía será un pa-

raíso. No creemos en la total realización de la felicidad. No creemos en el amor universal. No creemos en todas estas cosas y otras más porque no nos arrastra un falso sentimentalismo por senderos que a la postre nos conducirían al sacrificio de la personalidad y al sacrificio también de la humanidad.

La anarquía no será un paraíso porque el paraíso no es realizable. La anarquía será siempre la vida libre, la vida cómoda y plena lo más posible; siempre más y más cómoda, siempre más y más plena, más y más libre. Sin ninguno de los obstáculos, de las tiranías y de las expropiaciones actuales, cada uno podrá desenvolverse a su placer en todos los órdenes de la existencia. La evolución se hará libre y espontáneamente. Y si la posibilidad de actuar en todas direcciones no implicara la posibilidad de todas las comodidades, y recíprocamente, la anarquía sería una mentira más, indigna del menor esfuerzo individual o colectivo de conquista. Pero quien dice más y menos, dice imperfección, dice naturalmente movimiento, camino recorrido o a recorrer de uno a otro término. ¿Qué otra cosa si no es la vida? ¿Qué otra cosa será en plena anarquía? Movimiento de avance, de mejoramiento, de liberación mayor, no cabe dudarlo, ello será la anarquía prácticamente. ¿Una realización absoluta? ¿Superar de una vez para siempre todas las condiciones? ¡Jamás! Eso sería la cesación de la vida por falta de objeto. Por esto es un sueño la decantada felicidad paradisiaca, el amor universal, la solidaridad perfecta de los humanos. La anarquía no supone, no puede suponer la muerte de las pasiones ni la capacidad absoluta de realización. Sabemos muy bien que no caminamos en pos de una sociedad de ángeles y que la libertad no nos hará todopoderosos. Habrá, pues, deficiencias, contrariedades, obstáculos, antagonismos; habrá todo lo que se deriva de nuestra naturaleza limitada e imperfecta. Habrá asimismo imposibilidad temporal o absoluta de realización. ¿Cómo no si el acicate de nuestra existencia es precisamente la lucha con toda limitación y con toda imposibilidad? Solamente los cerebros castrados pueden atribuirnos la tontería de aspirar a un mundo de ángeles en un paraíso de divinidades.

Vamos a la anarquía con hombres de carne y hueso, defectuosos, apasionados, violentos o flemáticos, amorosos o indiferentes. Y vamos a un mundo social de libertad y comodidad sin que pretendamos alcanzar toda la comodidad y toda la libertad. Más allá de la anarquía habrá siempre libertad y comodidad que conquistar. Inexplicable una negativa en labios que proclaman la necesidad de que el hombre se supere a sí mismo.

¿Es cristianismo este sentido de la anarquía? necio, quien tal diga. ¿Qué tiene que ver el más allá religioso, que olvida la vida terrena, con el más allá de todo indefinido desenvolvimiento humano, físico o moral? Científicamente, y si se quiere metafísicamente, toda realización absoluta es absurda. Fuera, pues, el orden sobrehumano que es en el que únicamente podría asentarse por pretendidas ciencias lo absoluto; no hay más que realizaciones parciales, relativas; caminos a recorrer, movimientos oscilatorios, más y menos; una escalera sin fin por la que van trepando cosas y seres sin alcanzar jamás el postrer peldaño. ¿Hay un término absoluto para toda la evolución? Que contesten los que nos tachan de cristianos y anticientíficos.

Será, pues, la anarquía condicionada por circunstancias de lugar y de tiempo; será, pues, la libertad

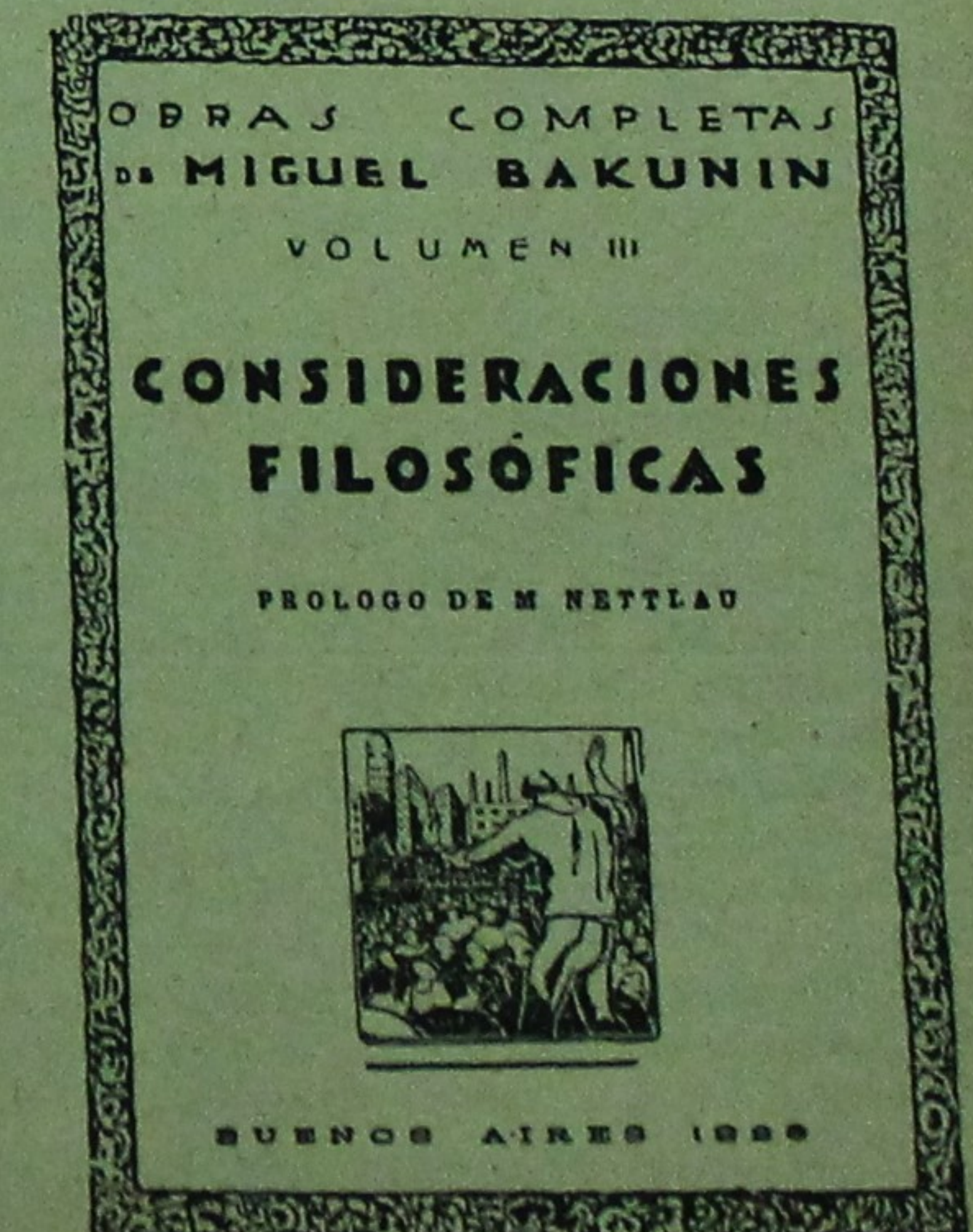
y la solidaridad lo que puedan ser dados nuestros conocimientos, nuestra educación, etc., del momento será la felicidad, será el amor entre humanos lo que permita el estado de nuestro propio desenvolvimiento en el curso del tiempo. Y por eso la anarquía no será un paraíso, ni es necesario que lo sea; no queríamos siquiera que lo fuera.

La libertad, toda la libertad para todos; la libertad de poder elaborar la dicha propia y la dicha general; la libertad de poder emanciparnos interior y exteriormente cada vez más: esa es la anarquía.

Y la libertad no existirá jamás para todos, allí donde todos también no puedan disponer de los mismos medios de acción, allí donde las condiciones de la existencia social favorezcan exclusivismos que se escudan en diferencias naturales que deberían bastarse a sí mismas, ya que tal es su decantado poder.

Hay en verdad dos medios de que los hombres se apropien lo necesario a su existencia. O bien se conciertan para obtenerlo, o bien cada uno a su modo se agencia como pueda cuanto necesite. El primer método supone asociación o cooperación; el segundo, si tal puede llamarse, es el asalto a la naturaleza, la lucha a brazo partido por el pedazo de pan. Ya sabemos como este segundo procedimiento ha sido aplicado hasta ahora; el término de la evolución se llama asociación capitalista y su subordinación obrera. El asalto, la lucha no ha podido prescindir de la cooperación aunque ésta sea voluntaria para un grupo de hombres muy pequeño y forzosa para otro muy grande.

En plena libertad social, ¿qué haríamos? Ciertamente la libertad sería un mito si el individuo no tuviera a su disposición todos los medios de desenvolverse, alimentos, vivienda, vestidos, conocimientos, artes, etc. Pero... y sin *peros* no hay razonamiento posible, no es un individuo solo el que se halla en aquel caso; son millones de individuos y por tanto no se puede decir que el individuo ha de apropiarse, sin ningún género de consideraciones, cuanto necesite para su total integración sino que



Tercer tomo de las obras completas  
\$ 1.50



Los millones de individuos presentes o futuros han de tomar lo que precisen donde y como lo encuentren. Aceptemos el léxico especial de los aficionados a sacar punta a las cosas más sencillas. Pues bien; o

los hombres se entienden para el mejor aprovechamiento de lo que está a disposición de todos, o, camión de lo que tira por su lado y a quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga. Este último es el caso de los señores de la reconcentración egoísta del individuo y también de los comunistas aficionados a la filosofía simplista del montón. Las consecuencias son las mismas. Cada uno tomará lo que pueda y al pabien llanas. A la postre, la mayor parte será víctima del despilfarro de una minoría, — ni más ni menos que como ahora — y eso de la integración y de la reconcentración egoísta del individuo y otras zarandajas metafísicas, serán música celestial para los millones de individuos que, sin duda, no significan nada para los secuaces del "Único y su Propiedad".

Permítaseme que llegado a este punto haga gracia al sentido común, al buen sentido de los ignorantes que como yo, uno de tantos, no comulgan en las aberraciones de las neurastenia, haga gracia digo, de mayores razonamientos. No son necesarios.

Para disponer de los frutos del campo, será necesario que contemos con los campesinos. Para disponer de las viviendas, de las telas, de las máquinas, etc., será preciso que nos entendamos amigablemente, muy amigablemente, o muy pronto no tendremos ni máquinas, ni telas, ni viviendas, ni frutos de la tierra. La producción es imposible sin el concierto de millones de voluntades. Y si se habla de la producción que baste, por lo menos a satisfacer todas las necesidades, la imposibilidad crece de punto. Para que cada uno pueda desenvolverse en el mayor grado, habrá que asegurar primeramente los medios adecuados a tal desenvolvimiento o bien conformarse a

que la mayor parte se quede en ayunas. Así, lisa y llanamente, sin más honduras filosóficas, hay que plantear la cuestión. La libertad es ante todo una cuestión de pan, por mucho que lo sientan los que quisieran alimentarnos de rayos de luna y puestas de sol. El problema es ante todo un problema de nutrición, pese a la andante caballería del neo-individualismo. Un animal, un simple animal primero, eso es el hombre; después todo lo que se quiera. Pues resolvamos aquel problema y todos los demás quedarán resueltos. Porque asegurar los medios de subsistencia en un mundo de libertad es posibilitar a todos los hombres el desenvolvimiento pleno de sus individualidades, que es precisamente el credo de la vieja anarquía. Toda la libertad será necesaria, cooperación voluntaria, libre acuerdo, solidaridad humana. En el concierto libre de las voluntades estriba la independencia individual, la independencia de todas las individualidades.

La cooperación no impedirá sino que facilitará la integración individual. Tan solo, tan aislado como quiera podrá vivir quien quiera. A los que la multitud moleste con su tufo de rebaño, nadie irá a sacarlos de su torre de marfil. Hasta para la masturbación intelectual habrá espacio. Y también com pasión.

\*\*\*

Hagamos un paréntesis para decir, por si es necesario, que no sólo de pan vive el hombre. La mayor parte de la vida humana pertenece a los afectos, a los gustos, al arte, a la ciencia. Vivimos más por el cerebro y por el corazón que por el estómago, sin olvidar que sin estómago no hay ni siquiera individuo. Y porque millones de hombres son apenas algo más que bestias que comen y trabajan, el anhelo de felicidad, de libertad, de justicia; la sed de los gozos elevados que la ciencia y el arte sumi-

nistran, toman en las almas sencillas de la multitud — y vaya por delante mi repugnancia a tal lenguaje — formas de religiosidad que sueña en lo absoluto. ¿Cómo no, cuando se relaciona la vida plena que se entrevé con la vida misera que se sufre? Hartos de odios, deliran con el amor universal humano; hartos de luchas, con la más grande y hermosa de las hermandades: hartos de violencias, con la más paradisiaca de las paces. Ignorantes, de presente, hasta la bestialidad, antójanse futuros sabios mo punto y en un mismo instante la realización de todos los inaccesibles ideales. Habla, sí, el sentimentalismo infantil y habla fuertemente. Dejemos que también los niños laboren por el porvenir. Y entre tanto, cultivemos su inteligencia iluminándola con las realidades de la ciencia, no atiborrándola de pócmas mortíferas de charlatán de plazuela.

Nosotros cantamos a la ciencia y al arte el himno de nuestros más vivos entusiasmos y, a poder hacerlo, desde ahora socializaríamos con el pan todos los gozos y todos los conocimientos. Porque queremos la plenitud de la vida afectiva y del pensamiento, aplicamos nuestras fuerzas a la realización de aquella forma de vida social en que tal plenitud sería posible.

Mas cuando nos salen al paso pretendidos filósofos o envanecidos sociólogos, literatos y artistas de guardarropía que, como en los anuncios de cuarta plana de la prensa rotativa, nos endilgan cada cuatro palabras un elogio a la ciencia o al arte y prodigan a porrillo los adjetivos derivados, sentimos tentación vivísima de enviar a la porra la ciencia, el arte, los científicos y los artistas. Todo ello es música celestial para embobar incautos o recrear imbéciles.

Y a pesar de nuestras aficiones al estudio y a pesar de nuestros gustos artísticos y a pesar también de nuestro entusiasmo por la gran obra del progreso humano, nos sentimos entonces cada vez más pueblo, cada vez más multitud y parecemos ver alzarse fuertes y amenazadores los brazos vellosos de los supuestos sub-hombres que, en su brutalidad ciega que destruye y crea, son el sostén de toda la pandilla de necios infatuados que no hallan mejor modo de considerarse grandes que achicando extraordinariamente cuanto les rodea.

\*\*\*

Concluimos. La anarquía oscila entre dos abismos. De una parte el culto a la violencia por la violencia misma; de otra la adoración fetichista del yo escueto en la absurda soledad de una libertad mentida. A fuerza de proclamar la rebeldía y la revolución, hay quien ha pensado que era justicia en el obrero todo lo que reputaba injusto en el burgués y, paso a paso, se ha caído en la justificación del sacrificio humano. El viejo jacobinismo resurgió en las luchas de nuestros días y por la salud del pueblo se hizo la apología del asesinato. Del mismo modo, a fuerza de ensalzar la libertad individual, el derecho autónomo del hombre, se ha creído que todo lazo de solidaridad entre humanos era un atentado a la individualidad y que fuera del absoluto y egoísta yo, no había realidad ni vida posibles. De un lado y de otro se da la razón a los poderosos y avisados que nos diezman y nos explotan. En defensa propia, y por su propia justificación mata la burguesía y roba la burguesía; por la suprema ley de su individua-

lidad irreductible, el tirano, en cualquier forma, gobernante o sacerdote, soldado o magistrado, asesina, esquilmadora, encarcela, explota, hace, en fin, y hace bien, conforme a la tesis individualista, cuanto quiere y como quiere. Todos los esfuerzos hechos por una filosofía humana que vé hacia afuera precisamente porque sabe reconcentrarse en sí misma la soberana razón, quedan declarados nulos después de esta vuelta bárbara al derecho del más fuerte por su astucia, por su crueldad o por su violencia. Cuando se había creído que la finalidad del progreso humano era la sofocación de la bestia en el hombre, he aquí que la bestia resurge práctica y teóricamente. Y si en la sucesión histórica de nuestras luchas se halla explicación para todas las exageraciones, incluso la que pregona la matanza sin objeto y la que proclama el aislamiento egoísta, no hay nada que las justifique y que hable a la razón de una sombra de equidad, de humanidad y mucho menos de libertad.

Los desbordes de la pasión y del pensamiento son fruto corrosivo de un mundo de odios donde se lucha a dentelladas y ese fruto ha venido del anarquismo, del lado de allá de la fuerza obrera, del lado de allá del elemento popular que sin sutilezas de ninguna especie está en marcha hacia un mundo que son incapaces de comprender los que serían seguramente incapaces de vivirlo.

Un poquito de atención lo merecen hasta los mayores desatinos de la inteligencia, porque casi siempre encierran algo de verdad que se escapa a los mismos que los formulan. Pero para desatinos que revelan concupiscencias y vanidades, orgullos y soberbias de impotentes, un poco de desdén es indispensable.

Somos de los que creen que el anarquismo debe volver sobre sí mismo huyendo de quintas esencias que, además de no conducir a nada práctico, tienen la propiedad de extraviar a la cabeza más firmes. Y si siempre es conveniente poner freno a las demasías del charlatanismo que habla a tontas y a locas de lo que no entiende, mucho más lo es ponerla a los excesos de la petulancia que se infla con palabras e ideas resonantes pero faltas de médula.

Por la anarquía afirmamos que la vieja tendencia de la revolución clásica ahogará, sin grande esfuerzo, esas notas disonantes en que parecen complacerse gentes que tienen oídos reñidos con la armonía placida del arte de las artes.

No hay abismo en que pueda precipitarse lo que es resultado positivo de la evolución humana. La anarquía, la vieja anarquía, triunfará de todos los perros que le ladran al paso.

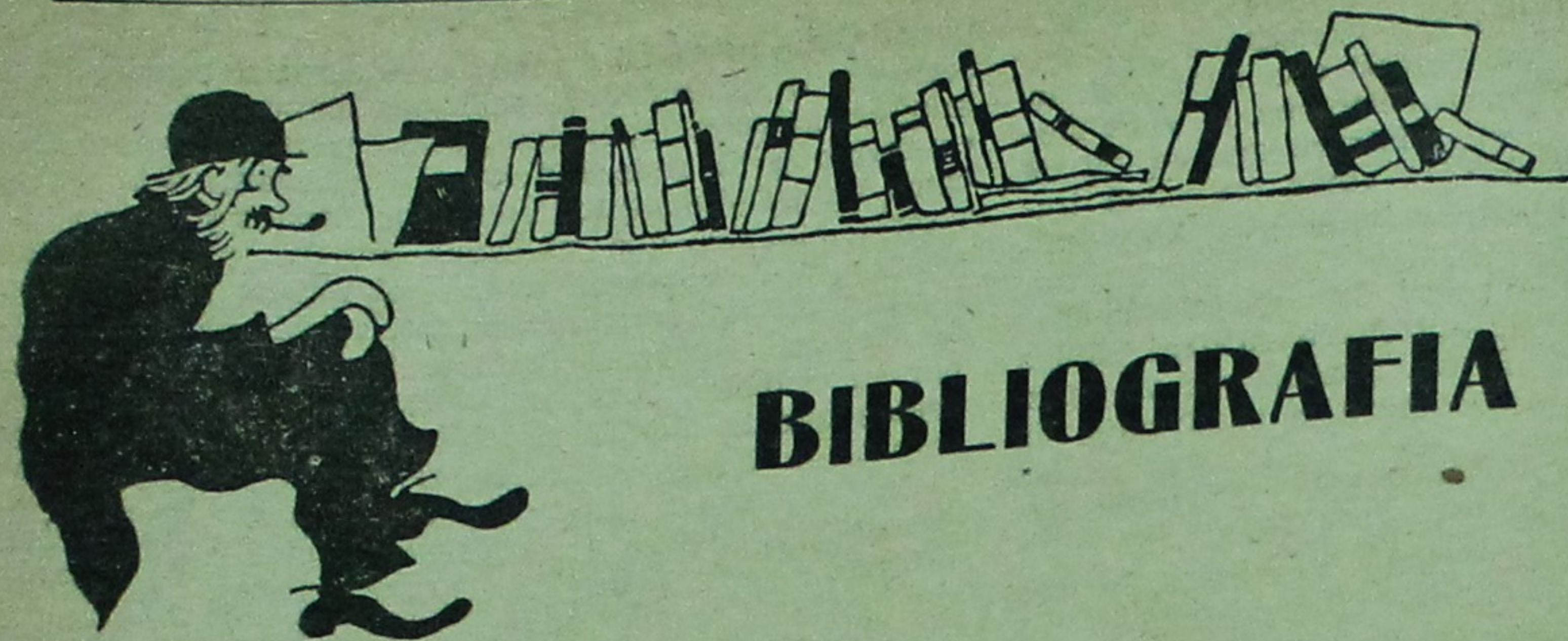
Síntesis amplísima de los dos términos, al parecer contrarios, en que el hombre libra su existencia y la humanidad perdura a través de todas las aberraciones, la anarquía es al propio tiempo libertad y solidaridad, equilibrio inestable, resultante continua de atracciones y repulsiones en que la vida oscila, en que vibra la existencia como vibra la materia en el seno de la armonía universal. Símbolo de símbolos, representación vivida de todas las cosas, es el ideal que se ensancha, que se engrandece a medida que a él nos aproximamos. No hay límite ni valla; no hay molde ni fórmula que pueda contenerlo porque tiene una expresión ilimitada: el ilimitado progreso del individuo y de la especie.

Es así como entiende la anarquía un viejo anarquista, bastante joven para no dejarse atrapar en ninguna malla por los pescadores, más o menos hábiles, del intelectualismo en boga.



La cultura europea avanza en China





## BIBLIOGRAFIA

**LEON NABOULET: Los Cristales Mustios.** — Edición Jean Valjean, Posadas, 1929. Un vol. de 192 págs. Precio, \$ 1.50. Se vende en esta administración.

El nombre de León Roch Naboulet nos recuerda un período de la propaganda libertaria, la época en que Ghirardo y otros habían sabido impregnar toda la literatura con un cierto aliento anarquista. Roch Naboulet ha sido entonces un colaborador activo de nuestra prensa; *La Ráfaga* de Paraná contiene una nutrida colaboración de su pluma. Este libro que nos llega a una distancia casi de veinte años, despierta una viva curiosidad en nosotros, tanto por el deseo de saber si el autor se conserva fiel a los ideales de su juventud, como por saborear el contenido del libro mismo. Se trata de una recopilación de poesías en donde campea un noble lirismo, surcado de tanto en tanto por ramalazos humorísticos, de crítica mordaz. No sabemos cómo lo acogerá la moderna crítica. A nosotros nos gusta y agradecemos al autor por el envío.

Una de sus poesías, "El hospital", dice así:

"Lector: un hospital. Estereotipo  
La mueca humana del dolor:  
La angustia, la agonía, el llanto, el hipo...  
E incluye hondo saber, lector.  
Blasfemo como Job, estuve en su aula  
Setenta días de ansiedad;  
Recuerdo que se sirve en esa jaula  
El vaso de agua de hermandad.  
Maestros tiene que parecen hombres,  
Sombrios, locos al quinqué;  
Los llama el mundo con distintos nombres  
Y son poetas, doy mi fe.  
Lo busca en la calda todo Apolo:  
Dubus, Murger, Rimbaud, Lellan;  
Y en lira de oro mágica elogiolo  
Le prínce Charles de Soussens.  
Y van las betaltras al hospicio,  
Y van los duques del valor,  
Y van los catecúmenos del vicio,  
Y van las siervas del Señor...  
¡Doliente romería! Es el espectro  
Torcido y lúgubre a la vez;  
Los cuerpos miserables son mi plectro,  
Los muertos lavan mi idiotez.  
Los médicos dirimen sus cuestiones  
Sacando filo al bisturi...  
Cuidado, maullas, con los corazones,  
La historia no los corta así!

Amor revive en sus paredes blancas  
La cábala del bien y el mal;  
Forjé para vivir cláusulas francas;  
Yo llevo al hombro el hospital.  
Y solo, cuando llegue frente al Viejo,  
— ¡Se acordará del año 1000! —  
Al sol frunciendo el bárbaro entrecejo,  
De pie en su plazoleta vil,  
Como Hércules, tomando bien mi saco,  
Daréle al centro del testuz:  
Y cual pavesa inerme el dios bellaco  
Caerá al revés pidiendo luz.  
Lector: ya sabes lo que estereotipo:  
Tu imperdonable condición:  
Llanto de podredumbre es tu arquetipo;  
Satán ausculto tu emoción".

**ALBANO ROSELL: En el país de Macrobia,** narración naturológica. 173 págs. en 8°. — Barcelona (1928).

No sin una cierta desconfianza, hemos abierto las páginas de este libro; suele haber en el naturismo una estrechez mental tan grande y una incompreensión tan irritante de todo lo que no sea su credo especial, que por hábito, aunque reconozcamos lo que hay de bueno en el régimen racional de vida que preconiza, vemos con cierto menosprecio ese esfuerzo, lo mismo que el del esperantismo y otras actividades y aspiraciones más, de marco restringido y de adeptos más restringidos todavía, mentalmente. Pero la lectura de este libro no sólo es amena y atractiva, sino también susceptible de quitarnos el mal sabor de anteriores lecturas de escritos naturistas, donde el charlatanismo nos ha parecido la nota predominante. El "País de Macrobia" es un país muy superior a este en que vivimos; sus habitantes, conscientes de lo que hay de falso y de funesto en la civilización actual, viven una vida más completa, dichosos, sanos, sin necesidades inútiles, rindiendo culto a la vida. La futura humanidad anarquista será una famosa Macrobia compuesta de comunidades y regiones para todos los gustos, para todos los temperamentos, para todas las aspiraciones. Como después de la contemplación de toda visión bella, al terminar la lectura de estas páginas y constatar la triste fealdad que nos rodea, elevamos el pensamiento en pos de algo mejor, que sólo vendrá por obra del esfuerzo revolucionario que tanto falta. Ojalá esta obrilla disfrute de la más amplia divulgación, para contribuir a despertar

en cada lector el ideal de una utopía propia y la fuerza para luchar por su realización.

**E. PRUNELL ALZAIBAR — Raíz Honda. —**  
POEMAS.

**BENITO PEREZ GALDOS: Viajes y fantasías.** Prólogo de Alberto Ghirardo. Vol IX de las Obras Inéditas. Un vol. de 233 págs. Ed. Renacimiento. Precio: 5 pesetas.

Alberto Ghirardo ha reunido aquí otro volumen del Galdós periodista, "uno de los casos más extraordinarios de la literatura española". Según el prologo, "durante diez años, los mejores quizás de su vida (1883-1893), el maestro dedicó muchas horas diarias a la crónica política, de arte y social, y aun a los sucesos, relatando acontecimientos de toda índole, con ese su estilo claro y sin afeites, en esa su prosa límpida, traslúcida, aunque llena de sugerencias y en polvoreada a las veces de ironía sutil". Una parte de la obra de esos diez años es la que se recoge en el presente volumen.

**ALMANACO LIBERTARIO pro Vittime politiche per l'anno 1929.** Editor Carlo Frigerio, Case Stand, 128, Ginebra (Suiza). Un vol. en 4.º. 80 págs. Precio, 1 fr. suizo.

Una hermosa recopilación, ilustrada con fotografías y grabados, compuesta por una buena selección de trabajos, de noticias y un calendario libertario. En total una soberbia requisitoria contra el fascismo y una altiva profesión de fe en la libertad. El beneficio de la venta se destina a socorrer las familias necesitadas de nuestros presos italianos. Aun no median el noble fin perseguido, el almanaque en sí es digno de que alcance la mayor difusión posible.

**LUIGI GALLEANI: Contro la guerre, contro la pace, per la rivoluzione sociale.** — Un vol. de 74 págs. en 4.º. Precio: 0.25 cents. de dólar. Biblioteca "L'Adunata dei Refrattari", Newark.

Ha sido una excelente idea la reimpresión de estos artículos escritos por Galleani en la "Cronaca Sovversiva" en 1914-15 sobre la actitud de los anarquistas frente a la guerra, donde sobre todo se refutan eficazmente los puntos de vista de Kropotkin, antes aún del "Manifiesto de los diez y seis". Todo el ardor del polemista, toda la cultura del escritor, todo el temperamento del libertario se encuentran en estas páginas, que representan un verdadero documento histórico para el futuro historiador del pensamiento del anarquismo ante la gran catástrofe de 1914-18.

Florece en los jardines del alma la flor exquisita y sutil, aromada de ensueños.

Y esta flor que nos da el sentido exacto de que existimos y que nos arroja en sus fragancias y que nos columpia en sus misterios, es la voz sintonizada del alma del Hombre con la Naturaleza, la leyenda de la especie en la síntesis suprema del ser humano. A esta ascendencia, a estas evoluciones en que la mente, compenetrada de su misión, busca realizaciones de estética y cosecha de ideales, donde el concepto superior — empírico y biológico — de la especie humana plasme, materialice sus anhelos de perfeccionamiento y de justicia social. Si el hombre busca en su centro su ley, y en su belleza su norma, no sigue más que los dictados de su albedrío.

Que ya Schopenhauer nos define en tres géneros: "la libertad física, la libertad intelectual y la libertad moral". Estas son las soluciones más elevadas del arte libre de trabas y de fórmulas estrechas.

Pasemos ahora a exaltar los valores intrínsecos que contiene este nuevo libro. Límpidas sus imágenes aladas de belleza, y de pureza de dicción, nos demuestran su espíritu abierto y sincero. Que nos dice: "Y rendir a la vida mi más hondo tributo, con la suerte del árbol que se entrega en el fruto y el destino del agua que se entrega limpiando". Si adolece esto de budismo puro y de nazarena bondad, es bien cierto que esta es la misión del poeta: entregarse en brazos del amor, darse a la suave apetencia del bien.

Y más cuando lo hace con sinceridad: como bien lo establece Emerson: "No puede haber exceso de amor, de ciencia ni de belleza, cuando se consideran estas cosas en su sentido más puro".

### "PLENITUD"

"Yo no sueño jamás, ahondo en mí mismo el dolor de pensar y de sufrir, toda cosa en mí se hace un abismo de tan profundo que la sé sentir.

Cada día mi espíritu sensible se aguza más en la Naturaleza, tengo la percepción de lo invisible y el sentido sutil de la Belleza.

Reconcentro mi alma en toda cosa, de la estrella, del árbol y la rosa siento la más secreta vibración.

Lo que todo es en mí, soy para todo, y me doy a la vida de este modo, como de un corazón a un corazón".

Suavemente el alma se va prendiendo en las sutilezas de este libro y ahondando se inunda de maravillas exquisitas, de ritmos cadenciosos, de divinas melodías que llegan hasta el éxtasis, y pueblan todo nuestro ser de inolvidables goces. Llegamos a su poema "¡Hombre!". Y nos dice:

"Hombre, echa raíz en la Naturaleza, arranca sus sentidos más oscuros y hondos y tendrás la armonía de tu fuerza".



Creación panteísta, homenaje amoroso a la naturaleza sabia y promisor. Este bello poema, para mí uno de los mejores del libro, nos arranca de este marasmo de inercia y nos transporta en alas del ensueño a las montañas, a los bosques, a las cumbres. Y así, en "Campo Afuera", otro de sus grandes poemas de sabor exquisito y de substancia sana, dice así:

"Quiero volver al campo, me enferma la ciudad, sus plazas son pequeños pulmones oprimidos, y las calles tentáculos informes que amenazan un estrangulamiento futuro de la vida. Quiero volver al seno de la Naturaleza, Tener más luz, más aire y amplitud de infinito, Más azul en el alma y más rojo en las venas, Y un amor más salvaje con más salud de instinto. Ya no siento el misterio del azul transoceánico, Ni me atraen los puertos, andenes y navíos; Campo afuera me iría por las altas montañas, Por las pampas desiertas, por los montes sombríos. Campo afuera me iría con mi carga de sueños, Y la locura nómada y serena de un indio, Llevando siempre abierta a todo el horizonte, La rosa de los vientos de mi libre albedrío".

Todo este libro está lleno de sana belleza. En sus páginas campean el brioso concepto de la vida, su amor a la indomable fuerza de la Naturaleza. Y nos canta suavemente, amorosamente:

"Sé como el árbol para florecer, como la roca para resistir, como la luz en la verdad, como la fuente en el amor".

Y más adelante:

"Lo tienes todo y aún puedes mucho más, llevas un mundo nuevo en tu interior".

Ya los antiguos bebieron en la linfa sagrada de los dioses, la sabiduría. Ajustándonos al ritmo de la historia, la vida se muestra fecunda. Y de la esencia íntima surgen sus enseñanzas. Y al conjuro de esta labor interminable en que las pupilas sedientas de luz buscan del fondo de las cosas la llama de la ciencia y de la civilización.

En la tercera parte del libro: "Síntesis", el poeta se muestra más azul de ensueño, culminando con "El Poema de tu Eternidad".

Así todo el libro, compuesto de dinamismo y de armonioso latido interior. Sus poemas se destacan con relieves propios, como "Poema de los vientos", "Todopoderoso", "La Tapería" y "Las boleadoras".

Veamos en "Raíz Honda" un esfuerzo noble y desinteresado, que el poeta ha sabido cantar con las estrellas en lo alto y un mirar de sol en las pupilas. Este gesto magnífico, esta labor óptima que se da "a la vida de este modo, como un corazón a un corazón", es motivo por demás para admirarlo doblemente y sentir con él las sublimes palpitaciones del arte.

Héctor Manini.

Montevideo, Enero de 1929.

## VARIOS

Prostori, año I, N.º 8, enero de 1929. Sofia (Bulgaria).

La Sierra, órgano de la juventud renovadora andina, año III, número 25-26, 1929, Lima (Perú).

Amauta, N.º 20, enero de 1929, Lima (Perú).

Labor, quincenario de información e ideas. Lima (Perú). Hemos recibido los 6 primeros números; aparece a partir del 10 de noviembre de 1928.

Tanto La Sierra, específicamente literaria, como Amauta y su apéndice Labor, que alienta grandes simpatías por la revolución rusa, nos revelan una intelectualidad peruana joven, inquieta, renovadora, subversiva. Se manejan las ideas con fiebre, como instrumentos de combate. Sin embargo no acabamos de explicarnos esa pujanza renovadora, ese espíritu combativo y la eternización en el poder de su polo opuesto, el tiranuelo Leguía. ¿No será que falta en esa pléyade de escritores y poetas el verdadero lazo de conexión espiritual con el pueblo, el único susceptible de dar a las ideas la fuerza necesaria para su realización?

¡Despertad!, año segundo, N.º 37, Vigo (España), 9 de febrero de 1929.

Kompleta raporto pri la 1.ª Kongreso de la Anarkista Junularo Internacio. 27 págs. en folio, mimeografiadas. Edición del secretariado de la Internacional de la Juventud anarquista, Shackletonsstraat 16, 1. Amsterdam, West (Holanda).

Cultura Proletaria. Editado por el G. P. Social, Petropolis (R. Grande do Sul), Brasil. Año I, N.º 5, enero de 1929.

Verbo Rojo, 3.ª época, año I, N.º 9 (2.ª quincena de enero de 1929), México, D. F.

Estudios (Continuación de "Generación Consciente"). Año VII, febrero de 1929, N.º 66, Valencia.

Emancipação, órgano del grupo cultural de los libres pensadores. Publicación quincenal. Hemos recibido los cinco primeros números de esta hojita de propaganda, donde si no la mayoría, se destacan algunos compañeros. Bagé (Río Grande do Sul), Brasil.

Freedom Bulletin, N.º 6, enero-febrero de 1929, Londres.

Jiyu Rengo Shimbun, órgano de la Federación Libre de los sindicatos del Japón, Tokio.

Boletín informativo da C. G. do T., Lisboa, diciembre de 1928. Trae el informe del tercer congreso de la A. I. T. (publicación clandestina).



440  
páginas  
#2

MI COMUNISMO  
(LA FELICIDAD UNIVERSAL)  
GRANDE EURE

CONCURRAN, CAMARADAS, A LA VELA-  
DA QUE, A BENEFICIO DE "LA PRO-  
TESTA", SE REALIZARA EL 30  
DE ABRIL, A LAS 21 HORAS,  
EN EL TEATRO LICEO, RI-  
VADAVIA Y PARANA  
ACTUARA LA COMPAÑIA EVA FRANCO  
LOS PRECIOS DE LAS LOCALIDADES SON  
LOS DE COSTUMBRE



# Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—	
"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873) \$ 0.50	
Edición especial, papel pluma .....	" 1.—
Encuadrado en tela .....	" 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán .....	" 1.20
Edición especial, papel pluma .....	" 2.—
Encuadrado en tela .....	" 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo" ..	" 0.15
RUDOLF ROCKER.—	
"Johann Most, la vida de un rebelde".	
Prólogo de A. Berkman. Dos tomos.	
Precio de cada tomo .....	" 1.50
"La maldición del practicismo" .....	" 0.10
RUDEKNO.—	
"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company .....	" 0.15
JAMES GUILLAUME.—	
"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica) .....	" 0.20
MIGUEL BAKUNIN.—	
(Obras Completas)	
I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán .....	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau .....	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau .....	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau .....	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela ..	" 3.50
ERRICO MALATESTA.—	
"Anarquía" .....	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri ..	" 0.30
"En Tiempo de Elecciones" .....	" 0.10
PEDRO KROPOTKIN.—	
"Palabras de un Rebelde" .....	" 1.—
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" ..	" 0.50
Encuadrado en tela .....	" 1.50
"A los jóvenes" .....	" 0.10
LUIS FABBRI.—	
"Cartas a una mujer sobre la anarquía" .....	" 0.50
Encuad. en tela .....	" 1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo" .....	" 0.20
C. LOMBROSO y R. MELLA.—	
"Los anarquistas" (Estudio y réplica) ..	" 1.—
NIDO, ROCKER y NEMO.—	
"Nacionalismo y anarquismo" .....	" 0.20
SEBASTIAN FAURE.—	
"Mi Comunismo" (La felicidad universal) .....	" 2.—
Encuadrado en tela .....	" 3.50
"Temas Subversivos" .....	" 1.50
También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:	
La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.	
J. DEJACQUE.—	
"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus .....	" 0.50
WILLIAM MORRIS.—	
"Noticias de ninguna parte" .....	" 1.—
NICOLAI GOGOL.—	
"Almas Muertas" (2 tomos) .....	" 2.—
ELISEO RECLUS.—	
"A mi hermano el campesino" .....	" 0.10
"La anarquía y la iglesia" .....	" 0.10
JUAN CRUSAO.—	
"Carta Gaucha". 7.ª edición .....	" 0.10
D. A. DE SANTILLAN.—	
"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo ..	" 0.10
AGUSTIN SOUCHY.—	
"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) ..	" 0.30
S. RADOWITZKY.—	
"La voz de mi conciencia" .....	" 0.10
VARIOS.—	
"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.ª, encuadrado en tela .....	" 2.—
ANSELMO LORENZO.—	
"El derecho a la evolución" .....	" 0.10
ANA M. MOZZONI.—	
"A las hijas del pueblo" .....	" 0.10
JOHANN MOST.—	
"La Peste Religiosa" .....	" 0.10

# LA PROTESTA

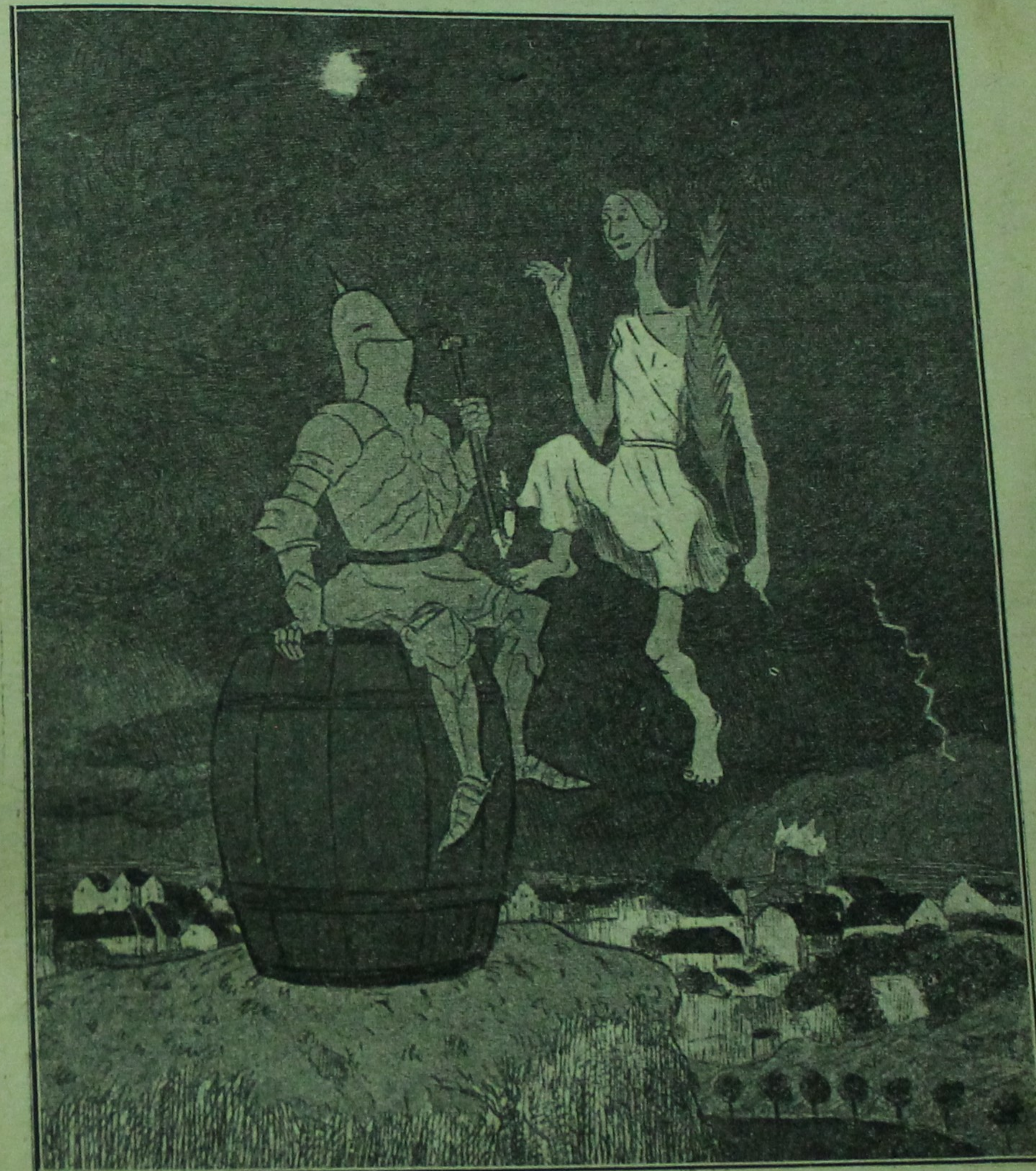
SUPLEMENTO QUINCENAL

N.º 305  
AÑO VIII

BUENOS AIRES, 6 DE MAYO DE 1929

El ejemplar  
20 Centavos

PORTE PAGO



## SUMARIO DE ESTE NUMERO:

MAX NETTLAU: Algunos documentos sobre los orígenes del anarquismo comunista (1876-1880)  
E. LOPEZ ARANGO: Ideas y ética. El anarquismo y la delincuencia—LUIS FABBRI: El gobierno de la familia—M. SEVERINE: Su piedad. Relato. La supremacía del saber—  
EDUARDO MILANO: El primer paso hacia la anarquía (conclusión)—PEDRO GODOY: La vida al día—E. DE LA BOÉTIE: La esclavitud voluntaria—  
La iglesia y los ricos—Luisa Lallana—Bibliografía



**Trabajadores:** El vocero de las rebeldías populares, el látigo que fustiga a los tiranos y a los malvados; esta antorcha de luz que ilumina el camino de la emancipación a los pueblos irredentos-**LA PROTESTA**-pregona todos los días la necesidad de que el proletariado se capacite en el estudio de los problemas que le afectan.

Los que alienten en su pecho ideas generosas y sientan en su corazón palpar el ideal redentor, encontrarán en **LA PROTESTA** el impulso animador de sus energías y la voz fraterna que habla de los dolores, de las angustias y de los anhelos de los esclavos insumisos.

**LA PROTESTA** está escrita por trabajadores, para trabajadores. Pregona siempre el ideal redentor, la justicia social, el odio santo de los oprimidos y vejados por el capital y el Estado. Es vuestro paladín, vuestra barricada, trabajadores.

**¡Pedid! LA PROTESTA y el SUPLEMENTO a los canillitas!**

MAX NETTLAU

## Algunos documentos sobre los orígenes del anarquismo comunista (1876-1880)

Asistimos desde hace algún tiempo al esfuerzo de los anarquistas para volver de las uniformidades canonizadas en ideas a la variedad viviente que es la verdadera vida. ¿Con qué derecho aspiraríamos nosotros a criticar, a revolucionar, a renovar la vida social del globo entero, si no sabemos nosotros mismos tolerar a nuestro lado a un camarada que difiere aunque sea poco en concepciones económicas, organizadoras, tácticas y demás, de nuestras propias concepciones? Si tres anarquistas de matices diversos no pueden tolerarse y respetarse mutuamente, si el que se figura que tiene razón sobre algún detalle, se cree con derecho por eso a injuriar, a vituperar a su camarada con la determinación de apesadumbrarle, de humillarle, de aplastarle, si es posible, entonces ¿cómo 300, 3.000, 3.000.000, trescientos millones podrían aceptar una anarquía de la cual cada representante está más o menos con el cuchillo fuera frente a sus camaradas, si no está bajo el anatema de las opiniones colectivas de algún grupo fanatizado? No vacilo en decir que es el espíritu de la dictadura lo que se manifiesta por esa intolerancia, y así como hemos visto el espíritu autoritario de las polémicas social-demócratas tomar carne y hueso en la represión física, en la prisión o en la muerte, de los adversarios socialistas en la Rusia soviética ¿se cree que esa triste evolución quedaría ahorrada a la anarquía, si uno de sus matices llegara a ser poderoso y entrase en posesión de los medios para reprimir a los demás? No, es preciso proscribir ese espíritu intolerante y persecutor de nuestras filas desde ahora, o de lo contrario crecerá y no se irá más.

Como rechazamos el panmarxismo, igualmente rechazamos el pancomunismo y el panindividualismo en anarquía. Como rechazamos el nacionalismo y deseamos el verdadero internacionalismo, debemos desear también lo que yo llamaría el *intersocialismo* y la *interanarquía*, es decir, al lado de la igualdad, de la amistad, de la tolerancia y el respeto mutuos entre las naciones, la prevalencia de los mismos sentimientos y de la misma conducta, entre todos los matices del socialismo y de la anarquía. El adjetivo económico será entonces puramente descriptivo, como ocurre en ciencia natural para el animal o la planta, y no afirmativo, triunfador, proclamador de la verdad única. Como la especie blanca u oscura o gris, grande o pequeña, de la llanura o de la montaña de un género de pájaros o de hierbas, es considerada de valor igual y se mantienen pacíficamente en la naturaleza y eso en billones de casos y desde todos los tiempos, así verdaderamente también el anarquista comunista, el colectivista y el individualista podrán convivir amistosamente — sino serían pro-

ducciones por completo antisociales y dictatoriales, verdaderas excepciones.

Esta vez quisiera remontarme a los orígenes de la situación presente, con ayuda de documentos inéditos o raros de los primeros tiempos del *anarquismo comunista*, de los años 1876 a 1880.

Se sabe que ya en el otoño de 1874 James Guillaume compuso, resumiendo las ideas corrientes para él y no creyendo producir un programa nuevo, sus *Idées sur l'organisation sociale*, publicadas sólo en 1876; declara allí el trabajo y la distribución según el principio comunista ulteriormente deseable, pero dependiendo en su realización práctica del grado de abundancia en cada caso, y deja a los grupos la tarea de arreglarse como quieran, es decir por sistemas menos libres y amplios, si es preciso, hasta la introducción del comunismo integral en la hora propicia, cuando la abundancia y otras circunstancias favorables lo permitan. Esa era, pues, la libertad de los arreglos económicos altamente proclamada y la anarquía era entonces una en aspiraciones, *variada* en aplicaciones, *solidaria* e individualmente *matizada* a la vez — todo lo que era preciso a una idea viviente y progresiva.

También, cuando en 1876 Dumartheray hizo aparecer su folletito, cuando Reclus pronunció su discurso anarquista comunista en Lausanne, cuando los internacionales italianos en Florencia se pronunciaron por la distribución en comunismo del producto del trabajo, los anarquistas colectivistas, los del producto integral, no se conmovieron, no se vieron amenazados. Dejaron a esos camaradas la libertad enteramente natural de pronunciar esa opinión y se atuvieron a la suya.

En 1877, la propaganda pública en Italia fué obstaculizada por las persecuciones, Cafiero, Malatesta y tantos otros fueron a la cárcel ("la banda del Matteotti"). Andrea Costa, refugiado en Suiza, anarquista comunista, como los otros italianos desde el otoño de 1876, hizo mucha propaganda entonces en Suiza, o en el ambiente colectivista de la Federación Jurasiana, y formó parte, con los jurasianos, Paul Brousse, Kropotkin y uno de los delegados de la Federación española, de una conferencia íntima, desconocida hasta aquí y que yo conozco por una carta de Paul Brousse del 17 de abril de 1880 que se me comunicó hace pocos meses — celebrada en La Chaux-de-Fonds (Jura) antes de que los participantes partiesen para los dos congresos internacionales habidos en Bélgica, en Verviers y en Gante en septiembre de 1877. Se creó allí el grupo internacional íntimo, es decir la última reencarnación de la Alianza secreta de 1872 que fué la continuación de la sociedad secreta fundada por Bakunin en 1864 y refundida en



1868 y quizás en 1869 también. De esa intimidad internacional, como Brousse la llama, fué Pedro Kropotkin, el secretario corresponsal del comité. Había allí, pues, al lado de los jurasianos, franceses, españoles, Kropotkin, colectivistas, y el italiano Costa, comunista, y se habían pronunciado por "la autonomía de las intimidades nacionales", es decir por reconocer mutuamente el derecho del grupo secreto de cada país a establecer su táctica especial.

En el congreso de la Internacional celebrado en Verviers, 6-8 de septiembre de 1877, según las notas manuscritas inéditas tomadas en gran parte por Kropotkin, el cual, con Emile Piette y Jules Montels, fué secretario del congreso, notas conservadas sólo en parte y muy sumarias, pero que completan mucho el parco informe publicado (v. J. Guillaume, *L'Internationale*, IV, pág. 258-265), en la séptima sesión se ve a Rodríguez (J. García Viñas) decir, como ha notado Kropotkin: "...Queremos la colectividad de los instrumentos de trabajo, pero de la colectividad de los productores (no del Estado), así como la tierra. Pero eso en la autonomía de cada colectividad de productores, y cada cual recibe según su producción..."

Costa: "...Para mí, no sólo la tierra y el capital son instrumentos de trabajo, sino nuestro alimento, vestidos, etc. Una vez que admitimos que los instrumentos del trabajo deben ser propiedad colectiva... no podemos determinar la parte de cada uno en la producción. Es precisamente por eso que se propone el Estado (se discutió el comunismo autoritario alemán). A cada uno según su voluntad. Nosotros queremos también el comunismo, pero sólo que no queremos que sea autoritario".

El estado imperfecto de estas notas de Kropotkin es deplorable, pero irremediable. Se da cuenta uno sin embargo de que, al diferenciarse del colectivismo propuesto por Viñas y que condena la concepción comunista estatista, Costa ha profesado claramente el comunismo libertario.

"Rodríguez (Viñas): a cada uno según su voluntad, pero hay también la voluntad de no hacer nada. Cada cual debe trabajar para comer. Los comunistas alemanes con su estadística quieren que el Estado los obligue". Se ve que Viñas es escéptico sobre el trabajo a voluntad de cada uno, que Costa había proclamado.

"Guillaume: La discusión prueba que las discusiones teóricas aun entre nosotros no son inútiles. Yo no puedo admitir ni como Rodríguez (Viñas), ni como Costa. En el uno y en el otro hay ideas todavía confusas... ¿Por qué mezclar la cuestión del consumo a la de la producción?... La única solución posible hoy es la de repartir (los productos del trabajo) como ellos quieren. Las diversas soluciones podrán encontrarse juntas en los mismos grupos. Rodríguez (Viñas) había hecho la objeción de que sería una gran injusticia eso de a cada uno según sus necesidades, pero está el correctivo: de cada uno según sus fuerzas. Creo, pues, que no debemos discutir más que la teoría de la propiedad colectiva, dejando pormenores primero de acuerdo (sobre la cuestión del consumo).

"Montels: de acuerdo con Guillaume. Debemos por el momento dejar la cuestión del consumo a un lado". Después de las observaciones de E. Werner, Mendoza (T. G. Morago) habla todavía, notado sólo en fragmentos de que cito la línea: "...El colectivismo es mejor que el comunismo anarquista. En España puede ocurrir que... (no continuado). Los comunis-

tas tienen la idea de garantizar a cada uno" (no continuado). Morago por tanto pronunció un discurso colectivista y anticomunista; es seguido por Paul Brousse que habla en favor del comunismo, transmitido así:

"Muy importante (esta cuestión). Pero debemos dividir el asunto: inmediato y lejano.

"Sobre la cuestión teórica estoy de acuerdo con la colectividad del consumo. El producto es el producto de la materia prima y del trabajo; en fin, el hombre mismo es un producto de la colectividad; por tanto el producto debe también ser colectivo".

Warnotte o Varnotte, un belga no mencionado en las listas de los delegados (notas de Kropotkin y *L'Int.*, IV, pág. 258) habla aún: "...todo se resume en a cada uno según sus fuerzas. La cuestión inmediata es apoderarse de los instrumentos del trabajo. Después de eso, la cosa se impondrá por sí misma inmediatamente. Cada grupo hará lo que quiera. Habrá desgarramientos entre las comunas. Hace años que se discute ¿y en qué han sido esclarecidas las ideas? Mientras discutimos las masas nos observan. Plan- teamos los principios, las deducciones vendrán por sí mismas".

"Guillaume: después de Warnotte no tengo nada que agregar. Quiero sólo hacer una objeción. Cuestiones que no son más que cuestiones de palabras, son a menudo cuestiones muy importantes de principios.

"Costa: Yo soy contrario al comunismo (autoritario). Propongo el comunismo antiautoritario" (el manuscrito dice: autoritario, pero yo restablezco el sentido. Me parece que Guillaume habrá prevenido contra la adopción de la palabra comunismo a causa de sus antecedentes autoritarios).

Levachoff (Kropotkin): Reparto de los instrumentos del trabajo por las federaciones. Clausura.

La proposición de Guillaume con la enmienda de Brousse es votada como sigue. Pieza K". Esto concluye, pienso, a la resolución impresa en pág. 263 y que no entra en el asunto discutido aquí.

Son esos, por tanto, fragmentos de la primera discusión internacional sobre el anarquismo comunista, que parece haberse conservado. Se ve a Costa y a Brousse apoyarlo, — también en la carta del 17 de febrero de 1880, Brousse, aun separándose de la "intimidad internacional", si ésta no reconocía su derecho a su nueva evolución, dice: "yo soy anarquista comunista, revolucionario" — a Viñas y a Morago combatirlo, y a Guillaume, Montels, Warnotte considerar inútil el pronunciarse sobre cuestiones del porvenir. Guillaume parece haber hablado en el espíritu de sus *Idées sur l'organisation sociale*, y habría hablado así el último día de su vida, como Bakunin igualmente, rehusando precisar de antemano cómo decidirán los hombres de un tiempo futuro y esto no uniformemente, sino según las circunstancias de lugar y de tiempo que afectan a cada uno. El tenor del discurso de Kropotkin es desconocido.

Esta discusión, promovida como se ha visto por Costa que después de las observaciones estrictamente colectivistas de Viñas rompe una lanza por el disfrute en común de los productos del trabajo, el comunismo libertario, y anotada por Kropotkin de su puño y letra, ha escapado a su memoria más tarde, puesto que decía siempre, después — como en su carta a Guillaume del 12 de junio de 1903 (*Suplemento*, número 292, pág. 552), que en 1880 ya ignoraba que los italianos habían aceptado el comunismo en su con-

greso celebrado en octubre de 1876 cerca de Florencia.

Expondré este hecho por los extractos de una carta que el anarquista italiano Dr. Nicolo Converti me ha escrito de Túnez, el 15 de mayo de 1897, después de haber recorrido mi *Bibliographie de l'anarchie* (Bruselas, 1897, XI, 294 págs.), entonces reciente:

"Respecto de la evolución de las ideas, creo decirle que la adopción del comunismo anarquista por el congreso de Florencia (1876) quedó casi desconocida de la masa socialista. Es en el proceso de Benevento (agosto de 1878)... cuando el comunismo anarquista, podemos decirlo, hace su aparición"... Y el doctor me remite a los informes extensos sobre ese proceso en los grandes diarios de Nápoles, como *Il corriere del mattino* que he dejado de consultar entonces y hasta hoy y que valdría la pena ver. Continúa: "...Poco tiempo antes de ese proceso de Benevento se publicó un manifiesto debido a la pluma de Covelli en nombre de la Asociación Internacional de los Trabajadores - Federazione pugliese, en el cual se había afirmado el comunismo anarquista. Es después de estos hechos que la *Plebe* de Milán, de Enrico Bignami, abrió una polémica cortés, observando la contradicción del comunismo con la anarquía y justamente porque hasta entonces el comunismo se había presentado como una concepción autoritaria, rechazada por los libertarios incluso los del matiz de la *Plebe* federalista. Esa polémica desarrollada seriamente con calma tanto de un lado como de otro, es una de las pocas, sino la única de las polémicas que acabaron con la aceptación de una idea refutada, el comunismo".

Lo que sigue es un poco difícil de desentrañar, pero comprendo lo que Converti ha querido demostrarme: 'Sin embargo, por lo demás, era el nombre de comunismo lo que antes no era aceptado, porque usted sabe ya que la idea comunista en realidad era admitida, cuando considera la fórmula de los colectivistas anarquistas: "de cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus necesidades", fórmula empleada antes de la aceptación del comunismo. Es verdad que eso no era considerado practicable inmediatamente en la revolución. Por ejemplo, se encontrará esa concepción en las *Idées sur l'organisation sociale* por J. Guillaume, aparecidas en

italiano, en folleto, al menos en 1875 si no antes. Es un folleto muy popular en Italia"... Converti ha conocido por tanto bien la traducción, inencontrable después, del manuscrito de Guillaume, de octubre de 1874 en italiano, hecha circular por Caffero, y el hecho que un colectivista tan notorio como Guillaume, no hable allí, como objetivo final, del producto integral, sino de a cada uno según sus necesidades, es lo que ha impresionado a Converti y sin duda a otros igualmente.

Teniendo presente esto, creo posible, — una hipótesis que emito — que Caffero, muy ligado con Guillaume en esos años y especialmente interesado en ese folleto, haya tomado la inspiración de su comunismo (desarrollado en el verano y el otoño de 1876 en Nápoles entre él, su viejo amigo Covelli y Malatesta, de esa preconización del comunismo final por Guillaume en ese mismo folleto, y que este sería así el motor inicial del comunismo anarquista italiano de 1876.

Sea como quiera, notemos que esta exposición por Guillaume insiste absolutamente en el factor de primera importancia: la abundancia, y que Caffero y todos los demás desdeñan soberanamente esa prevención y construyen las posibilidades inmediatas del comunismo por el aumento enorme de la producción después de la revolución, por la invención de nuevas máquinas, etc.; véase *Anarquía y comunismo*, por Caffero (1880).

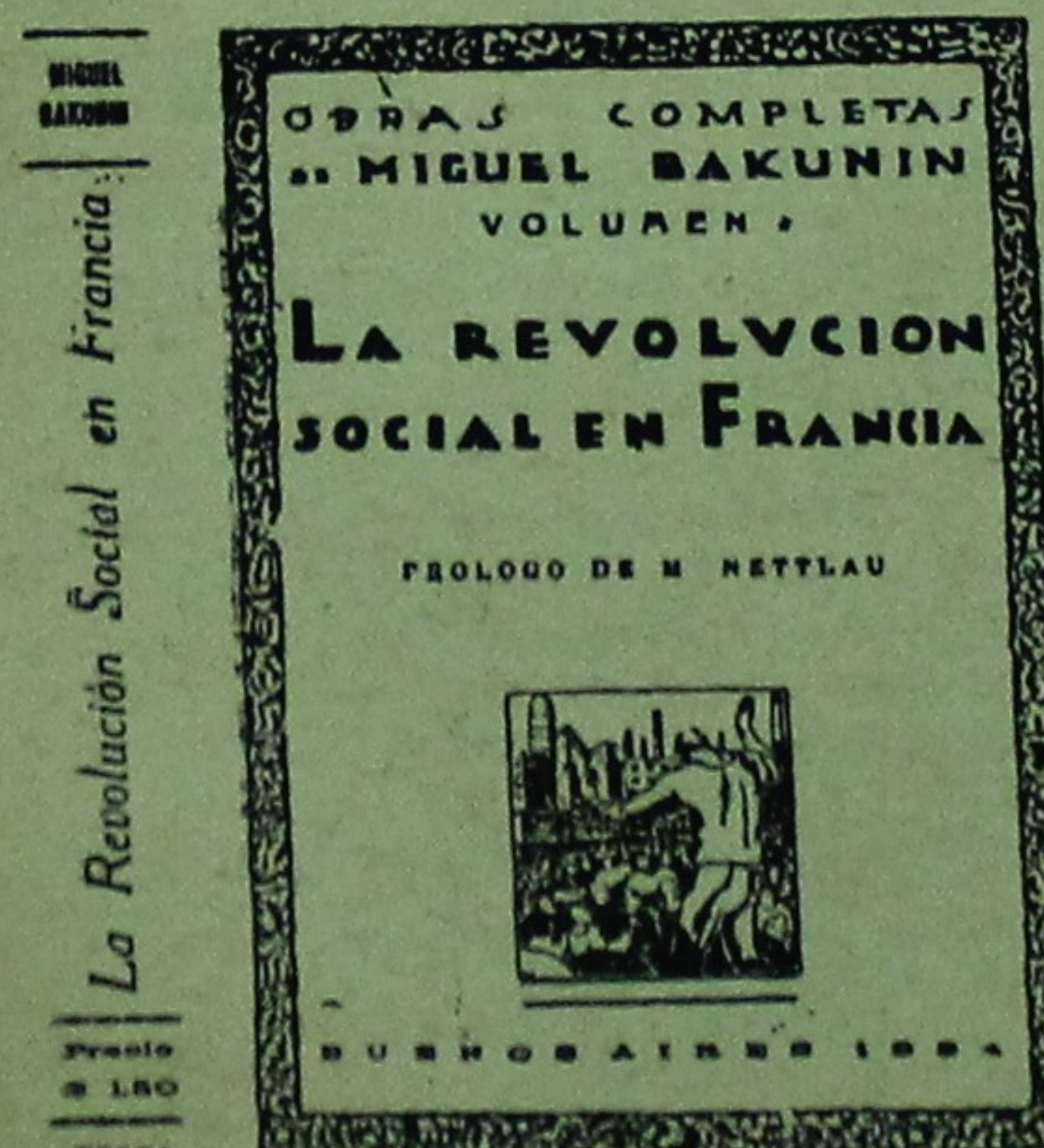
Sería preciso volver a ver ese manifiesto de Covelli, su periódico *L'Anarchia* de Nápoles y de Florencia, en 1877, *Il Nettuno* de Rimini (1877-78) *L'Avvenire* de Modena y algunos otros periódicos anarquistas de esos años, así como la polémica en *La Plebe*. En 1878, después de la partida de Guillaume y de los viajes de Kropotkin, la crónica del movimiento internacional tan esmerada desde 1872 a marzo de 1878 en el *Bulletin* jurasiano, fué interrumpida y hasta la aparición del *Revolte* en febrero de 1879, la llegada de Malatesta a Ginebra, etc. Kropotkin ha debido carecer de relaciones italianas, estando Costa absorbido también por la prisión francesa y después por el desfallecimiento.

Un documento más sobre los orígenes del comunismo anarquista está en una carta que Kropotkin me escribió el 13 de mayo de 1895 (en inglés); he publicado ese extracto hace algunos meses en *Freie Arbeiter Stimme* (New York); sin eso es inédito. Me escribió después de la lectura del pasaje siguiente de mi prólogo a Miguel Bakunin, *Oeuvres*, París, 1895 (5 de marzo), pág. XX:

"Es en 1876 — en tanto que yo sepa — cuando esas ideas fueron emitidas por primera vez en público en el seno de la Internacional. Se les agitaba ya en un folletito abstencionista, publicado a comienzos de 1876 en Ginebra, por proscritos lyoneses. La Federación italiana de la Internacional fué la primera federación que las adoptó en su congreso de octubre de 1876, celebrado cerca de Florencia. Fueron más tarde expresadas en periódicos, en conferencias jurasianas y ginebrinas, por C. Caffero, P. Kropotkin, Eliseo Reclus y otros, después en el "Révolte" de Ginebra y de París, en fin, desde entonces han suscitado una literatura ya abundante"...

Kropotkin me escribió al respecto:

"...En su prefacio a B(akunin) usted menciona el paso dado por nosotros para declararnos comunistas. Para nosotros, en la Federación jurasiana, fué una acción concertada por nosotros, la sección



Un tomo en rústica, \$ 1.50  
Encuadernado en tela \$ 3.50



de Ginebra, en compañía de Eliseo Reclus, para llevar esa cuestión al congreso de Chaux de Fonds en octubre de 1880, y para inducir a la Federación jurasiana a declararse comunista. Consideraba eso como un paso absolutamente necesario, y escribí en ese sentido a Reclus y a Cafiero, pidiéndoles que sostuvieran ese paso. Debo también decir que estábamos entonces en ignorancia completa sobre la resolución de un congreso italiano (Florencia, 1876) —de otro modo habríamos invocado sin duda alguna su decisión de apoyar nuestra propuesta (1).

Esta se aceptó (por el congreso jurasiano), pero con resistencia, especialmente la de Schwitzgubel —el *Programa socialista* que acababa de publicar, resume las opiniones corrientes en el Jura, — y de Pindy, que estaba sobre todo espantado de la impresión que eso produciría en Francia, donde el comunismo y el monasterio eran asociados tan a menudo.

Hallará débiles rasgos de todo eso en *Le Révolté*, II, No. 17, del 17 de octubre de 1880, en un sumario muy breve de lo que se dijo. Habíamos dado ese paso con gran deliberación — un paso de gran importancia, como lo ha demostrado el porvenir —, después de largas discusiones entre Dumatheray, Herzog y yo, y tras correspondencia con Eliseo Reclus, que saludó ese paso de inmediato y que le dió su apoyo fuerte en el congreso (2).

El escrito admirable de Cafiero (Anarquía y comunismo, *Révolté*, 13 de noviembre de 1880) fué una sorpresa encantadora para nosotros, los partidarios del abandono de la palabra colectivismo. Había prometido su apoyo, pero no habíamos previsto que llegaría con un informe tan excelente. La juventud jurasiana dió su pleno apoyo, y la proposición fué aceptada. El discurso de Cafiero ha dominado la situación.

El resultado se hizo sentir de inmediato, varios blanquistas nos han aprobado mucho, diciendo que ellos habían sido siempre comunistas. Pero el resultado principal fué el congreso de La Havre (*Révolté*, II, No. 20, 27 de noviembre de 1889), que fué visitado por Kahn (3), el cual acudió desde Suiza y llevó al congreso en favor del "comunismo libertario". Esta palabra tuvo allí su origen entonces. Bordat, Gautier, Mollin, cuyos discursos están en ese número del *Révolté*, se unieron de inmediato al anarquismo, y la separación de los colectivistas (4) fué operada.

"En una palabra: Bakunin — el congreso italiano — el congreso jurasiano — la Francia del congreso de La Havre; de este último congreso data el movimiento de Lyon. El Jura y Francia tenían buenas relaciones mutuas, y Malatesta estaba entonces en Francia (en París).

"Le escribo esto porque usted parece haber dado pasar por alto el congreso de La Chaux de Fonds (5). Nosotros, en Ginebra, lo hemos considerado como un paso muy importante y hemos atribuido un gran paso a su decisión, puesto que no estábamos de ningún modo seguros de que se tomaría en favor del comunismo. Guillaume dijo, más tarde, que fué un error. Yo pienso ahora que estuvo muy bien."

Este es, que yo sepa, el relato escrito más completo hecho por Kropotkin de esa preparación del Congreso de 1880 y de sus consecuencias inmediatas. No puedo más que sacar de nuevo la impresión de lo artificial de ese origen de una idea en tanto que tales aceptaciones por los congresos se consideraban como dándole una consagración cualquiera. Veo

que no se preocupa ostensiblemente del comunismo antes de marzo de 1880, durante más de tres años de gran militancia, ignorando el congreso italiano, olvidando a Costa y la discusión de Verviers reproducida más arriba, e influenciado directamente por la esperanza viva en él por las reuniones públicas en Francia — v. *La Commune de París* en el *Révolté* del 20 de marzo de 1880 —, que una revolución popular era inminente entonces. Tal revolución exigiría una toma de posesión inmediata y la satisfacción de todas las necesidades sin contar. Es claro; Blanqui había dicho eso, los colectivistas españoles lo confirmaban; Bakunin previó ese período de venganza, de saqueo, de desorden, de satisfacciones de los odios y los deseos populares. ¿Pero es eso todo? ¿es esa una prueba de que la sociedad entera continuaría en ese ritmo de las primeras horas, de los primeros días durante semanas, meses, años, durante el porvenir en suma? Yo pienso que no; esa tesis quedar por probar.

De Blanqui mismo se ha tomado recientemente en sus escritos postumos, la *Critique sociale* (París, 1885, X, 276 y 382 págs. en 8) el pasaje notable:

...No es por otra parte locura imaginarse que, por un simple golpe, la sociedad va a volver a caer sobre sus pies, reconstruida de nuevo?

¡No! las cosas no pasan así ni entre los hombres ni en la naturaleza.

La comunidad avanzará paso a paso, paralelamente a la instrucción, su compañera y su guía, nunca hacia atrás, nunca hacia adelante, siempre de frente. Será completa el día en que, gracias a la universalidad de las luces, ni un solo hombre pueda ser la víctima de otro. Ese día nadie querrá sufrir la desigualdad de fortuna. Ahora bien, el comunismo satisface esa condición...

Y todavía más: "...Tales serán, según nosotros, las consecuencias de la universalidad de las luces. Notad que, en este horóscopo, el comunismo figura como simple efecto, no como causa. Nacerá fatalmente de la instrucción, generalizada y no puede nacer más que de ahí..."

Y: "...¿Se trata de imponer el comunismo a priori? De ningún modo. Se limita (el autor) a predecir que será el resultado infalible de la instrucción universalizada" (reimpreso en *Le Libertaire*, París, 16 de marzo de 1929).

Es el mismo Blanqui de quien Kropotkin cita tan a menudo la observación que si veinticuatro horas después de una revolución hay aun hambrientos, mal vestidos, sin hogar, la revolución está perdida. Es ese carácter verdaderamente social impreso a una revolución — en lugar de las revoluciones políticas que se terminan, bajo pena de alta traición, en el instante que un nuevo gobierno es aclamado o proclamado! — es eso lo que Blanqui tenía presente, lo mismo que Bakunin y todos los demás, pero Kropotkin en 1880 concluyó en la permanencia de ese comunismo desde la primera hora, cosa que Guillaume consideraba imposible por la falta de abundancia permanente, que Blanqui juzga imposible por la falta de verdaderas luces, de verdadera inteligencia generalizada, que otros consideran difícil, si no imposible, por las exigencias técnicas de la producción que no se puede descuidar bajo pena de un lapso en la primitividad y la penuria. Y Reclus, comunista desde la primera hora, desde su juventud cristiana, si se ha unido a Kropotkin en La Chaux-de-Fonds, lo habrá hecho por otras razones y sentimientos, y Ca-

fiero igualmente, como lo muestran los argumentos de su informe.

El colectivismo anarquista era un vasto cuadro, la práctica de la cooperación solidaria libre, en la cual entraban todos los matices, también progresivamente el comunismo, como lo muestran las *Ideas* de Guillaume.

El comunismo anarquista es una afirmación especializada que, puesto que la vida es siempre la vida y produce la variedad, es escindida en algunas variedades que se excluyen mutuamente.

Lo primero es como un bosque con árboles de mil especies y formas, el segundo es como un árbol fraccionado en madera de fósforos. En el interior del cuadro colectivista hay lugar para todos, pero ningún matiz comunista está dispuesto a la convivencia con otro.

Kropotkin, durante toda su vida desde 1880, estaba ansioso por construir un comunismo propio a todo costo, pero salvo sus admiradores entusiastas que se convierten en sus imitadores, todos los otros anarquistas comunistas han hecho igual y pierden su energía refutándose el uno al otro, mientras que en el amplio cuadro colectivista, — como lo comprendía Bakunin y Guillaume, no el colectivismo petrificado de algunos otros —, verían de antemano amigos en los que proceden por otros caminos, y se sentirían reforzados, no debilitados por ellos. ¿No hay, en fin, que volver a ganar ese terreno más elevado de las grandes perspectivas y crear el vasto ambiente intelectual, y de sentimientos elevados, que corresponden a nuestra bella idea que es demasiado empuñada y está en peligro de estrellarse? ¿Queremos permanecer millares, decenas de millares o convertirnos en millones, en centenares de millones algún día? En el último caso es preciso abrir las puertas más vastamente, colocarnos en una base más amplia y más elevada, barrer nuestras disensiones como ociosas y aburridoras.

Que no se malinterpreten estas observaciones como un ataque contra el comunismo libertario, son una protesta contra su validez supuestamente única, contra la pretensión a la unicidad que repite cada uno

de sus matices con exclusión de los otros, de suerte que se siente uno en un bosque de Bondy de las dictaduras anarquistas, teóricas hoy, cruelmente opresivas si tuvieran el poder. Salgamos de ahí al aire libre, a la verdadera vida, al contacto amplio con la humanidad.

(1) Parece extraordinario que Cafiero no haya dicho nada a Kropotkin entonces. El *Bulletin* jurasiano del 3 de diciembre de 1876 contiene una carta por Cafiero y Malatesta, diciendo expresamente: "La Federación italiana considera la propiedad colectiva de los productos del trabajo como el complemento necesario del programa colectivista, siendo el concurso de todos para la satisfacción de las necesidades de cada uno la única regla de producción y de consumo que responde al principio de solidaridad" — y la *Arbeiter-Zeitung* (Bern), otro órgano jurasiano, informó el 28 de octubre de 1876 sobre el mismo hecho.

(2) Kropotkin había pasado a partir de la primavera de 1880 algunos meses en contacto personal permanente con Reclus en Clarens. El congreso jurasiano fué celebrado en octubre. Si se ha entendido, pues, con Reclus por correspondencia, ha debido hacerse, entre julio y septiembre de 1880, cuando Reclus estuvo en la Montaña. En el *Révolté*, Kropotkin sostiene el comunismo anarquista desde marzo de 1880 ya. Ha debido saber ya entonces, pienso, que Reclus estaría de acuerdo sobre este punto.

(3) Rodolphe Kahn, francés, muy activo en Suiza desde 1876 a 1878 sobre todo, ha escrito en 1880 el folleto *La Question électorale* (París, 1880, 14 págs. en 8.), probablemente el primer folleto anarquista publicado entonces en Francia misma. Sin nombre de autor; el camarada Grave me ha comunicado que R. Kahn fué el autor.

(4) Son los guesdistas (socialistas políticos) los que en Francia habían acaparado el nombre de colectivistas entonces desde hacía algunos años, lo que contribuyó tanto a disgustar a los anarquistas entonces de esa brava palabra.

(5) ¿Cómo hubiera podido dar el resumen más arriba citado si no había visto el *Révolté*? Hablo allí incluso de Cafiero, de Kropotkin y de Reclus, los tres principales protagonistas comunistas de ese congreso de 1880.

## Una obra de información y de cultura revolucionaria

"La Protesta,"

Diario de la mañana

Fundado en 1897

Crítica informativa diaria. La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos.

Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero.

Colaboradores en los diversos países.

El número suelto: 0.10 cts.

Suscripción mensual, incluso el SUPLEMENTO quincenal, \$ 2.50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A NOMBRE DE MARIANO TORRENTE: — CALLE PERÚ N.º 1537. — BUENOS AIRES — REPÚBLICA ARGENTINA

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico.

El número suelto, \$ 0.20 cts.

Suscripción trimestral, \$ 1.50.

Annual, \$ 5.—

EDITORIAL

"La Protesta"

Fundada en 1922

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará. — Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.



EMILIO LOPEZ ARANGO

# IDEAS Y ETICA

## EL ANARQUISMO Y LA DELINCUENCIA

Toda ideología tiene su ética. El anarquismo, ideal de libertad y justicia, es sobre todo una fuerza espiritual: el resultado de un lento proceso operado en el dominio de la cultura humana. ¿No se diferencian en eso los pueblos que lograron superar la primitiva barbarie y no está en la decadencia del espíritu civil la verdadera causa del retroceso que se opera actualmente en todos los frentes de la civilización capitalista?

La teoría de la amoralidad es la negación de las ideas libertarias. El anarquista, si es inmoral, para los moralistas burgueses, no lo es en lo que respecta a los fundamentos de la ética social. Quiere decir, pues, que es un adversario de las mentiras convencionales, de los prejuicios consagrados por la religión y las costumbres, pero no rompe con aquellos principios eternos que sirven de base a la sociabilidad y permiten al hombre distinguir lo justo de lo arbitrario, el bien del mal, el derecho de la fuerza bruta.

Para definir las teorías anarquistas, en oposición a todas las creencias religiosas y doctrinas políticas que consagran el derecho del más fuerte, es necesario tomar como principio básico la idea de justicia. El hecho de que los actuales dominadores empleen la violencia y el crimen para defender sus privilegios y para continuar dominando a los pueblos, si nos demuestra que sólo la fuerza resuelve el problema que llamaríamos biológico de la dominación capitalista, no justifica en cambio el olvido de las razones justicieras, altruistas y humanitarias que inspiraron a los más esclarecidos teóricos del anarquismo en su propaganda contra la insolidaridad social, los instintos feroces y las pasiones egoístas de las castas poseedoras y gobernantes.

Al calor de los acontecimientos derivados de la guerra y las revoluciones políticas determinadas por la quiebra moral de la democracia, se han difundido en los ambientes proletarios ideas de dominación. La dictadura de clase concreta ese espíritu egoísta. El bolchevismo y el fascismo, sujetos a la misma causalidad histórica, traducen el instinto gregario de las masas que creen libertarse por la violencia, con lo que se llega a subordinar la vida del hombre y el porvenir de la humanidad a la primitiva ley del más fuerte.

Se dirá que en la guerra todos los medios de defensa se justifican. El bolchevismo y el fascismo han agotado los recursos de fuerza para afianzar una dictadura de clase, suprimiendo las garantías de la ley común. Pero si la víctimas tienen derecho a herir al victimario con sus propias armas, no debe en cambio ser olvidado que también hay una ley de guerra: la que protege a los no combatientes y a los neutrales contra la violencia de los beligerantes.

La cuestión moral, en la propaganda anarquista, se plantea precisamente frente a las derivaciones de la mentalidad bolchevique y fascista, porque es a través de esa reacción violenta contra las dictaduras que nosotros descubrimos la relajación espiritual de los partidarios de la violencia por la violencia. No es el caso de discutir si es lógico, en Rusia o en Italia, el procedimiento de responder con el terror de abajo al terror de arriba. Esa actividad está sujeta a fueros individuales y a situaciones colectivas que no debemos poner en litigio los que vivimos fuera de aquellos ambientes preñados de odios y de enconadas pasiones. Lo que importa es plantear el problema de la lucha contra todas las manifestaciones de la dominación capitalista y contra la tiranía del Estado, en el plano internacional, para definir el proceso de las ideas revolucionarias en la conducta moral de los partidarios del anarquismo.

Invocando la necesidad de defender a las víctimas del fascismo, se intenta justificar todo acto de violencia que traduce la "intención" de herir al fascismo, pero que no alcanza a una sola de las múltiples cabezas de la hidra reaccionaria. Y se agrega que ese es un acto de guerra justificable, aun cuando vaya dirigido contra los no combatientes y se realice en un terreno neutral. Basta el propósito oculto para admitir como necesario el inútil sacrificio de vidas en empresas que tienen ante todo el sello de la impunidad y que a lo sumo demuestran un absoluto desprecio de los principios humanitarios y justicieros que arman el brazo de los verdaderos vengadores.

Nosotros vemos en cierta clase de atentados antifascistas el sello del fascismo. No es que inspire el gobierno italiano y sus agentes provocadores esa acción terrorista: es un fenómeno mental esa inclinación a la delincuencia política y sus autores sufren la influencia del mismo proceso patológico que lanzó a Italia a la más cruel y bestial guerra civil.

Generalizando el problema de la delincuencia, descubrimos en ese anarquismo que exalta el delito y hace del robo una virtud revolucionaria, las mismas causas morales, sociales e históricas. Ya no se trata de combatir a la burguesía por su condición de clase privilegiada, oponiendo al régimen de la propiedad privada, de la explotación del hombre por el hombre una idea de justicia, de igualdad y de libertad; se recomienda el procedimiento de la expropiación individual, del despojo con fines personales, para luchar contra los apropiadores de las riquezas colectivas. Y eso importa tanto como admitir que sea posible llegar a la revolución repitiendo los errores consagrados por las castas dominantes y empleando las mismas armas de los enemigos.

Hemos expuesto en varias oportunidades nuestro

concepto sobre el problema moral que, para la propaganda y las ideas anarquistas, plantea el culto a la violencia instintiva, al terror irresponsable y al egoísmo llevado al extremo de la delincuencia común. Partiendo de esa conclusión ética, a la que subordinamos la conducta de los militantes del anarquismo, combatimos los atentados que no realizan un objetivo preciso — que exteriorizan desprecio por la vida humana e inútil crueldad —, como denunciarnos como antianarquista la práctica del robo con fines individuales. ¿No está de acuerdo nuestro juicio con el punto de vista de los que entienden que la guerra contra la burguesía debe ser llevada a todos los terrenos, sin tener en cuenta los medios, persiguiendo únicamente un fin que no siempre puede ser confesado y defendido?

\*\*\*

El propósito de desviar la discusión sobre ciertos aspectos del terrorismo y de la delincuencia común que pretende disfrazarse con ideas revolucionarias y con supuestos fines vindicadores, es manifiesto en quienes están mental y espiritualmente fuera de la ética anarquista. Por lo que resulta difícil aclarar los términos generales de nuestra tesis doctrinaria, que no se limita a un caso particular o a la conducta de determinados individuos, sino que abarca el conjunto de un movimiento que pretende nada menos que llegar por el camino de las negaciones a una afirmación libertaria.

Nos interesa ante todo demostrar que la lucha contra las injusticias sociales debe partir de un objetivo social, humano, altruista. Lo que es injusto en el régimen presente será igualmente injusto en cualquier sociedad futura. Y no vemos que sea posible desterrar del mundo la maldad, el crimen, la violencia, el egoísmo, rindiendo culto al mal y elevando a la categoría de virtudes revolucionarias los mismos vicios que combatimos en la burguesía.

Son bien claros los términos del problema moral que planteamos frente al culto a la delincuencia. No

nos interesa, claro está, discutir sobre las causas primeras del delito. Está fuera de lugar que repitamos aquí aquello de que "la propiedad es un robo", porque no somos nosotros los que queremos librar a los primeros ladrones — a los legales — de la acción de los expropiadores ilegales. Lo que deseamos demostrar es que el anarquismo, si propicia la expropiación colectiva de los usurpadores, en cambio no acepta como coincidente con la doctrina de la igualdad social — en el trabajo y en el disfrute — la apropiación individual de una parte de las riquezas substraídas al patrimonio de los pueblos.

Quienes derivan estas conclusiones a su situación particular, las explican como coincidentes con la moral burguesa o las atribuyen a cobardía frente a actos que pueden ocasionar represiones policiales, no tienen en cuenta otra cosa que sus intereses, u obran movidos por pasiones que están muy lejos de reflejar un temperamento anarquista. ¿Es que el anarquismo, como idea y movimiento, debe estar subordinado a los golpes de ciego del primer fanático o amoral que reclame para sus acciones la solidaridad de todos los anarquistas?

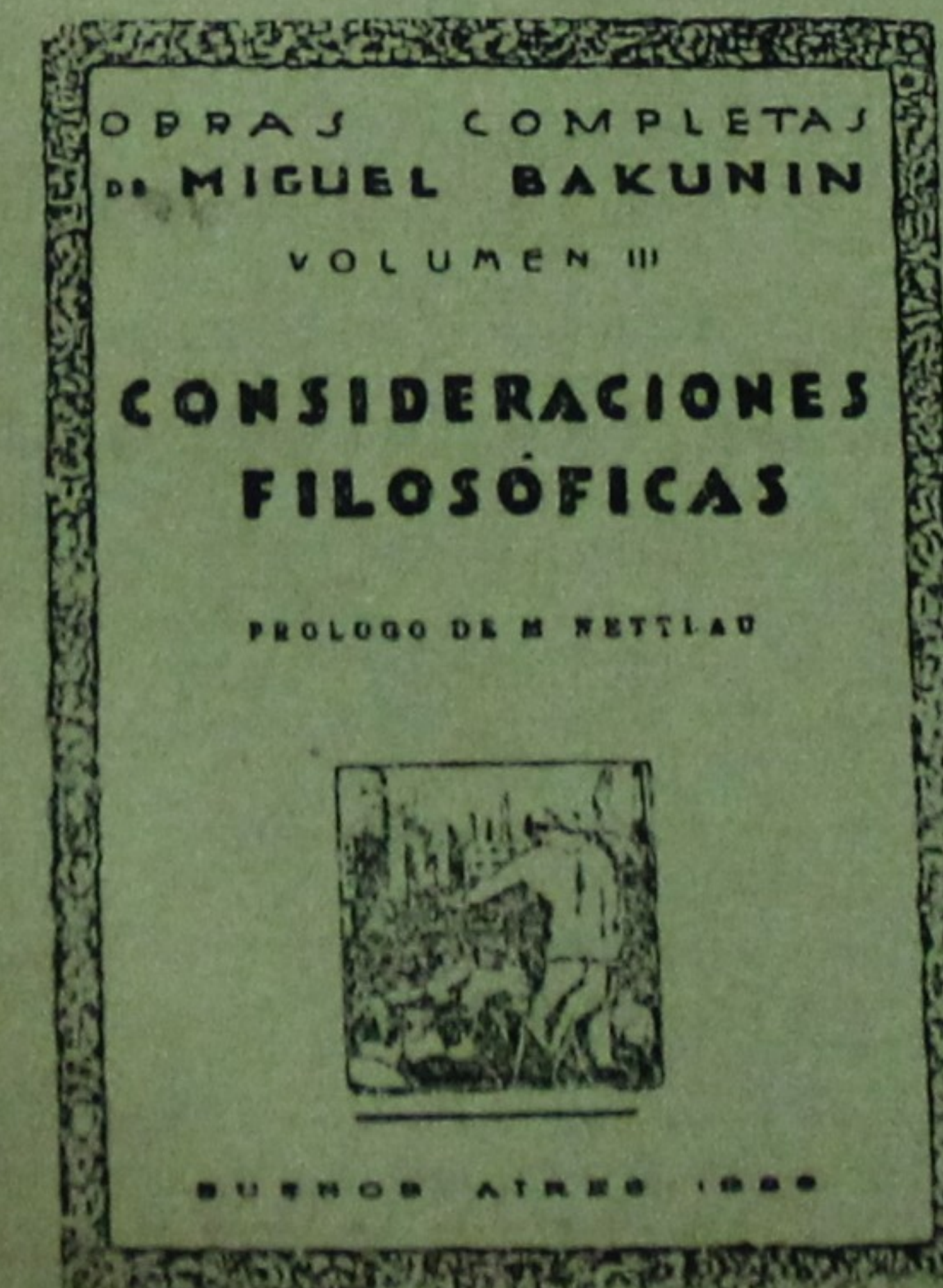
No negamos a nadie la libertad de obrar como mejor le convenga. El que procede individualmente, a costa del propio riesgo, no tiene por qué dar a nadie cuenta de sus actos. Y serán los jueces burgueses, no nosotros, los que los juzguen conforme a las leyes del Estado. Pero no se trata de eso. El terrorismo y la delincuencia, según la curiosa teoría de algunos anarquistas partidarios del terror sistemático y de la expropiación individual, son la esencia doctrinaria del anarquismo.

Es la teoría de la "delincuencia revolucionaria", no el factor social de la delincuencia común, lo que nos interesa discutir. ¿Acaso nos preocupa que los delinquentes ilegales roben a los ladrones legales? Diariamente se producen casos de esta naturaleza, sin que nosotros digamos una palabra de censura. Y aun cuando hacemos referencia a un caso especial donde aparecen como protagonistas individuos que se llaman anarquistas, no son los individuos los que nos interesan, sino las ideas que se invocan como inspiradoras de tales acciones.

También haremos ahora abstracción de la persona para abrir juicio sobre la campaña que vienen realizando algunos periódicos anarquistas de lengua italiana, que aparecen en Estados Unidos. Se trata de justificar, por parte de las referidas publicaciones ciertos actos terroristas que nosotros hemos calificado de sospechosos, no tanto porque desconociéramos su origen como porque no podíamos comprender su utilidad y eficacia desde el punto de vista revolucionario.

El caso extraño, de evidente parcialidad, está en que el inspirador de esa campaña es — según propia confesión — el autor de los hechos que hemos combatido. Por lo que se trata, no de discutir un problema ideológico y moral, sino de justificar la conducta de un hombre, ya que todo se reduce a la autología del terrorismo y la delincuencia. ¿Qué es lo que puede decir el propio enfermo sobre el mal que padece? ¿Qué terapéutica moral puede aplicar quien sufre el más profundo extravío ético o ha llegado a justificar en su conciencia, por un fenómeno de inversión espiritual, las más grandes aberraciones morales?

No es en ese terreno donde se planteará el problema que a los anarquistas interesa definir claramente para bien de la propaganda y de las ideas re-



Tercer tomo de las obras completas  
\$ 1.50



volucionarias. Si el individuo en cuestión quiere probar que sus actos son nobles y generosos, debe tratar de ajustarlos a un determinado orden de principios éticos. Realizado ese primer intento de justificación personal, quedaría la prueba más difícil: la cación personal, quedaría la prueba más difícil: la que surge del análisis de los hechos en sí, fuera de las ocultas intenciones, porque es sobre sus beneficios o perjuicios para el movimiento revolucionario que debe ser calificada la verdadera esencia del terrorismo.

Partiendo de esa base, sin tener en cuenta la calidad del sujeto o sus ignorados propósitos, hemos combatido los actos de terror ejecutados en esta ciudad en los dos últimos años. Por idénticas razones — porque existe una conexión entre unos y otros hechos — denunciábamos como antianarquista la delincuencia que trata de buscar en el anarquismo lo que llamaríamos una "impunidad ideológica", de la que se deriva una obligada responsabilidad moral de la colectividad libertaria con esas acciones individuales. ¿Debemos silenciar esos hechos, dejarlos pasar como acontecimientos vulgares, cuando sus autores tenían interés en que la prensa burguesa los presentara como coincidentes con los métodos de lucha del movimiento revolucionario? Para que quedaran reducidos al fuero individual — a la propia responsabilidad de los que habían procedido por su cuenta y riesgo — era necesario que ellos, no nosotros, se adelantaran a declarar que ninguna relación tenía su conducta con el ideal que profesaban.

Claro está que esa confesión no la harán, sobre todo los que caen en las redes de la justicia histórica. Necesitan seguir representando su papel de anarquistas de acción, porque así logran cuando menos comprometer la solidaridad de los anarquistas en su calidad de víctimas de los jueces burgueses, y, si en ello encuentran un recurso para eludir el código penal, declararán incluso que se les acusa de un delito común para castigarlos por sus ideas.

No es hasta ahora ese el caso del autoapologista del terrorismo. Pero cambiaría su teoría de la reivindicación de actos que el mismo se atribuye, si fuera otra su situación personal. Entonces diría, como otros muchos, que se le hacía víctima de una emboscada policial, que se le acusaba injustamente, que se trataba de condenarlo, no por un delito común, sino por sus ideas, y obligaría a los anarquistas, incluso a nosotros, a mantener una campaña solidaria para librarlo de las garras de la justicia histórica.

He ahí la última consecuencia de todos los casos de cobardía moral que se empeñan algunos en presentar como demostraciones del más "coraggioso" anarquismo. Y he ahí también expresada nuestra conducta frente al terrorismo anónimo e irresponsable y a sus derivados en el terreno de la delincuencia común.

No valdría la pena insistir sobre una cuestión de hecho suficientemente aclarada por los anarquistas: la del terrorismo anónimo e irresponsable. Pero como las sugerencias terroristas, se difunden en un ambiente propicio a toda suerte de equívocos y malevolencias, determinando a la vez un falso concepto sobre los objetivos revolucionarios y vindicadores del anarquismo, debemos puntualizar de nuevo hechos y cosas que entrañan un peligro para nuestro movimiento y para el prestigio de las ideas.

Como consecuencia de una situación reaccionaria que gravita sobre todos los pueblos civilizados y opera en la conciencia del hombre un proceso de regresión espiritual, se manifiesta en el campo de lu-

cha al choque de los antagonismos históricos, la más ciega y brutal violencia. Difícil sería establecer una diferencia de conducta, de moral, de sentimiento entre los grupos sociales empeñados en esa terrible guerra civil. Pero sí podemos reivindicar para el anarquismo la iniciativa de la gestión ideológica que tiende al equilibrio ético, por el rechazo de las gestiones dictatoriales y el culto de la fuerza difundidas en el proletariado por bolcheviques y fascistas, necesario para valorizar los verdaderos conceptos de civilización y progreso en la humanidad.

Existe, sin embargo, una absurda tradición, alimentada con todas las estupideces de la literatura burguesa y con la propaganda tendenciosa de la prensa capitalista, que presenta al anarquismo como un movimiento de violencia instintiva, fruto del odio ciego, de la desesperación, de la locura. Se pretende así desconocer no sólo los orígenes sociológicos de la anarquía, sino también la ética revolucionaria. Y se intenta de paso presentar como destructores sin conciencia, como enemigos de la sociedad y de la familia, como locos peligrosos a quienes combaten el régimen de violencia y de opresión que engendra los más monstruosos delitos.

Fácil resulta demostrar que los violentos y los desaprensivos, los egoístas sin freno y sin ley, los amorales sin escrúpulo y sin conciencia están al margen de las ideas y del movimiento revolucionario. El culto a la violencia pertenece a todas las religiones y a todos los sistemas políticos consagrados en el Estado. El espíritu de destrucción reside en la ley que condena al hambre a millones de seres humanos y que sanciona la esclavitud del asalariado: está en los códigos, en la legislación que ampara el privilegio, en los tribunales de justicia, en los ejércitos, en la policía, en todos los engranajes del poder destinados a perpetuar la delincuencia legalizada.

Pero podemos dejar a un lado la generalización del problema de la violencia y limitarnos a exponer el proceso del terrorismo político que sirve de síntesis a las dictaduras y que particulariza la odiosa explosión del odio religioso, racial, nacionalista. ¿Cómo defiende sus privilegios la clase explotadora y gobernante en los países civilizados?

Atribuir al anarquismo la exclusividad de la violencia es ignorar que vivimos en una época en que el crimen y el terror son manifestaciones comunes a todos los gobiernos y la esencia histórica del patriotismo y la civilización. En el régimen fascista se ha glorificado a bandidos y criminales y se justifican las más brutales represiones invocando razones de Estado. Los mansos corderos del Señor, movidos por un interés partidista, promueven en México una sangrienta guerra civil y matan a mansalva a los enemigos de su fe al grito de "¡Viva Cristo rey!" Y en todas partes la locura homicida opone sus fueros y realiza el bárbaro festín de la antropofagia, sin que se escandalicen los que atribuyen a una bomba más poder destructor que a los cañones que apuntan al corazón del mundo.

El hecho es que interesa a la burguesía ocultar sus pecados señalando a los que pecan visiblemente. Nosotros, pues, somos los grandes pecadores de la violencia. Para eso han formado una terrible leyenda terrorista los escribas y fariseos del capitalismo, presentando a los anarquistas como locos y criminales dispuestos a hacer saltar en pedazos el globo terráqueo. Y, claro está, como la estupidez humana es in-

finita, no faltan creyentes para ese culto grosero. ¿No es la policía la que representa la comedia de los complots y de las conspiraciones anarquistas, con sorteos y bolillas, en lóbregos sótanos, cada vez que la dinamita habla el lenguaje de la venganza o repite el eco de las grandes explosiones de la violencia estatal?

No es posible definir en el orden de las ideologías, de los sentimientos y de las pasiones humanas el carácter de los atentados, unas veces con propósitos conocidos y otras veces determinados por una extraña sugestión política. Hay actos vindicadores que el anarquismo justifica, porque entrañan una inevitable reparación justificada de crímenes impunes. Pero no todo el terrorismo es anarquista, aun cuando pueda sintetizar un estado de ánimo colectivo la demostración violenta de un desconocido. Y menos puede ser achacada a toda una colectividad una acción individual que, si tiene en vista el imperativo de la protesta contra un determinado estado de cosas, no se manifiesta de acuerdo con la ética del movimiento que aparece coincidente con esa clase de lucha.

\*\*\*

Hemos definido claramente, con palabras que no admiten torcidas interpretaciones, nuestra actitud frente a los hábitos de delincuencia que pretenden adquirir personería moral en el movimiento revolucionario. No haría falta, pues, volver sobre un tema que creemos lo suficiente debatido y agotado en sus aspectos generales y en su íntima naturaleza.

Si se tratara de justificar la existencia del delito en una sociedad que tiene por base el robo, nada tendríamos que objetar a nuestros adversarios de la extrema... delincuencia. Ya es vieja la teoría de que todo efecto tiene su causa. Y la causa histórica de los delitos comunes, como de todos los actos antisociales, está en la injusta organización social: en la propiedad privada, en los privilegios de casta, en las leyes que consagran la explotación del hombre por el hombre, en el Estado.

No es eso de lo que se trata. Nosotros justificamos al delincuente común como justificamos la existencia del delito en el régimen de la delincuencia capitalista. Aceptamos todo acto antisocial que esté inspirado en la lucha por la vida, y aun comprendemos los gestos desesperados de hombres que buscan en la violencia la ruptura del pacto de hierro impuesto por la violencia y el terror. Preferimos el rebelde que se apropia de lo que necesita para comer al sumiso que se deja morir de inacción, por miedo a las leyes, por respeto a la autoridad, por un estúpido acatamiento a reglas morales que tienen su origen en el despojo y la rapiña ejercitados por los más fuertes y los más astutos. Y aplaudimos sobre todo los actos conscientes de expropiación, pero cuando están determinados por imperiosas necesidades o interpretan un impulso instintivo de las masas trabajadoras en plena lucha con los explotadores.

Cuando se trata de acciones individuales, de expropiaciones que se transforman en una parcial apropiación del producto robado al trabajo por los capitalistas, dejamos ese asunto librado al fuero de los individuos. No es un problema moral el que plantea a los anarquistas el cambio de manos, astuto o violento, de las riquezas acaparadas por una minoría

privilegiada. Entre el ladrón legal y el ladrón ilegal no establecemos ninguna diferencia. Pero nos consideramos obligados a salir por los fueros del anarquismo — de su ética y de sus definiciones sociológicas: de la idea de justicia —, cuando alguien pretende reducir las teorías libertarias al simple acto de despojar al vecino, como si con ese despojo suprimiera las causas históricas del robo.

Es la exaltación del delito la que hiere nuestra sensibilidad. ¿Se debe combatir el mal con el mal? ¿Es anarquista defender como arma de lucha contra la injusticia lo injusto y lo arbitrario? Si justificamos al delincuente, como un producto que es de la sociedad burguesa, no entendemos en cambio que sea posible suprimir la delincuencia con la delincuencia. En igual caso está el exponente más crudo de la lucha social: el terrorismo. Todo acto de terror está condicionado por el ambiente y responde, cuando parte de abajo, al terror de arriba. Pero si ciertas acciones individuales se justifican por el móvil que las inspira — y sobre todo porque tienen el sello de la responsabilidad — otras, desprovistas de un fin lógico, o causantes de un mal más grande que el que se quiso señalar o reprimir, no tienen justificación posible en la conciencia de un verdadero anarquista.

No es posible, por otra parte, juzgar por las "intenciones" el resultado de actos que aparecen odiosos, desprovistos de generosidad, ajenos al objetivo que pudieran invocar sus ocultos y anónimos ejecutores. Y aun en el caso de que se conozca la "primera intención", cuando se transforma en hábito el ejercicio del robo ilegal se cae en el círculo de la delincuencia vulgar. ¿Hace falta aportar pruebas sobre las peligrosas derivaciones sufridas por el anarquismo de algunos países bajo la sugestión del banditismo y del terrorismo? Quienes defienden como anarquista todo acto de rebeldía y justifican y exaltan a los que pretenden extraer de las ideas libertarias la curiosa teoría de la amoralidad, ignoran la historia del movimiento anarquista en las naciones donde toda propaganda revolucionaria fué desvirtuada y aniquilada por esas tácticas que se intentan incorporar a nuestras organizaciones.

Algún que tiene interés en magnificar sus vulgares delitos y en pasar por un héroe del anarquismo, se empeña en desacreditar en el exterior y en hacer creer a sus cofrades que LA PROTESTA defiende a la burguesía contra los delincuentes comunes y al Estado contra los terroristas. Y de lo que se trata, ya lo hemos dicho, no es de calificar el delito en sí, como acto antisocial, sino de establecer la lógica relación que existe entre los anarquistas y cierta clase de subversivos... que han descubierto el secreto de la revolución en el asalto a un banco o en el petardo a las paredes de un edificio, beneficiándose personalmente con ambas cosas y comprometiéndose a todos en sus empresas particulares.





LUIGI FABERI

## EL GOBIERNO DE LA FAMILIA

No pretendo tratar aquí nuevamente los argumentos que, más o menos con el mismo título, desarrollaron en el pasado Agnolo Pandolfini y León Battista Alberti. Sin embargo, este título "estilo Renacimiento" me ha seducido en cierto modo a tratar nuevamente y examinar una cuestión de conducta moral de indudable importancia, de vez en cuando bosquejada por nuestras publicaciones, pero no profundizada lo suficiente, según mi modesto parecer.

Está descartado que a la palabra "gobierno" no le doy aquí el significado corriente de organización política y autoritaria, de "autoridad que rige el Estado", como dice el vocabulario, sino el otro más genérico y originario de una norma de conducta y dirección de una colectividad dada — la familia en el caso nuestro — y de su organización interior, de las elecciones entre sus miembros, más desde el punto de vista moral que desde el material y económico.

Debe también presuponerse por las consideraciones que van a continuación, que doy mucha importancia a la familia, considerada, no como ente jurídico-legal, sino como libre agregación de afinidades basadas en el amor, el acuerdo y la ayuda recíproca; que puede llevarse hoy a la práctica, a pesar del ambiente exterior y de sus coacciones, un núcleo de vida anarquista, y será ciertamente en un porvenir mejor la primera célula constitutiva del gran organismo libertario e igualitario de la humanidad.

A mí me parece que en el pasado se ha dado muy poca importancia a este género de propaganda, que consiste de hecho en realizar la libertad en la propia mente ante todo y luego en el ambiente íntimo y restringido de la vida familiar, en el cual la voluntad individual tiene mayores posibilidades concretas de escapar a las coacciones del ambiente y determinar un modo dado de vivir más conveniente al propio desarrollo moral y a la propia convivencia. He dicho "mayores posibilidades", porque yo las miro en relación con las posibilidades menores en los otros ambientes más vastos y menos homogéneos; pero con esto no quiero decir ni "todas" las posibilidades ni "siempre"; ¡al contrario!

Por lo demás, en la sociedad actual la familia, por muy libre y autónoma que pueda ser, sufre siempre las influencias corruptoras y desviadoras del ambiente exterior. Pero esto, hasta un cierto punto: hay siempre, donde más y donde menos, las posibilidades de escapar o de rebelarse a tales influencias, a algunas por lo menos; hay siempre algún modo de limitar o neutralizar sus efectos. Y cuando hay algún modo o posibilidad, el no aprovecharlos en los límites de lo posible, el no hacer siquiera el esfuerzo necesario y posible de una liberación parcial, escudándose en la excusa de la influencia del ambiente, constituye una debilidad y una deserción: significa faltar al propio deber.

En nuestra situación actual, por el retroceso tan contrario a nuestras aspiraciones, prisioneras de los acontecimientos, en la impotencia momentánea de impedirlos o detenerlos, la mente humana recorre el pasado y escruta qué errores de nuestra parte pueden haber contribuido a facilitar la prevalencia de las fuerzas de regresión. Y bien, entre estos errores, no el último, me parece que está el de haber descuidado la organización de las fuerzas morales, la fortificación espiritual de las posiciones conquistadas. En cierto modo éramos un ejército que avanzaba en masa, sin cuidarse espaldas, un ejército que trataba cada vez más de aumentar sus efectivos en marcha, sin preocuparse, sin cuidarse del país que dejaba atrás, y cuyas generaciones se renovaban sin cesar.

Los resultados materiales momentáneos satisfacían a los más; se cuidaba mucho de las construcciones generales políticas y económicas, estatales o extraestatales, de carácter colectivo, y nada se hacía que ellas pudiesen ser útiles o indispensables si quiera, hechas las débiles excepciones. Pero los individuos, componentes de las colectividades, en esa obra creían agotado lo que debía hacerse, y por cuenta propia no sentían tener un deber personal que cumplir, algo propio que construir y realizar consigo y alrededor de sí, dependiente solamente del propio esfuerzo individual y de la propia iniciativa. Sobre todo, los que habían abrazado un ideal de libertad e igualdad, descuidaban completamente la propia familia como si ésta fuese completamente ajena a sus preocupaciones de índole social y política.

Hubo años — me refiero al tiempo anterior a la guerra, y no al posterior, en los cuales los partidos de vanguardia se inflaron más de lo esperado por impulsos exteriores del todo momentáneos — en los cuales el elemento socialista y revolucionario (hablo en general, sin hacer distinciones entre las propias fracciones o partidos), aun siendo minoría, era bastante numeroso. Si todos los denominados subversivos, socialistas, anarquistas, sindicalistas, republicanos y en general todos los aspirantes a un porvenir de una mayor libertad y justicia, o por lo menos la mayoría de ellos, se hubiesen preocupado de crear las propias familias, en armonía con las convicciones propias, ¿creería quizá que hoy nos encontraríamos en las condiciones que estamos?

Aunque hubiese sido una minoría en la minoría en tener una preocupación tal, esto es: al por lo menos aquellos que en los varios sectores innovadores y reformadores eran considerados los mejores, hubiesen comenzado ellos mismos en su propia casa a cumplir el propio deber, a nosotros probablemente se nos habría escapado del todo la situación actual, pero en la lucha contra ésta habríamos podido contar con una élite un poco más rica de elementos jó-

venes llegados de las nuevas generaciones.

Hoy, bajo la presión ultra autoritaria y el aguijón de las persecuciones, se va formando en la juventud que se asoma a la vida, especialmente entre los obreros y estudiantes, una psicología nueva y llena de promesas. Pero esto es otra cosa: es la promesa del mañana, no la de hoy. El hoy habría podido brotar en mejores condiciones en las generaciones que se han formado de una decena de años a esta parte, y son las que han resultado más deficientes.

Ahora bien, esta deficiencia deriva de múltiples causas, entre éstas merece su lugar y tiene su importancia el hecho de que los hombres de libertad y de progreso se han preocupado muy poco, cuando todavía estaban a tiempo, de templar la mente y el corazón de sus hijos, de modo que la conciencia de éstos resistiese más sólidamente las influencias malsanas, para las presiones y choques del ambiente envenenado y criminal a causa de todas las consecuencias de la guerra.

Cada uno de nosotros, que milita bajo una bandera de liberación, al menos desde una decena de años antes de la guerra, puede convencerse de este hecho, mirando a su alrededor, observando las familias de los propios amigos, compañeros de lucha y de fe. Con pena debemos constatar que en contados casos los hijos de estos compañeros y amigos han adoptado las ideas del padre socialista o anarquista, llegando a su vez a ser fervientes militantes para las ideas. No faltan, aunque raros, aquellos que hoy se hallan en el campo más adverso de sus padres; pero de todos modos, la gran mayoría es constituida de indiferentes, de oportunistas, de individuos que aceptan la vida tal cual es y sufren las imposiciones sin hostilidad o repugnancia alguna, a menudo conviniendo los prejuicios y los más toscos respetos humanos.

Aun cuando no sean adversarios declarados de sus padres, miran a éstos casi con una especie de conmiseración indulgente, aunque no separada de admiración y respeto, pero siempre a distancia, como si fuesen gentes del otro mundo. ¿Por qué todo esto? A determinar en los hijos estados mentales y espirituales opuestos a los de los padres contribuyeron múltiples causas, entre éstas está ciertamente la negligencia de los padres o el método de educación erróneo, con el cual los hijos fueron educados, y tal vez — peor todavía — el mal ejemplo dado en casa por los mismos padres.

Ciertamente que este último caso es el más deplorable, pero yo no estoy dispuesto a considerar como un hombre sincero y de buena fe a quien se hace culpable de eso. Quien da a los hijos en su casa espectáculos repugnantes y de explotación, y fuera de casa se da aires de apóstol de la libertad y de la igualdad, no merece por cierto ser escuchado y presta un funesto servicio a las ideas que dice profesar. Casi siempre estos seres terminan mal; y no hay que asombrarse que la doble comedia que desempeñan en la vida encuentre en los hijos, que asisten de cerca y ven todo lo feo e inoble, los jueces severos, dispuestos a condenar la conducta de los padres y en conjunto también sus ideas como una mentira de histriónes.

Aquí ya estamos en el campo de las bajezas y de generaciones humanas, que si afectan un poco a todos los campos de la actividad política y social, y luego también las de los innovadores y los revolucionarios, no encuentran en éstos alimento suficiente para arraigar profundamente. Por tanto no es de

estos fenómenos, más patológicos que normales, de lo que yo quería hablar.

Sin llegar a estos casos de verdadero mal ejemplo, es un hecho que muchos, que en público y entre sus relaciones exteriores vigilan a sí mismos para tener en alto la propia dignidad, en el interior de la familia se rebajan, se empuerquecen, se dejan vencer por las propias debilidades y descienden a transacciones, contradicciones e incoherencias consigo mismos, que sin embargo podrían evitar fácilmente, engendrando así en sus propios hijos y en la propia compañera una mejor estima, no sólo para sí, sino también para los propios ideales, los cuales terminan con no ser tomados muy en serio.

Pero lo que es más habitual, y es lo que en realidad ha impedido que se hayan recogido tantos frutos como era de esperar después de más de medio siglo de propaganda intensa y de luchas por la libertad y la igualdad, es, sobre todo, la negligencia de la familia, desde el punto de vista de la educación social y política. Muchos son los que separan casi o por completo la propia vida familiar de la vida política con que se conducen afuera: hombres llenos de fe, que se sacrifican por las propias ideas, que piensan solamente para la propaganda y su movimiento, no se preocupan absolutamente de hacer participar a sus hijos de sus preocupaciones idealistas. Desarrollan toda su actividad fuera de su casa, y en la suya son hombres diferentes, de buen corazón ciertamente, pero que creen haber agotado sus funciones con estar llenos de cuidados y afectos para sus hijos.

Una de las consecuencias de este sistema es que la educación íntima, espiritual, de los hijos queda encomendada enteramente a la mujer (que por lo demás es un mal también desde el punto de vista simplemente educativo, porque la verdadera educación no es completa si no participan armónicamente ambos padres); y la mujer, también ella extraña a las preocupaciones del hombre, hace que influyeran por demás en la educación las consideraciones del egoísmo familiar. Y cuando para el hombre suena la hora del peligro y del sacrificio, ya que en los peligros y sacrificios también la familia es inevitablemente trastornada, ésta no sabe explicarse por qué está llamada a sufrir por cosas que le son ajenas, y es conducida, naturalmente, sino a maldecirlas, al menos a mirirlas con una hostilidad más o menos irresponsable.

Aun cuando no sucedan estas consecuencias desastrosas, la negligencia de los padres para la educación de los hijos, social y política, tiene por consecuencia el alejarlos de sí y del mundo propio por una infinidad de otras razones. Ya que por costumbre la misma negligencia que se tiene por los hijos se ha tenido antes y casi siempre con la compañera, cuando ésta (y la mayoría de las veces en tales casos) no tiene las mismas ideas del hombre, los hijos son educados con ideas y sentimientos contrarios a los del padre. Los hijos pueden más tarde ser coquistados por las ideas del padre, pero queda siempre en ellos el sello de la primera educación.

Aquí debo advertir que cuando hablo de la educación de los hijos desde el punto de vista social y político, no reduzco la cuestión hasta el punto de patrocinar una especie de educación artificial de futuros anarquistas, socialistas o cualquier otra cosa, en el mismo sentido con el cual se educan los católicos, con hacer aprender de memoria el catecismo y las plegarias. Nada más tonto que la pre-



tendida educación libre (que después es todo lo contrario) de ciertos padres, que empiezan imponiendo a los recién nacidos los nombres que son un verdadero y propio bautismo al revés — Comunaldo, Ateo, Anarquía, Rebelde, Libertario, Bolchevique, etc., etc. — y después, cuando los bebés comienzan a balbucear, los llevan entre sus amistades y les hacen repetir como a un loro la lección: "yo soy anarquista", "yo soy socialista", "yo soy bolchevique" y otros puerilismos del género.

Se cae con esto en el ridículo, y tales formas de variedad no excluyen luego que la educación familiar pueda ser en sus resultados todo lo contrario.

El hombre que por lo demás tomase en serio un sistema tal del todo antilibertario e impusiere a sus hijos antes de la edad de la razón, como un dogma o una verdad revelada, la adopción de éste o aquél programa político-social, cometería el mismo error funesto pedagógico de los curas. No educaría hombres libres, sino máquinas con alma de esclavos, encontrándose más tarde estos hijos en la vida sin el equilibrio debido, con una etiqueta exterior que no corresponde a su verdadera mentalidad y psicología.

Antes o después — sin la intervención de varios factores que corrijan el error inicial de quien los educó — ellos convertiríanse en adversarios o, cuando menos, en extraños a las ideas del propio padre, por espíritu de rebeldía y de reacción, o porque su educación dogmática los haría más aptos para aceptar y seguir las ideas dogmáticas y autoritarias, alejándolos de aquellas que tienen por base el espíritu de independencia y el principio de libertad.

Otra cosa es la educación libre; esta consiste en educar los seres cuyo espíritu, llegado a la edad de la razón, no ha sido ya tomado y aprisionado por cualquier apriorismo dogmático, de manera que sean lo más posible espiritual y materialmente libres para conducirse por sí mismos y tomar en la vida el camino que más concuerda con sus tendencia y sus sentimientos. Lo que hay que educar en los niños son los sentimientos morales, inclinar sus tendencias hacia el punto de vista universal y humano, sin subordinarlos a programas de ninguna clase: favorecer el desarrollo de los sentimientos de justicia, de solidaridad, de amor, de independencia, de apoyo mutuo, formar la conciencia del deber recíproco; inspirar la aversión a toda forma de prepotencia y a todo esto que afea, que presenta miserable, innoble y doliente la vida humana.

Esta educación no puede obrar más que sobre o a través del sentimiento; no es un conocimiento o una serie de conocimientos, una regla o una serie de reglas, una enumeración de hechos que hay que aprender, etc., como en la geografía, en la aritmética y en gramática. Se trata de modos de sentir, que no pueden ser inspirados o educados más que con manifestaciones y actos de amor, con el constante ejemplo de todos los días, con la armonía entre los hechos y las palabras, con las miles de pequeñas y grandes expresiones de afectos, que sólo en la intimidad de la familia encuentran el camino para comunicarse a los niños, y que se consigue sobre todo cuando el padre y la madre están concordes en la dirección que tienen que darle a esa obra suya, fruto del amor.

He aquí por qué la crianza de los hijos tiene una poderosa e inviolable relación con la educación de la mujer. El hombre libre, que se propone formar una familia nueva, que sea, en plena sociedad bur-



"Mater Amara", por Attilio Piccirilli.

guesa, una célula de la futura sociedad libertaria, debía desde el primer momento del noviazgo preocuparse del porvenir; esto es: ser suficientemente dueño de sí y de las propias pasiones, y elegir por compañera de la vida una mujer que, aunque le aporte la belleza para los placeres de los sentidos y los brazos para la ayuda material, se asocie también para una obra común, y concuerde con él en los sentimientos, al menos aliada espiritualmente en la misión que él se ha dado para toda la vida.

El hombre que ama y es amado, aunque no encuentre en la compañera aquella que él aspira, puede siempre influir sobre ella para transformarla, pero a condición de que lo haga en seguida, desde el primer momento, sin esperar que se vaya formando la familia, porque entonces será demasiado tarde y la transformación o conversión de la mujer resulta más difícil, tomando en ella ventaja una infinidad de otras preocupaciones. Este argumento del período del noviazgo, como el momento más apropiado para una consciente educación recíproca del hombre y de la mujer para una más alta concepción de la vida, merecería ser un poco más desarrollado, pero es un argumento que se excede de los fines del presente artículo.

Volviendo a la crianza de los hijos, repito que por educación no quiero decir que se provoque antes del tiempo la adhesión artificial de ellos a este o aquel

programa político-social. Por libertario que pueda ser este programa, el sistema de educación resultaría ultraautoritario y sería desde luego su negación; es un sistema que hay que rechazar completamente. Pero es necesario al mismo tiempo impedir que otros, con un sistema tal, ejerzan sobre nuestros hijos aquella misma coacción psicológica en sentido dogmático que nos hemos inhibido a nosotros mismos, tanto más cuanto que los otros ciertamente se servirían de nuestros hijos para ponerlos mañana en contra nuestra, para hacerles adversarios o enemigos de nuestra fe y de nuestras ideas.

Aquí hago un llamado especial a la atención de los padres de ideas libres, para advertirles que su negligencia en lo que respecta a la educación de los hijos, hoy sería todavía más culpable que en el pasado. En el pasado era la madre la que neutralizaba la influencia paterna con las prácticas religiosas y las supersticiones; eran la escuela y la calle las que atraían los niños por los caminos opuestos; pero al fin la misma diversidad y contrariedad de varias direcciones y de varias influencias disminuían el daño específico de éstas. Resultaba una educación equívoca, que conducía a la juventud al escepticismo y al egoísmo, pero que no hacía, excepto algunos casos, de los hijos enemigos de las ideas de libertad e igualdad.

Hoy los peligros y los daños son mayores. No es sólo la escuela, con un cariz más o menos clerical, la que ayuda y desarrolla la educación religiosa materna, que por otra parte se da independientemente de la voluntad del padre y de la madre. Además, a los niños se les inculca una cantidad innumerable de dogmas y prejuicios de carácter social y político, que sería un grave error dejar arraigar en la tierna alma infantil. Además de la escuela, otras influencias perniciosas provienen de la calle, de los cinematógrafos, los deportes, etc., los niños absorben gérmenes nefastos de brutalidad, de violencias y antihumanitarios; tendencias a la vanidad, a la coreografía, a la mentira y la simulación. Permanecer indiferentes, dejar que el agua corra por la corriente, conformarse con que los hijos queden en los límites de la obsecuencia a las leyes y a las conveniencias en uso, sin preocuparse de los sentimientos que se les viene infiltrando con el deliberado propósito de un evidente fin de regresión social, es un verdadero crimen.

Está en los padres poder reaccionar contra todas estas influencias malsanas del ambiente externo con una obra de iluminación en el interior de las familias. Decía más arriba que la educación libre no consiste en hacer aceptar apriorísticamente a los niños un programa determinado de libertad, que solamente más adelante, ya adulto, podrán comprender bien, aprobar y realizar; la educación libre consiste, al contrario, en hacer que el niño se presente en el umbral de la vida y de la razón, libre de cualquier cepo dogmático, de manera que su razón esté en grado de juzgar desapasionadamente y de elegir voluntariamente su ruta. Lo que pueden hacer legítimamente los padres, influyendo para que el juicio y la elección de los hijos sean orientados hacia el bien, hacia un fin superior de libertad y de justicia, es favorecer en ellos el desarrollo de aquellos sentimientos humanos más nobles y puros, de cuya bondad y elevación ningún hombre puede dudar, y que son el mejor vínculo moral que más adelante, cuando la razón pueda intervenir, el niño hecho hombre llegará a comprender y apreciar las ideas y los programas de renovación social y política.

Educando el alma del niño para sentir noblemente, según las inspiraciones del amor y la fraternidad humanas y según el espíritu de justicia, los padres pueden neutralizar eficazmente las influencias deletéreas y las enseñanzas malsanas que reciben en la escuela, en la calle y en los demás ambientes ajenos a la familia. Pero para esto es imprescindible que los padres vigilen atentamente la tierna plantita, para que cada vez que otros quieran torcerla por algún lado pernicioso se den cuenta y puedan acudir a tiempo para enderezarla, consiguiéndolo y protegiendo el débil tallo. Lean los padres ciertos libros que se ponen en las manos de los niños y hagan ver a éstos en seguida algunos errores evidentes, poniéndolos en guardia contra el engaño y la mentira. Que se hagan repetir las lecciones de los maestros y corrijan los eventuales errores, sobre todo en lo relacionado a los sentimientos y a la vida espiritual. No hay ninguna necesidad doctrinaria para esto: baste el buen sentido y el tener en sí mismo los sentimientos arraigados y bien desarrollados. Vigilar las impresiones que los niños reciben de la calle, de los espectáculos, del conjunto de la vida exterior, y favorecer las buenas y borrar las malas con la dulce influencia de vuestro amor.

Un padre que se haya conquistado y sepa conservar el amor y la estimación de los hijos, puede todas las noches, al regresar del trabajo, en una hora de alegre y confidencial conversación, destruir una gran parte, sino toda, de los gérmenes de pervisión, mentiras y prejuicios que durante el día pueden haberles sido inculcados (no importa si deliberada o inconscientemente) en todos los ambientes extra-familiares que los niños suelen frecuentar, sea con el fin educativo o con el de divertirse.

Los efectos y los resultados de este apostolado en la intimidad de la familia pueden parecer deficientes, porque no son muy visibles ni demasiado constatables. Pero, sin embargo, son innegables y profundos, aunque limitados por la extensión de las cuatro paredes y del número relativamente escaso de los hijos de hombres libres. Quiere decir esto que en los hijos de los otros, en los hijos de siervos que permanecen serviles de espíritu, aun cuando pertenezcan a la categoría de los patrones, pensemos más adelante, cuando sean mayores, con la propagación de nuestras ideas. Pero mientras tanto empeemos salvando, cuanto más nos sea posible de los ambientes deletéreos que vivimos, la conciencia de nuestros hijos.

Habremos así cumplido con un deber que nos lo han dado al mismo tiempo la naturaleza y la sociedad humana y nuestra paternidad fisiológica, y cumpliremos también con nuestra cualidad de hombres libres.

"LA PROTESTA"  
(diario)  
y el SUPLEMENTO.  
(revista quincenal)

Subscription mensual a ambas publicaciones, \$ 2.50. — Pago adelantado.

Todo importe remítase a Mariano Torrente. — Perú 1537.



## PAGINAS DE SEVERINE

El 21 de abril ha terminado en las proximidades de París sus fecundos 74 años, madame Séverine, que se inició en las lides del periodismo revolucionario con Jules Vallés, en "Le Cri du Peuple" allá por 1880. Ha quedado en la brega hasta su muerte, combatiendo por la justicia, por la humanidad y por la verdad. No era anarquista, pero entre los anarquistas ha tenido, a pesar de que no compartía nuestras ideas, los más vivos admiradores. Por lo demás, era una personalidad que había logrado imponer respeto hasta a sus adversarios más enconados, por su altura de sentimientos, por su espíritu solidario, por su rectitud y su consecuencia. Todavía hace bien poco tiempo se le ha visto defendiendo con la palabra y con la pluma la vida de Sacco y Vanzetti.

Su labor literaria está diseminada en la prensa. De ella se han recogido algunos volúmenes, dos de ellos, "En marcha"... y "Páginas rojas", traducidos al español y actualmente agotados. A continuación reproducimos algunas páginas viejas, pero siempre nuevas por la valentía y el sentimiento que las inspiran.

### SU PIEDAD

Para Laureat Tailhade.

¿Que dé mi opinión sobre el atentado de Barcelona? Si el malicioso que me incita a darla creyó trabar mi sentimiento, no medité bien su cálculo.

Confiaba clausurarme entre mi misericordia y mi tendencia. ¡Qué bien si, implacable, daba mi bendición a la tragedia! ¡Y cuánto, cuánto mejor aun si, sobresaltada, mi piedad me alejaba de los rebeldes, reproduciendo, mitad por indignación, mitad por miedo, a mis viejos amores.

De San Pedro a Luis Blanc, ¡cuántos y cuántos negaron, total o parcialmente, sus doctrinas a maestros, cuando la reprobación ascendía a la amenaza y corrían por las calles asolamientos y angustias! Jamás he sentido esos miedos; jamás conoceré esas cobardías. A unos y a otros, hablaré franca y rudamente. A unos, por haber desentrañado su valer, el fondo de sus hipocresías, porque he entrevisto la podredumbre del viejo mundo, padre de todos los crímenes, los que comete y los que tolera. A otros, porque la anarquía nace de la libertad, porque ninguno de sus partidarios ha reprochado a Reclus, a Kropotkin, a Grave, sean teóricos puros, estén fuera de "la acción", porque la grandeza, la bondad de esa doctrina está en tolerar libérrimamente la independencia de cada temperamento, de cada carácter, de cada juicio.

De ahí dimana su pujanza, su misteriosa atracción, y la sugestiva heterogeneidad de sus fuerzas donde los especialistas, los eruditos, como Malato, Faure, marchan con los intuitivos teóricos Mirbeau, Rosny,

Descaves, Tailhade, Paul Adam, Zo d'Asa, Bernardo Lazare, Darien, Tabaranol, Zéraco, Féneon, Bounanur, Boute, etc.; una generación de altos escritores, con fiebre de ideal.

Los suplementos literarios de la *Revolte* dicen mucho. En ellos, los venideros historiadores deberán buscar el secreto de la revolución que viene — digamos evolución para no asustar — como los historiadores de la pasada debieron remontarse a los enciclopedistas, ¡cuyo tintero parió un mundo!

\*\*\*

La guillotina fué antaño la auxiliadora; hoy es la bomba. Las dos me asustan, me hielen. En mí, ese horror es sincero e imparcial. Para toda catástrofe tengo una lágrima; toda inhumanidad exalta mi sistema nervioso. Pero no comprendo el llanto en los que divinizando el patíbulo anatematizan a Ravachol y reprobando la dinamita, palmotean ante Lebel o Krupp. Yo no entiendo, no puedo entender estos distinguos. ¿Por qué se proclaman y se viven? ¿Acaso por matar el explosivo brutalmente a inocentes y a desconocidos? Sí, el explosivo, asesina brutal, fatalmente, pero los ahogados en Nantes cuando la Revolución, los quemados de Luissette, ¿eran todos culpables, todos aristócratas? Ved las listas y son ringlas de hombres, de mujeres, de niños del pueblo.

¡Natural que una llorona como yo se conmueva y desfallezca! Cuando veo un herido, lo auxilio; ¡qué se me importa a mí la mano que arrojó el proyectil o hirió las carnes! Sigo, con ello, de mi sexo los instintos y de mi fe los preceptos. Pero desplegar vosotros tales tesoros de sensibilidad, gritar los ru-



MADAME SEVERINE

da, tan orgullosamente contra la crueldad de los bárbaros! ¡Lástima, decís? La lástima es Una. Implacablemente lógica, domina las artificiosidades de la política y no da el brazo a servidores de intrigas e intereses. Todos los que sufren, aun los malos, tienen derecho a sus misericordias. Va lo mismo tras la carreta del verdugo que en plegaria por los muertos de Barcelona. ¡Qué ofrenda tan bella, tan inmarcesible esta de la piedad, frente a vuestras vergüenzas e ignominias!

¡Vuestra piedad! ¡Vuestra lástima! Carátula para amedrentar, servidora de odios, guardiana de cajas de caudales, concubina de verdugos, yo tengo para ella la enorme maldición de todas mis entrañas.

Siendo exclusivista, resulta sospechosa; siendo ilógica, está nutrida de fariseísmo. ¿Acaso estimulando la indignación y el llanto de los crédulos, no trabajáis para vosotros mismos?

Sufre mi corazón ante esas víctimas que quizás no habían sido malas, e, ignorantes de los privilegios de su casta, dieron por sus culpas su vida; creo no forma el teatro en el catálogo de los lugares nefandos, puesto que a él acuden anarquistas y para él — tribuna admirable — escriben, y, arrojadas las bombas en otro sitio, resultaran menos inhumanas. Siento y creo eso, pero también debemos decir otras palabras y cumplir otros deberes...

\*\*\*

Orgón, desengañado de Tartufo, grita: — *Tant de fiel entre-il dans l'âme d'un devot!* El trabajo de una conciencia, que llega a esas altitudes de crueldad; la explicación de cómo un hombre, un hijo de madre, puede concebir esos proyectos, esas hazañas de tigre, es lo que hay que saber y explicar.

Mientras lloran sobre las víctimas pienso, irremediablemente, en ese desconocido que escogía, bajo la riente luz de los focos, el lugar para alzar la muerte. Me sumerjo en esa alma preñada de desolación, de espanto... ¿He dicho desolación? Sí, desolación, porque para que no haya desmayado era preciso le royese el odio hasta la médula y sufrir tanto dolor como dolores iba a sembrar.

¡Un monstruo!, gritan los incrédulos de la psicología.

¡No hay monstruos, gente de poca fe, no hay más que enfermos! Por el atavismo, por la herencia, por el vicio, por degeneración; y si no, enfermos desesperados por la acción social.

Estorba este credo la teoría del castigo. Sustituyendo la intervención penal por la prevención, por el consuelo, por la cura, ¿qué sería del andamiaje represivo? Y ¿para qué se necesita? En el laminador jurídico lo que al entrar es dolor, cambia, al salir, en rebeldía. Preguntadlo a los polizontes, a los jueces, a los verdugos. Los sistemas penales nada logran, nada mejoran, ni reprimen. Los anarquistas de Jerez alzaron bandera negra. Cayeron y fueron agarrotados Pallás los vengó. A los manes de Pallás — este es un duelo sin gracia ni tregua — acaban de sacrificarse cien muertos y heridos. Si el matador cae preso, será ejecutado.

¡Y después?

Miremos cara a cara a este después. Los cirujanos políticos preconizan la operación cruenta. ¡Si en su lugar empleásemos la antisepsia! Si probásemos a mejorar los dolores proletarios y a tratar con fraternidad a los sufrientes que se alzan en armas.

¿Sabemos nosotros lo que haríamos, colocados en cierto ambiente, viendo perecer sin socorro a los nuestros, gemir, gemir a los niños, llorar a la mujer, no tener ni valor, ni esperanza, ni pan, ni luz, ni fuego... y el lujo de los ricos pegándonos en los ojos?

Esa piedad que se espanta, que enloquece al ruido de las explosiones, ¿por qué no se para ante la explosión de las desesperaciones populares, del inmenso gemitido que sube del abismo?

\*\*\*

Dos veces, en esta semana, ha hablado la dinamita: en España, en el Liceo, en Francia, del modo siguiente:

Las compañías mineras del Norte, triunfantes en la huelga, se vengan no admitiendo — han sido 500 los cesantes — a los socios de los Sindicatos.

Un minero de Mazingarde, Aquiles Véret, no ha podido resignarse a la visión de su madre, de su mujer y sus diez hijos hambrientos, y colocando un cartucho de dinamita bajo su almohada, presenta la dimisión de su vida. Las autoridades y vecinos recogieron las tripas del infeliz, las pobres tripas que no pudiendo hartar las esparcía.

Era un resignado, ¡si hubiese sido un rebelde! Pero ¿quién piensa en eso? ¿Quién se para a reflexionar sobre esas "utopías"?

El respeto a la vida humana; la culpabilidad del homicidio; el horror a la sangre. ¡Cuántas bonitas canciones han aderezado con esos motes los cocodrilos de la piedad! Nadie tiene derecho a arrodillarse sobre las tumbas, si no tienen limpias las manos de sangre. Las de ellos, ¿están puras?

Marta Giraudier (1), joven bella, espectadora inocente, yace destrozada en el ataúd, como María Blondeau y Ernestina Diot.

Consuelo Guardida, Mercedes Plajá, la joven Corona, han caído muertas en el Liceo; también las infortunadas Lucía Hublet y F. Peunellier. Otras han salido heridas, como las pequeñuelas Bastain, Elisa

(1) La autora alude, con estos nombres, a las muertas en la carnicería realizada por las tropas francesas en Foumies. En "Páginas Rojas" les dedica un artículo.



Lecomte, E. Dupont. En Barcelona, no han caído niños; en Fourmies, sí...

No chilléis, no apostroféis, echando mis parangones a mala parte. Esto no borra aquello. El fratricidio siempre será fratricidio, porque quien matara a Caín no borraría la muerte de Abel.

Era necesario evocar esos espectros para azotar las misericordias falsas, impidiendo usufructuén la piedad quienes la ultrajan.

## RELATO

*"Peut être eût-il mieux valu  
éviter tant de sang".  
("Le Figaro").*

En 1892, Jerez se amotinó. Un movimiento sin jefes, sin consigna, sin programas, casi sin finalidad. Gentes hambrientas saquearon las panaderías y, borrachos por la hartura, corrieron por la ciudad expropiando, sembrando desorden.

¿Directores? No los había. Aquella era una masa, un rebaño: los carneros de Panurgo. Cuando empezaron las detenciones se hicieron en los grupos, al azar; después fijaron culpables y responsabilidades para el advenimiento del castigo.

Cuatro hombres, artesanos cargados de familia, fueron estrangulados por el verdugo — les dieron "garrote" como dicen allí — en la plaza pública. Nada pudo conmovir la misericordia real. Mandó recursos a las viudas y a los huérfanos y tranquilizó su conciencia.

Las prisiones rebosaron, no de culpables, sino de sospechosos. Los que no eran monárquicos — entre los obreros, por supuesto — sin motivos, sin auto judicial, fueron arrancados de sus hogares. La cárcel de Barcelona fue la honrada con mayor número de detenidos y con suplicios.

Los consules — salvo el nuestro — poco confiados en el enjuiciamiento penal español, reclamaron por sus compatriotas. En efecto, el período preventivo está, bajo el hermoso cielo catalán, al capricho del juez y varía, según su grado, de uno a tres años, durante los cuales los tienen en cueros, donde se amontonan en promiscuidad infame, hombres, niños, viejos, imradicias, detritus, sufriendo la roedura de la humedad y una perpetua asfixia. Por alimento una sopa donde nadan unas patatas y un pan de 300 gramos; por vestido, unos harapos; como estomacal, palos.

La puerta, a veces, se abría y los carceleros gritaban un nombre: un detenido por error, un reclamado o un sitio que era necesario vaciar. Salía a la luz, a la calle, ¡libre!, y, como al entrar, sin saber su delito. Uno de estos "favorecidos" fue Víctor Rougeau. Estuvo preso veintidós meses.

Otro francés, el 9 de febrero, la víspera de la cuádruple ejecución de Jerez, fue capturado en Barcelona por el delito de "opiniones revolucionarias". Nadie le acusó de nada. Su mujer estaba en cinta y el matrimonio tenía ya dos bebés. Amenazaron de tal modo a la infeliz, tales tratos la hicieron sufrir, que malparió, echando de sus entrañas un mondon-go sanguinolento. En la agonía, pidió abrazar a su marido. Se lo negaron. Sola, desesperada, buscando en la negrura la frente de los huérfanos, descansó en lo eterno la mujer del anarquista. Para edificación pública enterraron religiosamente, contra su

voluntad, el cuerpo de la que hicieron blasfemar en la hora de las consolaciones supremas.

Otro, también francés, pasó allí veintiocho meses de prisión preventiva.

Los españoles, muchos de ellos, se suicidaban, hartos de esperar. Los amigos "ayudaban" a los amigos. Rehusaban algunos comer aquel pan y aquel hervido que despreciarían los puercos; se envolvían en los restos de las capas y, estoicos, iban hacia la muerte, en una agonía de noches, de días eternos.

La epidemia era su segunda libertadora. En el silencio preñado de suspiros, en la sombra apesada, vibraba, ronco, el resuello de un agonizante. Las manos, los pies de todos tanteaban buscando. Cuando encontraban el cuerpo, ya no vivía. Rezaban los creyentes; llenaban de blasfemias la mazmorra los descreídos. Todos apuñeaban la puerta llamando a los carceleros, no fuera que, cual otras veces, conservaran el cadáver putrefacto de su compañero tres días.

Entre todos los jefes de la represión, Martínez Campos fue el implacable. Paulino Pallás tiró una bomba a los pies de su caballo. Paulino Pallás fue ejecutado y de nuevo estallaron las ergástulas. Empezaron las detenciones caprichosas, los racimos humanos corrieron por los caminos. En Barcelona cien nuevos cautivos se sumaron a los precedentes; los cuarenta y seis detenidos de Valencia fueron golpeados furiosamente con vergas de nervios de toro.

El director de la prisión de San Gregorio, en Valencia, era el mismo que administraba la cárcel de Jerez en 1892. Fue maltratado por Zarzuela, uno de los ajusticiados algunos días después. Inútil describir sus sentimientos. He aquí cómo los manifestó: Estaban restaurando el edificio. En el patio había una reja de hierro de unos 1.400 kilos de peso. El director escogió entre los prisioneros los ocho más débiles, y, para estimularlos, puso a su servicio un cabo de vara. Entonces mandó:

—Levanten la reja a hombros.

A pesar del esfuerzo enorme, angustioso, la masa de hierro no oscilaba. Los vergajos chocaron en las espaldas curvadas.

—Duro con esos cochinos.

—No se puede — murmuró uno.

Entonces, para facilitar la operación de los ocho, retiraron dos. Luego quedaron cuatro, las vergas cantaron implacables en sus lomos.

Uno murió.

"El Productor" relató estos hechos. "Le Gaulois" y "Le Figaro", garantizando su veracidad, narraron lo siguiente que "Le Gaulois" ofrecía a nuestros jueces, excesivamente timoratos.

Las narraciones de los periódicos franceses se referían a los medios que los jueces usan con los reos, o testigos recalcitrantes para obligarles a declarar o denunciar. El procedimiento resulta curiosísimo. Old. Durante tres días se alimenta al hombre con pan duro y bacalao seco, sin darle ni una gota de agua. Pasado el término de alimentación, se le lleva al despacho del juez. Dos agentes sostienen a la bestia que espumea, rojos los ojazos. El juez juguetea con una botella de agua.

—¡Quiero beber! ¡Beber! — gruñe el suplicado.

—Ya beberás, hombre, ya beberás; pero antes de clara.

—¡Quiero beber!

—Sí, hombre, sí. Pero ¿verdad que Fulano estaba contigo, que Zutano ha dicho esto, que Mengano hizo lo otro?

—¡Tengo sed! ¡Beber!

Arrodillado, babeando sangre, sollozando de deseo, alarga el infortunado las manos. Entonces, el animal dice todo cuanto quieren que diga. Venderá a su madre, delatará a su padre, entregará a su hijo, traicionará su ideal.

\*  
\* \*

En las mazmorras escogieron los cómplices de Pallás; gentes que no le conocieron o le conocieron muy poco, sospechosos, empero, a la policía, como sabedores de sus proyectos.

Por sospechas, por presunciones, salieron condenados a muerte cinco hombres. El Tribunal Supremo, aumentó uno más. Esos seis hombres respondían a los apellidos de Cerezuela, Sogas, Arch, Bernat, Sabat y Codina.

El 20 de mayo, dice nuestro compañero Mondragón, cercados de guardia civil y policía, llegaron a Monjuich. La Cofradía de la Paz y Caridad subió los atadúes. En la plaza de Armas leyeron la sentencia. Cerezuela, Sogas, Arch, Bernat y Sabat, rehusaron firmarla, asegurando su inocencia. Codina consintió, quitándose la gorra para oír la lectura del veredicto que lo excluía de entre los vivos. Firmando la sentencia dijo:

—Ya está; ahora hay que morir dignamente.

Por la tarde, siguiendo costumbres, vieron a sus familias. Arch recibió a su mujer, su cuñado e hijo; Sogas a su mujer, a su hija y cuatro hermanas; Bernat a su viejo padre; Sabat a su mujer y a cuatro hijos.

Sabat dijo:

—Os prohibo llorar y os ordeno que me venguéis. Aprended a morir. ¿Comprendéis?

Codina no quiso ver a los suyos.

—Mi padre es viejo y está enfermo; no le digáis nada. Mi familia pasaría un mal rato si me viese. Vale más evitarlo. Quiero morir como se debe morir en mi caso.

A cien metros de la fortaleza escuchaban, pálidos, la gritería quejumbrosa de las mujeres.

\*  
\* \*

A las seis de la mañana, salieron hacia el martirio los condenados. El cielo negro, estriado de claridades, regaba la tierra con una lluvia espesa. Sogas, Arch y Bernat llevaban chaqueta. Sogas — el único que transigió con la iglesia — se balanceaba, repitiendo con los ojos lacrimantes:

—¡Mis hijos... mis pobres hijos!

Arch marchaba calmoso; Bernat también.

Cerezuela, Sabat y Codina vestían blusa larga. Cerezuela andaba con dificultad, pálido (1) el rostro por los tormentos. Bernat iba tranquilo; Codina con aplomo, ni cobarde ni jactancioso, la frente erguida y serena la mirada.

(1) Había sido espantosamente atormentado en el bajo vientre.

Los fusllaron cerca de la muralla, arrodillados, con vendas en los ojos y de espaldas, a pesar de que Codina y Sabat pidieron morir de pie y de cara.

El cura empezó a rezar el Credo. La descarga cortó la oración. Codina y Sabat solos — que quisieron morir de frente — no cayeron. Tiraron otra vez. Sabat rodó; Codina, no. Tiraron de nuevo y esta vez Codina cayó, necesitando el golpe de gracia. ¡Qué bien agarrado estaba a la vida!

La Cofradía de la Paz y Caridad los colocó en los ataúdes y dos carros llevaron los féretros, tras los cuales lloraban el padre de Bernat y el hermano de Arch. Las detonaciones escaparon hacia el mar, sobre el que, a bordo del "Navarra", esperaban su suerte cuatrocientos prisioneros.

¡Y en España reinaba una mujer — una madre!

*Esos seis hombres eran inocentes, como lo probó la declaración espontánea de Santiago Salvador, preso y ejecutado más tarde, por la explosión de "El Liceo".*

## LA SUPREMACIA DEL SABER

*Carta dirigida a "La Reforma" de Bruselas:*

*"Señor director:*

"He leído en su periódico que piden los de París mi encarcelamiento. Permítame decirles, por medio de Vd., que me constituiría inmediatamente en prisión si ésta se decretase. Y no por dar una satisfacción a esos señores, sino por un sentimiento de deber hacia mis convicciones. La cárcel no me atrae, pero en la cárcel puedo terminar dignamente una vida que me honra.

"Mis respetuosos saludos

*Eliseo Reclus".*

Todos, aun los parciales enemigos, hallarán en esta carta una rotunda sinceridad. Tratárase de un cualquiera y mi impresión, mi declaración, serían análogas. Nisard ha descubierto dos morales, pero nadie ha imaginado dos verdades, como nadie ha descubierto dos soles.

Y las noticias llegadas no son para atenuar la convicción de que Reclus es un alma honrada, ni para destruir la sensación de que el poder ilimitado, irreductible, del triunfador en el arte o en la ciencia, domina todas las aseveraciones enemigas.

Despedido por la pusilaminidad oficial y por causas totalmente extrañas a la enseñanza de la universidad, de la cátedra a que tenía triple derecho por su renombre, autoridad y competencia, Eliseo Reclus, ha dado sus dos primeras conferencias geográficas en salones hospitalarios y libres.

La hidra de la anarquía no ha arrastrado sus anillos por las calles de la buena y tranquila ciudad de Bruselas. No han habido más explosiones que las de los ¡bravos! al maestro y las de los aplausos que precedían y epilogaban sus peroraciones.

¿Cómo han sido estas conferencias? ¿Subversivas, implorando la destrucción y la carnicería, desencadenando por Flandes y Brabante las fantasmagorías de la guerra civil?

Vedlo:



En la primera, hablando del nuevo Edén y de la carrera que hacia la felicidad hacen los seres humanos, terminó con una filosofía melancólica, que el instinto de lo mejor soñado por cada ser, podría, acumulado, convertirse en una fuerza sociológica, matriz de un mundo mejor.

En la segunda, después de narrar la historia de la geografía y hecho notar las etapas de la conquista del Misterio, hasta llegar a la unión de los dos hemisferios, la sutura de los polos, terminó con esta frase tremenda: "Nosotros tenemos, hoy, la tierra entre las manos. Falta saber lo que nosotros haremos de ella".

Ni tembló el palacio real ni cayeron los ministerios, y los belgas, pacíficos, imperturbables, han seguido fumando sus pipas en el fondo de las familiares, de las silenciosas cervecerías.

El auditorio, tras las conferencias respetuosas, se dispersó, pensando en esa bola, formada por la Naturaleza, manejada por el Destino, expuesta, incesantemente, a los accidentes y a las catástrofes cósmicas y cuyos desastres parciales se llaman guerra, peste, grisú, explotación económica, productores de cadáveres, guañados a filas, en las rasas planicies, en las minas negras, en el arroyo...

\*  
\* \*

La Facultad de Bruselas asiste, un poco inquieta, a este triunfo. La policía, los gobernantes tampoco están contentos. Ellos, sin el escándalo, hubieran hecho algo, interviniendo, expulsando, pegando. El

EDUARDO MILANO

## EL PRIMER PASO HACIA LA ANARQUIA

(V y último)

### EL CONTRATO MATRIMONIAL

Si nos propusiéramos estudiar los hábitos de las diversas especies de animales gregarios, veríamos que las hembras se acoplan temporalmente con los machos de su elección. Hechas madres, atienden a la cría y a la educación de los hijos, y la una tanto como la otra encuentran en el grupo en que viven libremente asociados, ayuda y defensa.

No muy desemejante debe haber sido la condición de la mujer en los primeros tiempos de la humanidad.

Es fácil imaginar cuál debía ser el bienestar de la mujer primitiva, cuando disfrutaba de la máxima supremacía sobre el hombre, cuando eran sencillas las relaciones y los hábitos, cuando los abundantes productos naturales de los bosques espléndidos y de las riberas de la época terciaria — plioceno — bastaban para satisfacer ampliamente las limitadas necesidades suyas y de sus hijos, cuando la educación

odio creado por el miedo es bestial.

Entretanto, en un silencio de iglesia, las frases evocadoras hacían ver las cosas evocadas; ese trozo de humanidad, con los ojos y los oídos muy abiertos, absorbía gérmenes de ciencia y de reflexión. El buen grano echado por el viejo sembrador cayendo en los surcos humeantes de la muchedumbre.

Esas gentes ansiosas de instrucción, anhelantes por descubrir el velo de lo desconocido, ¿qué piden, qué quieren? ¿Qué proyectos culpables esconden? ¿Qué ideas titilan en sus pupilas serenas? ¿Cuánta inquietud por averiguarlo! Algún juez, para llegar a lo hondo de esos cerebros misteriosos, acudiría de muy buen grado a la trepanación, para coger esa sombra vestida de vapores, alada como las mariposas.

\*  
\* \*

Execrable, desesperante, pero ello pasa, ello es. De ahí esas condenas inexplicables, las proscripciones imbéciles. De ahí Juan Grave afeitado, revestido con uniforme presidario, las manos escoriadas, las manos que escribieron sueños de libertad. De ahí Sebastián Faure, encarcelado sin pretexto. De ahí Eliseo Reclus, honor de nuestra ciencia, llevando sus lecciones admirables a los presidios y a los destierros. Y, Universidades de Francia, ¿dónde está el geógrafo que podéis poner frente a éste?

Pero no, vale más quede su cátedra vacía... Mirando su cara de apóstol, oyendo su palabra dulce, midiendo su saber y su valer, los espíritus más parciales, cautivados, como en Bruselas, piensan de pronto que es un anarquista. Y quedan pensativos.

de éstos era quizás la única y la más predilecta de sus ocupaciones.

La mujer se convirtió después en objeto de conquista brutal para el hombre. Mantegazza, entre los pueblos antiguos que practicaban tan bárbaro uso, cita como ejemplo a los espartanos, a los antiguos germanos, a los magyares, a los serbios, a los maroditas de la Turquía europea... Un volumen entero, agrega el mismo, no bastaría para describir las formas de matrimonio empleadas por los pueblos modernos y que suscitan el recuerdo de la antigua rapiña.

De lo que podemos argüir que la mujer fué tal vez la primera en probar las cadenas de la esclavitud.

El uso del rapto fué sustituido con el tiempo por la compra a los padres; y también en este segundo caso son muchos los ejemplos citados por Mantegazza.

El progreso moral y social nos ha llevado finalmente al contrato matrimonial, contrato mediante el cual las leyes vigentes permiten a la mujer venderse a quien le parece y le agrada.

Gracias al contrato matrimonial vemos todos los días una infinidad de miseras muchachas ligando indisolublemente su destino a un viejo, a un inválido, al primer llegado, con tal de verse sacadas de la vida de dolorosa abstinencia, de incertidumbre y de aislamiento a que la sociedad presente condena a las muchachas pobres.

No son menos frecuentes ni menos inmorales los contratos matrimoniales de conveniencia o de interés si se quiere decir, en la clase burguesa.

Es precisamente en esta clase donde vemos de continuo la caza al macho, al marido, hecha por el sexo bello, favorecida, estimulada por los padres de modo impúdico, escandaloso, y eso con la máxima desenvoltura; la falsa moral burguesa enseña tácitamente que todo lo que es útil es bueno.

Dice Pisacane: "La meretriz que sin amor vende su cuerpo, la mujer que sin amor suscribe un contrato matrimonial, se prostituyen igualmente."

"La primera es obligada por la necesidad a venderse por breve tiempo; la otra es más despreciable, porque sin necesidad se vende para siempre; aquélla no promete amor, ni se obliga a renunciar a él; ésta lo promete para siempre, casi meditando el perjurio".

Gracias a los contratos matrimoniales, ¿en cuántas familias encontramos hoy una paz envidiable?

Torrentes de lágrimas veo caer entre las paredes domésticas del rico burgués donde el auditorio va al paso con el incesto, donde el dinero, la ambición, la envidia, el odio, la avaricia, la gula, la blandura crean monstruos.

Torrentes de lágrimas veo caer entre las paredes domésticas del pobre, donde la existencia del hombre y de la mujer es a menudo un continuo martirio, donde la tisis y la escrófula, a causa de las forzadas privaciones, hacen víctimas innumerables, donde la ignorancia acoplada a la miseria, engendran vicios abominables, odios implacables, donde los hijos absorben con la leche los principios inmorales que no volverán a abandonar, y que a su vez dejarán en herencia a las generaciones del porvenir.

Espectáculo no menos misero nos presenta fuera de las paredes domésticas la actual sociedad en plena decadencia moral y física.

Son millones los infelices que asustados por las funestas consecuencias a cuyo encuentro va el que se somete a las obligaciones del contrato matrimonial, se abandonan a la masturbación, a los abrazos mercenarios, preparándose una raza de anémicos y de sifilíticos. Son millares y millares las pobres muchachas que no habiendo hallado la fuerza para resistir, no habiendo sido bastante astutas, se atrevieron a rebelarse por un instante contra la jesuitica moral burguesa-religiosa y condenadas despiadadamente, se vieron obligadas a tomar el camino del prostíbulo, entre el desprecio, la mofa, los insultos de los hipócritas, de los viles...

¿Y quizás si mañana se modificaran radicalmente las bases del vigente sistema económico, como para conseguir la igualdad social, el contrato matrimonial cesaría de ser pernicioso, inmoral?

¡No, nunca! Es la negación absoluta de las leyes naturales, y la naturaleza es inexorable en castigar a aquellos que transgreden sus leyes. Por eso será siempre despreciable la religión que pone como condición de la satisfacción de la más natural de las necesidades, el más inmoral y desastroso de los contratos, y ese contrato, para colmo de impudor, lo enumera entre sus sacramentos. Será siempre inmo-

ral la ley que por un sí, pronunciado en un momento de embriaguez, condena a dos personas, que pueden tener incompatibilidad absoluta de carácter, a una vida de presidio.

Será siempre inmoral la ley que, aunque fuese por pocos instantes, tiene sometida la mujer al hombre que no ama ya y por quien a menudo siente invencible repugnancia. Será siempre falsa la moral que condena a los que se atreven a rebelarse contra el absurdo de la llamada fe y de la llamada ley.

"El código penal actual no está fundado sobre las leyes de la naturaleza, y su obediencia es por completo incompatible con el bienestar de la sociedad. No hay ninguna ley natural, moral o física, que prescriba al hombre o a la mujer la limitación de sus afectos a un solo objeto para toda la vida, y la tentativa de establecer tal ley sería vana aunque se quemase vivos a los transgresores, como hacían los hebreos."

"Es absolutamente imposible tener en nuestra sociedad una moral sexual libre, sincera y digna mientras el matrimonio sea el único modo honesto de conjunción de los sexos" (v. Elementos de ciencia social, trad. del inglés).

El amor: he ahí el único vínculo que puede unir los dos sexos. Todo otro ligamen es mercenario, inmoral.

La familia, dicen los sociólogos a sueldo de la burguesía, es la primera sociedad y la base de toda otra.

¡Mentira!

La familia, tal cual nos es dada por el contrato matrimonial, repetimos nosotros, es el primer fruto de la violencia de la conquista brutal. Es símbolo de egoísmo; egoísmo que quisiera eternizar los bienes de la familia remitiéndolos de padre a hijo; egoísmo que divide a los hombres azuzándolos en la lucha encarnizada, inhumana que dura siglos entre ellos. Por eso la familia actual debe desaparecer inevitablemente habiendo cumplido su tiempo, siendo como es obstáculo a aquel principio de fraternidad, de solidaridad y de libertad sobre el cual se apoyará el orden social del porvenir.

### LA FAMILIA ANARQUISTA

Siendo el amor el único vínculo que puede unir los dos sexos, en la anarquía, la mujer, emancipada finalmente de los lazos odiosos que se le impusieron por los vigentes códigos burgueses, moral y civil, gozará de los mismos derechos que el hombre: es decir, será plenamente libre.

Garantizando a la mujer la máxima libertad, la gran familia anarquista del porvenir pensará en satisfacer cada una de sus necesidades de mujer y de madre. De modo que durante su gravidez, el parto, la crianza, cuando le faltara la asistencia del hombre que se había elegido por compañero, la comunidad, el grupo anarquista, le prodigarán las mismas amables atenciones de que podría ser capaz el esposo más afecto.

Llegados los hijos a la edad en que debe comenzar su instrucción y educación, el grupo, la comuna anarquista, no los arrancará al afecto de sus padres, pero estando en el deber de hacer de ellos hombres honestos que mañana tomarán parte activa en el consorcio humano, tratará de instruirlos y educarlos del mejor modo.

A los mismos, alcanzada la edad en que debe ser completamente emancipados, nos parece, la comuna,



el grupo anarquista, por medio de los maestros, les debería hablar poco más o menos así:

"Habéis recibido una instrucción y una educación en lo posible completa; conocéis por tanto cuál es el bien y los medios de conseguirlo.

"Procurad ser virtuosos, sin impostura, trabajad en el límite concedido por vuestras fuerzas, tratando de devolver a la sociedad lo que ésta os ha anticipado, y tened presente que en cualquier caso, tanto en caso de infortunio como de vejez, encontraréis en ella la máxima asistencia amorosa".

¿No parece que esta misión de la gran familia anarquista es más noble que el de la presente minoría de dominadores privilegiados que — como los piojos, las chinches, las ladillas — viven, engordan, chupan la parte mejor de la sangre de millones de miserables, expresamente mantenidos en la ignorancia, en el embrutecimiento, a fin de que resulten dócil instrumento de la explotación, del despotismo?

¿No parece que esta tarea de la gran familia humana es más noble, que la que tienen hoy los gobernantes de arrancar millones de pobres jovencitos del lado de sus padres para educarlos en el odio a sus semejantes, para instruirlos en el arte del exterminio?...

Bien venga, pues, la nueva era de paz, de fraternidad, de solidaridad.

Entonces solamente la mujer, hallándose en la plenitud del propio ser, se convertirá en un instrumento activo y vigoroso del humano consorcio.

Entonces ni una lágrima, ni una nube turbará su feliz existencia, de mujer, de esposa y de madre.

Entonces cesará el triste espectáculo que nos presenta la actual sociedad en los bajos fondos sociales donde millones y millones de pobres niños crecen como bestias, privados de asistencia, carentes de lo necesario, enfermizos, ignorantes, rodeados del mal ejemplo, malos vicios, destinados a dar el gran contingente de los delincuentes, para los cuales la burguesía, después de haberlos asesinado en los derechos más sacrosantos, no tiene más que desprecio.

Entonces la moral anarquista, puesta en la base de la educación del macho y de la hembra, nos garantizará contra todo libertinaje, cosa que la sociedad no obtuvo hasta aquí nunca de la jesuítica moral burguesa religiosa, siendo esta la negación de las leyes sabias, inalterables, eternas de la naturaleza.

Entonces desaparecerá para siempre la enorme falange de los masturbadores.

Entonces desaparecerán los grandes males que se derivan de la abstinencia, como son la locura, el histerismo, la captalesia, la ninfomanía, la satriasias.

Entonces no habrá ya motivo para que exista la prostitución, y con ella desaparecerán también los delitos contra natura, que forman una de las grandes plagas del siglo presente.

Entonces no ocurrirá ya a la mujer, a la compañera del trabajador, que considere toda gravedad como una maldición del cielo.

Entonces el gusano del afán cesará de corroer el corazón de los padres por la incertidumbre sobre el porvenir de la propia prole.

Entonces, solamente entonces, la familia hoy muy a menudo destastada por el parricidio, por el uxoricidio, por el fratricidio, será elevada a la última expresión humana.

Como el amor de patria, rotas las funestas barreras del viejo prejuicio, se funde poco a poco en el

amor cosmopolita, el amor egoísta de la familia con igual constancia tiende a fundirse en la humanidad. Es la secreta aspiración de las masas, es el más bello ideal de los anarquistas.

¡Noble aspiración, caro ideal, que en un porvenir no lejano nos aportarán los mejores frutos!

## LA RELIGION O FE EN LO SOBRE-NATURAL Y LA CIENCIA

Con la palabra religión se quiere significar comúnmente el culto a una divinidad cualquiera a la que ordinariamente se atribuyen la creación de la naturaleza-universo y la emanación de aquellas leyes que gobiernan la naturaleza.

De ahí precisamente la denominación de *fe en lo sobrenatural*, que se da a todos los cultos religiosos, es decir fe en divinidades creadoras y reguladoras de la naturaleza.

La fe en lo sobrenatural o fe en leyes divinas, nació de la ignorancia de las leyes naturales con que la eterna naturaleza viviente se gobierna por sí misma en su todo infinito.

La errónea creencia o fe en lo sobrenatural es la primera dificultad con que tropezó el débil espíritu del hombre apenas surgió de la animalidad.

Los primates, que merecieron el título de hombres vírgenes de saber, pobres de espíritu, ante el espectáculo de los diversos fenómenos terrestres y celestes, ante el contraste de los fenómenos mismos — el resplandor de los relámpagos, las lluvias torrenciales, los vientos enfurecidos, y luego la aparición del sol benéfico, la sonrisa del cielo, etc. — debieron permanecer profundamente impresionados.

Entonces ciertamente se preguntaron también el por qué de estos fenómenos y, primer error, afectados por la falaz apariencia de las cosas, en lugar de adivinar en ellas la manifestación de leyes naturales, propias de la naturaleza misma, imaginaron la presencia de seres omnipotentes, buenos y malos, palpables y ocultos.

De esta errónea suposición, nacieron los primeros ruegos al sol benéfico, los primeros conjuros al fulgor destructivo, las primeras ofrendas — sacrificios — para implorar benevolencia y protección.

Del fetichismo — idolatría — surgió la fe en los dioses antropomorfos (a semejanza del hombre).

Con estos parece que el hombre ha tratado antes de explicar el orden admirable de la naturaleza.

Los antiquísimas cosmogonías chinas nos presentan a Puk-Vese, un viejo exhausto por el trabajo, provisto de buril y martillo, dedicado a la ordenación de la materia informe.

Nació después la idea no menos absurda de la creación.

Divinidades omnipotentes sacan el universo de la nada, con admirable desavoltura.

Moisés, el escritor del primer capítulo de la Biblia, llegó al colmo de la locura en esa carrera vertiginosa por el reino de lo fantástico.

Desde su primer resurgimiento a su declinación, innumerables fueron las graduales modificaciones que en el curso de los siglos sufrió la fe en lo sobrenatural.

Nos lo atestiguan las religiones hoy existentes en las diversas partes del globo, en diverso grado de desarrollo, y ejemplos variadísimos nos presenta la historia de las desaparecidas.

La historia del humano progreso nos demuestra que es persistente, congénito en el hombre con la

razón, la necesidad de explicar el por qué, el cómo y el cuándo de las cosas.

Cuando no puede descubrir, supone, inventa, se reduce a menudo por falsos ideales que, alejándolo miserablemente de la realidad, lo condenan a amar desilusiones.

Es el eterno espíritu de progreso que engendró la ciencia, llevado por la razón, noticia segura de algo, dependiente de verdadero conocimiento de sus principios, teniendo por único fin: la investigación de la verdad.

En el curso de los siglos, a medida que la ciencia multiplicaba sus descubrimientos, hemos visto que las religiones, no pudiendo negar los hechos, eran obligadas a modificar sus absurdos artículos de fe, con esto de peyorativo, que hacían eso forzadamente, pues todo gran descubrimiento científico era casi siempre la condena irrevocable de una superstición religiosa.

Hoy finalmente la ciencia ha vencido. La fe, el coloso de pies de arcilla, con sus dioses, los grandes espantajos de las conciencias, ha caído.

La luz de la verdad expulsó las tinieblas del absurdo elevado a verdad de fe, pero ¡cuán larga fué la contienda, y cuántos genios cayeron en ella víctimas del intolerante fanatismo religioso!

¿Quién no conoce ahora las maravillosas conquistas de la ciencia moderna?

Obrero ¡observaste alguna vez como de un gránito de semilla se desarrolla un arbusto, crece, se hace planta, da a menudo las más bellas flores, los mejores frutos y luego, envejecido, muere, se disuelve, para volver a convertirse en materia elemental y servir a la sucesiva formación de otras plantas, de otras flores y de otros frutos?

Ahora bien, la física, la química, la mecánica celeste nos demuestran con datos positivos, irrefutables, cómo en una nebulosa, materia gaseosa elementalísima, desde un pequeño centro de condensación (fuego), en virtud de la ley de atracción, se desarrollan los sistemas planetarios, los soles, los planetas, sus satélites, que pueblan el universo infinito.

La ciencia nos prueba hasta la evidencia cómo esos soles (estrellas fijas), esos planetas (mundos) etc., florecitas del infinito, dados los más bellos frutos, envejecidos, morirán, se disolverán para convertirse otra vez en energía, eter, nebulosa, y servir a la sucesiva formación de otros soles, de otros mundos, por un giro indefinido, eterno, del tiempo, sin que se pierda un átomo de materia porque al infinito no se le puede quitar nada, no se le puede agregar nada; porque, enseña la química, es imposible que un átomo se cree o se destruya (v. *El mundo antes de la creación del hombre*, por Flammarion).

Los mundos nacen, se desarrollan y se disuelven continuamente en los espacios y de los sistemas disueltos surgen otros, que a su vez en los tiempos lejamente futuros cederán el puesto a los nuevos que se formen (v. "Lezioni sull'uomo", según la teoría de la evolución, profesadas por Morselli en la Universidad de Turín).

No se detienen aquí las conquistas de la ciencia.

Visto el absurdo de la hipótesis de una creación de la nada, de una creación sobrenatural, el hombre de ciencia, desde el principio de este siglo, se ha preguntado: ¿Cuál fué el origen del mundo orgánico? ¿Cuál el origen de los animales y de las plantas que pueblan la tierra? Y dijo después al teólogo: —Sobre la fe de la sagrada Biblia tú afirmas que fué uno solo para cada especie, la pareja de animales creada desde el principio por tu dios.

Tomemos por ejemplo la especie de los perros y de los hombres.

—¿Cómo es que de una sola pareja de perros salida de las manos del creador, tuvieron origen tantas variadísimas razas como vemos a partir del perro que entra comodamente en un bolsillo de tu sobretodo, al alano, al terranova, al lebel, al danés, al gran San Bernardo? ¿Cómo es que de una sola pareja de hombres, macho y hembra, se formaron la raza negra, la blanca, la mogola, etc? — De la primera pareja de perros y de la primera pareja de hombres, a través de muchas generaciones, surgieron las razas aludidas y éstas necesariamente fueron producto natural, responde el teólogo.

—Por tanto, replica el hombre de ciencia, la naturaleza tanto en el reino animal como en el vegetal, tiene sus leyes propias en virtud de las cuales un ser orgánico, es decir un animal o una planta, por el camino de lentas y sucesivas modificaciones determinadas por el ambiente, etc., y transmitidas y heredadas de padre a hijo, puede separarse de tal modo de su prototipo como para perder todos los caracteres de la raza, formando una especie nueva.

El campesino, con la perspicacia que lo caracteriza, nos dice que entre la zorra, el perro, el lobo, la hiena, el chacal, existe un parentesco no lejano.

Así, entre el caballo y el asno, que todavía se fecundan entre sí, así entre el canario y el jilguero, entre el conejo y la liebre, etc.

Precisamente del estudio de estas leyes, la ciencia moderna, con un Buffon, un Geoffroy-de-Saint-Hilaire, un Darwin a la cabeza, ha llegado a demostrarnos cómo del ínfimo gusanito, de una célula viviente, producto natural, espontáneo de la materia, por vía de lentísimas y progresivas modificaciones, en el curso de millones de años, han tenido origen sucesivamente, desarrollándose los unos de los otros, los moluscos, los peces, los anfibios, los reptiles, los mamíferos, y entre estos el hombre.

Y la geología, nacida ayer sin embargo, ¡maravillosa previsión de la naturaleza! — como si el





descubrimiento de las mencionadas leyes no basta, la geología con la innumerable cantidad de animales y plantas fósiles encerrada en los profundos estratos terrestres, viene a confirmarnos luminosamente la progresiva evolución del reino orgánico.

Bien ordenados, los más simples a partir de los estratos más bajos y así sucesivamente, por orden en una escala ascendente, la naturaleza en millones de años conserva fosilizados (petrificados), los animales y las plantas, que de acuerdo a sus leyes inmutables, se desarrollaron en las épocas geológicas trascurridas.

El hombre, surgido de los monos antropomorfos, forma el último anillo de la cadena evolutiva del reino animal.

Espíritu del hombre, alma humana, sentencia con toda franqueza el psiquiatra moderno, tú no eres más que una manifestación de aquella energía que es esencial a la naturaleza toda.

"La naturaleza se continúa en el hombre sin oposición o interrupción. Naturaleza y hombre forman una sola realidad cósmica" (Morselli, op. cit.).

Pero ¿el libre arbitrio, la razón, la conciencia? — siento murmurar.

¿El alma, queréis decir?

Por los rastros del libre arbitrio, de la razón, de la conciencia, tratad de buscar el alma en un niño recién nacido, cuya inteligencia está al nivel de la de las ostras; buscadla en una persona adormecida o desvanecida, idla a estudiar a los hospitales en ciertos cretinos que no tienen siquiera la conciencia del propio yo, buscadla en los imbeciles.

Basta una gota de sangre de más en el cerebro, para hacer desaparecer vuestra alma, oh teólogos!

La creencia en el alma, espíritu inmortal, como la de un dios, no tiene ya sentido común; hacen sonreír al estudiante de ciencias naturales, como harían sonreír a cualquier profano de la ciencia el que quisiera atribuir al magnetismo y a la electricidad cualidades espiritistas sobrenaturales.

La fe en lo sobrenatural, el espiritismo en todo el sentido de la palabra, ha cumplido su época.

Desde todas las cátedras universitarias del globo se tributa el culto racional a la eterna naturaleza viviente.

Es el culto de Teletes, de Empídocles, de Heráclito, de Demócrito, de Xenófanes, de Epicuro, de Lucrecio, etc., los grandes, los excelsos filósofos de la edad antigua, los vaticinadores de las conquistas de la ciencia moderna.

Tal la religión oficial del mundo científico, y concluiré con un escritor francés, vosotros, oh teólogos, vosotros, sacerdotes de cualquier iglesia, vosotros, sostenedores de la fe en lo sobrenatural, del absurdo elevado a dogma, podéis contrastar todavía por algún tiempo la difusión en el pueblo, pero no está ya en vuestro poder aniquilarla.

## LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS Y LAS COSAS QUE TIENEN QUE SUCEDER

En los primeros años de la era vulgar, en aquella Roma bajo cuyo dominio yacía el viejo mundo, en aquella Roma que había elevado al culto de los altares, durante su vida, a un César, a un Calígula, el despotismo de los gobernantes, la venta de los más altos y delicados cargos, las intrigas de los cortesanos, las venalidades de los funcionarios públicos, la degradación religiosa, el adulterio y la prostitución

ostentosas, el máximo cinismo en las calles y en los palacios de los patricios, los patricios soberbios, sin corazón, arrojando el oro a manos llenas en saturnales escandalosas y en cambio, los esclavos innumerales considerados poco más que brutos, todo indicaba que las bases del poder, de la fe y del sentimiento se habían sacudido.

Sin embargo, en los bajos fondos sociales, los principios de la igualdad moral, de amor y de caridad, predicados centenares de años antes por Budha, por Confucio y por Filón, y por el reformador Jesús, unidos al culto monoteísta más simple, abrían nuevos horizontes a la clase de los desheredados, de los oprimidos, de los esclavos.

Los poetas, los filósofos, la gente de corazón y de sentimiento, decían que se preparaba una gran revolución moral y religiosa.

Los que disfrutaban, entusiastas con el presente, enfatuados por las falsas glorias del pasado, confiados en el prestigio de las legiones que habían subyugado al mundo, rieron al principio. Cesaron de reír y persiguieron a los afiliados a la nueva secta, cuando los vieron asustados acrecentar enormemente su número. No desestimaron el recurso de inventar infames calumnias; pero nada valió, y al precio de millares de mártires, la nueva fe se levantó sobre las ruinas de los antiguos cultos, la igualdad moral se convirtió en un hecho cumplido, el amor y la caridad consiguieron suavizar un poco la dureza de los corazones, el esclavo se transformó en siervo de la gleba...

Al finalizar el siglo pasado, Voltaire, descubriendo que el progreso científico intentaba libertarse resueltamente de las trabas del catolicismo fosilizado en el dogma, descubriendo que los antiguos privilegios de la nobleza, del clero estaban irremisiblemente condenados por el progreso moral y social, dijo: "Todo lo que veo echa las semillas de una revolución que vendrá irrevocablemente. La luz está de tal modo difundida que aparecerá a la primera ocasión".

También entonces rieron los ricos, los confiados en la fuerza de los ejércitos y en la del prejuicio con que el cura creía tener eternamente encadenado al pueblo.

Y la revolución vino terrible, inesperada, como sacudida telúrica (1789).

Hoy, más que nunca en los diversos estados decrepitos, la caza desenfrenada al poder, la impúdica cortesanería, el affairismo misterioso, la venalidad y la arrogancia de los funcionarios públicos, los magistrados serviles con los ricos, que no se preocupan de la plebe, las leyes inicuas y mentirosas, los oficios más sagrados convertidos en instrumento de lucro, los despojos francos y secretos, los impuestos directos e indirectos desproporcionados, exorbitantes, las deudas públicas en continuo aumento, el egoísmo y la ambición único estímulo a la actividad en la clase acomodada, las tabernas, la especulación, las quiebras dolorosas y la usura en continuo aumento, la vida de ociosidad de la burguesía, altiva, despreciadora, sin corazón, la inmoralidad triunfante con el latrocinio, la prostitución, el adulterio y la sodomía en guantes amarillos, la fe en lo sobrenatural deshecha por el progreso prodigioso de la ciencia y de la filosofía, el ateísmo profesado abiertamente, el desprecio manifiesto del pueblo por el cura, en el cual vé a un parásito eternamente ligado, por razón de interés, a los explotadores, al Estado que vive de las plebes hambrientas, las cri-

sis continuas, el número enorme de los desocupados, el exodo espantoso de la emigración, los actos espontáneos de solidaridad entre los obreros de los diversos oficios, de las diversas ciudades, de las diversas provincias y de las diversas naciones, los organismos de resistencia, las huelgas incesantes, colosales, las sacudidas, las represiones sangrientas, el odio profundo de la clase explotada contra la explotadora, opresora, y, por último, la nueva moral que nace en el bajo pueblo, donde tanto se sufre, moral ignorada por el rico que disfruta, moral que fascina a los desheredados, templándolos en la nueva fe, en la nueva esperanza, en el nuevo valor, todos estos signos nos anuncian un cataclismo social de que la historia no nos presenta ejemplo.

A diferencia del pasado, siendo hoy general la previsión de lo que debe suceder en breve plazo, la burguesía amedrentada, después de haber apuntado inútilmente las armas del ridículo, de la calumnia y de la persecución a la idea que crea mártires y asegura la victoria de la causa, intenta el último desesperado expediente: el de la desfiguración.

Todos los burgueses hacen ya profesión de socialismo. Se dicen el partido del orden, de los bien pensantes, de la evolución.

También ellos quieren la igualdad social y hasta la revolución, pero no es todavía tiempo, es preciso aprovechar la papeleta electoral, hay que dormir todavía un poco... y sobre todo, si se quiere que las cosas se arreglen pronto y bien, no hay que dar oído a los anarquistas, delincuentes natos, material de presidio, o por lo menos, de manicomio, a quienes proveen los gobiernos.

Vanas calumnias, vanas persecuciones, vanas desfiguraciones, falaces esperanzas.

El ideal anarquista seduce y se expande en todas partes con una celeridad tan prodigiosa que en treinta años hizo más camino que el cristianismo en trecentos.

Son millones los esclavos modernos elevados a la dignidad de hombres que en el nombre de la moral anarquista se rebelan, intentan continuamente quebrantar las cadenas, sustituyendo el grito de *charitas* de los primeros cristianos, grito que santifica la desigualdad, la explotación, por el de *justicia*.

Las persecuciones desplazadas, las viles calumnias, no hacen más que dar mayor impulso a su causa que arrastra vertiginosamente a la humanidad hacia el drama final.

¿Y cómo y cuándo estallará la huelga universal, la revolución?

No lo sabemos.

Lo que sabemos de cierto es que en los grandes centros de todo el mundo, en Francia como en Rusia, en España como en Inglaterra, en Bélgica como en Austria, en Alemania como en Holanda, en América como en Australia, en todas partes las masas de los trabajadores, unidas por secreto pacto de fraternidad y solidaridad, se agitan febrilmente impacientes por sacudir el yugo de la secular tiranía.

Innumerales son los signos que comprueban que la hora fatal se aproxima, y es por eso que recomendamos con toda la fuerza de las convicciones a aquellos que tienen sangre de rebeldes y amor a la justicia, que estén listos.

El día en que las masas de los trabajadores moralmente emancipados, obedientes a la imperiosa voz de la conciencia, bajen al campo de la lucha, las barreras entre Estado y Estado caerán como por encanto, los ejércitos se desharán como nieve al sol

y los hermanos oprimidos bajo las armas darán la mano a los hermanos oprimidos en los campos y en las fábricas.

Abolido el presente orden de cosas basado en la desigualdad, en la explotación y en el despotismo, inaugurada la era de la verdadera libertad, de la verdadera fraternidad, de la verdadera igualdad y de la verdadera solidaridad universal, en la confusión inevitable de los primeros tiempos, a muchos inexpertos habituados a obrar por impulso del amor, y a tener siempre el bozal en la boca como los animales de carga y de tiro, a hacer el oficio de máquinas humanas, les ocurrirá tal vez que se encuentran solos, sin apoyo, y desorientados como para deplorar la antigua servidumbre. Así ocurrió otras veces a los esclavos puestos de improviso en libertad.

Pero será un temor pasajero, un espanto que en toda revolución asalta inevitablemente a los que no comprenden, a los que nunca quisieron comprender la necesidad, la utilidad, el deber de estudiar las reformas que continuamente son impuestas por el progreso moral y social.

La desaparición definitiva de los innumerables explotadores, el impulso extraordinario que adquirirá la producción libremente organizada sobre la base de la perfecta solidaridad serán fuentes de tal y tanto bienestar que incluso los más escépticos, los eternos adoradores del pasado no tardarán en ponerse.

Será la nueva edad de oro, el eden legendario, el paraíso terrestre, calentado por los rayos purísimos de la anarquía.

## LA VIDA AL DIA

La tragedia de siempre:

una madre ocupada; varios niños vagando; un tranvía que pasa. La campana. Un grito. Y un muñón de carne ensangrentado.

En la caja de pino, entre varios parientes y amigos lo llevaron a ese sitio tranquilo, sin rencor y sin odios donde todos llegamos...

Era domingo, el fúnebre entre caras de risa, pasaba al trote largo, como una pincelada de lúgubre advertencia por sobre el entusiasmo.

El grueso almacenero de donde se surtían los padres del niño, su pésame les trajo; y mientras anotaba, parsimonioso y grave, unos cuantos encargos, decía a la madre, por taller de filósofo: "—La vida es sólo un soplo, señora, todos [vamos] siguiendo ese camino de paz y de misterio después de sufrir tanto"...

Un barril el abdomen de perfecto tranquilo; los ojillos de liebre, pequeñitos, bailando; la sonrisa fingida de todo comerciante, seguía preguntando:

"—Señora, ¿nada más?"

PEDRO GODOY



E. DE LA BOETIE

# LA ESCLAVITUD VOLUNTARIA

En esta recopilación de literatura libertaria, creemos interesante la reproducción de un ensayo de Etienne de La Boetie, escrito alrededor de 1550; se trata del trabajo titulado "De la servidumbre voluntaria", cuyo título ha servido de inspiración a muchas críticas anarquistas a la vida social y espiritual moderna. Los lectores deben tener en cuenta la fecha en que este trabajo ha sido escrito para apreciar debidamente ciertas expresiones y para no ser extremos en sus exigencias. Pero de cualquier modo coincidirán con nosotros en que estamos ante un pensamiento fecundo y ante una crítica avanzadísima, demasiado avanzada para su tiempo.

Un escritor francés, A. Vermorel, escribe lo siguiente sobre la Boetie y su obra:

"Hasta el día en que Lamennais se hizo el intérprete de los sentimientos viriles, expuestos con tanta firmeza en el "Discurso de la esclavitud voluntaria", La Boetie casi no era conocido más que de los eruditos, ante los cuales su más grande recomendación era la amistad de Montaigne hacia él. Esta amistad parecía su más hermoso, su único título de gloria. Se hablaba desdeñosamente de su libro, que se ponía algunas veces como apéndice en los "Ensayos". En estas ocasiones se tenía buen cuidado de prevenir al lector que aquel trabajo no era sino una "declamación de retórica", autorizándose para ello en que Montaigne afirmaba que este libro fué compuesto por su autor a la edad de diez y seis años y medio, consideración que no disminuye el valor a nuestros ojos.

El célebre historiador del siglo XVI, de Thou, cuya opinión es más respetable, juzga diferentemente esta obra, presentándola como una protesta valiente contra las crueldades que el condestable Anne de Montmorency cometió en Bärdeos en 1548, cuando la rebelión de Guyena. Se ha combatido la opinión de Thou. Se han apoyado para esto en el argumento de que, en 1548, La Boetie, que había nacido hacia 1530, tendría unos diez y nueve años; y como ya hemos dicho, Montaigne ha escrito que había compuesto el "Discurso de la esclavitud voluntaria" a la edad de diez y seis años. Sea como quiera, basta leer hoy la obra de La Boetie para estar seguro de que el ardor de la convicción era en su autor igual al ardor de la juventud, y que su estilo enérgico no tiene nada de común con una declamación de retórica. Además, refiriéndose a la época en que vivió La Boetie, a las pasiones que estaban entonces en efervescencia, a la corriente nueva de independencia y de libertad que circulaba por todas partes, aparece claramente la naturaleza de la inspiración a que obedeció La Boetie, y el mérito de la obra maestra que nos ha legado no puede ser por más tiempo desconocido. Su verdadero carácter le ha sido restituído, desde luego, y podemos presentarle, sin temor, como uno de los heroicos precursores de la revolución de 1789".

I

*En tener varios señores ningún bien veo; Sea uno solo el amo, uno solo el rey.*

Esto dice Ulises en Homero (1), hablando en público. Si no hubiese dicho más que:

*En tener varios señores ningún bien veo,* estaba tan bien dicho que nada más era preciso añadir; pero en vez de hablar razonablemente, dicen-

(1) *Ilíada*, I-II. V. 204, 205.

do que la dominación de varios no puede ser buena, puesto que el poder de uno solo desde que toma el título de amo es despótico y contra razón, ha añadido todo lo contrario:

*Que uno solo sea el amo, uno solo el rey.*

Sin embargo, en este caso hay que dispensar a Ulises, que es probable tuviese entonces necesidad de usar semejante lenguaje para apaciguar la insubordinación del ejército, conformando su propósito más al tiempo que a la verdad. Mas para hablar con fundamento, es una gran desgracia el estar sujeto a un amo del que no podemos tener seguridad de que sea bueno, puesto que le es potestativo el ser malo cuan-

do quiera; y tener varios amos es lo mismo que hallarse sujeto a ser otras tantas veces muy desgraciado. No quiero por ahora discutir esta cuestión tan manoseada: "Si las demás formas de república son mejores que la monarquía". Si quisiera llegar a esto, le correspondería a la monarquía entre las repúblicas, si realmente le corresponde alguno; porque es duro creer que haya nada público en ese gobierno en que todo es de uno. Pero esta cuestión es para más adelante, y pide ser tratada por separado, pues de otro modo ocasionaría disputas políticas.

Por ahora sólo quisiera saber, si es posible, cómo tantos hombres, aldeas, ciudades y naciones, sufren a veces un solo tirano que no tiene más poder que el que le dan; que no tiene poder de dañarles, sino en cuanto se lo consienten; que no podrían hacerles ningún mal, si no prefiriesen sufrirlo a contradecirle. Gran cosa es, ciertamente, y, sin embargo, tan común, que causa asombro ver millones de hombres servir miserablemente con la cerviz bajo el yugo, obligados, no por una gran fuerza, sino encantados, a lo que parece, por el nombre de *Uno*, de quien no deben temer el poder que está solo, ni amar las cualidades, puesto que es inhumano y salvaje. La debilidad de los hombres es tal, que a menudo obedecemos a la fuerza; hay que contemporizar; no se puede siempre ser el más fuerte. Así, pues, si una nación se ve obligada por la fuerza de la guerra a servir a uno, como Atenas a los treinta tiranos, no hay que asombrarse de ello, sino sentir el accidente, o mejor, ni asombrarse ni quejarse; sino llevar el mal con paciencia y esperar mejores tiempos.

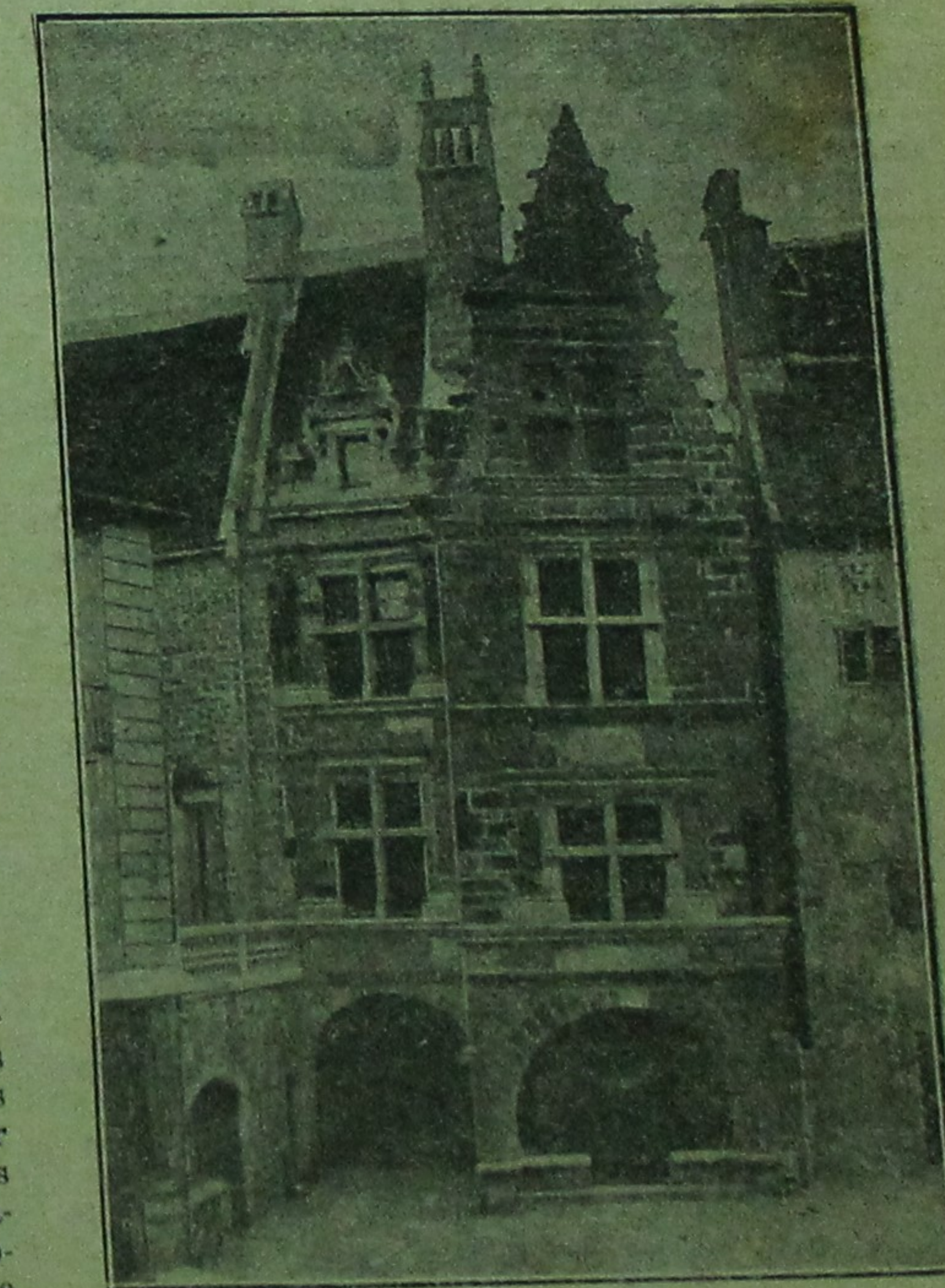
Nuestra naturaleza es así; los deberes de la amistad se llevan buena parte de la vida; razonable es amar la virtud, estimar las buenas acciones, reconocer el bien que se ha recibido y privarnos a menudo de nuestro gusto para aumentar el honor y ventajas de aquel a quien se ama y lo merece: así, pues, si los habitantes de un país encuentran un gran personaje que les ha demostrado gran previsión para guardarlos, gran valor para defenderlos, gran cuidado para gobernarlos; si desde entonces se comprometen a obedecerle, a fiarse de él y a concederle algunas ventajas, no sé si sería prudencia el quitarlo de allí donde podría hacer bien para llevarlo donde hiciera mal: pero es lógico no esperar mal de quien siempre hizo bien.

Pero, ¡oh, buen Dios! ¿Qué puede ser eso? ¿Cómo se llama? ¿Qué desgracia es esa o qué vicio? ver un número infinito que no obedecen, sino sirven; que no son gobernados, sino tiranizados; que no poseen ni bienes ni padres, ni hijos ni su vida misma! ¡Sufrir las raterías, las galanterías, las crueldades, no de un ejército ni de un campamento bárbaro, contra los que hay que verter la sangre y dar la vida, sino de ¡uno solo! no de un Hércules o de un Sansón, sino de un solo hombre, a menudo el más cobarde y afeminado de la nación; no acostumbrado a la pólvora de las batallas, sino acaso a la arena de los torneos; no que pueda mandar por la fuerza a los hombres, sino incapaz de servir vilmente a la menor mujercuela! ¿Llamaremos a eso cobardía? ¿Diremos que los que sirven sean cobardes? Si dos, tres o cuatro no se defienden de uno, es extraño, pero es posible; pero si cien o mil sufren a uno solo, no se dirá que no se atreven con él, y esto no es cobardía sino desprecio. Si se ve, no a cientos ni a miles de hombres, no asaltar a uno solo de quien el mejor

tratado no recibe sino el mal de ser siervo o esclavo, ¿cómo podremos llamar eso? ¿Es cobardía?

Ahora bien, en todos los vicios hay un límite del cual no puede pasarse: es posible que dos, y aun diez, teman a uno; pero que miles, millones, miles de ciudades no se defiendan contra uno, no: la cobardía no llega a ello, como la valentía no llega a que uno solo escale una fortaleza, asalte un ejército, conquiste un reino. ¿Qué vicio monstruoso es éste que no merece ni el epíteto de cobardía, que no encuentra nombre bastante vil para calificarlo, que la Naturaleza niega haberlo hecho y que la lengua rehusa nombrar?

Poned, de un lado, cincuenta mil hombres con sus armas, de otro, el mismo número; alineados en batallas: que combatan, unos libres, por su libertad y los otros por quitársela. ¿Quiénes quedarán victoriosos, quiénes trabarán con más gallardía el combate? Los que esperan como premio de su esfuerzo la posesión de su libertad o los que no aguardan al fin de la lucha más que la esclavitud de los vencidos? Unos, tienen constantemente ante sus ojos la dicha de la vida pasada y la esperanza de una igual en el porvenir; no se preocupan de lo que pueden sufrir el poco tiempo que dure la batalla, sino de lo que tendrían que sufrir para siempre ellos, sus hijos y toda su posteridad. Los otros no tienen nada que les anime, si no es la avaricia, que desaparece a menudo ante el peligro y que no puede ser tan ardorosa que no se extinga a la primer gota de sangre que brote de sus heridas. En las batallas tan famosas de Milciades, Leónidas y Temístocles, dadas dos



Casa natal de Etienne de La Boetie en Sarlat, Dordogne



mil años ha y frescas en la memoria de los hombres como si hubieran sido ayer cuando se dieron en Grecia para bien suyo y ejemplo del mundo ¿qué es lo que creéis que dió a tan escasa gente como eran los griegos, no el poder, sino el ánimo de resistir la fuerza de tantos navíos que el mismo mar se asombró; de deshacer tantas naciones que el escuadrón de los griegos no hubiera dado capitanes a los ejércitos enemigos? No parece que en esos gloriosos días fuera la batalla de los griegos contra los persas, sino la victoria de la libertad contra la tiranía, de la lealtad contra el egoísmo.

Es cosa extraña oír hablar de la valentía que la libertad comunica a los que la defienden; pero lo que pasa en todos los países todos los días, es que un solo hombre domina cien, mil ciudades y las priva de su libertad ¿quién lo creería si sólo lo oyese y no lo viera? Y si no se viese esto más que en países lejanos y extrañas tierras ¿quién no pensaría que fuera más bien fingido y contrahecho relato que verdad indudable? Aun a ese solo tirano no hay que combatirle, no hay que defenderse de él: se deshace por sí mismo. Para que el país no tolere la servidumbre no hay que quitarle nada, no hay que darle nada; no es preciso que se tome el trabajo de hacer algo en beneficio suyo, sino no hacer nada en contra suya. Son, pues, los mismos pueblos los que consienten ser devorados, puesto que rechazando la esclavitud quedarían salvos de todo peligro: el pueblo es quien se hace siervo, quien se estrangula, por que pudiendo elegir entre estar sometido a ser libre, abandona la libertad y se unce al yugo; quien consiente en su mal, o mejor dicho lo persigue. Si le costase algo recobrar su libertad, no le instaría, por más que para el hombre no debe haber nada más caro que posesionarse de su derecho natural y, por decirlo así, de bestia volver a ser hombre; ni aun le concedo que prefiera la seguridad de vivir a sus anchas. ¡Qué! Si para tener libertad no hay, más que desearla, quererla, ¿habrá nación en el mundo que la estime como muy cara pudiendo lograrla con su sólo deseo, que no ponga su libertad en recobrar el bien que debía rescatar a costa de su sangre, bien que, una vez perdido para todos los hombres de honor, debe hacer la vida desagradable y amable la muerte? En verdad, así como el fuego de una pequeña chispa crece y cuanta más leña halla más pronto la quema, y sin necesidad de echar agua para extinguirlo, con sólo no añadir leña, no teniendo ya qué consumir, se agota lo mismo, pierde su forma y ya no es fuego, del mismo modo, los tiranos, cuando más roban, más exigen, más arruinan y destruyen: cuando más se les entrega y se les sirve, más se fortalecen, se vuelven más osados para destruirlo y aniquilarlo todo. Y si no se les entrega nada, si no se les obedece, sin combatir, sin herir, quedan desnudos y deshechos y ya no son nada; y como raíz que no tiene savia se convierte en rama seca.

Los audaces no temen el peligro para adquirir el bien que desean. Los avinados no rehusan el trabajo. Los cobardes y embrutecidos no saben sufrir el mal ni recobrar el bien: se limitan a desearlo y la virtud de pretenderlo se la arrebató su cobardía; el deseo de tenerle les queda por naturaleza. Este deseo, esta voluntad, es común a los sabios y a los necios, a los valientes y a los cobardes, para desear aquellas cosas que una vez adquiridas, les harían dichosos y contentos; sólo hay una que no sé cómo la naturaleza no obliga a los hombres a desearla, la libertad: bien tan grande y agradable que, una vez perdido,

llegan todos los males; y los bienes que quedan tras ella pierden su gusto y sabor corrompidos por la servidumbre; sólo la libertad no es deseada, por la razón, clara, de que si la desearan la tendrían. ¡Parece que los hombres rehuyen hacer esta hermosa adquisición, sólo porque es demasiado fácil!

¡Pobres y miserables gentes, pueblos insensatos, naciones tercas en vuestro mal y ciegas para vuestro bien, dejáis arrebatat lo más hermoso y saneado de vuestra renta, arrasas vuestros campos, robáis vuestras casas y despojarlas de los muebles antiguos y familiares! Vivís de modo que no podéis decir que nada sea vuestro y aun sería gran cosa el tener a medias vuestros bienes, familias y vidas; y todo este desgaste, esta desgracia y ruina os viene, no de los enemigos, sino del enemigo; de aquel a quien habéis hecho grande, de aquel por quien vais valerosamente a la guerra, por cuya grandeza no teméis arrostrar la muerte. Ese que tanto os domina, no tiene más que dos ojos, sólo dos manos, un solo cuerpo y no tiene cosa distinta de lo que posee el hombre más infimo del infinito número de pueblos; lo que tiene más que vosotros es la ventaja que le dáis para destruirlos. ¿De dónde tomó tantos ojos con que os espía, sino de los que le disteis? ¿Cómo tendría tantas manos para heriros si no las tomara de vosotros? Los pies con que huella vuestras ciudades ¿de dónde los toma sino de los vuestros? ¿Cómo tiene poder alguno sobre vosotros sino por vosotros mismos? ¿Cómo se atrevería a llamaros a la lucha si no estuviera seguro de vosotros? ¿Qué os podría hacer si no fueseis encubridores del ladrón que os roba, cómplices del asesino que os mata y traidores de vosotros mismos? Sembráis los frutos para que él los consuma; amuebláis y llenáis vuestras casas para proveer a sus latrocinios; alimentáis a vuestras hijas para que tenga con qué saciar su lujuria; alimentáis a vuestros hijos para que los lleve, y es lo mejor que hace, a sus guerras, para conducirlos al matadero, o hacerlos ministros de su avaricia, ejecutores de sus venganzas; acostumbráis al trabajo vuestras personas para que él pueda recrearse en sus delicias y hartarse de villanos y sucios placeres; os debilitáis para hacerle más fuerte y rígido y que os tenga más corta la rienda; y de tantas indignidades, que los animales no sufrirían, podéis libraros si intentáis, no ya el libraros, sino sólo quererlo hacer. Resolvedos a no servir más y seréis libres. No quiero que le golpeéis ni que le derribéis, sino simplemente que no le sustentéis más; y le veréis, como a un gran coloso a quien se quita la base, hundirse por su propio peso y quedar aniquilado. Pero los médicos aconsejan no tocar las llagas incurables, y no obro cuerdaamente al querer aconsejar esto al pueblo que ha perdido hace mucho tiempo todo conocimiento, y, con no sentir su mal, demuestra plenamente que su enfermedad no tiene remedio; busquemos, pues, por conjetura, si es que la hay, cómo ha podido antes arraigarse esta terca voluntad de servir, hasta el punto de que ahora parece que el amor mismo a la libertad no sea tan natural.

En primer lugar está tan fuera de duda, a mi parecer, que si viviésemos con los derechos que la naturaleza nos ha dado y los conocimientos que hoy suministra, seríamos, naturalmente obedientes para con los padres, súbditos de la razón y siervos de nadie. De la obediencia que cada uno, sin más consejo que su naturaleza, tiene a sus padres, todos los hombres son testigos; cada uno en sí y para sí; de la razón, si nace o no con nosotros, cuestión debatida en el

fondo por los académicos y tratada por todas las escuelas filosóficas, por ahora pienso no equivocarme creyendo que hay en nuestra alma una simiente de razón que, cultivada por el buen consejo y costumbre da flores de virtud; y por el contrario, no pudiendo sufrir los vicios sobrevenidos, ahogada, aborta. Pero si hay algo claro y manifiesto en la naturaleza, en que no sea dable hacerse el ciego, es esto: Que la naturaleza, ministro de Dios, y guiadora de los hombres, nos ha hecho a todos de la misma forma y según parece en el mismo molde para reconocernos todos por compañeros o más bien por hermanos; y si al repartir los presentes que nos hace, ha dado alguna ventaja de bienes en el cuerpo o en el alma a unos más que a otros, no ha querido por ello colocarnos en este mundo como en campo cercado y no ha enviado aquí a los más fuertes y avisados para que como bandidos armados en un bosque destruyan a los más débiles; más bien debemos creer que, al dar a unos partes mayores que a otros, quiso dar ocasión para que el afecto fraternal pudiera emplearse, teniendo unos poder de dar ayuda y los otros necesidad de recibirla.

Puesto que esta buena madre nos ha dado a todos figura en la misma materia, a fin de que cada uno pueda mirarse y casi reconocerse en el otro; si a todos en general nos ha dado el hermoso don de la palabra para conocernos mejor y fraternizar más fácilmente y hacer por la mutua expresión de nuestros pensamientos una comunión de las voluntades respectivas; si ha tratado de estrechar y apretar más el nudo de nuestra alianza y trato; si ha demostrado en todo que no quería tanto hacernos a todos unidos como a todos unos; no hay que dudar de que somos todos compañeros y no cabe en el entendimiento de nadie que la Naturaleza haya colocado a alguno en la esclavitud habiéndonos puesto a todos juntos.

Pero de nada sirve discutir si la libertad es natural, puesto que se puede tener a alguno a menudo, en esclavitud sin perjudicarle y que no hay nada en el mundo tan contrario a la Naturaleza (siendo todo razonable) como la injuria. Queda, pues, que decir, que la libertad es natural y que no sólo hemos nacido en posesión de ella, sino con ardor para defenderla. Ahora bien; y si por casualidad tenemos duda de esto y nos bastardeamos tanto que no podemos reconocer nuestros bienes ni nuestras sencillas afecciones, será preciso que os haga el honor que merecéis y que suba, por decirlo así, las bestias a la cátedra para enseñaros vuestra naturaleza y condición. Los animales (¡Dios me ayude!) si los hombres no se hacen los sordos, les gritan: ¡Viva la libertad! Varios hay entre ellos que mueren en seguida que son aprisionados, como el pez, que pierde la vida al abandonar el agua; otros, al dejar la luz no quieren sobrevivir a su natural independencia. Si los animales tuviesen entre sí rangos y privilegios, harían, a mi parecer, de la libertad su nobleza. Otros, también, desde los más grandes hasta los más pequeños, cuando se les cautiva resisten tanto con las uñas, los cuernos, las patas o el pico, que declaran perfectamente cuánto estiman lo que pierden; luego, aprisionados, nos dan tantas muestras del conocimiento que tienen de su desgracia, que es hermoso ver cómo desde entonces más bien languidecen que viven; que continúan su vida más para llorar el bien perdido que para complacerse en la esclavitud. ¿Qué otra cosa quiere decir el elefante que, habiéndose defendido teazmente, y a punto de ser aprisionado,

cierra sus quijadas y rompe sus colmillos contra los árboles, sino que el gran deseo que tiene de continuar libre, como nació, le da ingenio y le induce a tratar con los cazadores para que le libre mediante el precio de su marfil, ofrecido como recae de su libertad? Damos de comer al caballo desde que nace para reducirle a la esclavitud y no sabemos hallarle tanto al domarle que no muerda el freno y se encabrite contra la espuela, como para demostrar a la Naturaleza, y atestiguar, que si sirve, no es por su gusto, sino por imposición nuestra. ¿Qué hay que decir, pues? *Aun los bueyes, bajo el peso del yugo, gimen, y los pájaros, en la jaula, se quejan*, como dije en otra parte perdiendo el tiempo en rimarlo; porque no temo, ¡oh Longa! mezclar aquí mis versos, que no leo jamás, y que aunque aparentas alegrarte con ellos no me envanecen. Puesto que todas las cosas sensibles, desde que lo son, sienten el mal de la dependencia y corren tras la libertad; puesto que los animales, aun los creados para daño del hombre, no pueden acostumbrarse a servir sin protesta de un deseo contrario, ¿qué desgracia ha podido desnaturalizar tanto al hombre, único nacido, en verdad, para vivir libremente, que le ha hecho perder el recuerdo de su primer ser y el deseo de recobrarlo?

## BIBLIOGRAFIA

**PROF. FERDINAND TOENNIES.** — **Desarrollo de la cuestión social.** Trad. de Manuel Reventós. Editorial "Labor", Barcelona-Buenos Aires, 184 págs. en 8°. Con 16 láminas. Precio, \$ 2.—

Entre las modernas colecciones de vulgarización científica y filosófica, la "Colección Labor" ocupa en español uno de los primeros puestos. Se trata de una serie de pequeños volúmenes bien seleccionados sobre distintas disciplinas del pensamiento, generalmente accesibles a la gran masa de los aficionados al estudio y a la lectura seria. Predomina en esa colección la literatura alemana universitaria, con lo cual está hecho su elogio e involucrada la objeción que podríamos hacerle.

El libro del profesor Toennies sobre el desarrollo de la cuestión social no es propiamente un libro de historia, ni una tesis en favor de tal o cual tendencia, sino una síntesis del gran asunto que encierra su título. La cuestión social contiene tres elementos: el económico, el político y el espiritual. De acuerdo a eso el profesor Toennies nos describe la cuestión social en Inglaterra, en Francia y en Alemania, dedicando un breve capítulo a España y a las evoluciones de la postguerra en los principales países.

Es una obra de iniciación cultural recomendable sobre todo por la gran serie de problemas que esboza y por lo que estimula a profundizar las cuestiones apenas aludidas en sus páginas.

**M. LUDWIG SCHLESINGER.** — **El Estado de los soviets.** Trad. Manuel Pedroso. Editorial "Labor". 169 págs. Precio, \$ 2.—

El propio autor habla así de este libro: "Debido a exigencias del trabajo profesional, la exposición, co-



mo otros estudios anteriores, se basa tan sólo en colecciones legislativas, y en la actividad de los órganos del poder central, renunciando de antemano a toda polémica con las opiniones contrarias. No des- conoce el autor el modo de pensar de los emigrados rusos. Pero le convence tan poco, como aquellas pu- blicaciones de otros científicos, en íntimas relaciones con el gobierno de los soviets. Esta obra pretende evitar todo matiz político. La experiencia de de- cesnios demuestra que en Rusia la existencia de las le- yes no es equivalente a su aplicación práctica. Por eso las siguientes páginas tratan de exponer tan sólo el derecho vivo, reciente, y concretamente la vi- da constitucional, tal como era en diciembre de 1927, después de la reunión del XV congreso del Partido comunista de la Unión soviética. De aquí que sólo trate de reflejar lo característico de la vida política tal como se expresa en la realidad, sin seguir el sis- tema de la doctrina bolchevista, y sin rechazar, co- mo absurdas, las opiniones contrarias. Este breve li- bro no es una crítica del orden político ruso, ni pretende dar consejos para su reforma. El pueblo ruso, cuya fuerza plasmadora de Estados revela la historia, sabrá encontrar por sus propias fuerzas el camino a seguir...

El estudioso de los asuntos rusos, y a esa cate- goría pertenece media humanidad, de todas las clases y partidos, tiene en este volumen una buena guía para la comprensión del aparato estatal y adminis- trativo ruso, comprensión que es tan necesaria para los amigos como para los adversarios de esa nueva forma de estatismo. En español, donde se ha escrito tanto sobre Rusia, por conocedores y por no conoce- dores, este libro es uno de los primeros trabajos ob- jetivos que no pretende hacernos bolchevistas ni an- tibolchevistas, sino presentarnos la estructura de los soviets tal como es.

**CAMILO BERNERI.** — Lo spionaggio fascista all'estero. Un vol. de 91 págs., en 8.º — E. S. I. L., Marseille. Precio: 0. 50 centavos.

El compañero Berneri ha resumido en estas pá- ginas sus experiencias del destierro con el espionaje fascista, asuntos de que la gran prensa se ha ocupa- do en su oportunidad, especialmente en ocasión del drama del Boulevard Magenta. Páginas negras que nosotros no conocíamos en detalle, pero sí en líneas generales y cuya lectura recomendamos vivamente a los antifascistas y a nuestros propios camaradas, tantas veces demasiado ingenuos y pueriles como para no distinguir el oro del oropel, la verdad de la simulación. Ya es más de una tragedia la que ha ocurrido por obra del espionaje fascista en el exte- rior; sabemos de la existencia de seres envilecidos que operan por treinta dineros de Judas como pro- vocadores y confidentes en las filas de los enemigos del fascismo. Es muy difícil señalarlos con seguri- dad, con pruebas palpables, pero un poco de sentido común y de experiencia valen para discriminar re- lativamente las cosas. Y el librito de Berneri viene a propósito para dar una voz de alerta a los in- ceratos.

**A. D. CARLO.** — Reflexiones de un obrero. — Un vol. de 156 págs. Edit. Tor, Bs. Aires.

Hemos recibido este pequeño volumen de reflexio- nes de un proletario sobre los mil hechos cotidianos

que incitan a pensar y a deducir a los que tienen capacidad e inteligencia para ello. Naturalmente, un obrero que se eleva espiritualmente por encima de la rutina del trabajo y se esfuerza por salvar su dignidad, tiene que coincidir con nosotros en la crí- tica social y en las aspiraciones finales. Y el autor coincide en efecto con nosotros.

Biblioteca Popular "Emilio Zola" — Santa Fe — Esbozo histórico de su desarrollo, Santa Fe, 1929, 16 páginas.

### PUBLICACIONES NUESTRAS

*Trudy i Misly*, año I, N.º 1, marzo de 1929, Sofia (Bulgaria). Hemos recibido el primer número de este nuevo vocero anarquista búlgaro, una revista- ta de 32 páginas, sucesora espiritual de *Natchalo*. Los amigos búlgaros no se dan por vencidos y ma- nifiestan su firme decisión de resistir a la reacción. A ellos nuestra solidaridad y nuestra palabra de aliento.

*Acción Libertaria*, Año I, N.º 1, correspondiente a la segunda quincena de abril, Montevideo (direc- ción, P. Minotti, calle Yí, 1771, Montevideo).

*Luz y Acción*, periódico libertario, N.º 1, febrero de 1929; N.º 3, marzo, Guayaquil (Ecuador); "pre- cio voluntario — sale cuando puede". (Dirección: Alejandro Atienza, calle Pedro Carbó y Roca, núme- ro 104, Guayaquil).

*Iniciales*, revista ilustrada de educación individual, N.º 2, marzo 1929, Barcelona. Con originales de Han Ryner, González Vivas, Adolfo Ballano, Elías García, Antonio Maymon, etc., etc.

### EDITORIAL "LA PROTESTA"

#### NUEVAS EDICIONES

Eliseo Reclus: **LA ANARQUIA Y LA IGLESIA** . . . . . 0.10

Anselmo Lorenzo: **EL DERECHO A LA EVOLUCION** . . . . . 0.10

Juan Crusao: **CARTA GAUCHA**, séptima edición . . . . . 0.10

P. Kropotkin: **A LOS JOVENES** L. Fabbri: **¿QUE ES LA AN- ARQUIA?** . . . . . 0.10

D. A. de Santillán: **LA JORNA- DA DE SEIS HORAS**, tercera edición . . . . . 0.10

Anna María Mozzoni: **A LAS HI- JAS DEL PUEBLO** . . . . . 0.10

Eliseo Reclus: **A MI HERMANO EL CAMPESINO** . . . . . 0.10

De estos folletos hay ediciones econó- micas a \$ 2, 2.50 y 3 el cien para la distribución gratuita por grupos, sín- dicatos y compañeros.

## La iglesia y los ricos

*Santo Tomás de Villanueva.* — ¿Hay mayor ladrón que el que pretende usurpar las cosas naturalmente comunes? ¿Qué ruina no proviene ahí para el pue- blo? ¿De dónde le viene tanta necesidad, tanta ham- bre, sino de esa manera de proceder? ¿Pensamos, por ventura, que Dios no creó campos fértiles y su- ficientes para todos, y que, multiplicados los hom- bres, no basten para nutrirlos? No, no; proveyó su- ficientemente a todos; únicamente de la avaricia procede el mal que lamentamos, pues como uno re- coge en su troje cien mil cuartillos, los otros tienen necesariamente que padecer hambre, y como uno abunda en bienes, los otros se hallan faltos de ellos; si todos tomasen lo suficiente, todos tendrían lo ne- cesario. La riqueza excesiva de éstos es causa de la pobreza de aquéllos. La opípara mesa, los suntuosos y múltiples vestidos y la opulencia fastuosa de és- tos, produce en el pueblo escasez. ¿Cómo no? ¿No bastarían mil carros de peces para abastecer a todo un pueblo? Pero un abastecedor lleva todos los pe- ces a la despensa del rico... Luego, ¿no es enemigo público el que hace tanto mal al pueblo?, ¿no es la- drón oculto el que intenta usurparlo todo?

*San Atanasio.* — Los que amontonan más bienes de los que necesitan para comer, beber y vestirse, pade- cerán el mismo juicio que los asesinos.

*San Clemente de Alejandría.* — Es absurdo e in- comprensible que un hombre viva en el lujo y el de- leite mientras otros muchos padecen hambre.

*San Jerónimo.* — Si tienes más de lo necesario pa- ra comer y vestir, distribúyelo.

*San Juan Crisóstomo.* — No disminuyas la vida del pobre despojándole de su haber, pues el que des- poja a otro toma cosas ajenas.

*San Basilio.* — Ese pan que guardas es de los que tienen hambre, ese vestido que reservas es de los que viven desnudos, esos zapatos que dejas enmohe- cer son de los que andan descalzos, esa plata que amontonas es del que carece de dinero. Perjudicas al prójimo en la cantidad que puedes darle y no le das.

*San Agustín.* — Lo superfluo de los ricos es lo necesario de los pobres. Bienes ajenos se poseen cuando se poseen bienes superfluos.

*San Gregorio.* — La tierra es propiedad común de todos los hombres, y, por eso, produce elementos de vida para todos. En vano, pues, se juzgan inocentes los que acaparan los dones comunes de Dios. No dando lo que han recibido se hacen reos de la muer- te de su prójimo, pues cometen cada día tantos ase- sinatos como pobres mueren por no haber recibido de ellos los socorros que se guardan para sí. En efecto, cuando distribuimos lo necesario entre indi- gentes, les damos lo que es suyo antes que hacérles merced de lo que es nuestro; cumplimos con ellos un deber de justicia más que un deber de misericordia.

## LUISA LALLANA



El 8 de mayo se ha cumplido el pri- mer aniversario del asesinato de Luisa Lallana, en Rosario, por un rompe- huelgas.

Ese acontecimiento dió el sello ca- racterístico a todo un año de agitación en la segunda ciudad de la república y ha marcado un comienzo de reorgani- zación gremial y de repunte de las ac- tividades proselitistas. El sacrificio de aquella vida joven ha sido doloroso y ha impresionado e indignado a todo el proletariado del país, pero los traba- jadores de Rosario no vacilaron en la respuesta debida a los provocadores y se ha hecho comprender de un modo elocuente que no se puede jugar toda- vía tan impunemente con la vida de los combatientes del porvenir.

Luisa Lallana sigue siendo un sím- bolo viviente de la revolución y de la lucha proletaria. Alentados por su me- moria, continuemos activando con ple- no entusiasmo por la implantación de un régimen social en que la lucha del hombre lobo del hombre será sustitui- da por la colaboración y la solidaridad fraterna.





# Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—	
"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873)	\$ 0.50
Edición especial, papel pluma	1.—
Encuadernado en tela	2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	1.20
Edición especial, papel pluma	2.—
Encuadernado en tela	3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	0.15
RUDOLF ROCKER.—	
"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	1.50
"La maldición del practicismo"	0.10
RUDENKO.—	
"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	0.15
JAMES GUILLAUME.—	
"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	0.20
MIGUEL BAKUNIN.—	
(Obras Completas)	
I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	1.50
Los mismos, encuad. en tela	3.50
ERRICO MALATESTA.—	
"Anarquía"	0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri	0.30
"En Tiempo de Elecciones"	0.10
PEDRO KROPOTKIN.—	
"Palabras de un Rebelde"	1.—
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno"	0.50
Encuadernado en tela	1.50
"A los jóvenes"	0.10
LUIS FABBRI.—	
"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	0.50
Encuad. en tela	1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	0.20

C. LOMBROSO y R. MELLA.—	
"Los anarquistas" (Estudio y réplica)	1.—
NIDO, ROCKÉ y NEMO.—	
"Nacionalismo y anarquismo"	0.20
SEBASTIAN FAURE.—	
"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	2.—
Encuadernado en tela	3.50
"Temas Subversivos"	1.50
También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:	
La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.	
J. DEJACQUE.—	
"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	0.50
WILLIAM MORRIS.—	
"Noticias de ninguna parte"	1.—
NICOLAI GOGOL.—	
"Almas Muertas" (2 tomos)	2.—
ELISEO RECLUS.—	
"A mi hermano el campesino"	0.10
"La anarquía y la iglesia"	0.10
JUAN CRUSAO.—	
"Carta Gaucha". 7.ª edición	0.10
D. A. DE SANTILLAN.—	
"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo	0.10
AGUSTIN SOUCHY.—	
"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920)	0.30
S. RADOWITZKY.—	
"La voz de mi conciencia"	0.10
VARIOS.—	
"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.ª, encuadernado en tela	2.—
ANSELMO LORENZO.—	
"El derecho a la evolución"	0.10
ANA M. MOZZONI.—	
"A las hijas del pueblo"	0.10
JOHANN MOST.—	
"La Peste Religiosa"	0.10

# LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII  
N.º 306

BUENOS AIRES, 27 DE MAYO DE 1929  
PORTE PAGO

El ejemplar  
20 Centavos





# LO QUE QUEREMOS

Hay millones de seres humanos que trabajan diez y doce horas diarias, en odiosas condiciones, a cambio de un jornal insuficiente.

Hay millones de ancianos que, habiendo fomentado la riqueza pública y edificado fortunas particulares durante una carrera de veinticinco, treinta y cuarenta años, tienden sus manos callosas y descarnadas a los transeúntes o solicitan su entrada en los hospicios.

Hay millones de niños hermosos e inocentes que carecen del alimento y la cultura indispensables.

Hay millones de mujeres bellas, naturalmente aptas para inspirar y sentir amor, que viven en la horrible y degradante irregularidad de la prostitución.

Hay millones de seres vigorosos que buscan trabajo, y sin trabajo carecen de todo lo necesario. Hay millares de jóvenes arrancados al campo, al taller, a su familia, a sus amores, en previsión de matanzas incomprensibles y criminales.

Hay millones de desgraciados a quienes la miseria, la ignorancia y la opresión, impulsan fatalmente a infringir la ley dirigida contra ellos, y como consecuencia gimen en las cárceles y en los presidios.

Toda persona de inteligencia y de corazón, debe querer que esto acabe. Intrigantes, ambiciosos investidos de un mandato por la candidez popular, tunantes e imbéciles revestidos con el carácter de funcionarios por complacencia gubernamental, saquean impunemente el tesoro público que alimenta el proletariado. Los ministros de un dios ridículo apoyan sobre el absurdo de los dogmas y la metafísica de las creencias, el dominio de una clase y los privilegios que la acompañan.

En su mucha ignorancia y en sus hábitos de servidumbre, las multitudes aclaman al que las azota y las aplasta; acuden respetuosamente al paso de un grande que las desprecia o las adula y aceptan pasivamente los consejos de los adormideras y de los que predicán resignación.

## TODOS LOS ESPIRITUS LIBRES Y TODOS LOS CORAZONES GENEROSOS DESEAN QUE ESO TENGA FIN.

Vivir, ser dichosos, ser libres... eso es lo que queremos los anarquistas. Gustar el bienestar físico que aseguran una alimentación sana, un buen vestido y una habitación cómoda. Cultivar nuestra inteligencia, desarrollar nuestros conocimientos, enriquecer nuestro cerebro con los conocimientos adquiridos, regocijarnos en la contemplación de las obras maestras del arte y de la naturaleza, procurar a nuestros oídos el encanto de las puras armonías, estudiar con espíritu independiente los problemas de la vida, pasear libremente nuestra curiosidad a través del mundo, pensar lo que nos inspira nuestra razón ilustrada y confiar a nuestra boca atrevida el enérgico de expresar nuestras ideas.

## ESO ES LO QUE QUEREMOS.

Y queremos también fundar lo más pronto posible un medio social favorable al desarrollo íntegro de la personalidad humana, por el libre juego de las fuerzas que se agitan en nosotros y de las pasiones que nos impulsan, por el desprendimiento normal de nuestras afecciones, por la noble radiación de nuestras simpatías. Hay que pedir a la vida todas las alegrías que contiene.

MAX NETTLAU

## El salario único y la lucha contra la racionalización

En la convocatoria para una reunión de Pierre Besnard, París, 29 de marzo de 1929, en nombre de la Confederación General del Trabajo Sindicalista Revolucionaria (A. I. T.) se opone al programa capitalista de la racionalización: "El contrato colectivo, la conciliación y el arbitraje obligatorio, el accionariado sindical" el programa sindicalista: "El salario único, la reducción de la jornada de trabajo, el control sindical de la producción" (V. *La Voix Libertaire*, 30 de marzo).

El salario único es discutido por Bakunin en uno de los esbozos manuscritos que quedaron inéditos del otoño de 1871, que preceden a la redacción final de su *Teología Política de Mazzini*... (Neuchâtel, diciembre). Dice:

... "Hay una cuestión que es vivamente debatida hoy y que no está de ningún modo resuelta en las asociaciones obreras: *Un trabajador inteligente y hábil ¿debe ser mejor retribuido que un trabajador que lo es menos?* Yo me inclino por la igualdad de las retribuciones, y más tarde diré por qué. (Pero en el largo fragmento Bakunin no vuelve sobre el asunto) (N.). Ahora no indicaré más que una sola razón y precisamente la que me parece que milita más en favor de la igualdad: Si el obrero, comparativamente más inteligente y más hábil puede producir más y mejor que otro ¿no lo debe únicamente a la colectividad? Imagináis al más grande genio desarrollándose al margen de toda sociedad, de toda colectividad humana cualquiera que sea? Un bruto, un animal ciertamente menos hábil y menos poderoso que nuestro antiguo primo el gorila. No es sino gracias a la asociación, gracias a esa colectividad humana en cuyo seno ha nacido, como ha podido desarrollar su inteligencia y su habilidad superior, y en recompensa se hará pagar por ella más que otro; porque al fin de cuentas es siempre ella la que produce y la que paga.

Pero hagamos otra suposición: Una vez llegado, gracias al concurso social, a esa superioridad relativa sobre los otros, que sea forzado a trabajar solo. Supongamos, por otra parte, a veinte trabajadores asociados para la producción en la misma industria. ¿Quién producirá mejor y quién producirá más? ¿El obrero aislado, o cada uno de esos mediocres trabajadores asociados? Sin duda estos últimos. Al expresar tanto la cualidad como la cantidad de sus productos respectivos por cifras, se puede decir que si él produce por diez, éstos producirán todos juntos por cuatrocientos, por seiscientos, por dos mil es decir que cada uno de esos obreros mediocres, sólo porque trabaja colectivamente producirá dos veces, tres veces, diez veces más que él.

Así, pues, no sólo para desarrollar su superioridad relativa, pero incluso después de haberla desarrollado, para hacerla valer, para producir mejor y más que los otros, el obrero inteligente y hábil

tiene necesidad del concurso del trabajo asociado. Pero entonces ¿con qué derechos se hará retribuir más que todos los otros?...

No cito la continuación, donde Bakunin reprocha a Mazzini que "no comprende que no son los individuos aislados, sino inevitablemente asociados los que forman la colectividad humana que es la grande, la única productora de todas las riquezas sociales, tanto materiales como intelectuales y morales"... Y continúa: "...Nosotros que estamos convencidos de que todo trabajo productivo no sólo material, sino también moral e intelectual, es esencialmente colectivo, llegamos lógicamente a la proclamación del principio de la propiedad colectiva", lo que especifica también en una nota:

"Es preciso sin embargo entenderse bien sobre estas palabras "propiedad colectiva". No se trata evidentemente de la propiedad de las cosas pasajeras que son necesarias a la vida de cada uno y en las cuales, se puede decir, se encarna más o menos la individualidad de cada uno, sino de los valores impersonales y abstractos, tales como los capitales, los establecimientos industriales, las materias primas y en general todos los instrumentos de trabajo incluso sin duda la tierra".

Escribe aún: "...Para decir sobre esta cuestión de habilidad o de superioridad intelectual y moral una última palabra, observaré que nosotros, socialistas materialistas, más realmente idealistas en la práctica de lo que lo son generalmente los teóricos idealistas, creemos que todas esas cualidades individuales tanto como las ventajas que de ellas resultan para la sociedad entera, deben ser retribuidas por una moneda mucho más ideal: ante todo por la satisfacción que el hombre experimenta en sí mismo, siempre que crea alguna cosa útil y buena, por las alegrías inefables de la creación, y en fin por la estima pública, por la confianza y por la amistad de sus compañeros, y no por un injusto tributo sobre su parte..."

Sin embargo Bakunin toma en consideración otra parte de la diferenciación de los hombres:

... "La desigualdad procedente de la economía o de la avaricia de los unos opuestas a la ausencia de todo orden y de toda economía en los otros, me parece mucho más seria. Admito que una educación racional y todo lo igual posible para todos, una educación tal que no existe en ninguna parte hoy y que debería existir en toda sociedad humanamente y divinamente ordenada, admito que esa educación contribuirá inmensamente y cada vez más (a destruir, N) las desigualdades tanto intelectuales como morales que separan y distinguen tan profundamente a los hombres hoy. Pero aun cuando este bien solidamente establecida, no podrá producir ese resultado de un día para el otro, y por lo demás, haga lo que quiera, existirán siempre diferencias de



naturaleza y de temperamento. Incluso sería triste que una educación uniforme acabase por no producir más que hombres uniformes. Habrá, por tanto, siempre, más o menos, hombres prudentes hasta la estrechez y hombres despreocupados hasta la tontería. Sus destinos y sus existencias deberán, pues, ser naturalmente diferentes. La justicia, siempre no divina y no jurídica, sino humana, exige que para todos los hombres que nacen, haya todo lo posible la igualdad del punto de partida, es decir medios iguales de sostén y de desarrollo para la infancia; de educación y de instrucción para la juventud; pero al mismo tiempo exige que una vez acabado el tiempo de aprendizaje, y durante el mismo aprendizaje, a medida que cada individuo se vuelva más viril y más libre, sea cada cual, cada vez más, en todo su destino ulterior el hijo de sus propias obras. He ahí como comprendemos la libertad, la dignidad y la responsabilidad de cada hombre".

De ahí Bakunin pasa a la "desigualdad hereditaria y social", resultado del derecho de herencia.

Estas observaciones ¿no muestran la amplitud de las ideas del antiguo colectivismo anarquista, que fué más tarde mal interpretado como una doctrina que estipulaba la medida del trabajo hecho y volvía a conducir por ese camino a la sociedad nueva a la autoridad y a la propiedad? Bakunin rechaza el privilegio del talento, pero constata que por un tiempo indefinido todavía, las disposiciones personales, aplicación y despreocupación y otras parecidas, diferenciarán a los hombres, para ser niveladas en sus aspectos desventajosos por una educación racional, pero conservadas en sus aspectos ventajosos y útiles, impidiendo así la uniformidad de los hombres y convirtiendo a cada hombre en el "hijo de sus propias obras".

Piensa, pues, que para la sociedad presente, donde los trabajadores son colocados en tal desventaja, "la igualdad de las retribuciones" es deseable, pero que en la sociedad del porvenir, donde la igualdad del punto de partida es garantizada a cada uno, el hombre adulto deberá ser el hijo de sus propias obras. Las disposiciones personales, en vista de todo lo que pesa sobre los trabajadores presentes, son una cantidad despreciable y la retribución igual pasará por sobre ellas; el hombre libre del porvenir, emancipado de ese peso tendrá las consecuencias de su conducta personal.

Todo eso no ocurrirá probablemente según las previsiones y hasta según las iniciativas de los anarquistas más perspicaces del tiempo próximo o lejano de los grandes cambios sociales, sino como resultante entre esos factores y muchos otros más, sobre todo las disposiciones de las masas de los trabajadores en general, en tanto que expresan una voluntad directa o reaccionan por una falta de verdadera buena voluntad, una falta de capacidad y energía, etc. Es por tanto importante conocer bien estas disposiciones.

¿Quién no fué afectado, por el paralelismo relativo entre el trabajo por semana, retribuido por el salario semanal, y el comunismo, y por el trabajo a destajo, retribuido según la cantidad del trabajo hecho, y el colectivismo? El parecido entre esos hechos presentes y esas aspiraciones para el porvenir, tiene sus raíces históricas. Corresponde a los antiguos hábitos y costumbres comunistas, el uso libre de tantas cosas sobre la tierra todavía no apropiada por los privilegiados, como también a las primeras formas del trabajo subyugado, no se hacían cuentas enteramente estrictas: el esclavo hizo

un cierto trabajo y fué alimentado, fué raramente, quizás, llevado al trabajo por el látigo del negrero, como más tarde en América del norte; el siervo fué obligado a ciertas corveas, pero el resto del tiempo vivía como pequeño campesino y se dedicaba a un trabajo que le beneficiaba a él mismo. Y hasta el asalariado por semana controla más o menos el esfuerzo que hace en su trabajo.

Pero todo cambia, cuando el capitalismo intensificado introduce el pago del trabajo hecho; entonces el trabajador es pagado según su trabajo, grande o pequeño, pero naturalmente sólo en la proporción reducida que asegura el beneficio al parásito capitalista.

Sin embargo el resultado es este, que el obrero por semana se las compone lo mejor posible y gana menos y que el obrero a destajo trabaja lo más posible y gana un poco más, ventaja que le es constantemente arrancada por tarifas reducidas, si no sabe defender su posición a cada momento.

Los obreros tienen así — en una cierta medida que yo no tengo ninguna intención de exagerar, pero que existe sin embargo — una experiencia cotidiana de los dos sistemas, de un trabajo más suelto, como a discreción, por semanas, y de un trabajo más intenso, a menudo febrilmente presionado, a destajo, asegurando el primero un pago medio, ofreciendo el segundo a veces oportunidad de ganar más.

Se ha descrito sin duda histórica y estadísticamente la extensión de esos dos sistemas y de lo que hay de variantes y de otras combinaciones todavía. No puedo reunir esos materiales, pero quisiera conocerlos. Así, en cada fecha ¿en qué proporción, en qué industrias ha sido introducido en cada país el trabajo a destajo? ¿En qué proporción se difunde (lo que yo creo que es el caso) o disminuye? ¿Cuál es la resistencia o la actitud obrera hacia él? Antes se tenía entre los socialistas el proverbio alemán: "Akkordarbeit ist Mordarbeit" (El trabajo a destajo es trabajo de muerte) y los socialistas lo han combatido. ¿Cuál es la actitud frente a él de los diversos matices socialistas y sindicalistas? ¿Qué se hace en Estados Unidos, en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en la Argentina, etc.? Y sobre todo, en general, la gran masa de los obreros, los no organizados y los nominalmente organizados ¿qué piensan? ¿Tienen un verdadero interés por esa posibilidad de ganar un poco más, reventando mucho más, o prefieren el salario estacionario por semana? ¿Y en qué industrias importantes está más firmemente establecido el trabajo a destajo?

Si se supiese todo esto — y un poco de cooperación práctica reuniría esos datos y otras enseñanzas sacadas de la experiencia de los hombres de los oficios diversos, — si se conociese la mentalidad de los productores, en qué proporción están contentos con tener esa pequeña probabilidad de sacar buenos jornales o exasperados por tener que reventar por tan poca cosa en suma, ¿no se estaría mejor informados también sobre las posibilidades del comunismo, del colectivismo y del individualismo en caso de revolución social victoriosa? El trabajo a destajo ¿está arraigado en la mentalidad de algunos que, por eso, no querrán el comunismo, o insistirán sobre el colectivismo o el individualismo? ¿Es de tal modo detestado por otros que darían el salto en el comunismo más completo en cuanto pudiesen? Los que trabajan por semana ¿pasarán por eso más fácilmente al comunismo o preferirán justamente lo opuesto para manifestarse más indivi-

dualmente? — No se puede responder a estas cuestiones, pero su multiplicidad muestra que se procederá por todos los caminos y que una sola cosa por un camino único, salvo allí donde las exigencias técnicas prácticas lo hagan inevitable bajo pena de mayores dificultades.

Desde este punto de vista, pues, el salario único que los sindicalistas libertarios reclaman, es una petición ideal, basada en su sentido de justicia, y para ellos ciertamente una etapa hacia el comunismo a que aspiran como finalidad. ¿O es una tendencia que se sabe existente en grado preponderante en las masas obreras y que sabrá reunir las más eficazmente que cualquiera otra? Antes de una encuesta, como la que he esbozado, no se puede responder a esta cuestión. Veo a los obreros arrastrados entre dos polos, la aspiración de la seguridad relativa y la de un mejoramiento de su situación personal, problema individual para cada uno, aun donde una acción colectiva trata de resolver ese problema lo mejor que permitan las circunstancias. En la defensiva se retira uno sobre el salario único, en una coyuntura más favorable se está seguro de dedicarse a conquistar salarios diferenciados.

Pero el salario único está también en el fondo de las racionalizaciones más intensas, como lo muestra su aplicación por Henry Ford, que sabe lo que es provechoso a él mismo, y ha sido puesto como base del estatismo social en la Rusia soviética. Pero allí fué diferenciado bien pronto, yo creo, en diez y ocho graduaciones, es decir una jerarquía de casta o de burocracia fraccionó el mundo obrero, una evolución hacia atrás consecuencia fatal del estatismo extremo. En el fascismo el corporativismo forzado marca un retroceso similar y si G. B. Shaw en su libro explicando su socialismo a las mujeres, insiste ante todo sobre la igualdad de las entradas (income) de cada hombre, habla al margen de esa misma mentalidad retrógrada ultraautoritaria que le había hecho cantar loas al fascismo un tiempo antes de este libro. Una igualdad ficticia, una uniformación anula siempre el progreso, puesto que suspende las posibilidades de movimiento hacia adelante, hacia atrás, a la derecha, hacia la izquierda, que constituyen la vida. Las estabilizaciones son la muerte y no conducen más que a las descomposiciones y no a evoluciones vigorosas y fértiles hacia adelante. Desde esa perspectiva, pues, el salario único tiene un aspecto ominoso para mí, lo veo aplicado o propiciado por los elementos que considero los más atrasados de nuestra época.

La diversidad infinita de las vidas humanas ha dividido a los hombres en graduaciones y matices innumerables de energías, de vitalidad, de socialidad, de talento, de cualidades egoístas o altruistas, y hay que prever que, cuando los trabajadores libres puedan disponer de ellos mismos, habrá quienes tendrán un exceso de cualidades energéticas y quienes carecerán de ellas, quienes serán sociables y quienes serán reservados y así sucesivamente. A los unos les sonreirán los arreglos comunistas, a los otros los arreglos u organizaciones colectivistas e individualistas. Sólo la retribución igual, que no es ni una ni otra de esas posibilidades francas y abiertas no podrá ser más que un arreglo transitorio para atraer a los indecisos y a los indiferentes, ahorrándoles el trabajo de tomar una posición pronunciada.

Dudo, pues, que se pueda asociar bajo esa bandera a los elementos inspirados de energía y solida-

ridad; éstos reclamarían sea el colectivismo o el individualismo, si la energía es fuerte en ellos, sea el comunismo libre, si la solidaridad y la sociabilidad son sus sentimientos más salientes. En consecuencia, pienso que se haría mejor proclamando la equivalencia de estas tres tendencias según las disposiciones de cada uno, que propiciar algo uniforme e inmutable, que no es ni carne ni pescado y que parece ser estéril para una evolución progresiva. Por esta amplitud se abarcará a todos los elementos vivientes que no son atraídos por una especialización, no deseando sobre todo inmovilizarse.

A la racionalización habrá que oponer el más grande impulso y expansión de fuerzas vivientes de productores, la diversidad de las vidas humanas que rehúsan llegar a ser esclavos de la máquina en un grado que se ha vuelto ya intolerable, que destruye lo humano en el hombre; que pongan en esos lugares un verdadero robot mecánico y no un hombre — no será una dificultad insuperable para esos constructores-inventores. Ha llegado el momento o está próximo en que se planteará verdaderamente esta cuestión: ¿Se dejará consumir el productor físicamente al servicio de nuevas máquinas y métodos acelerados y monotonizados del trabajo, entorpeciendo sus facultades, o se rehusará? Los límites de la sumisión pasiva al capitalismo serán alcanzados allí donde la destrucción física de los trabajadores se convierte en uno de los factores que aseguran los beneficios a los parásitos. Si entonces no surge la unidad del esfuerzo obrero, se tendría una abdicación de la humanidad como no se ha visto otra aún. Pero si el esfuerzo obrero se produce, podrá ser victorioso en la más amplia escala, con sólo que se haya aprendido la verdadera cooperación social en revolución, tarea indispensable que parece que se des-aprende u olvida más bien que se prepara con inteligencia y un espíritu amplio.

Practicada humanamente, con el fin de eliminar las pérdidas del esfuerzo en la producción, la racionalización podría ser un beneficio para la humanidad, pero es puesta en práctica con el mismo espíritu de dominación brutal absoluta que el fascismo, y se le puede llamar *fascismo económico*, como el fascismo puede ser descrito como racionalización, reducción a la brutalidad desnuda y cruda más simple, de la llamada ciencia de gobernar. Contra los dos, por tanto, los elementos vivientes y generosos de la humanidad entera se levantarán tarde o temprano en una escala sin precedentes.

Nuestra anarquía, en esta situación, me parece que tiene mucho más que hacer que nunca hasta aquí. Una humanidad como la presente que permite todavía que se la pisotee por el fascismo y se la torture por la racionalización, no es todavía esa humanidad que sabrá crear la anarquía universal; sus convulsiones hasta aquí no han producido más que esas formas monstruosas que se ven como bolchevismo y socialdemocracia y su próximo ímpetu en tiempos de gran crisis no producirá ciertamente todavía lo que nosotros deseamos. Es preciso que dejemos de estar hipnotizados por la antigua esperanza de que la revolución social que se produzca será anarquista, de que los elementos anarquistas podrán desencadenar una revolución que realice sus ideas. Si lo uno o lo otro ocurrirá en un porvenir de distancia incalculable, es cosa que no podemos saber. lo que parece es que estamos muy lejos todavía de ello.

Pero lo que puede y debe hacerse es no sólo la propaganda y la experimentación de todos los ma-



tices de la anarquía, sino, como no es la primera vez que lo digo, una intervención inteligente con el verdadero espíritu libertario en todas las cuestiones y movimientos que ocupan al mundo, algo no limitado, como sindicalismo, a las cuestiones obreras, y que no trate de hacer organizaciones, construcciones, programas prematuros, lo que constituye nuevos puntos de detención, estabilizaciones, si no algo que sea reconocido como la interpretación del progreso, como un faro que iluminara los caminos hacia ese progreso. Los hombres que no nos ven casi ya, verán brillar de nuevo la anarquía, luz a la cual habían comenzado a prestar alguna atención cuando Proudhon, Bakunin y algunos otros después de él hablaban, pero que han olvidado casi desde entonces. Nos corresponde a nosotros, lo repito, representar colectivamente los grandes talentos desperdiciados. El volver a ganar ese terreno perdido me parece incluso la primera labor que se impone en esta hora en que los acontecimientos, tantos acontecimientos, se preparan en todas partes y en que nuestra voz es tan raramente escuchada salvo en afirmaciones y negaciones demasiado dogmáticas y abstractas para ser comprendidas fuera de nuestro ambiente y hacer vibrar los corazones de los hom-

bres y decirles que son los amigos más sinceros y desinteresados de la libertad los que les hablan. Oyen la afirmación dogmática, la censura vituperadora y la expresión de esperanzas exageradas que no llevan a la convicción.

El salario único, que me ha conducido a estas consideraciones, es por tanto una proposición a la cual tiende la evolución y sobre la cual las voluntades obreras se han concentrado ya ampliamente, lo esas condiciones esenciales no existen de ningún modo o no existen todavía?

Quisiera verdaderamente ser informado sobre esta cuestión de acuerdo a la base descrita más arriba, o no me convenceré de que sea práctico concentrar el esfuerzo sobre tal proposición. El concentrarse sobre una proposición fijada de antemano, puede ser el progreso seguro, la salvación, si la proposición representa las verdaderas necesidades de la hora; si no lo hace se extravía, se especializa y se quebranta, y el esfuerzo se pierde. La resistencia contra la racionalización exige quizás una falange más amplia y más fuerte que la que yo discuto aquí, y entonces, quién sabe, desencadenará tal vez la verdadera lucha final...

RUDOLF ROCKER

## LA RACIONALIZACIÓN DE LOS OBREROS

La racionalización de la economía, de que se habla tanto hoy, no es de ningún modo un fenómeno nuevo, como se supone ordinariamente, aun cuando antes no había procedido con una velocidad tan arrolladora. La aspiración a hacer la producción cada vez más rentitiva con el menor empleo posible de fuerzas, está estrechamente ligada con el principio de la economía en general. Tampoco el socialismo podrá eximirse de la obediencia a ese principio, sólo con la diferencia que todo ahorro de trabajo beneficiará a la generalidad y no sólo a los intereses particulares de una pequeña minoría de la sociedad.

El verdadero objeto de la racionalización en resumidas cuentas debería tender a descargar cada vez más los trabajos pesados y desagradables sobre las máquinas y a garantizar al hombre la ganancia de tiempo y de trabajo. Pero precisamente aquí se evidencia toda la monstruosidad del sistema capitalista de explotación del modo más claro. El desenvolvimiento de la producción mecánica y el mejoramiento de los métodos de trabajo han tenido por

consecuencia, es verdad, gigantescos ahorros en el proceso productivo, pero la carga de los laboriosos no ha disminuido por eso, sino que se ha vuelto más pesada y opresiva.

Los obreros de las guildas de la edad media no trabajaban casi nunca más que ocho horas diarias; además había una gran cantidad de festividades eclesiásticas y temporales que hoy apenas son conocidas ya de nombre. En cambio, el nivel general de vida era mejor y en especial la seguridad económica de los productores estaba garantizada en un grado que apenas podríamos figurarnos hoy. Una miseria social, como la que aportó la era del capitalismo, era completamente desconocida.

Pero esa condición se modificó fundamentalmente con el desarrollo del capital comercial de los mercaderes, que debió principalmente su desenvolvimiento al comercio exterior. Gracias a los grandes descubrimientos de fines del siglo XV ese desenvolvimiento fué estimulado de una manera insospechada, y se echaron los verdaderos fundamentos del comercio mundial. La grandiosa importación de metales preciosos

de América aceleró el desarrollo de la economía monetaria en Europa en grandes proporciones y simultáneamente también la evolución del Estado moderno. Si las viejas ciudades a causa de su organización social fueron guiadas siempre por el pensamiento de producir equilibrios en la vida económica, con la aparición del capital comercial surgió un nuevo principio económico, que iba a tener su expresión en la política de la supremacía de los grandes Estados de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Cuando más se desarrolló el comercio, tanto más se hizo valer la necesidad de conformar todo lo rentitivo posible la industria. Así aparecieron gradualmente las llamadas manufacturas que se remontan a mediados del siglo XVI. En general el sistema de la manufactura, que reunía un número mucho mayor de productores en un mismo lugar de lo que era habitual en los talleres del pequeño maestro del gremio, era una reflexiva racionalización del trabajo, que se quería obtener mediante la división del trabajo y el perfeccionamiento del instrumental. De ese modo aumentó considerablemente la capacidad de rendimiento de la producción industrial, lo cual correspondió a las necesidades del comercio, pero empeoró mucho la situación de los trabajadores.

Ya entonces se hizo notar por doquiera la aspiración a prolongar, junto con la capacidad rentitiva de la producción, la jornada de trabajo de los productores, y a reducir los salarios. En la mayor parte de los países esa aspiración por la presión de las leyes. Así, por ejemplo, en tiempos de la reina Isabel de Inglaterra se dictó una ley según la cual la jornada de trabajo debía alcanzar en todo el año a doce horas por día. Idénticos decretos los hubo también en los demás países, y en lo sucesivo todos los problemas de salario y jornada fueron regulados por medio de instituciones estatales.

Con la invención del telar mecánico, del acero, de la máquina a vapor, etc., adquirió la producción otras formas también. Las nuevas invenciones tuvieron por consecuencia una amplia racionalización de los métodos de trabajo, pero el resultado fué aquí otra vez el mismo. Por una parte un aumento gigantesco de la producción y de la ganancia privada, por otra parte la miseria espantosa del capitalismo inicial con todos los horribles fenómenos que le acompañaron. Como en la época de la manufactura también esta vez el fruto de la racionalización sólo benefició a una pequeña capa superior, mientras que los productores fueron

arrojados al abismo de una miseria cada día más profunda.

Hoy hemos entrado en una fase del desenvolvimiento económico que se advierte en todos los países con el mismo acompasamiento. El capitalismo ha comenzado una nueva época en la que trata de romper todas las fronteras de los territorios económicos supuestamente nacionales, para llegar a un sistema de economía mundial, lo que es lo mismo, a explotar sistemáticamente el mundo entero según puntos de vista unitarios. El capital, que antes se sentía ligado todavía a ciertos intereses económicos nacionales, aumenta de día en día a la categoría de capital mundial. En lugar del viejo capitalismo privado aparece el moderno capitalismo colectivo con sus kartells y trusts nacionales e internacionales.

Si antes la "libre concurrencia" era la consigna de los políticos económicos capitalistas, cuya excelencia fué ensalzada por todos los economistas y festejada como ley de bronce de la economía, hoy esa forma anticuada del desarrollo económico capitalista tiene que abandonar el campo cada vez más a la estrategia económica de las empresas colectivas, que aspiran a obstaculizar toda rivalidad a fin de obtener la dictadura unitaria de los precios. Si antes la mutua concurrencia de los empresarios privados hacía que los precios en tiempos normales no pudieran elevarse de un modo exagerado, los dirigentes de los grandes kartells económicos actuales pueden fácilmente impedir toda competencia y dictar simplemente los precios a los consumidores. El laissez faire del capita-





lismo privado es cada vez más relegado por la dictadura económica del moderno capitalismo colectivo.

La llamada racionalización de la economía es sólo una forma de esa evolución, que surgió primeramente en América y desde allí invadió a Europa. En Alemania la racionalización en pocos años ha producido una transformación completa de toda la industria. Hoy la industria francesa está en vías de transformación. Los demás países siguen a cierta distancia, tienen que seguirles si no quieren ver la ruina de su economía.

Y volvemos a ver que el obrero es el engañado. Gracias a la racionalización la capacidad renditiva de la producción aumentó poderosamente, los beneficios se acrecentaron a costa del nivel de vida de la clase obrera. El obrero en los establecimientos modernos es sólo una máquina de carne y hueso todavía, cuyo movimiento es adaptado al ritmo de la máquina de hierro y acero. La cifra de los accidentes de trabajo en el nuevo sistema aumenta de día en día; el número de los desocupados ha asumido formas enteramente arrolladoras y la seguridad económica desaparece del todo para los actuales productores.

No hay, naturalmente, que pensar en hacer retroceder esa nueva fase del desenvolvimiento económico, pues los trabajadores carecen de toda posibilidad para ello en las condiciones actuales. Pero deberían tener presente la situación general y comprender al fin que aquí no se tendrá un cambio más que por el camino internacional. Es verdad que se habla mucho de solidaridad de clase de los trabajadores, de su política consciente de clase, etc., pero en la realidad esas son palabras vacías, sin ningún valor. La solidaridad de los trabajadores no se extiende de ningún modo al terreno de su clase, sino que se circunscribe casi siempre al terreno del Estado nacional a que pertenecen. Su ideología se desenvuelve todavía en gran parte en el círculo de los pensamientos de las clases poseedoras de su país. Téngase en cuenta la posición de los trabajadores norteamericanos en lo que respecta a la política inmigratoria de su gobierno, o la actitud de la gran mayoría de los obreros organizados de todos los países en relación con la Liga de las Naciones y el plan Dawes. El gobierno norteamericano ha

preparado un proyecto de ley cuya aceptación significará un impuesto tan elevado a todos los libros importados del extranjero, que no podría tener lugar en el porvenir una importación de libros digna de mención. Y esto ocurre principalmente bajo la presión de los sindicatos. Tales cosas no sólo tienen que expresarse como un desastre económico para los obreros de otros países, sino también como un atentado directo a toda cultura. De esa manera las organizaciones de los trabajadores se convierten en elementos integrantes de su ten más y más en elementos integrantes de su máquina estatal nacional y fomentan sencillamente los intereses de sus explotadores. En la mayoría de los casos se hace esto inconscientemente, porque el gran principio de la primera Internacional, viviente en grandes núcleos de sus partidarios, se ha perdido completamente para la clase obrera de nuestros días. ¡Es preciso oponer a las intrigas del capitalismo una política económica unitaria del trabajo! Los trabajadores no deben funcionar más tiempo como instrumentos de los capitalistas de su país, sino que deben tener presente simplemente los intereses de los laboriosos de todo el mundo. Sólo así será posible regular los problemas prácticos del día en su sentido y abrir el camino a su liberación del yugo de toda dominación y de toda explotación. Ante todo es preciso contrarrestar hoy los efectos funestos de la racionalización en todos los países por la conquista de la jornada general de seis horas y un mismo nivel de vida para el proletariado internacional, correspondiente a las exigencias de la humanidad y de la cultura. Con ese fin hay que explicar incesantemente a los trabajadores que sus intereses sólo pueden ser garantizados si consideran la tierra entera como un distrito económico unitario y propician la distribución de las materias primas según los mismos principios de derecho. Esas demandas están en armonía con las aspiraciones del socialismo y le abren el camino. Cuanto más se despierte en el proletariado la comprensión de tales aspiraciones, tanto más rápidamente sonará la hora de la liberación. Sólo si las demandas prácticas de los trabajadores en lucha por el pan cotidiano se mantienen siempre en la dirección del gran objetivo final de sus anhelos y son determinadas por éstos, conseguirán romper sus cadenas y producir un estado social de libertad y de justicia para todos.

AGUSTIN SOUCHY

## Una contribución sobre la república bávara de los consejos

Una historia completa de la revolución alemana no existe hasta hoy. Menos aún ha sido descrita la república de los consejos de Baviera, que fué justamente uno de los capítulos más importantes y más significativos de la revolución alemana. Lo que tenemos en descripciones sobre esa fase de la revolución alemana hasta hoy, procede del campo de los reaccionarios, de los socialdemócratas o de los comunistas. De los socialistas libertarios y de los anarquistas, que colaboraron intensamente en la revolución bávara, no se ha escrito por desgracia nada histórico.

Por eso es agradable que el compañero Muehsam, que ha sido uno de los hombres más activos en la revolución de Baviera, publique ahora un escrito en donde habla de sus experiencias en la época de la revolución, o, como él mismo dice, en donde da "un rendimiento personal de cuentas desde Eisner a Levine".

La primera parte de este escrito produce una singular impresión, pues se encuentran allí las siguientes palabras: "Escrito en la prisión fortaleza de Ansbach en septiembre de 1920 para esclarecimiento de los creadores de la república rusa de los soviets, en manos del compañero Lenin, publicado en el décimo aniversario de la proclamación de la república bávara de los consejos. En recuerdo de Gustav Landauer, el valiente combatiente y mártir de la revolución, y a todos los héroes del proletariado de Munich". Erich Muehsam, que durante los acontecimientos revolucionarios colaboró estrechamente con los comunistas, ha escrito este folleto de 70 páginas en la prisión en 1920 y no lo ha modificado nada. La publicación se hace en la misma forma que ha sido escrito hace nueve años. Declara en el prólogo que no tiene nada que agregar y que no quiso quitar nada, aun cuando hoy su posición ante la revolución rusa y sobre todo ante el partido comunista de Rusia es distinta a la del año 1920, cuando no podía prever la evolución ulterior y cuando en la prisión quedó privado de todas las noticias y relaciones directas. El compañero Muehsam es, por lo demás, el único anarquista alemán que ha cooperado de modo íntimo con el partido comunista de Alemania y después, cuando se apartó del partido, continuó colaborando en el Socorro rojo, hasta que hace algunos meses se despidió públicamente de éste en su "Farewell" y declaró su salida del mismo.

Erich Muehsam fué declarado culpable de alta traición el 12 de julio de 1919 por el tribunal de Munich y condenado a 15 años de fortaleza. El 20 de diciembre de 1924 fué libertado del fuerte de Niddereschoenenfeld; la pena se le había reducido a 8 años y se le concedió por el resto del tiempo liber-

tad provisoria. El 14 de julio de 1928 entró en vigor la ley de amnistía nacional. Muehsam quedó por ella completamente libre y la administración bávara de la justicia se vió forzada a entregarle el material que había retenido hasta entonces. Muehsam entró así en posesión de sus manuscritos, entre los que se encontraba el que comentamos, que da hoy a la publicidad.

El escrito de Muehsam refleja sólo sus experiencias. Quiere purificarse de las acusaciones que habían promovido contra él los comunistas y con ese fin, por consejo de algunos de sus compañeros, escribió este folleto y lo hizo remitir a Lenin, el cual, como notifica Muehsam, lo ha recibido y lo leyó. El escrito es digno de leerse y precioso para todo aquel que quiere formarse una idea de las condiciones que llevaron a la proclamación de la república bávara de los consejos.

Como este análisis es destinado a los lectores del extranjero, a quienes no se les supone conocedores del alemán y en condiciones de leer el folleto mismo, queremos dar un breve resumen de la situación en Baviera, hasta llegar a la proclamación de la república de los consejos.

La revolución estalló en Munich dos días antes de la revolución en Berlín, el 7 de noviembre de 1918. Se formó un consejo de obreros y soldados, que ha permanecido la fuerza más firme de la revolución bávara hasta abril de 1919. Los socialdemócratas formaron de inmediato un gobierno en el que Kurt Eisner fué presidente de ministros. El Consejo de los obreros revolucionarios se había reservado el derecho a la cooperación y al segundo día de su existencia recibió ya en sus filas a Muehsam y poco después a Gustav Landauer, los dos conocidos como anarquistas antes ya de la guerra. Poco después, por iniciativa del consejo de obreros revolucionario (R.A.R.) se formó un consejo obrero por elecciones de los consejos de fábrica. En todo el país se procedió a la elección por los consejos obreros, de campesinos y de soldados. El consejo obrero de Munich resolvió ya en su primer sesión bajo el impulso de las fuerzas libertarias, no admitir en su seno funcionarios a sueldo del partido y de los sindicatos. Eso fué un golpe contra el partido socialdemócrata y contra los sindicatos reformistas, y en el curso de los acontecimientos se agudizaron cada vez más las disidencias entre las diversas tendencias del proletariado. Los miembros del R.A.R. pertenecían en su mayor parte al partido socialdemócrata independiente. En el seno del proletariado existían: 1.º el partido socialdemócrata; 2.º el partido socialdemócrata independiente; 3.º el partido comunista; 4.º la tendencia anarquista, que ciertamente no tenía nin-



guna organización tras sí. El partido comunista no existía todavía al estallar la revolución, sino que se formó después en el curso de los acontecimientos revolucionarios. En cambio, existía la Liga espartaquista, en donde actuaban los comunistas. Erich Muehsam formó, junto con algunos de sus compañeros, una "Asociación de internacionalistas revolucionarios de Baviera", que disfrutaba en los primeros tiempos de la revolución, de las simpatías de grandes círculos de trabajadores, hasta que su influencia fué decreciendo con el crecimiento del partido comunista.

El gobierno estaba en manos de los socialdemócratas, que en acuerdo con el partido socialdemócrata nacional, propiciaba la Asamblea nacional. Eisner, el presidente de ministros, temía, sin embargo, la resistencia del R.A.R. contra las elecciones a la Asamblea nacional e hizo detener por consiguiente, el 10 de enero de 1919, a 12 personalidades conocidas del R.A.R. y del partido comunista, entre ellos a Muehsam y a Levine, el jefe del partido comunista de Munich. Debido a esas prisiones Kurt Eisner perdió su prestigio entre los obreros de Munich. Sin embargo, la burguesía odiaba no menos a Eisner. Este era pacifista y se opuso al chauvinismo alemán de guerra y al militarismo. Por eso ha sido asesinado más tarde por el conde Arco. Sin embargo, Eisner tuvo que ceder esta vez a la presión de las masas obreras de Munich y puso en libertad a los detenidos. El asesinato de Eisner se llevó a cabo el 20 de febrero de 1919. Ese fué para el proletariado una señal de que había que proceder más radicalmente que hasta entonces contra los contrarrevolucionarios. La fama de la república de los consejos fué cada vez más grande, pero no se consiguió implantarla. El congreso de los consejos se compuso de representantes de todas las tendencias del proletariado y cuando el 28 de febrero se presentó una proposición, fundamentada por Muehsam, para proclamar la república de los consejos de Baviera, recibió sólo la aprobación de 70 delegados, mientras que 234 estaban en contra. En cambio, decidió el congreso reconocer la Dieta, en donde los socialdemócratas estaban en mayoría.

Contra las exigencias de los obreros revolucionarios de Munich se convocó el 7 de marzo una conferencia por los socialdemócratas independientes de Berlín en común acuerdo con los socialistas de la derecha y la Liga campesina moderada; en esa conferencia se aceptó un compromiso que debía satisfacer a todos los sectores.

Ese compromiso exigía a la Dieta un ministerio socialista y los consejos de obreros y soldados. Los obreros revolucionarios no estuvieron de acuerdo con ese compromiso y exigieron lo mismo que antes la proclamación de la república de los consejos. Esa demanda se hizo más sonora y ruidosa cuando el 21 de marzo llegó a Munich la noticia de la proclamación de la república de los consejos en Hungría. El gobierno se puso nervioso y confió apaciguar las masas obreras por las proposiciones del ministerio de la socialización Neurath. Pero no consiguió hacer desistir a las masas trabajadoras de su demanda de la república de los consejos.

El partido comunista no se había presentado hasta entonces. Muehsam, según su propia exposición, fué nombrado siempre por el partido como orador, aunque no perteneció a él y acentuaba eso. En los días de marzo de 1919 el partido comunista hizo caer a Muehsam. Pero en las semanas siguientes in-

tervinieron los factores trágicos de la revolución bávara.

El 4 de abril o el día antes el proletariado de Augsburg había declarado la huelga general, presentando la petición de que se proclamara en Baviera la república de los consejos. Envióse un delegado de la república de los consejos a Munich a fin de incitar al gobierno a proclamar la república de los consejos. El gobierno de Munich, que se componía de socialistas mayoritarios y de socialistas independientes, estuvo completamente de acuerdo con la proposición y dispuso a formar con todas las demás tendencias del proletariado una república de los consejos según el modelo de la de Hungría. Tuvieron lugar algunas sesiones preparatorias de miembros del R.A.R. y el gobierno, donde se dió a conocer que la contrarrevolución quería dar un golpe para contraponerse a los planes de socialización proyectados por Neurath. El partido comunista no estuvo presente en las deliberaciones donde se trató de la proclamación de la república de los consejos, y aun después no envió representantes oficiales. Las líneas generales de la república de los consejos fueron propuestas y las personas que debían funcionar como comisarios del pueblo fueron elegidas. Los socialdemócratas, que rían nombrar comisarios del pueblo a las personas que eran ministros hasta entonces. Landauer y Muehsam no estuvieron de acuerdo en eso. Por fin se resolvió el problema de las personas. Se proclamó un gobierno provisorio de consejos en el que debían participar los socialistas mayoritarios, los independientes, los comunistas y los anarquistas. El anarquista Landauer había debido asumir la comisión de la instrucción pública. Pero como los representantes del partido comunista que fueron esperados no aparecieron, la sesión se postergó.

En la noche del 4 de abril se volvieron a reunir los representantes de los partidos y tendencias nombrados. Durante los debates llegó una delegación del partido comunista — de personas de Berlín hasta entonces completamente desconocidas — y declaró que su partido no participaría en el gobierno de los consejos. Muehsam supone que el motivo era que el partido quería tener el poder completo en sus manos y ejercer una dictadura partidista, no el poder de todo el proletariado. Esa declaración del partido comunista valió a los representantes del socialismo mayoritario para proponer la postergación de la sesión. Después de un tiempo manifestaron que frente a la nueva situación creada por la actitud del partido comunista, proponían una postergación de la proclamación de la dictadura de los consejos por 48 horas. En vano intentaron Landauer y Muehsam convencer a la sesión del peligro de esa postergación, la mayoría aprobó la propuesta de los mayoritarios.

El 6 de abril se reunió otra vez la asamblea de los partidos. Pero entonces no hubo ninguno de los ministros socialdemócratas presente, sino sólo algunos pocos representantes del partido. El partido independiente había enviado en cambio sus representantes más prominentes, entre los que se encontraba también Toller. El R.A.R. estaba presente en pleno, mientras que el partido comunista falló de nuevo. En cambio, algunos miembros de este partido, que eran al mismo tiempo miembros del R.A.R., se declararon dispuestos a colaborar, aun cuando su partido no lo hiciera. En esa asamblea se resolvió definitivamente la proclamación de la república de los consejos. Como miembro del consejo provisorio de comisarios del pueblo fueron elegidos: Dr. Lapp,

socialista independiente, para el exterior; para los asuntos internos Soldmann, socialista independiente; para el tráfico Paulukum, socialista independiente; para justicia Kuebler, miembro del consejo campesino; para las finanzas Silvio Gesell, bien conocido como anarquista y fisiócrata, pero especialmente a causa de su teoría del dinero apoyada en Proudhon; para el bien público Hagemeister, independiente; para la instrucción pública Gustav Landauer, anarquista, y para los asuntos militares el socialista independiente Killer.

La república de los consejos fué proclamada el 7 de abril, un lunes. Pero el hecho que ni los comunistas ni los socialistas mayoritarios estuvieron con ella completamente, dió a la proclamación desde el comienzo un carácter muy precario. Muehsam informa que se había decidido que los miembros prominentes del R.A.R. el día de la proclamación de la república de los consejos hablarían en diversos puntos de Munich y se daría al día el tono de un día de fiesta. Pero a la proclamación ocurrieron ya acontecimientos ingratos que hicieron concluir que los trabajadores no concurrían de todo corazón y que la burguesía no tenía de ningún modo a esa república, pues vió el desacuerdo en el campo del proletariado y comprendió que esa magnificencia no duraría mucho.

Ese gobierno estuvo sólo 6 días en funciones. Los socialistas mayoritarios habían formado en Bamberg un contragobierno y azuzaban al país contra el gobierno de los consejos de Munich. Mientras que en el sur de Baviera el gobierno de los consejos adquiría cada vez más prosélitos, en el norte de Baviera las simpatías se redujeron a causa de la campaña de calumnias de los socialistas mayoritarios y de la burguesía. En Wuerzburg se llegó ya el 5 de abril a encuentros armados entre los partidarios de la república de los consejos y la burguesía, siendo vencido el proletariado y arrestados los partidarios de la república de los consejos. Los obreros de Munich trataron de salvar la situación todavía, y convocaron una asamblea de todos los consejos de fábrica en donde se exhortó a la unidad de todo el proletariado y se lanzaron proclamas en ese sentido. Pero los comunistas se mantuvieron siempre a distancia. En la noche del 13 de abril fué detenido Muehsam con un número de republicanos de los consejos, llevado a la estación y remitido al norte de Baviera. Cuando lo supieron los obreros de Munich y asaltaron la estación para libertar a sus compañeros, era demasiado tarde.

Hasta allí alcanza la descripción de Muehsam. Promete lo que mantiene. Da un fiel retrato de su actividad y consigue justificarse. Para nosotros y para muchos otros no era necesario que Muehsam se justificase. Sabíamos que durante mucho tiempo coqueteó con los comunistas, pero eso se explicaba por el hecho de haber estado en prisión largos años y después le costó mucho llegar a comprender las cosas. Hoy Muehsam ha vuelto las espaldas a los comunistas y a todas las organizaciones comunistas, defiende su punto de vista anarquista como antes y se cuenta entre las mejores cabezas y entre las personalidades más importantes del movimiento libertario de Alemania. Su escrito será bien venido para los compañeros, pues proporciona un buen resumen sobre el desarrollo de la república bávara de los consejos.

Después del arresto de los miembros del R.A.R. y de muchos miembros del gobierno de los consejos este no pudo continuar. Los comunistas habían

alcanzado, pues, lo que querían. Formaron ellos solos un nuevo gobierno de consejos, pero que tenía menos que el anterior la adhesión de todo el proletariado. Contra ese gobierno llamaron los socialistas mayoritarios y la burguesía en su ayuda a la nación. El gobierno nacional envió a Noske, que avanzó contra Munich con sus tropas y arrojó del poder al gobierno comunista de los consejos. Landauer no había tomado parte ya en el segundo gobierno de los consejos, pero era odiado como ninguno otro era odiado por los reaccionarios. Fué asesinado de un modo bestial el primero por las tropas invasoras como uno de los adversarios más peligrosos de la burguesía. Cayó Levine, y un gran número de revolucionarios fué víctima de la reacción. Así terminó la revolución bávara.

Erich Muehsam trata a los comunistas e nsu escrito muy moderadamente. Habla mucho de sus propias faltas tácticas y expresa la opinión que los comunistas habían marcado la táctica más apropiada. Reproduce entre otras cosas una conversación con Axelrod, en la que éste dice que los comunistas no habían sido partidarios de la proclamación de la primera república de los consejos porque no se había preparado suficientemente. Si hubiese sido esa realmente la causa, entonces los oradores comunistas, con Levine a la cabeza habrían debido exponerla abiertamente en la asamblea decisiva. En lugar de eso, según la descripción de Muehsam, no dicen más que frases banales, gritando contra los socialdemócratas con quienes no querían colaborar. De esa táctica escisionista del partido comunista entonces resultaron las grandes dificultades que condujeron a un deplorable debilitamiento del proletariado. El escrito de justificación y de defensa de Muehsam es un escrito de acusación contra el partido comunista, que ya entonces, cuando estaba todavía en pañales, cuando tan sólo existía desde hacía algunos meses, aspiraba con delictuosa arrogancia a la soberanía absoluta, a una dominación que se calificaba con una presunción ridícula como dictadura del proletariado, pero que en realidad sólo podía ser la dictadura del propio partido sobre el proletariado. Estamos agradecidos al compañero Muehsam por habernos mostrado sin quererlo o en todo caso sin haber puesto en ello el centro de gravedad, cómo el partido comunista perseguía sólo su propio interés de partido, aún con el peligro de escindir en los momentos más decisivos de la revolución las fuerzas del proletariado.

Podemos sacar de ahí la enseñanza de que el proletariado es vendido y traicionado siempre que se confía a un partido político y que la revolución social sólo es eficazmente fomentada cuando sabe mantenerse libre e independiente de toda influencia y de toda política partidistas.





D. A. DE SANTILLAN

## Formas de la explotación del hombre por el hombre

### INFORME A LA CONFERENCIA OBRERA CONTINENTAL DE BUENOS AIRES

El concepto de la explotación del hombre por el hombre ha sido derivado poco a poco al terreno puramente productivo de la industria, y para la gran mayoría de las víctimas del presente régimen social, cuando se habla de explotación, el tipo del explotador es el patrón de la fábrica o del establecimiento en donde se trabaja. Sin embargo la explotación adquiere muchísimas otras formas, de las que sólo nos referiremos aquí a las más importantes, y está íntimamente ligada a todo el régimen social en que vivimos, de tal modo que sería difícil dar un paso en donde no tenga repercusión la desigualdad humana ante la vida, desigualdad que supone privilegios y desposeídos, y en consecuencia explotadores y explotados.

Como ninguna teoría económica ha podido descubrir otro medio de crear riquezas y de elaborar productos que el trabajo, los que en mérito de tal o cual privilegio o habilidad viven a expensas del trabajo ajeno, explotan a los productores, ya sea directamente, como el industrial y el comerciante, ya sea indirectamente, como el Estado, cuyo gigantesco aparato parasitario no vive del aire, sino del sudor de las masas laboriosas. Pero el tipo de explotador indirecto, que no tiene ningún contacto con los trabajadores, es el capitalismo financiero, de una potencia tal que ha logrado subyugar a su carro de triunfo hasta las industrias más poderosas y los imperios más temibles.

Podríamos reducir toda la ideología revolucionaria a la lucha contra la explotación del hombre por el hombre y a la reivindicación de la solidaridad y de la igualdad económica y política. Suprimida la explotación en todas sus formas, la función revolucionaria tiene que convertirse sólo en el eterno espíritu de progreso inherente a las minorías más avanzadas e inquietas de la humanidad pensante.

Desgraciadamente, los ejemplos de las revoluciones nos enseñan que los pueblos no han tenido más que una visión unilateral e imperiosa de la explotación de que eran víctimas; un día se levantan contra el feudalismo, viendo en él un enemigo primordial y casi único; el feudalismo cae, pero le sustituye la burguesía. El marxismo enseñó a odiar a la burguesía y ya hemos tenido revoluciones que intentaron suprimirla, creando nuevas castas de explotadores, como en Rusia. Sólo el anarquismo propiamente una transformación social en toda la línea, contra todas las formas de monopolio y de privilegio, contra todas las modalidades de la explotación.

Pero en la práctica podemos denunciar en el anarquismo una adaptación excesiva a las influencias del marxismo, porque ha rehuído hasta aquí hacer frente y resistir a otra forma de explotación que la

representada por el capitalista industrial. Sin embargo es nuestra opinión que así como las modalidades de la explotación son múltiples, múltiples deberían ser también los frentes y las armas de lucha contra ella.

### LA EXPLOTACION DEL PRODUCTOR

La explotación más directa y más palpable contra los productores se hace por el capitalismo industrial. El socialismo "científico" y coincidiendo con él también el anarquismo, la han encarado casi como la única y discurrieron los medios, de ponerle un coto, de limitar sus arbitrariedades y de mantenerla en ciertos límites. La historia del proletariado militante es la historia de la resistencia a la explotación industrial. Contra ella se han erigido o dirigido los sindicatos obreros de lucha, contra ella se han librado las más hermosas batallas. No tenemos nada de qué arrepentirnos en este concepto, si no interviniere el olvido de las otras formas de explotación.

La explotación industrial consiste en cercenar del producto del trabajo del obrero lo más posible en beneficio del capitalista; no es indiferente para el que trabaja ni para el empresario la cuota que corresponde a cada uno, para el obrero en forma de salario, para el capitalista en forma de beneficio, de dividendo, etc. Un aumento de la parte del obrero en la producción significa una disminución de la parte del capitalista; es una verdad en extremo simple. Y como el primero vive siempre en la estrechez y en las privaciones, tiene siempre presente la reivindicación de un salario mayor, de una parte mayor en el resultado productivo que debería corresponderle íntegro. El capitalista se defiende de mil modos no siendo de los últimos la fuerza armada del Estado. En este orden de cosas, tanto como el aumento del salario ha interesado siempre al obrero la disminución de la jornada de trabajo y su lucha se ha expresado en pro de las dos reivindicaciones; una larga jornada, aun cuando correspondiera a un alto salario puede significar una explotación de las fuerzas del individuo mucho más grande que una jornada menor con el mismo salario por hora. Fisiológicamente se ha demostrado que el agotamiento de las horas extras no se reponen con las primas del 50 o del 100 por ciento que se pagan ordinariamente. Pero es tiempo de que el proletariado advierta los grandes cambios de la economía moderna y comprenda la insuficiencia creciente de los viejos métodos de lucha. El capitalismo se está organizando generalmente en grandes trusts, y en esos grandes trusts el factor salario como el factor jornada de trabajo representan

cada vez menos. El profesor André Philip de Lyon, que ha estudiado soberbiamente la vida industrial y obrera en Estados Unidos, nos dice que la consecuencia de esas concentraciones en trusts formidables es en el precio de venta. El precio de la mano de obra puede ser considerado como 20 por ciento contra 80 por ciento como interés del capital empleado e inmovilizado. De tal suerte que un empresario hará pocas objeciones, para conservar su personal, al aumento de los salarios. El elemento salario se convierte en el elemento menos importante. En efecto, un aumento de 10 por ciento de salario no representa más que un aumento general de 2 por ciento que se puede hacer soportar fácilmente al consumidor (resumen de una conferencia en la *Revolution proletarienne*, París, 1 de julio, 1928; véase también el libro *Le Problème ouvrier aux Etats Unis*, París, 1928):

Es eso lo que nos ha hecho entrever que las huelgas, cuando se producen en las grandes empresas, — lo que ocurre raramente —, y no se acuerdan las mejoras pedidas en los salarios, es que son movimientos bienvenidos para eludir una superproducción peligrosa. Por lo demás, la historia registra muy pocos movimientos obreros contra los grandes trusts modernos; al sofocar en las grandes fábricas, toda libertad del individuo, toda iniciativa, toda independencia frente a las máquinas, se sofoca también la dignidad del obrero y se excluye la comprensión y la posibilidad de la organización de resistencia. Las grandes concentraciones capitalistas tienen cada día menos que temer de los viejos métodos de lucha del proletariado, en primer lugar porque sus reivindicaciones de aumentos de salario y de la disminución de la jornada son cada vez menos fundamentales. Ya hemos visto al propio Ford intentar la reducción de la semana de trabajo a cinco días, buscando su propio negocio en ello, no la conveniencia de los trabajadores. Por lo demás, una reducción de la jornada no está ligada a una disminución de la productividad por obrero; al contrario; todo el maquinismo moderno tiende a transformar el factor humano en una cantidad descuidable. Y además, como la intensidad del trabajo es variable, lo que se reduce por una parte en la jornada, se gana por otra en la intensificación del esfuerzo. Con el taylorismo o el fordismo se puede hacer que un obrero rinda tres o cuatro veces más que con los procedimientos usados en la pequeña industria. De ahí que el obrero industrial de los establecimientos racionalizados, aunque trabajase tres o cuatro horas solamente, saldría más agotado de su labor que el obrero libre del campo que trabaja de sol a sol. Un profesor alemán, Rosenber, de Breslau, ha establecido que el aumento de la productividad y del rendimiento del obrero por el empleo del taylorismo o del fordismo está en desproporción con el enorme desgaste de energías humanas que exigen. Y dice que un obrero de 75 kilos de peso necesita para reponer las energías gastadas con el trabajo taylorizado en lugar de 50 gramos de grasa, 339 gramos o su equivalente.

De ahí que nosotros hayamos lanzado la voz de alarma contra el acrecentamiento de la explotación del hombre por el hombre en los engranajes del capitalismo moderno, propiciando una defensa inmediata, aunque no sea completa: la jornada máxima de seis horas.

Pero la implantación de esa jornada, que no obstante los progresos de la técnica productiva, no ha de generalizarse sin lucha, pondrá a las vanguardias del

proletariado ante los problemas de la insuficiencia de las viejas armas de combate y ante la necesidad de meditar en el modo de hacer más eficaz el esfuerzo reivindicador.

### LA EXPLOTACION EN EL TERRENO DEL CONSUMO

Otra de las formas importantes y directas de la explotación de los desposeídos y desheredados por los monopolistas y privilegiados, es el vasto campo del consumo. No es indiferente ni para el vendedor ni para el comprador el precio de los artículos alimenticios, de la indumentaria, de la vivienda, del costo de la vida en general. El uno tiene interés en elevar los precios lo más posible, para aumentar su margen de ganancia, el otro quisiera pagar lo menos posible para satisfacer más necesidades y mejorar su régimen y su nivel de vida. De esa contradicción, de ese contraste, de intereses debiera nacer, no nace en la realidad sino muy imperfectamente, la lucha de los consumidores contra los vendedores, los comerciantes, etc. Decimos que en realidad esa lucha no nace sino imperfectamente, pues el proletariado, que es el más afectado por el alto costo de la vida, cree haber hecho bastante con la reivindicación en la fábrica de más altos salarios, sin advertir que el aumento que recibe por un lado lo pierde, si no pierde más que el aumento, por el otro, porque si es explotado como productor, y como productor suele rebelarse, es también explotado como consumidor, y como consumidor apenas se rebela.

Pensamos que ese abandono del frente de lucha de los descontentos en el terreno del consumo, es funesto y nos condena a un infructuoso, o casi infructuoso, tira y afloja, a un movimiento parecido al del péndulo, en lo cual importa poco que nos declaremos anarquistas o católicos o reformistas. La diferencia debiera consistir más que en las denominaciones en la ruptura de las oscilaciones del péndulo, pero eso es lo que falta por hacer, tanto en nuestro movimiento como en los demás del proletariado.

Como consumidores, el frente de lucha podría ser más vasto, pues son más los que tienen interés en defenderse contra el alto costo de la vida que los que ganan el pan con el sudor de su frente. La clase media y hasta la pequeña burguesía, que en el terreno de la lucha de los productores son fuerzas hostiles, podrían ser fuerzas amigas o simpatizantes en la lucha de los consumidores contra los altos precios. También intervendría la mujer, que es la principal encargada de las compras y la que más directamente experimenta el costo de la vida; y con el ensanchamiento del círculo de los interesados en un mejoramiento de la situación, por la afluencia de una parte de la pequeña burguesía, de la clase media y de la mujer, en primer lugar de la mujer proletaria, la corriente de la renovación, las fuerzas de resistencia contra la forma de explotación por el consumo aumentarían considerablemente.

Pero también aquí hay que plantear un nuevo problema, aunque no se haya sabido dar solución a los viejos, porque la cooperativa, que los anarquistas abandonaron pronto y fué transformada en un simple negocio para la especulación, no es en sus formas actuales una solución. Nos referimos a la trustificación capitalista que tiene por coronamiento de sus aspiraciones la dictadura sobre los precios mediante la exclusión de la libre concurrencia.

Para luchar en lo sucesivo contra el costo de la



vida tendremos muchas más dificultades de las que habríamos tenido hasta aquí, cuando la concurrencia de unos capitalistas frente a otros, de unas empresas frente a otras, era un instrumento precioso que podía utilizarse con éxito casi seguro. Hoy nos encontramos con una verdadera dictadura en los precios, creada por los acuerdos, fusiones y combinaciones de los industriales del mismo ramo, nacional e internacionalmente, en tal grado que las defensas locales contra la carestía serían tan insuficientes como las huelgas parciales en un solo establecimiento de entre los centenares que pertenecen a una firma cualquiera. En la misma inseguridad que estábamos al consolar el fenómeno de la racionalización en el terreno productivo, estamos ante la dictadura de los precios y la exclusión creciente de la libre concurrencia en el capitalismo moderno. No sabemos qué medios recomendar ni qué caminos seguir. Lo único que decimos es que la humanidad explotada terriblemente en su calidad de consumidora, no ha sabido levantar hasta aquí medios de defensa y tiene la misión, el deber y la necesidad de descubrirlos en lo sucesivo.

Y quien dice defensa contra los altos precios, dice también defensa contra la mala calidad de los productos, pues un empeoramiento de la calidad de los productos del consumo o del uso, aun cuando vaya acompañada de una rebaja de precios, sigue siendo un mal a combatir, una explotación invariable del consumidor. Sería conveniente aquí reproducir estadísticas sobre los precios de costo y los precios de venta, de cuya diferencia vive toda una fauna social de intermediarios; convendría citar aquí ejemplos de lo que se paga al campesino por sus productos agrícolas o ganaderos y lo que se hace pagar al consumidor en las ciudades. Esas cifras serían sumamente ilustrativas y nos llevarían espontáneamente a comprender la utilidad que habría en la supresión del parasitismo intermediario haciendo que los productos llegasen más directamente al consumidor, como una de las defensas contra la carestía. Pero este aspecto del problema social ha sido explotado ampliamente por los partidarios del cooperativismo y no necesitamos detenernos más.

### SUBDITOS Y SOSTENEDORES DEL ESTADO

Sigamos en esta enumeración de modalidades de la explotación del hombre por el hombre.

El individuo y la sociedad son explotados, no solamente oprimidos, por el Estado. El Estado no es sólo un órgano de opresión al servicio del privilegio; es también, por el enorme parasitismo que lo constituye, una pesada carga a cuyo sostenimiento debe proveer forzosamente el trabajo. Por otra parte, el parasitismo estatal cuesta cada vez más caro a los pueblos y en las filas del proletariado militante no comprobamos ni la idea ni la voluntad de contrarrestar ese encarecimiento del aparato para la propia explotación.

Algunas cifras comparativas nos darán una idea de lo que llamamos encarecimiento del estatismo.

Inglaterra gastaba en 1913 para sostener su parasitismo político, su aparato estatal, 172 millones de libras esterlinas; en 1926 sus gastos se elevaron a 766 millones; los Estados Unidos gastaban en 1913 más de 700 millones de dólares pero en 1926 sus gastos pasaban de 3.600 millones. Suecia gastaba en 1913 poco más de 211 millones de coronas; en 1926

sus gastos ascendían a 634 millones; Alemania gastaba en 1913 para sostener su aparato estatal más de 4.000 millones de marcos; pero en 1925 esa cifra había elevado a más de 10.000 millones.

Aproximadamente un millón ochocientos mil funcionarios viven en Alemania del presupuesto del estatismo, cuya sola administración consume un veinticinco por ciento del total de los ingresos, según la tercera parte según otros. El Estado moderno, la tercera parte según otros. El Estado moderno se convierte, así en una vasta asociación de funcionarios y de aspirantes a serlo, y todo otro concepto ético, cultural, político, nacional, se subordina a la realidad de esa asociación para el esquilamiento sistemático de los pueblos.

He aquí un telegrama que hemos recortado y comentado a comienzo de agosto de 1928 sobre los presupuestos franceses:

"En 1923, el total de lo recaudado por impuestos y tasas asimiladas, ascendía a 21.924.000.000 francos. En 1927 lo recaudado por igual concepto se elevó a 49.609.000.000.

"La totalidad de los impuestos recaudados durante todo el período comprendido entre los años 1923 y 1927 fué de 174.361.000.000 francos, sin contar los presupuestos departamentales y comunales, los que a su vez fueron considerablemente aumentados.

"De dichas cifras se desprende que en 1927 el promedio de impuestos abonados por cada habitante fué de 1.217 francos únicamente en concepto de impuestos de Estado, o sea 7 veces más que antes de la guerra".

El presupuesto de Polonia en 1928 era un 35 por ciento más elevado que en 1927, y la progresión no ha tenido un fin todavía.

Tenemos más cerca, sin embargo, el ejemplo de la Argentina. Su presupuesto nacional ha tenido la siguiente progresión:

1915-16 .....	\$ 392.870.744
1917 .....	" 347.895.826
1918 .....	" 390.989.480
1919 .....	" 389.675.480
1920 .....	" 482.665.365
1921-22 .....	" 512.910.075
1923 .....	" 687.264.782
1924-25 .....	" 682.108.039

De 1923 a 1927 el presupuesto nacional se había elevado casi en 200 millones de pesos. Y los gastos no tienen ninguna tendencia a decrecer.

Y del presupuesto del Estado pasemos al de una provincia, la de Buenos Aires. El gobierno provincial gastaba en 1914 casi sesenta millones de pesos y en 1927 el presupuesto se elevaba a 127.874.443 pesos. Al discutirse estas cifras en el parlamento provincial, un diputado socialista hacía estas observaciones, en el año 1927:

"Al discutirse el presupuesto vigente se calculó la población de la provincia en 2.695.828 habitantes... Cada uno de los habitantes de la provincia contribuimos con \$ 45.50, suma a la que debe agregarse lo que pagamos por impuestos municipales, que es de \$ 12 por término medio, per capita, y la contribución por concepto de impuestos nacionales, que alcanza a 71 pesos, con lo que llegamos a la cantidad de \$ 128.50, que es lo que debemos pagar cada uno de los habitantes de la provincia. Pero los hogares proletarios, especialmente los más modernos, son muy prolíficos y no tienen menos de cuatro criaturas, que, con el matrimonio, forman una familia de seis personas que debe aportar a la for-

mación del erario público, por año, la suma de 771 pesos".

No se crea que hay ninguna exageración. Al contrario, todavía nos haría falta descontar de la población total, el peso material del estatismo sobre los productores. Las cifras que obtendríamos así serían aterradoras.

Es de deplorar que las únicas voces de protesta contra el encarecimiento del estatismo partan de quienes, al fin y al cabo, no tienen con ello más que una carga aparente. Pero no carece de interés lo dicho por el ingeniero Duhau, presidente de la Sociedad Rural Argentina, en la inauguración de la exposición ganadera de Azul, octubre de 1927, refiriéndose a las finanzas de la provincia de Buenos Aires:

"Las dificultades financieras por que atraviesa la provincia de Buenos Aires son el resultado del crecimiento progresivo de sus presupuestos en los últimos años. Así, en 1917 sus gastos totales se elevaron a 71 millones y en 1927 a 135 millones de pesos, lo que representa un incremento de 64 millones o sea un 90.3 por ciento. En el mismo período, la población de la provincia de Buenos Aires se eleva de 2.150.000 a 2.815.000 habitantes, lo que representa un crecimiento de 30.90 por ciento. Los gastos públicos se han expandido con un ritmo tres veces más intenso que el crecimiento de su población. De manera que los gastos por habitante, que en 1917 eran de 33.2, se elevaron en 1927 a 48, término medio, por cada habitante. Este medio de 48 pesos por habitante es sólo superado por el de la provincia de San Juan, cuyo presupuesto de 1925 fué de 52.71 pesos; es tres veces mayor que el de Corrientes, con 15.64; es más del doble que el de Entre Ríos, con 22.36 pesos, y superior en 63 por ciento al de Córdoba, con 29.49 pesos".

Ese encarecimiento del estatismo en la provincia ha hecho aumentar el servicio de la deuda pública, de 16.217.000 pesos en 1917 a 43.542.000 en 1927, o sea un aumento de 169 por ciento. La deuda pública pasa de 600 millones.

Continúa el ingeniero Duhau diciendo que los empleados públicos, que en el año 1917 eran 15.854, llegan a la elevada suma de 25.583 en 1927, o sea un aumento de 61 por ciento, y los sueldos suben de 20.782.000 en 1917, a 57.315.000 en 1927, o sea un aumento de 122 por ciento".

Y lo que el presidente de la Sociedad Rural Argentina decía sobre las finanzas provinciales, lo dice la Memoria de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires correspondiente al año 1928 refiriéndose al orden nacional:

"Uno de los hechos que la Bolsa de Comercio debe señalar y que significa un factor que refluja desfavorablemente en la economía nacional y en la situación general del país, es el crecimiento considerable y progresivo de los gastos públicos nacionales, destinados en su mayoría a fines que no son productivos.

"Como lo demuestra acabadamente la estadística publicada por el Banco de la Nación Argentina en su revista económica del mes de noviembre último, los gastos públicos nacionales ascendieron en 1927 a la suma de 1.050.467.000 pesos moneda legal.

"Un breve análisis de la estadística de los gastos públicos nacionales nos revela el peligroso camino del aumento progresivo de las erogaciones burocráticas e improductivas.

"Tomando como punto de partida el año 1920 para

poder apreciar la ascensión continua de los gastos nacionales, tenemos que en dicho año el monto total de los gastos administrativos, subsidios, trabajos públicos y gastos especiales sumó la cantidad de pesos 448.879.000 moneda legal, mientras que en el presupuesto sancionado últimamente, para 1929, la cifra correspondiente a esos desembolsos llega a 888.782.999 pesos moneda legal, destinados en su mayor parte a objetos improductivos.

"Los gastos especiales, que el año 1920 llegaron a 19.944.000 pesos, subieron en 1927 a 232.523.000 pesos; este enorme crecimiento de más de 200 millones de pesos está representado por gastos de armamentos, de modernización de la escuadra y pago de deudas de los ferrocarriles del Estado.

"Contemplando los gastos públicos desde el punto de vista de sus autorizaciones, es decir, presupuesto, transferencia del ejercicio anterior, leyes especiales, acuerdos de ministros, vemos que en 1920 el total de todos los gastos autorizados por esos conceptos llegaba a la suma de 487.805.000 pesos, mientras que seis años después, en 1927, el total de los gastos sube a la suma de \$ 1.048.770.000".

Como se trata de un tema desgraciadamente poco observado en el campo del proletariado militante, nos permitimos seguir otro poco en el mismo tono y valiéndonos con preferencia de argumentos empleados por los propios capitalistas.

Luis Colombo, presidente, de la Unión Industrial Argentina, en un banquete de los delegados y socios de la Confederación Argentina del Comercio, de la Industria y de la Producción, a fines de octubre de 1927, dijo:

"En sus detalles, enormes detalles, vemos desde hace 12 años aumentar las deudas externas para satisfacer en gran parte dispendiosos presupuestos que en provincias y municipios siguen en pleno despilfarro, sin esperanzas de tener límites. Es en verdad asombrosa la paciencia pública, que parece no asustarse de la burocracia invasora, que lleva trazas de convertir al país en el verdadero reino de la empleomanía y de las jubilaciones. Fácil la prueba, si contempláis en conjunto los gastos públicos del país elevados a 1.300 millones de pesos contra 650 millones que representaban todos los presupuestos en 1915. Es por consiguiente nuestro país el de la administración más cara del mundo y es también el más frondoso en ubicaciones compensadoras de servicios públicos".

Hemos hablado ya de los presupuestos nacionales y de los provinciales. Veamos ahora un presupuesto municipal, el de la ciudad de Buenos Aires.

De 1917 a 1927 los gastos del presupuesto municipal aumentaron un 95 por ciento, mientras que la población no aumentó más que un 25 por ciento. Más precisamente: en 1918 la población de Buenos Aires era de 1.640.200 habitantes; el presupuesto municipal ascendía entonces a 39.623.500 pesos, es decir, cada habitante contribuía con 21.15 pesos. Cuando la población fué de dos millones, el presupuesto había corrido más todavía, siendo de pesos 88.643.655; la contribución por cada habitante era de 44.32 pesos por año. Hoy es más elevada aún.

En 1927 había en la comuna 21.638 empleados; la cifra es más elevada hoy. En 1918 se pagaron en concepto de sueldos de empleados y obreros de la comuna, 17.830.593 pesos; en 1926 se pagaron pesos 44.425.010, y así sucesivamente.

Tenemos, pues, un balance que no cabe discusión: el del encarecimiento monstruoso del estatismo, so-







sa que, debido a que la Argentina no clasifica su maquinaria industrial separadamente, es imposible fijar en forma definitiva la proporción suministrada por los norteamericanos, pero que es evidente que los principales competidores son los Estados Unidos, Alemania y Gran Bretaña.

Las exportaciones británicas de maquinaria industrial a la Argentina, durante el año 1927, son valuadas en 6.163.000 dólares, y las alemanas en unos 6.211.000 dólares, aproximadamente. Debido a las diferencias de clasificación, las estadísticas no pueden compararse estrictamente, pero ellas sirven para indicar la extensión de las importaciones argentinas.

Esa importación creciente de maquinaria en la Argentina indica que aunque se trata de un país semi-colonial, de industria incipiente, no está completamente al margen de la moderna racionalización.

### Aumento de las enfermedades

La racionalización, como nuestros lectores saben, tiene varias consecuencias inmediatas: 1.ª, el aumento de las cifras de desocupados; 2.ª, el aumento de la productividad con menos costo. Hay también otro aumento: el de las enfermedades.

Las estadísticas alemanas nos dicen que el número de los obreros que enferman ha ido aumentando según la medida de los progresos de la racionalización económica. En 1924, según las Cajas de socorro para enfermos, por cada 100 miembros había 108.4 días de enfermedad; en 1925 la cifra había aumentado a 125.1. La progresión ha ido en crescendo.

A propósito de la jornada  
de seis horas

En la revista "Plus loin" de París encontramos el suelto que sigue:

"Uno de nuestros lectores nos envía al respecto las reflexiones de un médico, el doctor Félix Regnault, que encontró en la "Revue moderne de médecine et de chirurgie".

Últimamente me consultó un desgraciado empleado atacado de neurastenia, de psicastenia, en una palabra, un debilitamiento de la energía nerviosa: deprimido, abúlico, agotado, incapaz de esfuerzo, debía ese estado a un empleo bien remunerado, pero demasiado fatigoso, que había tenido en una casa americana en París.

Los americanos, que invaden a Europa y la conquistan industrialmente, tienen un método especial de trabajo: obtener el rendimiento máximo en el mínimo de tiempo. Llegan a ello por la perfección del instrumental y por el taylorismo: no se puede alabarlos por suprimir todos los movimientos inútiles. Pero exigen del obrero el rendimiento máximo. Por eso disminuyen las horas de trabajo, aumentando su

intensidad. Así Ford, el constructor de automóviles, hace trabajar a sus obreros cinco horas por día solamente, pero con tal aplicación de atención, tal rapidez de actos que, a pesar del cebo de una ganancia elevada, la mayoría lo dejan después de algunos meses de ese surmenage para ir a servir en las firmas concurrentes que, por un salario menor, exigen siete u ocho horas de trabajo.

El que realiza una labor T durante una hora, puede emplear una energía nerviosa más grande que si emplea dos horas en hacerla. La máquina humana emplea dos horas en hacerla. La máquina humana emplea dos horas en hacerla. La máquina humana emplea dos horas en hacerla.

Hoy las gentes que se han vuelto más nerviosas quieren multiplicar sus esfuerzos y aumentan su tiempo de reposo. Dan a sus antepasados la impresión de inestables y de desequilibrados. En realidad llegan a serlo a menudo.

La invasión americana chocará con la oposición de nuestros sindicatos obreros que han exigido la jornada de ocho horas, y se rehusarán a la labor intensiva. Los fisiólogos les darán la razón".

El doctor Regnault tiene razón. No es la jornada de seis horas la que hay que conquistar, es una jornada quizás mucho más corta, según el género de trabajo. El hombre debe evitar el surmenage y el embrutecimiento y hay oficios en donde se llega a eso en 2, 3 o 4 horas.

Quando nació el maquinismo, los capitalistas han conservado las largas jornadas a que estaban habituados los artesanos. La encuesta oficial del doctor Villermé, en 1841, ha descubierto que los manufactureros de Mulhouse hacían trabajar a niños de 5 años, que no había ni jornada de reposo ni limitación de la jornada de trabajo, en suma lo que se vé en este momento en China. La producción al pasar del trabajo por artesanos al maquinismo, entraña siempre ese desequilibrio a expensas de los obreros. Del trabajo, familiar, semi-independiente, estos llegan aislados a la fábrica. Ha sido preciso más de medio siglo de luchas dolorosas para que pudiesen obtener condiciones más humanas de trabajo. Además han debido formar block para reclamar la limitación de la jornada de trabajo igual para todas las profesiones cuando esa reforma, suficiente para algunos oficios, era insuficiente para otros.

La lucha por la jornada de ocho horas, que no ha obtenido en todas partes la victoria, no es más que una lucha de defensa. Y he aquí que la racionalización y la taylorización obligan a los obreros a reiniciar la lucha contra el surmenage y el embrutecimiento. Pero reclamar la jornada uniforme de seis horas es una prueba de debilidad. Hay profesiones en que esa limitación no es ciertamente suficiente" (Plus loin, N.º 48, marzo de 1929).

SEBASTIAN FAURE

# EXPLICACIONES PRELIMINARES

Los compañeros de todas las tendencias y de todo el mundo conocen a Max Nettlau. Todos saben que nadie posee sobre el movimiento anarquista, desde sus orígenes hasta nuestros días una documentación comparable a la que él ha logrado juntar en toda una existencia de incansables investigaciones y de perseverantes trabajos consagrados a este fin.

Por esto, me es particularmente preciso oír confirmar por él que, combatiendo la intolerancia y el exclusivismo, *que llevan fatalmente el germen del espíritu autoritario*, renueva la tradición de Bakunin, James Guillaume, Tarrida del Mármol, Ricardo Mella, Voltairine de Cleyre y del mismo Max Nettlau, tradición de liberalismo, de tolerancia, de oposición a toda dictadura intelectual; tradición íntimamente ligada al espíritu libertario.

“Dado el espectáculo — dice Nettlau — de la intolerancia, que siembra la ruina y la destrucción física de todos los socialistas de todas las tendencias, y el espectáculo de la introducción de un impío fanatismo en el seno de los movimientos ruso y francés por la *Plataforma* y cierto reciente congreso, la rebelión se hacía inevitable, la copa estaba llena. El esfuerzo hacia un plano de camaradería amistoso debe ser sostenido hoy con una gran fuerza de propulsión. Dejemos que esta impulsión se desarrolle y que el trabajo se haga en grande; dejemos que los fanáticos se junten con los suyos; pero los compañeros de sentimientos sociales deben tenderse las manos. Los frutos del fanatismo están ante nosotros desde 1917, en el bolchevismo y el fascismo, y con el tiempo, todos los fanatismos del mundo se unirán a estos dos grandes polos magnéticos de la Autoridad y de la Anti-Humanidad. Igualmente debemos esperar que nuestro polo de libre camaradería, de tolerancia mutua y de benevolencia atraerá a los elementos libertarios y sociales de la humanidad: los que creen en la libertad, bondad mutua y solidaridad, sean o no conscientemente anarquistas”.

¡Cuán bien y cuán claramente ha sabido coger y apereibir, Max Nettlau, lo que, para la salvación del movimiento anarquista en Francia, *de erguise contra la invasión de un impío fanatismo!* ¡Con qué fuerza declara que *la copa estaba llena y que la rebelión era inevitable!* ¡Con cuánta energía afirma que *el esfuerzo hacia una esfera de camaradería amistosa debe ser sostenido, hoy, con una gran fuerza de propulsión inicial!*

Precisamente, la Síntesis Anarquista tiende a crear y fortificar esta esfera de camaradería amistosa, digámosle fraternal. Para que se forme esta esfera tan deseable, ¿es necesario que las diversas corrientes del anarquismo cesen de combatirse rabiosamente? Es evidente.

¿Es preciso que cada una de estas corrientes renuncie a creer y propagar que únicamente ella está en posesión de la verdad anarquista y que conse-

cuentemente las demás corrientes están en el error y se titulan falsamente anarquistas? Sí, es preciso.

¿Es indispensable que cada tendencia tome por fin conciencia de que no encierra la totalidad de las concepciones, de los métodos de propaganda, de las formas de combate y acción que necesita la lucha a desarrollar en la inmensidad del dominio social? Incontestablemente.

El mundo es vasto; las manifestaciones de la vida colectiva e individual son innumerables. Las batallas que deberemos sostener pueden presentarse en todos los terrenos y el triunfo de la libertad, actualmente enfrentada contra la tiranía omnipotente, exige el concurso de todos los hombres enamorados de la independencia y sedientos de protesta.

He aquí lo que no debe perderse nunca de vista.

Metámonos bien en la cabeza la idea de que ninguno de nosotros, absolutamente ninguno, sean cual fueren las extensiones de sus conocimientos, la firmeza de sus convicciones, el temple de su carácter, el ardor de su actividad, no está en condición de poner en todos los puntos la defensa y el ataque que necesitan el pensamiento y la acción libertarios.

Comprendamos que cada uno de nosotros es infimo, si osa confrontar su mezquina persona, los recursos de toda naturaleza y la energía física, intelectual y moral de que dispone con el prodigioso esfuerzo que deben realizar, sin tregua ni descanso, los compañeros en el seno de la guerra implacable que sostiene contra la tiranía.

De la misma manera que no le es posible a un libertario que permanezca aislado, responder a todas las necesidades que trae consigo esta guerra, tampoco le es posible a una sola tendencia aislada bastar a todas las exigencias.

E igualmente como todo compañero se encuentra en la necesidad de juntarse al concurso de otros anarquistas y concertarse con ellos, cada tendencia se encuentra, también, en la necesidad de juntarse al concurso de las demás tendencias y concertarse con ellas.

\* \*

Sobre este punto que se puede considerar como fundamental, que puede decirse esencial, supongo que no pueden producirse serias controversias.

Pero aquí el problema se bifurca, y la discusión, siempre abierta, se yergue, muy confusa, entre las tres soluciones siguientes:

*Primera solución.* — Entre las diversas tendencias no puede ni debe establecerse ningún contacto, ni siquiera circunstancial y momentáneo. De tendencia a tendencia, los métodos de propaganda son demasiado opuestos, las doctrinas demasiado contradictorias, las finalidades muy diferentes para que, hasta en casos excepcionales, sea posible ni deseable un acuerdo. Limitémonos a no combatirnos más, a no



lanzarnos más invectivas, no nos injuriemos ni nos calumniemos; pero evitemos todo contacto. Ignorémoslos. Que cada tendencia utilice el modo de organización, los medios de propaganda, las formas de acción que tiene por únicamente aprovechables para el fin que persigue. Pero nunca realicemos ningún esfuerzo concertado, sea por el motivo que sea, con las demás tendencias: cada uno en su casa.

**Segunda solución.** — Si: cada uno en su casa, pero basta de querellas, terminemos estos conflictos, estas luchas fratricidas que envenenan el movimiento libertario, lo debilitan, lo paralizan, que oscurecen la pureza de nuestro ideal y alejan de nuestras filas a los elementos a quienes repugna el espectáculo de nuestras disensiones interiores.

Que cada tendencia se organice y obre como mejor cuadre a sus concepciones y al fin que persigue; que cada una dé la batalla con sus adherentes, sus grupos, sus órganos, sus recursos.

Si: cada uno en su casa. Sin embargo, de vez en cuando, según los acontecimientos y las circunstancias, una tendencia puede y hasta debe entrar en contacto con las demás. Si las tendencias están en pugna referente a algunos puntos, hay otros, numerosos, en los que están de acuerdo. En algunos casos, para llevar bien ciertas campañas, para dar toda su fuerza a ciertas campañas, para dar toda su fuerza a ciertas agitaciones, es deseable que las diversas tendencias se aproximen; y no es imposible que se concierten y batallen juntas. Pero estas uniones deben limitarse a la finalidad visada, a la propaganda a hacer y a la acción a realizar. Después de esto, cada tendencia debe entrar en su casa, tomar de nuevo su completa autonomía y esperar nuevas circunstancias favorables para volver a emprender la acción en común.

**Tercera solución.** — La práctica de "cada uno en su casa" ha dado sus pruebas. A ella debemos las perfidias y las maldades, las rivalidades y las polémicas de que sufre terriblemente nuestro movimiento. Hacer el proceso de "cada uno en su casa" entre corrientes anarquistas, es hacer el proceso de todas las religiones, de todas las escuelas, de todas las capillas, de todas las sectas, de todos los parti-

dos políticos, de todas las patrias. La experiencia está hecha, archihecha. Es necesario renunciar a ella e intentar la experiencia de una aproximación, de una asociación entre los elementos anarquistas sin distinción de tendencias.

No se trata (entiéndase de una vez) de una fusión que, amalgamando estas tendencias, las hiciera desaparecer todas. Tampoco tratamos de arrancar a cada tendencia lo que constituye su razón de ser y lo que le da originalidad. Nadie piensa en sustraer a las tendencias a sus métodos de propaganda, a su acción propia. Ninguno tiene la pretensión de uniformar el pensamiento ni la actividad libertaria. Todo el que sostenga esta enormidad se equivocará o mentirá.

Y si la palabra *Síntesis* debiera ser tomada en el sentido de fusión; si debiera hacerse su aplicación como se hace en química por la absorción de los cuerpos simples, donde cada uno pierde, en parte, y a veces totalmente, su naturaleza y sus propiedades para formar un cuerpo compuesto, pero único y especial, yo renunciaría, sin pesar, a esta expresión.

Pero existen en Francia, como en todas partes, muchos libertarios que creen deseable y posible agrupar en una vasta y flexible organización, prácticamente *federalista* anarquista, a los compañeros anarco-sindicalistas, comunistas libertarios e individualistas anarquistas, dispuestos a aportar a esta Asociación un corazón fraternal y a unir sus esfuerzos para que sean más sólidos y más fecundos.

Este es el fin — y no otro — que la *Síntesis Anarquista* propone a los camaradas, y nuestra asociación de los *Federalistas Anarquistas* no es más que la realización de esta finalidad.

Salta a la vista que los compañeros que ven en toda asociación una disminución de su personalidad, sin compensación por lo menos equivalente, o la pérdida de su libertad, que ellos colocan, no sin razón, por encima de todo, no pensarán en adherirse a la A. F. A.

También se adivina que los que sean partidarios de una de las dos soluciones que he expuesto primero, tampoco ingresarán.

No obstante, les tendremos, les consideraremos siempre como buenos y leales anarquistas y esperamos pacientemente que la experiencia les ilumine.

Pero, por de pronto, declaramos una vez más:

"La A. F. A. ha tenido la certeza, desde los primeros momentos, de que abordaba un trabajo rudo y lleno de peligros. Presintió que su pensamiento, insuficientemente comprendido o falsamente interpretado, sería ásperamente combatido y con las más pérfidas armas. Mas, ha medido ya fríamente la extensión de los esfuerzos a realizar y la violencia de las luchas que deberá sostener.

"Todo lo que se nos pueda decir sobre este punto, lo hemos ya dicho y repetido.

"Pero nada nos ha desviado del proyecto a que nos ha conducido lógicamente nuestra adhesión a las convicciones libertarias.

"Nada nos lo hará abandonar, y seguiremos su ejecución hasta el éxito completo o el fracaso definitivo".

\*\*\*

Por hoy me conformo con las explicaciones que acabo de dar.

Pero las observaciones, las críticas y las objeciones de nuestros amigos Fabbri y Nettlau necesitan una respuesta más categórica y más completa.

Prometo volver a ocuparme de ellas, estudiarlas una a una y contestarlas.

Por el momento me basta constatar que, compañeros como Nettlau, Fabbri, Malatesta y otros, conceden a la discusión de la *Síntesis* una importancia muy grande. Me conformo con notar que estos camaradas, cuya apreciación no puede desdesharse, declaran que la publicación de este llamamiento había llegado a ser necesidad motivada por las desviaciones que amenazaban falsear nuestra idea y nuestros métodos de organización y de combate. Me basta registrar las aprobaciones y los alientos que nos dan, aunque al mismo tiempo formulen las reservas que les dicta su conciencia.

No piensan ni dicen ellos que la *Síntesis anarquista* es sólo "una fumistería, un mal golpe, un mercado de engaños" y, dicho sea de paso, he tenido verdadera alegría al leer en *Le Libertaire* del 25 de enero de 1929, las líneas siguientes, firmadas por *Liseur*: "La tentativa de aplicación en el movimiento anarquista de la *síntesis* preconizada por Sebastián Faure, es algo demasiado importante, de grandiosas consecuencias, para que dejemos de seguir atentamente su proceso y sus manifestaciones".

Ya era hora, querido compañero. Por fin usas un lenguaje digno de tí y del *Libertaire*. Si hubieses empezado por ahí, los habríamos evitado ambos un cambio de opiniones destempladas e inútiles.

Puedes exponer ahora tus críticas y objeciones; las examinaré, como hago con las de Fabbri y Nettlau, con el mismo ánimo de estudio profundo y desprovisto de toda preocupación personal, sin más miras que la de la exactitud, sin más pasión que la del verdadero interés del anarquismo, a quien amamos, unos y otros, con amor inalterable.

Desde este momento está admitido en el debate, empezado por Fabbri, Nettlau y Malatesta, *Liseur* y todos los que han creído un deber decir algo sobre la *Síntesis* y que están completamente de acuerdo en la urgente necesidad, a la que ella responde, de un pronto resurgimiento ideológico por "una vuelta precisa a las bases fundamentales de la Idea Libertaria" (*Liseur*); en respuesta "a las decisiones dictatoriales antianarquistas del Congreso de París de la U. A. C. R." (Fabbri); pues, "la copa estaba llena y la rebelión se hacía inevitable" (Nettlau).

Dado que este importantísimo punto está unánimemente admitido — cosa que por sí sola justifica ya la *Síntesis* — no tendremos que controvertir sobre él.

La discusión será solamente en lo referente al proyecto — ya puesto en aplicación — de una vasta organización que llame a su seno a todos los anarco-sindicalistas, los comunistas libertarios y los individualistas anarquistas, instándoles a que se unan, se reconcilien y a que armonicen sus esfuerzos.

¿Esta tentativa de asociación es solamente una cosa generosa y del dominio puramente sentimental? ¿Está condenada de antemano al fracaso? ¿Quedará atascada en dificultades insuperables? ¿De qué naturaleza son estas dificultades? ¿Cómo evitarlas o vencerlas? ¿Conviene abandonar este ensayo o es preciso perseverar en él?

Todos estos puntos serán examinados por mí, uno después de otro, minuciosamente, a la luz de la teoría y de los hechos, sin ninguna clase de fanatismo, con miras únicamente a hacer prevalecer las tesis que a la luz de la razón y de la experiencia, estimo saludables por su mayor vigor y extensión en beneficio del movimiento que ha de librar al mundo de la esclavitud y de la tiranía.

## Una obra de información y de cultura revolucionaria

"La Protesta,"

Diario de la mañana

Fundado en 1897

Crítica informativa diaria.

La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos.

Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero.

Colaboradores en los diversos países.

El número suelto: 0.10 cts.

Suscripción mensual, incluso el SUPLEMENTO quincenal, \$ 2.50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A NOMBRE DE MARIANO TORRENTE: — CALLE PERÚ N.º 1537. — BUENOS AIRES — REPÚBLICA ARGENTINA

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico.

El número suelto, \$ 0.20 cts.

Suscripción trimestral, \$ 1.50. Anual, \$ 5.—

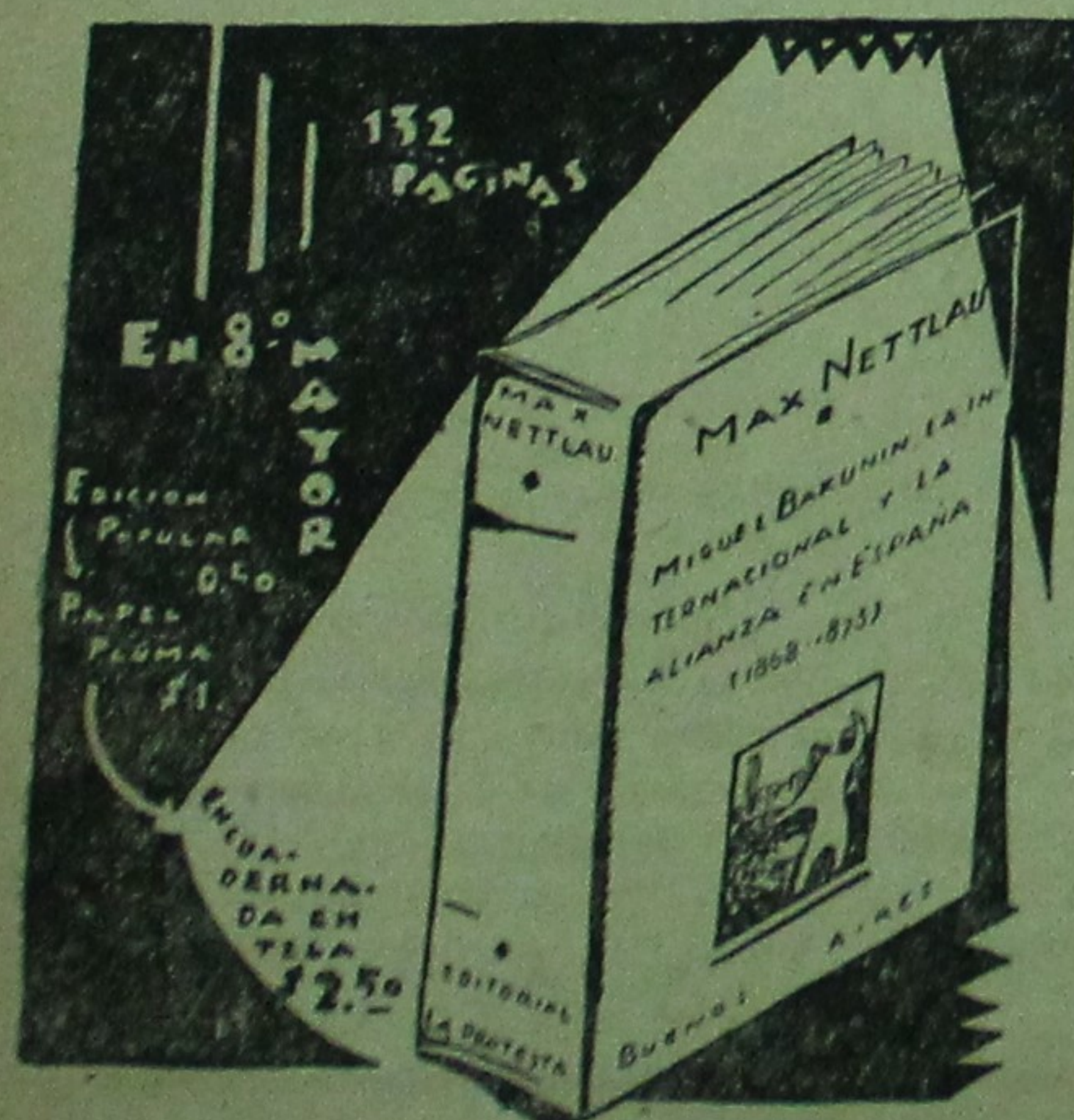
EDITORIAL

"La Protesta"

Fundada en 1922

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará. — Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.





R. BARRETT

## Lo qué son los yerbales paraguayos

### LA ESCLAVITUD Y EL ESTADO

Es preciso que sepa el mundo de una vez lo que pasa en los yerbales. Es preciso que cuando se quiera citar un ejemplo moderno de todo lo que puede concebir y ejecutar la codicia humana, no se hable solamente del Congo, sino del Paraguay.

El Paraguay se despuebla; se le castra y se le extermina en las 7.000 u 8.000 leguas entregadas a la Compañía Industrial Paraguaya, a la Matte Larangeira y a los arrendatarios y propietarios de latifundios del Alto Paraná. La explotación de la yerba-mate descansa en la esclavitud, el tormento y el asesinato.

Los datos que voy a presentar en esta serie de artículos, destinada a ser reproducida en los países civilizados de América y de Europa, se deben a testigos presenciales, y han sido confrontados entre sí y confirmados los unos por los otros. No he elegido lo más horrendo, sino lo más frecuente; no la excepción, sino la regla. Y a los que duden o desmientan, les diré: "Venid conmigo a los yerbales, y con vuestros ojos veréis la verdad".

No espero justicia del Estado. El Estado se apresuró a restablecer la esclavitud en el Paraguay después de la guerra. Es que entonces tenía yerbales. He aquí lo esencial del decreto del 1.º de enero de 1871:

"El presidente de la República.

"Teniendo conocimiento que los beneficiadores de yerbas y otros ramos de la industria nacional, sufren constantemente perjuicios que les ocasionan los operarios, abandonando los establecimientos con cuentas atrasadas...

DECRETA:

"Artículo 1.º...

Art. 2.º En todos los casos que el peón precisase separarse de sus trabajos temporalmente deberá obtener... asentimiento por medio de una constancia firmada por el patrón o capataces del establecimiento.

"Art. 3.º El peón que abandone su trabajo sin este requisito, será conducido preso al establecimiento, si así lo pidiera el patrón, cargándosele en cuenta los gastos de remisión y demás que por tal estado origine.

RIVAROLA.

Juan B. Gil".

El mecanismo de la esclavitud es el siguiente: No se le conchaba jamás al peón sin anticiparle una cierta suma que el infeliz gasta en el acto o deja a su familia. Se firma ante el juez un contrato en el cual consta el monto del anticipo, estipulándose que el patrón será reembolsado en trabajo. Una vez arreado a la selva, el peón queda prisionero los doce

o quince años que como máximo resistirá a las labores y a las penalidades que le aguardan. Es un esclavo que se vendió a sí mismo. Nada le salvará. Se ha calculado de tal modo el anticipo con relación a los salarios y a los precios de los víveres y de las ropas en el yerbal, que el peón, aunque reviente, se quedará siempre deudor de los patronos. Si trata de huir se le mata. Si no se logra traerle vivo, se le mata. Así se hacía en tiempos de Rivarola. Así se ha-

ce hoy.

Es sabido que el Estado perdió sus yerbales. El territorio paraguayo se repartió entre los amigos del gobierno y después la Industrial se fué quedando con casi todo. El Estado llegó al extremo de regalar ciento cincuenta leguas a un personaje influyente. Fué aquella una época interesante de venta y arriendo de tierras y de compra de agrimensores y de jueces. Pero no nos importan por el momento las costumbres políticas de esta nación, sino lo referente a la esclavitud en los yerbales.

En la reglamentación de 20 de agosto de 1885 se dice:

"Art. 11. — Todo contrato entre el explotador de yerba y sus peones, para que tenga fuerza, deberá ser hecho ante la autoridad local respectiva, etc."

Ni una palabra más especificando qué contratos son legales y cuáles no. El juez sigue poniendo su visto bueno a la esclavitud.

En 1901, al cabo de treinta años, se deroga especialmente el decreto de Rivarola. Pero el nuevo decreto es una nueva autorización, más disimulada, puesto que ya el Estado no tenía yerbales, de la esclavitud en el Paraguay. Se prohíbe al peón abandonar el trabajo, so pena de daños y perjuicios a los patronos. Ahora bien: el peón debe siempre al patrón; no le es posible pagar y legalmente se le apresaa.

El Estado tuvo y tiene sus inspectores, los cuales por lo común se enriquecieron pronto. Los inspectores van a los yerbales para:

1.º Reconocer toda la jurisdicción de su sección; 2.º Fiscalizar la elaboración de yerba; 3.º Cuidar que los industriales no destruyan las plantas de yerba; 4.º Exigir que cada arrendatario le presente la patente del rancho arrendado, etc."

Ninguna orden de verificar si en los yerbales se ejerce la esclavitud, y si se atormenta o fusila al obrero.

Este análisis legislativo es un poco inocente, pues aunque la esclavitud no se apoyara en la ley, se practicaría de todas maneras. En la selva está el esclavo tan desamparado como en el fondo del mar. Don R. C., en 1877, decía que la Constitución se detenía en el Río Jejuí. Suponiendo que un peón sacara de su cerebro enfermo un resto de independencia, y de su cuerpo dolorido la energía necesaria

para atravesar inmensos desiertos en busca de un juez, encontraría un juez comprado por la Industrial, la Matte o los latifundistas del Alto Paraná. Las autoridades locales se compran mensualmente mediante un sobresueldo, según me ratifica el señor contador de la Industrial Paraguaya.

El juez y el jefe comen, pues, en ese plato. Suelen ser simultáneamente autoridades nacionales y habilitados yerbateros. Así el señor B. A., pariente del actual presidente de la república, es jefe político de San Estanislao y habilitado de la Industrial. El señor M., pariente también del presidente, es juez en el feudo de los señores Casado y empleado de ellos. Los señores Casado explotan los quebrachales por medio de la esclavitud. Todavía se recuerda el asesinato de cinco peones quebracheros que intentaron fugarse en una barca.

Nada hay, pues, que esperar de un Estado que restablece la esclavitud, con ella lucha y vende la justicia al menudito. Ojalá me equivoque.

Y entremos ahora en el detalle de hechos.

### EL ARREO

De 15.000 ó 20.000 esclavos de todo sexo y edad se extinguen actualmente en los yerbales del Paraguay, de la Argentina y del Brasil. Las tres repúblicas están bajo idéntica ignominia. Son madres negras de sus hijos.

Pero el esclavo se convierte pronto en un cadáver o en un espectro. Hay que renovar constantemente la pulpa fresca en el lugar, para que no falte el jugo. El Paraguay fué siempre el gran proveedor de la carne que suda oro. Es que aquí los pobres son ya esclavos a medias. Carne estremecida por los últimos latigazos del jefe político y las últimas patadas del cuartel, carne oscura y triste ¿qué hay en tí? ¿La sombra de la tiranía y de la guerra? ¿La fatalidad de la raza? Niños enfermos, que el vicio, hembra o alcohol, consuela un instante en la noche siniestra en que habéis naufragado, ¿quién se apiadará de vosotros? ¡Dios mío! ¡Tan desdichados que ni siquiera se espantan de su propia agonía! No; esa carne es sagrada; es la que más ha sufrido sobre la tierra. La salvaremos también.

Mientras tanto, está sobre el mostrador, ofrecida al zarpazo del agente yerbatero. En el Paraguay no es necesario aguardar como en la India, a que el hambre o la peste abarate la acémila humana. El recolector de la Industrial examina la presa, la mide y la cata, calculando el vigor de sus músculos y el tiempo que resistirá. La engaña — cosa fácil — la seduce. Pinta el infierno con colores de El Dorado. Ajusta el anticipo, pagadero a veces en mercadería acaparada por la empresa, estafándose así al peón aun antes de contratarle. Por fin el trato se cierra. El enterrador ha conquistado a su cliente.

Y todo con las formalidades de un ingreso en presidio. El juez asesora la esclavitud. Véanse los formularios impresos de la Industrial y de la Matte Larangeira. En Posadas y Villa Encarnación, importantes mercados de blancos, hay instaladas oficinas antropométricas al servicio de los empresarios, como si la selva no fuera suficiente para aniquilar toda esperanza de fuga.

Pero durante algunas horas todavía, la víctima es rica y libre! Mañana el trabajo forzado, la infinita fatiga, la fiebre, el tormento, la desesperación que no acaba sino con la muerte. Hoy la fortuna, los placeres, la libertad. ¡Hoy vivir, vivir por primera y última vez! y el niño enfermo sobre el cual

va a cerrarse la verde inmensidad del bosque, donde será para siempre la más hostigada de las bestias, reparte su tesoro entre las chinias que pasan, compra por docenas frascos de perfumes que tira sin vacilar, adquiere una tienda entera para dispersarla a los cuatro vientos, grita, ríe, baila, — ¡ay frenesí funerario! — se abraza con rameras tan infelices como él, se embriaga en un supremo afán de olvido, se enloquece. Alcohol asqueroso a 10 pesos el litro, hembra roída por la sífilis, he aquí la postrera sonrisa del mundo a los condenados a los yerbales.

Esa sonrisa ¡cómo la explotáis, bandidos! El anticipo, pagado con diez, doce, quince años de horror, después de los cuales los sobrevivientes no son más que mendigos decrepitos, ¡qué invención admirable! El anticipo es la gloria de los alcabuetes de la avaricia millonaria. Así se arrean los mártires de los gominales bolivianos y brasileños, de los ingenios del Perú. Así se arrean las muchachas del centro de Europa, prostituidas en Buenos Aires. El anticipo, la deuda es la cadena que arrastran de lupanar en lupanar, como la arrastra el peón de un habilitado a otro. ¡El anticipo! Un mozo de Cracupé es contratado por la Matte a razón de 150 pesos mensuales. Le brindan el anticipo; lo rechaza. Llevan al desgraciado a 80 leguas de Concepción, allí le dicen que del salario hay que deducir la comida a no ser que el anticipo se acepte. El mozo verifica que su labor no alcanza a saldar su miserable bodrio y por milagro consigue escapar y regresar a su pueblo. ¡El anticipo! La Industrial alegará que sus peones le deben sobre el Paraná un millón de pesos. Deducid lo que la empresa ha robado a su gente desde que la encerró, y obtendréis el precio bruto de los esclavos. Un buen esclavo cuesta hoy, aproximadamente, lo que antes, de trescientos a quinientos pesos.

El anticipo se cobró y se disipó: ¡Lasciate ogni speranza! Ahora, el arreo. El río: a puntapiés y rebencazos los encajan a bordo. Es el ganado de la Industrial. Centenares de seres humanos en cincuenta metros. Bazofia inmundicia, escorbuto, diarrea negra y a trabajar por el camino! Escualidos adolescentes descargan el buque; suben en cuatro patas las barrancas con 80 kilos auestas. Hay que irse acostumbrando.

El monte: la tropa, el rebaño de peones, con sus mujeres y sus pequeños, si se permite la familia. A pie, y el yerbal está a cincuenta, a cien leguas. Los capataces van a caballo, revólver al cinto. Se les llama troperos, o repuntadores. Los habilitados que se traspasan el negocio escriben: "con tantas cabezas". Es el ganado de la Industrial.

Y el ganado escasea. Es forzoso perseguir a los jóvenes paraguayos en Villa Concepción y Villarrica. Los departamentos de yerbales, Igatimi, San Estanislao, se han convertido en cementerios. Treinta años de explotación han exterminado la virilidad paraguaya entre el Tebicuary sud y el Paraná. Tacurú-pucú ha sido despoblado ocho veces por la Industrial. Casi todos los peones que han trabajado en el Alto Paraná de 1810 a 1900 han muerto. De 300 hombres sacados de Villarrica en 1900 para los yerbales de Tormenta en el Brasil no volvieron más que 20. Ahora se rafla por las Misiones Argentinas, Corrientes y Entre Ríos.

En el Paraguay quedan los menores de edad, y se los llevan también. Un 70 por ciento de los arreados al Alto Paraná son menores. De 1904 a la fecha, 1908, han ido unos dos mil, de Villa Encarnación y de Posadas, 700 eran paraguayos. Restan unos 700, de



los cuales apenas unos 56 sanos. Naturalmente, ninguno, pues, se opone a semejantes infamias. Esta es la feroz verdad: tenemos que defender a nuestros niños de las garras usureras que están descuartizan-  
do al país.

EL YUGO EN LA SELVA

No siempre se arrea la peonada mediante contrato previo. A veces los *raccolleurs* preparan noticias de reclutamiento o de revolución, y ofrecen al cándido campesino un refugio en los yerbales. En tales ocasiones de adquirir gratis la hacienda humana se facilitan si el empresario, entendiéndose con las altas autoridades del país, dispone de la fuerza pública, no sólo para asegurar fraudes y contrabandos, sino para organizar *razzias* que arreen a los que quieren venir, y cacerías que cobren a los que quieren marcharse. Recientemente la Matte Larangeira hizo un pacto de esta naturaleza con Bentos Xavier, al cual adelantó fondos para que derrocara en Mattó Grosso a un gobernador poco complaciente.

Sea por un sistema, sea por otro, el peón cayó en la selva! Tiene mil probabilidades contra una de no salir. Antes había la suspensión de labores desde fin de agosto hasta diciembre. Se *licenciaba* al personal añadiendo el eslabón de un nuevo anticipo a la antigua cadena. Pero la Matte suprimió esa semi-libertad de dos o tres meses. Era un gasto inútil; con el anticipo primitivo basta y sobra! La Industrial imita a la Matte; el año pasado suspendió la zafra. Se puede afirmar al pie de la letra que el obrero no volverá de la selva hasta que haya sudado toda su sangre y lo despidan por usado, convertido no en un viejo, sino en la sombra de un viejo, si es que no le fusilaron por desertor, o no le encontraron muerto una mañana y arrojaron al río su cadáver.

¡La selva! Extraen de ella enormes fortunas los negreros enlevitados que se pasean por las calles de Asunción, de Buenos Aires o de Río, y no llega a ella una ráfaga espiritual, un eco de la cultura, un consuelo de la sociedad no perdida. En las 5,000 leguas no hay un boticario ni un médico. Si los médicos manejaran el látigo o el fusil, les habría! Dos

Novedades del gato con botas



—Usted compra tan poca carne y aquella señora tan gorda compra demasiado. ¿Es que su familia será numerosa?

—Al contrario; ellos no son más que dos y nosotros somos siete.

El gato con botas: — ¡Eso no lo entiendo!

tipos de extrema degeneración: el esclavo, pobre bestia asustada, y el habilitado, bestia feroz, proxeneta de la avaricia urbana; he aquí todo lo que la humanidad ha dejado en la selva. ¡Qué importa! esos dos tipos son suficientes a constituir nuestra civilización legal: suministran el oro.

¡La selva! La milenaria capa de nubes, bañada en la transpiración acre de la tierra; el monstruo inextricable, inmóvil, hecho de millones de plantas atadas en un solo nudo infinito; la húmeda soledad donde acecha la muerte y donde el horror gotea como en las grutas... ¡La selva! La rama serpiente y la elástica zarpa y el devorar silencioso de los insectos invisibles... Vosotros, los que os apagáis en un calabozo, no envidiéis al prisionero de la selva. A vosotros os es posible todavía acostaros en un rincón para esperar al fin. A él no, porque su lecho es de espinas ponzoñosas; mandíbulas innumerables y minúsculas, engendradas por una fermentación infatigable, le disecarán vivo si no marcha. A vosotros os separa de la libertad un muro solamente. A él le os separa de la libertad un muro de un lado y de otro una inmensa distancia, y los muros de un lado y de otro una inmensa distancia. Medio desnudo, desahogado, el obrero del yerbal es un perpetuo vagabundo de su propia cárcel. Tiene que caminar sin reposo, y el camino es una lucha; tiene que avanzar a sablazos, y la senda que abre con el machete, torna a cerrarse detrás de él como una estela en el mar!

Así trabaja, hizando en el bosque sus galerías de topo tendidas de picada a picada, agujeros en fondo de saco por donde busca y trae la yerba. Desgaja, carga y acarrea el ramaje al fogón. Se arrastra pesadamente bajo el peso que le abruma. A eso se reduce la estúpida faena del yerbal, a la de un acémila que hociacara antes su sendero de retorno. El páraje se llama *mina*, y el peón *minero*. La Cámara de Apelación paraguaya ha opinado que el yerbal es una *mina*. Esta designación terrible es más elocuente que todo. Sí: hay *minas* al aire libre y a la luz del sol. El hombre desaparece, sepultado bajo la codicia del hombre.

El minero desgaja y acarrea de día. De noche — ¡porque se pena de día y noche en el yerbal! — apanza el fogón, *overea* el ramaje, es decir, lo tuesta en la llama abrasándose las manos; deshoja la rama destrozándose los dedos; pisa la hoja en el *raído* sujetando con tiras de cuero la mole que llevará a cuestras hasta el *romanje* donde será pesada...

¿Sabéis cuánta hoja exigen al minero diariamente la Matte Larangeira y la Industrial Paraguaya? ¡Ocho arrobas como minimum! Ocho arrobas a hombros, traídas de una legua, de legua y media por la picada! Cuando el minero suelta el *radio*, nadie se acerca al desgraciado, que por lo común se desploma al suelo. Los capataces le respetan en ese instante. Una desesperación sin nombre se apodera de él, y sería capaz de asesinar. La lástima es que jamás lo haga, que jamás ejecute a sus verdugos.

Ahora el *barbacudá*, el horno rudimentario en que se cuece la hoja. Allí en lo alto, sobre la boca fulgurante, el urú encaramado, respirando fuego, vigila la quemazón. ¡Cuántas veces ha caído desmayado y lo han reanimado a puntapiés! El trabajo más cruel es quizá el acarreo de leña al *barbacudá*, 70 u 80 kilos de troncos gruesos, bajo los cuales, en el calvario de una larga caminata a través de la selva, la espalda desnuda sangra. Sí; la carne cruje desnuda en el yerbal, porque allí son muy caras las camisas!

Sumad el ejército de los mensuales, atacadores de mboroviré, troperos de carreta, picadores, boyeros, expedicionarios desprovistos de lo más preciso, obligados a cruzar desiertos y pantanos interminables; chateros a quienes se paga por viaje de un mes y que regresan, entorpecidos por las sequías, después de tres o cuatro meses de combate aguas arriba, con el pecho tumefacto por el botador; sumadlo todo, y obtendréis la turba maldita de los yerbales jadeante catorce, dieciséis horas diarias, para la cual no hay domingo ni otra fiesta que el Viernes Santo, recuerdo del martirio de Jesús, padre de los que sufren...

Y esa gente ¿qué come? ¿De qué manera se le trata? ¿Qué salario se les abona y qué ganancias produce a los habilitados y a la empresa?

Contestar a esto es revelar una serie de crímenes.  
Hagámoslo.

# DEGENERACION

Escudriñad la selva: descubriréis un fardo que camina. Mirad bajo el fardo: descubriréis una criatura agobiada en que se van borrando los rasgos de su especie. Aquello no es ya un hombre; es todavía un peón yerbatero. Hay quizá en él rebelión y lágrimas. Se ha visto a mineros llorar con el ruido a cuestras. Otros, impotentes para el suicidio, sueñan con la evasión. Pensad que muchos de ellos apenas son adolescentes.

Su salario es ilusorio. Los criminales pueden ganar dinero en algunos presidios. Ellos no. Tienen que comprar a la empresa lo que comen y los trapos que se visten. En otro artículo daré a conocer los precios. Son tan exorbitantes que el peón, aunque se mate trabajando, no tiene probabilidad de saldar su deuda. Cada año la esclavitud y la miseria se afirman más irremediabilmente en una maldición sola. El 90 por ciento de los peones del Alto Paraná son explotados sin otra remuneración que la comida. Su suerte es idéntica a la de los esclavos de hace dos siglos.

¡Y qué comida! Por lo común se reduce el yepará, mezcla de maíz, porotos, *charque* (carne vieja) y sebo. *Yepará* por la mañana y por la noche, toda la semana, todo el mes, todo el año. Alimento tan ruin y tan exclusivo bastaría por sí a dañar profundamente el organismo más robusto. Pero además se trata, sobre todo en el Alto Paraná, donde los horrores que cuento llegan a lo inaudito, de alimentos medio *podridos*. El *chaque* elaborado en el sud paraguayo contiene tierra y gusanos. El maíz y los porotos son de la peor calidad y transportados a largas distancias se acaban de corromper. Esta es la mercadería reservada especialmente a la gleba de los yerbales, y pasada de contrabando de una república a otra por los honorables bandoleros de la alta banca. Así se come en la *mina*; ninguna labradora civilizada consentirá en cebar con semejante bazofia a sus puercos.

La habitación del obrero del yerbal es un toldito para muchos, cubierto de rama de *pindó*. Vivir allí es vivir a la intemperie; se duerme en el suelo, sobre plantas muertas, como hacen los animales. La lluvia lo empapa todo. El vaho mortífero de la selva penetra hasta los huesos.

Al hambre y a la fatiga se añade la enfermedad. Esta horda de alcohólicos y de sífilíticos tiembla continuamente de fiebre. Es el *chuchó* de los trópicos. La tercera parte se vuelven tísicos bajo la carga de mulo que les echan encima.

¡Ay! ¿y las delicias menudas? el yarárá, vibora rapidísima y mortal; las escalopendras y los alacranes que caen del techo; el *cui*, pique imperceptible que abrasa la epidermis; el *yatchi pyá*, garrapata colorada que produce llagas incurables; la *ura* de los yerbales, mosca grande y velluda, cuyos huevos, abandonados sobre las ropas, se desarrollan en el sudor y crían bajo la piel, vermes enormes que devoran el músculo; la legión terrible de los mosquitos, desde el *ñatihú-cabayú* al *mbarigui* y al *mbigui* microscópico que se levanta en nubes de los charcos y provoca accesos de locura en los infelices privados hasta del leve bálsamo del sueño... Comprenderéis que el mosquito es demasiado caro para el esclavo de los yerbales; es el negrero *financista* de la capital el que lo usa.

El peón yerbatero ¿con qué intentará consolar sus dolores? ¿La mujer?... En las lomas del norte La Industrial no las permite. En las del sud, sí. Por un lado le conviene tener nuevas locas a quien vender el hediondo engrudo del *yepa'á*. Por otro lado le fastidia que el trabajador se *distraiga*. En unos sitios es negocio traer hembras; en otros no. Las gallinas se prohíben siempre. Pretexto: causan trastornos en las mudanzas de los *barbacuás*. Motivo real: evitar a toda costa que el siervo goce de propiedad alguna.

El 90 por ciento de las mujeres de la mina son prostitutas profesionales. A pesar del hambre, de la fatiga, de la enfermedad y de la prostitución mismas, estas infelices paren, como paren las bestias en sus cubiles. Niños desnudos, flacos, arrugados antes de haber aprendido a tenerse de pie, extenuados por la disentería, hormiguean en el lodo, larvas del infierno a que vivos aún fueron condenados. Un 10 por ciento alcanzan la virilidad. La degeneración más espantosa abate a los peones, a sus mujeres y a sus pequeños. El verbal extermina una generación en quince años. A los 40 de edad el hombre se ha convertido en un misero despojo de la avaricia ajena. Han dejado en él la lona de su carne. Caduco, embrutecido hasta el extremo de no recordar quiénes fueron sus padres, es lo que se llama un "*peón viejo*". Su rostro fué una lívida máscara, luego tomó el color de la tierra, por último el de la ceniza. Es un muerto que anda. Es un ex empleado de La Industrial.

Su hijo no necesita ir a los verbales para adquirir los estigmas de la degeneración. La descendencia se extingue prontamente. Se ha hecho algo más con el obrero que sorberle la médula: se le ha castrado. Pero el "peón viejo" es una rareza. Se suele morir en la mina sin hacerse "viejo". Un día el capataz encuentra acostada su víctima habitual. Se empeña en alzarla a palos y no lo consigue. Se le abandona. Los compañeros van a la faena y el moribundo se queda solo. Está en la selva. Es el empleado de La Industrial, devuelto diabólicamente por la esclavitud a la vida salvaje. ¡Grita, miserable! Nadie te oír. Para tí no hay socorro. Expiarás sin una mano que apriete la tuya, sin un testigo. ¡Solo, solo, solo! Los reos tienen asistencia médica, y antes de subir al patíbulo se les ofrece un vaso de vino y un cura. Tú no eres ¡ay! un criminal; no eres más que un obrero. Expiarás en la soledad de la selva como una alimaña herida.

Desde la guerra, 30 ó 40 mil paraguayos han sido beneficiados y aniquilados así en los yerbales de las tres naciones. En cuanto a los que actualmente sufren el yugo, ya muchos de ellos menores según expliqué, un dato será suficiente a pintar su estado.



Son muy inferiores a los indios en inteligencia, energía, sentimientos de dignidad y bajo cualquier aspecto que se les considere. He aquí lo que las empresas yerbateras han hecho de la raza blanca. Entremos ahora en lo monstruoso: el tormento y el asesinato.

## TORMENTO Y ASESINATO

"Aquí no hay más Dios que yo", dice al nuevo peón una vez por todas el capataz. Y si no bastará el rebenque para demostrarlo, lo demostrará el revólver del mayordomo. En el yerbal no se habla, se pega.

Quando en plena capital la policía tortura a los presos por "amor al arte", ¿creéis posible que no se torture al esclavo en la selva, y donde las autoridades nacionales ofician de verdugos, puestas como están al servicio de la codicia más vil y más desenfrenada?

¡Camina, trajina, suda y sangra, carne maldita! ¿Qué importa que caigas extenuado y mueras como la vieja res a orillas del pantano? Eres barata y se te encuentra en todas partes. ¡Ay de tí si te rebelas, si te yergues en un espasmo de protesta! ¡Ay del asno que se olvida un momento de ser un asno!

Entonces, al hambre, a la fatiga, a la fiebre, al mortal desaliento se añadirá el azote, la tortura con su complicado y siniestro material. Conocéis la inquisición política y la inquisición religiosa. Conoced ahora la más infame, la inquisición del oro.

¿A qué mencionar los grillos y el cepo? Son clásicos en el Paraguay, y no sé por qué no constituyen el emblema de la justicia, en vez de la inepta matrona de la espada de cartón y de la balanza falsa. En Yaguatirica se admira el célebre cepo de la empresa M. S. Un poco menos costoso es el lazo. También se usa mucho *estirar* a los peones, es decir, atarles de los cuatro miembros muy abiertos. O bien se les cuelga de los pies a un árbol. El *estaqueamiento* es interesante: consiste en amarrar a la víctima, con cotillos y de las muñecas, o cuatro estacas, con correas de cuero crudo, al sol. El cuero se encoje y reas de cuero crudo, al sol. El cuerpo se descoyunta. Se ha cortado el músculo; el cuerpo se descoyunta. Se ha llegado a *estaquear* los peones sobre tucurús (nidos de termite blanca) a los que se ha prendido fuego.

¡Pluma mía, no tiembles, clávate hasta el mango! Pero los miserables que ejecuto no tienen sangre en las venas, sino pus, y el cirujano se llena de inmundicia.

Raro es que intente un peón escaparse. Esto exige una energía que están muy lejos de tener los degenerados del yerbal. Si el caso ocurre, los habilitados arman comisiones en las compañías (soldados de la nación) y cazan al fugitivo. Unos habilitados avisan a otros. La consigna es: *traerlo vivo o muerto*.

¡Ah! ¡La alegre cacería humana en la selva! Los chasques llevados a órdenes a los puestos vecinos! "Anoche se me fugaron dos. Si salen por estos rumbos, metanle bala". (Textual). El año pasado, en las Misiones Argentinas, asesinaron a siete obreros, uno de los cuales era un niño. En Punta Porá, cuando la comisaría da por fugado a un trabajador, "fugado" significa "degollado". Hace dos meses, el patrón D. C., habilitado de la Matte Larangeira, el cual había comprado la querida de un peón por 600 pesos, tuvo el disgusto de saber la huida de la hermana con su antiguo amante y un hermano de éste. D. C. los persiguió con gente armada y winchester; uno de los peones murió en seguida; el otro fué re-

## "LA PROTESTA" —Diario, y el— SUPLEMENTO —Revista quincenal—

Suscripción mensual a ambas publicaciones, \$ 2.50. — Pago adelantado.  
Todo importe remítase a nombre de  
Mariano Torrente — Perú 1537.

matado a cuchillo. Se suele hacer fuego sin voz de alto. Las empresas sacrifican no solamente a los peones, sino a los demás ciudadanos que no les hacen el gusto. La Industrial Paraguaya, famosa en Tacuru por sus atrocidades, expulsó recientemente a las familias del pueblo para apoderarse de las explotaciones de caña, y habiéndose opuesto el señor E. R., lo hizo matar a la puerta de su habitación por la policía.

Todos estos crímenes quedan impunes. Ningún juez se ocupa de ellos, y si se ocupara sería igual. ¡Está comprado!

Espanta pensar en los asesinatos que la selva oculta. Las picadas están sembradas de cruces, la mitad de las cuales señala el sitio donde ha sucumbido un menor de edad. Muchas de esas cruces anónimas recuerdan una cacería terminada por un fusilamiento.

Y a pesar de las mil probabilidades contra una que el *desertor* (tal es la designación consagrada por el uso) tiene de perecer, el sueño del mártir de los yerbales es evadirse, ganar la frontera o los campos, la región libre que centellea a cincuenta, a cien, a ciento cincuenta leguas de distancia... Leguas de monte cerrado, de esteros, leguas que hay que cruzar desnudo, débil y trémulo, como una rata que los perros rastrean... El esclavo no duerme; agita sus pobres huesos sobre el ramaje sordido que le sirve de cama, y agita las esperanzas locas en su cerebro dolorido. El silencio de la noche le invita. El poder formidable del oro que él mismo ha arrancado de la tierra le detiene. La Empresa ha recorrido a "desertores" que después de cuatro o cinco años de ausencia se creían salvados. La Empresa es más fuerte que todo. ¿Para qué ir a la muerte? Mejor es desfallecer poco a poco, perder gota a gota la savia de la vida, renunciar a ver ya nunca el valle en que se ha nacido... Al día siguiente el esclavo irá a la faena, y ofrecerá al empresario las ocho arrobas reglamentarias. ¡Ay! para pretender huir de los yerbales es preciso ser un héroe o no estar en el sano juicio.

De este modo la opulenta canalla que triunfa en nuestros salones extermina bajo el yugo por millares a los paraguayos o los fusila como a chacales del desierto, si buscan la libertad. Las generaciones de esclavos duran poco, pero los negreros se conservan bien. Es a los de arriba a quien acuso. Son ellos los verdaderos asesinos, y no los habilitados ni los capataces. Los responsables son los jefes de la banda, porque son los que menos riesgos corren y los que más lucran con el crimen.

Y he aquí lo que me falta: detallar el botín de la esclavitud, y mostrar entre quién y cómo se reparte.

## EL BOTIN

Sea nuestro ejemplo típico la Industrial Paraguaya. Empezó con 400.000 pesos.

¿Quién no sabe las combinaciones de la Industrial para apoderarse de las tierras, los yerbales convertidos en campos y los campos convertidos en yerbales, los montes y los ríos desapareciendo del mapa y surtiendo a cien leguas de donde tenían que estar, los remates y las ventas, no de terrenos, sino de agremiadores y de jueces? A mi vista está un plano del departamento de Villa Concepción, documento curioso en que se marca el escamoteo de doce leguas de yerbales por medio de rectificaciones de mensura en propiedades anteriores, a fin de reclamar la compensación de un nuevo yerbal de doce leguas que se trataba de pescar sin desembolsar un centavo. Y la estafa se hizo, y mil como ella. Pero lo terrible es que el Estado, que no supo defender el territorio, ni sabe hoy si quiera que la Empresa contrabandea a la Argentina millones y millones de arrobas, no supo ni sabe proteger la carne inocente de los ciudadanos. Y la Industrial lleva anualmente la cantidad de víctimas que necesita para realizar una de las más abyectas explotaciones del mundo moderno.

He aquí el cuadro de los salarios medios que paga actualmente la Industrial en moneda paraguaya. Las cifras son aproximadamente las mismas en las demás empresas. Los yerbateros forman hoy un *trust* invencible y fijan los precios que quieren. No hay competencia que alivie la suerte del esclavo.

Mineros, por arroba	\$ 0.60
Barcacuá, ídem, ídem	" 0.20
Atacadores y maquinistas (por mes)	" 45.—
Capataces, ídem, ídem	" 120.—
Troperos, ídem, ídem	" 70.—
Picadores, ídem, ídem	" 55.—
Boyeros, ídem, ídem	" 60.—
Chateros, por viajes (1 a 3 meses)	" 90.—
Mensualeros varios a.....	" 30.—

Estos infelices tienen que comprar casi siempre en la empresa el inmundito alimento que comen, y siempre los andrajos de que se visten. ¡Y a qué precios!

Piltrafas con huesos cuestan lo que la carne sin hueso en la Asunción. Una libra de cebo cuesta peso y medio. Una libra de harina de cuarta clase, dos pesos. El maíz ha llegado a dos pesos la libra. La ropa es un escándalo. El metro de bayeta de lo peor, quince pesos; vale dos. Un pantalón de brin de lo peor, veinte pesos; vale cuatro. Una camisa de lo peor, quince pesos; vale tres. Un sombrero de lo peor, sesenta pesos; vale doce. Un poncho (ideal del paraguayo), doscientos pesos; vale sesenta. Una caja de fósforos, un peso.

Tomemos el mejor de los casos: el de un minero *guapo* que acarree trescientas arrobas al mes. Ganará ciento ochenta pesos. Quidad lo que gasta en nutrirse malamente y en cubrir su desnudez, y ¿qué le queda? treinta o cuarenta pesos a lo sumo, con los que tardará años y más años en saldar el anticipo de un mil a dos mil pesos con que se ha encadenado. La suerte de los demás peones es incomparablemente peor. Muchos se reducen a alimentarse de agua, porotos y sal con esperanza de salvarse algún día. ¡Vana esperanza!

Notad que los salarios no han crecido mucho de quince años a esta parte, en tanto que el oro alcanza a 1.500. ¡Naturalmente! La Industrial embolsa

en oro sus ganancias y cubre sus gastos en papel. Les conviene a ella y a las demás empresas exportadoras que el oro suba. Se han puesto de acuerdo con los usureros, y el oro sube, y subirá hasta donde le plazca a esa partida de bandidos que nadie tiene el valor de meter en la cárcel.

Un cálculo sencillo, si se recuerda el número de bolsas que un atador despacha diariamente y las que transportan a una distancia media de 30 leguas una carreta o una chata, con el valor común del envase, da un precio máximo de 2.50 pesos para la arroba de yerba lista a ser exportada.

Y todavía este precio de costo es nominal. La Empresa paga los salarios en mercadería, robando un 300 por o/o. (Mercaderías de contrabando en el Alto Paraná). No son estos negocios los de menor importancia a los ojos de la Industrial, que lanzó de sus casas a los vecinos de Tacuru-pucú para vender caña ella sola. Ahora la destila, la vende a 10 pesos el litro, y la revende al peonaje por medio de rameras que cobran 3 pesos la pulgada de alcohol. El obrero saca a crédito una camisa, la empeña y se la bebe, a cambio de unos minutos de olvido. ¡La Industrial ocupa todos los mostradores!

Hay más. La Industrial usa de dos arrobas diferentes, una de 11 kilos y medio para el peón, y otra de 10 kilos para ella. Si el minero trae al *barbacuá* 8 arrobas y 19 libras, no se le pagan las libras, y ¡ay de él si no trae las 8 arrobas!

Conocéis al patrón negrero, al patrón torturador, al patrón asesino. Este es el patrón ratero. Aquí es donde revela el fondo de su alma.

Admitimos, pues, como precio de costo de la arroba 2 pesos.

La Empresa vende a 30.

Entre la cifra 2 y la cifra 30, introducid la cuña feroz de los habilitados sucesivos, y amartillad la máquina! Debajo está el peón.

El último habilitado compra por 2 y vende por 4, el siguiente compra por 4 y vende por 7... La Empresa compra por 7 y vende por 300. Así se reparte el botín de la esclavitud. No extrañemos, pues, que los habilitados se enriquezcan y que la Industrial recoja 5 millones anualmente y extraiga hasta un 44 por 100 de utilidad.

Los directores de la Industrial son profundos financieros. Han saqueado la tierra y han exterminado la raza.

No han construido un camino.

¿Para qué? ¡44 por 100 de utilidad! Todo está dicho.

Yo acuso de expoliadores, atormentadores de esclavos, y homicidas a los administradores de la Industrial Paraguaya y de las demás empresas yerbateras. Yo maldigo su dinero manchado de sangre.

Y yo les anuncio que no deshonrarán mucho tiempo más este desgraciado país.





E. DE LA BOETIE

## LA ESCLAVITUD VOLUNTARIA

II

Hay tres clases de tiranos (hablo de los malos príncipes): unos, tienen el reino por elección del pueblo; otros, por la fuerza de las armas; y otros por herencia. Los que lo han adquirido por derecho de guerra se portan de tal modo, que bien se conoce, como suele decirse, que están en país conquistado. Los que nacen reyes, no son, generalmente, mejores; pues habiendo nacido y criándose en la sangre de la tiranía, maman con la leche la naturaleza de tirano, y tratan a los pueblos que están bajo ellos como siervos hereditarios; y según la complexión a que más se inclinan, avaros o pródigos, disponen del reino como de su herencia. Aquél a quien el pueblo ha dado el Estado, debería ser, me parece, más soportable, y lo sería, si no fuese porque desde que se ve elevado sobre los demás, adulado por eso que se llama la grandeza, delibera no moverse; cuidándose únicamente de transmitir a sus hijos el poder que el pueblo le ha entregado: ahora bien; desde que conciben esta idea, es extraño ver cuántos sobrepujan en vicios y en crueldad a los demás tiranos; no ven otro medio de asegurar la nueva tiranía que extender la esclavitud y apartar a sus súbditos de la libertad, de tal modo, que lleguen a perder el recuerdo de ella. Así, para decir la verdad, sé que entre ellos hay alguna diferencia; pero de elección no veo ninguna, y siendo los medios de lograr el reinado distintos, la manera de reinar es casi siempre la misma: los elegidos, como si hubieran aprisionado toros para domarlos, como a tales los tratan; los conquistadores creen tener derecho a ellos como a su presa: los sucesores los creen sus naturales esclavos.

Si por casualidad naciesen hoy gentes nuevas, no acostumbradas a la esclavitud ni a la libertad, que no supiesen qué es la una ni la otra, ni sus nombres, y se les diese a elegir entre ser esclavo o vivir en libertad, ¿a qué se inclinarían? No habría dificultad en creer que prefiriesen obedecer a la razón en vez de servir a un solo hombre; a no ser que hicieran como los de Israel, que sin obligación ni necesidad alguna se dieron un tirano: pueblo cuya historia no leo jamás sin gran despecho y hasta casi haciéndome inhumano alegrándome de tanto mal como le aflige. Mas todos los hombres, en cuanto tienen algo de tales, antes de consentir en la esclavitud necesitan una de dos: o verse obligados o desalentados: obligados por las armas extranjeras, como Esparta y Atenas por las fuerzas de Alejandro, o por las facciones, que es como cayó Atenas en manos de Pisistrato: por engaño pierden, también, a menudo los pueblos su libertad y no con tanta frecuencia son engañados por otros como por sí mismos: así el pueblo de Siracusa, la principal ciudad de Sicilia (lla-

mada hoy Saragusa) viéndose apurada por las guerras, irreflexivamente y no considerando más que el peligro, elevó a Dionisio al primer puesto y le entregó la dirección del ejército, y no se dió cuenta de haberlo hecho tan grande sino cuando aquel buena pieza, al volver victorioso, no como si hubiese vencido a sus enemigos sino a sus ciudadanos, de cada pitán se hizo rey y de rey tirano.

Es increíble ver cómo el pueblo, desde que se halla sometido, cae de repente en tan profundo olvido de su libertad, que no es posible que se despierte para recuperarla, y sirve tan voluntariamente que se diría al verlo, no que ha perdido su libertad, sino la esclavitud. Bien es verdad que al principio se ve obligado, vencido por la fuerza; pero los que vienen después, no habiendo conocido la libertad, sirven sin pena y hacen de grado lo que sus antecesores hicieron por fuerza. Esto es porque los hombres nacen bajo el yugo, y después, alimentados y educados en la esclavitud, sin mirar más allá, contentándose con vivir como han nacido y no creyendo tener otro bien que el que han encontrado, toman por estado natural el de su nacimiento. Y, sin embargo, no hay heredo tan pródigo y descuidado que no pase alguna vez la vista sobre sus derechos, o le han quitado a él si goza de todos sus derechos, o le han quitado a él o a sus predecesores alguna cosa. Seguro que la cosa, o a sus predecesores gran poder sobre nosotros, tumbre, que en todo tiene gran virtud como en esto de enseñar nada tiene tan gran virtud como en esto de enseñar a servir y (como dicen que Mitridates se fiarnos a servir y (como dicen que Mitridates se acostumbró a beber veneno) para enseñarnos a trabajar y no encontrar amargo el tósigo de la esclavitud. No puede negarse que la Naturaleza tiene sobre nosotros bastante influencia para llevarnos a donde quiere, y hacernos bien o mal nacidos; pero hay que reconocer que tiene menos poder que la costumbre, por lo que lo natural, por óptimo que sea, se pierde si no se cuida y el alimento nos hace siempre a su modo, sea cualquiera, a pesar de la Naturaleza. Las simientes de bien que la Naturaleza pone en nosotros, son tan menudas y frágiles que no sufren el menor choque del alimento contrario, no se mantienen más fácilmente que se bastardean, se funden y paran en nada: ni más ni menos; y los frutales, todos, tienen algo característico, que conservan si se les deja fructificar; pero lo pierden en seguida, para dar frutos extraños y no los suyos, cuando se les injerta; las hierbas tienen, todas, su propiedad, su naturaleza y su singularidad; pero sin embargo, el hielo, el tiempo, el terreno o la mano del jardinero, añaden o disminuyen mucho a su virtud: la planta que se ha visto en un sitio, es imposible reconocerla en otro. ¿Quién, que haya visto a los venecianos, un puñado de gentes que viven en tanta libertad que el más malo de entre ellos no querría ser rey, y todos de tal modo nacidos y alimentados que no tienen otra ambición que la de mantener cuidadosamente su liber-

tad, de tal modo enseñados y hechos desde la cuna, que no tomarían todas las felicidades del mundo a cambio de la más insignificante pérdida de su libertad, quien, que haya visto, digo, a esos personajes, y de allí vaya a las tierras de ese que llamamos El Gran Señor, viendo en ellas gentes que no quieren haber nacido más que para servirle, y que por sostenerle pierden su vida, creería que aquéllos y éstos tuvieran la misma naturaleza, o más bien que saliendo de una ciudad de hombres entraba en un parque de bestias? Licurgo, el legislador de Esparta, después de alimentar a dos perros hermanos, criados con la misma leche, engordado uno en la cocina, acostumbrado el otro en los campos al sonido de la trompa y del cuerno, queriendo demostrar al pueblo lacedemonio que los hombres son como el alimento los hace, puso a los dos perros en pleno mercado, y entre ellos una sopa y una liebre: el uno corrió a la sopa y el otro a la liebre. "Empero, dijo, son hermanos". Pues aquél, con sus leyes y su policía, alimentó e hizo tanto bien a los lacedemonios, que cualquiera de ellos hubiera preferido mil muertes a reconocer otro señor que la ley y el rey.

Me place recordar un propósito que tuvieron los favoritos de Jerjes, Gray rey de Persia, referente a los espartanos. Cuando Jerjes hacía los preparativos de su gran ejército para conquistar a Grecia, envió embajadores a las ciudades griegas a pedir el agua y la tierra: era la manera que tenían los persas de amenazar a las ciudades. A Esparta y a Atenas no mandó, porque a aquellos que Darío, su padre, había enviado con semejante demanda, los espartanos y los atenienses los arrojaron a un foso a los unos y a un pozo a los otros, diciéndoles que cogiesen sin miedo agua y tierra para llevársela a su príncipe: aquellas gentes no podían sufrir, ni aun de palabra, que se tocara a su libertad. Por obrar así, los espartanos conocieron que habían incurrido en la cólera de los mismos dioses, especialmente de Taltibio, dios de los heraldos: se les ocurrió, pues, enviar a Jerjes, en desagravio, a dos de sus ciudadanos, para que se presentasen a él y se cobrase con ellos de los embajadores que habían matado a su padre. Dos espartanos, llamados Esparties el uno, Bulis el otro, se ofrecieron voluntariamente para ir a efectuar este pago. Fueron, y en el camino encontraron el palacio de un persa, Hydarnes, que era lugarteniente del rey en todas las ciudades de Asia que están a orillas del mar. Los recibió muy afectuosamente, y, después de varias preguntas, quiso saber por qué rechazaban la amistad del rey: "Creed — dijo, — espartanos, y conoced por mí, como el rey sabe honrar a los que le sirven, y que si fueseis de él os trataría lo mismo: si le pertenecieseis y él os conociera, no hay ninguno entre vosotros que no fuera señor de una ciudad de Grecia". "En esto, Hydarnes, tú no puedes darnos buen consejo — dijeron los lacedemonios —, porque el bien que nos prometes lo has probado, pero el que nosotros gozamos no sabes lo que es: has experimentado el favor del rey, pero no sabes nada del gusto que tiene y cuán dulce es la libertad. Ahora bien, si la hubieras probado por ti mismo, nos aconsejarías defenderla, no sólo con la lanza y el escudo, sino con los dientes y las uñas". Sólo el espartano estaba en lo justo; pero, ciertamente, uno y otro hababan como habían sido criados; porque no podía ser que el persa echase de menos la libertad sin haberla conocido, ni que el lacedemonio sufriese la opresión habiendo probado la independencia.

Catón de Utica, siendo niño y hallándose bajo la férula, iba y venía a menudo a casa de Silla el dic-

tador, tanto porque en razón a la casa y lugar a que pertenecía no le cerraban nunca las puertas, como porque eran próximos parientes. Le acompañaba siempre su maestro cuando iba allí, según costumbre en los hijos de buena familia. Notó que en casa de Silla, en su presencia y por orden suya, aprisionaban a unos, condenaban a otros, desterraban a éste, condenaban a aquél; quién pedía se confiscase a un ciudadano y quién la cabeza de otro: en suma, todo marchaba allí no como en casa de un juez, sino como en casa de un tirano del pueblo; no era un estrado de policía, sino un antro de tiranía. El noble niño dijo a su maestro: "¿Por qué no me daís un puñal y lo ocultaré bajo mi ropa: entro a menudo en el cuarto de Silla antes de que se levante y tengo el brazo bastante fuerte para librar de él a la ciudad". He aquí en verdad una frase propia de Catón, digno principio de este personaje y de su muerte.

No se diga su nombre ni su país, cuéntese sólo el hecho, y tal es su elocuencia, que se vendrá en conocimiento en seguida de que era romano, nacido en Roma, en la verdadera Roma, en la Roma libre.

Y todo esto ¿a propósito de qué? No es que yo estime o crea que el país y el terreno perfeccionen nada, porque en todas partes contraría la opresión y agrada ser libre; sino que opino que se debe tener piedad de los que al nacer se encuentran con el yugo al cuello y dispensarles y perdonarles si por no haber visto ni aun la sombra de la libertad ni estar advertidos de ella, no notan el mal que sufren como ser esclavos. En algunos países (como dice Homero en los Cimerianos) donde el sol se muestra de distinto modo que a nosotros y después de haberles iluminado seis meses seguidos los deja durmiendo en la oscuridad otro medio año, ¿se asombraría uno de que los nacidos en esta larga noche, sin haber visto el día, se acostumbren a las tinieblas y no desear la luz? No se echa de menos lo que no se ha tenido y el sentimiento viene sólo tras el placer; y sólo al conocimiento del bien acompaña el recuerdo de la dicha pasada. Lo natural en el hombre es ser libre y querer serlo; pero también su naturaleza es tal, que la violencia toma la dirección que la educación le indica.

Digamos, pues, que para el hombre, las cosas con que se cria le son familiares; pero sólo aquello a que su naturaleza pura le inclina le es agradable: así, la primera razón de la servidumbre voluntaria es la costumbre: como los demás bravos corceles al principio tascan el freno y después a él se acostumbran, los que antes se rebelaban contra la silla llevan ahora el arnés y muy orgullosos se engallan bajo la albarda. Dicen que han estado siempre sujetos, que sus padres han vivido así; creen que tienen que sufrir el freno y aun se lo ponen más grande y hasta fundan en su tamaño el poderío de quien los tiraniza; pero los años no dan nunca el derecho de hacer mal ni de agrandar la injuria. Siempre hay algunos mejor nacidos que otros, que sienten el peso del yugo y no pueden menos de romperlo; que no se acostumbran a la sumisión, y siempre, como Ulises por mares y tierra quería ver el humo de su casa, no pueden menos de pensar en sus privilegios naturales y acordarse de sus predecesores y de su primitivo ser: esos son los que teniendo el entendimiento neto y el espíritu clarividente, no se contentan como el populacho con mirar a los que se hallan a sus pies; sino que miran atrás y adelante y recuerdan las cosas pasadas para juzgar de las futuras y comparar las presentes: esos son los que teniendo por sí mismos la cabeza bien hecha, la han perfeccionado más por el estudio y el saber: a esos, cuando la libertad se







# Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

<b>MAX NETTLAU.</b>	
"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873	\$ 0.50
Edición especial, papel pluma	" 1.—
Encuadernado en tela	" 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	" 1.20
Edición especial, papel pluma	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 0.15
<b>RUDOLF ROCKER.</b>	
"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	" 1.50
"La maldición del practicismo"	" 0.10
<b>RUDENKO.</b>	
"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	" 0.15
<b>JAMES GUILLAUME.</b>	
"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	" 0.20
<b>MIGUEL BAKUNIN.</b>	
(Obras Completas)	
I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela	" 3.50
<b>ERRICO MALATESTA.</b>	
"Anarquía"	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri	" 0.30
"En Tiempo de Elecciones"	" 0.10
<b>PEDRO KROPOTKIN.</b>	
"Palabras de un Rebelde"	" 1.—
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno"	" 0.50
Encuadernado en tela	" 1.50
"A los jóvenes"	" 0.10
<b>LUIS FABBRI.</b>	
"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	" 0.50
Encuad. en tela	" 1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	" 0.20

<b>C. LOMBROSO y R. MELLA.</b>	
"Los anarquistas" (Estudio y réplica)	" 1.—
<b>NIDO, ROCKER y NEMO.</b>	
"Nacionalismo y anarquismo"	" 0.20
<b>SEBASTIAN FAURE.</b>	
"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Temas Subversivos"	" 1.50
También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:	
La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.	
<b>J. DEJACQUE.</b>	
"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	" 0.50
<b>WILLIAM MORRIS.</b>	
"Noticias de ninguna parte"	" 1.—
<b>NICOLAI GOGOL.</b>	
"Almas Muertas" (2 tomos)	" 2.—
<b>ELISEO RECLUS.</b>	
"A mi hermano el campesino"	" 0.10
"La anarquía y la iglesia"	" 0.10
<b>JUAN CRUSAO.</b>	
"Carta Gaucha". 7.ª edición	" 0.10
<b>D. A. DE SANTILLAN.</b>	
"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo	" 0.10
<b>AGUSTIN SOUCHY.</b>	
"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920)	" 0.30
<b>S. RADOWITZKY.</b>	
"La voz de mi conciencia"	" 0.10
<b>VARIOS.</b>	
"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.ª, encuadernado en tela	" 2.—
<b>ANSELMO LORENZO.</b>	
"El derecho a la evolución"	" 0.10
<b>ANA M. MOZZONI.</b>	
"A las hijas del pueblo"	" 0.10
<b>JOHANN MOST.</b>	
"La Peste Religiosa"	" 0.10

# LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII  
N.º 307

BUENOS AIRES, 17 DE JUNIO DE 1929

El ejemplar  
20 Centavos

PORTE PAGO



Este número contiene: "Entre Campesinos", por ERRICO MALATESTA—"Los anormales del carácter en las escuelas y en los reformatorios", por D. R. DE VERA—"La esclavitud voluntaria", por LA BOETIE



## La juventud de un viejo folleto

El pequeño folleto "Entre campesinos", por Errico Malatesta, es una de las obras maestras de la literatura anarquista. No podríamos hacer ya un resumen de las ediciones que ha tenido en todos los idiomas en el curso de casi medio siglo de circulación incesante. No podríamos siquiera hacer un resumen de las ediciones que vieron la luz solamente en la Argentina. Incluso nos costaría bastante trabajo dar el detalle de las veces que "Entre campesinos" ha sido reimpreso por LA PROTESTA. Lo que sí decimos es que raramente se han hecho en nuestra editorial ediciones tan numerosas y tirajes tan grandes como el del célebre folleto. Desde hace un par de años tenemos agotada una quinta edición (lo que no quiere decir que sea esa realmente la quinta) y los pedidos de los compañeros de todo el país no cesan. Haremos en breve, pues, un nuevo tiraje, para poder satisfacer la continua demanda; sin embargo, hemos querido reproducir esas páginas preciosas en esta revista, porque tienen el sabor de un trabajo concienzudo y modelo de sencillez hecho ayer mismo.

Nos ha incitado otra razón más a reimprimir en esta revista el famoso folleto de Malatesta: pensamos que los militantes, los anarquistas que tanto interés tienen en divulgarlo, lo leen menos de lo que debieran hacerlo. Ningún compañero, por familiarizado que esté con las ideas, perdería completamente el tiempo releendo "Entre campesinos"; al contrario, sacaría siempre alguna sugestión y algún estímulo nuevo.

En líneas generales, en menos páginas no se podría responder a tantos interrogantes, y sobre todo no se podría responder de modo más convincente y persuasivo.

Por otra parte, aspiramos a convertir esta revista en el archivo más completo de la literatura libertaria, antigua y moderna. Por eso creemos que las reproducciones de nuestras obras famosas ocupan dignamente el puesto, y con muchísimas ventajas, de lo que podrían seguir argumentando hoy en favor de nuestras ideas. No desconocemos la infinidad de aplicaciones que puede tener la anarquía en la vida total de los individuos y de los pueblos, pero la unión de las nuevas inquietudes y necesidades con los productos intelectuales clásicos del anarquismo nos parece la mejor garantía de vitalidad y de apego a las afirmaciones básicas de la doctrina de la libertad. Nos esforzamos según nuestras fuerzas modestas por dar a la anarquía su máxima eficiencia, pero no queremos abandonar la brújula del ideal. Con eso manifestamos nuestra voluntad de progreso revolucionario, teórico y práctico, pero no al margen, no fuera, sino dentro del anarquismo.

Preparamos números sucesivos del Suplemento sobre temas diversos, reproducciones íntegras de libros que no están al alcance, por el idioma o por el precio, de todos los lectores, estudios completos sobre asuntos diversos y confiamos que ese material de estudio que ofrecemos a los anarquistas y a los simpatizantes será leído con el interés que merece.

Pero insistimos como siempre en la necesidad de que se nos ayude buscando nuevos suscriptores, nuevos lectores y proporcionando a la revista una mayor difusión. Sólo así estaremos en condiciones de cumplir nuestro cometido.

ERRICO MALATESTA

## ENTRE CAMPESINOS

(Edición revisada por el autor)

*Pepe.* — ¡Hola! ¿Tú por aquí? hace mucho que habría querido hablarte y estoy contento por haberte encontrado... Jorge ¡cuánto me das que pensar! Cuando estabas en el pueblo eras un buen muchacho, el mejor de los jóvenes de tu edad. ¡Oh, si viese tu padre!

*Jorge.* — Pepe, ¿por qué me hablas así? ¿Qué es lo que he hecho para merecer esos reproches? ¿Y por qué habría debido estar mi padre descontento de mí?

*Pepe.* — No te ofendas de mis palabras, Jorge, soy viejo y hablo por tu bien. Y además era tan amigo del viejo Andrés, que al verte por un mal camino me desagrada como si fueses mi hijo, tanto más cuanto que pienso en las esperanzas que tu padre ponía en tí, y en los sacrificios que ha hecho para dejarte un nombre sin mancha.

*Jorge.* — ¿Pero qué es lo que dices, Pepe? ¿No soy quizá un trabajador honesto? No he hecho nunca mal a nadie, al contrario, y disculpa que lo diga, he hecho siempre el poco bien que he podido; ¿por qué habría de avergonzarse mi padre de mí? Hago todo lo posible por instruirme y mejorarme; trato, con mis compañeros, de remediar los males que me afligen a mí, que te afligen a tí y que afligen a todos: por tanto, querido Pepe ¿en qué he merecido esos reproches?

*Pepe.* — ¡Ah!, ¡ah! así te quería. Sé bien que trabajas, que ayudas al prójimo, que eres un muchacho honrado; lo dicen todos en el pueblo. Pero mientras tanto has estado preso más de una vez; dicen que los gendarmes te vigilan, y que solamente por estar contigo en la calle, se pasan malos ratos... Quién sabe si yo mismo no me comprometeré ahora... pero te quiero mucho y te hablo a pesar de todo. Vamos, Jorge, escucha el consejo de un viejo: deja que hagan política los señores, ya que ellos no tienen nada que hacer; piensa en trabajar y en hacer el bien. Así vivirás tranquilo y en gracia con Dios; de lo contrario perderás el alma y el cuerpo. Oyeme, deja a los malos compañeros, porque, como se sabe, son ellos los que desvían a los pobres muchachos.

*Jorge.* — Pepe, créeme, mis compañeros son todos jóvenes de bien; el pan que llevan a la boca les cuesta lágrimas y sudor. Deja que los patronos hablen mal de ellos, pues quisieran chuparnos hasta la última gota de sangre, y luego dicen que somos una canalla si nos permitimos aunque no sea más que murmurar, y gente de presidio si procuramos

mejorar nuestra posición y sustraernos a su tiranía. Yo y mis compañeros hemos estado en la cárcel, es verdad, pero hemos estado allí por la causa justa: volveremos todavía y quizá nos ocurra algo peor, pero será por el bien de todos, será por destruir tantas injusticias y tanta miseria. Y vosotros, que habéis trabajado toda la vida y habéis sufrido también el hambre, y que cuando no podáis trabajar más tal vez tendréis que ir a morir a un hospital, no deberíais uniros con los señores y con el gobierno para caer contra quien trata de mejorar la condición de la gente pobre.

*Pepe.* — Hijo mío, sé bien que el mundo va mal; pero querer arreglarlo es como querer enderezar las patas a los perros. Tomémoslo como viene y roguemos a dios que no nos falte por lo menos el puchero. Siempre hubo ricos y pobres y nosotros, que hemos nacido para trabajar, debemos trabajar y contentarnos con lo que dios nos manda; si no perdemos la paz y la honra.

*Jorge.* — ¡Vuelta con la honra! Los señores que nos lo han quitado todo, después que nos han obligado a trabajar como bestias para ganar un pedazo de pan, mientras ellos con nuestros sudores viven sin hacer nada bueno, en las riquezas y en la crápula, dicen luego que nosotros, para ser hombres honrados, debemos soportar voluntariamente nuestra posición y verlos engordar a nuestras espaldas sin quejarnos siquiera. Si en cambio nos recordamos de que también nosotros somos seres humanos, y que el que trabaja tiene derecho a comer, entonces somos malos; los gendarmes nos llevan a la cárcel y los curas por añadidura nos mandan al infierno.

Escúchame, Pepe, tú que eres un trabajador y no has chupado nunca la sangre del semejante. Los verdaderos bandidos, las gentes sin honor son los que viven de prepotencia, los que se han apoderado de todo lo que hay bajo el sol y los que a fuerza de padecimientos han reducido al pueblo a la situación de un rebaño de ovejas que se deja esquilarse y matar tranquilamente. ¿Y vosotros os ponéis con los amos para caer contra nosotros? No basta que tengan de su parte el gobierno, el cual, estando formado por señores y para los señores, no puede menos de apoyarlos; es preciso por tanto que nuestros mismos hermanos, los trabajadores, los pobres, se pongan en contra nuestra porque queremos que tengan pan y libertad.

¡Oh! si la miseria, la ignorancia forzosa, el hábito



contraído en siglos de esclavitud, no explicasen este hecho doloroso, diría que no tienen honor y dignidad aquellos pobres que apuntalan a los opresores de la humanidad, y no nosotros, que ponemos en peligro este mísero pedazo de pan y este fragmento de libertad, para llegar al punto en que todos estemos bien.

Pepe. — Sí, sí, todo eso está bien; pero sin el temor de dios no se hace nada bueno; he oído hablar a aquél santo varón que es nuestro párroco, el cual dice que tú y tus compañeros sois una banda de excomulgados; he oído decir al señor Antonio, que ha estudiado y lee siempre los periódicos, que sois o bien locos o bien bandidos, que quisierais comer y beber sin hacer nada, y que en lugar de hacer el bien de los trabajadores, impedís a los amos arreglar las cosas lo mejor que se puede.

Jorge. — Pepe, si queremos razonar, dejemos en paz a dios y a los santos; porque, como ves, el nombre de dios sirve de pretexto y medio para todos los que quieren engañar y oprimir a sus semejantes. Los reyes dicen que dios les ha dado el derecho a reinar, y cuando dos reyes se disputan un país, los dos pretenden ser enviados de dios. Luego dios da siempre la razón al que tiene más soldados y mejores armas. El propietario, el usurero, el especulador, todos hablan de dios; y representantes de dios se dicen el sacerdote católico, el protestante, el hebreo, el turco, y en nombre de dios se hacen la guerra, y tratan cada cual de llevar el agua para su molino. Del pobre no se encarga nadie. Al oírlos parece que dios se lo ha dado todo a ellos, y que a nosotros nos habría condenado a la miseria y al trabajo. El paraíso es para ellos en este mundo y en el otro; para nosotros existe el infierno en esta tierra, y el paraíso solamente en el mundo del más allá si hemos sido esclavos sumisos... y si queda puesto.

Oye, Pepe: en asuntos de conciencia yo no quiero entrar y cada cual es libre de pensar lo que quiera. Por mi cuenta, no creo en dios ni en las historias que nos cuentan los curas, porque quien las cuenta tiene un interés un poco excesivo en ellas; y porque existen muchas religiones cuyos sacerdotes pretenden ser los que dicen la verdad, no dando pruebas. También yo podría inventar un mundo de fábulas y decir que el que no me crea y no me obedezca será condenado al fuego eterno. Me trataréis de impostor; pero si tomase a un niño y le dijese siempre lo mismo sin que nadie le dijese nunca lo contrario, al llegar a grande creería en mí, lo mismo que vosotros creéis en el párroco.

Pero en resumen, eres libre de creer lo que te parezca, pero no vengas a contarme que dios quiere que trabajes y sufras hambre, que tus hijos crezcan débiles y enfermizos por falta de pan y cuidados, y que tus hijas deban estar expuestas a convertirse un día en queridas del perfumado patroncito, porque entonces diré que ese dios es un asesino.

Si dios existe, no ha dicho a nadie lo que quiere. Pensemos por consiguiente en hacer en este mundo el bien nuestro y el de los demás; si hubiese un dios en el otro mundo y fuese justo, nos encontraremos siempre mejor si hemos combatido por hacer el bien,

que si hemos hecho sufrir o hemos permitido que otros hiciesen sufrir a los hombres, los cuales, según el párroco, son todos criaturas de dios y hermanos nuestros.

Y por otra parte, créeme: hoy que eres pobre, dios te condena a las privaciones; si mañana consigues ras de un modo cualquiera, incluso con la acción más censurable, reunir mucho dinero, adquirirías de inmediato el derecho a no trabajar, a pasear en coche, a maltratar a los campesinos, a atentar contra el honor de las pobres muchachas... y dios dejaría hacer como deja hacer a tu amo.

Pepe. — ¡La Virgen! desde que aprendiste a leer y a escribir y te tratas con la gente de la ciudad has reunido tanta habilidad para hablar que enredarías a un abogado. Y si he de decirlo francamente, has dicho cosas que me han dejado una cierta comezón... ¡Imagínate! mi Rosina, que ha crecido, tiene un joven pretendiente que la quiere mucho; pero tú, joven pretendiente, somos gente pobre; habría necesidad de una cama, de un poco de ropa, y algún dinero para abrirle un bolichito, pues es cerrajero, y si pudiera librarse de estar bajo el patrón que le ha puesto a trabajar por una miseria, podría sacar adelante la familia que formará. El amo podría adelantarme algo, que yo le repondría poco a poco. Pues bien, ¿lo crees? cuando le hablé respondió, riendo a carcajadas, que esas son obras de caridad de que se ocupa su hijo; y el hijo del amo en efecto ha ido a vernos, ha visto a Rosina, le acarició las mejillas y dijo que justamente tenía listo un ajuar que había hecho para otra y que Rosina debía ir personalmente a recibirlo. Y en sus ojos brillaron ciertos deseos que casi me hacen cometer una barbaridad... ¡Oh!, si mi Rosina... pero dejemos estos pensamientos.

Soy viejo y sé que este es un mundo infame; pero esta no es una razón para hacer también de pillos. En pocas palabras: ¿es verdad o no que queréis quitar los bienes a quien los posee?

Jorge. — Bravo, así te quiero. Cuando querrás saber algo que interesa a los pobres, no lo preguntéis jamás a los amos, los cuales no os dirán nunca la verdad, porque nadie habla contra sí mismo. Y al queréis saber lo que quieren los anarquistas, preguntadme a mí y a mis compañeros, no al párroco, o al señor Antonio. Y cuando el cura habla de estas cosas, preguntadle por qué vosotros que trabajáis coméis un pobre puchero, cuando lo hay, y él, que pasa todo el día sin hacer nada, con un dedo dentro de un libro cerrado, come buenos manjares y caponea junto a su... sobrina; preguntadle por qué se la pasa siempre con los amos y sólo viene hacia vosotros cuando tiene que pedir algo; preguntadle por qué da razón siempre a los amos y a los gendarmes, y por qué, en lugar de quitar a los pobres el pan de la boca con el pretexto de rogar por las almas de los muertos, no se pone a trabajar para ayudar un poco a los vivos, en lugar de vivir a expensas de los demás. Y al señor Antonio, dado que es un joven robusto, que ha estudiado, y que pasa su tiempo jugando en el café y haciendo enredos en el municipio, decidle que antes de hablar de nosotros, se

ría bueno que dejase de hacer de vagabundo y que aprendiese un poco lo que es el trabajo y lo que es la miseria.

Pepe. — Sobre esto tienes todas las razones. Pero volvamos a nuestro pensamiento. ¿Es verdad o no que queréis apoderaros de los bienes ajenos?

Jorge. — No es verdad; nosotros no queremos quitar nada a nadie; pero queremos que el pueblo tome los bienes de los señores, los bienes a quien los tiene, para ponerlos en común para todos.

Al hacer esto el pueblo no quitaría nada a los demás, sino que entraría simplemente en posesión de lo que es suyo.

Pepe. — ¿Cómo es eso? ¿Es que son nuestros los bienes de los amos?

Jorge. — Ciertamente: son bienes nuestros, son bienes de todos. ¿Quién ha dado esas riquezas a los señores? ¿cómo han hecho para ganárselas? ¿qué derecho tenían a posesionarse de ellos y qué derecho tienen a conservarlas?

Pepe. — Se las han dejado sus antepasados.

Jorge. — ¿Y quién las dió a sus antepasados? ¡Cómo! algunos hombres más fuertes y más afortunados se posesionaron de todo lo que existe, obligaron a los otros a trabajar para ellos y, no contentos con vivir ellos en el ocio, oprimiendo y condenando al hambre a la gran masa de sus contemporáneos, dejaron a sus hijos y a los hijos de sus hijos las riquezas que habían usurpado, condenando a toda la humanidad futura a ser esclava de sus descendientes, los cuales, enflaquecidos por el ocio y por el hecho de poder hacer todo lo que quieren sin dar cuenta a nadie, si no lo tuviesen todo a mano, y quisieran ahora arrancárnoslo por la fuerza como hicieron sus padres, nos causarían verdaderamente piedad.

¿Y a tí te parece justo todo esto?

Pepe. — Si se tomaron los bienes por la fuerza, entonces no. Pero los señores dicen que sus riquezas son el fruto del trabajo, y no me parece que esté bien el quitar a uno lo que ha producido con sus esfuerzos.

Jorge. — ¡Eso es, siempre la misma historia! Los que no trabajan y no han trabajado nunca, hablan siempre en nombre del trabajo.

Ahora, cómo se produce y quien ha producido la tierra, los metales, el carbón, las piedras y otras cosas semejantes. Estas cosas, las haya hecho dios o existan por obra espontánea de la naturaleza, lo cierto es que todos, al venir al mundo, las hemos encontrado; por tanto deberían servir para todos. ¿Qué dirías si los amos se quisieran apoderar del aire para aprovecharlo ellos y darnos a nosotros sólo una pequeña parte y de la más maloliente, haciéndola pagar con sacrificios y sudores? La única diferencia entre la tierra y el aire es que han hallado para la tierra el modo de apoderarse de ella y dividirla entre ellos, y para el aire no; pues si encontrasen el medio, harían con el aire lo que han hecho con la tierra.

Pepe. — Es verdad; esta me parece una razón justa; la tierra y todo lo que no ha hecho nadie, deberían ser de todos... Pero no todas las cosas se han encontrado bellas y listas.

Jorge. — Ciertamente, hay muchísimas cosas que han sido producidas por el trabajo del hombre, la tierra misma no tendría sino poco valor de no haber sido desmontada y abonada por la obra humana. Y bien, esas cosas deberían por justicia pertenecer a quien las ha producido. ¿Por qué milagro se encuentran precisamente en manos de aquellos que no hacen nada y que no han hecho nunca nada?

Pepe. — Pero los amos dicen que sus antepasados han trabajado y ahorrado.

Jorge. — Y deberían decir, en cambio, que sus antepasados han hecho trabajar a los demás sin pagarles, lo mismo que se hace ahora. La historia nos enseña que las condiciones del trabajador han sido siempre miserables y que, lo mismo que ahora, el que ha trabajado sin explotar a otros, no sólo no ha podido hacer nunca economías, sino que no ha tenido siquiera bastante para aplacar el hambre.

Observa los ejemplos que tienes ante los ojos: todo lo que producen los trabajadores de mano en mano ¿no va quizá a manos de los patrones que se contentan con mirar?

Hoy uno compra por poco dinero una parcela inculta y pantanosa; pone allí hombres a quienes apenas da lo necesario para que no se mueran de hambre de golpe, y queda en el ocio de la ciudad. Después de algunos años aquel pedazo inútil de tierra se ha convertido en un jardín y vale cien veces más de lo que valía al comienzo. Los hijos del amo, que heredarán ese tesoro, dirán que disfrutaron por los sudores de su padre y los hijos de los que han trabajado y sufrido realmente continuarán trabajando y sufriendo. ¿Qué te parece?

Pepe. — Pero si verdaderamente, como tú dices, el mundo ha marchado siempre como ahora, no hace falta decirlo, a los amos no les correspondería absolutamente nada.

Jorge. — Pueb bien, quiero suponer todo a favor de los amos. Dejemos sentado que los propietarios fuesen todos hijos de gente que ha trabajado y ahorrado y los trabajadores hijos todos de hombres holgazanes y malgastadores. Ten presente que es un absurdo lo que digo, pero sin embargo, aunque las cosas estuviesen así ¿habría por eso tal vez mayor justicia en la actual organización social? Si tú trabajas y yo hago de vagabundo, es justo que sea castigado por mi holgazanería; pero no es justo por esto que mis hijos, que podrán ser buenos trabajadores, tengan que reventar de cansancio y morir de hambre para mantener a tus hijos en el ocio y en la abundancia.

Pepe. — Cosas son esas en las que no puedo menos que darte la razón; pero entre tanto los señores poseen los bienes, y al fin y al cabo debemos darles las gracias, porque sin ellos no se podría vivir.

Jorge. — Si; poseen los bienes porque los han obtenido con la violencia y los han aumentado apropiándose el fruto del trabajo de los demás. Pero del mismo modo que nos los han quitado, pueden dejarlos.

Hasta hoy en el mundo los hombres se han hecho la guerra unos a otros; han buscado el modo de quitarse el pan de la boca y cada uno ha hecho lo







porque éstas, si en manos de los amos son la miseria y esclavitud nuestra, en manos nuestras serían, al contrario, la riqueza y la libertad.

*Pepe.* — Pero para seguir adelante con este sistema se necesitaría que todos trabajáramos con buena voluntad, ¿no es verdad?

*Jorge.* — Ciertamente.

*Pepe.* — ¿Y si hay quien quiere vivir sin trabajar? El trabajo fatigoso es duro y no gusta ni siquiera a los perros.

*Jorge.* — Confundes la sociedad actual con la sociedad de después de la revolución. La fatiga, has dicho, no gusta siquiera a los perros; pero, ¿sabías estar el día entero sin hacer nada?

*Pepe.* — Yo no, porque estoy acostumbrado al esfuerzo, y cuando no tengo nada que hacer, me parece que las manos me sobran; pero hay tantos que se estarían todo el día en la taberna jugando a las cartas o en la plaza tomando el sol...

*Jorge.* — Hoy sí; pero después de la revolución no puede suceder, y te diré por qué. Hoy el trabajo es penoso, muy pagado y despreciado. Hoy quien trabaja debe matarse de fatiga, muere de hambre y es tratado como una bestia. Quien trabaja no tiene ninguna esperanza y sabe que irá a parar a un hospital, si no concluye en la cárcel; no puede ayudar a su familia, no goza nada en la vida y sufre continuos maltratos y humillaciones. El que no trabaja, por el contrario, goza de todas las comodidades posibles y es apreciado y estimado; todos los honores todas las diversiones son para él. Aun entre los mismos trabajadores, sucede que el que trabaja menos y hace las cosas menos penosas, gana mucho más y es mucho más apreciado. ¿Qué extraño es que la gente trabaje de mala gana y si puede no deje escapar la ocasión de no trabajar?

Si al contrario, el trabajo se efectuara en condiciones humanas, por un tiempo racionalmente corto, con ayuda de las máquinas, en condiciones higiénicas; si el trabajador supiese que trabajaba para el bienestar de todos, de su familia y de los demás hombres; si el trabajo fuese la condición indispensable para ser apreciado en la sociedad, y el ocio fuese señalado al público desprecio, como sucede hoy con los espías y encubridores, dime, ¿quién sería el que querría renunciar al placer de sentirse útil y amado, para vivir en la inercia, que además es tan dañosa a nuestro cuerpo y a nuestra moral?

Hoy mismo, salvo algunas raras excepciones, todos sienten una repugnancia tan invencible como instintiva por el oficio de espía. Y, sin embargo, haciendo estos degradantes oficios, se gana mucho más que cavando la tierra, se trabaja poco o nada y se es, más o menos indirectamente, protegido por la autoridad; pero son cargos infames, señales de una profunda abyección moral, y porque no producen sino dolores y males, casi todo el mundo prefiere la miseria antes que la infamia. Ciertamente que hay excepciones, hombres débiles y corrompidos que prefieren la infamia; sin embargo se trata de escoger entre la infamia y la miseria. ¿Pero quién sería el desgraciado que escogería una vida infame y dificultosa, cuando trabajando tuviese asegurado el bienestar y la es-

timación pública? Si este hecho se produjese, sería tan contrario a la índole normal del hombre, que debería considerarse y tratarse como un caso de locura cualquiera.

No lo dudes, no; la pública reprobación contra el ocio no faltaría ciertamente, porque el trabajo es la primera necesidad de una sociedad, y el ocioso no tan sólo haría daño a todos viviendo del producto de los demás, sin contribuir, sino que rompería la armonía de la nueva sociedad y sería el elemento de un partido de descontentos que desearía volver al punto de partida, al pasado. Las colectividades son como los individuos: aman y veneran todo lo que es útil, odian y desprecian lo que saben o creen que es dañoso. Pueden engañarse y aun se engañan a menudo; pero en el caso que citamos, el error no es posible, porque es demasiado evidente que quien no trabaja, come y bebe a costa de los demás, y, por consiguiente, perjudica a todos.

Haced la prueba uniéndolos en sociedad con otros para efectuar un trabajo en común y dividir el producto en partes iguales; tendríais consideraciones para con el débil o el incapaz, pero al que pudiendo no quisiera trabajar, le envolveríais en un desprecio y en una vida tan dura que, o bien os dejaría o le entrarían seguramente ganas de trabajar. Esto es lo que sucederá en la gran sociedad siempre que la ociosidad voluntaria de algunos pueda producir un daño sensible.

Además, al fin y al cabo, cuando no se lograra adelantar a causa de aquellos que no quieren trabajar, cosa que yo creo imposible, el remedio estaría pronto buscado; se expulsaría de la comunidad, y así, reducidos al solo derecho de poseer las primeras materias y los instrumentos de trabajo, estarían obligados a trabajar si quisieran vivir.

*Pepe.* — Estoy persuadido... pero dime, ¿todos tendrían que cavar la tierra?

*Jorge.* — ¿Y por qué? El hombre no tiene sólo necesidad de pan, vino y carne; necesita casas, vestidos, calles, libros, en suma, todo aquello que los trabajadores de cualquier ramo producen, y ninguno puede producir por sí solo todo lo que necesita. ¿Acaba para trabajar la tierra no se necesita el auxilio del herrero y el carpintero para hacer los utensilios y del minero para extraer el hierro de la mina, del albañil para construir las casas y los almacenes, y así todo lo demás? No se trata, pues, de cavar la tierra, sino de trabajar todos para producir cosas útiles.

La variedad de los oficios hará de modo que cada uno pueda escoger aquel que mejor se adapte a sus inclinaciones, y de esta manera, al menos en todo lo que sea posible, el trabajo no será para el hombre sino un ejercicio, una diversión ardientemente deseada.

*Pepe.* — ¿Cada uno, pues, será libre de escoger el oficio o trabajo que quiera?

*Jorge.* — Ciertamente; teniendo cuidado, no obstante, que los brazos no se acumulen en determinados oficios y escaseen en otros. Como se trabaja en interés de todos, hay que procurar el modo de producir todo aquello que se necesita, conciliando todo lo



posible el interés general con la predilección individual.

Verás como todo se arreglará, cuando no existan amos que nos hagan trabajar por un trozo de pan, sin tener que ocuparnos para qué sirve y a quien sirve nuestro trabajo.

*Pepe.* — Tú dices que todo se arreglará, y yo creo, al contrario, que nadie querrá trabajar en oficios penosos y que más bien querrán ser abogados y doc-

tores. Entonces, ¿quién irá a cavar? ¿quién querrá arriesgar la salud y la vida en el fondo de una mina? ¿quién querrá confundirse en los negros pozos y entre los estiércoles?

*Jorge.* — Referente a los abogados, pongámoslos aparte, porque son una gangrena semejante a la de los curas, que la revolución social hará desaparecer completamente. Hablemos de los trabajos útiles y no de aquellos que dañen al prójimo, porque sino resul-



taría un trabajador hasta el asesino que muchas veces tiene que soportar también grandes sufrimientos.

Hoy preferimos un oficio a otro, no porque éste esté más o menos adaptado a nuestras inclinaciones, sino porque nos es más fácil aprenderlo, porque él ganamos o esperamos ganar más dinero, porque con él esperamos encontrar con más facilidad trabajo, y, en segundo término, porque ciertos y determinados trabajos pueden ser más o menos penosos. Y, finalmente, la elección nos es impuesta desde que nacemos, por el acaso o por prejuicios sociales.

Por ejemplo, el oficio de campesino es hoy una de las ocupaciones a que ningún hijo de la ciudad quiere someterse, ni aun aquellos que más miseria sufren. Y, sin embargo, la agricultura no tiene nada de repugnante en sí ni la vida del campo carece de atractivos. Al contrario, si lees a los poetas encontrarás a todos entusiasmados con la vida campestre. El hecho verdadero estriba en que los poetas que escriben los libros no han cavado la tierra nunca, y aquellos que la trabajan verdaderamente se matan de fatiga, mueren de hambre, viven peor que las bestias y son considerados como gente de poco valor. de tal modo, que el último vagabundo de la ciudad se creará ofendido si le llaman campesino; ¿cómo quieres que la gente vaya a trabajar la tierra voluntariamente? Nosotros mismos, que en ella hemos nacido, la dejamos apenas tenemos la posibilidad, porque en cualquier cosa que trabajemos estamos mejor y más respetados; ¿pero quién de nosotros dejaría el campo si trabajase por su propia cuenta y encontrase en la labor campestre bienestar, libertad y respeto?

Esto es lo que sucede en todos los oficios, porque actualmente el mundo es así, que cuando un trabajo es más necesario, cuando es más penoso, resulta peor retribuido, despreciado y hecho en condiciones inhumanas. Por ejemplo, vete a un taller de joyería y encontrarás que, comparándolo con los inmundos talleres en que nosotros trabajamos, aquél local es aseado, aireado en verano, caliente en invierno, el trabajo diario no es enormemente largo y los obreros, por mal retribuidos que estén (pues el amo les quita la mayor parte del beneficio), relativamente a los demás obreros están discretamente bien; por la noche o en días de fiesta, después de quitarse los vestidos de trabajo, pueden ir a donde les dé la gana, sin peligro de que la gente los desprecie por su condición de trabajadores. Vete, al contrario, a una mina, y verás la pobre gente que trabaja debajo tierra, en atmósferas pestilentes y consume en pocos años su vida entera con un salario irrisorio, y si después, fuera del trabajo, el minero quisiera permitirse ir a donde concurren los señores, podría darse por afortunado si se saliera sólo con la burla. ¿De qué extrañarnos, pues, si uno escoge mejor el oficio de joyero que el de minero?

¿Y no quiero hablar siquiera de aquellos que no manejan otros utensilios que la pluma! Uno que tal vez no hace sino charadas y sonetos adocenados, gana diez veces más que un campesino y es apreciado más superiormente que cualquier honrado trabajador.

Los periodistas, por ejemplo, trabajan en salas elegantes; los zapateros en oscuros rincones; los inge-

nieros, los médicos, los artistas, los profesores, cuando tienen trabajo y saben bien su obligación, están como señores; los albañiles, enfermeros, artesanos, y podemos añadir, a decir verdad, hasta los médicos y podadores y los maestros elementales mueren de hambre, aun matándose trabajando. No pretendo decir, con esto que sólo sea útil el trabajo manual, porque, al contrario, el estudio da al hombre el modo de vencer a la naturaleza, de civilizarse y ganar cada vez más en libertad y bienestar; los médicos, ingenieros, químicos y maestros, son útiles y necesarios en la humana sociedad, tanto como los capesinos y demás obreros. Quiero decir solamente que todos los oficios deberían ser igualmente apreciados y efectuados de manera que el trabajador encuentre igual satisfacción al efectuarlos que en los trabajos intelectuales, los cuales, por sí solos, son ya un gran placer y dan al hombre una gran superioridad sobre quien trabaja manualmente y se queda ignorante, y quien debe ser accesible a todos, y no ser, como hoy, privilegio de unos pocos.

Pepe. — Pero, si como tú dices, el trabajar intelectualmente es ya un gran placer y da una gran ventaja sobre los ignorantes claro es que todos quieren estudiar, y yo el primero. Entonces los trabajos manuales ¿quién querrá hacerlos?

Jorge. — Todos, porque al mismo tiempo que cultivarán las letras y las ciencias deberán efectuar un trabajo manual; todos deberán trabajar con el cerebro y con los brazos. Estas dos especies de trabajo, por lejos de perjudicarse, se ayudan y completan, porque el hombre, para estar bien, tiene necesidad de ejercitar todos sus órganos, el cerebro y los músculos. Quien posee la inteligencia desarrollada y está habituado a pensar, logra salir más airoso en el trabajo manual, y quien está en buena salud, como sucede cuando se ejercitan los brazos en condiciones higiénicas, poseerá también el cerebro más despejado y penetrante.

Además, como que las dos especies de trabajo son necesarias y una de ellas es más placentera que la otra y es el medio por el cual el hombre conquista conciencia y dignidad, no es justo que una parte de los hombres estén condenados al embrutecimiento del trabajo exclusivamente manual, para dejar a unos pocos el privilegio de la ciencia y, por consiguiente, del mando; por lo cual, repito, todos deben efectuar los trabajos manuales y los intelectuales.

Pepe. — Esto también lo comprendo; pero entre los trabajos manuales, siempre los habrá penosos y fáciles, agradables y repulsivos. ¿quién querrá, por ejemplo, ir a trabajar de minero y a vaciar las triturinas?

Jorge. — Su supueses, querido Pepe, cuántas invenciones y cuántos estudios se han hecho y se hacen aún, comprenderías fácilmente que cuando la organización del trabajo no dependiese de los que no trabajan y que, por consiguiente, sólo se cuidan de su utilidad propia, sin tener en cuenta para nada el bienestar del obrero, comprenderías, repito, que todos los oficios manuales se podrían efectuar de modo que no tuvieran nada de repugnante y malsanos o fatigosos, y se encontrarían fácilmente obreros que los preferirían. Y esto, en nuestros días. Figurate,

pues, lo que sucedería cuando, debiendo trabajar todos, los cuidados, el interés, y el estudio de todos fueran encaminados a procurar que el trabajo fuese menos penoso y más agradable.

Y aun cuando existieran ciertos trabajos que persistiesen en ser más penosos que otros, se buscaría el modo de compensar la diferencia con otras ventajas especiales; sin contar que, cuando se trabaja en común, para el común interés, nace siempre el espíritu de fraternidad y condescendencia, como en la familia, de modo que más bien que litigar para ahorrar esfuerzo, cada uno toma entonces para sí los trabajos más penosos.

Pepe. — Tienes razón; pero si esto no sucediera, ¿cómo se arreglaría?

Jorge. — Pues bien; si a pesar de todo lo dicho hubiese aún trabajos necesarios que nadie quisiera efectuar voluntariamente, entonces los efectuaremos todos, trabajando en ellos un determinado tiempo cada individuo, por ejemplo, un día cada mes o una semana al año. Siendo una cosa necesaria a todos, ten la seguridad de que se encontrará el modo de efectuarlo. ¿Acaso no somos soldados hoy por mandato de los demás, yendo a combatir a gente que no conocemos y que ningún mal nos ha hecho y aun contra nuestros propios hermanos y amigos? Me parece que más fácilmente trabajaremos gustosos cuando sepamos que es para utilidad de todos.

Pepe. — ¿Sabes que principias a convencerme? Pero hay algo aún que no me persuade, y es aquello de quitar los bienes a los señores... esto... ¿qué quieres que te diga!... ¿no podría evitarse?

Jorge. — ¿Cómo quieres hacerlo? Mientras las riquezas estén en sus manos, ellos serán los que mandarán y harán sus intereses sin preocuparse de nosotros, como lo han hecho desde que el mundo es mundo; ¿por qué diablos no te convence eso de quitar los bienes a los señores? ¿crees acaso que será una cosa injusta, una mala acción?

Pepe. — No; verdaderamente, después de lo que me has dicho, creo, al contrario, que sería una gran cosa, porque quitándoles los bienes no haríamos sino reintegrarnos la sangre que nos han chupado desde hace tanto tiempo. Además, que si los quitamos a ellos, no es para poseerlos sólo nosotros, sino para ponerlos en común y que todos vivan bien, ¿no es eso?

Jorge. — Ninguna duda queda; y si consideras bien la cosa, verás que hasta los mismos señores ganan en ello. Ciertamente que deberán concluir de mandar, de estar ociosos y de ser poderosos. Deberán trabajar; pero el trabajo, cuando fuese hecho con ayuda de las máquinas y con el interés del bienestar de los trabajadores, quedaría reducido a un útil y agradable ejercicio. ¿Acaso ahora no van a la caza los señores para hacer ejercicio? ¿no efectúan las carreras de caballos, la gimnasia y otras mil cosas que demuestran que el trabajo muscular es una necesidad y un placer para todos los hombres que están sanos y bien nutridos? Se trata, pues, de que hagamos en beneficio de la producción aquél trabajo que hacemos hoy por pura diversión. Y ¿cuántas ventajas no lograrían los señores del bienestar general y de la pro-

gresiva civilización! Observa, por ejemplo, en nuestro país: los pocos señores que en él hay, son ricos, viven como príncipes; pero, entre tanto, las calles son sucias, y malas, tanto para ellos como para nosotros; el aire pésimo que sale de nuestras casas y de los pantanos vecinos los enferma también a ellos; el cólera causado por la miseria de gente que vive lejos, muy lejos de aquí y se propaga por la nuestra les contagia a veces también a ellos; nuestra ignorancia hace que también ellos se embrutezcan. ¿Podrían, con todas sus riquezas particulares, sanear el país, construir los caminos e iluminar las calles? ¿cómo podrían evitar la adulteración de los artículos de consumo? ¿cómo podrían usufructuar todos los progresos de la ciencia y de la industria? Cosas todas que, cuando se hicieran con el concurso de todos, efectuaríanse fácilmente. Y su propia vanidad, ¿cómo puede ser satisfecha, cuando su sociedad se reduce a unos pocos?

Todo eso sin contar el peligro continuo de una bala de fusil que los hiera de improviso y el miedo a una revolución o a una desgracia que los reduzca a la miseria, exponiendo a sus familias al hambre, al delito, a la prostitución, como están expuestas las nuestras actualmente.

Esto significa que no solamente con quitarles sus riquezas les otorgamos sus derechos, sino que les ocasionamos un gran bien.

Verdad es que los señores no quieren ni querrán nunca comprenderlo, porque lo que quieren es mandar y creen que los pobres son de otra clase; pero ¿qué queréis que hagamos nosotros? Si no podemos entendernos con ellos por las buenas, tanto peor, lo comprenderán a las malas, inevitablemente.

Pepe. — Cosas verdaderas son esas, pero difíciles de efectuar. ¿No se podría buscar el medio de efectuarlas de acuerdo, poco a poco? Dejemos los bienes a quien los posea, pero a condición de que nos aumenten el sueldo y nos traten como hombres. Así, gradualmente, podríamos ahorrar algo, comprar un trozo de tierra, y después, cuando todos fuésemos propietarios, ponerlo todo en común y hacer como tú dices. Una vez oí a uno que me explicó algo por el estilo.

Jorge. — Escucha; para hacer de común acuerdo, hay solamente un medio: que los propietarios se pongan a renunciar a sus propiedades, porque es evidente que cuando uno da una cosa, no hay necesidad de quitársela. Pero en esto no hay que pensar; lo sabes mejor que yo.

Mientras exista la propiedad individual, o sea mientras la tierra y todo lo demás pertenezca a Pedro o a Pablo en lugar de pertenecer a todos, habrá siempre miseria. Incluso se puede decir que cuanto más se tire adelante, peor se estará. Con la propiedad individual cada uno trata de vender su mercancía lo más cara que pueda, y cada comprador por su parte trata de comprar al menor precio posible. ¿qué sucede entonces? Los propietarios, los fabricantes, los negociantes más ricos, dado que tienen medios para fabricar y comprar al por mayor, para proveerse de maquinaria, para aprovechar todas las condiciones favorables que surgen en el mercado, y para esperar el momento oportuno para la venta, o hasta para ven-







los métodos rápidos de producción. Así tendremos a unos cuantos señores dueños del mundo: pocos trabajadores ocupados al servicio de las máquinas y bajadores ocupados que servirán para defender a los criados y soldados que servirán para defender a los señores. La masa general, o morirá de hambre o vivirá de limosna. Principiase a tocar este resultado: la pequeña propiedad desaparece, los obreros sin trabajo aumentan, y los señores, por miedo o por piedad hacia toda esta gente que muere de hambre, organizan las cocinas económicas y otras obras llamadas de beneficencia.

Si el pueblo no quiere verse reducido a mendigar un plato de sopa a las puertas de los señores o del municipio, como sucedía antes a las puertas de los conventos, no tiene sino un solo medio: tomar posesión de la tierra y las máquinas y trabajar por su cuenta (1).

Pepe. — ¿Pero si el gobierno hiciese buenas leyes, que obligaran a los señores a no hacer sufrir a la pobre gente?

Jorge. — Estamos donde estábamos. El gobierno está compuesto de señores, y no hay que dudar, éstos no querrán nunca hacer leyes contra ellos. Y cuando llegase el día que gobernasen los pobres, ¿por qué hacer las cosas a medias y dejar en poder de los señores lo suficiente para que después, poco a poco, nos pusiesen otra vez el pie al cuello? Porque, y tú lo comprendes muy bien, allí donde hay ricos y pobres, éstos podrán gobernar un momento, mientras dure el motín, pero después son siempre los señores los que concluyen mandando. Por eso, si logramos por un momento ser los más fuerte, quitemos en seguida los bienes a los ricos, y así éstos no tendrán ya los medios de hacer volver las cosas al estado de antes.

Pepe. — He comprendido. Es preciso hacer una buena república. Todos iguales, y después, quien trabaje que coma, y quien no, que se rasque la barriga... lo que siento es que ya soy viejo. Felices vosotros, los jóvenes, que alcanzaréis esos buenos tiempos.

Jorge. — Poco a poco, amigo. Por república entiendo revolución social, y así, para quien sabe comprender tu pensamiento, tienes perfecta razón. Pero te expresas muy mal, porque república no significa, ni

(1) Este trabajo fué escrito en 1883, cuando todavía no era discutida entre los socialistas la teoría de Marx de la concentración de la riqueza en un número cada vez más reducido de personas.

Estudios posteriores, corroborados por nuevos hechos, han mostrado que hay otras tendencias que contrarrestan la tendencia a la concentración del capital, y que en la realidad el número de los propietarios tanto disminuye como aumenta, y la condición de los trabajadores empeora o mejora, por la acción de mil factores que cambian continuamente y reaccionan de modo diverso los unos sobre los otros.

Pero estas nuevas constataciones, lejos de debilitar la necesidad de una transformación radical del régimen social, demuestran que sería vano esperar que la sociedad burguesa muera por sí misma por la agravación progresiva de los males que produce, y que si los trabajadores quieren emanciparse e instaurar una sociedad de bienestar y de libertad para todos, deben expropiar, revolucionariamente, a los explotadores del trabajo ajeno, sean pocos o muchos. (Nota del autor, 1913).

con mucho, lo que tú comprendes por tal. Reten en la memoria que la república es un gobierno tal como el que actualmente gobierna, solamente que, en lugar de un rey, hay un presidente, o ni siquiera el presidente, y gobiernan entonces los ministros. Suprimido el rey, el gobierno se llama siempre república, aunque hubiese la inquisición, los tormentos, la esclavitud. Si quieres la república tal como quieren hacerla en Italia, a la supresión del rey debes añadir el siguiente cambio: en lugar de dos cámaras, habrá una sola, la de diputados.

Y nada más, porque todo lo demás, como, por ejemplo, aquello de no haber más soldados, de pocas contribuciones, de tener muchas escuelas, de proteger a los pobres, son promesas que serán mantenidas... si los señores diputados quieren. Tocante a promover, no hay necesidad de que sean republicanos, porque actualmente, cuando los candidatos tienen necesidad de ser elegidos, prometen el oro y el moro, y después, una vez elegidos, si te he visto no me acuerdo.

Además, que todo son charlatanías; mientras existan ricos y pobres, mandarán siempre los ricos. República o monarquía, los hechos que derivan de la propiedad individual son siempre los mismos. La competencia regula todas las relaciones comerciales; la propiedad se concentra así en pocas manos; las máquinas reemplazan a los trabajadores, y las masas del pueblo estarán reducidas, como ya he dicho, a morir de hambre o a vivir de limosna.

Además, ya se ve. República ha habido, y hay aún algunas y nunca han traído una mejora de las condiciones del pueblo.

Pepe. — ¡Toma, que escucho! ¡Y yo que creía que república significaba que todos debíamos ser iguales!

Jorge. — Los republicanos así lo dicen, apoyándose en el siguiente raciocinio: En república, dicen, los diputados que hacen las leyes son elegidos por todo el pueblo; por eso cuando el pueblo no está contento manda a otros que sean mejores, y todo se arregla; como que los pobres son la mayoría, en el fondo ellos son los que mandan. Pero lo cierto, lo real, es diferente. Los pobres, y precisamente porque son pobres, son también ignorantes y supersticiosos, votan tal como quieren los curas y los amos, y votarán siempre igual, hasta que conquisten la independencia económica y la conciencia clara de sus intereses.

Tú y yo, si hemos tenido la inmensa fortuna de ganar algo más o de podernos instruir mejor, podemos tener la capacidad necesaria para comprender nuestro interés y la fuerza de afrontar la venganza de los amos; pero la gran masa, mientras duren las condiciones presentes, no; y frente a la urna no es como en una revolución, que un hombre valeroso e inteligente vale por cien tímidos y arrastra tras sí a muchos que por sí propios no hubieran tenido jamás la energía de rebelarse. Frente a la urna, lo que vale es el número, y mientras existan curas, amos y gobiernos, el número será siempre del cura, que dispone del infierno y del paraíso; del amo, que da o quita el pan a quien quiere, y del gobierno, que tiene los policías para intimidar y los empleos para corromper.

Aun hoy, en substancia, la mayor parte de los electores son pobres y, sin embargo, ¿qué hacen cuando van a votar? ¿acaso nombran a pobres que conozcan y quieran defender sus intereses?

Pepe. — Esto ya se sabe; preguntan al amo a quien han de votar y hacen lo que él quiere. Además, que si no lo hicieran así, el amo los despediría.

Jorge. — Pues ya lo ves. ¿Qué quieres esperar, pues del sufragio universal? El pueblo mandará al Parlamento a los señores, y éstos sabrán arreglarse de modo que puedan tener al pueblo, siempre ignorante y esclavo, como en la actualidad, y cuando viesen que con la República no podían lograrlo, tienen en sus manos medios suficientes para echarlo todo a rodar.

Por eso no hay más que un medio: expropiar a los señores y entregarlo todo al pueblo. Cuando el pueblo vea que todo es suyo y que es cuestión suya saber se arreglar para poder estar bien, entonces sabrá gozar de las riquezas y hasta sabrá guardárselas.

Pepe. — ¡Ya lo creo! Pero los campesinos no comprenden la república tal como tú dices que es. Al contrario, ahora comprendo que aquello que nosotros llamamos república es lo mismo que vosotros llamáis socialismo. ¿Pero no podría marchar adelante con el nombre de la república? ¿Qué nos importa el nombre! Lo esencial es que se hagan las cosas como se requiere.

Jorge. — Lo que dices es justo; pero hay en ello un peligro grande. Si el pueblo continúa creyendo que la república es un bien para él, cuando llegue un día en que ya no pueda más y haga la revolución, los republicanos lo contentarán en seguida, diciéndole que ya puede marcharse tranquilo a su casa y pensar en nombrar diputados, porque luego quedará todo arreglado.

El pueblo, crédulo como siempre, dejará el fusil y se desahogará en cantos, músicas y alegrías. Entre tanto, los señores todos se harán republicanos, rivalizarán en ser todo corazón para el pueblo, repartirán algún dinero, un poco de vino y muchas fiestas, pagarán algo mejor a los trabajadores y se harán nombrar diputados para alcanzar el poder. Después, poco a poco, dejarán calmar la tempestad y prepararán las fuerzas para refrenar al pueblo, el cual, un día se acordará que ha vertido su sangre por otros y que continúa peor que antes.

Como sucede muy pocas veces que el pueblo se rebela y salga vencedor, necesita que se aproveche de la primera ocasión y aplique en seguida el socialismo, no escuchando promesas, tomando directamente posesión de las riquezas, ocupando las casas, las tierras y los talleres. Al que le hable de república deberá considerársele y tratársele como a un enemigo, o si no, sucederá otra vez como en el 59 y el 60.

Las palabras parece que tienen poco valor, pero precisamente con las palabras ha sido como se ha burlado y engañado al pueblo.

Pepe. — Tienes razón; hemos sido tantas veces sacrificados, que necesitamos ahora abrir mucho los ojos.

Pero un gobierno siempre es necesario que lo haya. Si no hay alguno que mande, ¿cómo irían las cosas?

Jorge. — ¿Y por qué han de mandarnos? ¿por qué

no podremos arreglarnos según nuestros intereses?

Quien manda, procura siempre su comodidad e interés, y siempre, sea por ignorancia o por maldad, traiciona al pueblo. El poder pervierte siempre hasta a los más buenos. Además, se necesita, y esta es la razón principal por la que no queremos que nos manden, se necesita, repito, que los hombres cesen de ser un rebaño de ovejas, y se habitúen a pensar y sentir por medio de su dignidad y de su fuerza. El mando de unos, educa a los demás en la obediencia, y aunque tuviésemos un gobierno bueno este sería más corruptor, más perjudicial que un gobierno malo; durante su dominio, o el de sus inmediatos sucesores, sería más fácil que nunca un golpe de Estado que destruiría las mejoras conquistadas, restableciendo otra vez los privilegios y la tiranía. Para educar al pueblo en la libertad y en el uso de sus intereses, es preciso dejarlo que obre por sí mismo, hacerse sentir la responsabilidad de sus actos, tanto en el bien como en el mal que de ellos derivar puede. Obrará mal algunas y aun muchas veces; pero por las consecuencias que sufrirá, comprenderá que ha obrado mal, y buscará nuevos caminos para evitarlo, sin contar que el mal que pueda hacer un pueblo abandonado a sí mismo, no es ni la milésima parte del que hace el más benigno de los gobiernos. Para que un niño aprenda a caminar, es preciso dejarlo que camine, y no espantarse de algunas caídas y tropezones que puede dar.

Pepe. — Sí; pero para que el niño ande, necesita cierta fuerza en las piernas, o si no tiene que continuar en brazos de la madre.

Jorge. — Es verdad; pero los gobiernos no se parecen en nada a una madre, y no son ellos los que mejoran y fortalecen al pueblo; antes al contrario, todos los progresos sociales se cumplen casi siempre a pesar de los gobiernos. Estos, todo lo más que hacen, es traducir en leyes aquello que pasa a ser necesidad y voluntad de la masa y lo adulteran después por espíritu de dominio o monopolio. Hay pueblos más o menos avanzados, pero en cualquier estado de civilización, aun en el salvajismo, el pueblo atendería a sus intereses mejor de lo que podría hacerlo cualquier gobierno nacido de su seno.

Tú supones, según estoy viendo, que el gobierno está compuesto de los más inteligentes y capaces, y esto no tiene nada de verdad, porque generalmente los gobernados están compuestos, directamente o por delegación, por los que tienen más dinero. Pero aunque fuese lo que supones ¿acaso la gente inteligente resulta serlo porque ocupe el poder? Aquellos que poseen más capacidad; dejándolos en medio del pueblo, la ejercitarán a beneficio del pueblo y bajo su estímulo; puestos en el gobierno, no sintiendo ya las necesidades del pueblo, forzados a ocuparse de los intereses creados por la política o sea de mantenerse en el poder, más bien que de los intereses y necesidades reales de la sociedad, corruptos por la falta de emulación y estímulo, distraídos del ramo de la actividad en que poseían una competencia real para dictar leyes sobre asuntos que ni siquiera conocían antes, concluirían, aun los más inteligentes y los mejores, por creerse de naturaleza superior, por cons-



tituirse en casta y ocuparse del pueblo sólo cuando se necesita esquilmarlo y tenerlo sujeto.

Sería, pues, mejor y más seguro que nosotros mismos pensáramos en nuestros intereses, principiando por lo que atañe a nuestra comunidad y a nuestros oficios los que conocemos mejor, y poniéndonos de acuerdo con los otros países y otros oficios, no solamente de Italia, sino de todo el mundo, por que los hombres son todos hermanos, y su interés estriba en querer y ayudarse unos a otros. ¿No te parece?

Pepe. — Me persuades. Pero y los vividores, los ladrones y los malvados, ¿qué se hará de ellos?

Jorge. — Primeramente te diré que cuando no exista ya más miseria e ignorancia, todos estos tam-poco existirán. Pero aunque existiese alguno, ¿hay por eso necesidad de tener un gobierno y policía? ¿Acaso no seremos buenos nosotros mismos para poner a raya al que no respeta a los demás? Lo que haremos no será suprimirlos, como sucede hoy con los reos y aun con los inocentes: pero los pondremos en condiciones de que no puedan dañar, y haremos lo posible para volverlos al buen camino.

Pepe. — Así, pues, cuando sea un hecho el socialismo, todos estarán contentos y felices, y no habrá ya más miseria, odios, celos, prostituciones, guerras e injusticias.

Jorge. — No sé hasta qué punto de felicidad podrá alcanzar la humanidad; pero estoy convencido que viviremos lo mejor posible, y que se buscará el modo de mejorar e ir progresando, y los mejoramientos no serán ya, como hoy en beneficio solamente de unos pocos y en daño de muchos, sino que serán en bien de todos.

Pepe. — ¡Ojalá! ¿pero cuándo sucederá esto? Yo soy ya viejo, y ahora que sé que el mundo no continuará como hoy, me disgustaría morir sin haber visto a lo menos un día de justicia.

Jorge. — ¿Cuándo será? No puedo decirlo. Dependiendo de nosotros; cuanto más trabajemos para abrir los ojos a los demás, más pronto vendrá.

Un buen trozo de camino ya está andado. Mientras poco años atrás sólo unos cuantos predicaban el socialismo y eran tratados de ignorantes, de locos o de charlatanes, hoy la idea es conocida de muchos, y los pobres que al principio sufrían pacientemente, o se rebelaban movidos por el hambre, pero sin conciencia de las causas y de los remedios de sus males, dejándose matar o matándose entre ellos, por cuenta de los señores, hoy en todo el mundo se agitan, se conciertan entre ellos, se rebelan con la idea de libertarse de los amos y de los gobiernos, y no cuentan ya sólo con sus propias fuerzas, comprendiendo al fin que todos los partidos en que se dividen los señores, son todos igualmente sus enemigos.

Activemos la propaganda ahora que el momento es propicio; unámonos todos los que comprendemos la cuestión; aticemos el fuego que arde en medio de la masa; aprovechémonos de todos los descontentos, de todos los movimientos, de todos los motines, demos un golpe vigoroso, sin miedo y pronto, muy pronto, el edificio burgués caerá en tierra y el reino de la libertad y del bienestar habrá principiado.

Pepe. — Está bien; pero procuremos no hacer las cosas sin contar con la huésped. Quitar la riqueza a los señores está pronto dicho; pero hay los soldados, la policía, la guardia civil, y ahora que en ellos pienso tengo miedo de sus grilletos y cárceles; sus cañones están contruñidos para esto; para defender a los señores y no para otra cosa.

Jorge. — Esto se sabe amigo Pepe, la policía y el ejército están ahí para enfrentar al pueblo y asegurar la tranquilidad de los señores; pero si ellos tienen los fusiles y los cañones, no quiere decir que nosotros tengamos que hacer la revolución con las manos vacías. Sabemos muy bien disparar los fusiles y con la astucia y con la audacia podemos proles y con la astucia y con la pólvora, la dinamita y curarnos los; hay además la pólvora, la dinamita y todas las materias explosivas, las materias incendiarias y demás útiles que, si en manos del gobierno sirven para tener sujeto al pueblo a la esclavitud, en manos del pueblo sirven para conquistar la libertad. Las barricadas, las minas, las bombas y los incendios son los medios con los cuales se resiste al ejército, y no nos haremos rogar mucho para servirnos de ellos. Ya se sabe que la revolución no se hace con agua bendita y letanías.

Por otra parte, considera que los pobres son la inmensa mayoría y que si llegan a comprender las ventajas del socialismo, no hay fuerza en el mundo que pueda obligarles a quedarse como hoy están. Considera que los pobres son los que trabajan y lo producen todo, y que si solo una parte importante de ellos suspendiese el trabajo, habría un desequilibrio tal, un tal pánico, que la revolución se impondría en seguida como una única solución posible. Considera también que los soldados en general son también pobres, obligados por la fuerza a hacer de espías y verdugos con sus propios hermanos, y que apenas hayan visto y comprendido de lo que se trata, simpatizarán, primero en secreto, abiertamente después, con el pueblo, y podrás persuadirte que la revolución no es tan difícil como puede parecer a primera vista.

Lo esencial es tener siempre presente la idea de que la revolución es necesaria, estar siempre dispuesto a hacerla, prepararse continuamente... y no dudes que la ocasión, espontánea o provocada, no dejará de presentarse.

Pepe. — Tú dices eso y yo creo que tienes razón. Pero los hay también que dicen que la revolución no sirve y que las cosas maduran por sí mismas. ¿Qué dices a ello?

Jorge. — Debes saber que desde que el socialismo se ha hecho poderoso y los "burgueses" o sean los señores, han principiado a tener miedo seriamente, están intentando todos los medios para cambiar la marcha de la tempestad y engañar al pueblo. Todos han dicho que eran socialistas, hasta los emperadores... y dejó a consideración qué clase de socialismo se habrá inventado. Del seno de nuestros propios compañeros han salido, desgraciadamente, traidores que, atraídos por la importancia que los burgueses les daban para atraérselos y por las ventajas que podían obtener, abandonando la causa revolucionaria, se han puesto a predicar las "vías legales", las elecciones, la alianza con los partidos que

dicen ser afines, y de esta manera hanse procurado un puesto en la burguesía y tratan de locos o peor a todos aquellos que queremos hacer la revolución. Muchos de ellos dicen que también quieren efectuar la revolución; pero entretanto... quieren que los nombren diputados.

Cuando alguno te diga que la revolución no es necesaria o te hable de nombrar diputados o concejales comunales, o de hacer causa común con una fracción cualquiera de la burguesía, si es un compañero tuyo, y que como tú trabaja, procura persuadirle de su error; pero si es un burgués o uno que quiere serlo, considéralo como un enemigo y continúa con la misma idea.

Basta; otra vez hablaremos más largamente de toda esta cuestión. Hasta la vista.

Pepe. — Hasta la vista, y estoy contento porque me has hecho comprender muchas cosas que, ahora que me las has explicado, me parece imposible que no se me hayan ocurrido antes. Hasta la vista.

Pepe. — Espera, ahora que estamos reunidos, para no separarnos con la boca seca, vamos a beber un vasito, y entretanto te preguntaré alguna otra cosa. Todo lo que me has dicho lo he comprendido... después recapacitaré en ello y procuraré persuadirme por mí mismo. Pero tú no me has dicho casi ninguna de aquellas palabras difíciles que oigo pronunciar siempre que se habla de estas cosas y que me enredan la cabeza porque no las comprendo. Por ejemplo, he oído decir que vosotros sois *comunistas, socialistas, internacionalistas, colectivistas, anarquistas* y qué sé yo. ¿Puede saberse qué significan precisamente estas palabras y qué es lo que sois verdaderamente?

Jorge. — ¡Ah! justo; has hecho bien en preguntarme esto, porque las palabras son necesarias para entenderse y distinguirse; pero cuando no se comprenden bien, son causa de confusiones.

Debes saber, pues, que los "socialistas" son aquellos que creen que la miseria es la causa primera de todos los males sociales, y que hasta que no se la haya hecho desaparecer, no habrá modo de destruir la ignorancia, la esclavitud, la desigualdad política, la prostitución y todos los demás males que mantienen al pueblo en tan terrible estado y que son, sin embargo, casi nada comparados con los sufrimientos que se derivan directamente de la miseria. Los "socialistas" creen que la miseria depende del hecho de que la tierra y todas las primeras materias, las máquinas y los instrumentos del trabajo pertenezcan a unos pocos individuos, los cuales disponen por esto de la vida y muerte de la clase trabajadora, y se encuentran en un continuo estado de lucha y competencia, no sólo contra los *proletarios*, que nada poseen, sino entre ellos mismos, para disputarse unos a otros la propiedad. Los "socialistas" creen que abolendo la propiedad individual, o sea la causa, se abolirá al propio tiempo la miseria, o sea el efecto. Y esta propiedad se puede y debe abolir, por que la producción y la distribución de las riquezas debe hacerse según el interés actual de los hombres, sin ninguna consideración a los llamados derechos

conquistados, o sean los privilegios que los señores actuales se abrogan con la excusa de que sus antepasados fueron más fuertes o más afortunados, y astutos, o sea más virtuosos o laboriosos que los demás.

Así, pues, se da el nombre de "socialistas" a todos aquellos que quieren que la riqueza social sirva a todos los hombres, y que quieren también que desaparezcan los propietarios y los proletarios, ricos o pobres, amos o subordinados.

Años atrás, esto era regla sabida; bastaba llamar se "socialista" para que uno fuera perseguido y odiado de los señores, los cuales hubieran preferido mejor un millón de asesinos que un solo socialista. Pero, como ya he dicho, cuando los señores y todos aquellos que quieren serlo, vieron que, a pesar de todas sus persecuciones y calumnias, el "socialismo" avanzaba y el pueblo principiaba a abrir los ojos, pensaron en que había necesidad de enredar la cuestión para mejor engañarlo; muchos de ellos principiaron por decir que también eran socialistas, por que ellos también querían el bien del pueblo y comprendían perfectamente la necesidad de destruir o disminuir la miseria. Primero dijeron que la cuestión social, o sea la cuestión de la miseria y males que de ella derivan, no existía; hoy que el socialismo los amedrenta, dicen que es socialista todo aquel que estudia dicha cuestión social, como podría llamarse médico al que estudiara una enfermedad, no con la intención de curarla, sino de alargarla todo lo posible.

Así, pues, hoy se encuentran personas que se llaman socialistas, entre los republicanos, realistas, magistrados, policías, en todas partes, y su socialismo consiste en entretener al pueblo o hacerse nombrar diputados prometiendo cosas que, aunque quisieran no podrían mantenerlas.

Hay ciertamente, entre estos falsos socialistas, algunos de buena fe, y que creen obrar bien; pero, ¿qué importa? Si uno, creyendo hacerlos bien, os mata a bastonazos, procuraríais seguramente quitarle el palo de las manos, y todas sus buenas intenciones servirían a lo sumo para evitar que le rompíais la cabeza, cuando se lo hubiérais quitado.

Por eso, cuando uno os dice que él es "socialista", preguntadle si quiere abolir la propiedad individual, o en una palabra, si quiere o no desposeer a los señores de todas sus riquezas para ponerlas en común. Si responde que sí, abrazadlo; si no, poneos en guardia, porque trataréis con un enemigo.

Pepe. — Así, pues, tú eres "socialista"; he comprendido. ¿Pero qué es lo que quiere decir *comunista* y *colectivista*?

Jorge. — Los *comunistas* y los *colectivistas* son todos *socialistas*; pero tienen ideas diversas respecto a lo que debe hacerse, después que la propiedad sea común: haz memoria, pues creo haber explicado algo de esto. Los *colectivistas* dicen que cada trabajador, o mejor dicho, cada asociación de trabajadores, debe poseer las primeras materias y los instrumentos para trabajar, y cada uno debe ser dueño del producto de su trabajo. Mientras que uno vive,



lo gasta o lo conserva, hace de él lo que quiere, menos hacerlo servir para hacer trabajar a los demás por su cuenta, y cuando muere, si ha ahorrado algo, vuelve a la comunidad. Sus hijos tienen, naturalmente, los medios para poder trabajar y gozar del fruto de su trabajo y dejarlo heredar sería un primer paso para volver a la desigualdad y al privilegio. En lo referente a la instrucción, al mantenimiento de los niños, de los viejos o inutilizados por el trabajo; de las calles, agua, iluminación e higiene pública, y para todas aquellas cosas que deben realizarse en beneficio de todos, cada asociación de trabajadores aportaría un tanto para compensar a los que desempeñan estos oficios.

Los *comunistas* van más lejos aun, diciendo: ya que para adelantar bien es necesario que los hombres se amen y se consideren como miembros de una sola familia; ya que la propiedad debe ser común, ya que el trabajo para ser muy productivo y servir de las máquinas, debe hacerse por grandes colectividades obreras; ya que, para aprovechar todas las variaciones del terreno y condiciones atmosféricas y hacer que cada lugar produzca lo que mejor a él se adapte, y para evitar, por otra parte, la competencia y los odios entre diferentes países y que la gente acuda a los puntos más ricos, es necesario establecer una solidaridad perfecta entre todos los hombres del mundo, como que, además, sería una cosa muy difícil distinguir en un producto la parte que a cada factor diverso pertenece, en lugar de confundirnos con lo que cada uno puede haber trabajado, trabajemos todos y pongámoslo todo en común.

Así, cada individuo dará a la sociedad todo aquello que sus fuerzas le permitan dar, mientras no existan productos suficientes para todos; y cada uno tomará todo aquello que necesite, limitándose, se entiende, en todas aquellas cosas en las cuales no se haya podido llegar a la abundancia.

Pepe. — Un momento. Antes debes explicarme qué significa la palabra *solidaridad*, porque has dicho que debe existir una *solidaridad* perfecta entre todos los hombres, y yo, a decirle verdad, no lo he comprendido.

Jorge. — Por ejemplo, en tu familia, todo aquello que ganas tú, tus hermanos, tu mujer, los hijos, lo ponéis en común. En común, os repartís la comida, y si no hay bastante para todos, todos juntos coméis menos. Ahora, si uno de vosotros tiene una fortuna o gana más dinero, es un bien para todos; si, al contrario, uno queda sin trabajo o se pone enfermo, es mal para todos, porque ciertamente, entre vosotros, aquel que no trabaja come igual que los demás, y aquel que está enfermo causa gastos mayores a veces. De esta manera sucede que en vuestra familia, en lugar de quitarnos unos a otros el pan de la boca procuráis ayudarnos, porque el bien de uno lo es de todos y el mal de otro también. De este modo se evitan los odios y la envidia y se desarrolla un efecto recíproco, que no existe nunca en aquella familia cuyo intereses están divididos.

Esto se llama *solidaridad*. Se trata, pues, de establecer entre todos los hombres las mismas relaciones

que existen en una familia, cuyos individuos se quieren de verdad.

Pepe. — He comprendido. Ahora, volviendo a la cuestión, dime si tú eres *comunista* o *colectivista*.

Jorge. — Soy *comunista* porque cuando se ha de ser amigos, vale más serlo por completo que amigos a medias. El *colectivismo* deja aún los gérmenes de la rivalidad y del odio. Pero aún hay más. Si cada uno pudiese vivir con lo que él mismo produce, el *colectivismo* sería siempre inferior al *comunismo*, porque tendería a mantener a los hombres aislados, por lo consiguiente, disminuiría sus fuerzas y sus afectos; pero a pesar de esto, podría marchar con él. Pero como, por ejemplo, el zapatero no puede co-mer zapatos, ni el fundidor hierro y el agricultor no puede fabricar por sí mismo todo aquello que necesita, y no puede siquiera cultivar la tierra sin los instrumentos, y así todo lo demás, habría necesidad de organizar el cambio entre los diversos productores, teniendo en cuenta para cada uno aquello que produce. Entonces sucedería necesariamente que el zapatero, por ejemplo, procuraría dar el mayor valor posible a sus zapatos, y pretendería por un par de ellos adquirir la mayor cantidad posible que quisiera de otros productos, y el agricultor por su parte procuraría darle la menor cantidad posible. ¿Quién sería capaz de arreglarlo? El *colectivismo* me parece que daría lugar a una cantidad de cuestiones y se prestaría siempre a muchos enredos que, a durar mucho, tal vez nos volverían al punto de partida.

El *comunismo*, por el contrario, no da lugar a ninguna dificultad; todos trabajan y todos disfrutan de todo. Basta sólo saber cuáles son las cosas que se necesitan para satisfacer a todos, y hacer de modo que todas estas cosas sean abundantemente producidas.

Pepe. — ¿En el *comunismo* no habría, pues, necesidad de moneda?

Jorge. — Ni de moneda ni de nada que la substituyese. Nada más que un registro de las cosas pedidas y de las producidas, para tener siempre la producción a la altura de las necesidades.

La sola dificultad sería si hubiese muchos que no quisieran trabajar; pero ya he dicho las razones por las cuales el trabajo, que hoy es una pena tan grave, se cambiaría en un placer, al mismo tiempo que en una obligación moral, que sólo un loco podría rechazar. También he dicho que lo peor que puede suceder si por efecto de la mala educación que hemos recibido o por alguna privación a la cual deberíamos sustraernos antes que la nueva sociedad fuese organizada y la producción multiplicada en proporción de las nuevas necesidades, si, repito, hubiese quienes no quisieran trabajar o que quisieran crear dificultades, todo se reduciría a echarlos de la comunidad, dándoles las primeras materias y los instrumentos de trabajo, para que trabajaran por su cuenta. Así, cuando quisieran comer, se pondrían a trabajar. Pero ya verás como estos casos no abundarán.

Además, que lo que nosotros queremos hacer por la fuerza es poner en común los terrenos, materias

primas, instrumentos de trabajo, edificios y todas las riquezas que actualmente existen. Referente al modo de organizarse y de distribuir la producción, el pueblo hará lo que quiera, tanto más cuanto que una cosa es decir y otra hacer y que sólo en la práctica puede verse cuál es el mejor sistema. Hasta puede preverse, casi con certeza, que en unos sitios se establecerá el comunismo, en otros el colectivismo y en otros otra cosa, y cuando se haya visto cuál sistema es el mejor, los demás lo irán adoptando.

Lo esencial recuérdalo bien, es que nadie empiece queriendo mandar a los demás y apropiarse de la tierra y útiles de trabajo. A esto hay que estar atentos, para impedirlo, si sucediera, aunque tuviéramos que recurrir a las armas; lo demás irá por sí solo.

Pepe. — Esto también lo he comprendido. Dime ahora, ¿qué es la *anarquía*?

Jorge. — *Anarquía*, significa no gobierno. ¿No te he dicho ya que el gobierno no sirve sino para defender a los señores, y que cuando se trata de nuestros intereses, lo más lógico es que procuremos por ellos nosotros mismos, sin que alguien venga a mandarnos? En lugar de nombrar diputados y consejeros comunales que hacen y deshacen, a los cuales nos toca obedecer, trataremos nosotros mismos lo que nos atañe y decidiremos lo que hay que hacer, y cuando para poner en ejecución nuestras deliberaciones hubiese necesidad de encargarlo a alguno, le encargáramos hacer tal o cual cosa y nada más. Si se tratase de cosas que no pueden establecerse en seguida, entonces encargáramos a los que son capaces de ello, que lo vieran, estudiaran y propusieran; de todos modos nada se efectuaría sin nuestra voluntad. Así, nuestros delegados, en lugar de ser individuos a los que habríamos dado el derecho de mandarnos, serían personas escogidas entre las más inteligentes en todas las materias, que no tendrían autoridad y si sólo el deber de efectuar lo que los interesados quisieran; por ejemplo: uno se encargaría de organizar las escuelas, o trazar una calle o proveer al cambio de productos, de la misma manera como se encarga hoy al zapatero que haga un par de zapatos.

Esto es la *anarquía*. Además, que si quisiera explicarte todo lo que sobre este tema hay que hablar, debería explicar otro tanto más de lo que ya hemos hablado. Otra vez lo haremos más extensamente.

Pepe. — Está bien, pero entretanto, ya que me has excitado la curiosidad, te pido que me des otra explicación respecto a lo mismo.

Explicame cómo debería arreglarme, pobre ignorante como soy, para entender todas aquellas cosas que llaman política y efectuar por mí mismo lo que hacen los ministros y diputados.

Jorge. — ¿Qué es lo que hacen ministros y diputados para que tengas que lamentarte de no saberlo hacer? Hacen las leyes y organizan la fuerza para sujetar al pueblo y garantizar la explotación que ejercen los propietarios; he ahí todo. Esta ciencia no tenemos ninguna necesidad de aprenderla.

Verdad es que los ministros y diputados se ocupan de muchas cosas que son buenas y necesarias; pero mezclarse en ellas para volverlas en provecho de una clase dada o de una persona, o entorpecer el desarrollo con reglamentos inútiles y vejatorios no quiere



esto significar que uno se ocupe de dichas cosas. Por ejemplo: esos señores intervienen en los asuntos ferroviarios; pero para construir y aprovechar un ferrocarril, no hay ninguna necesidad de ellos, como no hay necesidad de los accionistas; bastan los ingenieros, los mecánicos, obreros y empleados de todas categorías, y estos siempre subsistirán, aun cuando los ministros, diputados, y otros parásitos hayan completamente desaparecido.

Lo mismo puede decirse del correo, del telégrafo, de la navegación, de la instrucción pública, de los hospitales, cosas todas ellas efectuadas por trabajadores diversos, como empleados postales, telegrafistas, marineros, maestros, médicos y en las cuales el gobierno sólo se introduce para estorbar, usar y esquilmar.

La política, tal como la entienden y efectúan las gentes de gobierno, es para nosotros una cosa difícil, porque se ocupa de cosas que, a nosotros, los trabajadores, nos importan dos cominos y porque no tienen nada que ver con los intereses reales de la población, a la que se preocupa sólo de engañar y dominar. Si, al contrario, se tratase de establecer lo mejor posible las necesidades del pueblo, entonces resultaría mucho más difícil para el diputado que para nosotros.

De hecho, ¿qué quieres que sepan los diputados que viven en Roma de las necesidades de todas las ciudades y campiñas de Italia? ¿Cómo quieres que gente que, generalmente, ha perdido su tiempo en el latín y el griego y lo pierde actualmente con peor utilidad, pueda comprender los intereses de los diferentes oficios? De otra manera sucedería si cada uno se ocupase de las cosas que sabe y de las necesidades que siente y ve.



Hecha la revolución, necesitamos principiar las cosas por abajo e ir subiendo gradualmente. El pueblo se encuentra dividido en agrupaciones y en cada una hay diversos oficios que en seguida, bajo el efecto del entusiasmo y el impulso de la propaganda, se constituirán en asociaciones. Ahora dime, los intereses de vuestra agrupación y de vuestro oficio, ¿quién mejor que vosotros los comprenderá?

Cuando se trate de poner de acuerdo muchas agrupaciones, u oficios, los delegados respectivos llevarán a una asamblea a propósito los votos de los que los envían y tenderán a armonizar las diversas necesidades y los varios deseos. Las deliberaciones estarán siempre sujetas a la comprobación y aprobación de los mandantes, de modo que no hay peligro de que los intereses del pueblo sean relegados al olvido.

Y de este modo se procederá hasta poner de acuerdo a todo el género humano.

Pepe. — Pero si en un país o en una asociación hay quien lo comprende de una manera y quien de otra, ¿cómo se arreglará? Vencerán los que estén en mayoría, ¿verdad?

Jorge. — De derecho no, porque ante la verdad y la justicia, el número no tiene valor y a veces uno solo puede tener razón contra cien. En la práctica se arreglará como se pueda; se harían esfuerzos por conseguir la unanimidad cuando fuese posible, o se remitiría la decisión a una tercera persona árbitra, salvo siempre la inviolabilidad de los principios de igualdad y de justicia, por los cuales se rige la sociedad.

Nota, sin embargo, que las cuestiones en que no podrá ponerse de acuerdo sin recurrir al voto o al arbitraje, serán muy pocas o de escasa importancia, porque no existirán ya las divisiones de intereses como existen hoy, porque cada uno podrá elegir el país y la asociación, o sea los compañeros más afines, y, sobre todo, porque se tratará siempre de decidir sobre asuntos claros, que todos puedan comprender y que pertenecen más bien al campo positivo de la ciencia que al campo móvil de la opinión. Y cuanto más se adelantará, tanto más inútil será el voto, anticuado y hasta ridículo, porque cuando se haya encontrado, mediante la experiencia, en un problema dado, la solución que mejor satisfaga las necesidades de todos, entonces habrá sólo necesidad de demostrar y persuadir, no de aplastar con una mayoría numérica a la opinión contraria. Por ejemplo, ¿no os haría reír el que se llamase hoy a los campesinos a votar sobre la época en que se debe sembrar el trigo, cuando ese es un asunto solucionado ya por la experiencia? Y si no fuese así ¿recurriríais al voto o a la experiencia? Así pasará con todo lo que se refiere a la utilidad pública y privada.

Pepe. — Pero, ¿y si, a pesar de todo, hubiese quien por un capricho cualquiera quisiera oponerse a una deliberación acordada en interés de todos?

Jorge. — Entonces claro está que se necesitaría recurrir a la fuerza, porque, si no es justo que una mayoría oprima a una minoría tampoco lo es lo contrario, y como las minorías tienen el derecho de insurrección, las mayorías lo tienen de defensa, y, no ofensa la palabra, el de represión.

No olvidéis que siempre y en todas partes los hombres tienen el derecho imprescriptible a las materias primeras y a los útiles de trabajo, así es que pueden siempre separarse de los demás y quedar libres e independientes. Verdad que esta no es una solución satisfactoria, porque así los disidentes quedarían privados de muchas ventajas sociales que el individuo aislado o el grupo no puede producir y que reclaman el concurso de toda una gran colectividad... ¿qué el concurso de todos los disidentes no podrían pretender quieros? los mismos disidentes no podrían pretender que la voluntad de muchos fuese sacrificada a la de pocos.

Convéncete; fuera de la solidaridad, del amor, de la mutua asistencia y cuanto surge de la mutua tolerancia, no hay sino tiranía y guerra civil; pero ten la seguridad de que, como la tiranía y la guerra civil dañan a todos indistintamente, apenas los hombres sean árbitros de sus destinos, se inclinarán a la solidaridad, por la cual solamente pueden realizarse nuestros ideales, y por ellos la paz, el bienestar y el progreso universal.

Nota también que el progreso, mientras tiende a solidarizar cada día más a los hombres entre sí, tiende también a hacerlos más independientes y capaces de bastarse a sí solos. Por ejemplo: Hoy para viajar de bastarse a sí solos. Por ejemplo: Hoy para viajar rápidamente por tierra, hay que recurrir al ferrocarril, el cual requiere, para ser construido y aprovechado, el concurso de gran número de personas; así es que cada uno está obligado, aun dentro de la anarquía, a adaptarse al trazado, al horario y a las otras reglas que la mayoría cree mejores. Pero si mañana se inventa una locomotora que un hombre solo pueda manejar sin peligro para él y para los demás, en una calle cualquiera, hete ahí que ya no hay necesidad de contar en este caso con el parecer de los demás, y cada uno puede viajar por donde le parezca y a la hora que guste.

Y así en miles de otros casos que podrían citarse en la actualidad o que el porvenir encontrará. Pueden decirse que la tendencia del progreso es hacia un género de relaciones entre los hombres que puede definirse en la siguiente forma: *solidaridad moral e independencia material*. (1)

Pepe. — Está bien. Tú, pues eres socialista y en-

(1) Desde la época en que se ha escrito este libro, la previsión se ha realizado. El automóvil da ya el medio de viajar por todas partes y rápidamente sin la necesidad de una organización complicada y de reglas rigurosas como son las exigidas por el servicio ferroviario. Y la aeronavegación está ya bastante adelantada para dar a los individuos mayor independencia y suprimir muchas desigualdades dependientes hoy de la posición topográfica de las diversas localidades.

Así la invención del motor eléctrico, con la posibilidad de llevar la fuerza motriz a todas partes y en toda cantidad, ha hecho que se puedan utilizar las máquinas incluso a domicilio, y ha suprimido en gran parte la necesidad de las grandes fábricas que imponían la máquina a vapor para que pudiese ser empleada económicamente.

Así la telegrafía sin hilos tiende a suprimir la necesidad de un complicado servicio telegráfico. El progreso de la química y de la agricultura tiende a hacer apto para todo género de cultivo cualquier pedazo de tierra. — (Nota del autor, 1913).

tre los socialistas, eres comunista y anarquista: ¿Por qué te llaman, además internacionalista?

Jorge. — Los socialistas han sido llamados *internacionalistas* porque la primera gran manifestación del socialismo moderno fué la *Asociación Internacional de los Trabajadores*, que para abreviar se llama la *Internacional*.

Esta asociación, nacida en 1864, con el objeto de unir los trabajadores de todas las naciones en la lucha por la emancipación económica, tenía al principio un programa muy determinado. Al determinarse se dividió en varias fracciones, y la parte más avanzada llegó hasta a formular y propagar los principios del socialismo anárquico, que es lo que he intentado explicar.

Actualmente esta asociación ha dejado de existir, en parte por haber sido perseguida y proscripta, en parte por las divisiones intestinas y por las varias opiniones que se disputaban el campo. De esta asociación ha nacido el gran movimiento obrero que actualmente agita el mundo, y los varios partidos socialistas de los diversos países, y el *partido internacional socialista-anárquico revolucionario*, que ahora se está organizando para dar el golpe mortal al mundo burgués.

Este partido tiene por objeto propagar con todos los medios posibles los principios del socialismo anárquico; combatir toda esperanza en las concesiones voluntarias de los amos o del gobierno y en las reformas graduales o pacíficas; despertar en el pueblo la conciencia de sus derechos y el espíritu de rebeldía y empujarlo y ayudarlo a efectuar la revolución social, o sea a destruir el poder político o gobierno y a poner en común todas las riquezas existentes.

Forma parte de este partido, el que acepta su programa y quiere combatir junto con los demás para su ejecución. No teniendo el partido jefes ni autoridad de ninguna especie y estando fundado en el acuerdo espontáneo y voluntario entre los combatientes por la misma causa, cada uno conserva la plena libertad de juntarse íntimamente con quien tenga por conveniente, practicar aquellos medios que cree preferibles y propagar sus ideas particulares, mientras no se ponga en contradicción con el programa o con la táctica general del partido, en cuyo caso no podría ser considerado como miembro del partido.

Pepe. — Todos aquellos que aceptan los principios socialista-anárquico-revolucionarios, ¿son miembros de ese partido?

Jorge. — No; porque uno puede estar de acuerdo con nuestro programa, pero puede, por una razón cualquiera, preferir luchar solo o de acuerdo con unos pocos, sin contraer vínculos de solidaridad o de cooperación efectiva con la masa de aquellos que acepten el programa. Este puede ser también un método bueno para ciertos individuos y para ciertos fines inmediatos que uno se proponga; pero no puede aceptarse como método general, porque el aislamiento es causa de debilidad y crea antipatías y rivalidades allí donde hay necesidad de fraternización y concordia. En cualquier caso, nosotros consideramos siempre como amigos y compañeros a todos aquellos que de

cualquier modo combatan por las ideas por las cuales también nosotros combatimos.

Puede haber individuos que están convencidos de la verdad de la idea, y, sin embargo, se están en casa, sin ocuparse de propagar aquello que creen justo. A éstos no se les puede decir que no sean socialistas y anarquistas de idea, puesto que piensan como nosotros; pero es cierto también que deben tener la convicción muy débil o el ánimo tímido; porque cuando uno ve los males terribles que le afligen a él y a sus semejantes y cree conocer el remedio que ha de ponerles fin, si tiene algo de corazón, ¿cómo puede mantenerse tranquilamente sin obrar?

El que no conoce la verdad, no es culpable; pero lo es grandemente quien la conoce y hace como si la ignorara.

Pepe. — Tienes razón y apenas haya reflexionado un poco sobre todo lo que me has dicho y me haya persuadido buenamente, quiero entrar yo también en el partido y propagar estas santas verdades, y si después los señores me llaman a mí también malhechor y criminal, les diré que vengan a trabajar y sufrir como yo lo hago, y sólo entonces tendrán derecho a hablar.

FIN

## EDITORIAL "LA PROTESTA"

### NUEVAS EDICIONES

- Eliseo Reclus: **LA ANARQUIA Y LA IGLESIA** . . . . . 0.10
- Anselmo Lorenzo: **EL DERECHO A LA EVOLUCION** . . . . . 0.10
- Juan Crusao: **CARTA GAUCHA**, séptima edición . . . . . 0.10
- P. Kropotkin: **A LOS JOVENES** L. Fabbri: **¿QUE ES LA ANARQUIA?** . . . . . 0.10
- D. A. de Santillán: **LA JORNADA DE SEIS HORAS**, tercera edición . . . . . 0.10
- Ana María Mozzoni: **A LAS HIJAS DEL PUEBLO** . . . . . 0.10
- Eliseo Reclus: **A MI HERMANO EL CAMPESINO** . . . . . 0.10
- De estos folletos hay ediciones económicas a \$ 2, 2.50 y 3 el cien para la distribución gratuita por grupos, sindicatos y compañeros.



D. R. DE VERA

## Los anormales del carácter en las escuelas y en los reformatorios

Extracto de la conferencia pronunciada por el camarada Prof. Domingo R. de Vera en el Museo Pedagógico de Montevideo, en el curso oficial de vacaciones celebrado en enero último.

En nuestra conferencia anterior hemos tratado de evidenciar a la luz clarísima de las ciencias experimentales, que el niño es un producto biológico y social, que no nace mentiroso, caprichoso, cleptómano, homicida, delincuente, ni tampoco con el alma angelical; pero que se pueden traer al abrir los ojos a la vida morbos hereditarios, gérmenes fatales de desequilibrio, o bien cuerpo y alma sanos y puros pre-dispuestos a la alegría y al bien.

Hemos dicho, ateniéndonos a la autorizada palabra de eminentes hombres de ciencia y de ilustres pedagogos, que la medicina y la pedagogía poseen medios positivos para neutralizar las influencias nocivas del ambiente, atenuar cuando no curar muchas de las múltiples enfermedades que como regalo hereditario recibe el niño aun antes de haber nacido.

Hemos sostenido que la educación es — a nuestro juicio — capaz de realizar verdaderos milagros en lo que respecta a la formación del carácter, a la delincuencia de la personalidad moral del individuo.

Al estudiar las determinantes del fracaso de los sistemas pedagógicos en vigencia, expresamos que los maestros — llamados impropiamente educacionistas — en su afán de enseñar, preocupados por el enciclopedismo, nos hemos olvidado del niño, y sólo hemos visto el conjunto heterogéneo de la clase convertida por nuestra voluntad en una masa homogénea que debe obedecer mecánicamente a nuestras arbitrarias exigencias.

Ha sido necesario que psicólogos, fisiólogos y antropólogos nos advirtieran de nuestro error para que abriéramos los ojos a la realidad.

El Prof. Luis Morzone, Inspector de enseñanza de niños anormales en la Provincia de Buenos Aires, efectuó en el mes de octubre último una interesante encuesta en 213 escuelas correspondientes a diez distritos, con los siguientes resultados: sobre un total de 50.000 niños se encontraron 1.574 con dificultades de articulación (disártricos, dislálicos, etc.); 414 tartamudos; 221 sordastros; 1.452 que repetían el grado sin motivos justificados de orden pedagógico; 1.592 faltos de la riqueza mental necesaria para seguir el curso paralelamente con la mayoría de sus compañeros; 1.072 indisciplinados; 651 asténicos impotentes por abulia o apatía orgánica para reaccionar a los estímulos pedagógicos de práctica en las escuelas comunes; 543 caprichosos, mentirosos, cleptómanos, impulsivos, violentos en sumo grado; 404 adenoides; 120 con tics. A estas cifras habría que añadir el crecidiísimo número de los frenasténicos leves, los

moralmente abandonados y los denominados incorregibles reclusos en asilos y reformatorios.

Difícil resulta concebir que todavía hoy se pretenda hacer pedagogía positiva manteniendo el error monstruoso de someter a todos estos elementos física, psíquica y fisiológicamente tan diferentes a un mismo régimen disciplinario, a un idéntico sistema de instrucción y educación.

No nos ocuparemos hoy de los defectuosos de pronunciación, sordastros, tartamudos, etc., porque éstos serán motivo de un trabajo especial en el que trataré de demostrar la necesidad imperiosa de llevar de inmediato a la escuela la ciencia de la ortofonía.

Quedarán también fuera de nuestro estudio los imbeciles, idiotas, frenasténicos graves, individuos considerados incurables e incorregibles. Son, éstos, dignos de nuestra consideración desde el punto de vista humano, pero — ineducables — no nos ofrecen interese pedagógico. Son elementos de hospicio irremediablemente perdidos para la vida social.

Dirigiremos nuestra atención a esos *anormales* y *falsos anormales del carácter*, elementos educables que vegetan en nuestras escuelas actuales constituyendo un verdadero tormento para los maestros y un peligro para los niños mental y moralmente equilibrados. Pero, previamente, hagamos un examen de conciencia. Preguntémosnos: ¿Esos millares de alumnos que por sus manifestaciones exteriores calificamos de indisciplinados, violentos, impulsivos, amorales, han merecido de nosotros los maestros la debida atención? ¿Los hemos estudiado en su constitución anatómica, en su fisiología, en sus exponentes psíquicos? ¿Hemos averiguado las causas biológicas y mesológicas que los han llevado a ese manifestado estado de rebeldía que consideramos patológica?

¡No! Nuestra falta de especialización en el conocimiento de las leyes de la antropología pedagógica y de la psicología experimental no nos lo ha permitido.

Ni aun a los maestros especializados les sería dado realizar esa función dentro del actual sistema de organización escolar. Se lo impedirían la amplitud de los programas, la obligación de instruir al mayor número, las reclamaciones de los padres que sólo piden que sus hijos sepan; las exigencias de las autoridades encargadas del contralor del trabajo escolar, quienes — salvo raras excepciones — formulan sus juicios con respecto a los valores reales del maestro sobre la base cuantitativa de los conocimientos adquiridos por los alumnos.

A esos millares de niños los abandonamos, por lo general, y esto en el mejor de los casos, a sus propias fuerzas, cuando no contribuimos con nuestros procedimientos irracionales a agudizar sus congénitas predisposiciones a la inmoralidad y a la violencia.

¡Y ahí tenemos a la escuela sirviendo de factor negativo en el campo educacional, justificando la afir-

mación de Ellen Key de que "en la escuela se deforman los cuerpos y se matan las almas".

Son, sin embargo, estos proscriptos de la educación, en primer término, los que nos dan el mayor porcentaje en el ejército creciente de la delincuencia y serán los que mañana, ladrones vulgares, nos acecharán en la sombra para desvalijarnos, o, asesinos alevés, nos esperarán a la vuelta de una esquina para cortar el hilo de nuestra existencia; comerciantes inescrupulosos, nos envenenarán con tal de obtener beneficios particulares; políticos sin un átomo de conciencia, nos empujarán insensiblemente a una dolorosa guerra intestina o a una hecatombe internacional por la satisfacción de bajos apetitos o de placeres morbosos. En la esfera de acción que les toque actuar serán siempre enemigos irreconciliables de todo aquel que se oponga a la libre explosión de sus instintos.

En los tiempos felizmente pretéritos en que se consideraba al hombre volitivamente libre, dueño absoluto de su yo y con facultades para determinarse, el criterio ético predominante con respecto al delincuente, era la *venganza*. Primero la venganza se ejerció individualmente como forma de justicia para defender la dignidad, el honor y la solidaridad. Más tarde se estableció la administración social de la justicia, pero siempre sobre la *venganza* del agravio inferido al individuo, a la familia, a la sociedad.

No entra en el objetivo de esta conferencia el análisis del delito y del delincuente desde el punto de vista del Derecho criminal, aunque mucho nos interesaría el estudio de la evolución del concepto jurídico y sociológico a ese respecto, a través de los tiempos. Sólo recordaremos que desde la antigüedad se consideró el *delito* como un *ante jurídico*, elemento único a quien debía tener en cuenta la sociedad en sus reacciones de defensa.

Sobre ese principio — y haciendo abstracción del agente del delito, el delincuente — descansa todo el vasto edificio de la legislación penal.

La escuela positiva, la que tiene en cuenta el *delito* sólo como elemento contribuyente para el estudio profundo del delincuente, la que se inicia con Lombroso, Ferri y otros célebres criminalistas, aunque ha abierto una amplia brecha en el campo de la ciencia jurídica, no ha logrado todavía destruir los viejos moldes de la escuela clásica.

Desgraciadamente, aun en nuestros días, a pesar del avance de las doctrinas naturalistas, a pesar de haberse impuesto los nuevos conceptos sobre el delincuente y su responsabilidad, se sigue aplicando en casi todos los países la justicia penal de acuerdo con los viejos principios, con los anticuados códigos; todavía hoy se reclama a los jueces justicia contra los autores del delito, considerando el delito en sí mismo, y en nombre de la sociedad agraviada.

Pues bien: en la mayoría de nuestras escuelas y en los reformatorios, por comodidad de los maestros o por necesidad del régimen, se sigue aplicando también, disciplinariamente, el mismo método irracional de los viejos tiempos.

Se clasifica a los niños en buenos y malos y, por lo tanto, se les premia o castiga, no de acuerdo con el esfuerzo personal de cada uno, sino con las características de adaptación al sistema escolar en vigencia.

Con este criterio, se considerará alumno bueno al *asténico*, ese tipo sin voluntad que jamás se moverá de su sitio, ni responderá mientras no lo obliguen, ni reaccionará con energía frente a ningún reproche, ni se defenderá aunque lo humillen; y se con-

siderará *mallo* al tipo vivaz, enérgico, activo, inestable, siempre pronto a manifestar con fuerza su gran carácter en germen.

Casi todos los autores consideran a los niños malos como enfermos víctimas de taras hereditarias y de influencias deletéreas del ambiente social. Es conveniente significar, una vez más, que al decir malos no nos referimos a los así calificados por padres equivocados, poco observadores, que en gran parte son elementos que por exceso de salud se rebelan contra los métodos que violentan su naturaleza.

Haremos un breve estudio psicológico de esos niños anómalos del carácter que se distinguen por la tendencia a los actos inmorales y que dan el mayor porcentaje de delincuentes.

Se les considera a éstos en el grupo de los *anormales psíquicos*; se les clasifica como *inmorales* constitucionales cuando las causas determinantes son hereditarias, *atrofiados éticos* cuando en la anomalía del carácter han influenciado factores externos o mesológicos, vicios adquiridos por deficiente educación.

Aunque las anomalías del carácter no van siempre acompañadas de déficit intelectual, los criminalistas han comprobado que entre los menores delincuentes hay, en más de un 60 por ciento, deficiencia mental.

Desde el tipo de sentido moral absolutamente equilibrado hasta el perverso o loco moral, hay una serie de grados que no podríamos estudiar en particular sin hacer demasiado extenso este trabajo.

Con el nombre de constituciones psicopáticas se conocen ciertos estados psicopatológicos más o menos ligeros que se manifiestan por anomalías leves en las funciones psíquicas.

La inteligencia de estos psicópatas es a veces inferior y otras superior, aunque siempre algo desequilibrada.

Algunos de ellos, de extraordinaria inteligencia, llegan a ser grandes genios, descolantes en las ciencias y las artes; los pobres de talento son los que al llegar a la pubertad forman con los idiotas y otros psicópatas, el numeroso grupo de esos despojos sociales (prostitutas, mendigos, vagabundos, criminales) que constituyen la vergüenza de la civilización moderna.

Estas constituciones psicopáticas, hijas, en primer lugar, de la fatal herencia alcohólica y sifilítica, nos dan varios tipos comprendidos dentro de las dos categorías generales mencionadas en nuestra conversación anterior: motores y sensoriales. El tipo principal es el de los *indisciplinados*, que pueden pertenecer a la categoría de los inestables, impulsivos, depravados, amorales y también de los retrasados.

Al contrario de lo que sucede con los normales en quienes encontramos cualidades sociales superiores (laboriosidad, criterio ético justo, gran afectividad); encontramos en éstos falta de jovialidad, de expresión, de emotividad, indolencia, inclinaciones antisociales y tendencia a las manifestaciones violentas, signos característicos de la analgesia moral y de la crueldad, síntomas de irritabilidad cerebral que suelen ir acompañados por frialdad, desconfianza, obstinación, manifestaciones que pueden ser también indicio de paranoia y de ideas obsesivas. Algunos tienen la tendencia a la mentira y al hurto.

Hay también niños que son indisciplinados por debilidad mental, a quienes una enseñanza limitada y objetiva podría salvar; estos débiles llegan al cansancio por un simple trabajo mental, que otro niño normal de la misma edad podría duplicar o triplicar sin



fatiga alguna; necesitan, por lo tanto, descansos más largos y frecuentes y ejercicios intelectuales progresivos, pero graduados y sin apresuramiento. Antinatural y de perniciosos efectos sería el obligarles a realizar un trabajo superior a lo que les permite la vitalidad de sus energías mentales. Nadie ignora que el trabajo intelectual excesivo y desordenado perjudica a la salud en general y especialmente a la salud psíquica. Leonardo Bianchi en su obra sobre la *neurastenia*, cita como una de las causas que la originan los métodos deficientísimos de la escuela actual.

El Prof. Lino Ferriani, por su parte, afirma que el 30 por ciento de los niños son nerviosos, esa enfermedad de nuestro siglo, hija del dinamismo de la época y consecuencia natural de nuestra vida excesivamente artificial.

La fatal herencia que nos legara la última guerra europea ha aumentado enormemente el número de los enfermos del sistema nervioso.

Estos psicópatas más o menos perturbados por la inquietud de sus nervios no podrán permanecer mucho tiempo en el estado de inmovilidad a que los obliga el poder interior de inhibición. Sienten la necesidad de moverse, de correr, de saltar, y si esa fuerza coercitiva se mantiene, concentran las impresiones, agrandan los impulsos que, incontinentes e irrefrenables, estallan con energía y con violencia.

Mencionaremos, por último, a los indisciplinados por falta de nutrición. ¿Quién de nosotros no ha tenido ocasión de observar a esos pobres infelices, víctimas inocentes de una enorme injusticia social, reclinados en sus mesas de trabajo como abstraídos en el dolor de sus dolores, cabizbajos, inatentos, sordos y mudos al estímulo de nuestra palabra; o bien irritados, riñendo con los compañeros que, económicamente más afortunados, manifiestan alegría y buen humor y ostentan con orgullo sus primorosos dibujos, sus cuadernos limpios, sus deberes bien hechos?

¿Y cuántas injusticias cometidas por desconocimiento de la angustia moral de esas infortunadas criaturas! Esa es una de las muchas causas sociales que arrastran al niño pobre al camino de la delincuencia cuando no encuentran un espíritu sabio y bueno que los salve en cuerpo y alma, alejándolos de la pendiente fatal.

Mantegazza ha dicho que de la cocina salen los buenos pensamientos; podría agregarse que también salen las buenas acciones. Es una verdad científicamente comprobada que nuestro ánimo, nuestros deseos, nuestras emociones cambian según estemos más o menos alimentados, según la cantidad de sangre que afluya a regar nuestro cerebro.

La alegría y la tristeza, la bondad y la indiferencia moral, el coraje y el abatimiento, el amor al trabajo y la indolencia, el placer y el fastidio para la vida se suceden en nuestro ánimo, según la condición en que se hallen nuestros centros nerviosos en íntima relación con nuestros actos volitivos.

Hablemos de los niños caprichosos. Definiremos este tipo, comprendido dentro del grupo de los indisciplinados, definiendo subjetiva y objetivamente el caprichoso. Preguntamos: los caprichos en el niño, ¿pertenecen a la categoría de los vicios adquiridos por deficiente educación, o son una necesidad fisiopsicológica de la infancia, ineludible consecuencia de la impulsividad natural que en el niño se revela con tanta violencia?

Los psicólogos consideran que las disposiciones hereditarias no del todo definidas, y por lo tanto en vías de formación, acumulándose con las sensaciones que provienen del mundo interior, en la imperfección

fisiopsíquica de los centros nerviosos de los niños, originan los sentimientos impulsivos que se manifiestan por medio de la inquietud, de la inestabilidad, de la caprichosidad, y de las manifestaciones dinámicas y afectivas que conocemos en el mundo infantil.

Las madres y también muchos educadores se consideran satisfechos cuando pueden afirmar que sus hijos o alumnos no son caprichosos; interpretan esa virtud como índice de naturaleza buena y de excelente educación. ¡Es un gravísimo error!

El capricho es un hecho psicológico de suma importancia; capricho es voluntad no guiada por la razón. La razón es el coronamiento supremo del desarrollo. La razón que la voluntad tiene su fundamento en el instinto. La voluntad se manifiesta pronto, mientras que la razón aparece más tarde. De aquí nace un desequilibrio mental del que es hijo el capricho.

El capricho representa en los niños el nacimiento de la voluntad; en los viejos el declinar de la razón. Cuando el capricho no obedece a causas psicopatólógicas es signo de salud y de inteligencia.

Niño sin caprichos sería niño sin voluntad, apático y abúlico, lo que es más grave aún que el capricho desmedido.

De Dominici dice que "una infancia sin caprichos equivaldría a infancia que tiene fin en sí misma, debilidad que nunca será fuerza". A través de los caprichos se revela la potencialidad en germen de la voluntad y del carácter.

Algunos caprichos violentos son el aparente fruto de crisis nerviosas.

Otras veces es la protesta, de una personalidad ahogada en su expresión, exponente de un noble amor propio ofendido, de un deseo de justicia, vía de escape de un sentimiento moral mal comprendido por el maestro. Y otras veces, amigos, es un grito de alarma contra métodos pedagógicos irracionales; es el espíritu que se rebela reclamando el derecho al movimiento, a la salud; exigiendo aire, sol, libertad.

Del capricho patológico diremos que, aunque no se nace caprichoso, se puede nacer — como ya lo hemos demostrado — con una hiperestesia, con una hipertensión orgánica, con una hipertrofia de algunos instintos, con un desequilibrio, con una inestabilidad y unilateralidad de funciones que constituyen fácil predisposición para el capricho.

La neuropatía asume a veces en la edad infantil los caracteres del capricho; es la psicopatía hereditaria de graves y violentas manifestaciones que si no se trata a tiempo y científicamente, puede llevar al niño enfermo a la depravación moral y a la delincuencia. Son, por lo general, hijos de sifilíticos, histéricos, epilépticos, alcoholistas.

Los impulsivos, comprendidos también entre los indisciplinados graves, se caracterizan a veces por los caprichos.

El impulsivo pertenece al tipo de los anómalos del sistema nervioso. Casi siempre hay signos más o menos marcados de epilepsia. También se encuentran impulsivos entre los imbéciles y entre los idiotas; pero éstos no nos interesan mayormente, porque viven alojados en hospicios o bajo la constante vigilancia de sus padres; los que deben merecer nuestra atención son los impulsivos más o menos inteligentes que concurren a las escuelas comunes y que mañana, hombres, convivirán con nosotros en la sociedad.

Falta en los impulsivos la fuerza de inhibición y análisis que da a las acciones un carácter consciente. Son fáciles al influjo de la sugestión y cumplen

sus actos con rapidez. La atención es fugaz, no asientan ni fijan nada en la conciencia; en la escuela parecen atender todo, pero el maestro muchas veces queda decepcionado al percibir que no han alcanzado a registrar en sus procesos psíquicos nada de lo que les había enseñado. Así se explica la reincidencia en los actos de indisciplina, a pesar de las reprensiones y los castigos.

Las acciones impulsivas más frecuentes son las que dependen de las emociones intensas: la cólera, el miedo, la nostalgia. El niño es acometido por irrefrenables impulsos de destruir, de huir de su casa o del colegio o de rebelarse contra sus profesores, y lo efectúa sin miedo a las dificultades, sin temor a las consecuencias. De entre éstos salen los vagabundos con inclinaciones a los viajes, a la vida de aventura. Pero la más frecuente es la tendencia a causar daño a los demás: pinchar o apedrear, martillar a los animales, signos reveladores de la predisposición a las acciones criminales impulsivas, a las que llegan comúnmente cuando una recta educación no les crea el necesario poder de inhibición preciso para vencer los malos instintos y refrenar las malas pasiones. Estos son los que dan el mayor porcentaje en la delincuencia infantil.

Con respecto a los cleptómanos y a los mentirosos, a quienes se les ha clasificado también como psicópatas de origen histérico, epilépticos, etc. nosotros, sin desconocer las causas biológicas, nos inclinamos a creer que los factores de ambiente son los principales en estas fallas morales, y por esa razón los consideramos en el grupo de los falsos anómalos del carácter.

Con el nombre de falsos anómalos del carácter se conocen los que por causas extrínsecas o del medio ambiente, adquieren graves vicios que los confunden con los verdaderos anómalos afectivos: indisciplinados, perversos sexuales, amoraes constitucionales.

La civilización moderna, que nos deslumbra con sus infinitas maravillas, con sus fantásticos progresos en el terreno de las ciencias y de las artes, ha producido un grave desequilibrio en la salud física y moral de los hombres.

La mayor miseria se desarrolla paralelamente a la mayor riqueza; mientras por un lado se levantan suntuosos palacios, por otros se construyen miserables pocilgas; mientras los higienistas se esfuerzan en vulgarizar las más elementales reglas de higiene, familias obreras se ven en la necesidad de encerrarse en habitaciones insalubres y alimentarse deficientemente. Lo prueba en forma acabada la alarmante disminución de la natalidad de que se ha hecho eco nuestra prensa. Y mientras disminuyen los hijos legítimos, o de padres conocidos, aumenta el nacimiento de nuestros hijos naturales, aquellos de que nos hablara Florencio Sánchez, esos hijos de la orgía, del vicio y del dolor que llenos de taras degenerativas, mal nutridos, huérfanos de amor paterno, irán a llenar los asilos y casas de corrección y a aumentar, mañana, el número cada vez mayor de los infelices que pueblan las cárceles y los prostíbulos y que en su mayoría serán víctimas inocentes de nuestras propias culpas.

El ambiente social, con sus imperfecciones y con sus corrupciones, produce funestos efectos en el espíritu del niño cuando su influencia no es neutralizada por la educación paterna y escolar.

Las descripciones fantásticas, las lecturas morbosas, de corte policial, las crónicas del delito producen una grave perturbación entre los débiles mentales, arrastrándolos frecuentemente al abandono de

la casa paterna, al vagabundaje, al hurto y muchas veces al crimen.

El mal ejemplo de padres alcoholistas, jugadores, pendencieros e inmorales, que a menudo llegan al abandono de los hijos, son otros tantos factores de perversión.

Expuestas a grandes rasgos las causas y efectos de las principales anomalías del carácter en el niño, lo canos ampliar, aunque sea muy brevemente, la parte que corresponde a la pedagogía correctiva en realización con esas deficiencias de trascendencia psíquica y moral. De más estará repetir lo que ya hemos dicho con respecto a la incapacidad de la escuela actual para realizar una acción eficaz que sea capaz, más que de curar, de obrar en forma preventiva sobre el alma de los niños.

Con las escuelas al aire libre, las clases diferenciales ya en función, y el próximo establecimiento de las escuelas especiales, se abre el camino que nos llevará gradualmente al ideal. Idealistas hay en nuestro magisterio — como los que ya luchan apostólicamente por los nuevos principios en las escuelas libres — que sabrán mantener este saludable movimiento en pro de la reforma educacional.

\*  
\*

De las ideas generales, expuestas por los más modernos pedagogos, acerca de los procedimientos científicos experimentados con éxito para corregir a los niños considerados incorregibles, concretamos lo siguiente:

Con los tipos impulsivos debe procurarse que tengan las descargas durante un tiempo para que en el intervalo de indecisión, puedan presentarse en su conciencia motivos favorables o no a dicha acción. El dibujo y los trabajos manuales son elementos valiosos de educación. No debe ayudárseles hasta que experimenten desaliento. Debe observárseles de manera constante. Son convenientes los juegos premeditados y preordenados que impiden las manifestaciones impulsivas y libres dando a los músculos los solos movimientos que esos juegos exigen. Esta economía de energía nerviosa sirve para formar la fuerza inhibitoria que es condición indispensable para la vida social.

Es útil acostumbrarlos desde el principio a reflexionar sobre sus actos, es decir, volver a considerar las acciones que han cumplido, con el fin de crear en ellos un hábito de auto-indagación que les permita frenar o moderar sus ímpetus morbosos. Por el hábito de la reflexión llegarán a la autonomía.

El niño — dice el profesor Morzone — para enderezar su actividad en la ejecución de una orden determinada está obligado al principio a hacer un sacrificio, porque en ese instante no puede dar libre curso a las descargas nerviosas que siguen una dirección opuesta. Establecida la lucha entre dos corrientes nerviosas, cuando la que viene de afuera no posee fuerza necesaria para poner freno a la otra, queda vencida y entonces se manifiesta en toda su potencialidad la *desobediencia*. Pero si los sentimientos se repiten y se vuelven conscientes, dejan de existir las dos corrientes nerviosas y el alumno poco a poco adquiere la fuerza de inhibición que es la determinante de las cualidades morales.

Sobre el castigo, agrega: El temor al castigo puede impedir que una mala acción se cumpla, pero no mejora al alumno ni modifica sus tendencias originarias a las que deben oponérseles otras ideas opues-



tas. A la violencia no debe responderse con la violencia, sino con frialdad y firmeza. La reprensión brutal, si detiene por un momento los impulsos al mal, a más de no mejorar al niño, crea en él nuevos y más perniciosos hábitos: la hipocresía, la falsedad, la simulación.

Expulsar de la escuela a los niños considerados malos es una verdadera monstruosidad, porque si bien se alivia la tarea escolar se arroja directamente a esos pobres enfermos en los brazos de la delincuencia. En todo niño hay un resto de amor propio: hay que descubrirlo. En toda naturaleza malvada hay un lado bueno; siempre hay un sentimiento afectivo por algo o por alguien: deben descubrirse esos puntos, utilizándolos como base para la reconstrucción moral. No es posible establecer normas generales, porque se caería en el error de la pedagogía actual.

La base de la pedagogía científica se puede sintetizar en estas palabras: Así como cada enfermo necesita su tratamiento particular, cada niño, según su naturaleza, precisa para su cuerpo y su alma una terapéutica pedagógica especial.

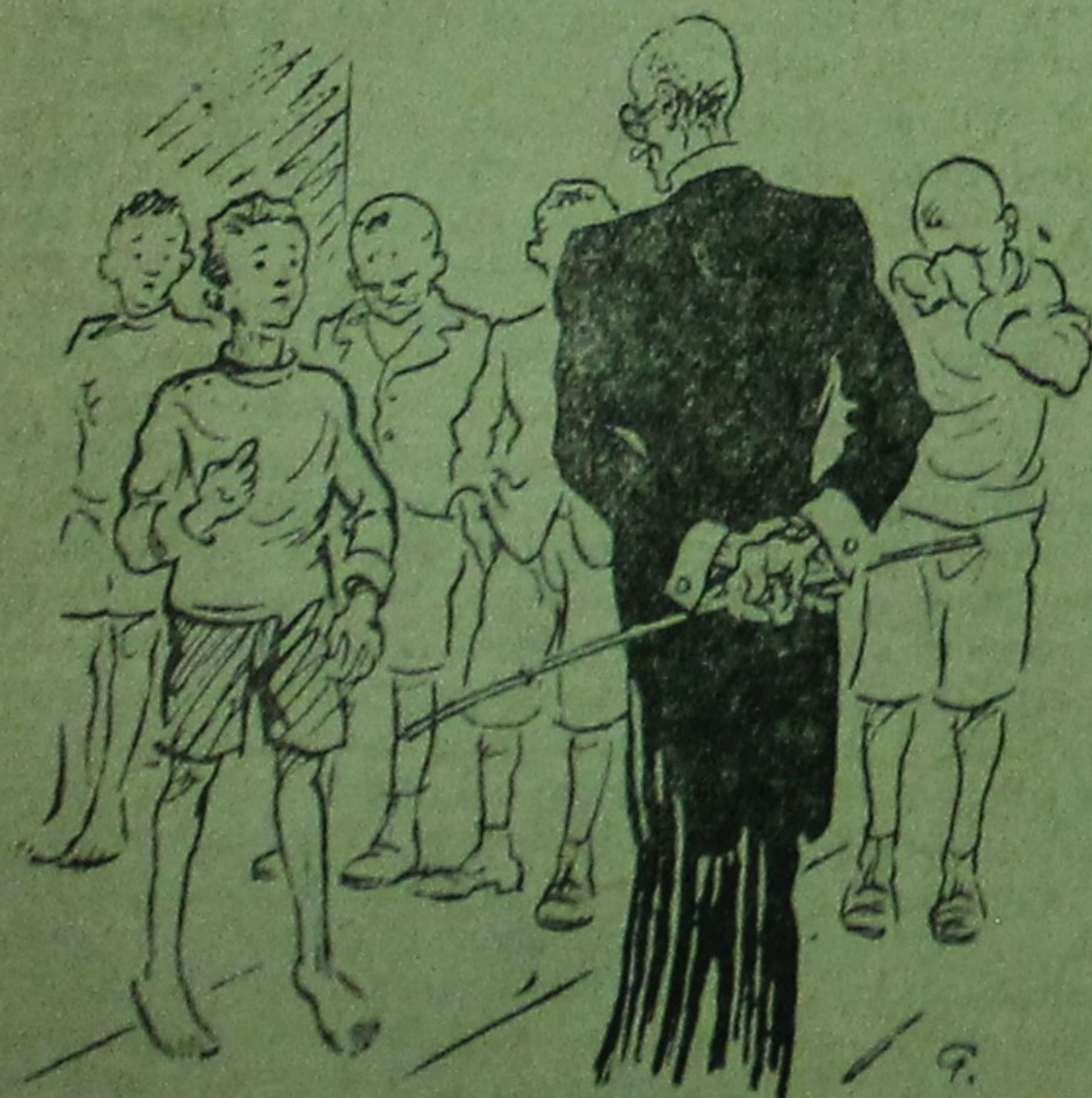
El eje medular de la nueva pedagogía es el respeto supremo a la personalidad del niño.

¿Qué se hace actualmente con esos infelices denominados *incorregibles*, víctimas de los vicios paternos y de las perversidades del ambiente social, que la familia y la escuela proscriben de su seno? Son internados en establecimientos llamados asilos y reformatorios.

¿Qué son esos institutos especiales creados para la infancia abandonada y pervertida?

Mucho tendríamos que decir al respecto, pero como esta charla se prolonga demasiado y el tema es vasto e interesante, lo abordaremos en otra conferencia con toda la atención y la extensión que él merece. A ese efecto es mi intención continuar visitando los más importantes reformatorios argentinos y recoger la mayor cantidad de datos ilustrativos sobre la organización de los mejores establecimientos.

## ENSEÑANZA ARCAICA



"La letra con sangre entra"

tos de corrección existentes en Italia, que como todos sabemos, ha sido la cuna de las grandes reformas en materia de derecho penal y la madre de los más ilustres sabios que han revolucionado la vieja escuela, imponiendo los grandes postulados de la criminología moderna.

Sólo expresaremos hoy algunas ideas generales sobre asilos y reformatorios.

Alguien, tomando como base los rótulos: Asilo, Reformatorio, Colonia Educacional, habrá supuesto con toda lógica que en realidad son institutos donde a los niños se les corrige y educa.

Y muchos habrán sentido un gran alivio espiritual pensando que los niños predispuestos a la delincuencia, si no habían sido comprendidos y atendidos en sus hogares ni en las escuelas comunes, lo serían en establecimientos creados expresamente con ese objeto.

Y, sin embargo, nada más alejado de la realidad. Los asilos distan mucho de ser las escuelas-hogares que de acuerdo con la última palabra de la ciencia educacional deben proporcionar al niño a la par que los cuidados y cariños paternales, la educación que convenga a sus necesidades vitales. Los reformatorios siguen siendo, en general, establecimientos más o menos carcelarios donde al niño se le amolda, se le somete, pero jamás se le educa. Se transforman los que conservan en su alma gémenes que al desarrollarse les dan fuerza para ejercer su auto-educación a despecho de todas las influencias de ese ambiente artificial que insensiblemente los empuja al mal, si no en el hecho, en el pensamiento, que es más grave aún para el espíritu, por las explosiones violentas a que da lugar cuando se rompe el dique de la disciplina.

Como establecimientos de reclusión nuestros reformatorios y asilos llenarían más o menos esa misión: extensión suficiente, edificación amplia, higiene corporal regularmente aceptable, alimentación no del todo mala; pero... ¿es que con vestir y alimentar a esos niños doblemente desamparados ha cumplido el Estado su misión?

En lo que concierne a la acción moralmente regeneradora, ¿qué se hace? ¿Existen, acaso, gabinetes de antropología pedagógica y elementos necesarios para efectuar un examen tropométrico, antropológico y fisis-psicológico que ponga de manifiesto la naturaleza de cada uno de los niños y las causas biológicas y mesológicas que han provocado las perturbaciones psíquicas de los anormales afectivos o enfermos del carácter? ¿Poseen personal docente capaz de adoptar procedimientos educativos en concordancia con las deficiencias y necesidades de cada niño? ¿Se les observa y estudia constantemente, al menos de manera que permita seguir el proceso evolutivo o involutivo de su conciencia?

En cuanto al trabajo profesional, ese gran factor de regeneración que convierte al individuo en un valor positivo desde el punto de vista ético-económico-social, ¿la orientación está de acuerdo con la vocación y con las aptitudes de cada recluso?

A todo esto puede contestarse negativamente. Basta con decir — aunque esto nos cause asombro — que en nuestra Colonia Educacional de Varones, para instruir y educar trescientos niños y jóvenes, existe ¡un solo maestro!

En cuanto a las personas que en esos establecimientos se mantienen en contacto directo con los reclusos en la mayor parte de las horas del día, de quienes los niños deben recibir ejemplos, inspi-

ración, útiles enseñanzas y educación moral, ¿quiénes son? ¿Son, acaso, profesionales del magisterio, o por lo menos elementos de probada cultura, especializados en psicología y versados en cuestiones pedagógicas y educacionales? ¿Son personas que en alguna forma han demostrado amar idealmente a los niños tanto como para convertirse con entusiasmo y alegría en padres de todos los huérfanos y abandonados, en médicos de todos los enfermos del cuerpo y el espíritu?

¡No! Tanto en los reformatorios uruguayos como en los que hemos visitado en la República Argentina los niños son acompañados por vigilantes y jefes de talleres que, en general, por falta de cultura especial y por su concepto equivocado sobre la misión social que cumplen, actúan del mismo modo como lo harían si se les encomendara el cuidado de peligrosos delincuentes en los establecimientos carcelarios.

Inútil será, pues, todo lo que se pretenda hacer mientras no se transforme fundamentalmente la organización interna, encarando el problema en su faz educacional.

\* \*

Muchas innovaciones interesantes se han llevado a cabo en Italia, Bélgica, Estados Unidos y otros países. En la Argentina hemos visto también algo digno de ser conocido. En el Uruguay se proyectan extraordinarias reformas en armonía con las modernas corrientes pedagógicas, pero aun no se ha salido

del terreno de las teorizaciones.

De todo esto nos ocuparemos en el nuevo y amplio estudio que haremos sobre este importante tema. Por hoy sólo hemos querido despertar la atención, no sólo de los maestros, sino de todos los que se interesan por el porvenir de las nuevas generaciones, sobre ese problema trascendental que en nuestros días preocupa seriamente tanto a los juristas como a los pedagogos y a los sociólogos.

La degeneración moral aumenta día a día en forma tan grave que alarma a los espíritus sanos y hace estremecer a las conciencias equilibradas. Sus proporciones son tan extremas que amenazan eclipsar totalmente las verdaderas y positivas conquistas morales de la actual civilización.

Hay hondos males de carácter sociológico cuya terapéutica no será de incumbencia exclusiva de la escuela: será obra de todos los hombres inteligentes y bien inspirados que también laboran por el progreso en el campo, en el taller, en el periódico, en la cátedra y en los laboratorios científicos. Pero, en lo que todos estamos de acuerdo es en considerar que sin cultura moral en los hombres no serán posible, ni podrán tener existencia real ninguno de los atributos de una organización social justa y humana: bienestar general para todos, justicia y libertad.

Entreguémonos en cuerpo y alma a la obra educacional en la escuela, en los reformatorios y en todas partes, y habremos contribuido eficazmente al progreso espiritual de la humanidad.

ENERO DE 1929.

E. DE LA BOETIE

## LA ESCLAVITUD VOLUNTARIA

III

Pero este ardid de los tiranos para embrutecer a sus súbditos, como se puede conocer mejor es por lo que hizo Ciro con los lidios después de apoderarse de Sardes, capital de Lidia, y haber hecho prisionero a Cresos, a quien llevó cautivo: le dieron la noticia de que los sardos se habían sublevado; pronto los sedujo; pero no queriendo saquear una ciudad tan hermosa ni tomarse el trabajo de sostener en ella un ejército para guardarla, se le ocurrió un gran expediente para estar seguro de ella. Estableció burdeles, tabernas y juegos públicos, e hizo publicar una ordenanza para que la cumpliesen los ciudadanos. Se halló tan bien con esta guarnición que no necesitó desde entonces desenterrar la espada contra los lidios. Aquellas pobres y miserables gentes, se divertieron tanto en inventar juegos, que los latinos han tomado su nombre de ellos y lo que nosotros llamamos pasatiempos los nombraban *ludi*, como si quisiesen decir *ludii*. Los tiranos todos no han declarado expresamente que quisieran afeminar a sus pueblos; pero a decir verdad, lo que aquél ordenó lo han imitado la mayor parte; y en verdad esto es lógico si el populacho, cuyo número es siem-

pre grande en las ciudades: es sospechoso para el que le ama y sencillo para el que le engaña. Más fácilmente que un pájaro se caza con reclamo y se pesca un pez con el anzuelo bien cebado, los pueblos todos se doblan a la esclavitud, al menor halago que se les hace. Los teatros, los juegos, las farsas, los espectáculos, los gladiadores, las tiaras, las medallas, los cuadros y otras drogas parecidas, eran en los pueblos antiguos los manjares de la esclavitud, el precio de su libertad, los instrumentos de la tiranía. Este medio, esta práctica, estos alimentos, tenían a los antiguos unidos al yugo. Así, los pueblos embrutecidos, encontrando agradables estos pasatiempos y solazados con el vano placer que pasaba ante sus ojos, se acostumbraban a servir tan tontamente como los niños, que por ver las deslumbrantes imágenes de los libros ilustrados aprenden a leer. A los tiranos romanos se les ocurrió, además, otra cosa: festejar a menudo las decenas públicas para enganar a la canalla que se deja llevar del placer de la boca; hasta el punto de que el más avisado de todos, no hubiera dejado su escudilla de sopa para recobrar la libertad de la República de Platón. Los tiranos hacían larguezas de vino, cuartillas de trigo, de sextarios de sextercios; y entonces daba lástima oírles



gritar: ¡Viva el rey! Los zopencos no comprendían que no hacían sino recobrar una parte de lo suyo y que aun eso mismo el tirano no hubiera podido dárselo si antes no se lo hubiese quitado. El que hoy recogía el sextercio que le arrojaban y se hartaba en el festín público bendiciendo a Tiberio y a Nerón por su hermosa liberalidad, y que se veía obligado mañana a abandonar sus bienes a la avaricia, sus hijas a la lujuria, su misma sangre a la crueldad de esos magníficos emperadores, quedábase mudo como una piedra e inmóvil como un leño. Siempre el populacho ha sido así: abierto y disoluto con el placer que no se puede recibir honestamente e insensible para el dolor que honradamente no se puede soportar. No hay ahora nadie que al oír hablar de Nerón, no tiemble al solo nombre de este terrible monstruo, de esta inmundicia y sucia bestia; puede decirse que después de su muerte, tan fea como su vida, el noble pueblo romano experimentó tal disgusto al acordarse de sus juegos y festines, que estuvo a punto de llevarle luto; así lo ha escrito Cornelio Tácito, autor de los más grandes e indudablemente verídicos. Esto no parecerá extraño recordando lo que hizo ese mismo pueblo a la muerte de Julio César, que les privó de la ley y de la libertad y a cuyo personaje no le han hallado nada que valga, fuera de su bondad, que, aunque tan ensalzada ha sido, fué más dañosa que la crueldad del tirano más salvaje, porque fué esta venenosa dulzura la que en realidad llevó a la esclavitud al pueblo romano; pero después de su muerte, el pueblo, que todavía conservaba el gusto de los banquetes y el recuerdo de sus prodigalidades, para hacerle honores y reducirlo a cenizas, amontonaba los bancos de las plazas y le elevó una columna como a Padre del pueblo (así dice el capitel) y le rindieron más honores muerto, de los que se deben hacer a ningún hombre, los mismos que le habían matado. No olvidaron los emperadores romanos tomar a menudo el título de tribuno del pueblo, tanto porque este cargo era tenido por sagrado, cuanto porque había sido creado para protección del pueblo bajo la tutela del estado. Por este medio estaban seguros de que el pueblo confiaría más en ellos, como si debiera sentir el nombre y no los efectos.

Los reyes de Asiria y después los de Media, no se presentaban en público sino muy de tarde en tarde, para hacer creer al pueblo que eran algo más que hombres y mantener en esta ilusión a los que exageran las cosas y no pueden juzgar por sus propios ojos. De esta manera, las naciones que sufrieron el yugo asirio, con este misterio, se acostumbraron a servir más voluntariamente, y como no sabían quién era su amo, todos tenían por referencias a uno que nadie había visto. Los primeros reyes de Egipto no se mostraban si no tenían una rama o fuego en la cabeza, y se transformaban de tal modo, que por la extrañeza del disfraz, producían en sus súbditos admiración y reverencia; a otros menos necios o menos oprimidos, hubiera servido de risa y pasatiempo. Da lástima oír hablar de las cosas que hacían los tiranos para provecho suyo y fundamentar su tiranía; de cuán pequeños medios se servían encontrando al pueblo tan dispuesto; al ver que no había lazo que le tendieran en que no se dejara coger; cuán fácil era para el engaño. Pues nunca le sujetaban tanto como cuando más se burlaban de él. ¿Qué diré de otra burda fábula que los antiguos creyeron verdadera? Creyeron firmemente que el dedo gordo de un pie de Pirro, rey de Epiro, hacía milagros y curaba las enfermedades del bazo; enriquecieron el cuento diciendo que después de quemado todo el

cuerpo, se había encontrado el dedo entre las cenizas y salvo a pesar del fuego. De este modo el pueblo forma las mentiras para creerlas después. Mucho lo han escrito, pero de tal modo, que causa risa ver simples que han forjado tantas patrañas con rumores del populacho. Vespasiano, volviendo de Asiria, y de paso por Alejandría, para ir a Roma a tomar posesión del imperio, hizo maravillas (1): curaba a los ojos, devolvía la vista a los ciegos y otros prodigios por el estilo, que el que no adivine su falsedad, es a mi juicio más ciego que aquellos a quienes curaba. Los mismos tiranos creen muy extraño que los hombres puedan sufrir a otro que les daña; que los hombres puedan defender su cuerpo, y si ponen la religión para defensa de la divinidad para fuera posible tomarían parte de la divinidad para sostén de su malvada existencia. Salmoneo, si creemos a la sibila de Virgilio (Eneida, VI-585) por haberse burlado de este modo de los hombres y haber pretendido nacer de Júpiter, se ve ahora en el infierno.

*Suponiendo crueles tormentos por querer imitar los truenos del cielo y los rayos de Júpiter, sobre cuatro corceles iban blandiendo en el puño una ardiente antorcha por los pueblos griegos, desafiándolos en pleno mercado; pero intentaba tener el honor, que sólo a los dioses pertenece, el insensato que va el rayo y la tempestad inimitable falsificaba (de bronce y con la carrera vertiginosa de los caballos alados) del Padre Todopoderoso, quien poco después, castigando este gran mal, lanzó no una simple luz de antorcha, sino el furioso golpe de ruda tempestad que le derribó de cabeza.*

Si el que no hacía más que el tonto, está ahora tan bien tratado allí, los que han abusado de la religión para ser malvados, se encontrarán aun mejor atendidos. Los nuestros sembraron en Francia lagartos, flores de lis, la redoma y el oriflama; lo que por mi parte, sea como quiera, no quiero dejar de creer, puesto que ni nosotros ni nuestros antepasados hemos tenido ocasión de ello, por haber tenido siempre reyes tan buenos en la paz y tan valientes en la guerra, que aun cuando nacieron reyes parece que no han sido hechos como los demás por la Naturaleza, sino elegidos por Dios Todopoderoso para el gobierno y guarda de este reino. Aunque no fuera así, no quiero tampoco averiguar la verdad de nuestras historias y de este modo no privaré de una hermosa creencia en que pueda ejercitarse la poesía francesa, no decaída, sino renovada por Ronsard, Baif, Bellay, que con esto hacen progresar tanto a nuestra lengua que espero que pronto los griegos y los latinos sólo nos superarán en antigüedad. Y haría yo gran daño a nuestro ritmo (uso esta palabra y no me disgusta), porque aunque varios lo han hecho mecánico, quedan bastantes para dignificarle y devolverle su antiguo esplendor; le haría gran daño, repito, quitándole esos bellos cuentos del rey Clodoveo, en los cuales se esplayará a su gusto la vena de Ronsard en su *Franciada*. Veo su alcance, conozco su agudo ingenio, sé su gracia y hará sus tareas con el oriflama como los romanos con sus *ANCILIAS* y *escudos del cielo arrojados* (Eneida, Virgilio, VIII, 664) manejará nuestra redoma tan bien como los *atenienses* su cesta de Ericton; se hablará de nuestras armas aun en la torre de Minerva. Sería ultrajante querer desmentir a nuestros libros y penetrar en los dominios de nuestros poetas. Mas volviendo a los tiranos, siempre han tratado, para asegurarse

(1) Suetonio, Vida de Vespasiano, c. VII.

más, de acostumbrar al pueblo, no sólo a la obediencia y servidumbre, sino a la devoción. Lo que he dicho hasta aquí, que enseña a las gentes a servir voluntariamente, no aprovecha a los tiranos más que con el inculto y grosero.

Llego ahora a un punto, que es el secreto y resort de la dominación; sostén y fundamento de la tiranía. Quien crea que las alabardas de la guardia, o la garita del centinela guarda a los tiranos, se engaña: se fían más del formalismo y del aparato que de la guardia que los custodia. Los arqueros prohiben entrar en los palacios a los que no tienen ningún medio, no a los bien armados que pueden realizar cualquier empresa. En los emperadores romanos es fácil ver que son menos los que se han librado de un peligro por la ayuda de sus arqueros, que los que han sido muertos por sus guardias. No son los escuadrones, ni los batallones, ni las armas los que defienden al tirano, sino cuatro o cinco los que le sostienen y conservan al país en la esclavitud. Siempre han sido cinco o seis los que han estado junto al tirano, bien aproximándose por sí mismos o llamados por él para ser cómplices de sus crueldades, compañeros de sus placeres, alcahuetes de sus liviandades y partícipes de sus robos. Estos seis dirigen tan bien al tirano, que para la sociedad es malvado, no sólo por sus infamias, sino por las de ellos. Estos seis, tienen a su vez seiscientos que se aprovechan de su protección y hacen de ellos lo que el tirano de los seis. Estos seiscientos tienen bajo sí a seis mil, a quienes han elevado y a los que dan el gobierno de las provincias o el manejo del dinero, a fin de que tengan a mano la avaricia y la crueldad, y satisfaciéndolas hagan tanto daño que no puedan vivir más que bajo su sombra y librarse sólo con su ayuda de las leyes y del castigo. Grande es el séquito que viene tras de éstos. Quien se entretenga en desenredar esta madeja, verá que no ya los seis mil, sino cien mil millones, con esta cuerda están unidos al tirano, como en Homero, Júpiter, que se jacta de arrastrar tras él a todos los dioses si tira de la cadena. De aquí venía el aumento del Senado bajo Julio, el establecimiento de nuevos Estados y elección de oficios; no para reforma de justicia, sino para nuevos sostenes de la tiranía. En suma, por los favores, por las ganancias que proporcionan los tiranos, hay tantos a quienes la tiranía parece ser provechosa, como a quienes la libertad sería agradable. Del mismo modo que los médicos dicen que si en nuestro cuerpo hay algo lesionado todas las demás partes de él se resienten y aun parece que contribuyen a aumentar la dolencia, de igual manera desde que un rey se declara tirano, todos los malos, la hez del reino, no ya un montón de ladronzuelos y sinvergüenzas que no pueden hacer bien ni mal en una República, sino los que tienen ardiente ambición y notable avaricia, se amontonan a su alrededor y le sostienen para tomar parte en el botín y ser, bajo el gran tirano, tiranuelos. Así hacen los grandes ladrones y famosos corsarios: unos arrasan el país, otros asaltan a los viajeros; éstos se ponen en emboscada, aquéllos de centinela; unos asesinan, otros despojan; y aunque hay entre ellos preeminencias, aun cuando unos son criados y otros amos, no hay a la postre uno solo que no se llame a la parte a la hora de distribuir la presa. Dícese que los piratas cilicios no sólo se reunieron en tal número que hubo que enviar contra ellos a Pompeyo el Grande, sino que hicieron alianza con grandes ciudades y hermosas villas, en cuyas obras se ponían a cubierto al volver de sus correrías, por cuyo servi-

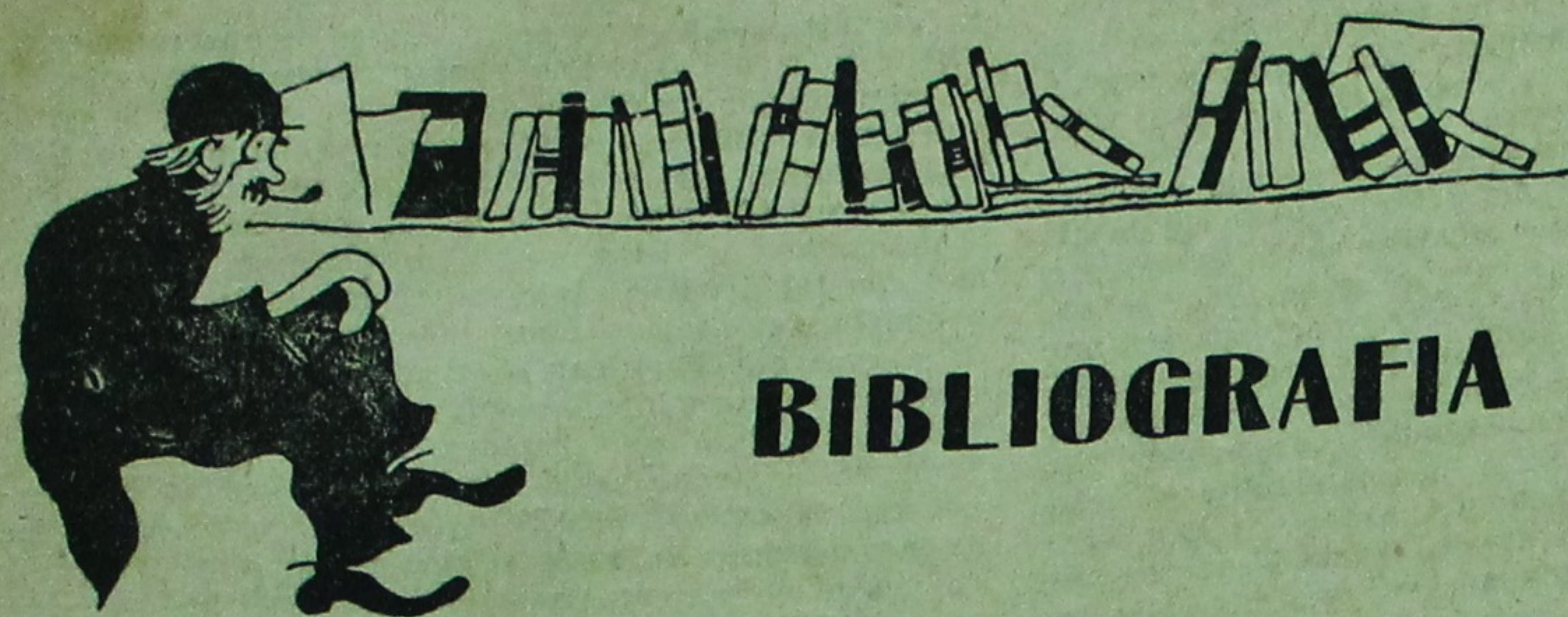
cio les entregaban parte del producto de sus raterías.

De este modo el tirano hace esclavos a los súbditos, a unos por medio de otros, y está guardado por aquellos de quien se debía guardar (que para partir la leña se hacen cuñas de la leña misma); pero no es que no sufran algo de él, sino que esos perdidos, abandonados de Dios y de los hombres, sufren el mal con tal de devolverlo, no al que se lo hace, sino a aquellos que, como ellos, lo experimentan. Y viendo a esos que lisonjean al tirano, asegurando la esclavitud del pueblo, me asombro de su maldad y me produce lástima su estupidez. Porque, ¿qué es aproximarse al tirano, sino huir de la libertad y abrazarse a la esclavitud? Dejen a un lado su ambición, cedan un poco de su avaricia, contémplesse después y verán claramente que los villanos, los aldeanos a quienes pisotean cuando pueden, y tratan como a forzados o esclavos, a pesar de vivir tan mal, son en parte más dichosos y libres que ellos. El labrador y el artesano, por esclavos que sean, cumplen haciendo lo que se les manda; pero el tirano ve a los que están a su lado mendigando su favor, que tienen que hacer, no sólo lo que dice, sino pensar lo que quiere, y a menudo, para satisfacerle, adivinar sus pensamientos. No sólo tienen que obedecerle, sino contemplarle; tienen que atormentarse, que matarse trabajando en sus asuntos, alegrarse con su alegría, dejar lo propio por lo suyo, disimular su carácter, despojarse de su naturaleza, tener cuidado de sus palabras, de su voz, de sus gestos, de sus miradas; carecer de ojos, pies y manos, excepto para estar en acecho, espiar el capricho del tirano y descubrir su pensamiento. ¿Es esto vivir dichoso? ¿Es esto vivir siquiera? ¿Hay en el mundo nada más insoportable que eso, no ya para un bien nacido sino para quien tenga sentido común o siquiera facha de hombre? ¿Hay condición más miserable que vivir así, sin tener nada propio, siendo de otro su comodidad, libertad, cuerpo y vida?

Pero quieren servir para obtener bienes, como si pudieran ganar algo que fuese suyo cuando ni siquiera pueden decir que se pertenecen; y como si pudieran tener algo propio bajo un tirano, quieren atesorar, sin acordarse de que dan al tirano fuerza para quitarlo todo a todos. Ven que nada somete tanto a los hombres a su crueldad como las riquezas; que no hay para él crimen más digno de la muerte que el poseer; que sólo ama las riquezas; no destruye más que a los ricos que se le presentan cebados para darle envidia. Estos favoritos deben acordarse, no de los que han prosperado junto a los tiranos, sino de los que después de mucho tiempo de amontonar riquezas, han perdido los bienes y la vida; y olvidándose de que otros han llegado a ser poderosos, tener presentes cuán pocos han podido disfrutar de este poder.

Ojead las historias antiguas y las que hemos recordado y se verá en todas cuán grande es el número de los que habiendo conseguido por malos medios agradar a los príncipes, y habiendo empleado en ello su maldad o su simpleza, fueron al fin destruidas por ellos, y tantas facilidades como encontraron para elevarlas otra tanta inconstancia hallaron para desdicha. De tantos como han estado cerca de los malos reyes, hay pocos o ninguno que no hayan sufrido la crueldad del tirano que antes habían dirigido contra los demás. A menudo, después de enriquecerse a la sombra de su favor con los despojos de otro, han enriquecido a los otros con los suyos.





## BIBLIOGRAFIA

**LU CHEN BO KAJ JASMENO DEN.** — *Virina emancipación kaj seksamo.* — Un vol. de 208 págs. Shanghai (China), 1928.

De este libro, escrito en chino por un camarada conocido, Lu-Chien-Bo, en colaboración con Jasmeno Den, sobre la emancipación de la mujer y la cuestión sexual, no podemos, desgraciadamente, dar un juicio, pero representa para nosotros, sin embargo, un exponente de las preocupaciones de nuestros compañeros chinos por el estudio de todos los problemas de la transformación individual y social.

**ALBERTO GHIRALDO.** — *Yanquilandia bárbara. La lucha contra el imperialismo.* — Madrid, 1929, 215 págs. Precio: 5 pesetas.

El nuevo libro del compañero Ghirardo nos interesa y lo recomendamos por la documentación que encierra, dando a conocer los crímenes infinitos de los plutócratas del Norte en los países más débiles económica y políticamente de América Central y Sur. Pero el tono antiyanqui se apoya forzosamente en un nacionalismo racial o continental que no compartimos. Estamos en un caso parecido al de Kropotkin cuando nos hablaba del peligro alemán, del militarismo prusiano, haciendo, primero sin quererlo y después conscientemente, una defensa del militarismo francés. Nosotros declaramos desde ya nuestra voluntad de no ofrecer nuestra vida a los Estados hispano-americanos para defender sus fronteras contra el imperialismo de Yanquilandia. Y Ghirardo, estamos seguros, no la ofrecería tampoco, porque sabe, aunque este libro no lo da a entender, que el imperialismo no es un fenómeno que pueda combatirse con el nacionalismo, de nación o de raza.

Si llegase el caso de una acción defensiva victoriosa de la América latina contra los Estados Unidos, en lugar del imperialismo del Norte, tendríamos el imperialismo de la nación que en esa campaña resultara más beneficiosa. Por lo demás, en el gobierno de un país, importa muy poco que sean ex-

tranjeros o criollos los gobernantes: la libertad y la justicia no triunfan ni con los gobernantes y los capitalistas nativos ni con los capitalistas y los gobernantes extranjeros. Políticos nativos son los que se ponen a las órdenes de Washington y de Wall Street contra los propios pueblos hoy, como se ponían ayer a las órdenes de quienes mejor compraban su influencia para invertir capitales y explotar los brazos de las poblaciones vendidas así al mejor postor. En una palabra, el compañero Ghirardo en su acusación a Yanquilandia bárbara, según nuestra opinión, nos hace resaltar bastante los límites permitidos a nuestra oposición revolucionaria, que propicia la destrucción de la Casa Blanca, pero también de la Casa Rosada, la destrucción total del Estado, que es imperia-

**CARLOS SANCHEZ VIAMONTE.** — *La cultura frente a la universidad.* — Prólogo de Alvaro Yunque. J. Samet, editor. Buenos Aires, 1928. Precio: 2 pesos.

Un hermoso prólogo de Alvaro Yunque y una hermosa recopilación de críticas a la universidad oficial, de críticas que construyen ideológicamente la universidad del porvenir. Tal es "La cultura frente a la universidad". Dejando a un lado afirmaciones accidentales, como la que sienta el autor respecto al imperialismo yanqui, ante lo cual discrepamos, la crítica que inspira este pequeño volumen y las nobles aspiraciones que se ponen de manifiesto pueden ser suscritas también por nosotros. El que quiera saber de qué pie cojea la universidad oficial, que eche mano a este libro, el más fuerte al respecto, aunque no tenga tales pretensiones. No sabemos qué ideas políticas o sociales sostiene el profesor Sánchez Viamonte; pero ante el problema concreto de la universidad, creemos que, a juzgar por esta recopilación, estaría, nos plenamente de acuerdo al tratar de reconstruirla sobre nuevas bases, aunque nosotros la deseamos fuera del nacionalismo, es decir fuera también del Estado, porque no habrá nunca una verdadera cultura

mientras el hombre se vea forzado a llevar el freno de la autoridad, — religiosa, económica, política o intelectual.

**JUAN B. JUSTO.** — *La moneda.* Vol. I de Obras completas. Ed. "La Vanguardia". Buenos Aires, 1928. 287 págs. en 8°.

El proletariado militante apenas conoce, y esto deficientemente, el capitalismo industrial; no tiene siquiera una idea vaga del capitalismo financiero, de las fuentes de ganancia de éste, de sus manipulaciones y engaños. Se defiende contra el capitalismo industrial por medio de la resistencia sindical y de las reivindicaciones de más altos salarios y una jornada más reducida. En cambio, no tiene defensa alguna contra la acción del capitalismo financiero, que, actualmente al menos, es el dirigente, el que tiene bajo su control a casi todo el mundo industrial y comercial.

Un economista revolucionario, bien conocido como anarquista, Ch. Cornelissen, que acaba de publicar dos grandes tomos sobre el capital industrial, se propone continuar la obra emprendida con un estudio sobre el capital financiero y con otro sobre el capital agrario. Esperamos esa continuación con impaciencia, previendo que hemós de encontrar en ella el arsenal que necesitamos para forjar luego algunas posibilidades concretas de defensa del proletariado. La importancia del problema se ha puesto raramente de relieve en el campo anarquista, a pesar de Proudhon, que no tuvo sucesores en este terreno. Han sido más bien los socialistas de Estado los que se preocuparon del asunto, como Hilferding, pero, naturalmente, a nosotros no pueden satisfacerlos siempre ni las interpretaciones ni las conclusiones a que llegan estos tratadistas.

La recopilación de trabajos del doctor Justo sobre la moneda no satisface tampoco nuestras preocupaciones, pero es la mejor introducción que encontraríamos en este país para el estudio de la cuestión, porque el doctor Justo figura en un puesto honroso entre los economistas argentinos. En cuanto a la tesis que defiende, pensamos que el mismo autor, si hubiera tratado el tema de acuerdo a las experiencias monetarias de la post-guerra, habría rectificado muchos de sus juicios anteriores, sería menos unilateral y aportaría una mayor suma de aplicaciones posibles y de ensanchamientos de sus ideas. Después de todo, no queremos aquí señalar los defectos de las teorías monetarias del difunto jefe socialista, sino simplemente llamar la atención sobre un problema que el anarquismo ha descuidado de un modo casi completo, sin ninguna razón para obrar así.

**J. F. ELSLANDER.** — *La escuela nueva.* — Bosquejo de una educación basada sobre las leyes de la evolución humana. Trad. de Anselmo Lorenzo. Un vol. de 250 págs. Editorial LA PROTESTA, Buenos Aires, 1929. Precio: \$ 1.50.

Una obra agotada desde hace años y cuya circulación no fué lo amplia que habría debido ser, es "La escuela nueva" de Elslander, traducida para la Escuela Moderna de Ferrer por Anselmo Lorenzo. La Editorial LA PROTESTA, al reeditarla, cree prestar un servicio a la cultura anarquista al mismo tiempo que poner su contribución al servicio de las nuevas corrientes de renovación de la escuela. Leer este libro y asegurarse la máxima difusión, es un deber de todo amante de la libertad y del porvenir de la infancia.

**A. LOSOVSKY.** — *El movimiento sindical latinoamericano* (sus virtudes y sus defectos). Marzo de 1929. Ediciones del Comité pro confederación sindical latino-americana. Montevideo. 56 págs.

Se transcribe aquí un discurso de A. Losovsky en una reunión de "delegados" americanos en Moscú. Losovsky habla ya con bastante facilidad, lo mismo sobre lo que sabe como sobre lo que no sabe. Pero como en estas cosas lo importante no es ser maestro realmente, sino aparentar serlo y darse aires de serlo, no cabe duda que las opiniones vertidas en su discurso han de haber caído como palabras bíblicas sobre los cerebros de sus oyentes, los funcionarios de la Internacional Sindical Roja. Losovsky tiene toda la pose de un maestro y si le faltan discípulos espontáneos, los obreros y los campesinos rusos trabajan para que el gobierno bolchevista compre discípulos al jefe de la Sindical Roja y a todos los otros jefes.

## EL NUMERO PROXIMO

Además de otros materiales de interés doctrinario e histórico, publicaremos un ensayo bibliográfico de Hugo Treni titulado "Diez años de actividad intelectual libertaria en Francia" (1918-1928), una recopilación que debería hacerse de tanto en tanto sobre todos los países para apreciar mejor los esfuerzos respectivos y sacar las conclusiones que pueden derivarse de la dirección de esos esfuerzos.



# Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

<b>MAX NETTLAU.</b>	
"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873)	\$ 0.50
Edición especial, papel pluma	" 1.—
Encuadernado en tela	" 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	" 1.20
Edición especial, papel pluma	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 0.15
<b>RUDOLF ROCKER.</b>	
"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	" 1.50
"La maldición del practicismo"	" 0.10
<b>RUDENKO.</b>	
"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	" 0.15
<b>JAMES GUILLAUME.</b>	
"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	" 0.20
<b>MIGUEL BAKUNIN.</b>	
(Obras Completas)	
I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela	" 3.50
<b>ERRICO MALATESTA.</b>	
"Anarquía"	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri	" 0.30
"En Tiempo de Elecciones"	" 0.10
<b>PEDRO KROPOTKIN.</b>	
"Palabras de un Rebelde"	" 1.—
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno"	" 0.50
Encuadernado en tela	" 1.50
"A los jóvenes"	" 0.10
<b>LUIS FABBRI.</b>	
"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	" 0.50
Encuad. en tela	" 1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	" 0.20
<b>C. LOMBROSO y R. MELLA.</b>	
"Los anarquistas" (Estudio y réplica)	" 1.—
<b>NIDO, ROCKER y NEMO.</b>	
"Nacionalismo y anarquismo"	" 0.20
<b>SEBASTIAN FAURE.</b>	
"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Temas Subversivos"	" 1.50
También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:	
La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.	
<b>J. DEJACQUE.</b>	
"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	" 0.50
<b>WILLIAM MORRIS.</b>	
"Noticias de ninguna parte"	" 1.—
<b>NICOLAI GOGOL.</b>	
"Almas Muertas" (2 tomos)	\$ 2.—
<b>ELISEO RECLUS.</b>	
"A mi hermano el campesino"	" 0.10
"La anarquía y la iglesia"	" 0.10
<b>JUAN CRUSAO.</b>	
"Carta Gaucha". 7.ª edición	" 0.10
<b>D. A. DE SANTILLAN.</b>	
"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo	" 0.10
<b>AGUSTIN SOUCHY.</b>	
"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920)	" 0.30
<b>S. RADOWITZKY.</b>	
"La voz de mi conciencia"	" 0.10
<b>VARIOS.</b>	
"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.ª, encuadernado en tela	" 2.—
<b>ANSELMO LORENZO.</b>	
"El derecho a la evolución"	" 0.10
<b>ANA M. MOZZONI.</b>	
"A las hijas del pueblo"	" 0.10
<b>JOHANN MOST.</b>	
"La Peste Religiosa"	" 0.10

# LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII  
N.º 308

BUENOS AIRES, 8 DE JULIO DE 1929

PORTE PAGO

El ejemplar  
20 Centavos



Este número contiene: Diez años de actividad intelectual libertaria en Francia (1918-28), por HUGO TRENI—Declaraciones de principios y resoluciones del congreso continental americano de mayo de 1929—Algunas resoluciones de la Primera Convención Internacional de Maestros—Historia de una lámpara, por O. Mirbeau—La esclavitud voluntaria, por E. DE LA BOETIE—Elogio a los albañiles Italianos, por G. Riccio—El próximo número: Gustav Landauer